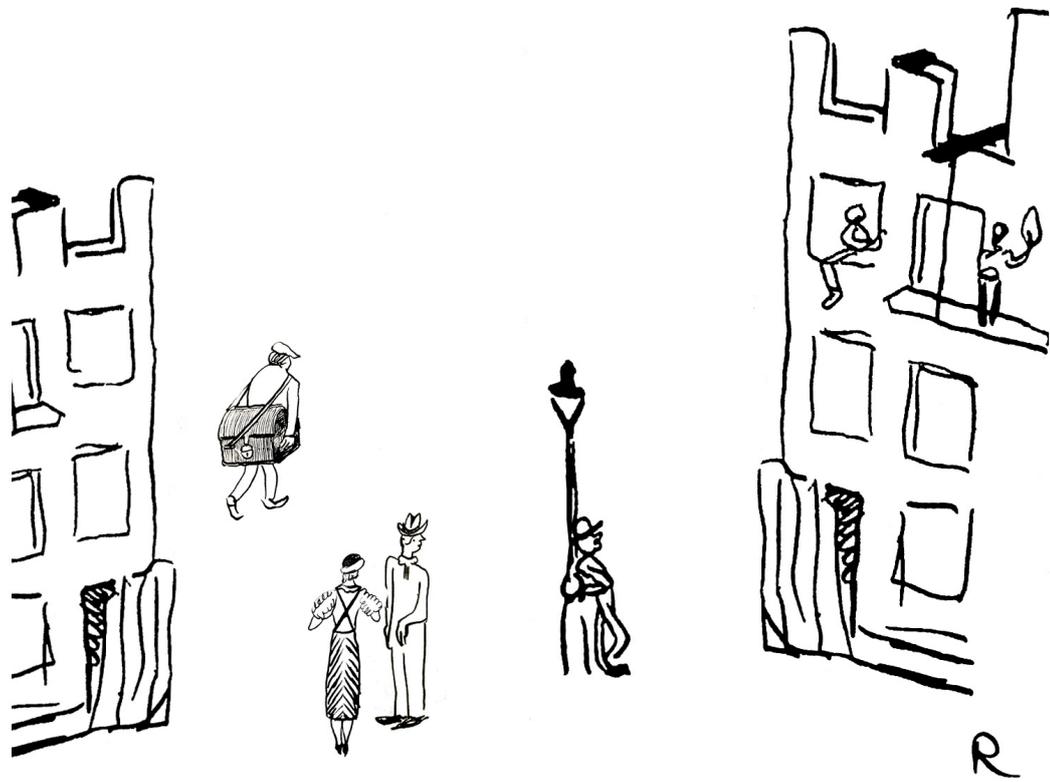


RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

MADRID EN RAMÓN

La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas

La Tribuna (5 de enero de 1916-12 de enero de 1922)



Edición de Eduardo Alaminos López



MADRID



MUSEO DE ARTE
CONTEMPORÁNEO
MUSEOS MUNICIPALES

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

MADRID EN RAMON

La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas

La Tribuna (5 de enero de 1916-12 de enero de 1922)

Edición, transcripción, introducción, notas e índices

de

Eduardo Alaminos López



MUSEO DE ARTE
CONTEMPORÁNEO

MUSEOS MUNICIPALES

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Alcalde: José Luis Martínez – Almeida Navasqüés.

Delegada del Área de Gobierno de Cultura, Turismo y Deporte: Marta Rivera de la Cruz.

Coordinadora General del Área de Gobierno de Cultura, Turismo y Deporte: María José Barrero García.

Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos: Emilio del Río Sanz.

© Herederos de Ramón Gómez de la Serna, Carolina Ghioldi

© Edición, transcripción, introducción, notas e índices: Eduardo Alaminos López

© 2024. Ayuntamiento de Madrid. Museo de Arte Contemporáneo.

Diseño y maquetación: Carolina Jiménez Fernández

ISBN: 978-84-7812-854-9

Para *Ana*. A mis hijos, *Juan y Ana*

Índice

<i>Nota a la Edición</i>	VII
--------------------------------	-----

<i>Introducción</i>	X
---------------------------	---

Capítulo I. <i>Sky Line y fisonomía urbana. Calles. Paseos. Plazas. Jardines: El Botánico, El Retiro y arbolado. El Río Manzanares y el Canalillo. Mobiliario urbano y otros. Paisajes sonoros y olfativos. Las afueras. Clima, enfermedad y Sierra.</i>	56
---	----

<i>Sky Line y fisonomía urbana</i>	57
--	----

<i>Calles</i>	76
---------------------	----

<i>Paseos</i>	57
---------------------	----

<i>Plazas</i>	117
---------------------	-----

<i>Jardines: El Botánico, El Retiro y arbolado</i>	137
--	-----

<i>El Río Manzanares y el Canalillo</i>	167
---	-----

<i>Mobiliario urbano y otros</i>	183
--	-----

<i>Paisajes sonoros y olfativos</i>	190
---	-----

<i>Las afueras</i>	199
--------------------------	-----

<i>Clima, enfermedad y La Sierra</i>	206
--	-----

Capítulo II. <i>Edificios civiles y religiosos. Palacios. Monumentos. Estaciones, puentes y fuentes. Museos. Teatros. Hospitales y asilos. Cementerios. El Metropolitano</i>	228
---	-----

<i>Edificios civiles y religiosos</i>	229
---	-----

<i>Palacios</i>	270
-----------------------	-----

<i>Monumentos</i>	280
-------------------------	-----

<i>Estaciones, puentes y fuentes</i>	288
--	-----

<i>Museos</i>	305
---------------------	-----

<i>Teatros</i>	317
----------------------	-----

<i>Hospitales y asilos</i>	323
----------------------------------	-----

<i>Cementerios</i>	334
--------------------------	-----

<i>El Metropolitano</i>	354
-------------------------------	-----

Capítulo III. Establecimientos comerciales, escaparates, puestos callejeros y venta ambulante. Industrias y Mercados. El Rastro. Anuncios, muestras, rótulos, letreros y pasquines. Cafés y terrazas. Medios de locomoción 369

<i>Establecimientos comerciales, escaparates, puestos callejeros y venta ambulante</i>	370
<i>Industrias y mercados</i>	427
<i>El Rastro</i>	437
<i>Anuncios, muestras, rótulos, letreros, pasquines</i>	458
<i>Cafés y terrazas</i>	470
<i>Medios de locomoción</i>	502

Capítulo IV. Fiestas: Carnaval, San Isidro, Corpus, Navidad y Año Nuevo. Diversiones, verbenas y lugares de esparcimiento. Tipos, vendedores, oficios y forasteros. Veraneo. Yoismo 528

<i>Fiestas: Carnaval, San Isidro, Corpus, Navidad y Año Nuevo</i>	529
<i>Diversiones, verbenas, lugares de esparcimiento</i>	550
<i>Tipos, vendedores, oficios y forasteros</i>	588
<i>Veraneo</i>	665
<i>Yoismo</i>	667

Índice de topónimos y temático 686

Índice onomástico y de personajes 750

Colofón 762

Modo de citación 763

Nota a la edición

En la transcripción literal de todos los artículos sobre Madrid recopilados en este libro, he utilizado directamente el original de la publicación del periódico vespertino *La Tribuna*, indicando siempre por vía de nota después del título del artículo, precedido bien por el término *Variaciones*, los firmados por Ramón, *Posdatas* o *Resúmenes*, los firmados por Tristán, seudónimo del escritor, si va ilustrado y con qué clase de ilustración –si son fotografías, cuadros, grabados o dibujos suyos– dada la importancia que tuvo para Ramón la ilustración tanto de sus artículos en la prensa como en los libros.

En caso de que no haya transcrito en su totalidad el artículo empleo corchetes [] en aquellas partes que no me han parecido significativas con respecto al tema de los mismos, es decir Madrid. Los corchetes también se emplean para indicar si una palabra es ilegible o supuesta. Al final de cada artículo se indica, el nombre del periódico en cursiva, la fecha, día, mes y año, número del ejemplar y página o páginas que ocupa. A fin de evitar reiteraciones no se ha añadido después de estos datos, la firma del escritor, expresada casi siempre en el periódico como Ramón Gómez de la Serna, excepto cuando firma como Tristán que sí la he respetado. A la mayor parte de los artículos les he añadido notas cuando me ha parecido oportuno aclarar o relacionar algunos aspectos significativos del artículo.

Por tratarse de una transcripción literal, hemos respetado las características lingüísticas y de sintaxis del autor sin alterar ni modificar ningún aspecto de las mismas como así mismo las palabras inventadas por él que entraban, sin mayor problema, en el medio periodístico como una marca de su propio estilo. Igualmente he empleado este criterio en los Índices.

Hemos agrupado o clasificado por temas –véase la Introducción– los artículos en cuatro grupos, que dan lugar a cuatro capítulos. Esto no quiere decir que ciertos aspectos –referencias a calles, plazas, paseos, por ejemplo– aparezcan en otros de los grupos distintos al específico que recoge ese aspecto. Entre los artículos seleccionados, no hemos incluido el extensísimo y profusamente ilustrado que publicó el 17 de abril de 1920 dedicado a la Puerta del Sol y que volcaría íntegro en su libro *Elucidario de Madrid* (1931), salvo el preámbulo que allí aparecía que sí se ha recogido porque no lo incluyó en el citado libro. Cada grupo o capítulo contiene una serie de artículos ordenados por epígrafes y dentro de estos internamente por su cronología, de la más antigua a la más reciente.

El libro se completa con unos amplios Índices; el primero de topónimos y temático y otro onomástico y de personajes con el objeto de que el lector interesado pueda recuperar con rapidez aquellos contenidos que más le interesen de los artículos e incluso interrelacionar unos con otros en sus búsquedas. El Índice de topónimos y temático está organizado en los siguientes apartados: 1. Acontecimientos históricos, Actos cotidianos y sociales, enfermedades. 2. Alimentos, bebidas. 3. Animales. 4. Árboles, plantas, flores. 5. Madrid. 6. Cafés. 7. Calles, Paseos, Plazas, Barrios. 8. Cementerios. 9. Cines. 10. Continentes, Regiones, Países, Ciudades, Pueblos. 11. Establecimientos, puestos callejeros, industrias. 12. Estaciones. 13. Fiestas, Circo y Diversiones, Celebraciones religiosas. 14. Fuentes y Monumentos. 15. Iglesias, monasterios, conventos, ermitas. 16. Juegos, deportes y cultura popular. 17. Museos. 18. Objetos y cosas. 19. Palacios, Instituciones oficiales y privadas, asilos. 20. Parques, jardines, lugares de ocio. 21. Prensa, marcas y letreros. 22. Puentes. 23. Santos, Vírgenes. 24. Teatros. 25. Tipos, vendedores ambulantes, oficios, cargos y otras categorías sociales. 26. Vehículos. Y, por último, un apartado que he denominado *Yoismo*. Los respectivos índices adoptan, en ocasiones, una organización arbórea y algunos términos, aunque no ha-

gan referencia a su realidad específica y concreta se han incluido como reflejo de la prosa metafórica de Ramón que relaciona, mediante su saber greguerístico, términos distantes entre sí, lo que permite captar su amplísima capacidad poética y su peculiar punto de vista sobre la realidad urbana. No se incluyen en estos índices, sin embargo, referencias a las notas ni a las ilustraciones que acompañan a los artículos ni las que se citan en la Introducción.

En algunos casos los términos se subdividen para ofrecer una mayor precisión conceptual, por ejemplo, véase el concepto pregones dentro del apartado I. A veces, por cuestión de eufonía he empleado el plural. La sola visualización de estos índices permite comprobar la mirada abarcadora de Ramón Gómez de la Serna en un espacio y un tiempo concretos, del Madrid que retrata aquí.

Quisiera expresar aquí mi agradecimiento al Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, en las personas de su Directora, M^a Ángeles Salvador Durantez y Roberto García Nieto, Jefe de la Sección de Colecciones, por la acogida y el interés mostrado en la difusión de esta recopilación de artículos ramonianos, verdadero retrato y memoria de un Madrid que tuvo en el sempiterno Ramón uno de sus mejores cronistas; a Carolina Jiménez Fernández por su trabajo en la maquetación del libro; a la Hemeroteca Municipal de Madrid, en la persona de su Directora Inmaculada Zaragoza García y todo el personal que me atendió con gran profesionalidad y especialmente a Carolina Ghioldi por las facilidades que nos ha dado para que este libro vea la luz bajo este formato digital.

Introducción

MADRID EN RAMON. La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas.

“A mí me entusiasma salir en Madrid a las tres de la tarde, bajo el pleno sol del verano.

Ese baño caliente es sano, optimista y aclarativo de la vida como él solo. Me gusta, sobre todo, andar sobre el mullido asfalto (...). Para la literatura, no es que ganemos mucho con este paseo, pero sí para la vida. (...). Y vamos cruzando a fondo la ciudad hacia un café en el extremo opuesto; a ser posible, en los barrios bajos (...) No tiene Madrid esa soledad y ese hastío de las poblaciones a esa hora, no. Vibra, está expresiva, consciente, y tiene un gesto abierto, recio, entero y retrechero”.

Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Bajo el sol”. *La Tribuna*, 5 de julio de 1919, núm. 2.787, pg. 3

“Si alguna vez yo puedo hablar de mis “mejores páginas”, diré que las he escrito allí, recibiendo la confianza de regiones de aire puro y casi inexplicable”. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. En las Delicias”. *La Tribuna*, 23 de julio de 1919, núm. 2.805, pg. 7.

“Con todo esto yo no he querido hacer mérito de mi madrileñismo, porque no tengo ambición torcida y porque tampoco quiero ser esa especie de sereno honorario, que es el cronista un poco oficial de Madrid. Yo quiero vivir en el apartamiento y al margen de lo profesional y lo oficial, el amor por esta ciudad en que nací, y el encanto del hombre un poco exacto y equitativo, que se encanta, no con todo, sino con eso que lo

merece, realmente en Madrid, y que es como su rasgo genial o el gran rasgo simpático de su fisonomía, más todo aquello, en fin, que le da carácter frente al mundo, y no un carácter burdo, violento, salvaje, sino hidalgo, caballeresco, refinado, sutilizado, castizo. [...]. Nuestra ciudad no necesita fanatismo ni orfeonismo. Es sobria, nítida, diamantina, y solo necesita matización, observación, curiosidad y abolengo, abolengo auténtico y bien hallado, pero sin el exceso de antecedentes con que la recarga el monomaniaco, olvidando entre ellos los más frescos y los que se bastan a sí mismos sin recurrir a la sugestión de las cifras del tiempo. Ramón Gómez de la Serna. "La Puerta del Sol". *La Tribuna*, 17 de abril de 1920, núm. 3.027, págs. 7-21.

Entre el 4 de mayo de 1912 y el 13 de enero de 1922, Ramón Gómez de la Serna (Madrid, 1888- Buenos Aires, 1963) publicó una enorme cantidad de artículos en el periódico *La Tribuna*. Un buen puñado de ellos –que hemos recogido aquí con excepción del extenso artículo dedicado a la Puerta del Sol que apareció el sábado 17 de abril de 1920 profusamente ilustrado y que posteriormente volcaría íntegro en su libro *Elucidario de Madrid* (1931), salvo el preámbulo– los dedicó a su ciudad, Madrid. Estos artículos forman lo que su amigo Tomás Borrás, que fue quien le introdujo en el periódico, calificó como "las series madrileñas".¹

El 25 de noviembre de 1918, Ramón Gómez de la Serna (en adelante, Ramón) publica en el periódico *La Tribuna* un artículo con el título "Confesión", en el que escribe, tras un periplo por la Suiza neutral de la primera guerra mundial bajo la rúbrica de "Andanzas" (desde el 29 de octubre al 25 de noviembre):

"Que al llegar aquí me he encontrado otra vez con que Madrid es la única capital que nos envuelve y nos arrebuja, la capital de la calle amena en que los unos no son extranjeros a los otros".

La cita es extraordinariamente significativa porque en ella se resume y sintetiza buena parte de la poética ramoniana respecto de la ciudad que le vio nacer, Madrid, "la capital de la calle amena".

En el “Epílogo” de su *Automoribundia (1888-1948)* compendia en breves líneas su carrera literaria:

“He muerto un poco en la palabra y en la onda, un mucho en los trabajos sueltos, pero me he hecho un modesto sarcófago de libros.”²

Ya en el capítulo XCVIII del mismo libro, había cuantificado, con humor (diríamos que un tanto amargo) la cifra de las “cuartillas escritas” en sus sesenta años de vida: “15.000.000 millones”³. Esos trabajos “suelos” –podríamos decir que escritos con soltura– no son otros que lo escrito en periódicos y revistas, nacionales y extranjeras, que ocupó en Ramón buena parte de su producción como escritor. Y una parte de ellos, significativa en cuanto a número y calidad, están estrechamente vinculados con Madrid.

Muchos han sido los autores que han subrayado la importancia de Madrid en la obra de Ramón. Así, por ejemplo, el crítico y periodista Melchor Fernández Almagro calificó de “gran ejemplo el del Madrid ramoniano, surgido no digamos de las sombras por entero, pero sí iluminado en sus aspectos más sorprendentes e inéditos. Madrid constituía para Ramón, en principio, una meta difícil de alcanzar, porque se atravesaba el murallón, un tanto convencional, pero cierto, del madrileñismo al uso”; un Madrid, a juicio del crítico, “que Ramón gustaba de edificar de nueva planta, palabra por palabra, metáfora tras metáfora, a golpe de greguería, pero sin desprestigiar el dato concreto, obligatorio para los cronistas”⁴

Su biógrafo, Gaspar Gómez de la Serna, escribe acertadamente que “en el mar de la literatura ramoniana, el tema de Madrid es nave mayor”⁵. Distingue en este ámbito varias etapas. Una primera, que corresponde a los años finales de la revista *Prometeo*, momento en el que “Ramón siente la necesidad de anclar literariamente su persona en Madrid como una ‘idea de situación’; se entiende, de situación todavía eminentemente subjetiva; es decir, de la propia persona del escritor, cuyo realismo de nuevo cuño requiere algo así como un punto real de referencia en el cosmos que sea adecuado a esa personalidad insurgente, subversiva y distinta en que quiere cuajar”. Y nos recuerda que el primer texto en Ramón en que “trata el tema de Madrid directamente es el epílogo o ‘Ex-libris’ a su drama *El lunático* (último número de la revista *Prometeo*, 1912), aparecido inmediatamente como separata”.

“Madrid alrededor...” es la frase reiterativa o letanía con que Ramón encabeza cada uno de los párrafos de este ensayo:

“Madrid alrededor... Me lo repito porque nunca está demás y porque de esta repetición se hace la conciencia local” o “Madrid alrededor... La idea de la situación me satisface y me resarce”.

A mi juicio este sintagma, “Madrid alrededor”, marca ya el concepto de itinerario tan importante en su poética sobre la ciudad y de Madrid en particular y contiene la noción y el carácter deambulatorio que caracteriza su prosa urbana. Desde su adolescencia en adelante, la ciudad fue para Ramón un itinerario, un “*itinerario* que refleja muy bien ya en el Ramón adolescente su curiosidad por los espacios urbanos: las calles, las tiendas y el discurrir de la vida cotidiana”⁶ Tres ejes fundamentales por tanto: “conciencia local”, “idea de situación” e “itinerario”.

Tras esa primera etapa, por así decir, *situacionista*, su biógrafo señala que “Ramón está a punto de topar con la “idea disociadora y salvadora de la geografía local, objeto a objeto (...) ese punto justo de objetivación que ha de venir después (...) para que “Madrid se le convierta también en la ‘cosa-ciudad’” capaz de pasar al primer plano como tema central y autónomo”. Y señala, con justeza, que “el primer libro en el que el tema de Madrid aparece ya perfectamente acorde con el peculiar modo de experiencia en que consiste el genio literario de Ramón es *El Rastro* (1915), en el que la ‘cosificación’, o, si se prefiere la *deshumanización*, se produce como un proceso natural. La visión ramoniana del mundo, el foco de su arte literario se centra así en Madrid, de modo definitivo y certero, a través de las cosas desechadas, arrumbadas, cotidianas y sencillas”. “Desde *El Rastro*, pues, -apostilla- Gaspar Gómez de la Serna- el tema de Madrid está centrado” y advierte con que “enamorada asiduidad ha cultivado Ramón este tema a lo largo de su vida, entreverando su peculiar estética con el género –ensayo, novela, crónica descriptiva e incluso biografía– que en cada ocasión le servía de vehículo para tratar el constante tema de su ciudad (...) un nuevo Madrid –el Madrid de Ramón- ha nacido de esos millares de páginas”.

Alfredo de Villacián, en un interesante artículo en el que analizaba la literatura más patética sobre Madrid en autores como Emiliano Ramírez Ángel, Andrés González Blanco,

Antonio de Hoyos y Vinent, Emilio Carrere, Pedro de Répide, Fernando Mora, Mauricio Bacarisse o Pío Baroja, de quienes hace comentarios muy pertinentes, se refiere al *Rastro* de Ramón como “una obra señera” en la que “el escueto fondo dramático de la ciudad es entrevisto genialmente a través de esas anécdotas pintorescas” y ve en él “una finísima estirpe azoriniana y una finísima raíz barojescas [sic]. Pero la visión total de esos hombres y de esos paisajes urbanos –apostilla– es auténticamente impar”⁷.

Alfonso Reyes había dicho de él, en 1918, que es “un acabado madrileño por sus hábitos y su mentalidad misma –con las depuraciones del exquisito talento propio (...)” y que bajo su ironía él solo sabía “por dónde se está desangrando, gota a gota, el corazón de Madrid”⁸.

Antes de continuar con las valoraciones de otros autores sobre el binomio Madrid-Ramón o Ramón-Madrid (tanto monta monta tanto) me interesa entresacar varias citas del “Prólogo a la primera edición” de *El Rastro* en el que Ramón señala varias cosas útiles para comprender su percepción y visión de Madrid:

“El Rastro es sobre todo, más que un lugar de cosas, un lugar de imágenes y de asociaciones de ideas”, “en él [el libro] todo está dicho con gusto de la palabra y la imagen”

y

“había que rectificar de algún modo esa literatura de las crónicas –el género literario más aborrecible y más anodino– y de las informaciones en que se ha hablado del Rastro y de todas esas otras alusiones que se le han dedicado en las novelas y en los dramas, literaturas, todas esas, demasiado vendidas a lo pintoresco, demasiado complacientes y demasiado noticieras y superficiales, literaturas inspiradas solamente en el pasado (...)”.⁹

Nuevo eje de abscisas y ordenadas, por tanto, que se suman a los anteriores mencionados: “gusto por la palabra”, “imagen” y “crónicas”.

Pero volvamos a las valoraciones de otros autores sobre el tema de Madrid en la prosa ramoniana. Francisco Umbral ha escrito palabras acertadas sobre “el madrileñismo de Ramón o el ramonismo de Madrid, que vienen a ser lo mismo”. Lo esencial para Umbral es que “Madrid es la circunferencia real y natural que el escritor traza en torno de sí” y que “Madrid es la gran monografía de Ramón, el tema recurrente de toda su vida. Madrid –concluye– le vuelve monotemático”. También advierte Umbral, escritor que dedicó numerosas páginas a Madrid, que en “la obra de Ramón no hay madrileñismo ni casticismo ni costumbrismo ni localismo (...) Lo que hace Ramón es observar prodigiosamente la vida cotidiana de Madrid”¹⁰

Ni madrileñismo, ni casticismo, ni costumbrismo, ni localismo, pero –siempre hay un pero– quizá se entienda mejor lo apuntado por Umbral si acudimos a unas palabras escritas antes que las suyas por Antonio Espina, coetáneo de Ramón, quien se refiere al costumbrismo ramoniano en los siguientes términos: “Gómez de la Serna era actual y universal y, al mismo tiempo, tradicionalista y local. Él no era un madrileño universal, sino un universal a la madrileña. Que es muy distinto. Su personalidad nos parece como un ángulo de largos lados que abarcan un mundo y se pierden de vista, cuyo vértice se ahínca en la Puerta del Sol. En Madrid el encuentro de Ramón, sin búsqueda como todos los suyos, fue el más sencillo y emocionante de todos. Se encontró a sí mismo. Él lo expresa con una frase espléndida: ‘Vagante en Corte, título celestial’ (...). La crítica actual debiera fijarse más atentamente en el Gómez de la Serna costumbrista”¹¹. Como ha recordado Julio Caro Baroja “las costumbres han preocupado a los hombres desde tres puntos de vista fundamentales y desde muy antiguo: a los moralistas, a los poetas y literatos y a los que las estudian de un modo objetivo. La palabra *costumbrismo* –comenta– se incorpora tarde a los diccionarios de la lengua. En los de la Academia Española surge *costumbrista* a comienzos del siglo XX, falta en el de 1899 y se incorpora en los de 1925”¹².

Ya Miguel Pérez Ferrero, otro coetáneo suyo, y primer biógrafo de Ramón, escribió sobre nuestro escritor: “porque Ramón es un madrileño (...) con la convicción de que desde lejos siente mejor su ciudad”¹³

Por último, sobre este aspecto, tres valoraciones más, la de Ioana Zlotescu, la de Luis Carandell y la de Fernando Castillo Cáceres. Zlotescu define a Ramón con relación al tema

de la ciudad con una triple fisonomía: “catador de ciudades”, “callejeador” y reconocido “mirón”. Observa que “es evidente que el espacio predilecto de Ramón es la ciudad, sitio por excelencia atiborrado de cosas y gentes, cajón de sastre, lugar del *ello*, donde todas las cosas gritan, como si quisieran ser redimidas de la nebulosa efervescente en que bullen” y aclara que Ramón “construye con su peculiar ‘sentido municipal’, una poética personal de la ciudad, basada en el encuentro entre lo subjetivo y lo objetivo”¹⁴.

Para la especialista en Ramón se puede considerar “su obra como la metáfora de una ciudad inmensa, por la cual hay que pasear libremente entre sus calles, capítulos de libros”, pues estas valoraciones las circunscribe especialmente a los libros y, añadiríamos nosotros, también a los artículos de prensa y revistas. Zlotescu hace una distinción funcional entre lo que ella considera un capítulo aparte dentro del gran tema de la ciudad como es el de la ciudad moderna y Madrid, sin que ello signifique que nuestra ciudad quede excluida “del circuito de la vida moderna”. “Goyesca o moderna (...) la ciudad del alma de Ramón es, en cualquier caso, Madrid, y solo Madrid”, concluye la especialista.

El periodista y escritor Luis Carandell, al que habría que recordar también por su libro *Celtiberia Show*, una especie de archivo “portátil” a la manera ramoniana, es autor del prólogo al volumen *Madrid. Buenos Aires* en el que escribe que “no será fácil encontrar otra ciudad que haya tenido un cronista tan puntual, tan minucioso y tan buen escritor como para Madrid lo fue Ramón Gómez de la Serna (...) [que] escribe sobre Madrid casi siempre (...), [que] aparece en el fondo de sus libros, y no solo en aquellos que tratan de Madrid” como cuando a propósito de Buenos Aires “encuentra en barrios porteños rincones de Carabanchel o de Tetuán de las Victorias”¹⁵

Fernando Castillo Cáceres ha subrayado con acierto que “la visión de Madrid que tiene Ramón es la de un enorme *collage*, fruto de una mirada fragmentaria, sectorial, se diría incluso cubista, fruto de la suma de personajes, de objetos y lugares. La ciudad se convierte en una suerte de enorme Rastro que ofrece todo tipo de experiencias y estímulos que el escritor recoge para mostrar su particular visión de la urbe. Todo lo que contiene la ciudad le sirve para evocarla a través de sí mismo y de todo hace literatura”¹⁶. Además, Castillo, impelido por el evocador título de otro libro de Ramón, *Ismos*, que se publicó el mismo año, 1931, que un libro clave sobre nuestra ciudad como fue *Elucidario de Madrid*, amplía aquellos *ismos* a cotas urbanas madrileñas que, a su juicio,

subyacen en el *madrileñismo* de Ramón: “sin duda –escribe– el principal de los *ismos* del escritor y el único que recorre prácticamente todas sus obras”, dando cabida así, en este ámbito de lo madrileño, al *puertadelsolismo* y al *suburbialismo*. Incluso, podríamos añadir nosotros a estos dos, los de *escaparatismo* o *balconismo* que alcanzan no solo a lo literario sino también a su obra dibujística. Ya Carandell había advertido que “Madrid es la única ciudad del mundo cuyo nombre ha dado origen a un subgénero literario, el *madrileñismo*”. Madrileñismo que el propio Ramón asocia a muchos aspectos incluido un posible perfume hecho con la flor de las acacias tan presentes en nuestras calles:

“Quizás debía haber en Madrid la fiesta de las flores de acacia, así como en París hay la del “mouguet”. Alguien debía coger y consagrar esas flores que caen desparpadas por el suelo, y las perfumerías debían fabricar para las mujeres de más trapío una esencia de acacia. ¡Qué pura redondez, que plasticidad más acabada y qué puro madrileñismo las daría el perfume de acacia!”¹⁷

No se puede subestimar la idea de lo local en la obra de Ramón, y más cuando anda por en medio nuestra ciudad. En la serie de artículos que publicó en el periódico *Luz*, recogidos recientemente por Ricardo Fernández Romero, este señala en el “Prólogo” que este conjunto de artículos es “un proyecto inacabado, poliédrico, profundamente periodístico, vinculado a una especial concepción de la crónica costumbrista, inseparable del especial madrileñismo del autor, pero capaz de aprovechar las ventajas de la intermedialidad de la prensa para lograr no ya crónicas ilustradas, sino un producto nuevo”¹⁸

Uno de esos “Ángulos de Madrid” lo tituló Ramón “Cada vez más castizo” en el que escribió:

“Madrid, además, no es otra cosa que su casticismo, ni puede dejar de ser eso (...) el republicanismo oficial tiene que darse cuenta de eso (...) Madrid tiene un antiguo color local, que es lo que [le] da personalidad y lo que sienten casi el total de sus moradores, menos los ofuscados por las revistas extranjeras (...) Lo que hay que evitar en el casticismo de Madrid es la repetición de los tópicos encontrados en buena hora por los literatos de cada tiempo (...) La Gran Vía está bien, pero es donde Madrid se viste más de teatro falso (...) un buen facsímil de lo que también es el mundo en otras partes (...) Lo permanente de Madrid está en el resto inmenso de

la ciudad, desde la Puerta del Sol a los atochares y a las huertas y los depósitos. Y todo ese innumerable público vive y habla su casticismo y gusta de sus costumbres y sus maneras francamente madrileñas¹⁹.

Para llegar a esa peculiar visión de Madrid, Ramón se valió, en buena parte, de artículos que fue publicando a lo largo del tiempo en la prensa periódica²⁰, también, en varios de sus libros fundamentales como *El Rastro* (1915), *Elucidario de Madrid* (1931) –cuyo título nos parece, siguiendo a Cervantes, “peregrino y significativo”, pues elucidario quiere decir “libro que esclarece o explica cosas difíciles de entender” así como, en paralelo, llamó “Cifras” a buena parte de sus dibujos que acompañaron sus greguerías ilustradas de esos mismos años–, o de novelas –recordemos a título de ejemplo, y por citar solo una, *La Nardo* (1930)– o en sus numerosos escritos autobiográficos: “Cartas desde Portugal” y “Segundo viaje a Portugal” en *Pombo* (1918), “Mi autobiografía” en *La sagrada cripta de Pombo* (1924), *Automoribundia (1888-1948)* (1948), *Nuevas páginas de mi vida (Lo que no dije en mi AUTOMORIBUNDIA)* (1957) o *Retratos contemporáneos* (1941 y 1944) y *Nuevos retratos contemporáneos* (1945). Veamos algunos ejemplos.

En la primera serie de cartas desde Portugal a modo de síntesis escribe:

“Madrid, sin embargo, es lo supremo, si no para verlo todo en perspectiva, para sentir lo cercano, porque, eso sí, en Madrid, todo se congrega alrededor de uno como en ningún sitio, todo está envuelto en todo, todo es próximo y todo simpatiza con todo, y sobre todo la ciudad –no las gentes– con el hombre. Madrid es lo supremo, pero conviene injertar en él para nuestro interior contentamiento el recuerdo de sitios como Lisboa. En el giróscopo y en el verascopio de Pombo ¿no quedarán ya, después de estas cartas, unas visiones de Lisboa y Portugal?”²¹

Y en la segunda serie en el apartado “Llegada” confiesa reconocer en Madrid:

“la pintoresca capital de las Españas” y dedica a la calle de Alcalá una de las imágenes más geniales de cuanto de ella se ha escrito: “La calle de Alcalá con un gris de piedra especial, de la piedra de la circunscripción, importante señal antropométrica de la ciudad porque el suelo de las calles tiene cuando lo abocamos así después de un via-

je, un carácter por el que reconocemos la ciudad, un desarrollo de cosa arquitectónica tendida, por lo que podemos decir que en este vasto empedrado que vemos de pronto en Madrid pisamos como si pisáramos sobre un Monasterio de El Escorial tendido”²²

De “Mi autobiografía” escojo estos dos fragmentos:

“Nunca se me había ocurrido pasar por la calle en que he nacido. Yo, que ando por todos los recovecos de Madrid, nunca había querido pasar por la calle de la Rejas (...) Es una calle modesta y tranquila. (...) Los balcones de la calle me miraban como si me conociesen” o “Madrid tenía frío y no tenía ideal. (...) Los intelectuales eran golfos cuarteros. Vivíamos como sobre los bancos de la Cuesta de la Vega, que es donde entonces, y aún ahora, está el verdadero margen de Madrid”²³

Automoribundia contiene, si se me permite la imagen ramoniana aplicada al Rastro, un pozal de evocaciones de Madrid. No podemos abordar aquí las numerosas referencias a Madrid que incluyen los CI capítulos más el Epílogo. Como entradilla a la citas que propongo, me sirvo de unas palabras del periodista José Lorenzo publicadas en *ABC* en 1931 que recoge Ramón en el Cap. LXXIII y que fijan la idea de un día de Ramón en Madrid: “El día de Ramón solo puede tener expresión adecuada, plenitud vital, en un día agostado de Madrid. Es un día calcinado por la bárbara brasa del sol castellano, en uno de esos días que tienen las vértebras rotas por la angustia de la sequía, por el cansancio de un camino solar interminable. Ramón cocido –lumbre del cielo, vapor del asfalto, humazo de su pipa–, como un magnífico ladrillo recocho fabricado en la paramera de las Ventas, se encuentra con su mayor autenticidad, con su más exacta personalidad literaria y madrileña”.

A continuación, Ramón va desgranando su jornada y nos encontramos con una preciosa imagen que emerge radiante en la prosa dedicada a nuestra ciudad, tras concluir la noche con sus amigos en la tertulia de Pombo:

“Después hay que dar cinco vueltas a la Puerta del Sol, y muchas noches otras dos o tres a la Plaza Mayor... El caso es ver los ojos claros del alba a través de los quevedos de la Puerta de Alcalá”.

La capacidad de síntesis de Ramón es prodigiosa. Al evocar la boda de Alfonso XIII, en mayo de 1906, apostilla:

“Era el tiempo de las urbanizaciones madrileñas. Había una felicidad palpable en Madrid” (Cap. XXVIII).

Ese afán por callejear²⁴ de Ramón –su inveterado *flaneurismo*– está en la base de su percepción de la ciudad en general y de Madrid en particular:

“Se vive la vida –si se sabe vivir- en un trayecto de calles, y en ese trayecto hay que saber gastarse los dineros, la fortuna de vivir. ¡Qué caudaloso Amazonas entre la calle del Divino Pastor en que vive Carmen [*Colombine*] y la calle de la Puebla, ayudado en la última parte por la calle del Barco, calle en preciosa rampa! (...) Yo veía cada vez más claras las calles (...). Yo no era más que un transeúnte un poco más consciente que los demás transeúntes, pero con menos presente y porvenir que ellos, aunque podía elegir como nadie el rumbo del paseo de la tarde. Fue una época de despacho y deambulación loca en que los edificios con conocido destino –grandes hoteles, Real Academia, conventos, Congreso de los Diputados, cuarteles- eran como inexpugnables castillos que yo solo podía rozar y mirar desde abajo. (...) El descripcionista del mundo que se perfeccionaba meticulosamente para poderlo describir, sentía que ese mundo le era impenetrable (...) yo en realidad solo creía en esa labor de fotógrafo de realidades y suposiciones que abría un momento sus ojos a la luz de las calles y después se pasaba la noche revelando [escribiendo] sus pruebas y encontrando en sus placas sensibilizadas que en las acacias había ángeles” (Cap. XXXIII).

Ramón se ve a sí mismo como transeúnte –“Yo ya cuento con él en mi vida de transeúnte”, escribe con relación al hombre más pequeño de Madrid que vende lotería en la calle del Arenal²⁵–, descripcionista, fotógrafo de realidades y revelador de imágenes, conceptos que son claves para entender su poética urbana y madrileña. También se auto percibe como divagador en un artículo dedicado al Canalillo²⁶ y como verdadero figón y observador desde muy joven: “y yo, como un verdadero figón –¡qué se va a hacer–, me paseo muchos atardeceres por Madrid, solo para ver el espectáculo variado y curiosísimo de sus porterías”²⁷ o “Desde que yo estudiaba en el Instituto²⁸ recuerdo a “esa”. Como yo ya era un observador, la tañé”²⁹; anotador, “Yo anoto que ya son muchas

las francesas que pasan como con una etiqueta francesa pegada, llevando el periódico francés en la mano”³⁰ .

Termino estas referencias “madrileñistas” en *Automoribundia* con una cita que me parece nuclear de su percepción de Madrid. Se trata de un ejemplo de topografía objetiva y a la vez sentimental asociada a un hecho doloroso a partir del cual la ciudad es entrevista desde el simbolismo de las emociones íntimas acompañado de una conclusión barroca muy propia de su poética. En el Cap. XL cuenta cómo acompaña a su padre en un momento de abatimiento al salir del Congreso cuando este esperaba ser nombrado ministro:

“Atravesamos la Plaza de las Cortes y subimos por la calle del Prado (...) Fue el día en que más se me reveló la calle del Prado, en cuesta de calvario familiar. Yo, que la encontraba tan independiente y fácil cuando salía del Ateneo, aquella tarde tenía en los balcones despedidas de entierro (...) Dejábamos detrás el Congreso al que no habría de volver, con su marquesina de cristales sucios y tormentosos, el palio aciago de la ambición. ‘Sálvate en la frivolidad de la vida callejera’, le hubiese yo aconsejado (...) Al pasar frente al portal del Ateneo miró hacia el fondo como si recordase toda la larga y costosa tarea de haberse ido haciendo hombre público a la sombra de libros y discusiones (...) Las tiendas de antigüedades nos llamaban la atención con los cuadros y las cosas que ya no sienten ni padecen (...) Ponía la mirada perdida en lo alto de la calle, como atisbando el cielo de presidio del transeúnte amargado. Había que llegar al rellano de la empinada calle, porque si no se nos iba a caer desmayado (...) ¡Qué difícil es subir una calle un determinado día de la vida! (...) Así llegamos a la Plaza de Santa Ana. Los veladores rodeados de sillones de mimbres que cubrían la gran plaza, se llenaban de concursantes para matar la sed (...) La plaza de Santa Ana es la plaza de la consola- ción en la desgracia, con sus colmados, sus cervecerías, sus librerías y sus reposterías, destacándose la de Álvarez con su escaparate de menudencias, sus pajaritos, sus per- dices con panteón de gelatina o sus langostinos sonrosados como si las miradas de la tierra ruborizasen el pudor del mar. Como un exceso de la admiración calderoniana la estatua de Calderón emergía en medio de la plaza haciendo el llamamiento a que la vida es sueño; él tan puntilloso en cuestiones de honra, parecía dar complacientemente la enhorabuena a mi padre por su drama político (...) ¡Pobre padre! (...) Si en su despedida de la vida política pudiese obtener la revelación de la belleza del claustro civil y privado en que iba a entrar (...) Si hubiese sido atacado por la amnesia súbita aún

podría vivir muchos años la vida del transeúnte que se puede gozar en los cafés y las terrazas. Pero vuelto de espaldas al polo magnético del Congreso se veía que miraba hacia atrás y veía aún el velorio de su tarde trascendental (...) Se hacía de noche y había que volver antes de que saliesen los diarios con el resumen de la sesión parlamentaria. Eso solo lo podría leer en casa, en compañía de todos sus hijos, ya redactada su renuncia y el borrador de la carta al jefe. Nos levantamos y nos fuimos (...) la calle del Príncipe resultaba una calle ideal, con su teatro de risueñas comedias –el 1900 frente al 1600 del Español–, su café del Gato Negro, sus *restaurants*, su vieja repostería francesa (...) Al llegar a la Cuatro Calles tomamos un coche para casa y en seguida me sentí de nuevo en el baúl de la tragedia, como cuando había acompañado a mi padre a un entierro y volvíamos los dos solos en el mismo coche que nos llevó, estando la diferencia en que hoy habíamos enterrado algo de él mismo, su uniforme con sus falaces ramas de laurel en bordadura de oro. ¡Tan nuevo el paño y por el que darían tan poco los traperos!”.

Sin comentarios.

De la prolongación de *Automoribundia*, en *Nuevas páginas de mi vida...* destacaré el capítulo 18, “Perecimiento del Café de Pombo”, en el que hace como él mismo dice:

“las exequias de mi Café de Pombo de Madrid, en el que celebré mi tertulia durante tantos años”.

Refiere que en carta dirigida Sanz y Díaz –que aparece citado en el capítulo XCI de *Automoribundia* como “animador” de Pombo en su ausencia bonaerense–:

“Yo sigo creyendo que en ese espacio del viejo Café y junto a la Puerta del Sol, está la reconditez más perfecta de Madrid”. (pg. 114).

Un Madrid retratado casi, o sin casi, como personaje propio aparece en la serie de semblanzas que ocupan las páginas de *Retratos contemporáneos* y *Nuevos retratos contemporáneos*. Un Madrid *al fondo* que he compilado recientemente y al que remito al lector de estas páginas³¹. Como también en algunos de los retratos o semblanzas de muy variados personajes que publicó en *La Tribuna* y que he recogido recientemente en dos volúmenes³².

Citaré una de esas semblanzas, a título de ejemplo, que me parece excepcional por la potencia de la imagen que nos traslada y que en el contexto del año en que se publicó debió de sorprender a los lectores del periódico, sacada del retrato que hace de Gregorio Marañón cuando sube con él a la terraza del Hospital General (actual Museo Reina Sofía)³³:

“Yo he mirado mucho hacia aquí arriba –le he dicho al doctor–, cuando se ve la multitud de enfermos asomados al repecho de la balconada. Me ha parecido siempre la cubierta del gran trasatlántico que boga hacia el otro mundo. Parece que saludan con sus pañuelos blancos desde cubierta, como apiñada multitud de emigrantes que saludan al que pasa el por muelle alegre...”.

Tras esta genial imagen con trasatlántico incluido, apostilla con objetividad descriptiva:

“Se ve desde la terraza la parte más castellana y manchega de Madrid, extensa, con sus estaciones, con sus chimeneas, con sus terraplenes de carbón, con sus cocheras de máquinas de tren todas encendidas y como dispuestas a salir de la cuadra irradiadas. Del otro lado de la terraza se domina el patio lúgubre y lóbrego del hospital (...)” En este último fragmento y en apenas dos líneas retrata el entorno de la ciudad –de corte parecido a lo que ya había señalado Manuel Azaña: “Madrid (...) es un poblachón mal construido en el que se esboza una gran capital”³⁴– y un aspecto de la fisonomía social e industrial, aunque incipiente, de la misma. La imagen completa de la visión de Ramón desde la calle y la terraza del Hospital General combina dos planos, uno en contrapicado y otro en picado, que parecen sacados de la técnica cinematográfica. Por seguir con la forma cinematográfica recordaré que meses antes ofrecía a sus lectores una imagen dinámica de la Puerta del Sol en el artículo “Variaciones. El reloj de Gobernación”:

“¡Es admirable la visión que se goza desde esa altura, que además es el mirador de mayor autoridad de España! Ahora sí que podríamos decir que estamos en la cúspide y miramos a nuestros amigos, que se mueven en lo profundo como si fuésemos sus dioses. (...) La Puerta del Sol, desde el alto belvedere, es algo confuso, en que se parece que se celebra una capea. Se ve cómo avanzan los coches y cómo los sortean, dándoles pases admirables y ellos dando embestidas formidables. Los automóviles abiertos se

ven en todo su desaire; la dama que va en ellos sentada como en un sofá con las piernas extendidas sobre la alfombrilla, parece mentira que tenga esa imperturbabilidad yendo a atropellar a todo el mundo. Los tranvías son como grandes vagones de movimientos muy lentos. La estación del Metropolitano desde allí arriba parece el tranvía padre detenido en medio de las vías; su techo para lo alto es verdadero techo de tranvía mastodóntico”³⁵.

Justo en el periódico mencionado, *La Tribuna*, fue donde Ramón, entre el 5 de enero de 1916 y el 12 de enero de 1922, publicó los artículos sobre Madrid que recogemos en este libro que tiene ahora el lector en sus manos, al que hemos titulado *Madrid y Ramón. La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas*.

¿De qué marco se vale Ramón para la confección de estos artículos? En mi estudio preliminar a *Retratos, semblanzas y caricaturas de escritores...* donde he reseñado la faceta periodística de Ramón y su presencia en *La Tribuna*, recordaba con palabras de José-Carlos Mainer que “desde mediados del siglo XIX los escritores publicaban relatos o dramas en la prensa que posteriormente daban lugar a la publicación de libros y desde principios del siglo XX, los periódicos acogían artículos más creativos (las *crónicas*) y sobre todo cuentos y más de una vez poemas³⁶. ¿Cómo debe de entenderse en este contexto periodístico y en esas fechas el término *crónica*?

Una vez más acudo a las palabras del profesor José-Carlos Mainer, recogidas por María Cruz Seoane y María Dolores Saiz: “José-Carlos Mainer atribuye a los modernistas la invención del nuevo género (...) que caracteriza como ‘mezcla afortunada de impresión vivida, cuento inconcluso y ensayo personal’. Género –subrayan las autoras– de contornos imprecisos, es un saco en el que caben muy diversas cosas (...) desde el relato de ficción socio sentimental (...) hasta el reportaje impresionista (...)”³⁷.

O, si se prefiere ahondar en la filiación de esta forma de “cronificar” la realidad podemos acudir, al decir de Francisca Noguero, a “la práctica por parte de Ramón de híbridos genéricos” o “textos, deudores de la importancia adquirida en el siglo XIX por géneros como el poema en prosa, el álbum de estampas y la crónica periodística (...)”³⁸

El mismo Ramón advierte respecto de este género, la crónica, en el prólogo a la primera edición de 1931 de *El Rastro*, lo siguiente: “

“Había que rectificar de algún modo esa literatura de crónicas –el género literario más aborrecible y más anodino– y de las informaciones en que se ha hablado del Rastro y todas esas otras alusiones que se le han dedicado en las novelas y en los dramas, literaturas, todas esas, demasiado vendidas a lo pintoresco, demasiado complacientes y demasiado noticieras y superficiales, literaturas inspiradas solamente en el pasado (...) sin ver en él toda la cantidad infinita de porvenir que le asiste, que en él se aduna”³⁹.

Y eso es lo que hizo nuestro escritor: transgredir y ensanchar este género periodístico por excelencia.

Las “crónicas” madrileñas de Ramón adoptan, pues, un formato más abierto, e incluso podríamos decir lúdico, distanciándose así de aquellos cronistas y madrileñistas ortodoxos del siglo XIX como Ramón de Mesonero Romanos, el primer cronista científico de nuestra ciudad, al que Ramón respetaba y admiraba, pues la verdadera crónica de nuestra ciudad comienza con él, aunque la pasión de Ramón en este ámbito fue, sin duda, José Mariano de Larra, *Fígaro*, al que rindió distintos homenajes.

Sin embargo, no me resisto a traer a colación la etopeya que Benito Pérez Galdós hace a propósito de Mesonero Romanos que bien podría aplicarse a Ramón, un poco mayor que aquel en los años en que escribe estos artículos sobre Madrid en *La Tribuna*: “Al propio tiempo, la pintura de la vida real, es decir, del espíritu, lenguaje y modo de la sociedad en que vivimos, era acometida por un joven artista madrileño, para quien esta grande empresa estaba guardada. Miradle. No parece tener más de veinte años o veintisiete. Es pequeño de cuerpo, usa anteojos, y siempre que mira parece que se burla. Es, más que un hombre, la observación humanada uniéndose a la gracia, y disimulando el aguijoncillo de la curiosidad con el florero de la discreción. De sus ojos parte un rayo de viveza, que en un instante explora toda la superficie, y sin saber cómo se mete hasta el fondo, sacando los corazones a la cara; y al hacerlo parece que se ríe, como dando a entender que a nadie lastimará en sus disecciones de vivos. Este joven, a quien estaba destinado el resucitar en nuestro siglo la muerta y casi olvidada pintura de la realidad de la vida española tal como la practicó Cervantes, comenzó en 1832 su labor fecunda,

que había de ser principio y fundamento de una larga escuela de prosistas. El trajo el cuadro de costumbres, la sátira amena, la rica pintura de la vida [...]. En 1831 escribió el *Manual de Madrid* [...] y sin interrupción esa galería de deliciosos cuadros matritenses, que servirá, el día en que la capital de España se pierda, para encontrarla aunque se meta cien estados bajo tierra.”⁴⁰ Creo que Ramón hubiera aceptado de buena gana este retrato de Galdós, el otro gran escritor de y sobre Madrid que ha dejado páginas inolvidables en sus *Episodios Nacionales* y novelas. Es un tópico repetir lo que tantas veces se ha dicho, pero que encierra una gran verdad, Galdós y Ramón son los dos Everest de la literatura sobre Madrid.

En 1928, el Ayuntamiento de Madrid convocó un Concurso Internacional con la intención de dar solución a diversos aspectos urbanísticos de la ciudad y acometer la extensión de Madrid para lo cual creó una Oficina de Información sobre la ciudad, encargada de recopilar la más completa información sobre el estado de la ciudad. Dicha memoria que lleva por título *Información sobre la ciudad año 1929. Memoria* (impresa por la Imprenta y Litografía Municipal (texto) y el Instituto Geográfico y Catastral (láminas y planos) con fotografías a cargo del fotógrafo Jesús García Ferriz y el Servicio de Aviación militar) muestra la configuración urbanística y social de Madrid y ofrece una enorme cantidad de datos de muy variada naturaleza sobre el Madrid de aquel momento. Como ha señalado Fernando Terán este “libro lo que hace es contar exactamente eso, cómo era Madrid entonces”⁴¹. El Madrid que recoge esta publicación es, en su conjunto, una justísima aproximación a lo que en la antigüedad clásica se conocía como la *urbs* y la *civitas*, es decir la parte física y la parte humana y social de la ciudad. El Madrid retratado en la *Memoria* es básicamente el mismo sobre el que Ramón escribe, desde su personal percepción, en el periódico vespertino *La Tribuna* en el periodo que va desde enero de 1916 hasta enero de 1922, fechas extremas de los artículos que he compilado aquí. En ellos, Ramón nos habla de:

DEL SKY LINE Y LA FISONOMIA URBANA DE MADRID. DE LAS CALLES. PASEOS. PLAZAS. JARDINES: EL BOTÁNICO, EL RETIRO Y ARBOLADO. DEL RÍO MANZANARES Y EL CANALILLO. DEL MOBILIARIO URBANO Y OTROS ASPECTOS. DE LOS PAISAJES SONOROS Y OLFATIVOS. DE LAS AFUERAS. DEL CLIMA, DE LA ENFERMEDAD Y DE LA SIERRA.

DE EDIFICIOS CIVILES Y RELIGIOSOS. DE PALACIOS. MONUMENTOS. ESTACIONES. PUENTES Y FUENTES. DE MUSEOS. TEATROS. HOSPITALES y ASILOS. CEMENTERIOS. Y DEL METROPOLITANO.

DE ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES, ESCAPARATES, PUESTOS CALLEJEROS y VENTA AMBULANTE. INDUSTRIAS Y MERCADOS. DEL RASTRO. DE LOS ANUNCIOS, MUESTRAS Y RÓTULOS, LETREROS Y PASQUINES. CAFÉS Y TERRAZAS. DE LOS MEDIOS DE LOCOMOCIÓN.

DE LAS FIESTAS: CARNAVAL, SAN ISIDRO, CORPUS, NAVIDAD Y AÑO NUEVO. DE LAS DIVERSIONES, VERBENAS Y DE LOS LUGARES DE ESPARCIMIENTO. DE LOS TIPOS, VENEDORES, OFICOS Y FORASTEROS. DEL VERANEO.

Una mirada, por tanto, exhaustiva que sus lectores debieron de apreciar como algo singular.

Sin embargo, no debemos olvidar que por aquellos años la ciudad, Madrid, se estaba transformando sino aceleradamente sí con inexorable ritmo. Por eso la visión de Madrid de Ramón oscila o, mejor dicho, asume esa tensión entre lo antañón y lo nuevo. Tomás Borrás, amigo de Ramón que fue quien le introdujo en el periódico *La Tribuna* y pombiano desde la primera hora, publicó un artículo en el mismo periódico dedicado a Antonio Casero. Este escritor era el prototipo de la “variante específica del costumbrismo regionalista conocida como *madrileñismo*, y que en su caso está caracterizada por la alegría y el humor blanco con que retrata a las clases populares urbanas del Madrid finisecular”⁴². El artículo de Borrás llevaba el significativo título de “Retratos. El último madrileño” que comienza así: “Madrid va desapareciendo poco a poco. Apenas si queda algo de él por Maravillas o la Plaza Mayor abajo. El resto de Madrid es tan cosmopolita y tan vario que su aspecto de gran ciudad moderna ha destruido su carácter típico”⁴³. El propio Ramón se hacía eco de esto mismo en el preámbulo que antecedió a su extensísimo artículo sobre la Puerta del Sol del que entresaco varias advertencias:

“Con todo esto yo no quiero hacer mérito de mi madrileñismo, porque no tengo ambición torcida y porque tampoco quiero ser esa especie de sereno honorario, que es

el cronista un poco oficial de Madrid". "Yo espero ser un poco el historiador que resuma la historia de este pueblo que pasa por el momento de perder su carácter y de uniformarse con el mundo" o "Yo creo que no debe darse en frío la historia de la ciudad"⁴⁴.

En el prólogo a la primera edición de *Elucidario de Madrid* tiene un recuerdo para varios de los cronistas esenciales de Madrid que en cierta forma debemos interpretar como un enlace, su nexos, con el pasado:

"A dos cronistas que han fijado sus costumbres [del Madrid histórico] he de consagrar un recuerdo: a don Ramón de la Cruz y a don Ramón Mesoneros Romanos, que en su despacho, lleno de archivos, escribió toda una galería de obras sobre Madrid, en que está reunido el historial de sus piedras. También a Fernández de los Ríos, como divulgador perfecto de Madrid, y a Fígaro, como alcaide de la madrileñería, en elevación y concentración de sus esencias, hay que dedicarles un recuerdo"⁴⁵.

El artículo dedicado a la Puerta del Sol de *La Tribuna* reunía en unas mismas páginas el alfa y el omega de su prosa dedicada a Madrid. Por un lado, lo estrictamente histórico, madrileñista, anecdótico y casticista sin obcecación ninguna y, por otro, la visión más moderna y novedosa de percibir la ciudad, sustanciando este último registro, primero, en el epígrafe "Algunas horas en la Puerta del Sol" en el que recorre el espacio urbano como si fuese un travelling cinematográfico que va visualizando el paso del tiempo y el discurrir humano de la plaza desde "la madrugada, en vísperas del alba" hasta las "tres a cuatro del amanecer" de un día cualquier, y, segundo, en las greguerías sobre este enclave que cierra el artículo y resume su visión, y de las que entresaco esta que tiene sabor ultraísta:

"Los anuncios luminosos ponen en los ojos moscas volantes, pintas luminosas que insisten... Unos imitan al cohete. Otros al surtidor que cae... A veces, toda la proyección hace gestos de asfixia, no encuentra fluido, no puede encenderse, dice con un gesto tristísimo: ¡Qué me ahogo!"

En esas mismas fechas Guillermo de Torre en su poema “Madrid” (de Kaleidoscopio, 1920-1921), dedicado al ya citado Melchor Fernández Almagro, comenzaba y terminaba el poema con estas imágenes:

Madrid	Ciudad de ojos prismáticos
Madrid	Ciudad de ritmos vorticistas inyecta tu luz en mis arterias

Años después en *Elucidario de Madrid* en el apartado de las greguerías a la Puerta del Sol incluiría además de estas algunas de nuevo cuño. Como, por ejemplo, esta, también dedicada a los anuncios luminosos, que nos aclara con pregnancia la persistencia creativa de Ramón sobre ciertos temas, como este de los anuncios, del que llegó a acuñar la palabra “anunciografía”:

“La Puerta del Sol ha llegado a ser un dechado de anuncios luminosos, sobre los que se destaca la cebra del Cinzano y el reloj luminoso, siempre en las tres y media. Sus diademas de anuncios se encienden y se apagan como en lección inestable para todas las memorias, y la escritura eléctrica de las noticias luminosas mezcladas de anuncios que van de derecha a izquierda hace que huyan las letras por donde debían irse, hacia lo no nacido, a lo no escrito, al sitio del escenario al que no debían ir. Algunos anuncios luminosos, como el de los emplastos, dan calor al lado que más enfría el invierno, y el del purgante, tan repetidamente repetido, llega a purgar al que se fija en él demasiado”⁴⁶.

Para entonces (la fecha en la que publicó el artículo sobre la Puerta del Sol en *La Tribuna*, 1920), Ramón había alcanzado un acusado grado de diferenciación en el tratamiento literario de la ciudad, de Madrid, respecto de otros autores que se ocuparon también de ella. No hace falta citarlos pues son de sobra conocidos, pero yo destacaría otros por la también extraordinaria visión de Madrid que ofrecen sus autores, *Luces de Bohemia* (1920 y 1924) de Ramón del Valle-Inclán y *Madrid, 1921. Un dietario* (1929) de Josep Plá⁴⁷. El Madrid bohemio que recorre las páginas de Valle-Inclán ha quedado “retratado” magistralmente en algunos diálogos y en las acotaciones que marcan las escenas. Así, por ejemplo, Max Estrella en la primera escena le dice a su mujer, Collet,

que ha recobrado la vista y deja una estampa sintética sobre la ciudad: “¡Está hermosa la Moncloa! ¡El único rincón francés en este páramo madrileño!”. En la Escena Cuarta, Máximo Estrella y Don Latino de Hispalis se “tambalean asidos del brazo por una calle enarenada y solitaria. Faroles rotos, cerradas todas, ventanas y puertas. En la llama de los faroles un igual temblor verde y macilento” o en la Undécima: “Una calle del Madrid austriaco. Un casón de nobles. Las luces de una taberna”. Por la obra que es un itinerario por la ciudad quedan retratados lugares como el Pretil de los Consejos, la taberna de Pica Lagartos en la calle de la Montera, el Colegio de los Escolapios, la Cibeles, la Puerta del Sol, el Ministerio de la Gobernación, la calle Bastardillos (donde vive Max Estrella), un café, el Viaducto, la calle del Gato y sus espejos deformantes, los Cuatro Caminos, el cementerio del Este y la calle de la Pasa. Con otro campo de visión y enfoque, Plá disecciona Madrid desde distintos ángulos con una fina ironía. Sirvan como botones de muestra estos: “Para vivir a gusto, en Madrid, hay que compenetrarse con el localismo frenético de la ciudad. Hay que estar convencido de que no hay nada como Madrid. (...) Es una ciudad susceptible, de un gran amor propio (...) Pero hay más, hay otro milagro: Madrid es la ciudad de Europa en la que mayor número de personas pueden vivir e ir tirando, trabajando menos, con menos quebraderos de cabeza. Esto crea una especie de ilusión de jauja, la sensación de que Madrid está en posesión de una piedra filosofal. Claro que la posee: es el Estado”. Muy catalán. Imprescindible es el capítulo que dedica a Pombo y a Ramón. Y muy acertada su observación en la entrada del 23 de junio dedicada a “La gran arteria” donde señala que si la calle de Alcalá “es una buena calle. Ahora bien, a mi entender, la arteria sur-norte es una gran calle, la arteria que da a Madrid el tono de la gran ciudad, el elemento que han de tener las grandes aglomeraciones urbanas (...) Esta larga avenida (...) es agradable para pasear, porque da sosiego y está construida con arreglo a ideas urbanísticas loables”. Magistral también es su reflexión sobre los suburbios.

Veamos a continuación algunas de las reflexiones que Ramón va desperdigando en los artículos que escribió para *La Tribuna* y que, reunidas, forman algo así como una poética periodística en general y una poética madrileña en particular:

“Todos deben comprender que en un artículo breve no se puede tomar más que “un aspecto” de una cosa –aunque yo esté conforme en que tiene muchos más–, y que en la redacción del título y del artículo se está como ante un impreso de Telégrafos, escribiendo un telegrama [se] hace necesaria la síntesis inevitable, que es el periódico”⁴⁸.

“Yo voy paseando, y de pronto me paro frente a un edificio y repaso todas las frases que se me han ocurrido frente a él y busco las nuevas frases del día, ordenando mi trabajo con un poco de historia del edificio, la más fundamental, la más pintoresca, no la sobrante o la que, siendo “numerosa”, no se sabe cómo se las arregla para no decir el único dato que más erigiría en el porvenir al monumento en caso de que desapareciera”⁴⁹.

“Yo voy por todos esos recreos viviendo de ese modo la variedad de ambientes de la ciudad y la psicología de todos sus patios y sus vecindades”⁵⁰.

“A la larga he hablado en el Prado de estos jardines desaparecidos. Ni una palabra del pasado me gusta repetir nunca, y por eso voy a decir algo nuevo de los jardines, algo que despierte las albahacas y refresque Madrid”⁵¹.

“Cuando se pasea por un sitio todos los días, se tiene una visión diferente de él todos los días y se encuentran cosas que brillan de otro modo.”⁵²

“Madrid ha conseguido su identidad y continuidad gracias a los pregoneros”⁵³

“Todo el barrio está triste, desposeído sin su árbol de Guernica tradicional, sin su alarde de jardinería, pues era maravilloso ver reflorar siempre ese largo mástil que parecía seco. Ha sido como si ese barrio se hubiese cortado la coleta de la originalidad. ¿Es que van a construir ya sobre el último jardín del centro? ¿Es que van a cubrir ese trecho de respiro en la ciudad aglomerada y demasiado urbana?”⁵⁴

“Las azoteas con barandilla parecían la cubierta de un barco”⁵⁵. Era como si, naufragos de la acera de sombra, viésemos desde el fondo del agua y desde muy debajo del buque la cubierta alta, lejana, próxima a las estrellas. La luna, pensé anoche por pensar algo lapidario, “la luna confirma la ciudad”⁵⁶

“Ya hace tiempo, y siempre que paso por ahí dirijo una mirada a ese andamiaje raro, incongruente, verdadera plataforma para dar un salto al tejado de enfrente. [...] Por lo menos, yo he querido fijarme y glosar ese cadalso del suicidio⁵⁷”

“A nuestros paseos tranquilos, entre gentes que se dedicaban al paseo, quizás a la marcha forzada, pero siempre amena, o la contemplación de las cosas, les ha quitado encanto esta multitud de vagos, que hasta están matando la dignidad de vagar, la mirada baja y observadora, el continente abierto, la comprobación extensa de la vida que hace el que vaga⁵⁸”

“Quiero que toda persona que haya vivido en Madrid en la hora álgida y suntuosa del verano, se ponga la mano en el pecho y piense cuál es la síntesis del sol y sombra, del encanto de ver la lumbre prodigiosa del verano madrileño desde la sombra en que mejor se observa ese contraste de sol y sombra [...]. ¿No es eso que he dibujado con la tosquedad de mi pluma, que no la del dibujante, sino la del caracterizador? Para mí es una síntesis del verano esa sensación que se experimenta desde dentro de los soportales de la Plaza Mayor, mirando los telones iluminados y ensolados desde fuera; esos telones de tela que los tenderos de la plaza ponen para defender sus cosas del sol, porque el sol se las come. Pero el marchamo de esa síntesis, el anagrama de esa emoción del sol al otro lado y de la sombra a este, es esa sombra con forma de farol que se proyecta sobre el telón y que es la reproducción de esos faroles que dan tanto carácter a la plaza, y cuyo material armazón cae del otro lado de la lona rayada⁵⁹”

“Yo encuentro que son muchos más fecundos los cuadernillos que los pensamientos, y por eso hay que dar la cosecha a tan bajo precio. Yo mismo, que siempre voy apuntando cosas, noto que me acosan los cuadernitos, pidiéndome más⁶⁰”

“Ese tipo de vieja ciudad con prosapia y buena salsa, que no debe perder la ciudad nunca, lo conservan más que nada los carteles que anuncian a las amas de cría que están arropadas en espesos mantones en el fondo de las antesalas, esperando al recién nacido que las necesite⁶¹”

“Los componedores de las vías son difíciles atrecistas, abrumados maquinistas para la buena marcha escénica de la ciudad, que trabajan a la luz de esas candilejas potentes que roban luz a los cables, convirtiendo el fluido de fuerza que va por ellos en fluido de luz, en sangría suelta”⁶²

También formando parte de esa poética sobre la ciudad, y de Madrid en particular, y muy fundamental en su prosa para captar la atención del lector, nos encontramos con abundantes greguerías diseminadas en los artículos.

Antes de recoger algunas de esas greguerías cabe decir que Ramón las publica también con el significativo nombre de “ciudadanerías”, haciendo de este neologismo un equivalente del aquel otro término acuñado por él y por el que se le conoce popularmente por los lectores. Ya en uno de los primeros artículos que Ramón publicó en *La Tribuna*, al definir la greguería para los lectores del periódico escribe que es “amplia para contener el drama, la comedia, el teatro de polichinelas, el verso, la anécdota, la política, *la ciudad* y, sobre todo la mujer... es el género que simplifica la crónica... y en la imprenta tiene la ductilidad que necesitan las máquinas modernas”. De esta definición me interesa destacara ahora dos aspectos: el que la greguería contenga la ciudad y el que simplifica la crónica⁶³. Greguerías, metáforas e imágenes deslumbrantes recorren esta prosa urbana referida a Madrid que personalizan el concepto perceptivo y el estilo novedoso que Ramón tiene de la ciudad y de Madrid en particular. El uso y la interrelación de términos distantes entre sí le permiten captar con mayor profundidad la realidad urbana más allá de una visión naturalista o simplemente descriptiva. Así se entiende mejor lo que Ortega y Gasset escribió en *La deshumanización del arte* (1925) al considerar que tanto Proust, Ramón y Joyce representan “los mejores ejemplos de cómo por extremar el realismo se le supera –no más que con atender lupa en mano a lo microscópico de la vida”⁶⁴ y asimismo la referencia de Tomás Borrás a los ojos de Ramón, “ojos a un tiempo telescópicos y microscópicos”⁶⁵

Veamos, así, algunos ejemplos: el Paseo del Prado es una “regia llanura elísea”⁶⁶; la confluencia de la calle de Alcalá con la Puerta del Sol con las numerosas motocicletas allí estacionadas se convierte “a ciertas altas horas de la noche (...) en ese embarcadero, y se oyen sus klaxon impacientes, deseosos de que alguien monte en sus barcas”⁶⁷; el Observatorio de Madrid tiene “tipo de ermita de la luna”⁶⁸; el Paseo de Rosales “siempre

ha sido el borde de los abismos, la balastrada sobre el Niágara del cielo y de la tierra, el sitio estratégico, no de Madrid, sino del mundo, la playa sideral⁶⁹; el cementerio de la Almudena “la gran Necrópolis de cemento armado, la Ciudad Lineal de la muerte con sus hotelitos carísimos, una ciudad fea, parecida al nuevo Matadero⁷⁰; el estanque del Retiro, “es el gran vaso de agua de Madrid, el gran vaso de agua en que se acucia su cielo y su ambiente⁷¹; las veletas “esas florituras del hierro, como vegetación de los tejados, como larga malva real de las alturas son los remates de la ciudad, por lo que se la conoce desde lejos⁷²; los pregones de los vendedores ambulantes son “cohetes de la voz⁷³ que “entre todos formaron el alma acústica de la ciudad⁷⁴; las lápidas de los cementerios que se pulen constantemente en el Rastro borrando los nombres tallados en ellas son “¡Piedras litográficas para la muerte!⁷⁵; y los camiones asemejan un “tipo de elefante rodado⁷⁶. En una de sus greguerías ilustradas de los años 30, Ramón dibujó un camión con forma de ballena que “regaba las calles polvorientas y asadas” de Madrid⁷⁷. El afilador que recorre las calles con su chiflo, “representa con su flauta la melancolía de la vida y la cosa de sótano lamentable que tiene la ciudad. Es, por decirlo así, el verdadero sapo sonoro de la ciudad⁷⁸.

La visión de Madrid por Ramón así como su poética están estrechamente vinculadas con las imágenes de la cultura gráfica popular. Concedió bastante importancia a las ilustraciones de sus artículos sobre Madrid acompañándolos muchas veces con sus propios dibujos, aspecto este último en el que no podemos detenernos aquí, pero al que he dedicado varios artículos y un libro⁷⁹. En sus artículos nos encontramos con muchas referencias tanto textuales como ilustraciones con grabados, pinturas, dibujos y planos antiguos. Veamos también algunos ejemplos:

“Desde casi toda su cintura tiene Madrid perspectivas ideales, elevándose toda la ciudad a la vista del espectador, sin ocultaciones, sin quebrancia brusca de lo que se atalaya; visto, en conjunto, sobre una meseta circular de desarrollo escalonado y sencillo.

Todas las ciudades se ven desde algún lado, claro está; pero ninguna se distribuye en la perspectiva como Madrid, pues están asentados sus edificios como las butacas en el patio de butacas, cuya rampa tiene la misión de que todos los espectadores vean el escenario. Se puede decir que todas las casas de Madrid y todas las espadañas, y todas las agujas, y todas las torres ven el horizonte, y por eso son vistas tan bien desde

el horizonte. [...] Todas las perspectivas de Madrid están distribuidas para los grabados, y por eso el grabado las recoge tan bien. Goya, en su perspectiva de Madrid desde San Antonio de la Florida, exaltó con fe, y con un cariño que se nota en el cuadro, esa placidez de perspectiva madrileña, esa manera en que una ciudad se ofrece tendida, serena, clara, a la penetración pacífica del que va a ser su transeúnte y anda pasito a pasito hacia ella. [...]

Esos bellos grabados de la perspectiva de la ciudad muestran Madrid cabal, tal como es, tal como será en la entraña de sus nuevas edificaciones, tanto, que yo no hallo diferencia entre el Madrid del pasado y el de hoy cuando me coloco frente a los grabados de esas perspectivas, sintiéndome también -¡si seré engreído!- ese señor de sombrero de copa con levita negra y pantalón blanco que divisa la ciudad, como el Dante su Florencia, o ese paleta que se para deslumbrado ante el Madrid en que va a entrar con su borrico cargado de botijos”⁸⁰

“En toda la ciudad ha habido esas perspectivas de grabado antiguo, esos velados finales que el polvo ponía antes al atardecer como el telón espeso del final del día. El antiguo Madrid volvía así a tener un matiz sutil y propio, como cuando aún no estaba empedrado. Ese polvillo tenue, muy claro, muy de capital de provincia, muy de afueras, estaba en todas las perspectivas”⁸¹

“Son numerosos y muy interesantes los grabados que pintan estos tipos. Los extenderíamos a través de numerosas páginas”. [...] Hace ya más de un siglo que un artista anónimo, empapado en el alma popular, grabó la pintoresca colección de planchas tituladas ‘Los gritos de Madrid’⁸². Sus dibujos son apuntes de una gran realidad, y que recuerdan la clara proyección de esos tipos en el Mediodía de Madrid”⁸³

“Ya a las tres y media de la tarde hay un vacío enorme en Madrid. Está solo y soleado, como en los primitivos grabados en madera, cuando Madrid no tenía casi habitantes y el rigor del sol se entreabría más paso entre casas menos altas, cayendo más a plomo sobre las grandes corraladas que se abrían por todos lados en la ciudad.

Las aceras son de sol a esta hora, y las piedras de la calle se quedan secas y como encandecidas, o sea al blanco de fuego. A mí me gusta Madrid con este aspecto y a esta hora. Su traza, su sentido, su escultura ideal es cuando resulta más erigida y destacada. Las torres de sus iglesias, sobre todo, son firmes enseñas y algo así como las narices típicas en el perfil de la ciudad dirigida hacia el cielo”⁸⁴

“En la silueta de la ciudad moderna ya no se destacarán las cúpulas en forma de compotera o en forma de naranja que se destacaban antes. Aquellas grandes fiambreras desaparecerán de la representación silueteada de la ciudad en ese atardecer que la caracteriza”⁸⁵.

En esta última cita vemos cómo Ramón percibía, con alguna añoranza, la pervivencia aún, en aquel Madrid suyo de los años veinte, aquella antañona fisonomía conventual de Madrid que muestran los grabados antiguos que tanto apreciaba y que es bien visible en el *modelo de Madrid* de León Gil de Palacio de 1830 (Museo de Historia de Madrid), aunque es consciente que ese perfil urbano se estaba transformando a marchas aceleradas. En junio de 1920 expresa su reserva frente a la nueva arquitectura que está ya modificando aquella silueta:

“Los arquitectos, a la vez, tienen mucho miedo, porque saben que cuando lanzan una idea nueva, algo chocante, distinto a todo lo demás y rebelde, no encuentran un defensor, y la multitud les apedrea con sus miradas”⁸⁶.

Un ejemplo más de la tensión entre lo viejo y lo nuevo tan frecuente en su prosa. En el citado artículo de *Luz* advertía también a las autoridades:

“Madrid, además, no es otra cosa que su casticismo, ni puede dejar de ser eso. (...) El republicanismo oficial tiene que darse cuenta de eso y no dejarse llevar por los arquitectos que todo lo quieren destruir cuando tienen bastantes solares para saciar su sed de edificación. (...) ¡Que no se dejen embriagar por sus proyectos! Sería peligrosa la reacción del pueblo modesto y castizo ante un exceso de destrucción y monumentalidad superflua. (...) Reforzar Madrid, afirmarle, empedrar mejor sus rincones, conservarle limpio, rotundo de esquinas, fácil de lugares prácticos, mejorado de jardincillos,

rumboso de nuevas plazas, consciente de su significado. Eso es lo que hay que lograr. (...) La Gran Vía está bien, pero es donde Madrid se viste más de teatro falso (...) un buen facsímil de lo que también es el mundo en otras partes”⁸⁷

Y comportándose como si fuera un etnógrafo urbano, advierte:

“En los rincones de la ciudad, en esas esquinas que no olvidaremos nunca, vemos muestras típicas que van situándonos en la vida mejor que nadie. Muchas veces recorreremos un camino olvidado durante mucho tiempo, solo por volver a ver esa muestra típica, que convierte a la ciudad presente en ciudad de los antiguos tiempos. Como aquí no hay un Museo provincial en que se recojan esas muestras que hacen pintoresco el mundo, el cronista debe ir las recogiendo y apuntando. Estas dos últimas muestras que recojo tienden a desaparecer”⁸⁸.

Otro ejemplo, y se podrían poner muchos otros, es lo apuntado sobre los letreros de los Cafés, que, al igual que el anterior, va ilustrado con dibujos suyos:

“Siento no haber copiado en el pasado los letreros que colgaban en las columnas de los cafés del pasado, y que debieron ser tan curiosos como los carteles del pasado que cuelgan en las catedrales: “AQUÍ SE RUEGA POR LOS QUE HAN IDO A LAS CRUZADAS. (...) Por lo menos, estos de nuestro tiempo quedarán perpetuados. No son muchos; pero decoran y hacen apetitoso el ambiente del café”⁸⁹

En el mismo ámbito y sobre su peculiar mirada etnográfica situamos el artículo en el que hace un curioso inventario sobre las veletas madrileñas acompañado de sus dibujos:

“Las veletas de Madrid ponen una divisa sobria en el cielo, lo santiguan o lo adornan con un bordado que le sienta bien”⁹⁰

En estos artículos de Ramón sobre Madrid hay también ecos de la prosa de su buen amigo el pintor José Gutiérrez Solana al que dedicó una temprana y elogiosa semblanza en *Pombo* (1918). Al referirse a su primer libro, *Madrid, escenas y costumbres. Primera serie*

(1913) y al segundo que se publicaría con el título de *Madrid callejero* (1923) del que comenta que “me ha leído largos capítulos de su segundo libro”, escribe sobre el primero:

“El libro, como una de esas plazas recónditas de la ciudad, en las que está todo el alma de ella, no necesita mayor publicidad” y apostilla “¡Qué Madrid el de Solana! En él está lo que queda en secreto pero firmemente de la primera tribu que acampó en su monte. Lo ve él, porque como dice muy bien Romero-Calvet: ‘Está en el punto desde donde se ve todo’”⁹¹.

Ramón le dedicó a Solana varios artículos en *La Tribuna*⁹². Todo este caudal de comentarios y glosas desembocaría finalmente en una biografía sobre el pintor publicada ya en Buenos Aires en 1944. Ejemplo también de la compenetración de intereses entre ambos fue la figura de Baldomero “el Cubero”, un alcohólico conocido en Madrid como *Garibaldi* al que ambos le dedicaron sendos artículos. Solana en el primero de los libros citados, “*Garibaldi y su mujer*” y Ramón en *La Tribuna*, “*Variaciones. Garibaldi*”⁹³, si bien el interés por este personaje prototipo del *lumpen* madrileño fue ya objeto de atención por Ramón que lo dibujó en la revista juvenil *El Postal. Revista defensora de los derechos estudiantiles* que confeccionaba, a mano, e ilustraba él mismo siendo escolar, y a la que he dedicado recientemente un trabajo y donde allí comento este dibujo⁹⁴.

Un ejemplo de la afinidad de la prosa ramoniana con la pintura solanesca es el artículo, “*Variaciones. Los carros*”⁹⁵, del que entresaco estas líneas:

“El paseo de Trajineros es el paseo de los carros, de los carros españoles, grandes, de vía ancha, de calzada romana. (...). Pasan también los carros empolvados por el tiempo (...) Vienen o van cargados de carbón, de madera, de pellejos de vino -inflados como con un aire espeso-, de cerdos cuya fofez asoma por la ventana, viéndose, sobre todo, los enormes labios de la herida de su vientre, sus hocicos extendidos y sus patas estiradas y rígidas; pero los carros más bonitos son los cargados de papeles viejos de colores distintos, y unos que vi cargados con unos troncos enormes, de bello estriado bisel y de un color de *alimentados con ocaso*, y los cargados con recortes de hojalata. (...) Numerosas mulas, que parecen más numerosas por lo muy separadas que van, tiran de esos carros. En ese paseo de Trajineros es donde más se puede ver la mula (...) mulas que en muchas ocasiones tienen aspecto de relajadas y desriñonadas, mulas con

una especie de sillín o montura en que no cogerían las asentaderas de un cabalgador, y que parece una atrofia de la montura primitiva, mulas que en el verano brillan de sudor y en el invierno entran llenas de barro, con el barro pegado a la piel, a los pelos de la barriga y los de las nalgas, como los corderos; esas mulas que se derrengan en Madrid, que en los grandes esfuerzos se alargan oblicuamente, como canguros o grandes liebres, arremetiendo hacia adelante en un violento salto de carnero por el aire y levantando chispas las piedras- como la que el hierro saca en el pedernal del encendedor”

No hace falta resaltar la conexión de estas imágenes literarias con la obra de Solana, *El cuadro de la carne* (1919) del Museo de Bellas Artes de Bilbao. Se podrían citar, a vuela pluma, otros artículos de Ramón en paralelo con los artículos y pinturas de Solana: “Variaciones. Las corridas nocturnas”⁹⁶; “Variaciones. Los caballos de los toros”⁹⁷; “Variaciones. La casquería”⁹⁸; “Variaciones. Más del Rastro”⁹⁹ o, entre otras más, “Variaciones. Lluvia de sangre”¹⁰⁰.

Desde la conferencia, “El concepto de la nueva literatura” (1909) hasta “Letanía de Madrid” que es como un resumen *ad libitum* de nuestra ciudad con que se abre *Nostalgias de Madrid* (1956), la ciudad y Madrid en particular ocupan centralmente la obra de Ramón. En la primera, volcada en la revista *Prometeo* vinculó las nuevas formas literarias con “la plaza pública, la avenida y los bulevares” y dejó bien claro la conexión de aquella nueva literatura de la que él se presentaba como adalid con lo madrileño:

“Somos de nuestra calle y de nuestra casa. Así, ya sea madrileño, vallisoletano, londoniense o parisino, toda vida para ser orgánica, ha de estar *sita* de un modo categórico. De tal manera que las calles han de ser verídicas, llevar su propio nombre, y hasta si en ellas se ve la mano indicadora del zapatero de portal no valdrá suprimirla. Todo lo nuestro debe tener un carácter de madrileñismo”¹⁰¹.

Sin olvidar, claro está, su faceta radiofónica, que le permitió hacer el primer reportaje en directo, “una auténtica novedad radiofónica” desde la Puerta del Sol y el Café de Levante en noviembre de 1929, que Armand Balsebre ha calificado de costumbrista¹⁰² y su participación como actor en *Esencia de verbena. Poema documental en 12 imágenes* (1930) en donde como actor transeúnte le vemos ejecutar distintos roles.

Transeúnte, descripcionista, fotógrafo de realidades y revelador de imágenes, callejeador, fisgón, caracterizador, observador desde muy joven y anotador son algunos de los dispositivos con los que carga Ramón para inventariar la ciudad. Ya lo señaló así Jorge Luis Borges: “Ramón ha inventariado el mundo, incluyendo en sus páginas no los sucesos ejemplares de la aventura humana, según es uso de poesía, sino la ansiosa descripción de cada una de las cosas cuyo agrupamiento es el mundo”¹⁰³. Basta mirar simplemente los títulos de los artículos aquí recogidos para percibir ese afán ilimitado por llegar a los lugares más recónditos de la ciudad en general y de Madrid en particular.

Ramón desarrolló toda una teoría de Madrid que se va descubriendo a lo largo de la lectura de estos artículos como también, lógicamente, en sus libros específicamente dedicados a ella. Una teoría que se muestra en varios planos; uno, que podríamos considerar general y de corte esencialista, y el otro, de carácter particularista o concreto, si bien suele adoptar muchas veces un tono híbrido que acaba por ser marca de la casa. Veamos algunos ejemplos entresacados de estos artículos.

“Muchas perspectivas se abren de pronto frente al transeúnte de Madrid. (...) Se ve con vivacidad un pedazo del alma de nuestro Madrid”¹⁰⁴

“Acostumbrado a pasear por esos barrios secos, pero de espléndida luz, que hay al Norte de Madrid, se sabe lo que vale tener presto un vaso de agua limpia, potable y casi filtrada para apagar la sed, mientras poco a poco vamos haciendo el catastro espiritual de Madrid y sus afueras.”¹⁰⁵

“¡Qué grato que en el mismo Madrid os suceda todo! Ese es el ideal.”¹⁰⁶

“La flor de la acacia es lo que despierta en Madrid las ansias y las pasiones, haciéndole entrar en el Estío, ansioso de noviazgos y diversiones, oliendo y gulusmeando la vida de un modo ardiente”.¹⁰⁷

En relación con los olores de Madrid nos deja estas tres consideraciones que retratan muy bien el triple perfil rural, industrial y urbano que tenía la ciudad en aquellas fechas:

“No, labriego; todo lo hay en Madrid, hasta tomillo. Basta tomar un tranvía y se respira el tomillo nutrido de olor, el tomillo salsero, quizás más admirable que el de los campos lejanos.”¹⁰⁸

“Madrid tiene ya ese olor que brota de los automóviles, ese olor a sudor de la ciudad”.¹⁰⁹

“Estos días está respirando y traspinando todo el fondo de Madrid por las narices y las bocas del Metropolitano, sobre todo por la naciente estación metropolitana de la Puerta del Sol sale todo el olor del fondo de Madrid, y, sobre todo, de la Puerta del Sol, cuyas profundidades cuaternarias no respiraban hacía tantos siglos, ni echaban fuera la humedad de la fuente que hubo en ese sitio.

Al mismo tiempo, se cruza con este olor y se huele en más sitios un olorcillo a silvestrería quemada, un olorcillo delicado, suave y humoso... Saliendo por las afueras, y viendo la ignición en que viven los tejares, se piensa si será el olor de esa paja y de ese abono con que se hacen los adobes que estos días se hacen por millones lo que bien filtrado por la distancia pone ese olor rústico en todo Madrid”.¹¹⁰

Cierto paisajismo de gusto simbolista se percibe en esta alusión a los efectos de atmósfera:

Sobre todo, bajo la bruma madrileña de las mañanitas de invierno –bruma que no es bruma, sino fino colorido-, se idealiza Madrid por completo. (...) quizás se debe a que bajan a Madrid las finas brumas de la sierra, y bajan destiladas, depuradas, satinadas y pulidas al caer por las faldas de la montaña: ¡Efecto argentífero y bruñido!”¹¹¹

Las referencias a la arquitectura son también una forma de definir la ciudad y su ámbito de transformaciones:

“Con este edificio llegaban a Madrid oficialmente las arquitecturas inauditas, ni para Dios ni para la aristocracia pura de antes, sino un poco para el comunismo y como para señalar la cúspide de la democracia. Es esta arquitectura de tipo híbrido y razo-

nable al mismo tiempo, la casa moderna y estrafalaria que, sin embargo, caracteriza a Madrid, y más que nada le caracterizará en el porvenir.”¹¹²

La descripción de la miseria y de la pobreza no fue en el espacio periodístico o literario uso exclusivo de Pío Baroja¹¹³, también Ramón trazó sobre las páginas efímeras del periódico pinceladas que recuerdan los aguafuertes barojianos de Ricardo y la prosa, como ya hemos comentado, de José Gutiérrez Solana:

“Por el “Pacífico” y por la “California” y por la “China”, esos barrios de Madrid por los que a veces me paseo, siempre rige la hora india en sus anejos: la viruela, que “puntuán” las moscas cuidadosamente en los rostros, y hasta la peste. Pero sin ir tan lejos, y sin que tengamos que ver asomarse por entre las cortinas que tapan la puerta de las casas las cabezas de los niños indios como cabezas de polichinelas, en el centro de Madrid, cuando surge la hora india, todo es indio, todos los rostros, brillantes, azafranados y renegridos por el sol; las cabezas de las viejas, amarillas, de sienes hundidas, de calaveras pomulosas, de moños muy chicos, moños de indias pelonas.

Y si salimos hacia los lavaderos y vemos a las lavanderas, ya no nos cabrá duda de que nos hemos asomado a ver lavar junto al Ganges [por el Manzanares]”¹¹⁴

“Siempre hay en Madrid un asilo miserable y pintoresco, digno de ser descrito por Gorki. Aquellas casas de dormir de “la cuerda” han desaparecido en su mayoría, y ya no tienen los vagabundos aquel despertar, que consistía en soltar las cuerdas a la que estaban atadas las esterillas como toscas hamacas, haciendo rodar por el suelo a todos los dormidos.

Ahora en Cuatro Caminos hay un gran pajar que utilizan los vagabundos. Cuesta un real el dormir sobre la paja, y precios convencionales las habitaciones con cama.

Es un espectáculo como el de la guerra el ver tirados, amontonados, y durmiendo como en la nave de una iglesia a esos soldados de la miseria.

Es el parador de los golfos antes de hacer las excursiones a provincias.”¹¹⁵

Cualquier aspecto sirve para “definir” Madrid como algo permanente en el fluir del tiempo:

“El Puente de Segovia parece que representa en Madrid toda la sobriedad del pasado. Es el puente histórico por donde pasa la historia y por donde Madrid se une a los tiempos pretéritos.”¹¹⁶

Junto a este retrato de la ciudad que pretende ser inalterable, nos encontramos con otro en el que se busca una descripción veraz y contrastada como, por ejemplo, cuando se refiere al puente de Toledo:

“Este puente, por el que el día de San Isidro pasa todo Madrid, y todos los días una gran cantidad de hombres y animales, puesto que casi todo el ganado que se mata en Madrid viene por ahí, es un puente admirable.

Es, entre los puentes de Madrid, el más adornado, el más florido, el que está decorado con detalles más delicados.”¹¹⁷

“Allí a mano derecha del Puente de Toledo se celebra todas las mañanas la feria de burros.

Parece que en Madrid no pasan esas cosas, no hay chalanerías públicas, ni esas escenas de zoco. Es que la gente no se asoma a ellas y no las sospecha siquiera. Aquí se vive en el barrio, y todo lo demás queda como fuera de puertas y como al otro lado de la muralla. En la mañana suceden muchas cosas en Madrid. Cada una en su rincón, en su plazuela, lejos del público, que lo que más fisga son las cosas de la tarde.”¹¹⁸

Aunque la mirada de Ramón sobre Madrid es esencialmente literaria, también se hace eco de los cambios y las transformaciones humanas, sociales y demográficas:

“Aquella chimenea de la fábrica junto al Museo del Prado se ve que no puede descargar más humo y que atropella al que sale, al que viene detrás. Después de las discusiones a que dio lugar el que podía oscurecer los cuadros del Museo ese humo

que el viento empuja muchas veces hacia allí, se apagó esa chimenea; pero hace poco tiempo, por las necesidades nuevas que ha creado la aglomeración de que es víctima Madrid, ha vuelto a tener que funcionar.”¹¹⁹

“Es irremediable. Hay que amasarse a la multitud en todas horas en los tranvías de todas las líneas. La muchedumbre ha crecido mucho más, entre otras cosas, porque han venido de provincias infinidad de familias y de hombres a hacerse un hueco en Madrid.”¹²⁰

“Yo prefiero todas las terrazas a las de la plaza de Santa Ana. Allí se mezcla ese mundo cosmopolita de la clase media que no ha salido de Madrid. Es la plaza más sosa, con su jardín de patio de las casas del centro. El señorito y el abogadito van allí, y todo el Madrid que se limpia muchas veces las botas en los limpiabotas y que habla de mujeres y de toros se sienta en la trivial plaza de Santa Ana, plaza y jardín híbrido, en el que un buen niño de Madrid, con el instinto de Madrid, no recordará haber jugado nunca.”¹²¹

“Por la ventana de ese café, aunque daba a la Puerta del Sol, el verdadero entendido de Madrid, el que sabe distinguir, no veía nada, veía apenas el sitio de la vuelta banal de toda la gente, el sitio por donde es más fugaz la vida que pasa por la Puerta del Sol.”¹²²

También de sus signos externos como los anuncios, sobre los que llegó a acuñar el término de “anunciografía” y que recoge con mirada de etnógrafo:

“Estas noches se ven por la ciudad varios anuncios luminosos de una especie original, consistentes en un cajón de dos metros cúbicos iluminado por dentro y con letras transparentes sobre un fondo opaco y de colores oscuros. (...) Madrid es la capital del anuncio ingenuo y de la confección casera, del anuncio hecho a mano, por decirlo así”.¹²³

Multitud de aspectos, por tanto, que intentaríamos resumir aquí y ahora desde su particular *yoismo*, aún a sabiendas de que fracasaremos en el intento, pues no es fácil abarcar su inconmensurable inventario de la ciudad:

“Yo voy por todos esos recreos viviendo de ese modo la variedad de ambientes de la ciudad y la psicología de todos sus patios y sus vecindades.”¹²⁴

Benjamín Jarnés al referirse a *Elucidario de Madrid* –y estos artículos compilados aquí son su más claro antecedente– escribió sobre Ramón: “El menos localista quizá de los escritores contemporáneos publica una biblia madrileña [...] páginas de densa y grata lectura (...) acude a poner en claro las gestas madrileñas, después de don Ramón de la Cruz y de don Ramón de Mesonero Romanos (...) no resbala –ese es el gran peligro al escribir de Madrid, apuntamos nosotros– por la dudosa rampa de lo pintoresco y lo castizo (...) Ni apología del mantón y de la capa (...) [sino] un Madrid verdadero (...) esencial, contado con *la mayor franqueza*”¹²⁵. Con franqueza y emoción como propone él mismo al comentar que no hay que caer en el “orfeonismo” –podríamos considerar el término como un nuevo *ismo* sobre la percepción de la ciudad–: “el estudio de nuestra ciudad –escribe– no debe llevarnos a una cosa que yo llamaría el “orfeonismo”, vana y ruin sensiblería de indígenas –en la pobre acepción de esta palabra–, sino que debe llevarnos a aprender el movimiento y la variación del mundo en Madrid, repasando sus síntomas y recuerdos de humanidad y su exaltación del espacio real más que su historia o su novela. No incurramos sino de pasada en el exceso de datos que embrollen la emoción; pero que esos datos que empleemos sean los mejores, los más sugerentes, y no los que se encuentran en un solo Manual, sino en los más y en los más raros”¹²⁶. Ni “Orfeonismo” ni madrileñismo tópico, suponemos que quiso decir.

Pero vayamos concluyendo con unas palabras del periodista Roberto Castrovido sobre Ramón: “Usa las gafas del diablo o tiene doble vista; ello es que ve lo que nadie por mucho que mire. Es un gran escritor. Tiene el don de observar, el de hacer sentir, el de comunicar la emoción y las gracias, sus madrinas le han dado hasta originalidad”¹²⁷.

Cual Dante guiado por Virgilio, el lector de estas páginas tiene ahora la fortuna de adentrarse de la mano de Ramón por recónditos aspectos de nuestra ciudad y percibir, con franqueza, de Madrid, “la nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas”.

Eduardo Alaminos López

Madrid, 28 de noviembre de 2023.

Notas al final

1. Para la labor periodística de Ramón en *La Tribuna*, véase Eduardo Alaminos López, “Estudio preliminar” en *Retratos, semblanzas y caricaturas de escritores. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021, págs. 9-128. Lo de las “series madrileñas” en Ioana Zlotescu. “Notas a la edición”. En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pg. 150 pg. 1096.
2. Ramón Gómez de la Serna. *Automoribundia (1888-1948). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998, pg. 858.
3. *Idem*. pg. 828.
4. Melchor Fernández-Almagro. “Ramón y su Madrid”. *Abc*, 11 de abril de 1962, pg. 63.
5. Gaspar Gómez de la Serna. “Ramón y Madrid”. *Índice de artes y letras*, abril 1962, núm. 160, pg. 11.
6. Eduardo Alaminos López. “Ramón Gómez de la Serna. Sus inicios como dibujante. El Postal. Revista defensora de los derechos estudiantiles (1901-1902)” en “Cosas de Ramón”, 23 de junio de 2020 / <https://librosnocturnidadylevosia.com/ramon-gomez-de-la-serna-sus-inicios-como-dibujante-el-postal-revista-defensora-de-los-derechos-estudiantiles-1901-2>).
7. Alfredo de Villacián. “Perspectivas. Mosaico crítico. El “Phatos” de Madrid”. *La Tribuna* de 27 de enero de 1918, núm. 2273, pg. 8. Ramón hace de él una semblanza en *Pombo* (1918). Sobre este escritor, “de vida y carrera efímeras” se puede consultar Pablo Rojas. “Alfredo de Villacián en su vuelo de Ícaro. Cuadernos del Hipogrifo. Revista semestral de Literatura hispanoamericana y comparada, 2014, núm. 2, págs. 20-37. Rojas comenta que Villacián “en sus crónicas periodísticas despliega su enorme talento y cultura. Villacián participó de la bohemia madrileña

y barcelonesa de los años veinte y mantuvo una estrecha amistad con Rafael Cansinos Asséns o Vicente Huidobro”.

8. Alfonso Reyes. *Tertulia de Madrid*. Argentina, Espasa Calpe, 1949, págs. 96 y 106
9. Ramón Gómez de la Serna. *El Rastro. Presentación de Andrés Trapiello*. Madrid. Asociación de Libreros de Madrid, 2002. [2ª edición aumentada, 1933, págs. 26, 28 y 30.
10. Francisco Umbral. *Ramón y las vanguardias. Prólogo de Gonzalo Torrente Ballester*. Madrid, Espasa Calpe, 1978, [1996], págs. 126-130.
11. Antonio Espina. “Ramón Genio y figura”. *Revista de Occidente*, 1963, número 1, págs. 62-63.
12. Julio Caro Baroja. “Costumbres y tipos”. En *La Edad de plata de la cultura española (1898-1936). Volumen I. Identidad. Pensamiento y Vida. Hispanidad. Historia de España Menéndez Pidal, tomo XXXIX*. Madrid, Espasa Calpe, 1998, pg. 495.
13. Miguel Pérez Ferrero, *Vida de Ramón*. Madrid, Cruz y Raya, 1935, págs. 39-40.
14. Ioana Zlotescu. “Preámbulo al espacio literario de los ‘Escritos autobiográficos’”. En Ramón Gómez de la Serna. *Automoribundia (1888-1948). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998, págs. 13-36.
15. Luis Carandell. “Prólogo”. En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1916-1956)*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998, pg. 33. Recordemos que en el mencionado libro de Carandell, *Celtiberia Show*, hay un capítulo con el expresivo título “Siete crónicas madrileñas” que el autor califica de “croniquillas” no porque sean –aclara– en sí mismas de tema madrileño, sino porque recogen impresiones de tardes famosas y probablemente irrepetibles, pasadas en la capital de España”. En Luis Carandell. *Celtiberia Show*. Madrid, Guadiana de Publicaciones, S.A., 1970, pg. 119.
16. Fernando Castillo Cáceres. “La ciudad de Ramón Gómez de la Serna”. *Revista de Occidente*, N° 432, mayo 2017, pg. 65.
17. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Las acacias”. *La Tribuna*, 7 de junio de 1919, núm. 2.759, pg. 4.
18. Ramón Gómez de la Serna. *Artículos de Ramón Gómez de la Serna en LUZ (1932-1933). Edición e introducción de Ricardo Fernández Romero*. Madrid, Albert editor, 2013, pg. 13.
19. Ramón Gómez de la Serna. “Cada vez más castizo”. *Luz*, 2 de enero de 1933, nº 310, pg. 9. Ilustrado con tres dibujos de Robledano. Sobre la Gran Vía, véase el interesante artículo de Ramón, “Variaciones. El descampado de la Gran Vía”. *La Tribuna*, 10 de agosto de 1919, núm. 2.823, pg. 2.
20. Véase Ricardo Fernández Romero. “Prólogo”. En Ramón Gómez de la Serna. *Artículos de Ramón Gómez de la Serna en LUZ (1932-1933). Edición e introducción de Ricardo Fernández Romero*. Madrid, Albert editor, 2013, págs. 13-81 y Eduardo Alaminos López. “Estudio preliminar”. En *Ramón Gómez de la Serna. Retratos, Semblanzas y Caricaturas de Escritores. La Tribuna, 1912-1922*. Ediciones Ulises, Madrid, 2021, págs. 13-128.

21. Ramón Gómez de la Serna. *Pombo*. Madrid, Comunidad de Madrid / Visor Libros, 1999, pg. 380.
22. Ídem. págs. 434-435.
23. Ramón Gómez de la Serna. *La sagrada cripta de Pombo (tomo IIº, aunque independiente del Iº, pudiendo leerse el IIº sin contar con el Iº)*. Madrid, Trieste, 1986, págs. 566 y 569- 570.
24. “La mirada que mira al callejear” escribe en un párrafo de su artículo “Variaciones. Miradas”. *La Tribuna*, 30 de julio de 1919, núm. 2.812, págs. 6-7.
25. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. El hombre invisible”. *La Tribuna*, 11 de agosto de 1921, núm. 3.439 pg. 4.
26. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Los “geómetras” del canalillo”. *La Tribuna*, 20 de noviembre de 1919, núm. 2.898, pg. 6: “El divagador de Madrid se encuentra y se vuelve a encontrar el canalillo en su divagación”, escribe al comienzo.
27. Ramón Gómez de la Serna. *Variaciones. Porterías*. *La Tribuna*, 11 de noviembre de 1920, núm. 3.205, pg. 8.
28. Instituto Cardenal Cisneros.
29. Ramón Gómez de la Serna. *Variaciones. “Esa”*. *La Tribuna*, 22 de marzo de 1921, núm. 3.317 pg. 5.
30. Ramón Gómez de la Serna. “*Variaciones. Las francesas*”. *La Tribuna*, 17 de agosto de 1921, núm. 3.444 pg. 5.
31. Eduardo Alaminos López. “Madrid al fondo. Breve antología ramoniana I y II”. En revista digital librosnocturnidadyalevosía. Cosas de Ramón, 3 y 10 de diciembre de 2019. <https://librosnocturnidadyalevosia.com/madrid-al-fondo-brevisima-antologia-ramoniana/>
32. Eduardo Alaminos López. *Retratos, semblanzas y caricaturas de escritores. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021 y *Retratos, semblanzas y caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021.
33. *La Tribuna*, 1 de abril de 1921, núm. 3.326, pg. 9.
34. “Madrid (1920-1922; 1930)”. En *Manuel Azaña: Antología. 1. Ensayos. Selección, prólogo y notas de Federico Jiménez Losantos*. Madrid, Alianza Editorial, 1982, pg. 254.
35. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. El reloj de Gobernación”. *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1920, núm. 3.158, pgs. 8-9. Ilustrado con cuatro fotografías de José Vidal Gabarró: “La visión más próxima del Reloj (Fot. Vidal.)”, “En lo alto de Gobernación. (Fot. Vidal)”, “Visión desde lo alto de Gobernación. Desde el mismísimo templete de la Bola. (Fot. Vidal) e “Interior del Reloj de Gobernación (Fot. Vidal)”.
36. Eduardo Alaminos López. *Retratos, semblanzas y caricaturas de escritores. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021, pg. 34. La cita está sacada del capítulo “La profesión de los escritores” de su *Historia de la literatura española. 6. Modernismo y nacionalismo (1900-1939)*. Barcelona, Crítica, pg. 165.

37. María Cruz Seoane y María Dolores Saiz. *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid, Alianza Editorial, 1996, pg. 56.
38. Francisca Noguerol. "Ramón Gómez de la Serna, inventor de lámparas". *Cuadernos hispanoamericanos*. Octubre 2018, nº 820, págs. 47-48.
39. Ramón Gómez de la Serna. *El Rastro. Presentación de Andrés Trapiello*. Madrid, Asociación de Libreros de Lance de Madrid, 2002, pg. 30).
40. Benito Pérez Galdós, "Los apostólicos" [1879]. *Episodios Nacionales. II. Segunda serie*. Aguilar, 1971, pg. 657.
41. Fernando Terán. "Cómo era Madrid. Una visión panorámica". En *Memoria. Información sobre la ciudad. 1929. Ciclo de conferencias (Madrid, 4-6 de octubre de 2005)*. Madrid, Museo Municipal, 2005. Terán recuerda que para la confección de dicha Memoria el Ayuntamiento "contó con un grupo de asesores del máximo nivel: Ortega, Tormo, Cossío, García Bellido, Winthuysen... y el trabajo lo dirigió el arquitecto Fernández Quintanilla.
42. Eduardo Hernández Cano. "Antonio Casero". *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia*.
43. Tomás Borrás. "Retratos. El último madrileño", *La Tribuna*, 23 de julio de 1912, núm. 173, pg. 7. ilustrado con una caricatura de Bagaría
44. Ramón Gómez de la Serna. "La Puerta del Sol". *La Tribuna*, 17 de abril de 1920, núm. 3.027, págs. 7-21. Este artículo va ilustrado con 28 imágenes (estampas, planos, cuadros y fotografías de distintas épocas, algunas con un extenso pie explicativo. Algunas ilustraciones, como ya he señalado en otras ocasiones, se las facilitó Félix Boix, gran conocedor de la historia de Madrid y de Goya y uno de los responsables principales de la *Exposición del Antiguo Madrid* y de la creación posterior del Museo Municipal de Madrid, cuyo primer director fue Manuel Machado (véase Eduardo Alaminos López. *Actas del Patronato y de la comisión ejecutiva del Museo Municipal (1927-1947). Edición, introducción y notas de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1997). Este artículo estaba estructurado de la siguiente manera: Título: LA PUERTA DEL SOL. PRIMERA PARTE. Las iglesias de la Puerta del Sol. SEGUNDA EPOCA. Sucesos en la Puerta del Sol. Los Cafés de la Puerta del Sol. Las casas de la Puerta del Sol. Las Reformas más importantes de la Puerta del Sol. Las Fiestas de la Puerta del Sol. Más anécdotas. Otros aspectos de la Puerta del Sol. EPOCA ACTUAL. ALGUNAS HORAS DE LA PUERTA DEL SOL. GREGUERÍAS DE LA PUERTA DEL SOL. ULTIMA HORA. El 4 de marzo apareció en *La Tribuna* un anuncio en tipografía a una columna que se fue repitiendo en días sucesivos con variantes en el que se podía leer entre otras cosas lo siguiente sobre el artículo en cuestión: "Este extraordinario original y curioso, del que pensamos hacer una gran tirada, y cuya circulación promete ser intensísima, irá repleto de fotografías y dibujos, antiguos y modernos, y llevará un texto interesante y documentado. Ramón Gómez de la Serna, el culto y personalísimo escritor, es el encargado de contar a nuestros lectores todo lo que es y todo lo que ha sido LA PUERTA DEL SOL. Ramón Gómez de la Serna ha buceado e investigado en los archivos y en la Historia para decirnos cuánto supone y significa desde una porción de aspectos esa hermosa plaza madrileña (...) va a ser objeto de un estudio anecdótico, analítico y literario que prepara la fácil pluma de Gómez de la Serna. LA TRIBUNA dedica gustosa sus columnas a esta feliz idea del distinguido escritor".

Años después, en 1931, Ramón volcó, con algunas variantes, este extenso artículo en *Elucidario de Madrid* (1931).

45. “Prólogo de la primera edición [de *Elucidario de Madrid*]. En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pg. 55.

46. *Elucidario de Madrid*. En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pg. 150. Para el concepto “anunciografía” en Ramón, véase: Eduardo Alaminos López. “Ramón Gómez de la Serna. París y Éditions de la Sirène sobre el muro de la actualidad”. En Blaise Cendrars. *Jéroboam y la Sirène. Pequeñas memorias de un editor*. Valencia, Libros de Trapisonada, 2021 y Eduardo Alaminos López. “Ramón y ‘la anunciografía’”. En *Calle del Aire. Revista de literatura*, núm. 4, diciembre de 2022, págs. 77-103.

47. Ramón del Valle-Inclán. *Teatro. Poesía. Varia. Obra Completa, t. II*. Madrid, Espasa, 2002. Josep Pla. *Dietarios de Madrid. Madrid, 1921. Madrid. El advenimiento de la República. Prólogo de David Trueba*. Ediciones Destino, 2020. De este último, véase “Epílogo. Breve historia de dos libros” a cargo de Jordi Cornudella.

48. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. La nueva madrugada”. *La Tribuna*, 25 de junio de 1919, núm. 2.777, pg. 7.

49. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. El Banco de España”. *La Tribuna*, 7 de julio de 1920, núm. 3.096, pg. 6.

50. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Los recreos de verano y las cenas de Rosales”. *La Tribuna*, 26 de julio de 1920, núm. 3.112, págs. 6-7.

51. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Los Jardines del Buen Retiro”. *La Tribuna*, 7 de agosto de 1920, núm. 3.123, pg. 6.

52. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. El Prado y el antiguo paseo de las Delicias”. *La Tribuna*, 11 de agosto de 1920, núm. 3.126, págs. 8-9.

53. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Los pregones de ayer, que aún viven hoy (II)”. *La Tribuna*, 18 de agosto de 1920, núm. 3.132, págs. 6.

54. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. Los jardines para venta de flores”. *La Tribuna*, 1 de enero de 1921, núm. 3.249, pg. 10.

55. Esta imagen, la asociación de las azoteas de un edificio con la cubierta de un barco volvería a utilizarla en la semblanza que le dedicó a Gregorio Marañón en *La Tribuna*, 1 de abril de 1921, núm. 3.336, pg. 9. Véase Ramón Gómez de la Serna. *Retratos, semblanzas y caricaturas de escritores. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021, pg. 330.

56. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. La verdadera Nochebuena”. *La Tribuna*, 4 de enero de 1921, núm. 3.251, pg. 13.

57. Ramón Gómez de la Serna. “Variaciones. El trampolín ideal”. *La Tribuna*, 5 de febrero de 1921, núm. 3.279, pg. 5.

58. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los que juegan al chito". *La Tribuna*, 20 de julio de 1921, núm. 3.420 pg. 3.
59. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Síntesis de verano". *La Tribuna*, 25 de julio de 1921, núm. 3.424 pg. 6. Abundando en su poética dibujística escribe además en este artículo: "De memoria –como dibujaré siempre todo lo que dibuje– he dibujado, dejando a la pluma libre en sus equivocaciones y en sus ripios, porque, eso sí, no tengo tiempo para volver atrás en cada plumada, he querido perpetuar y señalar a todos esa plaza espiritual del verano, que es la que mejor lo representa".
60. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Cuadernitos de apuntaciones". *La Tribuna*, 12 de diciembre de 1921, núm. 3441, pg. 6.
61. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Amas de cría". *La Tribuna*, 29 de diciembre de 1921, núm. 3456 pg. 5.
62. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los componedores de las vías". *La Tribuna*, 10 de agosto de 1921, núm. 3.438 pg. 3.
63. Ramón Gómez de la Serna. "Greguerías". *La Tribuna*, de 7 de enero de 1913, núm. 341, pg. 10.
64. José Ortega y Gasset. *España invertebrada. La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. Barcelona, Editorial Planeta Agostini, 2010, págs. 159-199.
65. Gaspar Gómez de la Serna. *Ramón (Obra y vida)*. Taurus, Madrid, 1963, pg. 138. La referencia a Borrás, en Tomás Borrás "Lijerografía de Ramón Gómez de la Serna", *Escorial*, Madrid, 1949, pg. 355.
66. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El río de la Castellana". *La Tribuna*, 30 de noviembre de 1919, núm. 2.908, pg. 9.
67. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El remanso de las motos". *La Tribuna*, 24 de agosto de 1921, núm. 3.450 pg. 4.
68. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Nuestro templo a la luna". *La Tribuna*, 28 de junio de 1920, núm. 3.088, pg. 9
69. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los recreos de verano y las cenas de Rosales". *La Tribuna*, 26 de julio de 1920, núm. 3.112, págs. 6-7.
70. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Ya hace un año". *La Tribuna*, 14 de febrero de 1920, núm. 2.973, págs. 14-15. Escrito para recordar a su amigo el escultor Julio Antonio.
71. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El Estanque del Retiro". *La Tribuna*, 28 de agosto de 1920, núm. 3.141, pgs. 6-7.
72. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Veletas y remates". *La Tribuna*, 14 de enero de 1921, núm. 3.260, pg. 6.
73. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los pregones de hoy. III". *La Tribuna*, 19 de agosto de 1920, núm. 3.133, págs. 8-9.

74. Ramón Gómez de la Serna. *Variaciones. Pregones desaparecido*. *La Tribuna*, 17 de agosto de 1920, núm. 3.131, págs. 6-7.
75. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Nuevo paseo por el Rastro". *La Tribuna*, 14 de septiembre de 1920, núm. 3.155, pg. 6.
76. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los camiones". *La Tribuna*, 24 de enero de 1921, núm. 3.268, pg. 11.
77. Ramón Gómez de la Serna. *Greguerías ilustradas. Colección ABC*. Madrid, Fundación Colección ABC, pg. 296, con textos de Inmaculada Corcho y Eduardo Alaminos López. Esta greguería se publicó el 18 de septiembre de 1932, *Greguería 3ª. Blanco y Negro*, núm. 2.153.
78. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los pregones de hoy. III". *La Tribuna*, 19 de agosto de 1920, núm. 3.133, págs. 8-9.
79. Eduardo Alaminos López *Ramón dibujante. El lápiz atrevido* (inédito), en el que he estudiado su faceta como dibujante.
80. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Perspectivas de Madrid". *La Tribuna*, 11 de mayo de 1920, núm. 3.047, pg. 6-7.
81. Tristán [seudónimo de Ramón]. "Resúmenes. El agua". *La Tribuna*, 6 de julio de 1920, núm. 3.095, pg. 5.
82. Esta colección, *Gritos de Madrid* fue editada en torno a 1817 por la Imprenta Real. La serie fue grabada por Miguel Gamborino. Véase Juan Carrete, Estrella de Diego y Jesusa Vega. *Catálogo del Gabinete de estampas del Museo Municipal de Madrid. I Estampas Españolas. Grabado 1550-1820. Volumen Primero*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1985, pgs. 184-189 y *Volumen Segundo*, pg. 634.
83. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Pregones desaparecidos". *La Tribuna*, 17 de agosto de 1920, núm. 3.131, págs. 6-7.
84. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Cosas del momento". *La Tribuna*, 30 de agosto de 1920, núm. 3.142, págs. 8-9.
85. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los nuevos tejados". *La Tribuna*, 29 de junio de 1921, núm. 3.402 pg. 3.
86. Tristán. "Posdatas. Los nuevos tejados". *La Tribuna*, 29 de junio de 1920, núm. 3.089, pg. 5.
87. Ramón Gómez de la Serna. *Artículos de Ramón Gómez de la Serna en LUZ (1932-1933)*. Edición e introducción de Ricardo Fernández Romero. Madrid, Albert editor, 2013, págs. 205-206.
88. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Muestras pintorescas". *La Tribuna*, 7 de enero de 1922, núm. 3464 pg. 2.
89. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Letreros del Café". *La Tribuna*, 20 de agosto de 1921, núm. 3.447 pg. 4.
90. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Veletas y remates". *La Tribuna*, 14 de enero de 1921, núm. 3.260, pg. 6.

91. Ramón Gómez de la Serna. *Pombo*. Madrid, Comunidad de Madrid / Visor Libros, 1999, pg. 159.
92. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. La sala más interesante del Museo Arqueológico". *La Tribuna*, 26 de mayo de 1920, núm. 3.060, pg. 5; "Variaciones. Nuevas palabras sobre Gutiérrez Solana I". *La Tribuna*, 18 de junio de 1920, núm. 3.080, pg. 9; "Variaciones. Nuevas palabras sobre Gutiérrez Solana II". *La Tribuna*, 21 de junio de 1920, núm. 3.082, págs. 8-9; "Variaciones. El cuadro de la tertulia". *La Tribuna*, 24 de agosto de 1920, núm. 3.137, pg. 6; y "Variaciones. 'La España Negra' de Gutiérrez Solana". *La Tribuna*, 18 de diciembre de 1920, núm. 3.237, págs. 6-7. También Solana aparece entre líneas en las biografías de *Retratos contemporáneos* y *Nuevos retratos contemporáneos*.
93. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Garibaldi". *La Tribuna*, 7 de enero de 1920, núm. 2.939, pg. 7. Véase Eduardo Alaminos López. "Garibaldi y la mala vida de Madrid a fines del XIX, a ojos de Bernaldo de Quirós, Gómez de la Serna y Gutiérrez Solana". *FronteraD. Revista Digital*, 15 de febrero de 2024.
94. Eduardo Alaminos López. "Ramón Gómez de la Serna. Sus inicios como dibujante. El Postal. Revista defensora de los derechos estudiantiles (1901-1902)". En Revista digital librosnocturnidayalevosia. Cosas de Ramón, 23 de junio de 2020. <https://librosnocturnidayalevosia.com/ramon-gomez-de-la-serna-sus-inicios-como-dibujante-el-postal-revista-defensora-de-los-derechos-estudiantiles-1901-1902/>
95. Ramón Gómez de la Serna. Variaciones. Los carros". *La Tribuna*, 28 de junio de 1919, núm. 2.780, pg. 5.
96. *La Tribuna*, 4 de septiembre de 1920, núm. 3.147, pg. 6.
97. *La Tribuna*, 10 de septiembre de 1920, núm. 3.152, pg. 8. Aunque Ramón muestra aquí un claro sentido crítico que no se aprecia en las escenas solanescas, y termina el artículo con una pirieta humorística muy suya: "Hay que picar en motocicleta".
98. *La Tribuna*, 9 de agosto de 1921, núm. 3.437, pg. 4.
99. *La Tribuna*, 10 de diciembre de 1921, núm. pg. 3.
100. *La Tribuna*, 5 de enero de 1922, núm. 3.462, pg. 6.
101. Ramón Gómez de la Serna. "El concepto de la nueva literatura". *Prometeo. Revista social y literaria*, abril 1909, nº VI, págs. 19-23.
102. Eduardo Alaminos López. "Ramón y la radio. Presentimiento de lo nuevo". *Revista de Occidente*, págs. 83-84.
103. Jorge Luis Borges. "¿Qué signo puede recoger?" (1925).
104. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. La perspectiva de la calle de las Huertas". *La Tribuna*, 20 de octubre de 1919, núm. 2.867, pg. 2.
105. Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El Canalillo". *La Tribuna*, 18 de junio de 1919, núm. 2.770, pgs.6-7.

- 106.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los bañistas del Manzanares". *La Tribuna*, 13 de agosto de 1920, núm. 3.128, págs. 8-9.
- 107.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Las acacias". *La Tribuna*, 7 de junio de 1919, núm. 2.759, pg. 4.
- 108.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Tomillo de Madrid". *La Tribuna*, 6 de agosto de 1919, núm. 2.819, pg. 4.
- 109.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Por la calle". *La Tribuna*, 13 de diciembre de 1920, núm. 3.232, pg. 11.
- 110.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Greguerías recientes". *La Tribuna*, 30 de agosto de 1919, núm. 2.843, pg. 7.
- 111.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. ¿Qué calle es esta?". *La Tribuna*, 12 de diciembre de 1919, núm. 2.920, pg. 5.
- 112.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El edificio de Correos ya es definitivo". *La Tribuna*, 7 de julio de 1919, núm. 2.789, pg. 3.
- 113.** Véase Pío Baroja. *Las calles siniestras. Antología del eterno paseante*. Editorial La Felguera, 2019.
- 114.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Aspectos y cosas". *La Tribuna*, 5 de agosto de 1919, núm. 2.818, págs. 6.
- 115.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones, "EL Pajar" de Cuatro Caminos". *La Tribuna*, 20 de febrero de 1920, núm. 2.978, pg. 8.
- 116.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El puente de Segovia". *La Tribuna*, 24 de junio de 1920, núm. 3.085, pgs.6-7
- 117.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El Puente por el que ha pasado hoy todo Madrid". *La Tribuna*, 15 de mayo de 1920, núm. 3.051, págs. 6-7.
- 118.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. El mercado de burros". *La Tribuna*, 28 de febrero de 1920, núm. 2.985, pg. 9.
- 119.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Dos cosas de actualidad. La Feria de libros". *La Tribuna*, 17 de diciembre de 1920, núm. 3.236, pg. 5.
- 120.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los tranvías llenos". *La Tribuna*, 9 de noviembre de 1920, núm. 3.229, pg. 7.
- 121.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Terrazas". *La Tribuna*, 3 de agosto de 1919, núm. 2.816, págs. 6-7.
- 122.** Tristán. Posdatas. "Desaparición del Café de Candelas de la Puerta del Sol". *La Tribuna*, 23 de febrero de 1920, núm. 2.980, pg. 4.
- 123.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Ciudadanerías". *La Tribuna*, 2 de junio de 1919, núm. 2.754, pg. 3.

- 124.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. Los recreos de verano y las cenas de Rosales". *La Tribuna*, 26 de julio de 1920, núm. 3.112, págs. 6-7.
- 125.** Ioana Zlotescu. "Notas a la edición". En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956)*. Edición dirigida por Ioana Zlotescu. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pg. 150 pg. 1097.
- 126.** Ramón Gómez de la Serna. "Variaciones. La plaza Mayor". *La Tribuna*, 6 de marzo de 1920, núm. 2.991, págs. 13-14.
- 127.** Ramón Gómez de la Serna. *La sagrada cripta de Pombo (tomo IIº, aunque independiente del Iº, pudiendo leerse el IIº sin contar con el Iº)*. Madrid, Trieste, 1986, pg. 135.

CAPITULO I

Sky Line y fisonomía urbana • Calles • Paseos • Plazas • Jardines: El Botánico, El Retiro y arbolado • El Río Manzanares y el Canalillo • Mobiliario urbano y otros • Paisajes sonoros y olfativos • Las afueras • Clima, enfermedad y Sierra

(29 de abril de 1919 - 26 de noviembre de 1921)

Sky line y fisonomía urbana

Variaciones. La perspectiva de la calle de las Huertas¹

Muchas perspectivas se abren de pronto frente al transeúnte de Madrid. El Guadarrama aparece muchas veces como más continuación de la ciudad que parece. Muchas veces aparece también el lado “guadalajareño” o “toledano” de las lontananzas de Madrid. Desde la cabecera del Rastro, por ejemplo, el paisaje está visto desde el mejor anfiteatro sobre la rampa de la cuesta que se hunde materialmente en el barranco del Manzanares.

Pero entre todas esas perspectivas ampliadas, esplendorosas, desparramadas, yo admiro muy a menudo la belleza de esa perspectiva que se domina desde el cruce de la calle de las Huertas -la calle de los cómicos- con la calle de León.

Una miniatura de ciudad y bosque, un cuadro al que se le podría poner por título “país lejano”², es lo que domina desde esa estribación de la calle de las Huertas. ¡Con qué delicia he bajado siempre esa calle y me he estacionado frente a alguna de sus porterías!

La calidad del aire madrileño como estupendo barniz de toda pintura, se ve y se goza por lo bien que se muestra en ese fondo de la ciudad de las cuestas, empinadas, pero largas, muy en rampa y muy vastas, a diferencia de esas cuestas de escalera y casi verticales que caracterizan a Nápoles, a Lisboa, al mismo París en sus Montmartre y en sus demás “Mont”...

Si queremos gozar bien de la vida, que de un momento a otro se puede oscurecer para nosotros, vayamos dando el rodeo que sea necesario a esa plataforma, miremos desde ahí la bella miniatura en esmalte que es el paisaje desde ahí, gozando al mismo tiempo los tejados, las fachadas, las tapias, las torrecitas de iglesias, los cipreses de conventos que se ven en ambos lados de la bajada de esa cuesta, de ese encallejado antejo, a través del que se ve con vivacidad un pedazo del alma de nuestro Madrid. Solo siento no ver la mañana muchos días, porque en la mañana es cuando está más maravillosa, más milagrosa, y más argentina esa perspectiva.

Además, esa muestra, no sé por qué preferente y sobresaliente de la ciudad, es la que han mirado, sin que nos quede ninguna duda, Cervantes, Lope, Quevedo, Moratín... Está "encorazonado" ese trecho para el alma que mira, como cuando, cerrando el puño, se hace uno un antejo natural con que concentrar la visión de alguna maravilla.

A aquellos grandes hombres tan castizos, tan prodigiosos, tan nítidos, que vivieron por estos alrededores les dio más idea de la realidad que los libros y otras perspectivas demasiados tópicos, aunque hermosas, esta perspectiva concentrada, en la que la transparencia, la ciudadanería de Madrid, su airecillo sutil, su escarcha, todo, es donde muestra más claramente su fenómeno de diafanidad, de dulzura, de clara ingenuidad, de diamantino y viril espíritu.

La Tribuna, 20 de octubre de 1919, núm. 2.867, pg. 2.

Variaciones. Perspectivas de Madrid³

Desde casi toda su cintura tiene Madrid perspectivas ideales, elevándose toda la ciudad a la vista del espectador, sin ocultaciones, sin quebrancia brusca de lo que se atalaya; visto, en conjunto, sobre una meseta circular de desarrollo escalonado y sencillo.

Todas las ciudades se ven desde algún lado, claro está; pero ninguna se distribuye en la perspectiva como Madrid, pues están asentados sus edificios como las butacas en el patio de butacas, cuya rampa tiene la misión de que todos los espectadores vean el escenario. Se puede decir que todas las casas de Madrid y todas las espadañas, y todas las agujas, y todas las torres ven el horizonte, y por eso son vistas tan bien desde el horizonte.

La aglomeración de las casas de Madrid es amistosa, clara, sin demasiado abigarramiento. No es el conjunto de la gran ciudad de Madrid esa cosa fosca, de oscuros techos de pizarra que en otros lados, sino son conjunto de vecindaje alegre y simpático, el conjunto de esas muchedumbres que en buena armonía ven las carreras de caballos desde los altos del Hipódromo.

Nunca quisiera incurrir en el afecto de algún encanto madrileño, sin que comparativamente con las demás ciudades no resulte incomparable. Esto, que yo llamo la perspectiva completa y perfectamente distribuida de Madrid, es algo único que, sin ser novena ni décima maravilla, es de una franqueza modesta y deliciosa.

Este conglomerado, este hacinamiento de Madrid en la tendida loma de su montículo, de su otero, de su meseta –nunca montaña, ni monte, ni cumbre–, es un espectáculo que el madrileño sentimental y delicado busca desde numerosos costados de la ciudad, tanto, que cuanto más fino madrileño sea cada cual más puntos de vista irá encontrando para admirar el gran “nacimiento” de niños que es la ciudad colocada con naturalidad sobre el pedestal que la consigue mostrar por completo.

La perspectiva plástica, mórbida, que no asusta al espectador con la amenaza de sus cuevas insoportables y alpinas de montaña, aunque goza de la permanencia de esta encumbrada, es la perspectiva de Madrid.

También bonifica y hace simpático este coronamiento de la altiplanicie en que se asienta Madrid, el que el conjunto es como un conjunto de aldea, de acapitalada capital de provincia.

Solo algún cementerio, por la gran discreción de sus cruces y de sus panteones, llega a tomar para lo lejos una actitud un poco parecida a la de la perspectiva de Madrid, aunque debamos de tener en cuenta lo incomparable que resultan las dos imágenes. Solo, he querido suscitar la idea de otra perspectiva así y tan en coro ordenado que podemos tener en la imaginación.

Las perspectivas de Madrid están orladas de una arboleda espesa y chapparra por muchos de sus lados, que da más fuerza después a su blancura de raza blanca del ciudarama.

Las grandes chimeneas de fábrica no perturban las crestas y remates estilizados de la ciudad, y no porque no haya elementos de fábrica ya asentados en el llano en que acaba la ciudad, sino porque la gracia de Madrid es tan valiente y tan imperiosa, que se ha defendido de esa promiscuidad. Los adornos que se elevan sobre la muchedumbre de casas proporcionadas son torres delgadas, sencillas, escuetas, como si en Madrid

se celebre un Congreso eucarístico de iglesias de pueblo, de “parroquias” de pueblo. Todas esas garbosas siluetas de torres de pueblo -vistas desde la carretera-, de torres de Getafe, de Astudillo, de Zamarramala, de Valdepeñas, de Vilasa... son el más precioso toque del dibujo de la perspectiva.

Casi ninguna gran bóveda abrumba ese conjunto. Casi todos son ligeros kikirikis, pelillos de la ciudad, lanzas de sus caballeros... A lo más, y para que Madrid tenga de todo, la bóveda de San Francisco el Grande pone su nota solemne y patricia.

Sobre todas esas torrecillas -veletas de iglesia más que torrecillas- que se elevan sobre el cielo de Madrid llenándole de sutilezas, están como añadiéndole la torre almenada y vigía morisca la torre de Santa Cruz, y añadiéndole cierta gracia blanca la torre de la basílica de Atocha. ¿Torres exóticas? Apenas.

Todas las perspectivas de Madrid están distribuidas para los grabados, y por eso el grabado las recoge tan bien. Goya, en su perspectiva de Madrid desde San Antonio de la Florida, exaltó con fe, y con un cariño que se nota en el cuadro, esa placidez de perspectiva madrileña, esa manera en que una ciudad se ofrece tendida, serena, clara, a la penetración pacífica del que va a ser su transeúnte y anda pasito a pasito hacia ella⁴.

La merendola a que convida el santo suelo de las afueras madrileñas, esa merendola en que hay hasta una magnífica ensalada que preparan con la pura agua de Madrid en una jofaina que han traído desde su casa en el apiñamiento del centro de la ciudad, esa merendola apetitosa que mancha de grasa el campo se mejora con el encanto de ver la perspectiva de la ciudad desde el sitio en que se tiende la cadera.

Esos bellos grabados de la perspectiva de la ciudad muestran Madrid cabal, tal como es, tal como será en la entraña de sus nuevas edificaciones, tanto, que yo no hallo diferencia entre el Madrid del pasado y el de hoy cuando me coloco frente a los grabados de esas perspectivas, sintiéndome también -¡si seré engreído!- ese señor de sombrero de copa con levita negra y pantalón blanco que divisa la ciudad, como el Dante su Florencia, o ese paleta que se para deslumbrado ante el Madrid en que va a entrar con su borrico cargado de botijos.

La Tribuna, 11 de mayo de 1920, núm. 3.047, pg. 6-7.

Variaciones. Cosas del momento⁵

Ya a las tres y media de la tarde hay un vacío enorme en Madrid. Está solo y soleado, como en los primitivos grabados en madera⁶, cuando Madrid no tenía casi habitantes y el rigor del sol se entreabría más paso entre casas menos altas, cayendo más a plomo sobre las grandes corraladas que se abrían por todos lados en la ciudad.

Las aceras son de sol a esta hora, y las piedras de la calle se quedan secas y como encandecidas, o sea al blanco de fuego. A mí me gusta Madrid con este aspecto y a esta hora. Su traza, su sentido, su escultura ideal es cuando resulta más erigida y destacada. Las torres de sus iglesias, sobre todo, son firmes enseñas y algo así como las narices típicas en el perfil de la ciudad dirigida hacia el cielo.

Madrid parece que duerme una larga siesta esperando que vuelvan los veraneantes y le despierten al entrar en sus carros. Arranca piedras y arranca chispas.

Pocos asoman por esta siesta de la tarde de la ciudad; pero los que pasan por la calle se ve que van satisfechos de quedarse y seguir en el sitio que los demás han abandonado. Van como dueños de las calles, mirándolas de arriba abajo y a todo lo largo, como si fuesen más suyas que nunca.



Los baúles tienen ahora una gran actualidad. Se ve que cogen en ellos una casa entera, y por eso se tiene cierto pánico a que se pierdan o a que los den un golpe demasiado grande y se abran como una inundada arca de Noé.

[...]

Algo muy de uno mismo va enterrado en esos baúles, y es como si hiciésemos el viaje acompañando nuestro propio cadáver, que va en el furgón del ojo rojo. ¡Gracias a que cuando lleguemos al punto de destino hacemos resucitar toda el alma del baúl!



La despedida de Madrid en el “simón” que lleva al viajero es alegre; pero está cruzada por la melancolía si el viajero, claro está, tiene sensibilidad y es lo bastante madrileño. Ve el gran carácter permanente de la ciudad que deja, su serenidad y su imperturbabilidad. Ve cómo los tenderos, en la estrecha puerta de su tienda, salen a despedirle, y le ven marchar sin rencor, sin turbarse, tranquilos en esta ciudad, en la que así demuestran que puede seguirse muy bien.

Hay un momento en que el viajero se bajaría del coche y tornaría a su casa; pero el equipaje, la sorpresa del cochero, el billete tomado, las despedidas hechas, todo, le hace continuar el viaje. Es ese el mismo momento que tienen los suicidas cuando después de arrojararse del cuarto piso pasan por delante del segundo.



Es grato frente a estos viajes rápidos, en que todos se quejan de la “Compañía” tontamente, oír cómo recuerda un viaje del pasado un viejo superviviente:

“Hacia 1850 era poquísima la gente que veraneaba, y para venir al Norte se emprendía el viaje desde Madrid, durante los meses de julio y agosto, en la diligencia de alguna de las dos Empresas que hacían el recorrido a San Sebastián la una, y a Bilbao la otra. En berlina, era lo más cómodo, no había más que tres asientos, y costaba cada uno diez y siete duros de Madrid a Bilbao.

[...]”⁷



Se están olvidando de nuevo los sombreros para los caballos y las mulas.

Este año no les han comprado a muchos el sombrerito de repuesto.

Estos sombreros daban, sobre todo a las mulas, el aspecto de esas cotorras francesas que se ven en los mercados de París con un sombrerete idéntico al de estos animales y tan e la cocorota de su cara acaballada y su tipo de mulonas.

[...]

La Tribuna, 30 de agosto de 1920, núm. 3.142, págs. 8-9.

Variaciones. Los nuevos tejados⁸

En la silueta de la ciudad moderna ya no se destacarán las cúpulas en forma de compotera o en forma de naranja que se destacaban antes. Aquellas grandes fiambreras desaparecerán de la representación silueteada de la ciudad en ese atardecer que la caracteriza.

El fotógrafo definitivo, que es durante ese ocaso de aguafuerte, cuando impresiona su mejor placa, la que recoge ese marchamo especial de la ciudad, que está en su contrastación frente al ocaso, tendrá que renovar esa placa definitiva.

Las siluetas de la ciudad serán más bravas, aristadas, quizá con magnífica hechura de sierra monumental. Esas siluetas infructuosas irritarán el cielo, que saldrá lleno de arañazos y de trasquilones al descansar sobre la serranía abrupta y afilada de los tejados futuros.

Nuevas formas cuadradas o en forma de enormes escoplos dirigidos contra el cielo serán las que rematen en lo alto de la ciudad.

Algo de reunión de depósitos petroleros, o de conjunto inmenso de algo con arquitectura de pilas eléctricas o de enormes y desmesuradas piezas de fábrica, tendrá el panorama de la ciudad vista desde sus afueras.

El principio de eso está ya en la vida, donde han aparecido esos tejados que dibujo, que han roto y desquiciado el triángulo clásico y que declaradamente son una de las mayores rebeldías plásticas que he visto.

Son esos tejados que se suceden en rígido acordeonismo, tejados nerviosos, en los que hay una mayor defensa contra el sol, el agua, la presión sutil y gravísima del tiempo.

Rifan con todos los tubos de la gran dorsal, que son la fuerza del clima, que odia todo lo que su cubre con un techado, entablando con los techos la lucha que el guerrero agresivo emprende contra la coraza y la lanza del que se defiende.

En el plano del que primero dibujó esos tejados, el diseño de ellos fue un dibujo loco, algo así como un esfinograma nervioso de la plumilla de dibujar. Los dueños de fábricas, encantados con sus tejados soñadores y clásicos, no quisieron ni hablar de aquellos tejados cheposos, en entradas de cuchillo, que le atacarían los nervios siempre.

Por fin, implantados esos tejados, pronto veremos toda la ciudad rematada por esos tejados enconados, en una convulsión rígida y ampulosa, tejados que muerden al

cielo y lo hieren con su perfil díscolo y agresivo, tejados en que el lagarto arquitectónico se mueve o se despereza.

Influidos por la idea de lo práctico, esos tejados tienen una contextura que no piensa más que en la defensa viva y agresiva que son del edificio. La nota más moderna de las alturas es la que dan esos tejados irregulares, de una geometría quebrada, resuelta, que ya no tiene que ver nada con la tradición y la gracia.

Esos tejados, por los que se consigue orear, iluminar y parapetar bien los grandes almacenes, son como tejados estratégicos, guerreros, hostiles al cielo, al que hacen un gesto feo que solo en el momento desesperado hace el que huye al que se queda, y a quien quiere insultar sin prestarse a una refriega cuerpo a cuerpo con él.

Queden anotados como síntoma de un nuevo dentelamiento de la ciudad los colmillos que acaba de echar la ciudad después de sus dientes cuadrados.

La Tribuna, 29 de junio de 1921, núm. 3.402 pg. 3.

Calles

Variaciones. La noche materialmente nocturna⁹

Hay un día en que todos nos han dejado. Todos en las dos casas han coincidido con su ausencia. (Entendedme.)

El día tiene novedad; pero, ¿y la noche? La noche, regular hasta el momento de volver a casa. ¡Pero al volver, que vuelta, válganos el cielo! (Entendedme.)

Detrás quedaba una calle sin aventuras, con sus faroles, sin contempladores, con sus tiendas cerradas, por las puertas de feo revés, o por su cierre metálico, o por esas verjas que dan a un fondo iluminado, un fondo que se ve, y en el que la luz parece ser el espantapájaros o el vigilante de poder misterioso para los ladrones. (Entendedme.)

Me apoyaba en el bastón como en una muleta. La cuesta de Madrid era larga, penosa, como la subida al caserío que está en el picacho. (Entendedme.)

Pasé por la Puerta del Sol. Un momento me paré en ella; pero la Puerta del Sol no resuelve nada. Gran andén de tranvías en ella, se toma un tranvía o se la atraviesa

y se va uno. En la noche, a esa hora de la alta hora sobre todo, tiene el aire de andén a medio apagar del que va a salir el último tren. (Entendedme.)

Tomé la calle de la Montera, la calle más incordiosa de pasar de noche, llena de garrapatas y de almas del purgatorio que nos echan las manos a las solapas, y nos sonríen como las dentaduras postizas que detrás del invulnerable cristal de esas vitrinas que se muestran junto a los portales de esa calle. (Entendedme.)

Decidido, triste como de tenerme que encontrar con la Policía, por la acera de la izquierda, que es la más transitable, escalé la cuesta aburrida, escarpada, en la que se siente más el desconsuelo de la noche, recordando su animación del día. (Entendedme.)

¡Qué terrible la noche cuando sentimos su sombra seca, deshumanizada, espesa, berroqueña, contagiada de orfandad, sin sabor, ni olor, ni color!. (Entendedme.)

Anoche me salió a mí esa clase de noche desorientada, y tuve que soportarla un rato más, porque el sereno tardó más que nunca, obligándome eso, encima, a aplaudirle calurosamente.

¡Yo que quería entrar en seguida en casa y tirar sobre el diván el sombrero, el bastón y la camisa de fuerza de la americana de mangas ceñidas! (Entendedme.)

Ya en el cuarto, tan descaminado como en medio del camino o más, miré a la noche como se mira el mar cuando le entra una terrible calma chicha y el velero se queda quieto. ¡Qué evidente y materialmente nocturna resultaba la noche, sin espacio tenue ni profundidad! (Entendedme.)

La sombra, toda la sombra, no tenía alicientes; resultaba sorda, embotada, como hecha de la ceniza de la sombra de todos los días de la vida (Entendedme.)

¡Gracias a que salen muy pocas de esas noches con sombra de féretro cerrado y enterrado! ¡Gracias a que se las pasa como noches de viaje con insomnio, sin luna, con los cristales cerrados y reflejándose en ellos irritantemente la luz del techo! (Entendedme.)

Pero la de anoche fue una de esas noches que se recuerdan como una pesadilla sin asunto ni angustia, como una pesadilla de quien está más despierto que nunca, y, sin embargo, ha oído, no oye nada, ni ninguna facultad, ni ningún instinto percibe, ningún más allá, como si todos fuesen tapias en la vida, y solo consistiese el tiempo en una tregua sin objeto, una tregua en la que hasta el libro más interesante resulta como uno de esos libros que hay en los vagones de primera de ciertos trenes, esos libros con anuncios y unas cuantas fotografías conocidas, que se hojean por hojearlas, pero que son inútiles contra el hastío. (Entendedme.)

La Tribuna, 10 de junio de 1919, núm. 2.762, pg. 2.

Variaciones. El descampado de la Gran Vía¹⁰

Desde su principio, y por el sistema lento y parsimonioso de avanzar en la edificación y en el acarreo de volquetes y volquetes, no de “ruinas”, sino de “escombros”, ha habido durante meses y meses varios descampados estupendos en el alma de Madrid.

Cuando esté hecha la Gran Vía no se habrá resuelto nada. El gran espectáculo de la Gran Vía ha estado en su ejecución, en estos magníficos descampados. Después, cuando se vende los grandes solares que la bordean y se edifica en ellos, se torna ruin.

En este momento le toca el descampado al trecho que enfrenta a la Red de San Luis, a aquel paraje donde estuvieron la calle de Jacometrezo, que desaparece con otras varias. (¡Qué pena, aquella señora que me preguntó por un número de la calle de Jacometrezo, y a la que tuve que decir ya no existía más que al final algunos números, y señalándola el finalillo de la calle, la dejé ir, sin querer acompañarla, para no verla apoyarse en la pared y desmayarse al ver que su número ya no existía y no la darían de su morador razón en ningún lado!)

Por estas calles arrasadas es por donde me dijo “Azorín” que le gustaba pasear más. Yo, por lo menos, me he ido a despedir de cada casa y cada cosa numerosas veces. No me quedará ningún remordimiento por eso. He procurado, además, fijar en mi memoria algo de los rostros descompuestos: aquella enorme esquela de defunción que ponía un escalofrío en la noche y que estaba pintada al dorso de las compuertas de una litografía de la calle del Desengaño; aquel letrero de una carpintería, esquina a Jacometrezo, y en la que las letras buscaban su perfil hasta el límite, siendo una hermosa demostración de la habilidad del pintor; aquella muestra de un portalito en que se cambiaban y se compraban sellos -¿qué harán los filatélicos que no se enteran de nada?-, etc., etc. (Una observación, que no solo es de la Gran Vía, sino de toda casa que veo tirar, es que las casas mueren jóvenes. Casi todas las casas que se tiran en Madrid son de 1884, del 89, del 90, poco más o menos. Como los hombres, casi ninguna llega a los ochenta años.)

Las torrecitas, los torreoncitos, las atalayas de los tejados parecen que intentan luchar, que se resisten, sobre todo, cuando da la casualidad de que es frente a una de esas casas donde se para la demolición unas semanas. Todas las casas son heroicas, y tienen una gran presencia de ánimo viéndose en el camino de la destrucción. Así no se ha dado el caso de que ninguna se haya hundido de miedo.

Muchos pequeños detalles se nos aparecen al recordar el cambio diario del aspecto de la Gran Vía. ¿Qué se ha hecho del busto de “Gasset y Artime”¹¹ aquel busto derictorial (sic)¹² y un poco de panteón; pero que era tan de la calle de Mesonero Romanos, que debía de estar en el Museo de la ciudad, Museo que nos falta¹³, Museo más interesante que ningún otro -¡qué bien estaba el de Venecia!-, y en el que no ha había que admitir las cosas por su valor artístico, sino por haber estado en “la calle?...

Recuerdo que en uno de los portales de la casa que van a tirar vi charlando dos tipos de Dickens; ella, sobre todo, con su capotita¹⁴ y su sombrero de viaje. Ellos, que no habían salido nunca a la calle ni pensaban salir, estaban asustados ante la salida forzosa. No sabían cómo cruzar el dintel. Se estaban dando ánimo, estaban gastando el último cuarto de hora de aquella casa.

Solo en medio de esa desolación se alegran las casas que al margen de la Gran Vía se quedan al descubierto, deslumbradas y llenas de luz, ellas, que habían nacido en una calle estrecha y sombría. Están todo el día asomadas a los balcones, a sus balcones, con la mirada fuera. (Son parcelas de tierra y de cielo las que cubre después la casa que se edifica.)

Realmente, la desgracia de la Gran Vía fuera de las casas, solo toca a las porteras. Ellas no serán resarcidas. Lo más difícil de conseguir es una portería, y cuando se ha perdido, ya no se volverá a conseguir nunca.

Pero de todos esos recuerdos y dolores nos consuela el gran descampado de la Gran Vía. Sobre todo, en la noche, cuando hay una luna de bodas, luce el cielo y ella, como si hubiese habido un terremoto que hubiese dejado el suelo de Madrid a solas con su cielo, en más apasionado idilio por esa sensualidad que surge de las catástrofes. ¡Cómo luce, se amplía y convida a viajar ese cielo amplio sobre el amplio solar que descansa y se despereza del peso que ha tenido encima y en el que han crecido hierbas, hierbas tupidas y lampiñas, muchas, muchas, como si la tierra, un momento despejada, se acordase de cuando Madrid era monte!

La Tribuna, 10 de agosto de 1919, núm. 2.823, pg. 2.

Variaciones. El río de la Castellana¹⁵

Acaba de ser asfaltada la Castellana en toda su extensión. Ha sido como si hubiesen abierto en ella un profundo cauce y lo hubieran llenado de agua. Durante los últimos días de lluvia se inauguró verdaderamente el asfaltado y brilló la superficie del río sin puentes, del río sobre el que se puede andar, como los patinadores sobre los ríos helados.

¿Es el Volga helado? No. Esa imagen la tengo usada ya, y la tengo guardada para volverla a usar con referencia al ancho asfaltado del Prado en medio de aquella regia llanura elísea.

Ese río helado o petrificado de la Castellana es el riachuelo elegante, frívolo, de parque de Boulogne, como la “serpentina” que se extiende en el parque de Londres, eso, sino que con más extensión.

Los automóviles, sobre todo, están locos de contentos con esa nueva pista que se ofrece a sus carreras, y sobre la que saben hacer filigranas, rizando el rizo alrededor del ciudadano que se les interpone.

Los coches -que cada vez se están quedando más desairados- pasan sobre ese río con corteza, silencioso, lentos, como coches fantasmas del pasado, llevando, al parecer, una señora convaleciente o la muerta ilustre de la mañana. (A la edad de setenta y ocho años ha muerto la excelentísima señora doña Antonia, tan conocida en la buena sociedad madrileña.)

La luna se refleja en el asfalto, como una luna un poco negra, la luna del mar negro y muerto. Está asombrada como de ver una inundación, de ver esas aguas con las que no contaba.

Los árboles, sobre todo esos pinos de vieja quinta que tiene la Castellana, se reflejan sobre el nuevo Manzanares de asfalto, y algunos monumentos quedan como en pequeñas islas, igual que el de Rousseau, en medio de lago ginebrino.

La Tribuna, 30 de noviembre de 1919, núm. 2.908, pg. 9.

Variaciones. Daniel Vázquez Díaz¹⁶

En una de esas últimas casas de la calle de Lagasca, ya como alejadas del mundo y hundidas en los barrancos, es donde vive Vázquez Díaz.

Merece describirse el gran falansterio en el que ocupa un cuartito: dos grandes cuerpos de edificio, paralelos entre sí; el primero, con tres portales que comunican con el otro gran cuerpo de edificio, que es como el de los pisos interiores, que aún no lo son porque miran aún al campo, gracias a que se ha construido en el solar a que dan. Esa gran serie de casas monstruosas y altísimas de un mismo dueño, ese gran cuartel de particularidades, da la sensación de un gran trasatlántico, sobre todo a la noche por el lado de los pisos del fondo, cuyos balcones, que no son volados, sino como largas ventanas, están iluminados todos, porque corresponden a las dos piezas esenciales de la casa, el comedor y la cocina, siempre concurridos en pisos de cuatro piezas. El "Titanic" lo llaman todos los que están acostumbrados a ver la nocturnidad de ese edificio alto y alargado, de proa a popa, y cuyo cuadriculado de luces, casi sin opacos márgenes ni vanos, da la sensación de la iluminación de los camarotes y los comedores del gran buque.

Vázquez Díaz vive en el fondo de esa casa, después de pasado ese patio de asilo que es común a toda la construcción, y al que dan mayor tristonería tres marquesinas de cristales que permiten un tranquilo pasaje de portal a portal los días de lluvia.

[...]

Vázquez Díaz está ahí desde hace algunos meses, sin que se anuncie de un modo claro su permanencia entre nosotros. Parecía que Vázquez Díaz estaba aquí porque así lo demostraban los dibujos sobre temas de Madrid que han aparecido de vez en cuando en algún periódico o revista.

[...]

La Tribuna, 11 de enero de 1920, núm. 2.943, pg. 8.

Variaciones. Los leones están en la calle de Santa Engracia¹⁷

La calle de Santa Engracia es una calle llena de momentos desiertos, momentos de ausencia de la calle y de la vecindad.

No se puede decir que no existe; pero se puede decir que no se puede decir, y eso ya dice bastante de lo que se quiere decir.

En esa calle silenciosa e intercalada por grandes y largos espacios, he sido yo estos días algo extraño y particular.

Iba distraído por esa calle por la que se circula poco, cuando he oído...

¿Pero será posible?

Un buen rato he esperado que se repitiese; pero por lo visto, estaba pasando el interfecto una noche muy tranquila.

¿Pero será posible? –me he vuelto a preguntar y he esperado un rato más para ver si era una ilusión de los sentidos.

No.

He vuelto a oír el rugido, porque ahora ya puedo pronunciar la palabra extraordinaria.

El león ruge en la calle de Santa Engracia.

Ruge de verdad, aun en voz más baja, porque eso deja de sentirse en un antro bondadoso, servicial e importante.

Indudablemente esos hombres van a su casita en la calle impar, en la sórdida y calladita cripta, y no volverán a saber lo que eran esos leones guardados en medio de la ciudad, esos leones que una noche –una noche es una noche– nos podrán despedazar.

¿Cómo están en ese rincón de la ciudad? ¿Tienen cerrojo las puertas? ¿Les dan de comer bien, o en vista de que no está muy vigilado aquello les dejan casi sin comer?

En vista de que van para tan largo las obras de la casa de fieras, las fieras que abran ese local misterioso y retirado de que se pueden defender, en que también pueden trabajar en sus papeles de leones y de leonas frente a un público numeroso.

El rugido en ese rincón de la calle de Santa Engracia es imponente en medio de la noche sobre todo, despertando los sueños de todos los niños.

– ¿Es que hemos oído en sueños un león? –se preguntarán los niños del barrio.

No. Es que están ahí, en ese granero rojo, en cualquier parte las fieras que habrá que llevar a otra casa, como a ese niño que no tiene sarampión lejos de los que lo tienen.

Hay una especie de selva negra en la calle de Santa Engracia estas noches.

Los cazadores de rifle buscan engañados ese reloj del bosque, encerrado como un toro en uno de esos cajones en que meten a los toros de corrida a corrida.

¡Qué extraño que hayan ido a parar a ese sitio! ¡Qué inesperado!

Ya tiene menos vulgaridad ese barrio, y ahora sí que se impondrá y se le tendrá miedo.

La melena romántica del león le hace más en ese barrio intelectual y en esa habitación humana, preparada para un huésped por lo menos humano.

Las fieras locas, amilanadas –porque las fieras, diré de paso, son unas terribles cobardes–, esperan allí, como en un pozo la hora en que el Arca de Noé se traslada de nuevo al Parque de Madrid.

La Tribuna, 9 de marzo de 1920, núm. 2.993, pg. 9.

Variaciones. El primer trecho de la calle de Toledo¹⁸

La calle de Toledo, cuando aprieta el sol, es más bravamente de Toledo que nunca. En el tiempo caluroso y de rayos de sol perpendiculares es cuando su significación y su fuerza de dibujo y de estructura se revela con más en relieve que nunca. Hasta podríamos creer que toda la población es un sueño, una idealidad nuestra y una vaga apariencia. Al lado de la gran realidad en que se moldea la luz, el espacio y el azul denso y esplendoroso en esta calle que va hacia la Mancha.

La calle de Toledo era un despoblado en 1193; después fueron construyéndose algunas casas a su alrededor, y, por último, una puerta inmediata a la Latina. En terreno de la Latina se hallaba el osario de los moros. Felipe II llevó la puerta al Caño de la Sierpe, y más adelante a la esquina de la calle de la Ventosa, hasta que sufrió su último avatar. La calle de Toledo se llamó en un principio de la Mancebía, por la que había en una casa con entrada también por la calle del Humilladero. En la esquina de la calle de los Cojos estaba el albergue de San Lorenzo, donde tenía su centro la famosa ronda de “Pan y Huevo”.

En 1493 terminaba en el Hospital de la Latina, derribándose en tiempos de Felipe II la puerta que daba al campo, y prolongándose la calle hasta el Caño de la Sierpe, haciéndose más tarde la puerta junto a la calle de la Ventosa.

En la calle de Toledo, al medio día de Año Nuevo de 1611, yendo los Reyes a ganar el jubileo de la Compañía de Jesús, se acerca un irlandés con un memorial; apartóle un lacayo, y el extranjero sacó un puñal para herirle. El irlandés sufrió el tormento, y después de recibir cien azotes por las calles, fue enviado a galeras. “El Rey estuvo aquel día muy melancólico.”

Después de esos momentos solemnes y silenciosos que ha vivido la calle de Toledo, hoy está ya definitiva. Por ser lo más recio, endurecido y picante de Madrid, y porque está en rampa para facilitar la llegada como un “tobogán”, resbalamos por su pendiente y damos en su vertiente, siempre sorprendidos de lo que se destacan ellas los días luminosos y ardientes, y lo acople de piedras duras, lo mosaico auténtico que es todo en esta calle, hasta el cielo, que es una variedad del lapislázuli. Las casas, los aleros, todo es labor de taracea formidable, incrustaciones reales en el duro seno del cielo.

La calle de Toledo es una calle plebeya, la verdadera calle Mayor del pueblo de Madrid, la única calle con soportales, soportales en medio de los que se establecían los carpinteros, que estorbaban el paso y perjudicaban al gremio de lencería, que tenía su comercio en el interior de las tiendas, y que en 1738 vencieron a los carpinteros y les echaron de su sitio, aunque se rezagasen algunos, pues hace poco subsistía algún puesto para la fabricación y venta de cucharas de boj, y aún hoy está establecida una tienda de eso.

La calle de Toledo, con sus mantas zamoranas, sus piezas de bayetas de color –¡que rojos y qué amarillos!– para la bandera de abrigo del invierno; con sus maniqués de trajes de niño, maniqués que forman verdaderos colegios de niños que van a confesar con su mejor traje el día solemne, o de niños que van a ir en la procesión; con sus montones de cestas fuera de la tienda, y sus almadreñas y sus bastoneras de bastones amarillos y adornados al fuego; con todo eso, que hace pobre y rústica, es la calle de Toledo la calle en que se levanta la catedral de Madrid.

La primera iglesia que preconiza la catedral sobre ese mismo sitio se fundó en 1567 sobre terreno que en la calle de la Colegiata había cedido doña Leonor Mascareñas. Adquirieron después las casas contiguas, y con la protección de la Emperatriz de Alemania Doña María, hija de Carlos V, se construyó el templo actual, acabado en 1651. Fue dedicada la iglesia a San Pedro y San Pablo; después a San Francisco Javier, hasta que en tiempo de Carlos III, restaurada la iglesia, se trasladó a ella desde San Andrés

el cuerpo de San Isidro Labrador (año 1769), venerándose desde entonces también las reliquias de Santa María de la Cabeza en el retablo de la capilla mayor. El templo cuenta con obras de Mengs, Ricci, Jordán, Mena y Mora, contándose de la imagen de la Soledad que, habiéndola encargado la Reina Doña Isabel de la Paz Valois al escultor Gaspar Becerra, este presentó por dos veces una imagen que no agradó a S.M., hasta que, desesperado, por esta decepción, quedóse una noche dormido y soñó que una voz le incitaba a separar un leño que principiaba a quemarse en la chimenea para hacer en él la cabeza de la imagen, lo que hizo, consiguiendo con él que Doña Isabel se encantase y que puedan admirarlo hoy todos en una capilla al lado del Evangelio.

Convertida la iglesia en catedral hará cerca de una década, se cometió el 18 de abril de 1886 un atentado contra el primer obispo de la diócesis, don Narciso Martínez, que murió de resultas de él al día siguiente.

Las funciones religiosas del Ayuntamiento se celebran allí.

Dotado de “estudios” este convento, sufrieron las vicisitudes de la política, hasta que se formó el Instituto de San Isidro, con sus claustros de convento y esa biblioteca de bella ventana llena de sabiduría, que el año 86 recibió el privilegio de recibir un ejemplar de todas las obras que se imprimiesen en España.

La catedral, aun sin “Estudios” ya, tiene una fuerza que hay que subrayar, porque debemos fijarnos que es la catedral, una catedral como la de Burgos, la de León o la de Toledo, aunque sea modesta en su arquitectura.

Nadie lo tiene en cuenta. Está sola y apartada siempre. Yo mismo, dudando de que exista, voy alguna vez a enterarme de que nosotros también tenemos canónigos, los solemnes y los bravos canónigos morados.

A un café de las cercanías –el de San Isidro– voy de vez en cuando a oír las campanadas sesteras, lentas, entrecortadas, “desbadajadas”, con que llaman las catedrales a cabildo. Estas mismas campanadas, en Segovia, son acosadoras, se refuerzan con los hierros de todos los balcones, comprometen a la bóveda del cielo en su campaneó, se deshojan detrás del horizonte. Aquí están apagadas por todos los ruidos de la ciudad, y apenas se oyen en el barrio. Sin embargo, suenan y da vida española y nacional a la ciudad el que suenen con su fin de ir despertando a los canónigos poco a poco, como dando golpecitos continuados e intermitentes a la puerta de la alcoba en que duermen la siesta, y darles tiempo a que se pongan los manteos y se dirijan despacio hacia los sillones del coro. ¡Gran paciencia del campanero!

¿No es sorprendente que suenen esas campanadas de las tres de la tarde en el propio Madrid?

Pero más extraordinario es que haya canónigos de Madrid, ¡de Madrid!, y vayan llegando de verdad y suban al coro precedidos por el maestro de ceremonias, con su traje blanco, su largo bastón y su peluca blanca, oyéndose ese órgano de la prima tarde, premioso, soñarrón, que respira de vez en cuando brevemente, matizando los cantos de los canónigos, que lo que mejor dicen es el “¡Amén!”, quizás también el “Aleluya”.

Estos canónigos, como toda la catedral, parece que no existen, y viven disimulados, casi sin espectadores casi siempre. ¡Lástima de espectáculo cotidiano!

Quizás se debe esto a que la catedral parece una iglesota destartalada, cuadrada, toda ella como un bloque macizo e informe, y que, como hay tantas calles, no se encuentra uno a los canónigos, como en las provincias, en esa única calle en que lucen sus medias moradas y sus hebillas.

Hay que saber que existe esta catedral; hay que entrar en ella, porque por dentro está bien, y ya que aquí el interior, imponente, envergado y lleno de columnas, no se aviene con el fino y franco aire de Madrid, está bien este gran salón decorado con cornucopias y motivos dorados a fuego, sencillo, sobrio, de cúpula ancha, clara, festiva y elevada, todo él verdadera ampliación de San Antonio de la Florida.

Tenemos catedral. Aunque su coro tampoco es el coro tallado y suntuoso de las catedrales, pues más bien parece el estrado del Ayuntamiento con sus concejales reunidos; aunque el pertiguero –también tiene pertiguero– tome un aire de bastonero y parezca llevar una barra dorada de cortina en vez del atributo de su cargo, y aunque el maestro de ceremonias parezca un cómico de Novedades, no deja de ser por eso la enorme catedral, el centro del culto, el palacio real de las iglesias de Madrid.

La Tribuna, 27 de mayo de 1920, núm. 3.061, pg. 6.

Variaciones. Las macetas de los escolapios¹⁹

Los escolapios son unos curas simpáticos, que hacen vida muy de ciudadanos en medio de la ciudad y que tienen sus ventanas abiertas a la luz de la calle, al bullicio y a la observación de las gentes que pasan.

Los cuartos de esos escolapios de la calle de Hortaleza son claros con esteras de pita, con una estantería de libro, con un lecho cómodo.

Es la Orden más feliz la de los escolapios. Rezan, hacen emboquillados, enseñan a los niños mezclando por partes iguales el rigor y la bondad²⁰, pasean por Madrid, les conocen ya los cobradores de los tranvías, toman cerveza en las terrazas, quizás van a los toros.

San José de Calasanz era un buen Santo, con buena intención y siempre, por lo visto, con bonete y la matiné de la sobrepelliz. De él les viene a los escolapios ese buen ejemplo de modesto, sencillo, bondadoso.

Algo podría decir esa iglesia que se levantó en la calle de Hortaleza desde hace muchos más años de los que se pueden suponer; pero hacia lo que voy ahora, lo que he de fijar como cuadro optimista y que define la actualidad de esa calle serietota, de esa calle cachalote triste, que es la calle de Hortaleza.

Lo que da el tono más campechano a ese convento, es que en sus ventanas hay numerosos tiestos. La Orden de los escolapios consiente tener tiestos, y los escolapios cultivan en sus balcones varios tiestos, alguno de los que quizá esté prohibido en algún Concilio, pues parece que del geranio han dicho:

“Geranium habetur semper sensualis.”

También parece que de esa enredadera que parece una cabellera de mujer y que cae como cabellera perezosa en desmelenada cascada, se ha dicho:

“Enredadera imitacionibus de la fémina, et periculosa et facemus prohibiciani absolutarom en conventus hominis.”

No obstante estos latinajos supuestos –completamente supuestos–, los frailes de San Antón cultivan las alegres plantas, que ponen allí dentro la huella de la naturaleza de los campos, el flequillo, el tupé de un posible bosque que se asoma por la ventana.

Esas macetas del convento de San Antón le quitan la sombra al interior y dulcifican las siestas pasadas en esa acera de sol del camino viejo de Hortaleza. Endulza y refresca su vida ese cuidado de las macetas. Por la noche, de todos los balcones del convento como si se deshiciese en los tejados una helada terrible, caen unos copiosos chorretones.

La Tribuna, 14 de junio de 1921, núm. 3.389, pg. 3

Paseos

*Variaciones. El Prado*²¹

El paseo del Prado hace capital a España. Cuando queremos pensar más racionalmente que estamos en Madrid, nos vamos al Prado.

Es el fondo en que hacer que se proyecta todo. Es pon donde más se disimula uno.

Por el Prado nos damos paseos con nuestro muerto; con el muerto de nosotros; con nosotros, muertos. Dejando atrás todas las miserias de nuestras casas, estamos en el Prado en el ancho campo por el que el *gris* se pasea.

Nosotros, los que siempre andamos con pies flojos, uno en un abismo y el otro en otro abismo de distinta profundidad, andamos por el Prado firmes y tranquilos, pisando sobre la única rampa lisa de la ciudad, sobre la gran explanada nivelada.

Siempre que nos aproximamos a él, no nos podemos salvar a su influencia. No se puede ir a sitios más lejanos.

El Prado es el paseo de Castilla en el centro de Castilla.

El gabán o la capa; el abrigo, en una palabra, sientan muy bien en el Prado, y siempre se va de levita por él y de sombrero de copa. (Solo en el Prado aún está el sombrero de copa.)

Parte por medio la ciudad; es el camino neutral y aparte, por donde se abre el mar de las tierras como se abrió el mar Rojo. Las botas andan por él con más solemnidad.

El Prado les da miedo a los novios frívolos. Es algo muy trascendental lo que corre por el Prado. Las gentes estultas lo cruzan; lo atraviesan de través, huyendo de su adustez y de su gravedad.

Es donde más a solas estamos con nuestra sombra; donde nuestra sombra se ve mejor.

Al Prado vamos todos los días a despedirnos de la vida, por si al volver a la casa nos ponemos mal; y aunque dure la enfermedad, ha sido en ese preciso momento de meternos en la cama cuando nos hemos envuelto, en vez de en la sábana, en el sudario definitivo. Muchos de los que mueren, sobre todo de los que murieron en las épocas de

epidemia; el año del cólera o del dengue; los que sabían dónde había que despedirse de la vida; los que sabían que había que cumplir con el Prado, pasearon por aquí antes de acostarse para siempre. Por él pasan todos los días las siluetas negras de los que cada día se despiden para siempre, y de lo que se acuerda más un muerto, es de haber paseado por el Prado.

Es el sitio por donde más ancho cielo se ve. Es donde se ve un mar celeste mayor, y los días grises un mar gris que reconforta a nuestra materia gris.

Se corrige a la muerte por el Prado. Así ese niño enfermo, al que pasean en un cochecillo por el Prado, se pone mejor; y el viejo que recoge un último sol, un sol de urgencia, en el Prado, se salva de la acechanza.

Es por donde se han paseado, por última vez también, los suicidas de la miseria, echando una mirada de desdén al Banco, gran mole de piedra, con sus salientes nevadas, como si fuese de la cantera de las cumbres del Guadarrama, y sus focos sucios y como con atrofia gris.

Generalmente acude con determinación, al pensamiento, la idea de que es un río, y le dan esa apariencia, también, las pasarelas que tiene a un lado y a otro, los antepechos de hierro bronceado -que parecen hechos con cañones tomados, como siempre a los moros-, sobre los que hay gentes acodadas, y hasta nos hemos acodado también nosotros, como asomándonos a ver el agua, a la que a veces nos lanzamos andando sobre ella, paseando sobre el río, como si el agua estuviese helada, como si fuese el Volga helado, simulación a la que coadyuvase el que está asfaltada esa vía central del Prado, imitando así un agua sucia y espesa.

Aquí, donde no hay verdadera catedral, suenan como a campanas de catedral las campanas del reloj del Banco, reloj de martillazos que, apiadado de lo que sucede, sueña con más dejo que ningún otro; reloj que está rematado por una absurda bola deslucida, como un regalo que hicieron al director el día de su santo y que colocó allí por no colocarla en la antesala de su casa.

El político, por aquí es por donde pasea solo todo su fracaso. Solo a Azorín le hemos visto pasear por aquí su triunfo.

La última serpentina del Carnaval queda colgada de un árbol del Prado, y se la disputa el viento como un ciclista en una carrera de cintas.

Faltan en el Prado aquellas casas de color sepia que se alzaban en él, aunque están en su sitio los talleres de la Casa Matéu (antigua fábrica de fototipias de Matéu)²², cuyo frontis está pintado de un azul extraordinario, único, digno del Prado.

La Tribuna, 19 de junio de 1919, núm. 2.771, pg.6.

Variaciones. Más del Prado²³

Los niños juegan en el Prado con menos alegría que en los jardines que están un poco más en las afuera. El Prado está dentro de la ciudad, y por eso cae toda la trascendencia de la ciudad y del Prado sobre los mismos niños. Los niños verdaderamente madrileños van al Prado. Es menos frívolo que el Retiro. En el Prado he jugado yo, y ya entonces más que jugar, era pasear lo que hacía.



En el trecho que hay frente al Dos de Mayo²⁴, y que se llama el “paseo de las víctimas”, es de donde últimamente se van los rayos del sol.



“La berlina azul”... “las botas azules”... “el frac azul”... son cosas que se repiten en la memoria paseando por el Prado, en el que está encerrada la elegancia de antaño. (En la “Moda Elegante”²⁵ se habla mucho del Prado.)



La ancha cabecera del Prado, su plataforma principal en medio de sus avenidas laterales y de sus calles, no tenía antes esas plantaciones soporíferas ni esos macizos que le escombran.

Mi imaginación lo verá siempre como estaba, borrando ese aspecto de postal de Alicante que ha tomado su trecho más solemne por las estúpidas palmeras que le han clavado. Así se destaca aun mí, con toda su importancia, esa casa del guarda, más amplia que las usuales y de una facha distinta a las otras que hay en su centro. En esa casa vieja y empolvada del polvo de la gran carretera y del gran desierto polvoriento que es el Prado, parece que se guarda el archivo y la biblioteca del Prado, su documentación, los “álbumes” de retratos.

Las sillas de hierro que tanta importancia tenían en esa parte que era el “salón” del Prado, hoy están también más arrinconadas, se destacan ya como un gran almacén vacío; pero “se las ve, siguen”. Son esas sillas que hieren los pantalones, que se agarran a nuestra americana cuando nos vamos a levantar, que a veces se abren y se desarticulan. Solo unas cuantas ancianas se sientan aun en ellas, manejándolas como sillas de tijera de iglesia, y se establecen en ellas como en las de su gabinete. Ya se despachan pocos billetes de sillas, y esos billetes son ya distintos a aquellos de entonces, que recuerdo que tenían detrás el anuncio de las máquinas “Singer” con un grabado en el que figuraba una señorita de mangas de jamón sentada a la máquina.

En ese primer trecho se establece todo el año, a espaldas de un gran palacio de necesidades, un puesto de libros, en que abundan las geometrías y los métodos para aprender el francés; un puesto absurdo, en el que también se venden cuadros muy malos, pero bastante antiguos, que tan cerca del Museo del Prado parecen robados en sus sótanos.



El palacio de Oñate²⁶ es el único que queda de los palacios viejos del Prado. Es un palacio de larga fábrica, cuya fachada principal con inscripciones, escudos y bajorrelieves está orientado al revés, y no es por donde se entra en el palacio, dando a un jardín podrido de humedad, de contraluz, de empozamiento.



De los dos andenes para peatones, el izquierdo es de los peripatéticos, y el derecho el de los que van a la estación del Mediodía.



Los duelos a bastón se celebran en el Prado. Yo los celebraré siempre allí. Citaré allí a mis contrincantes, porque tiene rincones oscuros y solitarios donde nadie inter- vendrá en la refriega, rincones que es indudable que están en el verdadero terreno o campo de honor, que están realmente en el Prado.



No se puede olvidar -y tengo que repetirlo- que allí ha existido un teatro de polichinelas²⁷, el teatro de la ópera de los polichinelas, un teatro amplio rodeado de una valla y con una campanita como la que en las obras da la hora a los trabajadores, sino que mucho más argentina, campana infantil, con la aguda voz de la infancia. (Después, ese teatro fue destruido, y en su solar hubo un velódromo²⁸ donde se civilizaron los primeros ciclistas de Madrid, los primeros “jockeys” del caballo de acero.



Las miradas a las bocacalles también son gratas de lanzar desde el Prado, porque tiene bocacalles admirables, entre las que se destacan la bocacalle del paseo de la Academia²⁹, al final de la que se ve el frontis del Museo de reproducciones con un gran balcón de espléndido cristal, que es el mejor espejo del ocaso de Madrid, y también se ve la Academia de la Lengua, roja como el crimen, *panteónica*, cuerpo astringente para la luz; la bocacalle que afronta la bifurcación de las calles de las Huertas y de Moratín, bifurcación cuyo delta es una casita de un piso, un balconcito, una guardilla y una honrada herrería. ¡La casita más menuda y simpática del centro!

La Tribuna, 22 de julio de 1919, núm. 2.804, pg. 7.

Variaciones. Verdaderos contrastes³⁰

Por el Prado pasan y pasan los coches fúnebres, primero, a primera hora de la tarde; en la hora de la digestión, va el cochero con el cigarrillo de después de comer en la boca, guiando su coche como el cochero que se va a buscar al señor para darle el paseo de la tarde, o quizás como si guiase una carroza de Carnaval, yendo a por sus máscaras también a eso de las dos y media; después pasan con el muerto, despacio, compungidos, solemnes, abrumados por un peso solemne, y, por fin, vuelven a pasar,

ya de vacío, medio más tristes que al llevarle medio más alegres que nunca, porque los palafreneros se divierten y atan una cuerda a los faldones del solemne cochero, el cochero que les ha de llevar también a ellos. ¡Qué diferencia más profunda entre el primer momento, cuando pasan con la plataforma, con la bandeja vacía, delgada y flaca, y el último, en que la cama renacimiento con estrado y tallas del coche fúnebre está más vacía que nunca, porque el que por un momento se acostó en ella se ha caído después a los pies de ella, al abismo de debajo de ella!



El Prado está ahora más abandonado que nunca. Ya, ni sus verbenas de San Pedro y San Pablo y de San Juan se verifican en él. Sus elegantes embozados en su capa de rico “sedan” y sus “elegantas” vestidas con “brillantinas”, “gasas sultanas” o en “pekín gótico”, han desaparecido. Aquella segunda época más moderna del Prado en que las carretelas daban vueltas cortas en su paseo de coches, y en que entre los novios, en vez de retratos, cambiaban entre sí miniaturas, ya ha pasado también. Aquel sitio de recreo -fonda y café público- llamado el Tívoli, sito entre la fachada N. del Museo y la subida al Retiro, y en el que se celebraban reuniones y conciertos, desapareció antes de que lo conociésemos nosotros. El “Salón de Oriente”, con sus jardines iluminados con vasos y farolillos de color, y en el que las bandas de música tocaban incansablemente valeses, redovas³¹, schotis y polkas, también desapareció. Los jardines del Buen Retiro, que daban a él, y que conocimos -inolvidable cuadro de Renoir-, también fueron extirpados. Los mismos aguaduchos, pequeñas “casitas-aparadores”, pequeños altares del botijo y del aguardiente, con sus mozas de regia estirpe y sus viejos chambelanes del 89, enamorados y pródigos, también se fueron. Aquel teatro de polichinelas, el teatro de la Opera de los polichinelas, el Regio Coliseo Madrileño de los polichinelas, el TEATRO DE LA INFANCIA, cuya campana de plata será inolvidable para mí, como si hubiese sido una campanita de catedral para mi niñez, también fue destruido.

Sin embargo, sin ningún consuelo, no deja de ser el Prado el sitio de todo aquello y de todo lo otro, el camino único y el punto final.

La Tribuna, 24 de julio de 1919, núm. 2.806, pg. 3.

Variaciones. La Feria de libros³²

El otoño cunde mucho en el Prado, aunque es corto. Lo curan, lo aplacan, lo civilizan los libros. Por eso es más dulce, aunque hay días que los viejos dicen: “Ya se ha estropeado el día”; y, en efecto, se ennegrece y se reumatiza.

Lo que no tiene carácter de invierno en el Prado, durante el otoño, es por la feria de Libros.

¡Qué raro es que junto a los puestos de libros, se establezcan dos puestos de avellanas, torraos y nueces! Parece que sus dueños, engañados por lo de feria, se han establecido sin saber que era la feria de libros. Los altares de pueblo, que parecen esos puestos, no deben de estar bien junto a los libros.

El primer día de feria de los libros hay en Madrid algo como una apertura de curso de los que no cursan nada, de los escritores, los críticos y los vagabundos literarios. Los más vivos, los que tienen bien señaladas las fechas en un libro de notas, van ese primer día y se llevan lo mejor. Al día siguiente ya faltan los libros impares y únicos.

Al Prado va entonces la que busca música y el que no sabe lo que busca, el que pregunta cualquier cosa a estos libreros que no saben nada.

Esa feria de libros del Prado es, en modesto, la feria de Leipzig. Se ven en esos estantes y sobre las grandes mesas de libros que *discetar* (sic)³³, los libros de todos los años, los libros de siempre. El otoño, con sus hojas y sus flores secas, está dentro de esos libros, muchos con tipos de herbolarios correspondientes con el Botánico, junto a cuya verja se exponen. El mejor regalo para los niños que somos, es un libro que tenga la sorpresa de una flor disecada; pero eso no se sabe, como en los juegos de los paquetes con que los niños juegan en la calle, abriendo el paquetito y encontrándose una sortija de plomo.

Ya está allí el libro que su autor se dedicó a sí mismo. Si el autor ha muerto, no hay extrañeza; pero si vive, la sorpresa de ver ese ejemplar allí le desengaña de todo, hasta de sí mismo.

Los libros sin portadas abundan mucho, tristonos, como sin párpados.

¡Muchos libros encuadernados! No llaman la atención esos libros. No se les mira ni se lee su lomo. Se desconfía del libro encuadernado, como de un libro que, aunque sea bueno, está convertido al burguesismo. Los libros encuadernados, generalmente

desmerecen; están muertos, aunque hayan sido embalsamados; son más privados; están, como en la caja del muerto, preparados para la sepultura perpetua.

Los diccionarios, ¡qué viejos! Todas sus palabras parecen haber variado.

Numerosos tomos médicos, que contagiarán el tifus u otra enfermedad al que los compre, sobre todo si se trata del cáncer. Un libro como esos, como el del cáncer sobre todo, solo está antiséptico y aislado en las librerías de nuevo.

No debe comprarse ningún libro por el título y lo que diga el autor de él su prólogo personal, y si el libro está en la mesa de PRECIOS CONVENCIONALES³⁴, no se debe preguntar siquiera por él. Hay que declarar el *boicot* a los precios convencionales.

Estanterías de obras de Medicina tratando de todas las enfermedades, y sobre todo de Ginecología, ocupan el espacio de los puestos. Ha variado todo el sistema de tratar las enfermedades, y eso hace antiguos e inservibles los libros, que nos da miedo que alguien, algún médico provinciano o inexperto, compre y trate a sus enfermos según ellos.

Todo el aspecto de los puestos es de los libros en la hora de la mudanza. Ningún librero sabe si tiene otro libro que la *Hija del jornalero*³⁵.

Todos son como libros caídos, libros del otoño, libros que el viento ha barrido hacia allí. Sobre sus chibaletes, escalonados, el mejor está siempre debajo del peor, y se disimula con modestia. Da pena ver que no se le encuentra, que no hay ni uno que elegir después de seguir a nuestra secreta adivinación en un juego como el de "¡Frío!" ... "¡Caliente!" ... "¡Templado!... "¡Frío!"...

Sobre todo, lo que más nos defrauda en esos baratillos de libros, es que nunca se encuentra un libro que trate, como se debe de tratar, de la muerte. El enigma de la vida, además de tener momentos de evidente e indecible evidencia, por lo menos es breve, y todos los libros lo quieren aclarar; pero ¿y el de la muerte? Ni un solo libro humano, dócil, sentido, sobre la muerte y los muertos³⁶, cuando ese libro era el libro que debía estar en la feria, como el más propio también de ese paraje.

Lo único encantador de esos libros que, por comprar algo, se adquieren en el Prado, es esa hoja de un almanaque de hace años que a veces se encuentra entre sus páginas. ¿De qué año? No se sabe, porque no pone sin el día y el mes; porque no están hechos para la posteridad los almanaques, sino para el año que corre. Así, el que se encuentra esas hojas vive otro día que su día; un día que no es de sus días; lo más redi-

vivo de un día pasado. Las hojas de esos almanaques antiguos se transparentan por el reverso; la cifra de la fecha las ha salido por detrás, las ha traspasado.

La Tribuna, 3 de octubre de 1919, núm. 2.850, pg. 6.

Variaciones. El atardecer del Prado

El atardecer del Prado es también algo muy bueno. Se pone morado, cárdeno, desciende su luz, y bajo esa poca luz del Prado, las personas pasan como sombras pequeñas, verdaderas sombras peripatéticas bajo el viaducto del cielo.

Sobre todo en los días sin faroles de la Gran Guerra, el atardecer le dominaba completamente.

La fuente de Apolo se torna completamente blanca sobre el fondo del atardecer.

Paralelo a toda la ciudad y al ocaso que la da contraste, nos envía la luz poniente toda la silueta de los tejados en un atardecer lleno de chimeneas.

¡Qué al atardecer -siempre pienso en los días friolentos del Prado- no os coja sin gabán en el Prado! El cierzo os coserá a puñaladas, y serían incurables las heridas.



La noche del Prado es grave, febril y tremebunda. Ni los focos, ni esas luces de nitrógeno que también lo alumbran y que tanto se estrellan o se escalfan en los ojos, rompiendo su iris y agrietándoles las córneas, pueden con su sombra.

El Prado es en la noche el gran descampado, un lugar secreto, peligroso y siniestro, en el que se puede ser robado y matado casi impunemente. Es lo más vendido de la ciudad, donde el crimen, la lujuria y el robo se pasean de noche, donde tiene citas la luna y también espera prostituida al que pasa.

¿Por qué lo han escogido desde tan antiguo las mujeres más fáciles? Porque, por no se sabe qué extraña y sombría razón, en la noche es el lugar por donde pasan las almas llenas del mayor deseo sensual, el sitio al que van a parar fatalmente.

Se tiembla al entrar en el Prado de noche, con ese temblor que se tiene al ir descalzo por el pasillo en los viajes furtivos. La autoridad lo tiene abandonado, y solo alguna vez da vueltas alrededor de los jardines del Dos de Mayo para que sea respetado el cementerio de los héroes.

En el Prado espera a los infelices aquella única novia que tuvieron y que han echado del otro mundo por estúpida, repulsiva y fea.

Son almas con mantón las que pasan por el Prado, un mantón con el que se cubren en invierno y que en verano llevan al brazo, como viajeras impenitentes, como no dejan de llevar nunca una manta los cocheros, una manta repugnante que ofrecen a las parejas que conducen por en medio de la noche.

Todo el anhelo torpe y supremo de la Humanidad circula y se pasea por el Prado de noche. Eso es algo serio, trágico y de una absoluta verdad. No lo aventaja nada, ni en la noche de novios, ni en la galantería rica y mocil. El mar sensual allí da los latigazos imponentes, allí se bate y salta con violencia sobre los acantilados de la ciudad. En la noche del Prado muerde el polvo el hombre. Nadie debe pasar por él en la noche.

Y por la mañana y durante todo el día no se sabe nada de esto. Es la baja marea, y la gran playa está seca y transitable. Las que estaban anoche entre las sombras no aparecen en el Prado del día, y si alguna de las que se están sentadas al borde de los bancos es de ellas, está muy disimulada e hipócrita.

La Tribuna, 14 de octubre de 1919, núm. 2.861, pg. 5.

Variaciones. El invierno del Prado³⁷

Lo importante del Prado es el invierno sobre su primavera, verano y su otoño. Es cada una de las estaciones sonrío cada una de las estatuas de las cuatro estaciones de la fuente central. En cada estación está de enhorabuena una y es su santo.

El invierno es lo primero y lo último, porque insiste sobre el Prado en todo tiempo como su sentimiento más imborrable.

El invierno del Prado es como el espectro de la vida total. Bajo los días de hielo es como un paisaje de gran paseo en los Países Bajos, o, mejor dicho, mirando, sobre todo, a su calle central de asfalto, a su río helado, la visión del Volga helado.

En los días muy crudos, el aire, los palitos de los árboles, todo contribuye a formar un paisaje que se podría llamar el paisaje fósil. Sobre entre todas las tardes de invierno salen algunas que son enteramente tardes fósiles en un ambiente lleno de eternidad.

Sobre este invierno pasan nubes fantásticas, nubes cárdenas, las nubes que conducen a los muertos.

Todos los faroles del Prado tienen en invierno la hora verde, la hora en que son hongos descoloridos.

En el invierno del tupido enredijo de las varillas y las varillitas de los huesos de los árboles penden como moñas las secas, las pilongas castañas de Indias, esas bolitas de la simiente que ponen como unos caireles o unos almendrucos en el cielo. También quedan entre las jaras secas esas últimas hojas secas y amarillas que son como falsos canarios de su invierno.

En el invierno de un tupido gris del Prado es donde se ven con más claridad los humillos de los caballos, tanto los que salen de sus narices de hipogrifos degenerados, pero hipogrifos aún, como los que salen de todo su cuerpo, y los humos azulosos de la gasolina, que toman bajo el bosque que forma un largo túnel, como un emparrado seco o como con las costillas embrujadas de un gran esqueleto, un tono estremecedor de humo de esas fogatas que se encienden en el invierno en el bosque para quemar todas las hojas y los palitroques secos.

El viento que pasa por el Prado, aunque parezca un "simoun", es el cierzo, el puro CIERZO. Este viento terrible y lleno de polvo, que convierte al Prado como en el golfo -estrom de Madrid-, juega a la ruleta con las abiertas y radiales palmeras; empuja a los automóviles o los contiene, según vayan hacia el Norte o el Sur; mueve terriblemente focos, que parecen irse a estrellar contra su soporte, como contra la pared, esas bombillas que tropezamos violentamente con la cabeza. Talmente se siente el viento como en su casa, que parece que se pasea por allí consciente y constante. Con las faldas de las mujeres hace perrerías, y allí se sorprenden vivas escenas galantes, en que se ve hasta el florón de las ligas.

En invierno es en el Prado donde da más el sol; pero si no se tiene un buen temple madrileño, hay que temer al sol del Prado, porque después brota en este paseo un frío intenso, que hace que sea mortal su cambio de sol a sombra, aun antes de que surja ese fresco de ribera de río que brota de un río fantasmal, pero inscrito en su margen. Hay que desconfiar, además, del sol: el sol es malo. La fe en el sol ha perdido a muchas gentes, y, sobre todo, a los que estando un poco enfermos vinieron a tomar este sol, les ha agravado y matado el paseo. Habrá que escribir en algún sitio: ¡Cuidado con el sol!, como hay “cuidado con los rateros” o “con las pinturas”.

Para el Prado son las bufandas sobre los gabanes o las capas.

Por el invierno del Prado pasan esos andaluces muertos de frío que han llegado a Madrid con un sombrero calañés y una guayabera de dril corta sobre los pantalones, que por lo muy ceñidos que son les da más frío. Junto a la estación que está en el extremo del Prado, y por la que entran los hombres chorizos de Extremadura y los hombres de sombrerito de paja en pleno invierno de Andalucía, también se encuentra deseando que salga el tren, haciendo tiempo, pasando como junto al brasero, junto a su estación, la última tarde, el pobre andaluz con traje de ralladillo, que vino a luchar y que huye escapado.

La lluvia de invierno es desalmada en el Prado. Al principio de la tarde brillan las barbas del agua; pero después, aunque sigue cayendo, pierden el gris de estanque del Prado. Por entre la lluvia y el viento del Prado pasan los que parecen ser llevados por sus paraguas, como en un oscilante y vertiginoso paracaídas.

Cuando escampa, baja el gran cielo del Prado, el agua de los charcos toma un carácter, una luz y unos matices de agua de charco de playa.

La Tribuna, 15 de noviembre de 1919, núm. 2.893, pg. 4.

Variaciones. Vuelta al Prado y al Botánico³⁸

El incendio de las fogatas de hojas y restos de la poda en los jardinillos del Obelisco a los héroes del Dos de Mayo, crea un humo de incensario para los héroes, y parece que sube hasta ellos.



Cada vez parecen más algo así como “Cedros del Líbano”, esos grandes árboles que hay frente al Museo de Pinturas. También parece, al pasar bajo sus agobiadoras ramas, que una trompa de elefante nos va a coger y a subir a lo alto.

Paseando por el Prado, figuran los que usan esos sombreros enormes, que parecían haber desaparecido ya para siempre, y esos que se envuelven en pieles consumidas por la tiña pelona, pieles de animales mojados, sucios, y que, después de apuntillados, parece que debieran ser arrastrados por la calle.

Por entre esta multitud, pasan los cochecitos de los niños del Prado, que son los niños que se han de morir, y el coche que mueve con las manos el imposibilitado de los pies.

En las esquinas de las bocacalles hay viejas, antdiluvianas, vendedoras que están a bien con la muerte que tienen en sus cráneos un gran parecido con la misma muerte.

Transeúntes del Prado, al fin y al cabo son también los que pasan en los coches hacia la gran estación del Mediodía, y que son los hombres que más se van a internar en España, y también, como es consiguiente, pasan los que vuelven, entre los que se destacan los que vuelven de Portugal, y que son los que se dan más cuenta de la experiencia que hay en este paseo, experimentando también los que van o vienen por esa estación esas dos sensaciones que tiene el Prado, la de ir por un camino blando y silenciosos y entrar de pronto en un camino resonante sobre el empedrado saliente y alterado de la plaza de Neptuno y después de la ciudad.

En la fuente de las Cuatro Estaciones, se da el fenómeno extraño de que, cuando llega cada estación, la estatua que le corresponde sonrío como en su santo, y cuando

acaba la estación, sonrío de nuevo, como en su cumpleaños. (En los tazones bajos, como a ras de suelo de esta fuente, ¡cuántos niños no se habrán ahogado!)



Los faroles del Prado se ven mucho, toman un verde fin del mundo estu-
pendo, siendo su caperuza como un hongo color café que hubiese verdeado con el
tiempo y las lluvias.



La Cibeles ahora no echa casi agua, y parece, por lo tanto, que puede sufrir un
ataque de uremia. Las fuentes secas mueren en seguida. Aquel precioso chorro que la
salía de los pies, y que hacía un precioso arco, ya no existe, y los angelitos que añadie-
ron hace pocos años a su espalda, como chicos montados a la trasera del carro de la
diosa, tampoco vacían al cántaro que vaciaban recién inaugurados.



Esas conchas, del tipo de las conchas de peregrino, y sobre las que cae el agua
de esta fuente, son tan conchas de besamel, que debían chorrear besamel.



No solamente el Prado es el sitio por donde pasaran los faetones, sino las carre-
telas, carros de escombros, tartanas, coches de camino, ómnibus, coches de ciudad,
sillas de posta, cupés, chartaumberts, landós, faetones, americanas, tílburis, furgones,
bastardas, brecgs, galeras, berlinas, brosquens, góndolas, birlochos, cabriolés, chara-
vanes, bombés y calesas.



El Botánico está lleno de hojas, de más secas que ningún jardín, como si se hubiesen deshojado en él los voluminosos libros de Botánica³⁹.



Ahora es cuando más toman la luz y más se destacan los carteles de los árboles. Sobre todo cuando no se entra en el Botánico, cuando se pasa de largo, más llamativa resulta esa calidad de estos carteles de los árboles, que se parecen a esos que llevan colgados del pecho los ciegos con toda su variedad de leyendas: “Pobre ciego con la gota serena”, “Pobre ciego del Cáucaso”, etc., etc.



El Parasol de la China no se encuentra muchas veces, sobre todo cuando se le busca para enseñárselo a un amigo. Parece que desaparece, que hoy no ha abierto su parasol el Botánico.



Vamos viendo y pasando de nuevo los árboles:

El árbol del cielo, ese árbol en el que hacen sus nidos los ángeles que durante el invierno huyen al cielo como las golondrinas al Egipto.

Los grandes abetos, olmos comunes, castaños de Indias.

Algunas enredaderas oscurantistas tapan el letrero de algún árbol.

El laurel, común que es para los mediocres, y el venenoso laurel rosa para los genios crueles.

¿Y los abedules? Antes había paseos de abedules en las novelas y en la vida. Hoy solo queda aquí un abedul.

El fresno de Castilla es ese que nunca se rompe en manos del arriero. Sirve para hacer varas, pero no bastones.

¿Y el nogal del Cáucaso? ¿Es del Cáucaso? Parece que, como si hubiera cumplido ya su condena, le hubieran enviado a su país meridional. ¡Qué gran recomendación le ha debido valer esta buena suerte! ¿O es que estos árboles pertenecen a la carrera diplomática de los árboles?



En el Botánico se oyen cosas curiosas y raras. En el Botánico yo he oído decir a una madre a su hijo pequeño: “Anda... Héctor... Anda... Vamos, Hectorín.”.

La Tribuna, 10 de diciembre de 1919, núm. 2.918, pg. 5.

Variaciones. Por el Prado eternal⁴⁰

Otro paseo por el Prado estos días, siguiendo esos grupos de ancianos, detrás de los que hay que ir lentamente: ¡Milicianos nacionales vestidos de paisano!

Se ven pasar los entierros y los grupos que les siguen, todos con el color del que va en la caja, todos como en apretada manifestación de ira reconcentrada, y detrás de todos, el coche de ferrocarriles, al que se han de subir a mitad de camino, coche de ferrocarriles sin equipaje, cuando podía llevar al muerto encima.



Nos duele un pulmón, y pensamos en unas enormes coronas como marcos ovalados del último retrato. El grave catarro del llanto, la terrible gripe del llanto, ha estado en nuestra vecindad, porque no han cesado de llorar las vecinas, a las que se les ha muerto el padre de la gripe verdadera.

Hay por todo eso, en este día de primavera, una cosa de despedida, y las despedidas se van a tener en el Prado. Muchos días, poseídos de esta superstición de que serán el último que nos iba a coger en la calle, hemos buscado el Prado para despedirnos de la vida. Allí nos despedimos de los faroles, los árboles y el panorama largo del

cielo. (De esos días de despedida queda una imagen, que ya se ve mucho durante toda la estancia en casa: un carro cargado de sifones, por ejemplo.)



Pasan los carros regimentales, “2º regimiento de Zapadores”, con su cochero vestido a la antigua usanza, con su calañés y su traje de contrabandista, un poco con el disfraz siempre de José María el Tempranillo.

Pasan los coches de los periódicos. El más viejo, destruido y lamentable, el de “La Correspondencia de España”. Van hacia el Mediodía, llevando los periódicos claros que allí amarillean en seguida.

Pasan los coches de estación –que van de verdad a la estación– y los automóviles de hotel que no se cansan de subir y bajar vacíos. Pasan los simones con sus maletas tristes, de cerradura rota, atadas a una cuerda.



Por el Prado es por donde se abre el cielo optimista cuando es primavera, esa primavera que hace florecer en el viejo jardín de los héroes el almendro de la heroicidad.



Por el Prado pasan las admirables “bobinas” de papel de periódico, grandes y pesadas como la piedra delantera de las máquinas apisonadoras, “bobinas” de papel de las que nos sentimos consumidores de casi la totalidad.



Por el Prado se pasean los que se dedican a vivir del recuerdo de lo felices que han sido.



La señora que es aficionada a pasear en coche por el Prado viste a su cochero con librea clara. Es la librea que mejor entona con el aire del Prado.

Por el Prado sale el muerto a pasearse. Va despacio, tomando el sol, plácidamente, parsimoniosamente.

En primavera está lleno de eso que podríamos llamar “busilis”, charla graciosa y ligera, diálogo casi entre el hombre y el aire del Prado.

La parte más noble del Prado es que está bajo sus viales, sus crujías o claustros de grandes arbustos.

Al pasar por sus andenes –ya allí [a]bajo– se ve la fábrica de básculas, que está en esa casita entre las calles de las Huertas y la Platería Martínez, en ese delta cuya cabeza chiquita, graciosa y franca, se encara con la listeza con el Prado. Es la casa ideal con tienda y piso del artesano de la precisión.

La cita con una mujer en el Prado la coloca indefensa en nuestras manos. No tiene, ni disculpas, ni arrumacos, ni dengues. Queda absolutamente en nuestro poder, vencida, cogida, entregada a una sinceridad superior a sus fuerzas.

Al otro lado del Prado, en contraste con su gran serenidad de un lado, se ven los carros, siempre los grandes carros castellanos que son el eslabón para el pedernal del pavimento; esos carros con cal que van esparciendo como una aureola de luz un polvillo blanco sobre sus sacos. Esos otros que van regando de su sustancia el camino como para poder volver; esas mulas con sus recargados aparejos, entre los que se destacan las monturas inútiles y pintadas de azul con flores, monturas estrechas y engañosas, monturas simuladas, solo parecidas a las de los caballos de los picadores; esas ruedas de esos carros que parecen una obra de arte rústica por cómo van de escarchadas, de adornadas por el barro.

Interminable ruido de las caderas de los carros y de las potras de los potrosos, que arrastran sus grandes y pesadas bragas.

Arreos color del polvo. Carros pequeños que llevan un gran puente, un puente para uno de esos ríos que no tienen ningún agua, y carros grandes que llevan algo así de tremendo como la Carpetovetónica entera.

Tan para los carros es ese andén de la derecha según se va hacia Atocha, que en los solares que hay a los lados es donde descansan y son desuncidos los bueyes. ¡Cómo se echan a descansar! Se tiran como casas que se derrumban. Parece que van a hundirse en la tierra, y, sin embargo, es cuando se yerguen. Son como viejas opulentas sentadas en su reclinatorio o sencillamente a los pies del altar, viejas opulentas, cansadas, como envueltas hasta la testuz en un mantón gallego; sentadas en el camino como esas que ferian algo. Su aspecto hierático y sicofántico crece al verles en esa postura.



Tan madrileño es el Prado, que estos días ha andado por allí el oso, un oso que se ha subido a sus árboles, el verdadero oso de Madrid, al que el gitano hacía bajar del árbol después de la recaudación solo con tirarle del anillo de la nariz. ¡Perfecto símbolo del oso y el madroño, rematado por ese descaso del oso en la copa del árbol!



Apoyados en el antepecho de bronce que margina la primera parte del Salón del Prado, hay siempre algún señor de barba grande de comendador que parece que ve pasar el agua de la vida, abocado como en el pretil de un puente, viendo transcurrir el Rhin madrileño.



El obelisco amarillo, altivo e indicador del 2 de mayo es como un cronómetro de sol elevado en el centro de los Campos Elíseos.



Qué a propósito para unas cuantas miradas solemnes y largas es el Prado, bueno también para curar todos los días el cáncer de todos los días. La gran convalecencia de los hombres más sanos hay que pasarla y pasearla por el Prado. Es el Prado la gran rampa para el espíritu, y en él se encuentra la pacífica seriedad de la vida, en una perfecta y extensa proyección. Es el paisaje suficiente y ático.

La Tribuna, 5 de mayo de 1920, núm. 3.042, pg. 9.

Variaciones. Nuevas palabras sobre el Prado⁴¹

El Prado, ahora, está tostado y acaramelado por el sol. Sus barquillos son, por eso, el producto de ese sol fértil del Prado y de la canela y el encanto del ambiente. Son como el maná evolucionado que cae en las barquilleras.

Así como los barquilleros de otros lados se arruinan numerosas veces, y resulta que cuando abren con dificultad sus cajas no tienen apenas barquillos en el fondo, los del Prado siempre tienen la barquillera llena y reparten también entre los niños esas lunas de la tarde, que son las grandes obleas.

Este es el momento en que hinchan del azul del día los globos para los niños, y por eso tienden al cielo, y muchas veces se escapan por el deseo terrible que tiene el morado de fundirse en el azul, de ser azul. ¡Qué desesperación de ser morado tiene el morado!



Ya no sopla en el Prado, ni el ábrego, ni el austro, ese viento que sopla de la parte Sur. Todo el Prado se estanca, está quieto en la luz y en el aire coagulado, tanto, que parece una fotografía iluminada –escarabajadores verdes y portentosos azules–, como fondo de uno de esos panes de cristal que dan más fuerza a los colores.



Aunque no circule ya por el Prado aquel coche de cabritas que amenizaba el Salón del Prado en 1858, circula por él cochecito de las campanillas, tirado por el más eterno párvulo entre los burros.

El cochecito de los niños es repintado y barnizado todos los años por este tiempo, y es escrito en él de nuevo, con caracteres amarillos, eso de “Recreo de la infancia”. El trayecto de ese cochecito resulta interminable, y todo por cinco céntimos –¿No lo habrán subido?...

Es una alegre tartana que conduce al pueblecito de los niños, al pueblecito en que los niños mandan y el alcalde es un “¡Todos saldrán a recibirles cuando lleguen! ¡Habrá música en la estación!” niño, y el cura otro niño, y el general otro niño.

Los niños se aturden en el trayecto, tocando las campanillas. Son como monaguillos o como xilofonistas de la campanilla, como esos concertistas de circo que salen a dar un concierto con los ganilleros de campanillas y las ringleras de cascabeles, como sartas de ajos y de cebollas de metal.

Cada campanilla tiene un cordón, y muchas veces se pierde entre los demás el cordón de la buena, de la que ha sonado a campanilla de plata. Generalmente, todas las campanillas son de oveja o de ternera en esa gran colección.

Alguna campanilla recuerda la que suena cuando abren la puerta del jardín de hotelitos de las afueras, y otra la agria campanilla de los colegios, y otra la que anuncia

la función en los teatros de polichinelas, y otra la que suena en la luz de la mañana, cuando pasan los carros de la basura, y otra evoca la idea más tempranera de las burras de leche, y otra la del pobre ciego, que llama la atención con su campanilla, y otra la del sacamuelas, parlanchina, inacabable, enloquecida, de badajo suelto y taravillesco.

Los niños conocen todas las campanillas, y les interesan o las sueltan en seguida. Solo los muy pequeñitos se enzarzan con una, como un sonajero, y tiran y tiran hasta que la arrancan.

La música que forman entre todos tiene cierta armonía, y compone, por lo menos, ese esquileo que se siente en el campo durante la noche, en su silencio más penetrante, cuando todo se pone cárdeno de silencioso que se queda, cuando pasa el coche de los niños por ese silencio.

Tocan a Sábado de Gloria todos los días esas campanillas de los coches de los niños.

Pesan sobre la cabeza, como campánulas invertidas de una enredadera extraña. Hay un momento –solo un momento– en que todas suenan como si todos los niños llamasen desesperadamente a alguien; pero en seguida se suelta el hilo de una de ella, que se queda tranquila, como un globo de los niños en el techo de la casa, o como una golondrina de las atadas por la pata que se ha soltado; pero en su vuelos de libertad lleva ya colgandero el hilo atado a la pata. Hay un niño ladrón de campanillas que se lleva alguna, aunque después le remuerde la misma campanilla, que suena en su casa como la del presidente de la Audiencia el día del juicio oral: “Que diga el acusado cómo robó...”

El niño que va sobre el borrico en esos coches de niños es como el príncipe heredero, el privilegiado, el distinguido. Los estribos, casi siempre cuelgan para una medida mayor, y hay que subirlos mucho para que pueda meter en ellos sus pies el niño. Después es atado a la montura, montura estrecha como esa montura atrofiada que llevan las mulas a la espalda. El pobre niño que siente un serio animal debajo teme que se vuelva el burro y le muerda, y va preocupado por los gestos de las orejas del burro, que a veces le parece pitones, con los que el burro se dispone a embestir a alguien. Hay alguna ocasión en que vuelve la oreja hacia el niño para ver si le oye rechistar.

¡Vano paseo de los coches de los niños! El coche resulta muy pequeñín bajo la gran arboleda del Prado; pero eso agranda e los niños la sensación de bosque, o de gran cosa que tiene el Prado.

Al fin de la tarde se llevan a enterrar al cochecito, y no va nadie dentro de él. Todas las cuerdas de las campanillas, movidas por el viento, solitarias, colganderas, como

flecos. ¡Lo que yo hubiera dado por que el coche ese me hubiera llevado a casa! Pero eso no lo ha hecho con nadie.



Los futuros artistas del circo dan vueltas alrededor de la barra bruñida de su balaustrada de grande y largo balcón, hecha con cañones cogidos al enemigo. Los barristas, esa generación de barristas que se prepara para el circo, ensaya en esta barra, y los de la cuerda floja comienzan por andar esta baranda, que es como los palotes con relación a la fina escritura de algún día.



El Botánico se pone tropical estos días. Las plantas tropicales, y todo lo cubano, y todo lo filipino que hay en él se acicala y se destaca. La planta de tabaco, que está en los invernaderos, huele a caruncho.

Los árboles claros se anteponen a los otros, y son como las blusas del jardín los árboles y las plantas veraniegas.

En ese tiempo cantan en el Botánico las chicharras, los ruiseñores, los pardales, las alondras, y de vez en cuando alguno de esos canarios flautas, que lanzan el hilo telefónico de su canto hasta su país de origen.

En los invernaderos se ahogan las plantas, aunque tienen bajadas las largas persianas sobre las cristaleras.

Aun con todo el calor que hace en el Botánico, si se sienta uno o se guarece bajo el quitasol del árbol del Paraíso, se siente uno en el Paraíso.

Los saltamontes, que ya han llegado a Madrid –salieron del Escorial hace unos días–, se pasean por las avenidas del Botánico, siempre dos, emparejados, y dando los saltos de un modo que parece que juegan al paso.



El obelisco del 2 de mayo marca para mí las horas, como el de Sesostris⁴², erigido en honor de Augusto, servía de “gnomon”, o sea de gran manilla fija, aunque de sombra móvil para el gran reloj trazado en el campo de Marte.

La Tribuna, 5 de julio de 1920, núm. 3.094, pg.11.

Variaciones. Más cosas del Prado. En el día de sus cumpleaños⁴³

El último arco de la Platería de Martínez acaba de ser sacrificado. Ya no queda más que el solar y el nombre de plazoleta de la Platería Martínez en el sitio en que estaba. El edificio me parece que para Círculo de Bellas Artes ha sido montado en Málaga.

Ya allí nadie se acordará del ambiente que hubo en los recintos, a los que protegía y daba un rostro noble esa portada, y no estará colgado de aquellas paredes ese retrato pintado por Espalter, que yo llevo en mi cartera, y en que figura aquella interesante familia del gran platero don Pablo Martínez y de su familia, todos consagrados a la música, pues en los grandes salones de la platería se oyeron las más afinadas arpas y el piano más dulce, tocado por Julia mientras Paulina cantaba las romanzas con su fina voz de contralto:

“La mort es une amie qui rend la liberté.”

Aquel bello paraninfo del arte que se encubría en la platería Martínez, y en el que recitó unas poesías “Fígaro” el día en que dieron un concierto las bellas de Mantua, todo eso ha desaparecido. Veamos por última vez, al ser llevado definitivamente por el carro de la mudanza del olvido, ese cuadro interesante, familiar y romántico como muy pocos.

Esa desgraciada, esa vieja alma en pena del perrito gris con un gran lazo raso, se sienta en los bancos del Prado. Su sombrerete resulta un sombrero extrañado de aquel tiempo.



Las cuatro fuentes de la plazoleta, a la que dan nombre, son cada vez más el único abrevadero céntrico de los caballos de Madrid. Estos días hay caballo sediento que las agota.

Destruye la gracia de las fuentes el que metan en ellas los hocicos los caballos, esos hocicos que al meterse blandamente en el agua se vuelven más hipopótamos, y toman el gesto guluzmeador y flotante de los hipopótamos.

Los caballos, bebiendo, parece que pastan el agua, y parece que hay en ellos la pretensión de nivelarse con el agua, y que la ingurgitarán hasta que, como en los botijos, les sale por el pitorro, por las narices.

Todo el coche parece que se refresca y que toma parte como un barco en ese atracón que se da el caballo. Los cocheros parece que ofrecen a los caballos, si se portan bien, llevarles a refrescar al Prado, y los caballos trotan y trotan, y llegan hasta a tiempo a la estación, gracias a la ilusión de pararse después en la plaza de las cuatro fuentes y beber agua “de la gorda”, que es la que prefieren, pues de densa que es se masca. De tanto beber, sacan los caballos bigotes de foca.



Al atravesar por el Prado para entrar en las calles de luz, parece como si se atravesase el gran salón de las recepciones oscuro, cerrado, enfundado, pero el de más ancho techo y un decorado más digno de la casa.



Siempre me acabo de enterar de alguna cosa del Botánico. El Botánico es inagotable hasta para los botánicos que no acaban de saber las plantas que hay en él.

Después de haber hablado de aquel esqueleto de una ballena que hubo expuesta en su galería de cristales, y del banquete a diez mil niñas que se celebró en ese mismo invernadero, creí ya dicha la última palabra, cuando al hablar con esa viejecita que fue amiga de Paulina Martínez –la de este retrato–, me entero que allí estuvieron expuestas “las momias del Pacífico”, unas momias que habían venido por el mar Pacífico.



Hablando con esa viejecita y señalándola ese edificio que hay detrás del obelisco, y que se alcanza a descubrir en uno de esos grabaditos que doy, yo la decía:

-¿A qué sé qué edificio es ese que se saltan en todas las descripciones los que hablan del Prado y que no es el juego de pelota?

- Pues dilo -me dijo la viejecita.

-El cuartel de Artillería, derribado hacia el 1876....

-Es verdad... Me acuerdo haber paseado junto a ese cuartel. ¿Pero a que no sabes otra cosa?... Que al lado de ese cuartel había una taberna, donde vendían caracoles y callos...

-No. No lo sabía.



Es tan intensa la ilusión de elegancia, el deseo de rehacerse que hay en el Prado, que estos días se nota mucho eso al pasar por él. Su nostalgia del pasado es fortísima. Todos sus "dandys", lechuginos, "tónicos", quieren resucitar en el Prado, y él los echa de menos. La estampa desaparecida quiere reaparecer. En cada árbol se apoya una silueta, y en los bancos se sientan algunas damas que [...]44



Los hombres de chaleco blanco es por el Prado por donde pasean. Aún no se han dado cuenta de que el chaleco blanco es como ropa blanca, ropa interior.



Ellas toman siluetas muy especiales, con la punta del corsé metida hacia adentro. Señoritas de silueta remetida se podría llamar a las que más afición tienen al Prado. (Señoritas esas que llevan sus sombrillas con el cuello engalgado, echadas al brazo como las aldeanas llevan las gallinas.)

En los simones del verano, el paseo más soñador y más⁴⁵ en un gran lago que se dan los coches es por el Prado. En los simones de verano con sus cocheros de sombrero de jipi-japa, pasan los señores con el sombrero quitado, disfrutando atrozmente del espectáculo, explayándose, mirando al cielo. (A veces el simón resulta por la piel de su capota y por todo, una bota vieja de elástico.)



Los entierros del Prado son solemnes y tienen como más lujo que todos los que no pasan por el Prado. Tienen una hora de fiesta fúnebre. Durante esa hora pasan [ilegible] todos los entierros anunciados con su comitiva vestida con traje de domingo.

Todos los entierros, al pasar por el Prado, hasta los más sencillos, aun los de cuarta clase, toman visos de grandes entierros, de entierros históricos del gran poeta, del gran militar, del gran político.

Siempre, todos esos entierros evocan el paso de los grandes entierros que pasaron por el Prado, habiendo quedado como el modelo de esa evocación, como el cristal de linterna que se proyecta de dentro afuera en nuestros ojos, el gran entierro de Daoiz y Velarde, celebrado en el Prado de 1814, con sus caballos vestidos de disciplinantes y su alto catafalco de héroes; la traslación de las cenizas de "Fígaro" y otros grandes compañeros desde el cementerio de Fuencarral al de San Nicolás, y la traslación de las cenizas más cernidas de Mena, Quevedo, Calderón, Garcilaso, etc., en "una magnífica tarde de primavera, un cielo purísimo y un sol espléndido, parecían proteger aquella ceremonia, la más imponente que ha presenciado jamás la capital de España".

Todos esos grandes Carnavales con sus carrozas coronadas de laurel y tiradas por cuatro o seis yeguas con rendaje y penachos de colores, se verifican de nuevo en el Prado cuando pasa los nuevos entierros, esos entierros tristes con el pendón de la "Sociedad" o el "Sindicato" colgado en la trasera, como la dalmática que usó en vida el muerto. (¡Grandes maceros fallidos!)



La lentitud y la prosopopeya que toman los entierros en el Prado es para verla.



Por el Prado se pasean esos señores de luto inconsolable, todos esos caballeros con barba blanca y sombrero de paja pintado de negro con pintura de coche o de mueble de fonda.



Por el Prado pasa todo por la recta de la proyección, por el apaisamiento eterno.



¡Corazón plebeyo el que pasa el Prado de través o lo huye!



Los bancos del Prado tienen doble fondo, como los sarcófagos; son bancos con faltriquera de piedra, bancos como con trampa, en que han debido caer muchos de los que se han sentado en ellos.



En el Prado ha habido un telescopio, por el que se veía la verdadera luna con sus Guadarramas eternamente nevados y su luz de gas. Se daban diez céntimos, y los niños subíamos a los cielos, como pone en las esquelas de defunción.



Los faroles, como hombres de otra época, son esquineros terribles, cuya novia nunca baja a la calle ni sale siquiera al balcón.



Lo que pase por delante del obelisco tendrá más perpetuidad que nada. El obelisco –como casi todos los obeliscos– se impresiona por todo, y como su símbolo es tan genérico, perpetúa y representa esencialmente a todos los que han paseado muertos o vivos frente a él y le han rezado la oración del obelisco. ¡Grandes indulgencias!



El Prado está lleno de esos árboles anchos y copudos de Madrid, árboles para subirse a ellos y para ver la procesión o la fiesta comodísimos sobre su meseta, como la de un frutero.



Los bueyes son toros maduros, y tienen tipos de cordobeses.



Por los andenes del Prado pasean esos caballeros, que aunque cada vez están más pobres, siguen conservando su prestancia, sus altiveces y sus grandes bigotes en punta, como Napoleones Terceros. Son los mismos caballeros de antaño, a los que, según la descripción de una fiesta del siglo XVIII, dada por la condesa duquesa de San Lucas en los jardines que el conde de Monterrey tenía en el Prado: “Sirvieron una gran cantidad de platos a través de la verja, pues había muchos caballeros y señores que por la parte de Prado se los pedían.” (Esos hidalgos hambrientos son los mismos también

que en las recepciones del Ayuntamiento piden bocadillos y ese *champagne* de las recepciones oficiales, que es "*sidra-champagne*", o a veces, solo sidra natural.)



A los caballos les salen aquí aire de señoras trotonas.



Quizás en tiempos sonaron en el Prado relojes más profundos que el del Banco. Las horas que descubre este reloj son las horas en que se gasta el dinero. Es como un *croupier* este reloj, porque es el reloj que dice: no va más. Son horas de dinero, hora como doblones. ¡Si alguien supiera aprovecharlo! Pero es como la energía del mar: no es posible. ____

Se amansa el ruido en el Prado, porque se pone a jugar como un niño entre los niños.



Como si fuesen barómetros contra el viento –los velómetros, mejor dicho–, se venden en el Prado muchos molinillos de viento para los niños. El céfiro que pasa por el Prado ahora, los mueve con lentitud, habiendo muchos ratos en que ni siquiera se mueven.

No solamente paseaba por el Prado un coche tirado por una cabrita, según una niña de novecientos meses, con la trenza amarrada a su cabeza, en forma de moño pequeñito, un coche que representaba un barco.



El Prado, lo que es en este momento, es un palacio erigido al aire libre. En estos días quisiera resarcirse y ponerse los sombreros de copa y los pantalones blancos, y hacerle la visita.



En la noche del Prado ahora hay cinematograph ⁴⁶al aire libre, y parece que ese artificio es proveniente de la luna. Resulta lunar, “alinternada”, hija de una especie de linterna sorda esa proyección desvanecida y espectral, hija de un claro de luna desvanecido.

Las sillas son cada vez más numerosas dentro del redil de ese cinematograph. Un numeroso público, como el que frecuentaba antaño el Salón, queriendo que se le viese bajo la más fúlgida luz, se congrega ahora en la sombra, deseando que se le vea.

La proyección parece que se refleja sobre una [s]illa inconsistente, inmaterial, de papel de fumar. No pueden adquirir vigor ni relieve las figuras, y todas están operando en la terraza o en la escalinata, iluminada por la luna.

Aunque siempre se proyectó sobre la tela que se transparenta, aquí eso resulta más visible.

Hay un público que ve del revés la cinta, y si no lo nota ante el pasaje de las figuras, lo nota en los letreros. Cuando llega la hora de leer las explicaciones, sale una cosa árabe escrita de derecha a izquierda. Es otra lengua la suya, es como la explicación de una cinta escrita por un galomatoso.

Hay familias enteras que son asiduas a estos cines durante los veranos, y que suelen ya leer del revés, proclamándolo en público, y a mucha honra, que todos en la familia saben ver leer al revés. ¡Grandes y refinados castizos! ¡Leer de carrerilla al revés! ¡Cuando nosotros no podemos y nos quedamos en las primeras letras! Como, por ejemplo, “¡ENTONCES ELLA!...”

Todo se nos trabuca viendo del revés la película, y parece que el corazón está al lado derecho, y que los protagonistas se aman zurdamente y que nos miran el ojo del lado izquierdo en el derecho, y el derecho en el izquierdo. ¡Gran confusión!

Lo único malo de ese cinematograph en que parece la proyección de una proyección de una especie de telescopio del revés e intermediario entre la luna y la tierra,

es que en sus sillas habitan las pulgas más enormes de Madrid, grandes como grillos. (¿Cantan el gri-gri en el fondo de las camisas?)

El que se sienta en la preferencia de ese cinematograph vago, derretido, espectral, tiene derecho a tres o cuatro pulgas por lo menos, y los otros, tal vez a menos, tal vez más.

Yo sería incapaz de distraerme de la visión del Prado por la del cinematograph, y me entretengo en ver ese paseo de arrayanes que ponen en lo alto del cielo lo alto de los árboles.

La Tribuna, 10 de julio de 1920, núm. 3.099, pg. 10-11.

Variaciones. El Prado y el antiguo paseo de las Delicias⁴⁷

Cuando se pasea por un sitio todos los días, se tiene una visión diferente de él todos los días y se encuentran cosas que brillan de otro modo.



El Prado es estos días el fresco río de fuego. El asfalto está en ebullición, ya va en racha interminable a abrasar más [que] la Mancha.



Las viejas que están sentadas en los bancos de abullada panza de piedra, largos, sólidos y macizos como sepulcros, parecen estar sentadas sobre la tumba de sus hijos.... Enlutadas, sentadas de medio lado, mirando más el banco que al paseo, parecen meditar sobre sus muertos.



Sobre el asfaltado del Prado no se oyen las ruedas de los coches, sino el “¡Clof!”, “¡Clof!” de las pezuñas de los caballos.

Bajo el sol fúlgido de la canícula, el obelisco del monumento a los héroes llega a su mayor exaltación, arde, se fríe en el solazo, es más reciente picatoste que nunca. Los obeliscos aman el férvido sol oriental, y están llenos de su nostalgia hasta en invierno.

Estos grandes árboles del Prado tienen una gran serenidad en la hora abrumadora del estío. La alarma es la que llena de pánico y de ardor el verano de Madrid. Todos hablan del calor como se habla de la peste, del incendio, de la guerra asoladora. ¡Mentira! En el Prado es donde hay menos alarmismo, porque si bien podría ser ese sitio de menos alarma el Retiro, al Retiro se van los huidos, los prófugos, los que aun allí se limpian el sudor con las grandes sábanas de sus pañuelos y hablan los muy patrañeros del calor inaguantable.

El Prado es el verdadero fondo para pintar el “Paseo” de Madrid. La Castellana se alarga más rústicamente, más igual, sin ambiente, sin carácter. A lo más, tiene la frescura y la elegancia tonta. Todo es igual en el largo paseo ese, desde que principia en Recoletos hasta el final. Quizá más grato paseo de excursionista, de gentes higiénicas, de gentes que quieren bordear siempre el barrio de Salamanca, de amigos del paseo obsesionador por quitarse la pancita o por hacer esa excesiva higiene, que es como una especie de “merismo” que llena su cabeza, pues esa manía tiene la misma torvedad y la misma voluntad que todas las cosas de los genízaros.

El Prado es de una euritmia admirable –no en vano está la estatua de la euritmia entre las estatuas que le bordean en el ala estatuaria del Museo⁻⁴⁸. Y es eurítmico porque tiene mucho cielo, y al mismo tiempo sus calles de árboles son espesas, aunque con sus linternas correspondientes en lo alto.

Está alto, y, sin embargo, se toca este cielo del Prado; es incomedible, y, sin embargo, se prueba; no tiene borde su estanque azul, y, sin embargo, se puede meter la mano en su líquido azul.



Las visuales que recorren el Prado lo recorren casi a todo lo largo. Su perspectiva debe ser la perspectiva del espíritu, porque vemos las almas que se van acercando desde que penetran por la puerta del salón.



Los cimientos de estos bancos del Prado son cimientos inmensos, que por eso han conseguido que estos sean los únicos bancos que no se hundan con el tiempo.



En la memoria del Prado, en su cuarta realidad, están esos ventorrillos que había en su tránsito. En ellos tomo de vez en cuando un vaso de vino del Prado, el vino azul que sume en unas tenues sombras azules de una embriaguez azulada.



Muchas veces busco el sendero primitivo que era antes el Prado. Me tengo que dedicar a dejarme llevar por el magnetismo. Me vendo los ojos a mí mismo, y voy “encontrando” el sendero. Mis pasos lo dibujan, lo trazan, aunque alguien crea que voy borracho.

El sendero del Prado creó el Prado. Si no hubiera habido ese sendero estrecho, como trazado por nadie, que como raya de una cabeza era la raya de todas las tierras de alrededor, todos hubieran tirado por otro lado. Esas sandalias que primero pisan unos matorrales y vencieron su cabeza y crearon la vereda, son las que crean las orientaciones y los caminos.



Esos charcos que se forman en el Prado recuerdan a aquellas viejas que lavaban en el arroyo que pasaba por allí, una verdadera avenida de agua que pasaba por detrás de los bancos de hoy.



En mi paseo por el Prado pienso que debía figurar comprobada la cifra de 192.780 pies cuadrados; pero como mis pies son pies rectos no puedo recogerla. SOLO EL EL-FANTE PUEDE CONTAR, PASO TRAS PASO, LOS PIES CUADRADOS.



El color tórtola es el color del invierno en el Prado. Ahora, en el verano, pasan las cursis vestidas de blanco, y los cursis vestidos de blanco.



¡Que no le abrumen las casas de vecindad de veinte pasos y con numerosos interiores!... ¡Que no sufra una humanidad en uno de esos grades pozales, y que ese sufrimiento anuble y entontezca el único refugio para la serenidad y la sensibilidad!

¡Que pesen sobre él las grades desgracias!, como la que pesó sobre el palacio del duque de Lerma, tan honrado con sus visitas por el Rey Felipe III –con su magnífica huerta, en la que se llegaron a lidiar toros–, y a cuyo pesar y abandono, cuando en el reinado siguiente le ocurrió caer en desgracia, compuso Quevedo este soneto que termina así:

“¡Oh, amable, si desierta arquitectura
 más hoy al que te ve desengañado,
 que cuando frecuentada en tu ventura!⁴⁹



El Prado, no obstante ser el paseo ideal de Madrid, está abandonado por el gran mundo. Él, que ha visto congregarse bajo sus frondas el todo Madrid verdadero porque aún no había trenes, ahora sufre solo, aunque dichoso, como si siguiese siendo la “serre” de lujo que fue. El apetitoso sabor a sandía madurísima y fresca que se disfruta bajo sus ramas en la hora tórrida es algo que ni con la sintética sandía en el plato disfrutará nadie.

Más irremediable y más ingrata resulta, sin embargo, la soledad del paseo de las Delicias, la auténtica y rampante continuación del Prado, su estribación hasta un verdadero límite que [ilegible] único que pone término a las rectas que se continúan con continuidad de avenida o el río, la montaña o el mar. A este camino le pone término el Manzanares.

Así como en la soledad del Prado es fácil evocar su pasado, en el paseo de las Delicias nada se evoca, y solo se siente un ambiente plebeyo y arrabalero.

¿Quién se puede imaginar que haya sido un paseo elegante por el que han paseado los sombreros de copa y los más finos chales y mantillas de España?

El paseo de las Delicias –no hay que confundirle con el llamado “Delicias de Isabel II” (hoy la Castellana) y también favorito de la elegancia –fue muy agradable camino hacia el paseo del Canal y hacia el embarcadero, donde hasta flotaban algunos barquitos y falúas. (¡Ha adelgazado el Manzanares, indudablemente!).

De la Puerta de Atocha brotaban tres caminos en los tiempos en que el paseo de las Delicias era “muy frecuentado por las personas que pasean por conveniencia y sin otro objeto que respirar un aire libre”. Eran tres caminos, en cuyas desembocaduras, así como en la de la calle de Atocha, había cuatro fuentes para que se abrevasen los caballos. Los tres caminos eran el de Valencia para Vallecizas (sic), el de las Yeserías y el paseo de las Delicias.

En el de las Yeserías había muchos figones y despachos de vino, una casa de vacas, el parador de Guillermo –gran comedor de grandes tasajos de todo, ¿qué fue de él?–, dos juegos de bolos –ahora juegan a los bolos con las calaveras de los jugadores– y un columpio –ahora se columpian en las raíces que cuelgan en las grutas de la tierra–; después el cementerio de San Nicolás y San Sebastián y cinco yeserías, que son las que le dieron nombre –hoy se agotó todo su yeso en las construcciones, y han desaparecido.

Por el paseo de las Yeserías nadie elegante se atrevía a pasar. Todos, después se cansaban de pasear por el Prado y después por el paseo de Atocha o de invierno, “que se encontraba al abrigo de los vientos”, tomaban el camino pacífico de las Delicias, que, según, las medidas de esos libros que parecen no mentir, es más largo, desde luego, que el Prado y algo bastante más que Recoletos y la Castellana unidos.

Por allí, los elegantes continuaban la confianza más larga, esa confianza que no acaba ni después de haber dado varias vueltas de circunvalación a la ciudad, y por él avanzaban, despacio y pálidas, más bellas que nunca, esas mujeres delicadas y llenas de dedicaciones por su caballero, que tanto enferman en los inviernos de Madrid y que asustan con su poquito de sangre por la boca –¡pobre cordero degollado!– al que las adora.

La Tribuna, 11 de agosto de 1920, núm. 3.126, págs. 8-9.

Variaciones. “Fígaro” y el bastón de “Fígaro”⁵⁰

Ayer me he encontrado a “Fígaro” en el Prado. Traía ese frío que pone cara de niño al que lo tiene, cara de niño que al salir del colegio se encuentra con esa ráfaga que le abofetea.



El libro de Carmen de Burgos (Colombine)⁵¹, enorgulleciéndose en todas las librerías, de pie entre los libros, como si más gallardo que todos se hubiese puesto de pie por su pie, ha resucitado a “Fígaro” verdaderamente.

[...]

Todo refluye en este hombre, todo se concreta en él, todo toma su contextura de un modo francamente breve, malogrado, prematuro. No da tiempo a que su figura se desfigure, se agrande demasiado, se vuelva épica o trascendental en demasía. [...]

Yo, como un vidente, dando condiciones a la prosa para crear con elementos orgánicos el Prado de siempre, el Prado de ahora y de entonces, he escrito un largo epílogo para esta obra y lo he llenado de grabados y de datos que he ido recogiendo trabajosamente. Durante el mucho tiempo que ha tardado en componerse este libro yo he estado a la espera del día en que con el libro debajo del brazo me pasearía por el Prado. Tenía la emoción esa espera del que va a volver a ver a alguien, del que se va a encontrar con alguien en un sitio solitario y a propósito, y se pone a matar de cualquier manera el tiempo hasta el día de la cita.

El libro ya en la calle y en poder de mucha gente, he esperado el día sin lluvia para pasear la delicia del libro por mi Prado. “Iré más despacio que nunca, como para cerciorarme de mis verdades o de mis erratas y para ver en conjunto este bello, simpático y amplio libro de Carmen, la obra definitiva de su gran alma”.

En eso una carta y un bastón cayeron en mis manos. Del admirado doctor Francisco Huertas y González del Campillo, hijo del eminente y célebre doctor que ha fijado ese mismo nombre y ese mismo apellido en el rótulo de su calle en Madrid antes de tener que morir, era la carta y el bastón, un bastón que yo conocí una madrugada de gran inquietud en que el doctor de etiqueta parecía velar al enfermo, madrugada que se puso más lívida y más grave cuando el doctor me dijo que aquel bastón tan admirable y tan sencillo era ¡el bastón de “Fígaro”!

En la carta, mi buen amigo me lo regalaba porque yo había evocado a “Fígaro” en el paseo donde usó él ese bastón, que era como la fina batuta de sus pensamientos. “A mí me lo regaló el doctor Larra y Cerezo, y como habrá usted visto, figura como el único bastón en su inventario”. [...]



Por fin ayer me he podido pasear por el Prado con el libro emocionante, álbum de paisajes, de calles, de salones, de familias, y con el bastón inductivo y dirigente.

Iba a ver cómo me agradecía el Prado lo que yo había dicho sobre el Prado, y entré en el Prado como el que pasa el dintel del salón donde espera que le den la enhorabuena.

El Prado tenía ese gris inconfundible lleno de inciensos espirituales que me le hacen tan entrañable. Una vez me convencí que había merecido mi apología; que paso a paso merecía la alabanza, la sorpresa y el ponerse muy hondo, como si se examinase en su paraje mejor que en ningún sitio la conciencia del mundo, la conciencia aparente, de la que se ve y como mezclada a esa conciencia nuestra propia conciencia.

Toda la letra congregada en el libro, las nobles palabras de Carmen -nobles, sobre todo nobles; románticas, sobre todo románticas-, toda esa riqueza en que Carmen se ha arruinado por poner en comunicación con el lector a "Fígaro" embalsamado, mecanizado, andando vertical por el mundo, han obligado a la Naturaleza a concentrar de nuevo lo que ya estaba disperso, y a crear de nuevo a "Fígaro". Ninguna obra tan "digna" y tan bien rematada. "No tiene más remedio que presentármeme a mitad de camino. Su bastón al mismo tiempo le atraerá y le concitará más en el paseo".

No volveré a sentir un momento de plenitud y de elevación como el de este paseo por el Prado después de escribir mi Memoria efusiva y completa sobre el Prado, producto de muchos años de paseo por él.

El Prado tenía esa indiferencia y esa serenidad de siempre, que da un poco de melancolía y de dulce y agradecido despecho al que pasa por él. Se veía que medía de tal manera mis palabras que no necesitaba hacerme demostración ninguna. ¿No hay bastante premio en pasear vivo bajo los palitroques de su otoño que tamizan el cielo quitándole la cabeza?

[...]

Paso tras paso de cigüeña de mi bastón llegué a los puestos de libros viejos que aún están abiertos, y allí ya se produjo con más nitidez en vez de mi monólogo de siempre el diálogo que he comenzado con el regalo de este bastón. Pero ni en la primera, ni en la segunda, ni en la tercera caseta de libros, me dejó detenerme. Al llegar a la cuarta se puso nervioso, como un florete en la sala de armas cuando se impacienta contra el suelo viendo que el contrincante no acaba de prepararse.

Miré con esa mirada de seguridad a que había algo que me inducía, y vi a “Fígaro”, al verdadero “Fígaro”, en que acaba de convertirse ya tan en medio de la vida verdadera de las librerías de viejo el libro de Carmen que alguien había vendido ya. En esa penumbra arropada con trapos miserables que se forma en las librerías de viejo de la feria de los libros, el “Fígaro” que yo llevaba nuevecito debajo del brazo, ya no era un libro, sino algo más crudo, de vida más independiente, esquinada y personal, el verdadero biografiado curado de lo que de impresión, aplastamiento y laminación hay en un libro.

¡Cómo se veía allí lo gran libro de conjunto y de revelaciones que era este libro!

El ver la portada de “Fígaro” en un ejemplar tan ajeno a mí en el mismo Prado y la tarde de mi paseo de reafirmación, juro que ha sido el ver a “Fígaro”, y que he estrechado su mano con el bastón de entrambos un momento, entrambas manos efusivas...

La Tribuna, 9 de noviembre de 1920, núm. 3.203, pg. 7.

Variaciones. La grúa inverosímil del Prado⁵²

El viajero del Prado, el eterno dialogante del Prado, se ha encontrado de pronto con una grúa inmensa que parece que va a recoger los materiales de las nubes, las arenas y los cirros y los cementos del cielo.

Más parece una grúa para el cielo que para la tierra esta, que levanta sus brazos *zanquilargos* hacia el cielo, como brazo ortopédico artificial de la tierra, como además acaparador de la tierra.

¿Es que va a ser *más alto que la luna* (*¡ay!, ¡ay!*), el edificio del Ministerio de Marina? ¿Es que el arquitecto, como el que compra un gran aparato para su profesión, ha comprado, con ocasión de ese gran Ministerio, ese compás de los cielos?

El caso es que el sencillo transeúnte del Prado, el que solía mirar ensimismado el camino rasero, la vereda de las ideas en la tierra resquebrajada, seca, gredosa, mira ahora hacia lo alto, porque le asombra esta especie de aparato hidráulico para sacar piedras, grandes raigones, enormes colmillos o la tierra.

Es un gran alarde de arquitecto el de ese aparato, comprado por unos millones de marcos –nada, como quien dice en Alemania– y que ha venido a pescar grandes piedras, sacos de arena y grandes ediciones de ladrillos en el puerto del Prado.

Porque lo que asocia a la idea del ministerio de Marina, la idea de mar y la idea de puerto, es esta grúa más para cargar a los buques, cuya línea de flotación ha quedado tan alta que hay que utilizar el largo y jirafesco aparato para poder colocar sobre cubierta todas las toneladas brutales de que es capaz el gran buque.

Es una grúa esta digna del Ministerio de Marina, algo así, por lo tanto, como la grúa Cañonero o “Super-dragurt”.

En un sitio de recreos infantiles, discretos y pueriles como el Prado, no se comprende esa grúa inmensa, amenazadora, primer esqueleto en la matriz del aire de una gran torre Eiffel. Para estar en su sitio esa larguirucha y osada grúa del Prado, sería necesario que fuera empleada en algo divertido y juguetón, como esos elefantes que pasean a los niños alrededor del Jardín de Plantas de París. Podría servir para levantar a los niños que va al Prado en el aire, para alzarlos hasta la Providencia y devolverlos al santo suelo después de haber recibido el beso providencial.

Con ese aupamiento de los niños y hasta de los mayores al cielo, se dignificaría esa grúa medio inútil, se consagraría y devolvería consagradas al paseo las criaturas que ofreciese al cielo con el solemne elevar de brazos de sus enormes palancas.

Todavía no hemos visto funcionar la mayor grúa de España, esa grúa que parece tener un cometido de comunicación a través de su enjaulado, como si sirviese para lanzar a los obreros al trabajo en las alturas, comenzando a construir el tejado del edificio y sus terrazas antes que formar los cimientos. Sí, algo de puente enjaulado hacia lo alto tiene también el alargado tórax de esa grúa sorprendente del Prado.

La Tribuna, 26 de noviembre de 1921, núm. 3.428, pg. 4.

Plazas

*Variaciones. El barómetro de la Plaza Mayor*⁵³

Como se sabe, el frontón de la Plaza Mayor tiene dos torres, en una de las que hay un gran reloj y en otra un gran barómetro.

Este barómetro es el único que dice la verdad, el más seguro de Madrid, aunque nadie le hace caso, ni le consulta, porque este es un pueblo escéptico para el barómetro, y que dice también: “a pesar de lo que diga el barómetro, hoy hará el día que a mí me dé la gana”.

Claro que su escepticismo ha nacido frente a los barómetros vulgares y comunes, mentirosos, torpes y abusones del “variable”, el socorrido “variable”, del que se sirven como marrajos políticos y granujas impenitentes. También se debe esa desconfianza a que, siendo un pueblo atestado de frailes barométricos, conoce el jesuitismo de esos frailes, que son como aquel que al ser preguntado si había visto pasar a un ladrón, con el que se había encontrado realmente, dijo, para no comprometer su conciencia, y, sin embargo, no mentir: “por aquí no ha pasado”..., y señalaba la boca de su ancha manga. Esos frailes tienen cien evasivas, y a veces, en vez de ponerse la capucha cuando llueve, que es únicamente cuando les está permitido según la regla de su orden, se la ponen un día de sol, para guardarse de la insolación.

El barómetro de la Plaza Mayor, aun en medio de esa indiferencia y de esa incredulidad, es seguro como él solo. Sólo podría competir con él uno de esos que consisten en una caja de cristal, en que una rana viva preconiza los estados atmosféricos subiendo un escalón, dos, tres, cinco de la escalera con tramos anchos que hay en su jaula; pero esas ranas se mueren en seguida, y, además, es muy penoso de ver esa palpitación de cardíacas que mueve angustiosamente sus blancos pechos. (Quizás también buenos aquellos que consistían en un frasco lleno de sanguijuelas que señalaban las diferencias del tiempo; según estuviesen arriba, abajo, pegadas al cristal, enrolladas, tíasas o en forma de S.)

Tanta fe tengo en ese barómetro que preside el tiempo como el verdadero alcalde de los barómetros de Madrid y que tan buen olfato tiene para saber el cambio que se anuncia detrás de los horizontes, que muchos días me acerco a la Plaza Mayor para ver si debo o no debo sacar paraguas, si debo ponerme botas de agua o si debo sacar quitasol (Metiéndome en esos únicos soportales de Madrid si la lluvia se desencadena mientras se mira el barómetro).

Todos debían hacer lo mismo, creyentes de ese oráculo del tiempo, el único que tiene verdadera vocación y que siente su deber, pues los demás, quizás porque Madrid no es puerto de mar, y, por lo tanto, no hay miedo de que naufraguen los simones si llueve, se descuidan, no creen tener ninguna responsabilidad moral frente a la frivolidad de las gentes y dudan de la trascendencia de su misión, sobre todo, los que imitan el final de una alabarda, y que son los más ambiguos y cortesanos.

Sin embargo, el barómetro de la Plaza Mayor tiene un defecto, y es que si de día ilustra y orienta, por la noche la oscuridad que le empaña no deja ver la alarma que de pronto siente y quisiera anunciar a los demás. Por la noche, solo el reloj, que está en la torre de la izquierda, tiene luz, y el barómetro, que está en la de la derecha, está apagado, fundido y negro, con lo que parece tuerto ese frontis, en el que se destaca sobre el cielo de la noche más que un ojo fosforescente.

Es algo preciso y urgente que se ilumine ese otro reloj, al que da cuerda la Providencia, y que salvaría a los trasnochadores, hoy sin faro, navegando a la aventura y sorprendidos a veces por la tormenta, por causa de esa terrible imprevisión del torrero de la Plaza Mayor.

Anoche, por eso, me calé hasta los huesos, aventurándome en una excursión por los barrios bajos, después de pasar por la Plaza Mayor, toda tuerta gracias a esa incongruencia, y me calé ¡llevando encima bastón!, ese bastón que resulta tan irritante bajo la lluvia, y que agrava más nuestra indefensión, porque no hay quien le convierta en bastón paraguas, ni a tres tirones.

La Tribuna, 10 de mayo de 1919, núm. 2.731, pg. 2.

Variaciones. La jovencita que va desnuda al sol⁵⁴

En estos días de estreno de trajes tenues y delicados suele pasar que alguna joven que solo ha visto en casa, frente a su armario de luna, el efecto de su traje, sale y se clarea totalmente al sol.

Frente a los rayos X más X mas X del sol surge toda su silueta transparente y nítida, como lo están bajo sus gasas las ingenuas damas de *La primavera* de Botticelli.

Todos, sorprendidos ante los pasos como de bailarina de ópera de la jovencita desnuda, apreciamos que estamos frente a un secreto y no ante una desvergüenza, y

eso hace más deliciosa la visión. Ella no se ha enterado, ella cree que la miran todos por su belleza y por lo bien que la sienta su traje nuevo. “¡Qué éxito!”, piensa.

Embriagada de miradas y de admiración, pensando: “¡Qué bien hice en escoger este modelo entre todos los de *Vogue!*”, alarga su camino, entra en el jardín público, no se cansa de andar y se muestra así, con una prodigalidad inaudita, sin rubor ninguno.

Es la maja vestida, y, sin embargo, es la maja desnuda, pues su traje, aunque se ve, aunque la viste, no es más que un halo rosa o azul o etcétera de su figura.

Parece su cuerpo rodeado de unas alas transparentes, cuyo contorno es lo único que las materializa y las revela un poco.

Es este un pueblo en que se vuelve tanto la cabeza, que no la extraña a la jovencita ese volver la cabeza de todas las gentes a su paso. “¡Todo les choca!”, piensa también.

¡Oh cándida desnudez de la señorita que se transparenta al sol! Delgada, de suaves curvas generalmente, discreta como una colegiala, es más importante que nada esta visión, porque es la que solo se ve dentro del matrimonio.

A nosotros mismos, tan involuntariamente mezclados al asunto, nos asusta nuestra indiscreción. ¿Pero cómo anunciar a la presumida y obcecada jovencita que va enteramente desnuda? Probablemente, nos llamaría “¡Indecentes!”, con la entonación abrumadora con que saben pronunciar esa palabra para que la oiga todo el mundo y hasta la pueda oír un guardia.

Sigue andando y mostrándose por toda la ciudad la joven vestida de muselina. (En los teatros alegres, muchas veces, y enfocadas por un potente reflector, aparecen jóvenes coristas vestidas de este modo a propósito para dar ese efecto de transparencia en recuerdo de estas jovencitas que pasan desveladas bajo el sol de la primavera.)

Por fin, llega a casa, y en ese día, o de pronto, al cabo de dos o tres, se da cuenta de lo que ha pasado, de cómo la han visto. ¡Señor, qué vergüenza! Entonces recuerda bien todo su itinerario, cómo ha cruzado dos veces la Puerta del Sol y ha pasado así frente a las terrazas de los cafés. ¡Qué horror! ¿La recordarán ya siempre los que la han visto?... ¡Ella, que en el puerto de mar se cubría dentro de la misma agua con su gran sábana rusa!... ¡Habrà quedado descubierta para siempre, aunque en adelante se ponga tupidas enaguas y tupidos cubrecorsés!

Sofocada, contrita, desesperada, la joven que ha paseado desnuda y liliál bajo el sol llora un llanto solitario y rabioso, o de tan anonadada como se queda, de tanto

como la preocupa su vergüenza, toma el velo espeso de la profesora, metiéndose para siempre en un convento de clausura absoluta.

La Tribuna, 21 de mayo de 1919, núm. 2.742, pg. 4.

Variaciones. De la noche⁵⁵

Hasta las once se han visto las luces amarillas de los comedores, en que hay tertulia, proyectándose de vez en cuando frente a la pantalla, mujeres y hombres chinoscos.

[...]

Por los barrios bajos hay demasiados grillos. Parece que se han puesto a cantar todas las cucarachas. Ya no sale de las jaulas el canto del grillo, sale de las grietas, de todas las grietas y de como de todos los agujeros que han dejado los clavos.

La calle de Serrano, en la noche, parece que tiene algo desgraciado, que muchos enfermos con 38 grados y décimas. Tiene una cosa de calle de luto, de calle de téticas personas distinguidas siempre enfermas.

Mirando al cielo anoche, pensé que hace tiempo que no se dice nada de él y sus estrellas. Debía de haberse visto la estrella de la paz, por ejemplo. Indudablemente, ha surgido... Yo creo haberla visto en el cielo de mi calle, en la calle de la Puebla⁵⁶ del cielo.

Sentado cerca de la estación del Mediodía, en la noche, se oye el silbido de los trenes como en un fondo de agua, como en el túnel profundo.



En la plaza del Humilladero hay una rinconada que es de lo más teatral de la noche. Frente a una taberna está sentada la colonia de ese balneario de Vino, y todos cantan y se corean. La escena en ese trecho es como la del buen teatro de Apolo. Sin la falsa resonancia del teatro, con el tono mate y verdadero de la calle, todos encuentran la gracia más difícil de encontrar, la gracia de las repeticiones, sueltas, entrecortadas, altisonantes: “¡Paca! ¡Paca!... ¡Paca!”, o ese cantar en que perdía todo el aliento el cantor:

“Unos ojitos negros,
negros,
negros,
negros,
negros,
negritos,
negros,
etc., etc., etc.”



Desde las dos de la noche, en la plaza del Progreso, en la calle de San Bernardo, en la esquina de la calle de San Isidro y en otros puntos de la conflagración nocturna, se establecen los puestos de té para los elegantes bebedores de té en la recepción de las dos de la madrugada... Sobre la mesita con mantel blanco, una tetera de hierro con baño de porcelana y con espita de llave espera a los aficionados, que llenan su pequeño vaso.

Esos puestos de té son los puestos de la virtud, y están como regidos por damas catequistas, por “socias” de los ejércitos de salvación, aunque realmente son unas pobres mujeres, unas asistentes voluntarias, las que lo despachan, mujeres destruidas, hidrópicas, que llevan colgando una faltriquera, donde echan la calderilla.

El té es, en la vuelta triste a casa del obrero trasnochador, el contraveneno del tabaco y el vino. Dulcifica y aplaca la aspereza de los gañotes y de las almas.

En las “Garden-party” del pueblo se servirá el té así, y los aristócratas serán agasajados, por condescendencia, con un vasito.

La Tribuna, 9 de junio de 1919, núm. 2.761, pg. 2.

Variaciones. De ocho a nueve, en la Puerta del Sol⁵⁷

Esta es la hora del apetito.

Los señores vuelven con paquetes a sus casas.

Por aquí, y a esta hora, pasa la pareja ideal: él, con una máquina fotográfica, y ella, de punta en blanco.

Los autos y los coches quieren atropellar; pero tiene que esperar a que se abran las “presas” humanas y les dejen pasar.

Señoritos con el ala del sombrero sobre los ojos atraviesan la pista, levantando la cabeza hacia uno y otro lado, como quien tiene vendados los ojos y quiere ver para andar y teme los atropellos.

Es la hora en que pasa de vuelta el gran trasatlántico del “cacahuetero”, con un balanceo de popa a proa semejante al de los grandes vapores o al del cochecito del niño cuando baja y sube aceras, pasa sobre los raíles o es parado bruscamente.

Los anuncios luminosos están encendidos, y siempre hay alguno mellado, al que le falta una letra. A todos les ha perjudicado el atraso de la hora, esa hora más de luz del día, sobre todo al tío que parece que se quiere quitar el sombrero, porque se ilumina primero el brazo con que se echa mano a la bimba que aparece sobre su cabeza, que después se apaga, encendiéndose en la parte baja ese mismo brazo, como si hubiese

descendido con el sombrero en la mano; simpático tío al que ahora, por el exceso de luz de día, se le ven los dos sombreros y los dos brazos derechos. El reloj “Lonjines”, que no pasa de las tres y media, brilla también mucho menos. Solo tiene éxito la ruleta del anuncio que hay sobre el “bar Sol”, esquina a la calle de Carretas. Aunque es un caso insólito que se haya jugado en la Puerta del Sol de España a la ruleta, siempre habrá sido un hecho que subraya más el que haya sido precisamente al lado del ministerio de la Gobernación. A esta hora, todos miran a la ruleta, y en un extremo y otro de la gran plaza hay grupos que atascan la Puerta del Sol, como una sala de juego, y que ponen a cada uno de los colores o de los números, mientras la gran manilla, desquiciada e indiferente a las apuestas, se para dónde quiere. (Ha podido haber varios representantes de la casa que apostasen sobre seguro entre los grupos que se forman, porque bien pudiera ser que la manilla lenta y grande como un brazo humano tuviese previsto el sitio de su parada.)

Se ve que las jardineras de los tranvías se parecen cada vez más a los “rippers” de pueblo, en vez de parecerse menos.

Es la hora de la lucha por los tranvías, que es terrible y dura como la lucha por la vida.

(“¿Es posible que toda esta gente tenga la cena asegurada?”, se piensa desde lo alto del balcón en que vemos hoy la hora.)

Viendo pasar a las gentes el ruedo de la Puerta del Sol desde una grada un poco alta, se ve que pasan por ella, oscilan, dan carreritas, se asustan, corren como si pasasen por la plaza de un pueblo convertida en Plaza de Toros y en la que hubiese unos cuantos toretes sueltos.

Los que mejor verán esta hora y la Puerta del Sol, aunque no sepan “pronunciarlo”, son los que desde hace pocas horas hayan entrado en Madrid y se hospeden en estos hoteles de la Puerta del Sol, en los que parece que no puede hospedarse sino un perfecto, perfectísimo gran hombre provinciano, a excepción del de Rusia, en el que entran -y ya se les ve cenar a esta hora- los diplomáticos que vuelven, y que son los grandes provincianos, los grandes paletos que vienen del extranjero (porque, aunque quieran, no son extranjeros, sino “eso”).

Nosotros quizás ya no vemos toda la ingencia y todos los matices y los colores sucios de sus casas por la misma familiaridad con la Gran Puerta⁵⁸.

Por el lado de la calle del Arenal, la visión es netamente madrileña, porque se destaca la esbelta torre de San Ginés y las verjas de sus campanarios sobre la palidez del cielo, que acaba de tener una terrible hemorragia de sangre.

El encargado de los focos, los va bajando, porque esta es ya la hora de bajar los focos, esos focos que aumentan seis veces de tamaño al bajar, y que después se tornan otra vez proporcionados y se encienden como una chispa eléctrica.

La Tribuna, 31 de julio de 1919, núm. 2.813, pg. 6.

Variaciones. Ha sonado la hora de Madrid⁵⁹

El día en que más claramente vemos el reloj de Canseco en esa esquina de la plaza del Ángel, es cuando podemos afirmar con más seguridad que es la hora de Madrid, que la temporada ha comenzado.

Hasta los que estaban, los que nunca se han ido, parece que han llegado. El último veraneante ha vuelto. (Daba una grima atroz ver las casetas en la playa traspasada.)

En ese reloj de la plaza silente y remansada; en esa confluencia tan típica, desde la que se ve la muy madrileña iglesia de San Sebastián, y a través de la plaza de Santa Ana, el muy madrileño y antiguo edificio del teatro Español, es donde más se nota que hemos llegado, y hemos llegado cuando iba a levantarse el telón. ¡Qué bien!

Esta es la hora en que se inicia la novela que comienza en el otoño y acaba en cuanto entra el verano, estación en la que Madrid vive una fuerte realidad sin novela.

Aunque sean unos chinos los que tocan esa hora de Madrid, no es hora japonesa la que resuena, sino hora que se ve y se oye mejor que la de ninguno de los otros relojes de Madrid, y que se topa más con nosotros, como tropezándonos con ella en la misma acera, al volver la esquina.

En esta primera hora de Madrid brillan más que nunca -como si estuvieran recién compradas y recién limpias sus bombillas- los escaparates de las tiendas. Las joyerías, sobre todo, brillan, fulgen, destellan con todos sus aderezos puestos. Se ofrecen para regalos de boda, aunque el perfecto regalo de boda se debía comprar en Todo a 0,65, donde hay hasta el objeto lo bastante lucido para eso.

Todos nos miramos en esta primera hora de Madrid con más benignidad que después. Somos la familia que acaba de encontrarse reunida en su casa de invierno y que aún no ha tenido tiempo de reñir y de irse volviendo hostil.

-¡Eh!... ¡Ya estamos aquí!- se dicen todos, demasiado efusivos.

Y todos, por primera vez desde la otra temporada, se han frotado las manos, encantados de haber nacido.

La Tribuna, 6 de octubre de 1919, núm. 2.853, pg. 5.

Posdatas. El cementerio de Don Juan⁶⁰

Alrededor de la estatua de D. Álvaro de Bazán, en la plazoleta del Ayuntamiento, hay un jardín que se transforma cada dos días. Parece como si sus flores fuesen un conjunto de esos breves artificios japoneses de papel de seda, que al ser movidos, toman a cada distinto movimiento un carácter distinto, el tipo de una flor diferente o de una pequeña quimera cambiante y extraña.

Nació la idea de este jardín, por decirlo así un poco casero –como el macetero del recibimiento– cuando nos visitó Loubet⁶¹, y desde entonces el jardinero mayor del Reino, que, como se sabe depende del Ayuntamiento, halaga la vista de sus jefes con ese jardín *a transformación*. Todas las mañanas, el alcalde⁶² se baja las gafas hasta la punta de la nariz y mira por encima de ellas el jardincito.

-¡Hombre, hoy es un hallazgo! –dice unos días.

-¡Hombre, hoy parece un tapiz de Goya! –dice otros.

-¡Hombre, hoy parece una caja de mazapán! –dice por Navidad–; pero siempre cuando entra en su despacho el jardinero mayor con su gran flor en el ojal, su trébol de brillantitos en la corbata y su traje verde, el alcalde le felicita, señalando con su bastón de concha hacia el jardín.

Todos los días es como una nueva tarjeta postal, llena de requilorios, en la que el jardinero felicita al alcalde. Hasta para los días más crudos encuentra flores que se sostienen erguidas y frescas. Este hombre conseguiría esa flor imposible que de pronto piden las princesas casaderas de los cuentos.

Este otoño, por el día de la Ánimas y ya durante mucho tiempo después, ha aparecido un jardín de cementerio, algo así como un criadero de coronas, como el vivero de las coronas.

En esos días se me presentó clara la imagen: azul era el cementerio de Don Juan, porque D. Álvaro de Bazán tan arrogante de carácter, con su torre de los Lujanes a un lado y el bello edificio del Ayuntamiento al otro –por sus balcones se ven los tibores japoneses– miro el jardín de Don Juan, al que tan buena sepultura dio Centellas por lo visto (se necesitan unos versos para esta estatua como los de “Mármol en que doña Inés...” ... “Bronce en que Don Juan...”).

En esa plaza sin puerta, en esa plaza sin cuarto lado, sin cierre, tenía que pasar algo raro y pomposo. Es un rincón inquieto, de un madrileñismo romántico; es un escenario para el drama de pasión, de raza, un perfecto escenario, junto a cuyas candilejas pasa rasando el transeúnte de la calle Mayor, con el que se encara ese teatral Don Juan, que declama –con el rabo de la espada tieso, porque su mano se apoya en el puño constantemente– igual que los actores que representan Don Juan.

Tristán⁶³

La Tribuna, 3 de febrero de 1920, núm. 2.964, pg. 6.

Variaciones. La Plaza Mayor⁶⁴

(Todo necesita el nuevo resumen sobrio con otra sobriedad que la de antaño. Estamos en el tiempo de dar la despedida a las cosas con carácter y antigüedad, ya en el límite de su actualidad, puesto que ya estamos en el tiempo de las cosas que no podrán tener su historia, porque son rectas, prácticas y de materia más efímera, menos pintoresca y menos tallada.)

Esta Plaza Mayor tiene un profundo capital de tiempo en su cubicidad, pues, como todas las plazas cerradas, tiene condiciones de gran depósito de tiempo de la ciudad, enfrente de sus grandes depósitos de agua.

Como todo ha sido por lo menos tres veces diferente, no pensemos que esta es la primera ni la segunda plaza de este mismo sitio.

El estudio de nuestra ciudad no debe llevarnos a una cosa que yo llamaría el “orfeonismo”, vana y ruin sensiblería de indígenas –en la pobre acepción de esta palabra–, sino que debe llevarnos a aprender el movimiento y la variación del mundo en Madrid, repasando sus síntomas y recuerdos de humanidad y su exaltación del espacio real más que su historia o su novela.

No incurramos sino de pasada en el exceso de datos que embrollen la emoción; pero que esos datos que empleemos sean los mejores, los más sugerentes, y no los que se encuentran en un solo Manual, sino en los más y en los más raros.

Como todo ha sido por lo menos tres veces completamente diferente –repito–, esta plaza, fundada en tiempos de Don Felipe II, es, antes que nada, un sitio extramuros de la Puerta de Guadalajara, donde estaban las casas y lagunas de Luján; después se llama plaza del Arrabal, ya encuadrada por bastos edificios; más tarde, en tiempo de Felipe III, son demolidas, construyéndose la actual plaza, cuyo coste fue de un millón, tardándose dos años en su erección.

Los incendios es con la Plaza Mayor con lo que más se ha cebado. El primero sucede en julio de 1631, incendio que duró tres días, durante los que se tuvo expuesto el Santísimo Sacramento en los balcones y se dijeron misas en ellos, desplomándose todo el lienzo de las carnicerías hasta el arco de la calle de Toledo; el segundo surge el 10 –no el 2 como una inscripción consigna– de agosto de 1672, quedando destruida la casa de la Panadería, que es la más suntuosa de la Plaza; el tercero, explota el 16 de agosto de 1790, y después de consumir todo el lado Sur y el Norte, redujo a cenizas el de Oriente y parte del Arco de Toledo; el cuarto se declara el 26 de septiembre de 1904, y no prospera gracias a que los gastadores del regimiento de Suizos del cuartel próximo lo atajaron. (¿Cómo con ese historial puede figurar la chapa de “Asegurada de incendios” en la Plaza Mayor? Es tan reacia como esos tíos que en el local en que ponen “Se prohíbe fumar”, encienden y chupan y vuelven a chupar su cigarro, aunque se les llame la atención.)

La casa Panadería, que es la más suntuosa, la compró Madrid en 1590 para hacer una panadería, dedicando su gran balcón del piso principal para que los Reyes viesan las fiestas y las ejecuciones, aunque a veces variasen de sitio como cuando se asomaron a los balcones de la acera de pañeros, porque en la Panadería había enfermos de garrotillo. En esta plaza se han verificado fiestas magníficas por las bodas de los Reyes o por la presencia de Monarcas extranjeros en la corte, habiendo sucedido que por tenerse que celebrar la fiesta cuando estaba en reedificación alguno de los lados que la cierran, se recurrió al artificio de que los artistas pintasen todo un frente de edificación en un enorme lienzo, grande como las casas destruidas, así como con ocasión de la

entrada de la Reina Margarita los plateros cubrieron los cuatro frentes de la plaza con grandes aparadores, en que colocaron todas las joyas y piezas labradas que constituían la riqueza del gremio. Los toros también se han celebrado en ella, y hasta en un viejo manual de fontanería he visto una explicación de la medida y ejecución de los tablados sobre los que el público tomaba asiento.

En una de esas fiestas sucedió que el rey Felipe IV, queriendo alojar bien a una favorita suya que no tenía donde colocarse, hizo improvisar un balcón, que aún se conoce con el nombre de “La Marizápalos”.

Los autos de fe fueron en la Plaza Mayor algo cuyo recuerdo aún la compunge y tiene la culpa de esa sordidez que aún la domina a ratos. Sus procesiones, iluminadas por la llamas verdes de los verdes y sucios cirios de la Inquisición, son algo que quizás conservamos en la memoria como hijos de los ajusticiados y de los inquisidores también. Millones de habitantes de España han sido rematados allí, pues hasta el año 1790 no se llevó el cadalso, que se colocaba frente a la Panadería; cuando era en garrote, delante del portal de Paño; si en horca y para los degollados, en la parte de las carnicerías.

Así como la casa de la Panadería ha sido la casa en que estaba el peso real, después Academia de Nobles Artes y después Academia de la Historia, la misma plaza –después de Mayor– no siempre se ha llamado de la Constitución, sino que ha sido el juego sangriento de varias generaciones el quitar la lápida de la Plaza de la Constitución para poner la de Plaza Real una y otra vez, variando solo en dos ocasiones y colocando la placa de “Plaza de la Republica Federal” en la otra. Por eso –queridos amigos– os decía aquella noche en la churrería de la calle de Ciudad Rodrigo que allí es donde van en la madrugada los pobres presidentes de república, sobre todo los republicanos federales, que solo toman un churrito.)



Con este encabezamiento histórico, la Plaza de la Constitución –más que Plaza Mayor– vive una vida un poco venida a menos; pero con mayor serenidad, en cambio. De sus comercios solo queda el de los paños flamantes, aun cuando sus sederías han desaparecido, y ha perdido un comercio impensado e insospechable, el de esa bisutería y juguetería barata que ahora atesta aquellos comercios, porque ahí es donde van a comprar el recuerdo de Madrid, los paletos que llegan y también los que no necesitan llegar, porque también hay el provinciano que nace en Madrid. Sobre todo, a comprar el reloj de bolsillo, recio y palpitante como un pájaro, hay que ir a la Plaza Mayor, allí

donde cuelgan junto al cristal ristas tan surtidas y variadas, que el dedo del soldado parece tocar, pegado y desyemado, sobre el cristal, cerciorándose de que sus horas son de esas que están escritas sobre una especie de granos de la esfera, granos decorativos y que dan de bulto la sensación del tiempo.

Los días de lluvia es el único sitio e que se puede seguir paseando, y gracias a que casi nadie se acuerda de ella, se puede transitar por sus soportales, convertidos en los soportales de Palencia el día de la feria.

Es agradable ver esas pinturas que tiene la gran fachada, con tipo de decoración de teatro. Esas pinturas que a veces nos asombrar al ir por el mundo sobre la fachada de un Ayuntamiento o de una casa particular –¡pinturas fachamentales de Basilea, de Pisa, de Berna, de Zúrich, de Bruselas!– es aquí únicamente donde se pueden admirar en Madrid, dando una intimidad a la casa, como su estuviese vuelta del revés y las pinturas de sus salones y la decoración de su alma diese a la calle, hacia afuera en vez de hacia adentro.

El día de sol, en la Plaza Mayor es aún día de toros o un día de matanza de herejes, lo cual quiere decir que era otro día de toros, después de todo. Tiene el buen lado de sol, de un sol de mucha presión, el de sol y sombra y el de sombra solo, la sombra dichosa y abanicante.

Son simpáticos esos cuatro remates puntiagudos de sus tejadillos de pizarra, remates con tipo de listas, y que son como los paraguas de las torres, los paraguas que después, cuando llueve, resulta que o pueden abrirse, que no se abren.

Antes no tenían jardín, y hoy tiene ese bello jardín que cierra de noche con unos alambres, jardín de patio de invierno. Antes, la estatua de Juan de Bolonia, que en vez de mirar a la Panadería se dirige hacia la Puerta del Sol, como si se diese cuenta de que ahí está la nueva orientación, estaba en una especie de desierto atestado de cajones en que las vendedoras exponían al público lo que vendían. Esa estatua siempre está jugando a ir en un caballo de cartón. ¡Qué pueril resulta su empaque!

Es curioso el espectáculo de esos tranvías que pasan de pronto por la cerrada Plaza y con los que nunca se cuenta, sorprendiéndonos siempre verles allí encima, como si hubiesen subido a un piso y en él pasasen por el gran salón privado. No están, desde luego, tan en plena calle como en otros sitios, y les gusta mucho pasar por ahí.

En la noche, en la más alta hora de la noche, la Plaza Mayor está bellísima. Hasta cuando está nublado, el cielo que se ve sucio de la Puerta del Sol, aquí se mejora, y si

por un hueco de las nubes asoma una estrella, es sobre la Plaza Mayor donde asoma. La luna en la Plaza Mayor es como una iluminación de verbena.

Cuando ya se queda sin tranvías, en la madrugada vuelve a proporcionarse, vuelve a sus tiempos, y su silencio es un silencio de antesala en la casa de gentes dormidas. Solo se escucha el agua que corre por las alcantarillas, como si hubiese una inundación subterránea, un derrame interior o la tensión arterial de la ciudad hubiese llegado al límite.

Los serenos la vigilan con gran atención, porque como este es el barrio de los plateros, temen que alguien robe el platino, el oro y la plata que guardan; son serenos de tres pistolas, y cuyo chuzo se dispara en caso de gran peligro.

La Tribuna, 6 de marzo de 1920, núm. 2.991, págs. 13-14.

La Puerta del Sol⁶⁵

Siempre los preámbulos están hechos después de los trabajos a que anteceden. Así, cuando trazo este, ya he trazado y puesto en limpio toda la visión de la Puerta del Sol. Puedo asegurar que su historia sale completa, y lo que me extraña es que, siendo el centro de España y el sitio de más categoría de Madrid, no estuviese hecha su historia completa. Ni en Mesonero, ni en Fernández de los Ríos, ni en ningún otro hay esa dedicación a recolectar todos los datos que hagan referencia a la Puerta del Sol, y que solo ella merece que se acopien con excepcional escrupulosidad. Muy bien trazado ese librito de Rosón sobre la Puerta del Sol; el ilustre periodista dedica la mayor parte de sus páginas a dar una visión de conjunto de Madrid, siendo el otro folleto que hay dedicado a la Puerta del Sol, por Ossorio Bernard, una cuadro de costumbres animado, pero trivial.

Así como el periódico recomienda muchas veces que se presencie su gran tirada para que se vea lo importante que es, así yo invito al lector a hacer algunas comparaciones con esta Puerta del Sol y las que ocupan una vaga página en los libros de las bibliotecas. Que no crea que ha sido mi trabajo una empanadilla de dos o tres noticias cazadas en los libros fáciles y resumidores, más un poco de esa retórica fácil y halagüeña y sobona que suelen emplear algunos escritores, prodigándose en caricias indisculpables.

Con todo esto yo no he querido hacer mérito de mi madrileñismo, porque no tengo ambición torcida y porque tampoco quiero ser esa especie de sereno honorario, que es el cronista un poco oficial de Madrid. Yo quiero vivir en el apartamiento y al margen de lo profesional y lo oficial, el amor por esta ciudad en que nací, y el encanto del hombre un poco exacto y equitativo, que se encanta, no con todo, sino con eso que lo merece, realmente en Madrid, y que es como su rasgo genial o el gran rasgo simpático de su fisonomía, más todo aquello, en fin, que le da carácter frente al mundo, y no un carácter burdo, violento, salvaje, sino hidalgo, caballeresco, refinado, sutilizado, castizo.

Yo espero ser un poco el historiador que resuma la historia de este pueblo que pasa por el momento de perder su carácter y de uniformarse con el mundo. Para eso espero mayor confianza del público, y que acepte la idea de un editor como ese gran Rafael Calleja, que pueda no escatimar el elemento gráfico del libro y que sería capaz de dejarme seleccionar todos los datos, sin que por eso dejase de ser la nuestra la más entera y la menos compendiada de las historia de Madrid. Hasta en esto hay que no ser el archivero, sino el arquitecto.

Yo creo que debe darse en frío la historia de la ciudad. Por eso los cronistas de Madrid, sus memorialistas dan solo algunos materiales para que la inspiración los reforme, y una nueva condición, aplicada a sus mismas fuentes, con otro criterio, los amplíe y los eleve. La historia de Madrid está recargada por esas numerosas triquiñuelas, que después son como las canas del relato, aunque eso sea mejor, ¡claro está!, que envolverlas en un sonsonete un poco cursi, con acompañamiento de vihuela o de organillo. ¡Romanzas de Madrid con que algunos provocan, muy chulillos, a sensiblería de las criadas, esperando que se asomen y les echen los cinco céntimos!.

Nuestra ciudad no necesita fanatismo ni orfeonismo. Es sobria, nítida, diamantina, y solo necesita matización, observación, curiosidad y abolengo, abolengo auténtico y bien hallado, pero sin el exceso de antecedentes con que la recarga el monomaniaco, olvidando entre ellos los más frescos y los que se bastan a sí mismos sin recurrir a la sugestión de las cifras del tiempo.



La Puerta del Sol merecía este trabajo.

Me apasionaba lanzar en medio de la Puerta del Sol su historia verdadera. ¡Ah, pero para contársela a ella, para proponerla en medio de su gran corro, tenía que ser larga y verdadera!

Aunque no es la Puerta del Sol desde el principio la plaza coronilla de la ciudad, lo llega a ser en definitiva poco después de fundarse con arraigo. Primero el centro y el salón público y presidencial de este pueblo estuvo en la morisca plaza del Alcázar, que estaba allí donde estuvo –casi donde está ahora– el primitivo Palacio, anterior al del Retiro, y ni que decir tiene que al actual; después, a la llegada de los Reyes Católicos, fue destronada por la Plaza de la Paja esa plaza del Alcázar; después, ya sedimentada y consolidada la reconquista, se establece el centro en la Plaza Mayor, yendo, como se ve hacia Oriente, el centro de la ciudad; pero no para mudarse indefinidamente, sino para hallar el centro más propio, el definitivo. ¿No será ese centro providencial, proverbial y esencial, la Puerta del Sol, aunque la plaza de la Lealtad, la de la Independencia y la de la Alegría esperen ser las herederas?

La Puerta del Sol no es solo importante por su colocación, sino por su carácter y por su nombre, y porque es la vitrina del pasado pintoresco de un mundo que tiende a ser monótono, anodino, sin dejar de ser concupiscente.

Punto de reunión desde la época en que iban los hombres de capa y espada del siglo XVII, se asomaban a las gradas de San Felipe como a un balcón público y ancho de la Puerta del Sol, pagando por el siglo XVIII, en que los hombres de casaca y de pelucones empolvados se paseaban por ella, siguiendo a través del siglo XIX, en cuyo principio se paseaban por ella los currutacos y petimetres a charlar, a tomar el sol, a sorber un polvo, a fumar un cigarro y a esperar el último toque de misa de dos del Buen Suceso, hasta llegar a estos principios del siglo XX, en que el reloj de los siglos que está en el cielo de la Puerta del Sol ha dado las veinte.

Un escritor francés, Roger de Beauvoir, ha escrito sobre la Puerta del Sol una obra en cuatro volúmenes, titulada *La Porte du Soleil*, obra que no he podido encontrar en ninguna biblioteca; pero no creo que haga otra cosa que resumir el aspecto de España bajo ese título epatante, creencia que fundo en que he visto producirse en el escritor francés, Jules Bois, ese mismo fenómeno, aunque después no ha escrito ese libro que con el título del Beauvoir iba a escribir en cuanto llegase a París.

La Puerta del Sol resume por todo, por su abigarramiento y por su greguería, el carácter de España. Varios escritores la llamado el foro o el fórum matritense, gran frase y tópico que yo no tengo más remedio que repetir, aunque no quería.

Ha dado optimismo ella sola a una nación pobre y de difícil problema diario. Así, Manuel del Palacio decía que en Madrid, a donde más de una vez se cierran las puertas del trabajo al hombre laborioso, las de la caridad al mendigo y las de la Academia al sabio, hay, sin embargo, una puerta que no se cierra nunca: la Puerta del Sol.

El sol de España, ese sol que es distinto en cada sitio, está aquí en esta caja de mazapán de la Puerta del Sol. La gran ensaimada de la luz, la harina, el huevo, la leche y el azúcar de Castilla se pueden gustar en esta plaza. Como ha dicho el potente talento de Solana: "Aquí las fachadas huelen a sol como las murallas y monumentos históricos de Castilla, que tanto los diferencian del negro de la piedra, y del color rojo y fresco de los tejados de las provincias del Norte, en los que todo huele a humedad, musgo y blandura"⁶⁶.

La Puerta del Sol, que merece por todo lo dicho y por lo que se dirá después, ser el tema de una monografía⁶⁷, ha merecido la antipatía de esos hombres tan finudos y remilgados de una época que no tenía el don de las comparaciones ni de las ponderaciones, y en que todo hombre que se destacaba amaba lo universal y hablaba de lo de fuera con verdadera ingratitud para lo nuestro. Así la Puerta del Sol fue llamada por muchos "ese cocherón", y Fernández de los Ríos la llama "esa media tapa de un barril de aceitunas".

La Tribuna, 17 de abril de 1920, núm. 3.027, págs. 7-21

Variaciones. El palomar de la Puerta del Sol⁶⁸

Sobre la casa de Cordero, en lo alto de la Puerta del Sol, aparece esa especie de palomar, cuyas palomas están siempre paradas y como fijas en su soporte.

Primero, ese pabelloncito era del hotel de Inglaterra, según vi una vez escrito en la proyección de una linterna que proyectó la Puerta del Sol sobre la pantalla de la pared encalada. Acercándome a la pared en que se destacaban unas letras confusas deduje ese nombre pillando las letras de las dos palabras contra la pared, como si fuesen gusanos de luz cabalísticos.

Después creció el tal pabellón de hotel, y se encontró una día con ese raro aparato como de música, en que están las clavijas del todo el cordaje en que vibran las noticias telefónicas de todos lados. Los capullos de porcelana que cuajan el alto torreón son de

la misma familia de esos que crecen en los secos árboles de los postes de los caminos, árboles tonsurados, pero con vida y pretensiones, cipreses blancos y flaquísimos.

Desde lejos parece todo ese tinglado una especie de esos aparatos de cascabeles o de campanillas que tocan en el circo algunos clowns. Toda la Puerta del Sol parece que va a vibrar y a retemblar si a ese aparato como de relojería y música de timbre de reloj se pusiera a tocar desaforadamente. Todo él como un timbre de aviso para toda la ciudad, todo él como uno de esos timbres en que salen números que la servidumbre quita después de mirarlos dando a un resorte.

¡La de vuelos de cosas, de aves recién llegadas y hasta de pájaros sutiles hay ahí dentro! –nos decíamos de pequeños, mirando a lo alto.

Es un adminículo alegre que se llena de optimismo, en la mañana sobre todo. Dentro de él se forma algo así como el budín de la buena mañana. Tiene una cosas de “cenador” de la mañana los días calurosos, y refresca el atosigamiento de tener que llevar la corona de espinas del sombrero de paja, el volver los ojos hacia el alto y refrescante monumento de las cazoletas de porcelana.

Estando allí arriba se piensa en el murmullo de enjambre que se debe percibir, como moscardones de miles de moscas que no acaban de posarse y callar, como embrozamiento y zurcido de líneas de puntos y de intenciones. Alguna vez resulta jaula del operario que trabaja dentro de ella, revisando los hilos.

Por los numerosos tarros blancos que tiene en sus ringleras, parece como una anaquelaría de botica con sus tarros clasificadores.

Y son como palomas atadas a un hilo, que hace que pertenezca cada una a su legítimo abonado.

Y también parece que está allí el gran auriga que sostiene todas las bridas de la ciudad.

Y parece que de allí salen los cabellos de Madrid, que se desmelenan sobre la ciudad. ¡Gran cabellera absalónica!

Y parece el centro del jaulón uno de esos caprichos de cotillón en que cada uno coge una cinta, y después resulta que forman parejas todos los que tienen los dos extremos de las cintas. ¡Cuántos azares gobernarán a los hombres y a las mujeres a los que toque complicarse por causa de la gran maraña de los cables y de sus contactos!

Y parece el gorro suntuoso de la Puerta del Sol y de Madrid, su capelo telefónico.

Y parece que es como el cerebro de Madrid, o sea como dice la frase hecha de que es el centro nervioso de que parten... etc.

Y parece el gran tragaluz de las casas de su alrededor y debajo de él, y el sitio por donde entra la inspiración a la gran casa en que figura.

El día que quiten esto a la Puerta del Sol se quedará triste, chaparra, sin saber las noticias de verdad por el único recinto verdadero.

Es como la espadaña tupida del convento, sino que en este caso es del convento laico, del convento en que profesan las telefonistas que no se pueden casar sin perder su destino. ¡Conventualismo profano y laico!

Un poco el bombo también de la Lotería nacional de las noticias o de alguna cosa por el estilo resulta ese extraño aparato de las alturas.

Se puede subir allí arriba; pero como los gimnastas al trapecio más alto del circo; a ese que colgado de la tuerca del pararrayos, gateando por esa cuerda que pende del cielo y que parece ser la cuerda de ese cometa de niños fija y extasiada en el cielo, que es la luna. Si estuviésemos dentro de ese jaulón, nos marearíamos entre la maraña de la locuacidad, y sentiríamos como la electrización de lo reservado, de lo privado, de lo meticulosamente humano, y quizás nos picarían las palabras rebullentes, como pican las abejas cuando se entra en su colmenar.

Esa gran tarabilla silenciosa que es el gran distribuidor de la Puerta del Sol se va templando desde la hora argentina de la mañana hasta la hora dorada de la tarde. Sus hueveras blancas son como el blanco de los deseos de hablar que manifiestan los lejanos habladores, entre los que hay alguno tan empedernido que insiste e insiste hasta quebrar su martirizada cazoleta: su muñeca de porcelana.

Esa montera de la Puerta del Sol, resistente batería de noticias siempre y dispuesta siempre a la recepción, madrugadora y alerta, es el gran ejemplo de constancia que anima en la actuación de la vida.

Mirando al pasar esa muestra de la arquitectura de lo necesario, graciosa y aparatosa en medio de su teratología, parece que sentimos cierto rigor en nuestros pensamientos y que nos dirigimos hacia nuestro objeto con más decisión. Es como si leyésemos la página que componen las multitudes de los que dan a las cigüeñillas de los teléfonos como si tocasen el aristón. Todas las cazoletas, como pequeñas jarritas para atraer a las palomas en lo alto del palomar, forman como las notas blancas de un an-

cho pentagrama que en la mañana se ordenan como una sinfonía matinal, y en la tarde como una sinfonía vespertina de entonada exaltación siempre.

Ese aparato extraño que hoy destaca en lo alto de la gran plaza será lo que en seguida hará muy vieja la visión de nuestra plaza. La cosa que tiene el teléfono de teléfono de niños de la cocina a la salida a través de todo el pasillo en un tendido de hilo blanco y alfileres, tiene que pasar. Todo eso se simplificará mucho, se descongestionará y después desaparecerá, cuando ya esté perfeccionada por fin de la telefonía sin hilos.

Que quede, por lo menos, alguna memoria y una monografía de ese cascabele-ro torreón, hijo de las circunstancias, gallardo, ágil y petimetre, además de firmísimo, pues sirve de amarradero a todos los hilos que tiran de él, que se equilibra en medio de las muchas tensiones, porque está en el centro, como esos aparatos de circo que amarran tensamente a todos sus extremos.

La Tribuna, 4 de junio de 1920, núm. 3.068, pg. 6.

Variaciones. Síntesis de verano⁶⁹

Quiero que toda persona que haya vivido en Madrid en la hora álgida y suntuosa del verano, se ponga la mano en el pecho y piense cuál es la síntesis del sol y sombra, del encanto de ver la lumbre prodigiosa del verano madrileño desde la sombra en que mejor se observa ese contraste de sol y sombra, por el que siempre nos encontramos en plena locura de la playa.

¿No es eso que he dibujado con la tosquedad de mi pluma, que no la del dibujante, sino la del caracterizador?

Para mí es una síntesis del verano esa sensación que se experimenta desde dentro de los soportales de la Plaza Mayor, mirando los telones iluminados y ensolados desde fuera; esos telones de tela que los tenderos de la plaza ponen para defender sus cosas del sol, porque el sol se las come.

Pero el marchamo de esa síntesis, el anagrama de esa emoción del sol al otro lado y de la sombra a este, es esa sombra con forma de farol que se proyecta sobre el telón y que es la reproducción de esos faroles que dan tanto carácter a la plaza, y cuyo material armazón cae del otro lado de la lona rayada.

Ese telón transparente y opaco que deja ver las piernas, las faldas, las patas y las ruedas del mundo que pasa al otro lado, nos recuerda todos los principios de verano en Madrid y todos los agostos que pasamos aquí. Esa visión es lo que más nos liga con el pasado, y tiene siempre el tipo de una estampa optimista.

De memoria –como dibujaré siempre todo lo que dibuje– he dibujado, dejando a la pluma libre en sus equivocaciones y en sus ripios, porque, eso sí, no tengo tiempo para volver atrás en cada plumada, he querido perpetuar y señalar a todos esa plaza espiritual del verano, que es la que mejor lo representa y es la que, si pudiéramos portada a nuestras emociones del verano lleno de la fuerza de las doce del día o de las tres de la tarde, sería la portada de nuestras emociones.

Por debajo del telón a medio levantar quiere entrarse en inundantes raudales toda la luz del verano, todo el fuego que lleva la gran plaza. Pero no; el comercio respira detrás del balustrado del mostrador que da a la playa de sombra.

El ingrátido farol colgante da el relieve de la realidad del otro lado, y señala la diferencia entre el aspecto de los soportales, como adornados con faroles inmateriales, y el aspecto del invierno o del otoño, cuando se les ve interpuestos, cabales y, valga la paradoja, quizás menos acusados que lo están en esta silueta pintada con la más vívida sombra.

La Tribuna, 25 de julio de 1921, núm. 3.424 pg. 6.

Jardines: El Botánico, El Retiro y arbolado

*Variaciones. Por el Botánico*⁷⁰

La gracia del paseo de las estatuas, la gracia que no tiene el paseo de las estatuas del Retiro con sus estatuas gigantescas, hinchadas, incubadas como estatuas de nieve y terribles, nos la da el Botánico con sus estatuas admirables, humanas y sencillas, como si fuese antiguos trasuntos convertidos en estatuas de piedra.

Dedicadas las grandes estatuas de la plaza de Oriente y del paseo de las estatuas del Retiro para estar en lo alto del Palacio Real, fue transformado su destino, y coloca-

das en lo bajo, eso ha corrompido el sentido de la estatua ligera y delicada, que hasta un mal escultor puede hacer si la hace a proporción.

Erigidos como en su cementerio, está primero el célebre Quer⁷¹, el primero y naturalista que escribió una flora española; después Clemente⁷², con su capa amplia, la gran capa magnífica del tiempo, del gran sombrero de copa, también magnífico (Clemente tiene un tipo romántico, y en el zócalo de su estatua vi un día escrito el nombre enamorado de *Macías*); Lagasca⁷³, el primer botánico del pasado siglo que se quejaba de que había grandes estanques en el Botánico para estudiar la flora acuática, y Cavanilles⁷⁴, el célebre autor del artículo *España* de la *Enciclopedia*⁷⁵, y el que clasificó el penacho florido de la *Esteparri Statice*.

Todos erguidos, satisfechos, entre las flores de su vida, llevan algunos babero, y todos chalecos con florecitas, pues ellos son los que inventaron esos chalecos. (Primera mente, en Suiza, la Patria del inefable botánico Rousseau, y donde todos llevan un saquito de mano de herbolario.)

La elegancia del siglo XVIII fueron, sobre todo, los botánicos lo que la llevaron mejor y con la ingenuidad con que se debe llevar la elegancia.

Separado de esas estatuas en pie, hay en el fondo un busto del padre de los Botánicos.



Ahora veamos los árboles.

Sus cartelas son como las que llevan al pecho los ciegos, y los que están más a ras del suelo, sobre una pequeña varita, señalando el sitio de las plantas raseras, parecen pequeños epitafios de un cementerio profano⁷⁶, y en la hora de la primavera y de los pájaros parecen pequeños atriles de música, con los que parece que gastan bromas que les resultan muy pesadas a los botánicos cambiando con sus picos los de un lado a otro, como esos pájaros de adivinadora que cogen el papelito y lo trasladan.

Después de los cipreses, claro está, esos cipreses (*cupresus pyramidalis*) que parecen abonados con huesos humanos para mayor esplendor y que dan carácter de cementerio al Botánico, se destacan los almeces, grandes como elefantes en pie. (Los

almeces se ve que han querido ser elefantes, que estuvieron cerca de serlo y no pudieron realizar su ideal.)

Después, los árboles de ramas péndulas y colgantes atraen por su elegancia y por su feminidad de mujeres que se han desmayado. La *Shophora japónica péndula* es el extraño árbol japonés que parece mentira que nos podamos encontrar aquí, fuera de esas estampas en que todo está irritablemente pintado dentro del agua, todo convertido en paisaje submarino y ahogado.

El amarillo árbol del desmayo está también bien; pero es más tópico, es un poco el viejo sauce llorón. Tiene estalactitas o flecos de sol durante todo el invierno.

Los tejos construyen aquí unas puertas mudéjares de la hojarasca, por las que es agradable pasar.

Después sorprende en un rincón la acacia de tres espinas; en otro, el árbol del cielo, fina especie, acacia que no creemos que sea el cielo; en otro, el árbol al que se han agarrado las chicharras que resuenan en el centro de Madrid, y el árbol de los pájaros, árbol envuelto por una liana, y que en todo tiempo da hospitalidad a los pájaros, siendo el último refugio de los pájaros en el invierno, y en donde se les oye cantar en los días de frío.

Árboles de las montañas arboles serpientes, álamos blancos llenos de ojos de la Providencia, el nogal del Cáucaso, el que tiene una especie de grandes orejas de mono en el tronco, el *parasol de la China*, el fresno de Castilla, y algunos que parece que se han plantado aquí por cumplir, por llenar huecos, no siendo más que árboles de la calle, árboles golfos, a los que a veces tienen la avilantez de poner nombres extraños, como *cinamomo*. (¿Puede ser ese árbol vulgar el *cinamomo*?)

Resulta curioso que haya muchos falsos árboles, según está escrito en su cartela, abundando mucho los falsos plátanos, que deben ser esos que en los mercados venden a 50 céntimos la docena y están todos podridos. Se echan de menos unos árboles que se moviesen y rugiesen o bramasen.

Detalle importante y castizo del jardín son sus parras. Sostenidas por unos emparrados de hierro, sostenes de hierro que parecen haber crecido espontáneamente de las misma tierra, como emparrado de hierro vivo que sostiene al emparrado de madera viva de la parra.

Bajo el dosel esquelético y retorcido casi todo el año, y solo por excepción con esta hojarasca de ahora, que es en la proyección de su sombra sobre el suelo más un

efecto de luna que de sol, ponemos particular atención en leer las cartelas que cuelgan de él de vez en cuando. Leyendo esas cartelas, se saborea un poco un vago mosto. Allí están la cepa *Leonada*, la *Rojal*, la *Rayada* o *melonera* (¡Oh!, enormes uvas como melones), la *Bocadilla*, la *Torralba*, la *Bocal*, la *de Albillo*, la *de Moscatel*, la *Negrilla*, la *de Mollar Cano* y la *Guadalupe*. (¡Oh! hermosa y rica *Guadalupe*, en cuya cartela alguien como un piropo que estaba pidiendo, ha escrito ¡*Preciosa!*)

La Tribuna, 27 de junio de 1919, núm. 2.779, pg. 5.

Variaciones. Nuevo paseo por el Botánico⁷⁷

Debía de haber pájaros de todo el mundo en el Botánico. Eta el sitio indicado para que los hubiese, desde la cotorra hasta el pequeño pájaro mosca. Los cantos también debían ser variados, y se debía oír al canario alemán de flautas largas y capilares.

La oropéndola estuvo; pero desapareció a últimos del siglo XIX.

Hoy solo hay pajaritos, los de las acacias y chopos de las carreteras españolas y las urracas negras, muchas urracas. Las urracas se ven que gozan el jardín y que se fijan un poco en las cosas extrañas de él. Deben estar encantadas con la variadísima despensa que se disfrutan, aunque a veces, por probar una planta desconocida, se envenenen o se purguen. ¿Qué piensan las listas urracas de los cartelitos? Quizás creen que pone en ellos el usual “Se prohíbe tocar a los objetos”; pero como si no.



En un rincón hay una alberca andaluza con macetas alrededor. El que quiera pintar una tabla andaluza, puede sacarla de aquí, pudiendo pintar también lo que tiene de huerta el Botánico⁷⁸.



El Botánico es el jardín de las embarazadas.



Los estudiantes de Botánica no vienen quizás nunca. El que va leyendo por sus avenidas, lee unas poesías y no un libro de Botánica. A veces, un farmacéutico de vocación va por allí, y después, cuando de nuevo vuelve a Madrid, ya con barba y con una farmacia en su pueblo, entra en el Botánico para recordar sus tiempos de afición.



Quizá solo se sostiene el Botánico para las brujas y las curanderas o saludadoras que vienen a buscar las hierbas que ya solo existen en el Botánico.



Esas mujeres solitarias que están sentadas sobre los bancos bajos y como hundidos del Botánico, parecen sentadas frente a sus recuerdos, como frente al árbol de su muerto (árbol que nace de la suposición de que ha dado ahí su fruto el hueso como de dátil, que parece que se ha enterrado con cada muerto).



Parece que para cuidar cada árbol de estos tienen que traer tierra de distintos países, y así como la tierra del cementerio de Pisa fue llevada de Jerusalén, en el Botánico hay tierra de Asia y ¡de la Oceanía!, que es ya lo último.



Debían recomendar los doctores el Botánico a sus enfermos, escogiendo bien la sombra de cada árbol para cada enfermo. Mi doctor Inverosímil⁷⁹ sabría sacar ventaja

de eso, y, sobre todo, elegiría, para aquel que tuviese dolor de muelas, el árbol llamado "Raigón". Eso, ni que decir tiene.



La viuda -esa viuda española envuelta en un manto sucio, pequeñita y con pies y calzado de viuda que no se casará ya otra vez- va al Botánico con sus cinco hijos vestidos de negro.



El Botánico está unido al recuerdo de ese edificio de la calle Farmacia, que también mandó construir el gran rey Carolus III, que fue todo un maestro de obras, edificio en el que se estudia para farmacéutico⁸⁰. Pocos edificios dedicados a la enseñanza frente a los que se nota más lo que ha de salir de ellos. De ese no pueden salir más que farmacéuticos, nuevos botánicos, como los antiguos, aunque más desmemorados, porque los anuncios y los periódicos han destruido la memoria de este siglo... El día que estudien los farmacéuticos en otro edificio nuevo, claro, lleno de puertas y de compartimentos de cristales, saldrán verdaderos falsificadores, que sabrán preparar admirablemente preciosos envases para las medicinas en frascos como búcaros y en cajitas como de bombones... Por el contrario, de esa casona vieja, color de palo de regaliz, con grandes balcones, con sendas persianas de madera, y al fondo un jardín de floricultor, sacan aun los botánicos, que por dentro son los mismos, de chupa y chaleco con florecilla, aunque por fuera tengan tipo de seminaristas, de piernas cortas y torcidas, que no dejan el sombrero hongo quizá porque el hongo corresponde a la Botánica.

Junto a la verja del Botánico, y sentado por la parte de fuera, siempre hay dormido algún Job.



El Botánico es el paseo sencillo del domingo para los que, temiendo el aburrimiento indiscreto de todos los demás jardines de la ciudad, buscan el sitio en que es más discreto el tedio, pues si en los demás sitios está el infierno del domingo, aquí está el limbo.

El novio que no es frívolo, el que se va a casar, pasea por el Botánico.

En el Botánico hay una campanilla y una campanita; la campanilla comunica con la casa del guarda, y tiene el tirador en la puerta que da a la plaza de Murillo; es la campanilla que pueden tocar todos los fantasmas y los vagabundos de la noche; la campanita está más en el interior, y suena solo para que dejen el trabajo los jardineros, anunciando al mismo tiempo que el jardín se cierra. A ningún niño se le ocurrirá nunca tirar de su cadena, temiendo que acuda toda la base misteriosa del jardín al son de las campanita, y todos los espíritus exóticos de los árboles, con Dafne a la cabeza. Además, no tocan esas campanas, temerosos de que les cierren el jardín.

En los invernaderos de cristal está lo que nos queda de las colonias de Cuba, de Filipinas, de América: un par de macetas que recuerdan aquellas posesiones, y algo como un aire tibio de aquellos países concentrado en la amplia "serre" de cristales⁸¹.

Vamos como viejas a ver crecer nuestras macetas.

Y al atardecer hay olores de atardeceres fantásticos y lejanos.

La Tribuna, 4 de julio de 1919, núm. 2.786, pg. 6.

Variaciones. Acerolas⁸²

Las acerolas tienen una madurez rápida, blanda, exquisita dentro de su especial sosería.

Parece que la acerola se da en los árboles de Madrid, que cae de las acacias, por ejemplo.

Aquí no tenemos manzanos; pero tenemos aceroleros o acerolos. Se mueve su tronco un poco y se desparrama por el suelo una lluvia amarilla y numerosa de acerolas.

[...]

El último *verde* de la temporada -lo que se llama *darse un verde*- lo ofrecen las acerolas. Son las hijas del otoñito, y tiene una nota muy perdida y agraz en el fondo de su sosera.

[...]

Si las acerolas tuviesen rabillos y estuviesen a veces emparejadas, sería las cerezas amarillas de la estación que se va tornando por entero deslanguidamente amarillas y serían sus pendientes; pero no, todas las acerolas están desprendidas, sin remate, sin una hojita siquiera de señal; son de una gran uniformidad, y parecen hechas en una fábrica, la gran fábrica de las acerolas que parece, no sé por qué, estar en la Prosperidad.

La Tribuna, 16 de octubre de 1919, núm. 2.863, pg. 6.

Posdatas. La Casa del Pescador y La Montaña de los gatos⁸³

En ese rincón del Retiro, a mano derecha, según se entra, hay varias sorpresas, un macizo de sorpresas, un escondite de sorpresas: una estatua que se oculta entre las ramas como bañista que se viste o se desnuda, tres Gracias opulentas, mórbidas y un poco chaparras -como hechas por ese gallego de Mestrovic-, que sostienen la taza de una fuente, la Casa del Pescador y la Montaña Artificial.

La Casa del Pescador y la Montaña artificial son las cosas principales del paraje. (Un poco más allá está ese templo románico, del que otro día será menester hablar.)

La Casa del Pescador es pequeña, pero proporcionada. Así como por la proporción la enorme iglesia de San Pedro de Roma parece una iglesia cualquiera, y, sin embargo, caben en ella siete grandes iglesias, la Casa del Pescador, por su proporción, parece, en cambio, una gran casa, asciende a ese tamaño prudencial que da la proporción, y lo que coincide todo lo bien trazado, todo lo hecho con eufonía San Pedro de Roma y la Casita del Pescador.

Recuerda esa minúscula casita esos palacios españoles que están tan bien: el de la Granja o el de Aranjuez. Tiene parentesco con esos edificios. Es como una cría de ellos. Es su miniatura arquitectónica, la miniatura con que se les puede recordar en Madrid, con su tejado de pizarra y sus picos y sus bolas en lo alto.

¡Gran Quinta de retiro del Pescador! ¿Y qué hace el pescador allí dentro? Parece que se come todos sus ahorros en pescado, porque el pescador es el único que puede ahorrar en especie y como de sus ahorros en especie. Allí él se come tranquilamente todas las truchas que pescó en su vida, y que conserva escabechadas, así como las latas de sardinas, que él mismo se preparó con su pesca también; el bacalao que también pudo pescar.

El hermético recinto del pescador está iluminado por esos peces luminosos, peces luciérnagas, que en las peceras colgantes son como la pepita luminosa en la bomba eléctrica.

¿Pero vive o se ha muerto el pescador? Quizá se ha muerto. Quizá no quede nadie dentro, sino raspas de pescado y muchas ratas, enormes ratas grises que vemos jugar en la subida a la Casa del Pescador, ratas descaradas, que están alimentándose y preparándose para comerse un día de esos dos cisnes⁸⁴ que se encenegan en este lago aburrido y perdido, y esos patos que son como sus hijos sietemesinos y raquícos.

Pintados con pinturas neoclásicas –quizás las de la casa de un prócer pompeyano–, es eso una casa en que sentimos refugiarse el alma antigua del Retiro, en que se pueden ir archivando los suspiros por lo menos.

La Montaña Artificial, en contraste con esta casa, es algo absurdo, que quizá no ha encontrado hasta hoy el madrileño adulto y que nunca ha salido de Madrid, lo cual no empece para que sea lo primero que encuentre el provinciano en cuanto llega a Madrid. Está disimulada en lo alto de una especie de cuesta tonta, y como es inverosímil de mediocridad, no tiene nada de particular que no se encuentre ni se suponga.

Todas las montañas artificiales son falsas, claro está: pero ninguna como esta. Esta es requetefalsa, esta parece estar hecha con algo así como con los cartones fundidos que tiran las fábricas entre las cenizas del día anterior.

Su casita en la cúspide, su especie de templete, es ignominioso.

Cuando yo alguna vez he hecho unos novillos estúpidos, de esos que no eran necesarios porque no se estaba con ánimo de novillero y porque la mañana amenazaba lluvia, y porque era a simple vista uno de los días más aburridos de Madrid, me he encontrado encaramado en aquella cúspide de la tontería.

Desde allí arriba se ve una perspectiva menor que desde otros puntos del Retiro, colocados al extremo de su rampa baja y normal.

Allí se siente uno solo como en el Limbo: pero lo más lamentable es asomarse a un pozo en la roca artificial, un falso pozo seco y lleno de ratas negras, pozo o especie de gruta perpendicular, a la que baja una cuerda como para sacar el sapo horrible. Los suicidas irrevocables es este el último paseo que se dan, y su dimisión de la vida se ha hecho más irrevocable cuando bajan.

Aun siendo sitio retirado y en el que las parejas no pueden ser descubiertas ni por casualidad por esa persona a la que siempre temen, no sirve para el amor porque allí el amor es una simpleza, y su clandestinidad es fea y da miedo recordar en ese fondo cualquier ventaja conseguida en el rincón de las arañas.

Todas las paredes del “belvedere” –da pena tenerle que dar este nombre– están llenas de nombres, inscripciones, insultos, vilezas y frases miserables. ¡Qué tontería comete el que escribe allí su nombre! Aun siendo una tontería siempre allí lo es más. Se ve que el aburrimiento de esa altura, la simpleza y el desconcierto que comunica, hacen cometer esos actos desacertados.

Allí no se sabe lo que se hace, y los lápices se dedican al repugnante vicio solitario de escribir cosas a los demás. ¡Cómo se arrepentirán después! Pero allí arriba estaban fatalizados e idiotizados. ¡Con qué desesperada nerviosidad morderán el lápiz después!

Tristán

La Tribuna, 2 de febrero de 1920, núm. 2.963, pg. 5.

Variaciones. Las ruinas románicas del Retiro⁸⁵

El Retiro, aunque no sea muy grande, es un sitio misterioso en el que la imaginación ve un bosque con todas las sorpresas que hay en los bosques.

Es el Retiro ese sitio al que tiene que referir las cosas de la imaginación, buscando un sitio próximo como fondo a muchas cosas que se saben o se van sabiendo.

En el Retiro parece que se han encontrado armas de sílex y que en el fondo de la cueva, esa en que hay una fuente, se han hallado pintadas en la pared imágenes rupestres: un bisonte o un mamut.

En el Retiro también se han descubierto cráneos ennegrecidos de otras épocas, cráneos de gorila y cráneos de hombre –bajo el estadio de la casa de fieras, claro está.

Antes, para que se reuniesen en el Retiro muchos ambientes, había ciudades lacustres y una población indígena del Retiro –había vivido en él desde el principio de la era humana–, subida a los árboles, donde tenían sus casas.

Gracias a eso estuvimos en nuestra niñez en el Asia, en la Oceanía y en el Peloponeso, resultándonos la Geografía algo menos árida y costosa. Sin el Retiro, en la realidad de la memoria; sin el Retiro, al final del paseo de nuestras tardes, no habiéramos podido poner la bastante vegetación ni las suficientes perspectivas en las lecciones de Geografía. Hasta las evocaciones de las montañas y del mar las podíamos obtener gracias al Retiro. Si les dejasen a los niños sin él, su torpeza sería terrible, y a veces inmodificable.

¡Qué de cosas construyen los chicos gracias al Retiro, y cómo obtienen, sugeridas por él, novelas y aventuras en su imaginación!

El Retiro se hace nuevo cada poco tiempo, y se va a él para volverlo a ver como una cosa nueva. Solo cuando se lo recorre demasiado se ve que no tiene ninguna novedad, a no ser su desorientación y su coquetería, que varían todos los días.

Al Retiro recurren todos los convalecientes, y hay momento que huele a esa habitación cerrada durante la noche, y su aire libre y su naturaleza son ficticios.

¿Corren ardillas por los árboles del Retiro? ¿Se ocultan la caza mayor y la menor entre su espesura? ¿Hay grandes serpientes? ¿Hay algún cocotero en algún sitio de él? Por lo menos todo eso se pregunta.

Desde luego, sus paseos de Nicaragua, Venezuela y el Panamá, trasladan a los sitios que evocan sus nombres, y parece que somos hombres vestidos con traje blanco que pasean bajo la tierna y cordial temperatura ultramarina. Así parece que en ciertos sitios del Retiro, los correspondientes a la zona tropical, nunca es invierno.

Pero entre todas las sorpresas, hay una que sorprende más: la sorpresa de unas ruinas románicas que se encuentran en uno de sus extremos.

Hay muchas gentes familiarizadas con el Retiro que no han encontrado esas ruinas. Lo románico en el Retiro no recuerda lo que hay de ese estilo en Castilla, sino que más bien recuerda lo que se halla románico en Asturias, por ejemplo.

Traída de Ávila esta capilla, que allí era la capilla de San Isidro⁸⁶, edificada en el siglo XIV, ahí está desde 1896. Fue trasladada piedra a piedra en cajones que ponía "Frágil", para acabar de desprestigiar ese remoquete de los cajones. Ya aquí los arquitectos jugaron como niños al juego de las construcciones, buscando la figura dibujada en los planos con todas aquellas piezas de distinto tamaño. Fue un largo juego, un "puzle", que duró una temporadilla.

Se gastaron muchos miles de reales en este juego y en este trasplante, para que después no hayan agarrado las raíces de esta capilla en la tierra esa, pues de otro modo el edificio no estaría tan raquítico e incompleto y hubiera surgido la torre románica, que se elevaría sobre ese espacio azul.

No encaja en el Retiro esa iglesia románica caída del cielo como un aerolito. No tiene fondo, no tiene romanticismo, y las voces del suelo –unas voces mudas que se oyen perfectamente– proclaman su mentira.

Si no supiésemos que es auténtica y que fue sacada por encima de la muralla de Ávila ese año –no cogió por las puertas– llegaríamos hasta creer que era artificial y que era la ocurrencia de uno de esos escultores que perpetúan la gloria del héroe con cualquier atributo, pudiendo sospecharse si era el monumento a Peral.

Se ve frente a estas ruinas esa profunda verdad de que sobre la ruina ha estado construida su bóveda, y cerrando el espacio con cierta intimidad, gravita sobre la ruina auténtica y la completa siempre. Aun cuando ya no exista nada, ni una piedra, de una construcción antigua, sobre el terreno en que se elevó, hay más realidad de edificio que sobre este trecho en que se eleva ese arco tan noble, pero injustificado y engañoso.

La piedra se convierte en yeso patinado, ya hasta las ruinas de aquellas edificaciones de la Exposición de industrias, que se verificó hace años en el Retiro, y cuyos últimos restos ahora acaban de demoler la piqueta, tenían más romanticismo y más consistencia de cosa que recuerda y perpetúa lo erigido y que conserva el recuerdo de haber tenido encerrada y protegida una agrupación de almas. Estas hasta resultan decoración de fotógrafo, “fondillo” de fotografía. Ni de una misa de campaña podrían ser altar.

¡Pobres ruinas románicas de Ávila!, perdidas en el jardín cortesano, frívolo, sobre la “pelousse”, con recortes y filigranas de jardinero, increíble, increada, inencontrable para ese sacerdote que, como en la novela de Barbey, resucitaba y volvía a reanudar su misa una vez al año; ¡el sacerdote de esta esta iglesia la buscará por todas partes, menos en el Retiro, que es donde nadie se la podía suponer!

La Tribuna, 12 de febrero de 1920, núm. 2.971, pg. 6

***Posdatas. Pabellón de Cátedras de Botánica. ¿Qué se hizo de la Casa Persa del Retiro?*⁸⁷**

Este medio edificio con dos alas largas, cubiertas de cristales, figura en el Botánico como su palacete.

Se llama de cátedras de Botánica; pero allí nunca se da clase de Botánica; se distraían tanto los alumnos en el cielo azul y el buen tiempo, que no dio resultado ninguno. Nunca ha sabido qué hacer el Botánico con ese pabellón de tan noble apostura, y por darle algún objeto, estuvo encerrado en él el esqueleto de una gran ballena, enorme esqueleto que llama la atención de los niños, heridos en su sensibilidad por lo monumento de piedra que resulta el hueso, por esa perennidad triste que hay en las osamentas. Un detalle que evoca aquel esqueleto, más que nada, es el de intenso olor a aceite de pescado, quizá el aceite con el que le habían untado para que no se descompusiesen las largas y numerosas vértebras; metido en ese recinto tibio siempre de las galerías de cristal, los días de sol olía terriblemente a aceite salado y rancio. En nuestra imaginación se asomaba la interminable ballena, y nos asustaba con su impotencia para moverse, con su tragedia de estar en un sitio sin agua, cuando por lo menos necesitaba un vaso de agua en que cupiese un estanque.

Después ese pabellón ha estado vacío, y, por fin, se ha dedicado a la conservación de las plantas más finas, esas que necesitan un palacio de cristal para no languidecer. Allí están las plantas más aristocráticas: la *Celia*, la *princesa*, la *Cristina*, la *Rusalka*, la *María Antonieta*, etcétera. Es demasiado, sin embargo, para esas plantas el pabellón. Aquello necesita muebles preciosos, cuadros y una familia real auténtica, que, yéndose en el verano, dejase visitar al público sus riquezas. La cosa es que ese pabellón tenga la consagración que necesita.

Siempre que veo al final de las frondas del Botánico el elegante palacete, pienso en lo que quisiera ser. Tiene empaque de ser una cosa que no ha sido ni será nunca. ¿Quizá sitio en que conservar las más bellas muertas incorruptas? (Tipo sí tiene de optimista el pabellón de cementerio; pero tampoco es eso.) Quizá ese debía ser el palacete del hada, el hada del Botánico, el hada de las flores, y quizá por la ausencia de esa hada, que no es fácil improvisar ni hallar, bosteza de ese modo, sin su objeto y su razón de existir, ese pabellón de trazo elegante y con una dignidad extraña⁸⁸.

¿Qué se hizo de la Casa persa del Retiro?

¿Es que cuesta tanto apuntalar las cosas y darlas duración, cuando, sobre todo, no vienen a sustituirlas ningunas otras?

La Casa Persa del Retiro fue uno de esos grandes restaurantes que hubo en Madrid, dando un carácter suntuoso y caprichoso al lugar de los banquetes. Así, el Salón de Oriente; así el Tívoli, también.

La Casa Persa del Retiro, con su aspecto de gran barraca y con su arquitectura tramada con elementos rústicos, que la hacían una verdadera creación de los bosques mundanos, debe de estar muy echada de menos por el paraje en que estaba. Era una de aquellas grandes obras de la fantasía de los que inventan recreos de verano. Era una de esas catedrales de la improvisación que dan carácter a un jardín. Quizá en el Retiro no ha habido después de la Casa Persa una cosa tan monumental, ni con una apariencia teatral tan digna del gran jardín.

En el Retiro generalmente desaparecen las cosas sin justificación. Esa vigilancia pública que gira constantemente el público sobre otras cosas, allí tiene el fracaso de la noche. En la noche se dan las órdenes de arrancar los remates, las cosas medio juguetes de niños, medio juguetes de todos, que quedan en el Retiro. Así han desaparecido cosas como la Casa del Contrabandista, la Faisanera y la sala de los Chascos.

Tristán

La Tribuna, 24 de abril de 1920, núm. 3.033, pg. 6.

Variaciones. Por el Botánico⁸⁹

Siempre, en los paseos por el Botánico aprendemos algo. Estamos entrando en él desde pequeños, avizores, y, sin embargo, la mucha ciencia de sus clasificaciones nos embarulla y no nos deja sonsacar las cosas sencillas, que son las más difíciles de deducir. Sólo al cabo del tiempo vamos encontrando esas notas diamantinas.

Ahora, ya los emparrados bajo el sol hacen sobre el suelo, a lo largo de esos pasillos o cenadores interminables a los que se enroscan, un bello efecto de luna.

[...]

Otro descubrimiento de hoy es el del árbol de las pelucas. ¡Cuántas veces habré pasado por ese paraje del Botánico!, y, sin embargo, ¿cómo no había visto una cosa tan prodigiosa como ese “árbol de las pelucas”? El árbol de las pelucas, como un escaparate de peluquero el día de Carnaval, no tiene ni una peluca.

[...]

Los “Almeces” sigo viendo a través de los años que son los árboles a los que mejor sienta Madrid, los más enormes, más fuertes y más arraigados. ¿Cómo entonces no se le ocurre lo indicado al que debiera plantar de almeces la ciudad? ¿Es que no resultaría un espectáculo grandioso, umbroso y como sostenido por árboles atlantes, el de los bulevares llenos de almeces? No hay lógica ni perspicacia en nadie.

[...]

¡Qué extraño que en el centro de Madrid, entre casas y ruido de coches y tranvías, en el centro mismo de la gran urbe, suene la estridencia auténtica de la chicharra! Las chicharras del Botánico no las hay en el Retiro, y hay que internarse mucho en la Moncloa para encontrarlas.

[...]

Volverá todo eso; pero ahora solo es hora de recrearse, aun cuando de pronto se apodera de nosotros esa melancolía que aún bajo el mejor tiempo acude a nosotros en el Botánico, y entonces tenemos que huir del jardín como de la cátedra o de la fila de colegiales en que hay un momento en que se siente uno inmiscuido... Y salimos por la puerta del montante, la puerta que hay frente a Trajineros, esa gran puerta de hierro que tiene un hermoso móntate vacío entre el arco de piedra y el arco de hierro en que comienza la puerta, bello móntate por el que se ve el azul del cielo en combinación con

unos ricitos y cascabullo del verde los árboles de ambos lados, divino montante por el que entra y sale la pura libertad y todas las expiaciones y las indulgencias apetecibles...

La Tribuna, 29 de abril de 1920, núm. 3.037, pg. 6.

Variaciones. La fuente egipcia⁹⁰

En el Retiro hay rincones de todos lados del mundo, hasta de los antípodas. No he visto a través de mis viajes un jardín que tenga menos carácter nacional que este. Todo en el Retiro es universal, y es un mapa-mundi el que se extiende por entre sus macizos y sus arboledas.

El que sea muy experto del Retiro sabe dónde está su Oceanía, sus Américas, su India, su África, etc., etc.

Por trechos y al dar la vuelta a un paseo como para entrar en una continuación del mismo camino, vamos descubriendo esa variedad de aspectos que nos destemplan espiritualmente, y hasta físicamente, porque no se pasa en vano, y sin gran conmoción y deterioro, de un país a otro, o lo que es más, de un hemisferio a otro. (Cada puente que hay en el Retiro no representa que se vadea un arroyuelo, sino un mar.)

Hay sombras distintas, extrañas, rarísimas en el Retiro. No sabemos muchas veces situarnos en esas sombras, en ese paraje umbrío y frío, en el que somos completamente inadaptables, y pasamos deprisa, a sabiendas de que pasamos una región que no nos va, una región que es el paralelismo de un sitio lejano del mundo, en el que seguramente pereceríamos.

No hay un solo trecho en el Retiro que esté en comunicación próxima y unida con los demás. No parece cada plazoleta del mismo jardín. A veces, pensando en alguna de ellas, y no precisamente en la más lejana, nos sentimos sin fuerza para llegar a ella, como si estuviese detrás de nuestra voluntad, al otro lado de una cordillera.

En el Retiro hay como casitas de unos indígenas de raza distinta a la nuestra, y que no se encuentran, que no nos salen al paso nunca. Son –siendo completamente reales– como esas casas de las hadas y de los gigantes dañinos que están en medio del bosque transitado por todos, y con las que, sin embargo, no topa nadie si no es el elegido.

Son pequeñas parcelas diferentes, pero intensas, las que componen este gran mapa, que en una escala reducida supone un mundo muy grande.

Por todas esas razones y diferencias, la fuente egipcia que se eleva frente al estanque, en su linde más lejana y pérdida, es el monumento que revela dónde está Egipto en el Retiro, el pequeño trecho que lo representa.

Ya, al volver ese ángulo que hace el estanque en su final, se siente que se entra en un sitio de gran sombra y como entre árboles más centenarios que los demás.

Miedo a algo, miedo, no se sabe por qué, a la cavernosidad de la vida se siente al entrar en esa sombra unida al agua, como si allí estuviese la fuente del Nilo, con el peligro de sus cocodrilos, unos cocodrilos más blandos y de dientes de goma. No hay nada de eso, así de claro y de tonto; pero de un modo confuso, vago e incierto hay algo de todo eso y de todo esto.

Antaño, antes de llegar a la fuente egipcia, se veía una noria a un lado y otra al otro de ese monumento, norias pacíficas, placenteras y ricas del Retiro, norias de señorito, norias por sport.

Después había que hacer uno de estos grandes esfuerzos que hay que hacer en el Retiro para buscar un sitio de mucho carácter –casi atrabiliario de tanto carácter– y nos poníamos enfrente de la fuente egipcia. Una cosa sórdida que tiene esa fuente y que abrumba al que la mira en su gran depósito, ese amplio cuerpo de fábrica sin ventana ni puerta que se alarga por detrás del edificio, y que es tan grande como la casa de un peón caminero. Parece que ahí se depositan varias dinastías de agua, las dinastías más antiguas, como son las de los antiguos viajes.

Las arañas de agua –a la que tememos más que a las de tierra– también se suceden y engordan en esa hermética soledad del gran panteón del agua.

La divinidad redonda y sin extremidades, la divinidad como una tinaja que hay en la hornacina del centro, parece que ha engordado así, por la humedad, por estar sus raíces metidas siempre en un agua espesa y gorda.

“La Embarazada” o “La Preñada” la han llamado varias generaciones, dando a decir algunos que sus aguas eran buenas para las mujeres estériles. ¡Pobre Canope! Por fin, desconfiado y cansado de esperar, viéndola ya tan “fuera de su cuenta”, la llama el público “La Tripona”.

Inagotable, se parece a esas mujeres mancas que van por los pueblos y que escriben con los pies enmitonados, sino que sin pies también.

La estatua es bonachona, es franca, y mira con esa mirada litúrgica y triste de no poder abrujar, que tienen las “Estellas” que se exhiben en las barracas de feria, solo con cabeza y un poco de cuerpo, el cuerpo en forma de gran peonza, como el de las cabezas de peinadora, de cera, con senos y sin brazos.

Se bebe de su caño, como se bebería de un botijo natural, o sea de la madre botija, maternal, pero abotijada.

El aguaducho que tenía al lado la fuente egipcia no era como los demás. Aquella vieja que despachaba en ese aguaducho era como la bruja del paraje, la vieja sacerdotisa que sabía lo que pronunciaban los labios inmóviles de la sibila de apariencia banal. Tan oculto aquel puesto detrás del biombo que era el monumento, obtenía respuestas y tenía tiempo de verla transformarse en la soledad, saliendo de su crisálida de piedra.

Antes, ese monumento tenía en lo alto la efigie de Osiris, gallardo, largo, rectilíneo, con un pie delante del otro, como si fuese a echar a andar con una gran regularidad de compás. ¿Qué ha sido de él? ¿No se habrá metido, como escotillón, dentro del depósito, como si se enterrase en las catacumbas de ese gran receptáculo misterioso?... ¿No se habrá ido, como suponen ellos que hace el sol cuando se pone, a la región de los muertos y volver una buena mañana como si fuese la cigüeña que de nuevo hiciese su nido en el monumento?

Las dos esfinges le espera aún sentadas en lo alto, de cara al pedestal del desaparecido, como si hubieran sido guardianes que no pudieron evitar que Osiris desapareciese como en un día de Ascensión.

¿Dónde ha ido a parar aquella imagen en yeso pintado? ¿Se agravó en ella el mal que corroe a las dos esfinges, descascarilladas, como desfajadas, más al descubierto que nunca lo que tienen de momias deshechas?

Sea lo que quiera, siempre establecerá el Egipto en el Retiro esta fuente, hija del capricho de un Fernando VII. Esa divisa que ostenta en su hornacina, y que en Egipto era el vaso en que se echaban las entrañas de las víctimas, se mantiene rolliza, optimista, opulenta y aún vivirá muchos años.

La Tribuna, 30 de junio de 1920, núm. 3.090, pg. 8.

*Variaciones. Los antiguos ciclistas. Las siestas*⁹¹

Los antiguos ciclistas.

El Retiro estaba antes lleno de ciclistas. Recuerdo aquellas montañas como llenas de niquelados destellos de radios de rueda y como surcadas por la silueta rauda y echada hacia delante de las liebres humanas.

Así como se dice al pasar por la carretera en que los conejos se pasean: “¡Mira un conejo! ¡Mira otro!”, así, al andar por el Retiro, nos señalábamos con el índice de “por ahí” los constantes biclistas, que eran como unos seres que solo tuviesen perfil.

Un ruido ligero de serpiente o de céfiro entre las hojas y sobre la arena era el que se percibía como precursor del biclista, que iba abriendo rendijas en el aire.

Era como un rayo de energía y de agilidad, que se mezclaba muy afinmente a los rayos del sol. Los ciclistas aquellos del Retiro animaban el paisaje, y ponían como un “carroussel” suelto a través de todo el Retiro.

Eran carreras de galgos de acero, que entrecruzaban las líneas fúlgidas las mañanas del Retiro, sobre todo las de los domingos.

Se llamaba a aquel ciclismo “el ciclismo mondaine”, y los puestos que había en el Retiro para el recambio se les llamaba “Châlets du Cycle”.

A las “mañanas ciclistas” del Retiro acudían varias jovencitas aristocráticas y distinguidas, que pasaban con sus pantalones bombachos, y eran vistas y no vistas, con el pelo suelto –¡Ay!, ya casi no se usa el pelo suelto–, flameando y sonriendo al pasar para dar a los que las veían los achares de la escarpada rauda, inaprensible, fugaz. Aquellas mujeres que pasaban escapadas como solo las ninfas solían pasar por los bosques, eran una visión de belleza que flotaba, que se esponjaba, que se refrescaba, que creaba su aura, un vientecillo suave y terso que acariciaba a los espectadores sedentarios y cucos de los bancos.

El “Veloz Sport”, que era el periódico de los ciclistas, hablaba de estas mañanitas, y era como la crónica de la alta sociedad del ciclismo y el portavoz también del “Artistic Cycle Club”.

La nota dramática de aquellas mañanas de ciclismo era cuando el guarda encontraba algún ciclista por los paseos e que estaba escrito en blanco sobre el esmalte azul

de unos bonitos estandartes: "Prohibido los ciclistas". El guarda paraba al ciclista, lo desmontaba, y agarrando de la testuz y de los cuernos al carnero veloz⁹², lo conducía, con el jinete, a la caseta de las multas. Era triste la escena de detención del nervioso aparato, que solo deseaba correr, vagar raudamente, alegremente, siempre visto y no visto.

¡Qué de la mañana del verano siguen siendo aquellas siluetas como de líneas de puntos que surcaban el Retiro!

Las siestas

La siesta tiene un tono fúlgido y especial en esa hora suya, declaradamente suya que tiene. Es grato ver sumergidos en siesta los paseos. En el de la Castellana, esos caireles de sol y sombra que revisten las avenidas, caireles colgados en lo alto, flotantes en lo intermedio y alfombrado el suelo en lo bajo, son caireles de la siesta y el traje de luces y de sombras que le corresponde, porque así como las luces de la siesta son muy particulares y vívidas, las sombras son muy empavonadas y nieladas de sombra.

En la avenida solitaria de la que ha huido la gente por completo a esa hora en que se "desasfalta" lo asfaltado, todo está sumergido en la siesta, todo rezuma siesta y está lleno el gran lagar del vino más tinto de la sombra –¡espeso mosto!– y del vino más rubio del sol.

Bajo las sombras del cortijo, las sombras del emparrado, las sombras de sombrero que vierten los árboles en la siesta, los trajineros la duermen como troncos. Se tiran al suelo tan de cualquier modo, buscan tan poco la simetría, que además, sin almohada, parecen los fusilados o los muertos en el combate. Las fotografías de esas sarracinas civiles que se producen en las grandes plazas soleadas de Méjico, y en las que se ve que después de la refriega se quedan solitarias y a solas con sus cadáveres como los parajes de la siesta, son las que más se parecen a estas siestas madrileñas sin orden ni concierto, todos cruzándose en medio del paseo, tanto que a veces hay que saltar sobre los cuerpos de los sesteadores, como si pasásemos sobre sus cadáveres.

Junto a las verjas, sobre todo junto a la verja del Botánico, duermen siempre la siesta algunos hombres, protegidos por los árboles de dentro, cuya sombra hay que aprovechar desde fuera porque dentro está prohibido dormir de esa manera. ¡Grandes camas de matrimonio con cabecera esas que se arriman a las verjas de los jardines!

Las sombras moradas de los árboles sobre los rostros de los que duermen les ponen esas manchas, que los que las tienen fijas y permanentes dice que es porque su mamá tuvo una querencia o un capricho y no la fue concedido.

Muchos, con las gorras sobre el rostro, cubren la expresión de cadáveres descompuestos con que se afean en la siesta, siesta desencajada de boca abierta y cara de tontos. Nada más chulo y más plebeyo que ese echarse la gorra sobre el sueño.

El que duerme la siesta no debe tener reloj, o debe tener la muletilla atravesada en el ojal del ombligo para sentir bien el tirón. Para que parezca más campo de batalla el paraje de los sesteadores, hay el que se dedica a robarles y se inclina como sobre muertos y les arranca el botín que llevan encima.

–¡Y yo que he soñado que me robaban! ¡Qué casualidad!– suele decir todo consternado el que se despierta y se encuentra que ni aun teniendo atado con una cadena de perro el reloj, ha podido salvarle, y que además, allá a lo lejos, lía el ladrón un cigarro de su tabaco también, con la petaca cavilosa y dotada de tan gran tiento del carretero.

Esas blusas azules tiradas por el suelo, esos tíos con tipos de ahogados que presentan los pies tumefactos, sin calcetines y con las alpargatas deshechas, esos hombres boca abajo como heridos por la espalda y como no queriendo ver el mundo y como huidos de él en su sueño, disfrutaban un ensueño de dominación en esas siestas al aire libre, y sobre todas las cabezas se elevan las escalas de Job⁹³, escalas parecidas a las de los faroleros, sino que infinitamente más altas.

La Tribuna, 28 de julio de 1920, núm. 3.114, pg. 8.

Variaciones. El Estanque del Retiro⁹⁴

Este estanque del Retiro parece que estaba ahí desde el principio de la creación, como, según Pinelo⁹⁵, la altura que hubo que rebajar detrás del monumento al Dos de Mayo, “estaba allí desde el principio del mundo”.

No tiene trazas aquello de una creación artificial. Indudablemente, como laguna lacrimatoria de los cielos o como gran regalo sisón de las aguas de algún arroyo de los que han pasado a su vera, el estanque del Retiro estaba en su sitio cuando el valido⁹⁶ se decidió a hacerle jardín de las delicias de su señor.

No tiene el estanque del Retiro ese destino voluble de las cosas artificiales. Su permanencia es, indudablemente, superior a la voluntad de los hombres, que si no ya hubieran encontrado manera de cegarle, si no por nada, por colocarle en otro sitio.

En todos los grabados es citado, aunque se le llame de distintas maneras, casi siempre estanque grande.

Eso sí, ha tenido épocas distintas. Primero, una época rústica; después, en el mismo siglo XVII, en los primeros años, una época medio rústica en que quedaba en los confines del jardín, donde ya no había arbolado junto a las tapias primitivas del Retiro que lindaban con él. Hacia la mitad del siglo XVII ya comienza a ser el centro de los juegos en el agua a que son tan aficionados los Reyes. Como el corazón humano es tan elemental, názcase donde se nazca, siempre se siente el deseo de jugar sobre el otro elemento, sea como sea, metiendo las manos en el agua, como los niños, o paseando en barca, como los mayores, o cruzando el mar en un gran barco, como los mayores de los mayores.

La regia falúa navegaba por el gran estanque ya en esa época, una de esas hermosas falúas, que son como inmensos cisnes o lechos de placer que bogan sobre el agua como por un sueño. Tenía la regia falúa un embarcadero como el que queda aún a la regia falúa que se conserva aún junto al otro gran estanque del Real Sitio de San Ildefonso, regia falúa en negro ébano, que es como la cama de [pavés] en que murieron blandamente los antepasados de los Reyes, y en que fueron pasados al otro lado del Leteo.

En esos tiempos galantes y atrevidos –¡así se hace!– de Felipe IV fue adornado muchas veces el gran estanque, y comenzaron a nacer de sus aguas en las noches apasionadas las luminosas espadañas y flores acuáticas de los fuegos artificiales del agua.

Hasta tuvo entonces su célebre tempestad, pues la noche de San Juan de 1640 un súbito torbellino dispersó las barcas, apagó las luces, desbarató las tramoyas, causó el pánico en todos.

El 29 de junio de 1695⁹⁷ se representó en la isleta central del estanque grande la comedia “Los encantos de Circe”⁹⁸ sobre un gran tablado, en el cual se había formado un espeso bosque con grandes montañas, árboles, fuentes y volcanes, yendo Circe

por el agua en un carro triunfal, tirado por dos delfines, a deshacer los encantos. La fiesta terminó con danzas en tierra y en el estanque duró seis horas, acabándose a la una de la madrugada.

Numerosos festivales se han celebrado a su alrededor, y los que se hayan estrechado las manos “aprovechando” la expectación embobada de todos no lo olvidarán jamás, ni aun en la muerte, pues el festejo en un jardín de grandes árboles y frente al agua oscura y reluciente no sé qué tiene de espectáculo en la dicha del otro mundo ya.

El adorno de su alrededor es el que ha variado por épocas. En estos mismos grabados que he podido dar se ve cuán diferente ha sido, y en otros que he visto hay cosas más raras, hay una tapia alta a un lado y alguna otra cosilla de servicio inconcebible.

Este estanque principal midió desde el principio 1.006 pies por 443; en el centro tenía una isleta oval, cruzada por dos caminos, con árboles y un templete en medio. Había cuatro embarcaderos, y existían en los mismos puntos que ahora las cuatro norias que Alejandro Dumas calificó de capillas. Del estanque grande partía un canal llamado Río Grande, que servía de cercado, y que [ilegible] en la iglesia de San Antonio de los Portugueses, que [ilegible] entre la fuente de la China y el olivar de Atocha, la dejaba en el centro de una isleta.

Esos palacetes de sus esquinas debían estar bien. Esos palacetes para nadie, espacios de respeto, casillas de las hadas, son muy necesarios en un jardín, llegando a ser profundos, trascendentales y algo así como cajitas misteriosas llenas de estancias, y entre todas las estancias, la más intensa y concentrada la del pasado puro, la de todos los días, uno a uno, con todo lo que pareció perderse.

Estos días el estanque del Retiro es otro. Es algo popular, como el salón de baile de un merendero de entrada empavesada.

Muchos días he ampliado la noche y he esperado que lo abran a las cinco de la mañana –la hora oficial del buen tiempo–. Ya había “cola” junto a la verja a esa hora, esos y esas que ansían tener un jardín, y que ya que no tienen ninguno se contentan con el mejor de todos. Como osos y osas queriendo abrir la jaula de su prisión, así estaban pegados a la verja esperando que el guarda diese las dos vueltas a la llave y abriese la gran puerta de la catedral con ese esfuerzo con que parecen mover el mundo.

En seguida, abiertas las puertas, el embarcadero comienza a llenarse de gente, y van despachando las barcas para uno –o sibarita o suicida–, las barcas para

dos y las barcas para esa colección de remeros que imitan a los alemanes y a esos suizos atontados que se mueven como muñecos mientras el del timón les grita un “¡Hup!” monótono y animal.

Antes, en el embarcadero había contratados unos músicos de bautizo, que tocaban su repertorio, “la música inefable y argentina del bautizo”, que tira montones de calderilla en notas, la música de “la boda” y la música del “día del santo”.

Hoy se celebra sin música la gran cabalgada en barca. El estanque resulta grande sin llegarse a atestar de barcas, mostrando siempre caminos amplios a la navegación. Muchos marineros, como Cristóbales Colones, van buscando ese rincón de sombra, esa Citerea que su ingenuidad supone que yendo en su barca mar adelante lograrán descubrir.

La expectación es grande; pero los que más disfrutan son los que están en tierra junto a la balaustrada de hierro y ven todas las peripecias, y no se acercan a aquella muchachita que desde lejos parece bella e interesante.

El estanque del Retiro es el gran vaso de agua de Madrid, el gran vaso de agua en que se acucia su cielo y su ambiente. Consuela más que parece, y si faltase, quedaría una desdichada sed de él en el aire de nuestros días.

Junto a sus aguas, al lado del paseo se siluetean las figuras como en ningún sitio, Siendo sitio por donde pasar de largo y no quedarse demasiado, porque de tan visible como se es se llega a estar desairado.

Su embarcadero es elegante y amplio. Es el segundo ejemplar de sí mismo, pues cuando más completo estaba, cuando más Club de Regatas iba a ser aquello, cuando todo pasaba su mal invierno esperando las mañanitas de mayo, se cebó el incendio en las embarcaciones y hasta en el astillero del Retiro.

Fue aquel fuego un fuego en nuestro puerto, de esos fuegos aparatosos y voraces que tanto pánico producen a todos los barcos que han venido a recalcar al puerto de mar desgraciado.

“Anoche –dice el “Diario de la Marina” de esas ciudades marítimas– se declaró un fuego a bordo del vapor ruso “Topof” y gracias al aislamiento en que se dejó al buque no se prendieron los numerosos barcos que ayer se había refugiado en la nada. El capitán, etc., etc.” Y el “Diario de la Marina” se extiende mucho y da valor e importancia al suceso.

Nosotros no tenemos “Diario de la Marina”, y por eso este acontecimiento consternador casi no mereció comentario y no se dieron pormenores de él, cuando en el fondo lo que pasó fue que se quemó nuestra escuadra y que hubo un pequeño desastre de Cavite en el Cavite madrileño.

En ese profundo sueño a puerta cerrada que se echa el Retiro debieron de ser terribles los primeros momentos, sobre todo para esas barquitas femeninas –las modistillas de las barcas–, y que llevan nombres de mujer, como si fuesen madrileñas: la “Patro”, la “Encarna”, la “Pili”. ¡Desgraciadas “compañeritas” de los noviazgos que van al Retiro!.

¡Hermoso estanque del Retiro, siempre risueño y juguetón, gran balsa para echar los barquitos los niños mayores! Ni los suicidas que ha sufrido, ni los naufragos de inquieta tontería, han podido enturbiar su alegría y su cándido simulacro de los mares y los grandes lagos lejanos.

La Tribuna, 28 de agosto de 1920, núm. 3.141, pgs. 6-7.

Variaciones. Los jardines para venta de flores⁹⁹

De vez en cuando se encuentra aún jardines para la venta de flores. ESPECIALIDAD EN CORBEILLES, pone en unos; ESPECIALIDAD EN ADORNAR COMEDORES PARA BODAS Y BAUTIZOS, pone en otros, etcétera.

Aún hay respiros en Madrid por la gracia de Dios en que se cultivan las flores y se ofrecen al público.

Es un gasto superfluo de terreno, pero, sin embargo, admirable. Parece que un filántropo se ha empeñado en perpetuar ese trecho rústico y fecundo.

“¡Lo que rentaría una casa construida aquí!”, se piensa hasta por los que nunca tendrán casa propia, con la insana afición a calcular ambiciones.

Pero el propietario no quiere. Tiene ya cariño a sus macetas, a sus flores, a sus viveros. Son sus hijos. Él los ha plantado en una fiesta del árbol inolvidable.

Ha disminuido mucho. Los hijos de los filántropos o de los jardineros a outrance (sic) vendieron el solar, y cuidan la maceta de la renta perpetua en el balcón de cualquier casa.

En las afueras se les encuentra a veces. Aun ahí son antiguos, acreditados, con ese aspecto viejo de los viejos paisajes en que hay un molino o una casita muy campesinista y que se dan a dibujar a los niños. Casi todos parecen dibujos de regidor.

Hay uno que es de un francés, francés de vejez rubia, o sea con las barbas un poco teñidas de rubio. Hace muchos años que están aquí; pero aún hablan un chapurreado de sacamuelas, quizás porque lo han cultivado así desde el primer día. El gasta unos lentes como hechos con la cuerda de un reloj, porque todo en ellos recuerda ese tipo de cinta metálica de las cuerdas del reloj cuando se distienden por completo. Ella gasta una manteleta con borde de largos flecos trenzados, como se trenzan las trenzas de las niñas.

Los dos están siempre desde muy temprano en su jardín cortando con las grandes tijeras pelicanescas los bigotes a las plantas.

Él dice que en París conoció a Meissonier, y le llevaba flores para que las pintase. Meissonier siempre me decía: "Monsieur Raymond, vuestras "florebs" son las "plus recommandables de Pagís".

Parece que, tan viejo como es hoy, hace muchos años iba hasta casa de Meissonier en la imperial de un ómnibus con su ramo goteante y de espinas amenazadoras, y después subía al alto estudio como viejo libidinoso que lleva flores a su querida del Cuerpo de baile de la Ópera.

A veces este viejecito francés no quiere vender flores al por menor. Se niega terminantemente a vender una peseta de rosas. No quiere que se ande escogiendo la mejor, porque él tiene quien le compra todas, unas con otras, como si fuesen buenas. Así, este viejo de figura romántica y que fue elegido por Meissonier no es digno de su tipo rechazando al joven artista que va a poner una peseta de flores y que le da mucha conversación, y que en vez de ¡qué bonita rosa!, sabe decir ¡qué maravillosa! ¡Qué inaudita!

Otros jardines extraños hay por ahí, tales como el jardín de los pensamientos: ESPECIALIDAD EN PENSAMIENTO, condición que le hace preciso para las tiendas de coronas. Los pensamientos en ese jardín cuajado de ellos visten de morado al jardín, de terciopelo morado y sobre el terciopelo morado parece que hay numerosas miniaturas, pues el dibujo de los pensamientos es el de un rostro de ser humano del tamaño de la cara de un ratón, expresión momentánea, garabatos, sobre el parpadeante amarillo

del fondo. Como lleno de fuegos fatuos y de mariposas está ese jardín. Mirándole desde la verja se piensa si los pensamientos están bien o están mal, y la discusión interior no se acaba y no resuelve nada.

El pensamiento está hecho por el espíritu femenino de la tierra, que siempre pinta florecitas así dignas de ser pegadas en las tarjetas postales de la felicitación; pero al mismo tiempo el pensamiento revela una intención artística tan complicada y tan detalladora de la Naturaleza, que parece que quiere decir algo más que lo que dice en las demás cosas, algo más que lo que quiere decir con la pasionaria.

Pero entre todos los jardines de la actualidad, el que está más en el centro es del Alberto Aguilera, el Jardín del Pilar, caracterizado por un pino todo pelado, menos en lo alto, en la cresta final, donde tenía unos pelillos graciosos como esos que hay solo en la coronilla de la cabeza pelada de algunos salvajes. Ese kiriki como el de los niños era como el remate infantil de todo el barrio, la cimera de su cabeza, algo de que todos estaban vanidosos. (¡Cuántas veces lo habrás visto desde tus balcones, querido primo Crispulo!).

Bueno, pues ese pino pelón, que era la originalidad de esos bulevares grises en que siempre hay demasiadas medias puertas cerradas, ha sido sacrificado por el hacha.

Todo el barrio está triste, desposeído sin su árbol de Guernica tradicional, sin su alarde de jardinería, pues era maravilloso ver reflorar siempre ese largo mástil que parecía seco.

Ha sido como si ese barrio se hubiese cortado la coleta de la originalidad. ¿Es que van a construir ya sobre el último jardín del centro? ¿Es que van a cubrir ese trecho de respiro en la ciudad aglomerada y demasiado urbana?

La Tribuna, 1 de enero de 1921, núm. 3.249, pg. 10.

Variaciones. No he ido de veraneo¹⁰⁰

No he querido salir en uno de esos trenes en que van las familias exagerando el calor, haciéndose las damnificadas, dejando Madrid como quien deja la desgracia, mirándolo con desesperada compasión. No, este año no.

No he querido tampoco ver el mar lejano, que en cuanto se llega es el mismo de antes, de hace uno, dos, diez años; y ya está visto, como si se le hubiese estado viendo desde entonces. Quiero decir que en seguida se le recuerda.

No he querido tampoco ver crecer niños como los cañamoneros, y estar indeciso siempre entre saludarles o no saludarles al encontrármelos en Madrid todavía más altos. En los veraneos hay chicos muy largos, muy largos, de cargante infantilidad. Son lo más antipático del veraneo.

Por otra parte, lo he sentido.

Es bonito ver Valladolid, sentir entre sueños que se dilata la noche ahogada en el vagón, o mejor dicho, el vagón ahogado en la noche, en un andén grande, de elevada montera; y también es bonito después sentirse en el Norte.

Este año no he pasado de Segovia, y con eso quiero decir que he visto el prólogo del viaje, las muchachas con faldas blancas, jerseys y chales de lana de los andenes, viendo cómo algunas, con gran exhibición, jugaban al tenis al atardecer, cuando ya la pelota se pierde; pero cuando los trenes [que] pasan son más insistentes. También quiere decir esto que he pasado algún túnel con el temor de que se hunda sobre nuestras cabezas, aunque yo siempre he pasado cinco minutos antes. También quiere decir eso que he oído la campana que da salida a los trenes, y que suena a la del viático, tocada además del mismo modo, y que he pasado sobre el alto puente sobre el Manzanares, que está siendo sustituido a la vista de todos y bajo su peso, tanto, que el viajero pasa sobre el nuevo puente un poco calzado en el puente antiguo. Al ver pararse el tren y despasar tan despacio, se siente un verdadero peligro sobre un alto viaducto.

¿Quién nos dirá cuándo estamos en verdadero peligro? Todo nos lo ocultará y nos engañará. Pero debe ser peligroso cuando hay unos hombres que, aprovechándose de la emoción, piden cigarrillos desde el profundo y seco álveo del río. Eso nos recuerda aquel guía del alpinista, que en el sitio más peligroso le dice al turista: "Aquí todos los excursionistas acostumbran a darme veinte duros".

Yo solo he probado ese vermú del veraneo, porque yo donde he veraneado ha sido en el Botánico.

¿Habrá mejor veraneo? ¿Es que en esas excursiones de por las tarde en los pueblos de veraneo, se puede ir a un sitio en que los árboles no sean los árboles monótonos de la rusticanería, sino los árboles elegantes, distintos y cosmopolitas?

¡Qué sombra la del Botánico! Ninguna más civilizada, más de haber viajado mucho, más gigantea. ¡Y qué olor a verdura variada, a gran ensalada rusa!...

Yo, que ya se sabe que soy un botánico por misticismo, y que sé distinguir el cedro del abeto, de la wellingtonia y del gran pinsapo, encuentro un gran placer en repasar el Botánico y en guarecerme debajo la sombrilla de una "sófora péndulo", ahora con tela nueva, después de haberse pasado todo el invierno con el varillaje desnudo.

Todos los días hago observaciones nuevas en el Botánico, invierno y verano; "que hay ciertos perros, de esos muy feos y enterrados bajo sus pelos, que tienen pelo de palmera; que todo lo anormal busca el paseo del Botánico: la madre ya muy rara para ser madre, la que ha tenido los tres mellizos, la que no sabe aun lo que es Madrid y sale al jardín de matinée; ¡que a las plantas habría que intentar hacerlas aprender cómo se llaman, para que respondieran al señor que les preguntase: "¿Y tú, cómo te llamas?" (Al que consiguiera eso se le haría una estatua de cuerpo entero en el Botánico, como a Cavanilles y Clemente.)

El Botánico tiene hasta una caída de la tarde, un "ángelus" digno, y sus trabajadores, remolones y siempre a la sombra de los grandes olmos, simulan una vuelta del trabajo bastante digna, con las azadas, las palas y los capachos al hombro...

La Tribuna, 30 de agosto de 1921, núm. 3.454 pg. 4.

Variaciones. La pulmonaria¹⁰¹

Por el Prado adelante, como por el paseo interminable.

Los árboles, como abanicos que han perdido su paisaje.

Velázquez, sentado en una posición muy incómoda y con los pies muy grandes.

Los grandes bancos, con gentes en el anverso y en el reverso.

Los niños, jugando a las comiditas sobre los bancos: "Esta es la harina..." "Esta es la sal..." "Estas son las judías."

Entro en el Botánico como eterno estudiante del Instituto de Botánica, cuando ya el curso de botánica está cerrado, pues comienza en primavera.

Todo está perdido, estragado, revuelto. Ahora sí que los carteles son lápidas en un cementerio de pájaros. ¿Querrá volver a salir el año que viene esa planta en el mismo sitio de su inscripción o trasmigrar a otro paraje más lejano y allí arraigar una semilla sembrada por los pájaros?

Es cuanto el jardín huele más a tila, quizá porque las hojas de los tilos, deshojados, preparan una perfumada tila al otoño¹⁰².

En los invernaderos ya están internas las plantas, invernando, en el asilo de los cristales, viendo a través de ellos los malos días en que el calorcillo de estufa que allí respiran las plantas hace que aparezca una consecuencia humana en sus cristales; o sea que resulten esmerilados por el vaho de sus calorcillo natural.

Las escobas de los jardineros recogen las hojas abarquilladas, atirabuzonadas, con cansino esfuerzo, con aire de viejos que matan el tiempo. Esta liquidación que hace la escoba de los jardineros es a la que se dedican más premiosamente, con sorna mayor. Hoja a hoja, van barriendo el camino, al que abanicán más que barren sus anchas escobas.

Todo se ha involucrado en el Botánico; pero un buen observador de la botánica debe estudiarlo también en este tiempo, pues se descubren árboles que en el buen tiempo no se acaban de destacar. En la tristeza de este paisaje invernal se ve el madroño de Madrid, que por esta su tierra debía de crecer más y es la adelfa melancólica.

¡Qué interminable lección la del Botánico!

Solo una cosa triste y desagradable observé la otra tarde y es que la *pulmonaria* había muerto, la *pulmonaria* que en esta época cuando más necesaria es, la *pulmonaria*, que es lo indicado para la pulmonía en mi terapéutica ideal... ¿Qué será de nosotros sin la *pulmonaria*? ¿Por qué no la metieron en el invernadero?

La Tribuna, 25 de noviembre de 1921, núm. 3.427, pg. 7.

El Río Manzanares y el Canalillo

*Variaciones. El Canalillo*¹⁰³

Aun siendo el canalillo la vena principal de Madrid, no se sabe apenas por dónde va. Claro que es difícil, que se pierde, que extraños zic-zac (sic), que busca caminos secretos y escondidos.

El canalillo es nuestro verdadero río, en vez del Manzanares. Es pequeño, estrecho, no tiene vista; pero corre siempre seguido, rápido, serpenteante, y eso ¡es ya tanto!

Mucho trabajo me ha costado encontrarle las vueltas. Lo encontraba allá, y como lo encontraba "allá", me parecía imposible haberle encontrado en el otro lado; pero, al fin, me convencía de que estaba presente en los dos sitios. Su cinta de agua es interminable, copiosa y de la mejor agua del mundo.

Aunque parece que una gran población tiene que beberse un gran río ancho, caudaloso y profundo, la basta un canalillo ágil, silencioso, discreto.

Siempre que nos lo encontramos lo miramos como otros pueden mirar al Jordán, con la misma ternura, la misma religiosidad, el mismo afecto.

-¡El canalillo!- exclamamos al encontrarle, como señalando la presencia de algo querido, familiar y un poco sangre de nuestra sangre.

Las parejas se sienten también atraídas por el canalillo. Las más furtivas se sientan y se aman junto a su ribera por esa afición de los enamorados a sentarse junto al río de la patria chica. ¡Pobre río este que parece solo pintado en el mapa!

Sin embargo, el encuentro con el canalillo produce en las parejas cierto sobresalto, pues parece como que son sorprendidos por un conocido, por la mirada del agua que ha de subir a las fuentes de sus casas.

El canalillo nos sale al paso en los altos del Hipódromo, y después reaparece en Tetuán, donde se desahoga en claras fuentes. Es la lombriz de tierra fresca, viva, de menudas sinuosidades. Refresca todo el fondo de Madrid; es navegable, y lleva a una buena velocidad las barquitas de papel, ya ahora está muy cuidado por guardas, que

tienen una casita junto a su ribera, y que gracias al exquisito riego del canalillo que custodian tienen en sus macetas las rosas más rojas y más granadas de Madrid.

Acostumbrado a pasear por esos barrios secos, pero de espléndida luz, que hay al Norte de Madrid, se sabe lo que vale tener presto un vaso de agua limpia, potable y casi filtrada para apagar la sed, mientras poco a poco vamos haciendo el catastro espiritual de Madrid y sus afueras.

¡Delicioso y sencillito canalillo, rico como una larga trucha para todos! El madrileño cariñoso necesita seguirle de vez en cuando, proponerse su vereda reluciente, fresca, maternal.

Ya hay pocos suicidas que se arrojen en sus aguas; pero aun así, a veces se arroja alguno al canalillo. Ese es el único inconveniente que tiene el que, en vez de un gran río, haya un menudo canalillo en la gran ciudad; que los suicidas tienen que suicidarse con incomodidad, como en el baño de su casa, como en una roñosa cuna de agua. ¡Pobres ansiosos de hartarse de agua y profundidad, teniendo que encogerse y pegarse a las paredes del canalillo y hacerse los muertos antes de morir!

La Tribuna, 18 de junio de 1919, núm. 2.770, pgs.6-7.

Variaciones. Los “geómetras” del canalillo¹⁰⁴

El divagador de Madrid se encuentra y se vuelve a encontrar el canalillo en su divagación. Y se vuelve a encontrar el canalillo en su divagación¹⁰⁵. Así como se dice: “... y volvió a reanudar el hilo de su discurso...”, se podrá decir: “y volvió a reanudar el hilo del canalillo”.

Es tan majestuosa el agua, y sobre todo en esta ciudad sin río, que esta escasa veta, brillante y líquida, está protegida por alambradas y por numerosos chopos, como si fuesen guardias civiles que custodiasen su trayecto.

¡Qué gran anchura de cauce; qué gran faja de agua supone la velocidad y el correr constante y sin descanso de este escueto canalillo! Siempre está entrando su caño gordo, su caño enorme, en la boca monstruosa, belfuda y babosa de la ciudad.

Al pasar sus pequeños puentes, sus puentes de una sola barca, los pequeños trampolines de la tierra a la tierra, se ven de cerca sus aguas, y pasamos sin detenernos, porque no queremos pensar mucho en su diafanidad, porque sería irreparable no encontrarla, pues ya beberíamos con repugnancia, después, el vaso con que calmamos la sed en nuestra casa.

No nos fijamos en esas aguas, y no nos acodamos en el pretil, porque los puentes del canalillo son para pasar como el que pasa el arroyo poniendo el pie en una piedra y saltando en seguridad al otro lado; pero al pasar, y con solo echar esa mirada de golondrina que se moja un pizquito en las aguas, hemos visto que el canalillo estaba lleno de esos bichos parecidos a los garabatos que los niños escriben al margen en sus libros: girinos, tijeretas, geómetras o patinadores, que viajan sobre las aguas, raudos como ellos solos.

Sobre toda la superficie del canalillo campean los indinos, como en una competencia de remeros que se disputan la gran copa. Primero, al encontrarse con la plaga, parece el agua un agua sobre la que llueven las gotas del aguacero; pero en seguida se comprende y se ven los nerviosos geómetras zancajear audazmente.

¿Es mala esta presencia de los “geómetras”, o son bichos inofensivos que, como su propio nombre indica, son solo geómetras que *geometrizan* sobre la superficie de las aguas? Desde luego, debe saberse que el agua que se bebe está trabajada por ellos, *delineada* por ellos, vigilada quizá por ellos. ¿Serán tan útiles y tan microbicidas para las aguas como los pájaros para los campos?

El agua de nuestro vaso -hay que saberlo- está “cosquilleada” por ellos, y hay que tener cuidado con no beberse ningún “geómetra”, pues después los calambres en la barriga serían insistentes, veloces, nerviosísimos...

La Tribuna, 20 de noviembre de 1919, núm. 2.898, pg. 6.

Resúmenes. El agua¹⁰⁶

El agua vuelve poco a poco. El canalillo está aún seco y las ranas han croado estos días pavorosamente en sus alrededores, pidiendo agua. ¡Gracias a que no era esta hora de los “geómetras”, de esos patinadores pertinaces, de los que hablé este otoño como plaga del canalillo!

Los chopos del canalillo o han palpitado con esa palpitación que las entra a sus hojas, una a una, pendientes de un hilo.

Los árboles de los jardines, tan cuidados, tan repeinados, de cabeza tan lavada, estaban flácidos, y en el caluroso aire no había esa fragancia a jardín mojado que nos arroba.

En toda la ciudad ha habido esas perspectivas de grabado antiguo, esos velados finales que el polvo ponía antes al atardecer como el telón espeso del final del día. El antiguo Madrid volvía así a tener un matiz sutil y propio, como cuando aún no estaba empedrado. Ese polvillo tenue, muy claro, muy de capital de provincia, muy de afueras, estaba en todas las perspectivas.

La tierra ha llegado a tener una gran sed, y por eso ha llamado a la tormenta, que es la solución cuando la sequía aprieta.

En toda la ciudad ha habido un momento que ha tenido el aspecto de las calles cuando se enarenan porque va a pasar la procesión o por que se anuncia la huelga de hambre. (¡Cuánto peor la huelga de la sed!) Todas han estado empolvadas y cubiertas de tierra como los caminos, como los caminos que antes fueron.

Parece que algunos pájaros se han muerto por no tener en el vasito blanco ese trago de agua clara que beben y en que se bañan.

Entre todos los cacharros, cachivaches y carritos que han ido por agua a la fuente, el carrito más conmovedor ha sido ese en que ponía: "Agua para los hospitales", y al que todos daban la vez, porque se veía allá lejos, en el fondo de las grandes alcobas de hospital, a todos los enfermos, incorporados, febriles, amarillos, secos, con los ojos brillantes, pidiendo ¡Agua! ¡Agua!

Ya parece que todos los surtidores van a volver a funcionar, y que el Neptuno del Prado –¡horrible tragedia!–, seco y como yendo a agrietarse durante la carestía, va a volver a disfrutar de su agua. Después de haber surgido en el alma mora de todos el recuerdo ancestral de los desiertos y de las aguas salitrosas, vamos a volver a beber sin tino, y hasta volverá a regarse por los mangueros de la villa, que en el verano son bomberos que apagan el fuego de las calles, cuando los dentistas de las bocas de riego compongan la dentadura a las muchas estropeadas.

Tristán

La Tribuna, 6 de julio de 1920, núm. 3.094, pg. 5.

Variaciones. El Manzanares I ¹⁰⁷

Es más caudalosa una antología de pensamientos sobre el Manzanares que lo es su caudal de agua. Voy a procurar hacer la más completa. Si siempre han estado desperdigados los golpes de ingenio que ha sugerido, ahora van a estar juntos.

El Manzanares recuerda a ese Xhantus de que habla Lucano:

“Inscius in sieco serpentem pulvere rivum Transierat, qui Xanthus erat...”

(Sin darme cuenta, había atravesado el eco paraje, había pasado el tortuoso lecho de un arroyo, el Xanthus.)

Góngora la llama “Pozo canicular”, y vuelve a referirse a él con ocasión de una reciente crecida:

Duélete de esa puente Manzanares

[...] ¹⁰⁸

De Góngora también es este soneto:

*La Puente segoviana de Madrid,
que está sobre el río Manzanares.*

Señora doña puente segoviana

[...]

Y del mismo don Luis de Góngora son estos otros versos:

Manzanares, Manzanares,

[...]

Cervantes, ante su Gitanilla, se pregunta: “¿Cómo el humilde Manzanares ha podido producir una maravilla así?” (Recordemos a la dorada Fornarina, que nació en uno de esos cajones en que las lavanderas lavan a su orilla.)

Lope de Vega le ha dicho cosas peregrinas, ingeniosas y fáciles. Más atrás he recordado la delicada al puente de Segovia. Recordemos hay otras del mismo gran hombre madrileño:

Madrid, que humilde Manzanares baña,

[...]

Lope vuelve a decir:

Y aunque un arroyo sin brío

[...]

Hasta en una inscripción que alguna vez se refleja en sus aguas estaban escritos estos versos anónimos:

Ya que nos traen tus pesares

[...]

Quevedo, el enorme matritense, escribe refiriéndose al “sediento Manzanares”:

¿Qué pudo sucederme en este río,

[...]

En otra composición en que “el Manzanares descubre secretos de los que en él se bañan, dice el gran Quevedo:

Manzanares, Manzanares

Arroyo, aprendiz de río

[...]

En otros versos en que Quevedo describe el “el río Manzanares cuando concurren en el verano a bañarse en él”, dice:

Llorando está Manzanares

[...]

También aquellos versos de Quevedo al Esgueva se podían referir al Manzanares:

Más necesaria es su agua

[...]

Ensañado como él solo, Quevedo insiste refiriéndose ya directamente al Manzanares:

Estos, pues, andrajos de agua

[...]

Continuando el mismo gran matritense en otra composición:

Más agua trae en una jarra

[...]

En una letrilla burlesca dice también:

Después que me vi en Madrid,

[...]

Salvador Jacinto Polo escribe sobre el río indeseable ya gracias a los poetas:

Al río que es Madrid

[...]

Juan P. Forner escribe:

Esta es la Villa, Coridón, famosa,

que bañada del breve Manzanares

[...]

En las poesías de fray Diego González hay un momento en que se levanta a hablar el Manzanares:

Profecía de Manzanares

Ese Delio fue

[...]

Más adelante, el mismo poeta escribe, ciñéndose más al río y evocado unas inauditas ninfas:

Y tú, precioso río, si aprendiste

[...]

Fray Diego González, en otra ocasión, escribe en “El triunfo del Manzanares”:

Precioso Manzanares,

que entre arena caminas, lento el paso

[...]

Tirso de Molina también escribe:

A las niñas de Alcorcón

[...]

Bretón, en una arrebatada composición dedicada al Guadalquivir, dice:

Si me robas el tributo

[...]

A las ninfas que evoca fray Diego González, y que fueron ofendidas en 1768 en un libelo, dedica Cadalso estos versos:

Ninfas del Manzanares

[...]

Ventura de la Vega hace una referencia a él, repitiendo conceptos antiguos:

En el recinto famoso

de la coronada villa,

que con humilde susurro

Manzanares acaricia

[...]

Rodríguez Chaves escribe:

Aunque el flaco Manzanares

[...]

De este río tan burlado que, según el duque de Rivas es “de menos caudal que nombre”, también se han dicho muchas cosas en prosa y frases sueltas, que pueden ser arrancadas a su aderezo.

Este arroyo aprendiz de río y río con “mal de piedra”, humedece la tierra, según Zabaleta, “como si señalaran la tierra con el dedo mojado en [saliva]”.

Este río, que hasta hubo un tiempo, cuyo caudal se quiso engrosar gracias a la intervención divina, para lo cual se consultó a los teólogos, que no dijeron nada más que: “cuando Dios no quería había que resignarse, ya que con un solo “fiat” podía crecer y salirse de madre”, es un río que merece a los extranjeros frases cáusticas como aquel viajero holandés que dijo: “Su caudal es tan pequeño, que es más largo que él el nombre del río.”

Un embajador alemán “le daba preferencia sobre los demás ríos de Europa, por la ventaja de ser navegable “en coche y a caballo” durante tres o cuatro leguas”.

Alejandro Dumas, un día que ve que un amigo suyo va a tirar el resto del vaso de agua que se había servido, le dice: “¡Desgraciado! ¿Qué vas a hacer? No pierdas esto. Vamos a verterlo en el Manzanares”, y el mismo Dumas escribe en sus Memorias que estuvo a visitar el puente de Toledo con su hijo, y estuvieron buscando en vano el Manzanares, sin lograr encontrarlo.

Solo Víctor Hugo, tomándole en serio, dice:

“Compostela tiene su santo; Córdoba, la de las maravillosas casas viejas, tiene su mezquita, donde la mirada se pierde, contemplando maravillas, y “Madrid tiene el Manzanares.”

El parte a Napoleón de “atavesamos el Manzanares”, y la publicación en el “Monitor” del anuncio de que “vadearon el Manzanares con el sable en la boca”, parece la mayor broma.

“Río al que llena un estornudo” lo llama uno más. “Río metafísico que no existe sino en las canciones de los poetas”, le dice otro, y hasta es de repetir como gran estrambote “que Fernando VII, queriendo pasearse por él un día, lo mandó regar, como se hace con los paseos para que no se levante polvo”.

La guasa, a veces, ha pasado de referirse al río a referirse a los madrileños, a los que se nos ha llamado ballenatos o hijos de la ballena, habiendo sugerido este título el que alguna vez hubo unos despavoridos que creyeron ver en sus aguas una cosa larga y negra que flotaba, y fueron contando por todos lados que habían visto una ballena.

Ahora, después de esta recopilación de chirigotas y reticencias, ¿cuál es la realidad de este río?

(Concluirá mañana.)

La Tribuna, 16 de julio de 1920, núm. 3.104, págs. 8-9.

Variaciones. La realidad del Manzanares II ¹⁰⁹

El Manzanares nace a diez kilómetros del pueblo que le da nombre, en el Hueco y Ventisquero de las Guarramillas, casi en lo alto de la divisoria de las aguas del Lozoya, y se dirige al Sur, atravesando el Pardo; recibe a su derecha el Samburiel, que baja del Regajo del Pez, un poco al Norte de la Maliciosa, y más abajo, al dirigirse al Sur, el río Mediano por la izquierda, que nace en el Ventisquero del Ratón, algunos kilómetros a Levante de Cabezas de Hierro Mayor. Tiene un puente en Manzanares y otros tres más abajo, con algunos molinos y batanes. Al entrar en el Pardo en la zona de las arenas, pierde gran parte de sus aguas en verano; su dirección al pasar por Madrid es al Sur, un poco Este, y después al Sureste, formando un arco para entrar en el Jarama.

Los arroyos que recibe van acumulando en su cauce tantas arenas, que en menos de tres siglos han cubierto en Madrid las altas pilas y parte de los arcos del puente de Segovia; los otros puentes, todos con más arcos de los que convendría, embarazan la marcha de la corriente y la quitan fuerzas para llevar las arenas al Jarama, como sucedía cuando no había más que un puente. (Al fin, como el Jarama va a morir en el Tajo, resulta que hasta Lisboa llega el Manzanares.)

Juan II pensó traer el Jarama desde el puente de Viveros a su predilecta villa por bajo de la torre de San Pedro, y hacerle tributario del Manzanares junto a la puerta de Segovia. La muerte del Rey deshizo ese proyecto, y el río, según aumentaba en el lecho fue disminuyendo en caudal, aunque en el reinado de Felipe II pudo todavía el ingeniero Antonelli remontar su corriente desde su unión con el Jarama, a tres leguas de la capital, hasta los bosques de El Pardo. En 1668, dos ingenieros alemanes resucitaron la idea de hacerlo navegable, sin lograr mejor éxito que los pasados.

Desde el puente de Toledo desangra el río en un hondo canal abierto, bajo los benéficos auspicios de Carlos III, que por espacio de tres leguas conduce sus aguas hasta muy cerca de su confluente en el Jarama, en cuyos brazos se arroja, en

“Los brazos del Jarama,
minotauro cristalino.”

El Manzanares, la vena más delicada del gran Guadarrama, de cuyas profundidades sale, y es como el más puro sedimento de sus alturas, se orea en todo su pasaje por el Pardo y toma como el vivo sentido del paisaje que hay en su fondo. Por pasar por el Pardo es por lo que tiene más refinada aún su delicadeza nativa, y por lo que es un poco río de cuadro, río gracioso, de sentido sutil.

Hay que comprender el Manzanares sin esa hidrofobia con que se le juzga. Hay que no ser tan incontinentes y tan sedientos como los hidrópatas o hidropésicos al juzgar el Manzanares. ¿Cómo se entiende esa voracidad y esa desesperada necesidad de la magnitud y el caudal?

El Manzanares es breve como una puntilla, pero de esas puntillas de magnífico arte, y todos los hilillos de sus aguas están trabajados y son filigrana pura.

El Manzanares no quiere ser ni una amenaza, ni siquiera una profunda trampa para los suicidas. Quiere ser solo un adorno, un festón, un motivo de agua, un motivo de agua, un recuerdo de las pavorosas aguas.

Hay que saber amar este río, que no es escuálido, sino sobrio, río en “metro menor”, río que canta rondeles en vez de poemas, o sonetos, o alejandrinos, o hexámetros. Tenemos que asomarnos a sus orillas, como a lo que precioso que es, tiene que estar encarecido, como si este fuese el río de verdadera plata.

Tiene toda la belleza el Manzanares de los ríos de los nacimientos, los ríos más verdaderos que existen y los de reflejos más agudos y refrescantes.

El Manzanares es el río humano, que no se pone de pie sobre la tierra como los ríos profundos, ni se atropella, ni irrita sus orillas, ni se engarabita, ni mete ruido; él, tendido, silencioso, se deja deslizar, y es como el nadador desnudo que con los brazos detrás de la cabeza y boca arriba se dejase llevar, se desliza fluido como lo es un río.

El Manzanares es un “curso”, un “álveo”, un “cauce” más que nada. Está señalado profundamente en la tierra, y merece tanto estuche como esos aderezos que, aun siendo muy finos, como son muy importantes, tienen un estuche enorme. Su “madre” es magnífica, y nadie la disminuirá, porque entonces él se vengaría, inundando los alrededores. Hay que dejarle ese gran valle largo que le corresponde, porque es el delfín de Madrid, su anguila de plata. ¿Es que no es ya mucho poder ver al margen de una gran ciudad esa orilla y esa otra orilla de su río, viendo cómo el fondo se recrea a la luz como si fuese un río evolutivo, un río anfibio? Desde luego, es bastante para reconocer la importancia del Manzanares ver cómo el coche en que vamos no puede pasarlo de lado a lado, y cómo es lo suficientemente río para que tengamos que buscar un puente para pasarlo. De ningún modo puede ser el río que se pasa colocando un buen pedrusco en su centro.

El Manzanares tiene paisaje más que agua, y en su alma, o sea en eso que parece agua, pero que es espíritu, lo que tiene mejor resuelto es el sentido de ese paisaje gentil que atraviesa y en que está educadísimo.

Aunque se ha ido cegando su cauce por la greda que toma de los próximos cerros, eso le sirve para realzarle, para almohadillarle el fondo. Las nieves del invierno, tan inspiradas, tan depuradas, tan blancas, se derriten en el Manzanares, y esos días le hacen crecer. Él, como tiene sitio sobrado, las admite, se regodea con ellas, las luce.

El objeto de los puentes que tiene es de servirle de brazaletes o de ajorcas, objeto de adorno y apenas de utilidad. Tan lindo es, que cada Rey le regala un puente, y aún tenemos que ver más como si fuese arcos de un acueducto raro, el acueducto del que cada arco tuviese personalidad propia, y en vez de estar en hilera de recua estuviese en fila humana.

El Manzanares tiene muchas isletas, isletas doradas, a las que se puede pasar, y en las que es tan agradable poner el pie, islas sin peligro, nuevas islas afortunadas de arenas de oro. El panorama de esas islas y archipiélagos del río es algo de un bello conjunto, pintoresco laberinto silvestre entre las aguas campechanas. “Isletas”, mejor que “islas”, se las podría llamar.

El paseo por la orilla del Manzanares es un paseo prudente que no impregna de esa melancolía, ese pavor y ese trascendentalismo de que impregna el pasar ante otros ríos más caudalosos. El “nuestras vidas son como los ríos que van a dar a la mar, que es el morir” no se nos puede ocurrir frente al Manzanares, que parece que se queda en la vida y que es como inverosímil que vaya a parar al mar. Remolón, lento, de vida muy larga, su agua es esa que queda quieta y estática en la desembocadura del Tajo. Yo, en

Lisboa, asomado al pretil de la plaza de los Restauradores sobre el gran lago del Tajo, me he sentido en presencia de las aguas pandas y serenas del Manzanares.

Un paseo al atardecer o de noche por las orillas del Manzanares, hace una gran ilusión, pues las aguas brillan como profundas, consiguiendo esa belleza del destello negro y grave; pero sin dar, sin embargo, el pánico de las aguas negras, enemigas y emboscadas, como, por ejemplo, las del Támesis, en Londres, que se interponían entre orilla y orilla y evitaban la emoción tranquila del río y sus orillas.

Ya, junto a las tapias de la Casa de Campo, y ver destacarse Madrid al otro lado es algo dichoso, porque además hay árboles de una asimetría pintoresca y castellana, que lo adornan y lo hacen profundo y desigual su cauce. Esa cosa geológica, entrañable, matriz que tienen los ríos se ve en este sin la turbiedad del agua a flote, todo en la superficie con una gran franqueza.

Más que río, parece una “huerta de agua”, y numerosas ranas le adoran, porque es el río discreto para las ranas, el río que nos las ahoga por su exceso de caudal o por su precipitación. En todo el borde del río, durante varios kilómetros, se dibuja en la noche esa hilera de ranas colocadas en la orilla, como pequeñas lavanderas de la noche, rascándose las gargantas con sus modulados carraspeos intercadentes.

La Tribuna, 17 de julio de 1920, núm. 3.105, pg. 8.

Variaciones. Los bañistas del Manzanares¹¹⁰

El Manzanares es un río al que para hacerle grande se le podía dedicar una gran historia o un historial añadido y aumentado todos los días.

El Manzanares va siendo olvidado por los nadadores y los bañistas, siendo ya solo los golfos los que le buscan y se refrescan en él, sintiéndose veraneantes de una playa lejana, pues en el Manzanares el agua es tan grata como en todas partes.

Los baños del Manzanares han perdido la fama, cuando el Manzanares no ha perdido caudal para merecer eso. Yo estuve alguna vez de pequeño en aquellas casetas de arpillera, a través de la que se veía un sol resplandeciente, el sol ciudadano de Madrid. En aquellas casetas hacía menos calor que en las de las playas, y el agua era tan grata o más porque no había habido que ir demasiado lejos para encontrarlas, ni habría que volver entre ese orgullo insulso de los que han salido de Madrid hacia los

puertos, ni oyendo la larga conversación chabacana de un viaje hecho obligatoriamente entre todos los habitantes del vagón, que marca la placa de “ocho en cada asiento”; más, mucho más, en los pasillos. ¡Qué grato que en el mismo Madrid os suceda todo! Ese es el ideal.

Los baños del Manzanares han tenido una gran reputación, y figuran en las más interesante caricaturas de Ortego y las de muchos otros artistas, pintando señores que echan un botijo de agua al río para poderse bañar, y señoras que usan la esponja y la aprietan para poder mojarse por entero.

No merece tampoco estas burlas el modesto río, que es cristalino, caudaloso y turbulento en ese rincón del Guadarrama, llamado la Pedriza, en cuyas cresterías, a dos mil metros sobre el nivel del mar, tiene su nacimiento nuestro río.

En tiempos de Mme. d’Aulnoy, y según cuenta ella en su relato del viaje a España, “la Emperatriz de Dinamarca, que estaba a la sazón en Madrid, se bañaba en el Manzanares, haciendo que se adelantasen sus criados y la acotasen un buen espacio de agua, cubriéndolo con unos grandes biombos hecho exprofeso”¹¹¹

En las cartas de la marquesa de Lage de Volude, dama de Luis XVI, se dice: “En medio del río hay tiendas de estera... Del techo de estas tiendas prenden cuerdas, a las cuales se agarra una y salta en el agua como una caipa (sic), se zambulle treinta o cuarenta veces, y permanece allí un cuarto de hora o veinte minutos, moviéndose y zambulléndose sin cesar.

Luego se vuelve una a vestir y anda un buen rato para producir la reacción, y, por último, se monta otra vez en el coche y se vuelve a casa”.

Nombres rimbombantes tienen los balnearios de la época fastuosa del Manzanares cuando era rico en piscinas, aunque el verso diga:

“De tanta multitud quedé cansado;
de suerte que al agosto se retira,
tomando posesión del sol dorado
de las arenas que desiertas mira”

Ventura de la Vega le dedica un sainete que se estrenó en Variedades, el teatro de la calle de la Magdalena, y que todo Madrid vio, porque costaba un real la butaca y seis reales los palcos.

En las caricaturas y en sus leyendas se insiste. Dice una:

“Todos estos que aquí ves,
y más que bajan a pares,
no vienen al Manzanares
más que a lavarse los pies.”

¿Por qué se ha perdido la tradición a aquellos baños? En río en que se han bañado grandes damas, ¿cómo puede ser cursi nunca el bañarse? En los ríos ha sido siempre elegante bañarse, y por eso Pierre Lancre cuenta en su “Cuadro de la inconstancia y la inestabilidad de todas las cosas”, que el “El Rey Carlos IX, yendo un día a pasar las Tullerías, habiendo visto una mujer bella hasta la perfección, toda desnuda, pasar el río a nado, desde el Louvre hasta el “faubourg” Saint Germain, se detuvo para contemplarla. Pero mientras él tenía puestos en ella los ojos, como el resto de si corte, la mujer, de una zambullida, se libró de la vista de todos, y habiendo vuelto a la superficie del agua, saltó a la orilla, lista como un relámpago, sentóse y se puso a retorcerse los cabellos mojados... Después se retiró tranquilamente, llevándose las miradas y los corazones de todo el mundo”.

También Luis XIII y Enrique IV toman baños de río, siendo notable el relato que del baño de Luis XIII hace de su médico en su diario íntimo: “Se mete sin temor, y gana al señor de Bellegarde, gran caballero, que había apostado lo contrario contra él. El Rey le echaba agua a la cabeza a plenos chapuzones; el señor de Paistry le enseñaba a nadar, le conducía y le sostenía el mentón. Le entran ganas de sumergirse, bebe; está en el baño una media hora. Secase, vuelve en su carroza, y a las ocho cena.” Le hace el honor de contarle a su médico la excursión, “y cómo se había bañado, y añade que no había querido sumergirse en el agua por miedo a beber luego, pero que el Rey su padre no se había privado de hacer lo que él no había querido hacer”.

Con todo el Manzanares es olvidado por todos, y ya no sostiene aquellos balnearios y aquellas barracas, donde después del baño se tomaba el rico aperitivo; aquella pequeña burguesía, que antes sacaba abono de baños en el Manzanares, ¡ahora se van los muy tontos a Gijón!

En este momento solo se ve bañar a los golfos.

Al pasar por el puente de Segovia o el de Toledo, se ve a los rapaces. A los gorgojos de la morería y la judería, bañándose en las aguas sucias y exiguas del Manzanares, como si se bañasen en esas redondas y bajas bañeras como anchos barreños que aparecen en la casa del tifus.

Sin embargo, tanto se hunde en el légamo y se encogen tanto en el fondo del agua, que parece que el agua les cubre.

Se ve que son los renacuajos humanos del Manzanares por sus acuclinamientos de renacuajos sobre las dunas (i) del río. Son chatos, y su cabeza, rapada al cero y con tupé, les hace más escuálidos.

Desnudos, completamente desnudos como botijos, solo alguna vez alguno de los que se bañan se baña con calzoncillos, pues no tienen traje de baño, aunque tengan calcetines de bañista, esos calcetines listados en círculos horizontales.

Se ve también que son como tierra de tejar, de uno de esos tejares como el de Sixto. Son de lodo y tierra del arroyo del Abroñigal. Se les conocen las costillas como a corderos desollados, y cuando dejan de estar sentados o agachados en el agua para que les cubra, cuando sobresalen y se yerguen sobre ella, parecen galgos que se ponen de pie, galgos o perros con los ijares y las caderas muy prensados y el pecho enquillado como el de los perros.

Bajo el sol de infierno, viéndoles allí abajo como en un sitio en que el calor es más leve, pero es todavía caluroso en los días caniculares, dan la sensación de que están en el purgatorio, de que son almas tostadas ya, niños granujas y mendaces que lo han merecido.

Parece que el Manzanares es el Ganges sagrado, y parece que vemos a esos bonzos y boncitos desnudos que siempre están a la orilla de Ganges como recién bañados o bajando las escalinatas que conducen a él o ya en sus aguas.

Después que estos chicos se bañan, el agua se pone más oscura, como si igual que en las piscinas estancadas que remueven un poco se hubiese despertado un fondo negro de tinta de calamar.

En el conjunto del Madrid pobre, del Madrid recio, pero sobrepuesto de nuestro verano, siempre figuran esos niños, que son los que ni siquiera –porque son los que no han asistido nunca a la escuela– pueden aspirar al veraneo escuálido de las colonias escolares.

En su exhibición “in cueritis” enseñan sus costillas de galgos flacos y sus barrigas abultadas de grandes capitalistas, barrigas de hombres de chaleco blanco y gran cadena en cuerpos de niños. Relucimientos de foca, relucimientos de negritos o de africanillos hay también en sus carnes. Alguna vez surge el cuerpo blanco de un hijo del arroyo, aunque un príncipe tuviese la culpa de su nacimiento. Todos confundidos, ríen, se chapuzan y están en esa inclusa del agua, donde todos los hombres se equiparan como se equiparan bajo tierra.

Después de su baño juegan con la arena de la ribera del Manzanares, como los niños de las playas con la del mar, y hacen los mismos túneles con ese instinto de “armadillos” o de topos que le ha quedado al hombre.

Después, ya vestidos, entran en la ciudad con el pelo mojado, como los perros que se han bañado y tampoco han tenido con qué secarse.

La Tribuna, 13 de agosto de 1920, núm. 3.128, pgs. 8-9.

Mobiliario urbano y otros

*Variaciones. Un nuevo urinario*¹¹²

¡Por qué no se ha de hablar de los urinarios¹¹³, de una cosa tan práctica, que recuerda a Urano, el séptimo gran planeta y a Urania, la musa de la Astronomía!. Es necesario.

En Madrid van siendo suprimidos todos los urinarios; en una calle, porque se queja el comercio; en otra porque unas señoritas se lo piden a un amigo influyente; en otras porque se le ocurre a un guardia; en alguna solitaria e intransitada por no ofender a la honestidad de la luna.

El pobre ciudadano, cuya imaginación debía ir despejada, camina preocupado y, en tensión buscando los lejanos burladeros. Se necesita tener un gran conocimiento

geográfico de la ciudad para saber dónde están los únicos que quedan. No se comprende que esté justificado ese sitio como el sitio en que evacuar, por ejemplo, la elocuencia.

Se va contra la pureza del espíritu, contra su capacidad, su soltura y su elevación, no haciendo fácil, rápida e inmediata su despreocupación, gracias a los muchos urinarios. Así se crea una gran cantidad de continentes, de hipocondríacos, de iracundos, de atrabiliarios, de obsesionados. Muchas gentes, por esa arbitraria, desconsiderada e irracional manía de suprimir burladeros, se hincharán y morirán de un ataque de uremia.

Las mujeres, sobre todo, en gran número, mueren así, hinchadas y sentadas en un sillón; por eso, porque en ellas no ha pensado nadie, y no encontraron el gabinete necesario; tratadas, sencillamente, como gallinas.

En Londres, en París, en Ginebra, y más que nada en las ciudades italianas, nos hemos encontrado constantemente con esa clase de burladeros. Todas esas ciudades resultaban por eso más humanas, más sensatas y sinceramente hechas para el ciudadano y no para una entelequia. El pasaje por ellas era por eso más firme, más confiado, más gozoso y pensábamos que, teniendo así en cuenta al hombre, los regidores de la ciudad no podrían ser tan arbitrarios e injustos como en la ciudad en que no comprenden las necesidades del ciudadano y nadie está en todo.

No pudiendo ya las autoridades, siempre un poco inquisidoras y dominadas por la idea de la especiación, utilizar el “tormento por la esperanza” tal como lo define Villiers, ni el del “pozo y el péndulo” tal como lo pinta Edgard Poe, han inventado, siguiendo la pura tradición española que inspiró a esos dos escritores, esos dos cuentos que suceden en España, la tortura por la continencia.

El paseo, la excursión, la caminata exploradora, están angustiadas por esa abstinencia. Por ese bajo detalle, por esa falta de condescendencia de la calle, que ni siquiera es el campo en que el acto de despejarse es libre y explayable, la contemplación de las cosas es menos serena, y toda excursión se vuelve algo dura, sufriente, irritada.

Sin embargo, como contradiciendo todo lo que he dicho, aunque solo aparentemente, se acaba de inaugurar un nuevo urinario. No habrá más que tres; pero esos van a ser espléndidos, capaces para dos millones de manifestantes, dispuestos a recibir las caravanas que llegarán formadas a ellos desde los sitios lejanos, desde todos los extremos de la ciudad. Este es el pueblo que construye una catedral en un pueblo sin casas o con casas pequeñas y miserables, y este es el pueblo también en que se provocan

las aglomeraciones por la mala distribución, porque para ir a la barriada más populosa solo hay tranvías que van por un camino y pasan y pasan por un solo punto de gran concurrencia; para despachar localidades para las grandes fiestas solo hay un despacho; para recaudar las contribuciones se forman largas colas en la calle, etcétera, etc.

Este nuevo urinario, dotado de todos los adelantos de la ciencia, amplio, bello, grande como la estación central de un “metropolitano”, y que después de muchos meses de valla ha surgido en la cabecera del Prado, fue inaugurado positivamente por el representante de la autoridad, que bajó el primero, acompañado solemnemente por dos maceros.

En el mapa del desierto de la ciudad, ardorosa e ingrata, se puede poner la tercera señal de un oasis.

La Tribuna, 11 de mayo de 1919, núm. 2.732, pg. 3.

Variaciones. Los termómetros de balcón¹¹⁴

Siempre me han atacado y crispado íntimamente los termómetros de balcón. Mientras todos los que pasan por la calle no tengan interiores un poco tibios, no se pueden lucir esos termómetros sarcásticos y descarados.

Frente a los balcones de visillos de seda, y ya frente a otros balcones de visillos más modestos, por la parte de fuera, tomando la temperatura a la calle, se ven ya con verdadera profusión los termómetros de balcón. Son un rasgo de sibaritismo malo. Están para ver desde el fondo de la habitación caliente la friolencia de la calle. Esperan la sonrisa del de dentro. En los días más crudos es cuando asomando un ojo por entre una rendija del visillo, el morador de la casa con termómetro a la calle se siente más satisfecho.

Esperan ya lívidos, armados, cínicos, que lleguen los días peores, sobre todo los días de nieve, que es cuando más ríen hacia dentro. Parece que están sumergidos en el alma fría de los que no la pueden calentar, y penetran en los seres helados y registran su frío. En el baño común están metidos esos termómetros, y no inducirán a los ricos a echar combustible en el depósito de todos para entibiar un poco ese baño desesperadamente gélido. Tienen también algo de jeringas médicas, que sacan alguna sangre

helada al público en general para un análisis superfluo y profanador, en el que el objetivo es algo así como que el enfermo esté agravado, cuanto más grave mejor, más frotamientos de manos, saltitos en la alfombra y caricias en los radiadores. En la axila de la vida, sienten el encanto de registrar que la calle tiene pulmonía¹¹⁵.

¡Abajo los termómetros de balcón, cuya maldita alegría es la de estar bajo cero; cuanto más bajo cero, mejor!

La Tribuna, 13 de octubre de 1919, núm. 2.860, pg. 3.

Posdatas. Los andamios¹¹⁶

Ya han llegado al extremo de su tensión las cuerdas, como cuerdas de guitarra de clavijas retorcidas. Ya han pasado hasta muchos meses desde que se colgaron estos andamios. Los bomberos comenzaron a quitarlos: pero pronto se cansaron; ellos no están más que para los trabajos extraordinarios, para los fuegos y para ir al teatro por la noche. Si no fuera porque están reservando su heroicidad y su esfuerzo no podrían hacer las cosas extraordinarias que hacen el día del fuego.

Como la huelga continúa, todos los andamios están colgados en vano y sometidos, hace demasiados meses, a un peso perezoso. Todos están en el momento antes de la señal, cuando todos a una van a hacer burrú-bum-bum-bum, y van a aplastar filas enteras de transeúntes.

Esos pobres vecinos, a los que les ha cogido la huelga encerrados detrás del andamiaje, tienen un incansable día nublado en sus habitaciones exteriores, un largo lunes de ropa tendida, como si viviesen en una cuarto interior.

A veces le entran ganas de coger las largas tijeras de cortar papel y, asomándose al balcón, cortar las cuerdas del andamio y libertar así su fachada; pero se abstiene, porque piensa en los niños que podrían estar pasando en ese momento por debajo.

Ya están un poco oblicuas las maderas, como las de una enorme persiana que se hubiese querido entornar.

Ya no puede la casa, ni los balcones con ese largo peso que sostiene el edificio a pulso, y que ya es un milagro que se quede sostenido, y que no prorrumpa en el fracaso de maderas, cayendo en el fondo de la calle.

Ya esa superstición, por la que hay muchos que así como no pasan por debajo de una escalera de mano, tampoco pasaban debajo de los andamios, debe ser superstición de todos. Los andamios han descendido, están como abolsados y fondones, y tienen esas vísperas de los tirantes, cuyos botones encontramos flojos y en vísperas de saltar. ¡Siempre nos cogerá desprevenidos el día que se caigan!

Todos caerán el mismo día a coro, y habrá para Madrid y día de mayor luto que el del día en que se incendió aquel bazar en París y se hundió aquel tercer depósito en Madrid.

Estamos en la época que es simbólica y realmente la época del andamio amenazador y, o hay que bajarlo o hay que reforzarlo: lo que no puede estar es esta interinidad, en la que va relajándose día a día y va siendo insostenible su situación cuyo desenlace será aplastante.

Tristán

La Tribuna, 28 de enero de 1920, núm. 2.959, pg. 2.

Variaciones. Las garitas¹¹⁷

Antes estaba lleno Madrid de garitas. Junto al Congreso, en las esquinas del ministerio de la Gobernación y en otros muchos sitios había garitas, y los centinelas se paseaban junto a ellas.

Ahora quedan muy pocas.

La garita es como el nido del soldado; su casita, como la casita del cuco. Aparentemente, muchas veces parece que es más pequeña que el soldado, y que cuando este quiera guarecerse en ella no podrá entrar.

Hay la garita de madera y la de piedra. La de madera parece que guarda un poco de ambiente cordial, así como la de piedra parece que guarda un aire helado y que está llena de estalactitas y estalagmitas de hielo.

Con su puerta, a la que han arrancado la puerta, da una gran sensación de cosa deshabitada, y por sus dos ventanitas de los lados y algunas veces por la de atrás, mira siempre una mirada que si no es la de un soldado, es una mirada providencial, la mira-

da que llena la vida y que se concentra más en cuanto encuentra una especie cualquiera de órbita de ojo.

Casetas inmóviles –como casetas de playa–, cuando más se pueblan es de noche, aunque muchas quedan vacías, porque se ha suprimido la guardia en ese sitio hasta nueva orden.

En su madera o en su piedra hay inscripciones, nombres, fechas, recuerdos, como esas que aparecen escritas en las paredes de los urinarios. A veces hay palabras subversivas, todo escrito transversalmente, como en la punta de una carta. Debía de haber gomas para borrar todo eso, que no se puede suponer que lo ha escrito un soldado de guardia, aunque se piense que han podido ser fusilados más de tres en el pasado por haber caído en la tentación de la pared, el lápiz y la soledad; los peritos calígrafos, que no se equivocan nunca –son tan infalibles como el Papa–, descubrieron que la letra de la inscripción era su letra.

Para la helada es para lo que es buena la garita. De esa terrible helada castellana, que es como una gran muela de molino que aplasta y contrae la vida algunas madrugadas, se defiende el soldado metiéndose en el “blokao” de la garita.

Nicho, confesionario, ataúd en pie –como los de los judíos–, en que se mete el soldado a solas con su conciencia, es el sitio en que más íntimamente se reúne con su vida, si no se duerme y no completamente sordo, puede aprender mejor el sentido del mundo.

También existe la garita grande, del tamaño de un hombre a caballo; garita sin suelo de madera, montada sobre la tierra; las guijas o el emborrillado del suelo, verdadera tienda de campaña de madera. También tiene sus ventanitas –antes sin cristal, hoy con cristal–, ventanitas más grandes que las de las garitas de Infantería. El caballo no suele querer entrar en ellas, y siempre se mueve a su alrededor, porque le sabe la garita a cuadra sin pesebre, cuadra estrecha y triste. Cuando el soldado y el caballo están dentro, parece toda la figura una especie de estatua embalada o la imagen del soldado ecuestre en una especie de ermita del camino. Se una al soldado en esa actitud una especie de simbolismo legendario. Parece una pieza disecada y guardada de las Caballerizas Reales o en cualquier otro Museo.

Las garitas de Madrid en el invierno tienen horas pintorescas. Los días de mucho frío las buscan los golfos, los descamisados, los que guardan sus manos en los bolsillos naturales de las axilas. Allí en el fondo estrecho de ellas se ven hacinamientos inverosímiles, porque lo que parece imposible, hay ocasiones en que logran meterse cuatro o

cinco. Una escena de fosa común en que logran en que se aglomera los cadáveres, es la que se ve allí dentro. "Así deben estar en la huesa", pensamos, como si la azada hubiese removido la tierra para descubrirnoslo.

Se enfoca como en un cuadro o como en un grupo escultórico la miseria al verla dentro de las garitas. Disputan unos con otros por estar allí dentro, y es cuando más se parece la garita a la casita de madera del perro. Los tipos de mono de la canalla parece que están en su cubil.

Alrededor de esas garitas en que se refugian los desamparados, hay tertulia por el día. Como generalmente son mujeres las que hay dentro, parece que las vienen a hacer una visita sus amigos y conocidos del hampa, y que se hacen la ilusión de hablar en el gabinetito de la posible casa de ellas.

Infectan aquello, lo pueblan y el soldado, a la noche, sentirá los más terribles picores, ya que le viste como un traje ceñido la garita, el mismo traje que les ciñó a ellos, muy estrechos, contra los rincones, no solo por lo angosto del chiribitil, sino porque siempre se colocan así en los rincones de las esquinas, en las aristas de los soportales, en los quicios de las puertas, como abrigándose con las paredes, ya que no pueden abrigarse con las ropas. Hasta el mismo que pasa junto a las garitas debe no acercarse mucho, porque son ya como colmenares peligrosos.

En la noche quedan menos garitas desocupadas; pero aún hay algunas abandonadas, como esos castillos que eran antes los vigías en lo alto de las montañas.

Los miserables tienen una guía de las garitas desocupadas que hay en la ciudad, y hay ya un convenio entre ellos por el cual los que las tienen alquiladas hasta lo pueden poner en sus tarjetas, imprimiendo el número provisional que tienen en la calles al margen de las calles que usufructúan los vagabundos.

En la calle, al pasar junto a las garitas se oyen ronquidos cavernosos, los ronquidos del que duerme en piso bajo con los balcones abiertos. Los dormidos en el armario de la garita, no se sabe cuántos son, porque duermen como en un camarote de cinco o seis literas, de cinco o seis literas que se hubiesen hundido. A veces, entre los dormidos, hay uno que vigila por la ventanita de la vigilancia, ventanita por la que a su hora entra la tórtola del alba a despertar a los dormidos.

La Tribuna, 1 de marzo de 1920, núm. 2.986, pg. 7.

Variaciones. Los pendientes de las casas¹¹⁸

Ya las casas nuevas se construyen sin pendientes, es decir, sin llamadores. En sus puertas de cristales no se cuelga nada.

El postillón retrasado que de pronto llegara de parte del Rey Don Felipe a dar un recado a alguien se encontraría con algo tan absurdo como que la casa no tiene aldabón.

Si alguien quisiera llamar al portero en la noche sin sereno –le dio un mal y tuvo que marcharse–, no tendrá medio de hacerlo.

[...]

Las casas están desoladas, porque por lo que más se sentían halagadas era por sus pendientes, los dos pendientes segovianos de oro que colgaban de las orejas de sus puertas.

El misterio, que antes se atrevía a pasarse por la vida y a jugar seriamente con las personas mayores, ya no podrá utilizar su llamador clásico.

Aún quedan algunas casas a las que el portero quita para acostarse –como las mujeres que dejan los pendientes en las mesillas de noche– los llamadores relucientes, y después, en la mañana, después de haber hecho el aseo de la mañana, se los vuelve a poner con cuidado, acharnelándolos por detrás.

Aquellos pendientes en forma de lágrima, de ancla, de chorizo, de media luna, de mano, de martillo, de maza, solo permanecerán sosteniendo la tradición en las casas que ya son antiguas. En las casas futuras, así como se suprimieron las argollas de la fachada, se suprimirán los pendientes, que eran la prueba del rumbo y del regalo del dueño.

La Tribuna, 30 de abril 1921, núm. 3.351 pg. 4.

Paisajes sonoros y olfativos**Variaciones. Por los balcones abiertos¹¹⁹**

Ya puede estar abierto nuestro balcón, y ya entra por él todo el ruido de la calle. Es como si después de haber estado todo el invierno tapándonos los oídos, de pronto, nos los hubiésemos destapado, y un run-run largo e inundante hubiese penetrado por ellos.

¡Cuánta gente habla al mismo tiempo en distinto balcón, distinto portal y distinto alero!

¿A qué se parece este conjunto abigarrado, gárrulo y greguerista de grititos, bisbiseos y cocoricós humanos? Quizá a lo que más se parece es a una clase mixta, llena de niños y niñas, y de la que se ha ido el profesor un momento, ¡un largo momento que dura hasta las nueve y media de la noche! ¡Ese profesor no está nunca en su clase!

Cuanto más aumenta el calor, más aumentan los gritos y crece su diapasón.

La ráfaga, el vaho de los murmullos, no es lo molesto, lo molesto es ese diálogo que sostienen dos viejas que se paran cada una con una botella en brazos. No paran. Se despiden veinte veces, como un orador de su público cuando dice “voy a acabar”, pero continúa. Solo la manga de riego las separa. ¡Oh, si no regasen las calles, habría gente que no circularía jamás!

También cae sobre mi mesa, como un cantazo, ese grito del niño insoportable de la vecindad, ese niño que se quedará tonto como una meningitis de tanto gritar.

La verdadera salida de la escuela se nota mucho, y es como si unas golondrinas humanas pasasen rasando las aceras raudas, torciendo la esquina inmediatamente.

El “¡Ahí va, eh!” suena como un latigazo de la voz, de vez en cuando.

El “¡Cadenas y sujetadores para los llaveros!” pasa sin insistir mucho.

De las bodas ya no se hacen muchas veces caso. Los chicos han abusado en falso, coreando bodas invisibles, con unos “¡Viva la novia!” de pega. Sin embargo, hay veces en que se nota que es la verdadera boda la que pasa, y entonces hay que asomarse.

De vez en cuando hay algún escándalo de cocheros. Suele ser terrible siempre, cruzándose de pescante a pescante los insultos más abrumadores, los que no hay más remedio que vengar con sangre. Alguno de los contrincantes se pone de pie sobre el pescante para insultar mejor, y resulta así el tribuno del insulto. Las fustas, se ven que están prontas, amenazantes, coleando la tralla como una víbora; pero después no pasa nada nunca, rodando los coches en distinto sentido, o a veces paralelos. ¡Oh, si los cocheros tuviesen la costumbre de cruzar tarjetas y de manejar las armas!

Las bocinas de los automóviles barren la calle de ruidos un momento, con su bronco trompeteo, que hace temblar las casas como las trompetas de Jericó.

Sobre las bocinas naturales están también las falsas bocinas que imitan los chicos a la perfección, de tal modo, que a alguno le debería su papá dedicar a bocina.

Y por fin, después de varias duchas frescas que nos dan las notas de los pianos, sobre todo las de una insoportable pianola que ha nacido en la vecindad, y que toca piezas de diez mil metros en sección continua, llega la hora de los falsos periódicos, esos que tienen tanto gusto en vocear los rapaces, y un poco después la de los verdaderos, entre ellos el de *LA TRIBUNA*, que trae mi artículo siempre...

La Tribuna, 1 de junio de 1919, núm. 2.753, pg. 5.

Variaciones. Las acacias¹²⁰

Como en un raro y anacrónico otoño, han caído estos días las flores de las acacias. Acababan de nacer; pero su vida es breve, aunque intensa. Los racimos blancos se han desflorado en su noche de novios.

La flor de la acacia es lo que despierta en Madrid las ansias y las pasiones, haciéndole entrar en el Estío, ansioso de noviazgos y diversiones, oliendo ya gulusmeando la vida de un modo ardiente.

Ese “pan y quesillo” que se llama a la flor de la acacia -esa flor que es como un fruto-, no es sino otra clase de pan, como el pan de trigo, el pan floreal en frente de del pan candeal.

El olor de las acacias, ese olor que se come, “que se merienda”, es olor de Madrid en sazón. Cuando reconocimos a Madrid de un modo perfecto e inolvidable fue cuando de niños encontramos por primera vez, como entrando en la primera pubertad, ese olor seductor de mujer exuberante, campechana y de brazos magníficos.

Quizás debía haber en Madrid la fiesta de las flores de acacia, así como en París hay la del “mouguet”. Alguien debía coger y consagrar esas flores que caen desparrramadas por el suelo, y las perfumerías debían fabricar para las mujeres de más trapío una esencia de acacia. ¡Qué pura redondez, que plasticidad más acabada y qué puro madrileñismo las daría el perfume de acacia! ¡Qué consecuentes, pálidas y de qué pura prosapia serían! (Así como existe la esencia del lirio de Florencia, debía de existir la esencia de acacia de Madrid.)

Los chicos, sin poderlo evitar, llenos de un apetito desordenado, se comen el “pan y quesillo”, cogiendo las más truculentas indigestiones, los tifus más rabiosos, de los que mueren muchos niños todos los años en Madrid. Después de comido el “pan

y quesillo” como una confitura mezclada a un poco de mantequilla de Soria, se ve que es lo que no se puede digerir, el ramo de flores que se atraviesa en el estómago y entra la repugnancia terrible de lo más empalagoso. Por esto se deberían colocar en los jardines cartelitos en que pusiese: “No os comáis las acacias”, como hablando a unos rapaces conejos que saben leer.



Toda la acacia es graciosa. No es el árbol de la hojarasca estúpida y revuelta. La acacia es japonesa. Esa sutileza de color y de forma que la distinguen son japonesas. Es el árbol trabajado como por un orfebre, trabajado en concha, y resultando por eso de algún modo las peinetas de Madrid de la multitud de mujeres del pueblo, las peinetas de los paseos.

La acacia es consolatriz en las horas de sol fuerte. Sin dar esa sombra fría y refriadora de los grandes árboles, salpica de sombra, como una regadera, el paseo de las acacias, y no destempla con esa humedad de los grandes riegos, de sombra. ¡Fina regadera!

Bajo la canícula hay alrededor de ellas un resplandor rubio, como si revolotease el verde sobre el verde. Tanto toman el sol y lo esponjan, que al atardecer queda en su copa cierta incandescencia, cierto tono de grandes escarabajos de oro.

En las rondas y en las grandes avenidas de Madrid son las acacias nuestras grandes sombrillas, sombrillas de seda que no apagan ni la luz ni el calor a que acostumbran los otros árboles. La acacia cierne solo el sol, y crea una “sombra de sol” que no deja sufrir el dañino contraste que hace estornudar... ¡Ducha fina y sutil!

En la noche, también es bella la acacia. Cuando los focos cuelgan como grandes brazos de su ramaje, su luz demuestra, transparentando bien su verde, que están hechas de verdadero “carey”, y no de imitación. Por la noche se van de verbena, y nos las encontramos en sitios inesperados, en callecitas poco transitadas, de las que son el encanto tierno y juvenil.

La Tribuna, 7 de junio de 1919, núm. 2.759, pg. 4.

*Variaciones. Olfateos*¹²¹

Así como se oye el canto de los pájaros, aún lejos del sitio en que están, se huele desde lejos cuando les fríen en las parrillas de gas de las tabernas.



Ya hemos comenzado a oler a asfalto reblandecido y refrito.



El olor de las madrugadas de verano es rico como aquel “maná” que caía del cielo en la antigüedad.



Pronto oleremos también a puertas, persianas y ventanas tostadas.



El olor a botijo nuevo es fuerte, encarnizado, agudo. Ese sudor frío, febril, gredoso del botijo, irrotado y sudoroso, nos escarabajea la nariz y nos da una especie de penetrante reuma superficial, “reuma de olor de botijo nuevo”.

El otro día, al pasar por el puente de Toledo, nos dio en la nariz el olor de la hierbabuena. Los “hierbaberbeneros”, pobres y desastrados como todos los que comercian con lo silvestre, venían de arrancar por allá grandes manojos de la hierba que parece que hostiga los campos.

En fila, como coincidiendo en una hora determinada de una fiesta para los miserables, como en la fecha de una recolección pobretona, y para la que no son necesarios títulos de propiedad, volvían con sus cestas llenas de hierbabuena las moras más negras y despeinadas de la morería.

Desdeñada, oscurecida, pasando desapercibida, la hierbabuena es algo exquisito, y quizás de las cosas más sensuales y exaltadas del campo. La quintaesencia de todos los manojos verdes y rozagantes del campo está en ella, que lo resume todo en una concentración verdosa y “verdegustosa”.

Somos moros, y por eso también la hierbabuena nos emociona, nos despierta, hincha nuestras narices, convence a nuestro olfato.

Como quien señala una hora litúrgica, debemos señalar esta hora de las vendimias de la hierbabuena. Nuestro zoco está ya lleno de vendedoras. Hay que comprarla por la mañana, porque por la tarde es muy difícil de encontrarla.

Es esta la hora cálida y ardiente que hay que curar preparando mucho té moro con hierbabuena. No como un exotismo africano, como una cosa importada de las colonias marroquíes, sino como algo que nos pertenece por ser más castizos que los moritos sometidos, debemos tomar té moro todas las tardes.

En la tetera vulgar sin el campanil de las árabes, que eso nada importa, echaremos el té verde, el azúcar y mucha hierbabuena con los tallos cortados, y mezclado a eso un agua hirviendo, fundiremos así el ardor del verano, que es inútil querer apagar con helados y refrescos. ¡Gran pasión refrescante para compensar la enervación del bochorno!

Este té moro, este té junto al que es tan gran cursilería el té con pastas y con mermelada, es que nos pertenece, es el “café” de la tarde, fuerte y reanimador para hacer frente al calor con sus propias armas.

La Tribuna, 16 de junio de 1919, núm. 2.768, pg. 3.

Variaciones. Tomillo de Madrid¹²²

Al final del recorrido de ese tranvía que sale de Santo Domingo -tranvía que todos los días descubre por primera vez alguien- y llega a Puerta de Hierro hay unos niños del pueblo lejano, los niños de la estación, que ofrecen un ramito de tomillo.

Es esto para los que necesiten consolarse, como el vaso de leche de las Navas, como las almendras de Alcalá, como las pastillas de café con leche y los bombones de Matías López del Escorial¹²³.

Antes, siempre que el madrileño se paseaba por el campo del pueblo, los labriegos le decían, viéndole respirar con fruición el tomillo: “Esto sí que no lo hay en Madrid... Para encontrar esto hay que venir aquí, lejos.”

No, labriego; todo lo hay en Madrid, hasta tomillo. Basta tomar un tranvía y se respira el tomillo nutrido de olor, el tomillo salsero, quizás más admirable que el de los campos lejanos.

Y, además, ante este tomillo se percibe mejor su sentido y en qué consiste la ilusión de su olor.



El olor del tomillo tiene una cosa de llegada en tálburi o en tartana a la dehesa brava, y en la que el tomillo arde al sol, como el romero que se quema en el brasero de las casas, aunque arde sin arder, resistiendo el tueste lento, largo ardor que no acaba de inflamarse. También tiene el tomillo algo de ojeo solitario y una cosa de bajarse a la liebre o el conejo que han caído, porque les ha herido la escopeta o porque ha caído en el sigiloso lazo de oro del alambre de cobre del “lazo”. ¡Cómo huele el conejo a tomillo, como si se hubiese espulverizado con su esencia!...



Hasta encerrado en una habitación, cuando ya no se acuerda uno de que hay una mata en casa, salen de él pelillos sutiles de tenue humo tomilloso, pequeñas volutas de un humillo buscón que parece como domesticado y capaz de orientarse por el efecto.

Todo lo saludable del campo está en el tomillo. Es como el niño silvestre que se empina y nos echa sus bracitos.

((El tomillo –y esto lo digo para mayor honestidad y reserva dentro de tres paréntesis- es el pelo axilar de la tierra.)))



Pensando todo esto, y con la mata de tomillo en la mano, se vuelve el tranvía, porque el “último tren” no es todo lo tardío que debía ser. Todo el tranvía va lleno de olor a tomillo, y la plaza de Santo Domingo comienza a olisquear con extrañeza ese olor, del que hay tanta nostalgia en la ciudad, y todos los que pasan abren las ventanas de la nariz, sin acabar de comprender.

Las señoras lo llevan a sus casas y no saben guisar con él (¡Qué modo de intervenir el romero y el tomillo en la cocina italiana! En ciertos lados de Andalucía, también. Aquí nunca, y por eso, cuando se tropieza con él en las comidas de los viajes, se queda uno perplejo; “¿Qué es esto?” “¿Qué tiene esto?” Se saborea de nuevo el guiso. No acaba de caer uno. Se ve el campo, la Naturaleza, las selvas. ¿Pero qué fruto o qué planta es la que hemos paladeado?... Y como no estamos acostumbrados a que el tomillo figure como elemento de cocina, solo al final, después de pensar hasta en los pinos, surge la optimista exclamación de: “¡Caray, si es tomillo!”.

La Tribuna, 6 de agosto de 1919, núm. 2.819, pg. 4.

Variaciones. Por la calle¹²⁴

[...]

Madrid tiene ya ese olor que brota de los automóviles, ese olor a sudor de la ciudad.

[...]

La Tribuna, 13 de diciembre de 1920, núm. 3.232, pg. 11.

Variaciones. La Estudiantina temprana¹²⁵

Esta estudiantina precoz y rauda que pasa como si fuese alada por el son de las flautas sobre todo, es simpática, a la par que triste.

La calle se queda desconcertada.

“¿Pero ya estamos otra vez en vísperas de Carnaval?”, se preguntan los corazones.

Estamos en vísperas de todo, y al mismo tiempo, mucho antes de las vísperas, en aquel año –sin ir más lejos, aunque se pudiera ir más lejos– que representa ese grabado antiguo.

[...]

Tocada en la calle y en las noches frías la música de la estudiantina, parece que de rechazo toca los cristalitos de los xilofones del invierno.

[...]

Las estudiantinas tienen el aire bohemio, funambulesco de los hombres que parecen andar por los tejados. Van tranquilos porque no se les robará ni se les asesinará gracias a la fuerza y el auxilio que forme el grupo.

Ese paso hacia delante de las estudiantinas, ese aire de alabarderos que toman de muestra la vocación de cada uno de ellos para la estudiantina... Harían vida de estudiantina siempre si se les dejaran; no habría tregua ni en la primavera.

La estudiantina clásica es la de capas terciadas y sombreros parlantes que les venían chicos.

[...]

¿A qué conquista va esta tropa alegre que anda de lado, abriéndose paso en la noche con el hombro izquierdo?

Les gusta ir a la cabeza del silencio, como esos chicos alegres que anteceden a las tropas y que serían capaces de llegar hasta el puerto de embarque para África si las tropas llegasen hasta allí no abandonando en varios días su paso regular. Ellos van a la cabeza de su ejército imaginario, y quizás de todas las máscaras del Carnaval, en formación hipotética detrás de ellos.

Ese zarandeo que llevan, ese contorno de fantoches, ese refrigerar a la noche con sus músicas les compensa y les enorgullece. Ellos por en medio de todos los calaveras que tiene la noche, tienen una misión que cumplir; se dedican al trabajo, llevan un ideal de batalladores, sienten como nadie, con más deleite que nadie, el contraste de la noche dormida, con su música el contraste de la noche derrochadora con su sobria ambición...

Les es grato avanzar hacia un hermoso foco de luz y pasar templándose un poco por delante de los cafés iluminados. ¡Nada más nostálgico y más delicioso en su amargura!

La Tribuna, 3 de enero de 1921, núm. 3.250, pg. 7.

Las afueras

*Variaciones. Lilas*¹²⁶

La inundante flor llena las mesas, los jarros, los alféizares. Grandes brazadas de lilas caen en los hogares, inevitablemente, abrumadoramente, necesitando apelar a las grandes tinajas para darlas colocación a todas.

[...]

En estos días en que los automóviles, los coches, los tálburis y muchas gentes a pie vuelven de las ingratas afueras cargadas de lilas, y después de haber mirado con simpatía y con un delicado cariño las primeras y copiosas lilas, al encontrarme con las mías en un insistente coloquio con ella, repugnado, arrecido, compungido, me he decidido a dar el escándalo, a proclamar el divorcio latente. ¡Estoy harto!"

[...]

La Tribuna, 4 de mayo de 1919, núm. 2.725, pg. 7.

*Variaciones. Casa del pescador de peroles*¹²⁷

De vez en cuando pintaré una casa, de esas casas impares y diferentes que hay en la ciudad, o de las que forman esos barrios elegantes, uniformes y monótonos.

Para comenzar, daré vueltas a la casa del pescador de peroles.

Es una casa pobretona, pero de ladrillo. Su puerta se abre como una ventana, y como una puerta de dos mitades, superior e inferior. Generalmente, está cerrada la

inferior para que no se escapen los gatos, y el hueco superior está tapado por la cortina roja, que cierra por dentro la puerta. No se privan de nada sus moradores.

No es gente a la que importe el mundo; así es que por las rendijas de la cortina no fisgan la calle. En otras provincias, de todas las casillas asoman cabezas mironas. Aquí basta estar sentado afuera el morador leyendo un libro y no levantar la vista sobre el que pasa, aun cuando es una rareza que pase alguien por la calle.

Son [fieras] y sepulcralmente independientes estas casillas de las afueras de Madrid. Su propietario es propietario por ocupación de la casa, y, por lo tanto, es creador de su propiedad, que no procede de herencias ni compra-ventas. Es propietario como lo pudo ser el Creador cuando se le ocurrió la idea del mundo y la realizó.

A veces, un guardia municipal que lleva cuidadosamente unos papeles en la mano, llama a la puerta de la casilla, y nadie responde. Está abierta, puede levantar la falleba; pero no se atreve, y yo le he visto marcharse resignado, porque sabe que cuando una de estas casas se hace la sorda, no se la podrá hacer oír nada de ninguna manera.

La casilla del pescador de peroles ¿en qué se diferencia de todas las otras? El pescador de peroles tiene a ambos lados de la puerta de su casa, hacinados, revueltos; azules, blancos, roñosos, morados, orinientos, un montón de peroles aplastados, abollados, agujereados, desmaltados por la vida, y sobre ellos, envolviéndoles, reteniéndoles quietos, hay unas redes de alambre, que clavadas en el suelo, evitan que se los lleve esa inquietud que hace correr a los peroles por los caminos, por los campos y por los estercoleros, como olisqueando aquellos guisos que ebullieron en su fondo.

El pescador de peroles sale de vez en cuando a pescar peroles, y los deja orearse, curarse, sazonzarse en esos fondos de alambreira. Solo él sabe cómo los hará comestibles, y por eso no hay quien se los robe.

Lo único que le da profesión es su “stock” de peroles, ese muestrario que retiene, como en un gallinero, a la puerta de su casa.

La especialidad del pescador de peroles es maravillosa, yo paso admirado por delante de su casilla, porque, según me han contado, es difícil la pesca, pues para pescar peroles hay que saber dónde suelen coincidir, dónde hay verdaderos “bancos” de ellos, y, además, hay que lograr que el anzuelo les entre por el agujerito que tienen en su mango, y de que las cocineras les tienen colgados de un clavo en las cocinas.

La Tribuna, 24 de octubre de 1919, núm. 2.871, pg. 2.

Variaciones. La avellanas, las nueces, las acacias, la sementera¹²⁸

Es la hora de las avellanas y las nueces frescas, al mismo tiempo que de las castañas... A las frutas blandas, desnudas, mórbidas, suceden estas, recelosas, molidas en sí, de dura caparazón, un poco sequerizas y otro poco en conserva, aun en su frescura. Frutos con gabán de invierno que inicia el membrillo con su gabán de entretiempo.



Están luchando las acacias con el tiempo... ¡Si se hiciese el milagro de que pasasen por el invierno intactas! Se podría dar el caso... Están despeinadas. Ya están boca abajo todas las hojas que caen en racimos o en ramas, con las que parece que los chicos se han zurrado la badana... Su fruto negro, esos frejoles de vaina apretada y acecinada que penden de su ramaje, sufren la pedrada de los chicos que quieren comerse el fruto tardío y *constreñido* de las acacias, de las *rubitas*, que tanto alegraron los paseos de este verano.



En las excursiones por las afueras, pasados los solares estériles, duros, llenos de escombros, que solo esperan las casas futuras y llevan así años y años de pereza, se encuentran aún tierras de labor, tierras que no quieren estar a la expectativa de ese destino de plantilla que es la edificación de una casa sobre un terreno.

En esas tierras de labor, en las que es agradable ver la simetría rústica de los camellones y los relejes que ha hecho el arado, se está sembrando estos días. ¡Qué extraño resulta ese gesto bíblico aquí, en el mismísimo Madrid, y al final de las calles en las que resulta extraño el que pueda decirse que en ellas hay tierras de labrantío, pues aunque son muy urbanas y principales, son tan largas, que al final son campo! ¡Nunca lo creerán las señoritas que viven en su comienzo!

El gesto del cultivador cortésano, al aletear en medio de esas circunstancias no acaba de tener importancia. Parece el sembrador un empleado del Ayuntamiento, que en sus ratos de ocio echa de comer al campo, como alimentando el hambre *gallinil* de la tierra.

También tiene ese gesto algo de gesto político de sembrar toda España desde la tribuna de esa tierra, o bien de sembrar la semilla revolucionaria en los surcos de la vida, o de simbólico, imitando ese símbolo de la siembra que hay en los sellos y en las monedas de Francia.

La Tribuna, 31 de octubre de 1919, núm. 2.878, pg. 3.

Variaciones. La casa de la marquesina¹²⁹

Esta casa es muy pequeña; pero tiene una gran marquesina. Costó tanto la marquesina como la casa, con su jardincito plantado de higos chumbos.

¿Qué se creyeron esos fatuos y modestos dueños del hotel de la Marquesina que era una marquesina? Probablemente, se creyeron que así ganaban en aristocracia y en alcurnia.

“La marquesina está triste. ¿Qué tendrá la marquesina?”¹³⁰

Parece que dice un poeta reminiscente en la esquina de la casa.

Esa casita construida en las afueras, en sitio ingente¹³¹ y abandonado, les pareció a los dueños, arrepentidos de haberla comprado, que se salvaría gracias a la marquesina.

Las señoritas del hotel, las dos señoritas pálidas como el papel, que como tenían salidas de teatro querían ir al teatro de vez en cuando, pensaron en que los días de lluvia en que fuesen al teatro, al volver, no se mojarían gracias a la marquesina, y mientras pagaban al cochero podrían estar bajo cubierto. “Hasta cuando vengamos en tranvía, mientras nos abre la criada, tan sorda como casi toda la servidumbre siempre... podremos esperar sin mojarnos”, dijeron también las dos señoritas, que después de caladas en el trayecto del tranvía a casa, pensaban en resarcirse y resecarse bajo la marquesina.

-Pues si hay marquesina, ya no hay gramófono, ni perro, ni nada -dijo el padre, y como encontrase más asentimiento después de su amenaza, mandó construir la marquesina.

Con la marquesina toma la casa desviada del mundo, pérdida y excéntrica, cierto carácter de pequeño kursaal o pequeño teatro. La marquesina volvió femenina a la casa, plantándola un sombrerete de ala cursi, de ala recortada en ondas.

Por “la casa de la marquesina” conoció todo el mundo a la casa humilde, despintada, desdibujada, perdida. ¡Si no hubiese sido por su marquesina, nadie la hubiese encontrado en aquel rincón! La marquesina la daba un aspecto ladino, de mirar bajo la visera, de ponerse la mano en forma de pantalla sobre los ojos para ver más lejos y mejor.

Los pobres dueños iban mal, y los que pudieran haberles socorrido no lo hacían, porque les irritaba la marquesina.

-¡No tienen dinero, y, sin embargo, gastan en marquesinas! -decían unos.

-Son tontos; necesitaban un sombrero de cañizo y retama para que no les mata-se el sol, y, sin embargo, lo hacen de cristal, que lo deja pasar entero y hasta lo da más fuerza como los cristales de aumento -decían otros.

Por el peso de todo el hotel, y quizás más que nada de la marquesina, se les ocurrió vender el hotel, y pusieron un cartel enorme, como un grito estentóreo con que hablar hasta a los aviadores:

SE VENDE

Pero nadie compra la casa de la marquesina, esa casa con visera, que ha tenido tan poca fortuna como aquellas gorras que hubo con una visera de celuloide o talco. Y así, sin venderse y con ese cartel, sí que “está triste la marquesina”.

La Tribuna, 27 de noviembre de 1919, núm. 2.905, pg. 7.

Variaciones. La sirena de Madrid¹³²

En esas afueras por cuyo descampado se destacan muchos esos frailes que van por las veredas, y en cuyo andar enderezado y rígido solo se mueve un poco la campana de los manteos y los pies con sandalias, se oye, sobre todo al atardecer, el son de una sirena de barco.

Pasan volquetes, esos carritos insignificantes de una sola mula, volquetes cuyo carrero sabe que es menos que nadie, porque solo conduce arena, ripio, cascote, ruinas de una casa o tierra de un desmonte. Van lejos, porque no les dejan descargar en esos solares que ya parecen bastante lejos, pero que están aún más lejos de los actuales vertederos, y todo por nada. Pasan todo el día volquetes y volquetes de ruido

ligero, pero pertinaz, constante, seguido; carros de bueyes, que si no pueden sacar a su carreta el sonido de chirimía mezclado a caramillo de afilador y a fondo de fondo de gaita que sacan a las del Norte, la sacan un tartajeo especial, un lento carraqueo de carro de bueyes, y también pasan carros tirados por una larga reata de mulas, carros que producen un ruido de caderas que se van a descadenar.

Todos estos ruidos llenan las afueras del actual Madrid, como si se verificase una mudanza completa de la tierra de la ciudad, ahuecándose su fondo para nuevos cimientos de nuevos e innumerables casas; pero sobre este ruido parecido, en su monotonía y en su momentáneo aparecer y desaparecer, al ruido de un mar cascajoso sobre un acantilado duro y sumido, se destaca el son de esa sirena inquietante, extraña, que se intenta adivinar con las orejas tiesas como las de un lobo mientras se mira al horizonte sobre el que ya solo se destacan las raspas de los chopos.

¿Qué barco pasa por la alta mar de las “Cuarenta Fanegas”¹³³, o hacia Tetuán, o hacia el camino del pueblo de Fuencarral o de Hortaleza?

Cuanto más oscurece, más se va repitiendo el bocinazo de sirena, que, desde luego, no es de automóvil. El del automóvil no es de barco de ninguna manera, y se ve lo de imitación que es y lo demasiado armonioso y delgadito que resulta su sirenismo. Esta sirena es sirena del mar, un poco enronquecida, aunque brote de una laringe poderosa y como surtida de energía, por cómo se hunde en las aguas y en el aire.

Unido al sirenazo de esa sirena aparece en la fantasía la visión de un armatoste largo, lento y con cabeceo de barco al andar sobre la tierra.

Nos agrada tanto suponer ese trasatlántico sobre la cuerda floja del horizonte del mar, que tardamos en decirnos francamente que esa sirena es del tranvía blanco de Ciudad Lineal, ese piróscafo largo que pasa tocando la sirena sin dejarlo -como las del mar los días de niebla-, porque teme tropezar con los carros dormidos, o matar a algunos mendigos de esos que pululan por esa carretera de las Ventas a Cuatro Caminos, negra como el mar negro, sin una luz, sin un farol de tronco de palo siquiera.

La Tribuna, 28 de noviembre de 1919, núm. 2.906, pg. 9.

*Posdatas. Arando*¹³⁴

Acaban de arar ese gran terreno que se llama “Las Cuarenta Fanegas” y que, si antes estaba al margen de Madrid, ahora ya no lo está.

Parecía que había quedado convertido en paseo de todos. Las gentes habían apisonado el terreno ferozmente. En la oscuridad de la noche, de todas las casas de los alrededores salían gentes que vertían sus capachos llenos de basura. Aquello era un terreno más en vísperas de que construyeran en él una casa, hincándose la piqueta en su compacta dureza, ya con algo de piedra, que en vísperas de esto que hemos visto hacer estos días al arado.

Este arado que ha rajado estos terrenos no es, desde luego, el arado de los pueblos; es un arado más fuerte, afilado, duro, enconado, rejón, para el asfalto, y también las mulas son de esas mulas que han demostrado su fuerza pudiendo con el carro más pesado del mundo.

Las gentes que encontraban pasadizo por aquí, entre barrio y barrio, se han parado, sorprendidas, al ver levantado y exigiendo respeto el terreno tan allanado por sus pisadas de todos los días. En este momento, en que los relejes están blandos, recientes, y es fácil el desmoronarse de los camellones recién creados, son pocos caminantes -aquí no son ya transeúntes- los que se atreverán a pasar por la tierra recién arada, no solo por cierto respeto, sino porque no hay cosa más incómoda y en que más []cuelen los pies que la tierra recién arada. Pronto, sin embargo, en cuanto la primer helada endurezca la tierra labrada, todos volverán a cruzar por en medio de las tierras, y crearán numerosos caminos sobre la tierra cultivada.

Este labrador madrileño, que tiene a mucha honra ser agricultor, se empeña que sean tierra de labor “Las Cuarenta Fanegas” que le dejaron sus antepasados, y que su familia viene cuidando desde que Madrid era una aldea, con cincuenta pares de mulas y un buen número de fanegas de tierra. Ese labrador consecuente, que aprovecha para sus tierras y convierte en cebo de ellas todo lo que todos han ido vertiendo sobre ellas, cascote, ripio, cajas de sardinas, etc., con lo que no puede es con ese público que esteriliza sus tierras, que pisa y doblega la mies como un pedrisco, que arrasa como la langosta todo su predio, inevitablemente, porque hay demasiadas casas grandes y atestadas de vecinos a un lado y a otro, de sus tierras.

¡Las Cuarenta Fanegas! ¡Qué título más denso de una propiedad, y cómo se envidia a la familia del dueño de “Las Cuarenta Fanegas”, que podrá comer siempre pan, y un pan estupendo!

¡Cuarenta fanegas! Pesada riqueza, numeroso grupo de surcos llenos de fanegas de trigo y paneras llenas de montones de pirámides del mismo trigo.

Ya tiene bastante el dueño de Las Cuarenta Fanegas con sus tierras, esas tierras que trabaja como para dar ejemplo y para ver también si, como a San Isidro, hay unos ángeles que le conduzcan el arado, unciendo a él, emparejados, el buey y la mula del Portal de Belén.

Tristán

La Tribuna, 16 de enero de 1920, núm. 2.948, pg. 6.

Clima, enfermedad y La Sierra

*Variaciones. Todo Madrid constipado*¹³⁵

Cuando sentimos ayer la primera ráfaga del frío, la forada del viento helado, nos dimos cuenta de lo que ya no tenía remedio, ni podía contenerse. “Todos” acababan de constiparse sin remisión. El contraste había sido más brusco “como nunca” y tan brusco “como siempre”. Yo conozco mi mar, como un verdadero marino de la sierra madrileña, y sé lo terribles que son estas inundaciones en que el mar frígido entra en la primavera y coge a la ciudad en fiesta, todos desprevenidos y sin chalecos salvavidas. Por eso yo soy el que, sin ningún amor propio, se pone inmediatamente la escafandra, el gabán y la bufanda, apenándome ver a los que se creen buenos nadadores y se lanzan a cuerpo al mar helado, por no sacar de los armarios los gabanes guardados ya con alcanfor, y por no perder la vana esbeltez y la ligereza.

El constipado general ha sido irremediable. El polvo de rapé que levantó el viento frío produjo coros de estornudos. Las gargantas quedaron ortigadas, de ese modo particular, indudable e irrevocable, que en vano se intenta “pasar”, carraspeando, tragando saliva, bebiendo algo. Ni un raspado de la garganta podría con esa ortigación recalcitrante.

¡Hora traidora con algo de toro, que después de parecer bien matado, se levanta y comienza a embestir y a matar en el ruedo lleno de gentes confiadas!

En el primer momento, como quien da la alarma, hubiera ido gritando por los jardines y los paseos: “¡Sobre todo, huid con los niños!... ¡A casa con los niños!”

Menos mal que no ha caído en domingo el día de la sorpresa, porque el domingo lleno de blusas ligeras y de faroleros trajes de primavera, t[enue]s vestidos y en el paseo para toda la tarde, hubiera quedado sembrado de cadáveres.

En el primer momento de la escaramuza, las balas de las ametralladoras del Guadarrama, han silbado certeras, cargadas, con espiritado aire colado, con las reservas filtradas cernidas por todo el invierno. Solo se habrán salvado aquellos en que haya tropezado la bala puntiaguda y fina en un botón, en una hebilla, en la cartera o en el varillaje de las costillas.

Los médicos han debido pensar, como agricultores sorprendidos por el granizo: “¡Adiós la cosecha!”

El hecho fatal es que la ciudad está constipada. Y hoy todos con la sordera del constipado, se cuidan cada cual con su procedimiento, aunque todos deben preocuparse de no ser imprudentes, porque este es el catarro puente, el catarro que, si se pasa, se ha ganado vida hasta el próximo invierno, y si no, “¡HASTA QUE NOS VEAMOS!”.

Tengamos miedo de las complicaciones, de esa pérdida de cinco minutos, de esa precipitación, de ese pequeño descuido, de esa dosis aumentada o disminuida, de esa omisión o de esa extremosidad, porque “eso” tan sencillo, ese doble y rápido traspies es casi siempre la muerte. Lo irremediable, generalmente, no es más que ese ligero aturdimiento, ese enredo sencillo y fácil del hilo de la vida.

Así es que, cuidado y a aliviarse. Un poco de paciencia. No hay que preocuparse. Yo ya paso el parte por todos; “Por hallarse indispuestos todos los que se dieron cita anteayer para verse alrededor de tal farola o en tal otro sitio, no podrán concurrir.”

Los jefes, los profesores, los directores, se tienen que dar cuenta también de la catástrofe general. Deben tener un poco de imaginación y no agravar hasta la muerte lo que puede ser ausencia de un día. ¿Es que se necesita un temblor de tierra para ver gráficamente la catástrofe? Un temblor de aire y de temperatura son invisibles, sutiles, pero son tan graves.

Leamos un libro, estornudemos con discreción -aquí no se sabe estornudar, y cada estornudo es una agresión para los demás-, no nos sonemos demasiado y des-

confiemos unos días de la Naturaleza, porque la seducción más venenosa y más aciaga para el enfermo es la seducción del sol y del paseíto por el campo que le salvará.

La Tribuna, 29 de abril de 1919, núm. 2.720, pg. 3.

Variaciones. Noche de niebla¹³⁶

Los faroles escalfados en la noche nublada.

¿De dónde sale este humo que lo llena todo?

¡Que cierren la puerta de la cocina!

El pobre pintor de siluetas hoy ha podido pintar las siluetas de todos sobre la claridad nubosa del fondo.

Los tranvías pierden la dirección y cambian su camino. Los de Hortaleza se van por Fuencarral.

Dicen que la niebla es mala, malísima; pero, no obstante, la saboreamos, y hay que confesar que nos da optimismo y una alegría tan viva como la de ver nevar. Parece que la niebla nos va a matar, y, sin embargo, alargamos el paseo por sus alamedas... ¡Tiene el mismo color opalino del ajeno con goma que no nos conviene y que tomamos alguna vez!

La pareja por entre la niebla siente la nostalgia cumplida, y disfruta de un fenómeno de gran ciudad, de mayor ciudad que la ciudad en que se da la extraña aurora "nubledal", porque solo una gran ciudad triunfa de la niebla y la ilumina. Todas ellas se sienten en un ambiente de mayor picardía y de más bajo fondo. Están en ese ambiente que siempre estimula el aire de todos, y, sin embargo, caminan en la noche de niebla por la vereda incontaminada y reservada de la niebla.

Las hileras de faroles se ven más que nunca en la perspectiva. Son como bombas de luz en vez de faroles con mecheros, ráfaga y destellos; son grandes bombas opacas y lechosas, que forman una avenida de telón de fondo teatral, de decoración de escenario dedicado a las variedades.

En la niebla hay hombres y mujeres que se han perdido y que son conducidos a la comisaría como niños que no saben sus señas.

La voluptuosidad de todos los pasados días de niebla se recuerda el día de niebla.

¿No será una cosa así la ciudad de la Nada?

Los grandes focos de los teatros relucen como faros en la noche nublada, y la traspasan y parece que desde allí suena una sirena que llama al que navega en la noche.

Otras calles son nuestras calles de siempre, calles más misteriosas y más coquetas, con una coquetería extranjera.

A las torres las han robado el reloj, y alguien que no lo sabe se pone de puntillas para ver si ve la hora en el reloj de la torre que no se ve. ¡Pobre miope de la niebla! ¡Con qué apuro mira a lo alto!

La niebla es tan ácida y mordiente, que sentimos que los pulmones se cuecen al aspirarla y volverla a aspirar.

En la noche de niebla hay como una vuela de baile de máscaras siempre, y surge el deseo de un opíparo “souper froid” en la noche de la niebla. (“Ya que no “souper froid”, un “chocolate con bizcochos”, dice ella.)

Pero no tomemos un “simón” para salvarnos precipitadamente de la avalancha de niebla; el “simón” es el barco salvavidas que ayuda más a ahogarse.

La Tribuna, 4 de diciembre de 1919, núm. 2.912, pg. 5

Variaciones. ¿Qué calle es esta?¹³⁷

Sobre todo, bajo la bruma madrileña de las mañanitas de invierno –bruma que no es bruma, sino fino colorido-, se idealiza Madrid por completo.

Idealizarse en la tarde o en la noche no es raro; pero idealizarse en la mañana es algo excepcional, y quizás se debe a que bajan a Madrid las finas brumas de la sierra, y bajan destiladas, depuradas, satinadas y pulidas al caer por las faldas de la montaña: ¡Efecto argentífero y bruñido!

Esa mantilla o velillo de gasa que gasta en la mañanita Madrid sobre una peineta de concha, es algo con lo que es delicioso contemplarle. Gracias a que casi todos los viajes de vuelta a Madrid tienen la llegada a esa hora temprana, lo primero que

vemos es esta “velación” de la mañana, de la que traemos la nostalgia apremiante de todos los regresos.

Los “estores” de la mañanita caen sobre las calles y las fachadas, dándolas un aspecto remoto, irreal e inmaterial. Por eso resulta una hora muy espiritual la hora temprana de Madrid, esa hora en que se agrava en otros sitios la materialidad del mundo.

Cuando en todos lados el ensueño acaba porque es su hora del despertar, hay en Madrid una continuación de ensueño lleno de realidad y de deslumbración en medio de todo. ¡Clara y alegre nebulosa!

Bajo esta mañana tenue y fluida de Madrid, en que no parecen existir las aristas de los esquinzos, ni los límites, ni las paredes maestras y finales de las perspectivas, es algo revelador pasear por la ciudad vaga, indecisa y como increada.

No es niebla eso que transfigura nuestras mañanas, es “pátina” madrileña, dulce pulverización, tal hecho de algún modo con el humo de los desayunos. ¡No hay nadie que puede averiguar su secreto de punto de bizcocho! ¡Vaya canela fina!

Detrás de esa “celulosidad” de la mañana, hay calles que pierden su fisonomía y se convierten en calles de otro sitio, de algún sitio romántico y lejano.

Así pasa con esta calle que el fotógrafo artista ha recogido en una visión mañanera. ¿Qué calle es?

Esa bruma que transparenta los objetos, que los trasluce, que los entona en vez de enturbiarles como todas las brumas; esa bruma que interna en un limbo radiográfico las cosas y las casas, da un raro exotismo a esa calle que las muchachas recaderas no quieren bajar, porque dicen que allí es donde levantan la pata todos los perros. Esa es la calle de la Escalinata.

Todo ese barrio tiene la suerte de una mañana regia, llena de especias sutiles, esencialmente castiza, una mañana consecuente, familiar, siempre con algo de bautizo o de boda, siempre sabrosa a churros tomados con apetito y novelería, siempre encantadora, como aquellos novillos de párvulo que comenzaron a las ocho de la mañana.

En la calle de la Escalinata se aduna la espiritualidad de la “parada” temprana que se celebra minuciosamente en toda la ciudad, de la “diana” que tocan las trompetas que, para no ser agrias, para ser solo armónicas, no suenan, pero tocan.

Allí cae como en una trampa la gracia opalina de las siete, las ocho y las nueve de la mañana de “Magerit”¹³⁸, y desde la plaza de Isabel II se ve ese extraño rincón con esa

bella veladura, pero es de las pocas calles que, gracias a estar parapetadas detrás de una escalinata y un balaustre de hierro, pueden tomar ese aspecto de dama turca que se tapa la mitad de su rostro, asomando solo sus ojos.

La Tribuna, 12 de diciembre de 1919, núm. 2.920, pg. 5.

Posdatas. La niebla que se fue. Los hidrópatas¹³⁹

-Otra vez la niebla- nos hemos dicho-. Este Madrid va a acabar siendo un Londres... De fumar ya mucha gente en pipa inglesa tabaco también inglés; de usar gabanes ingleses; de pedir las marcas inglesas; de traducir demasiado a Wilde; de ir sabiendo inglés poco a poco, o por lo menos de decírselo a los que no saben, de todo eso puede brotar un tipo de ciudad como Londres, con nieblas diarias.

[...]

¡Que no vuelva esa niebla como de microbios, o de mosquitos, o de gripe, en que se sumergió fatalmente Madrid no hace mucho!

Tristán

La Tribuna, 11 de enero de 1920, núm. 2.943, pg. 12

Posdatas. Otro buen día¹⁴⁰

Ya son muchos los buenos días de este invierno.

Parece que estamos pasando una temporadita en Niza. Todos los días, sin embargo al volver a casa, a la tarde, nos parece que regresamos de la bella ciudad, y que mañana ya estaremos en nuestro Madrid, frío como un carámbano.

Pero “mañana” vuelve a aparecer un mañana sonriente, blando, como si hubiese un aroma de sicomoros y las palabras estuviesen extáticas y muy crecidas en sus plazoletas.

Una mañana de Mayo, como si hubiese estado mal encuadrado el almanaque y esa hoja se hubiese traspapelado y quedado entre otras de Enero.

Como lo que más caracteriza al madrileño es el dominio de los días, el dominio absoluto de su ciudad en el breve trayecto del día, todos están poseyendo el buen día. Da gusto ver esta gran conciencia del día que pasa, esta entregarse al presente y vivirle como si no tuviese pasado ni porvenir que caracteriza al madrileño castizo. Ni dinero, ni esperanzas, ni casi recuerdos; solo el dominio intensivo, consciente y regio del día. Esta es, a mi juicio, la superioridad del madrileño sobre todo otro ciudadano de gran ciudad; que se ha atrevido a arrostrar la audacia de vivir solo del presente.

El azul del cielo está tan alegre que parece que está lleno de globos de los niños, globos azules, burbujas de alegría.

Un gran arroz, un magnífico arroz es el del medio día; un arroz en su punto, con cangrejo y jamón; una paella a la madrileña.

-¡Eh! El arroz del día, es maravilloso- le hemos dicho al amigo, sin podernos guardar la imagen, convidándole a comer de ella.

A la tarde hemos salido de campo, de merienda, sin merienda, solo con el recuerdo de alguna merienda familiar celebrada sobre el santo suelo de la Cuesta de la Vega o en la Moncloa, hace años.

Solo nos ha desagradado que en ese hermoso día ha habido muchos entierros, numerosos entierros, tantos, que parecía la calle como en ese día de la coronación de un rey, en que salen todas las carrozas y llenan la ciudad de una desbandada de carrozas de gran gala.

Alfonso Reyes ha llamado, muy bien, a este despejo de carrozas fúnebres, "Fiesta Nacional".

En el buen día claro, los muertos van atrozmente vestidos de negro. Ellos no saben qué día hace ¡menos mal!; pero toda la comitiva va encerrada, desgraciadamente, en los coches de riguroso invierno, y ve como por las ventanitas de la cárcel el día magistral.

Ya estos son muertos que cayeron por los fríos de hace muchos días; muertos matados por una sentencia ya un poco antigua. Estos días hay una tregua de nuevas invasiones, aunque se prepara una nueva hornada, y todos disfrutamos secretamente, a pleno pulmones, los últimos días bellos de nuestra vida.

Tristán

La Tribuna, 21 de enero de 1920, núm. 2.953, pg. 7.

Variaciones. Los balcones de España¹⁴¹

Los balcones viven en verano más que nunca. Todos abren ansiosos a la calle, gritando de par en par: “¡Fuego!” “¡Fuego!” o “¡Auxilio!” “¡Auxilio!” “¡Que me ahogo!...”

[...]

Los balcones son en España la franqueza, la exhibición, el sitio por el que hasta es vulnerable todo el misterio de la casa.

[...]

En este momento hay un renacimiento de los balcones y de los hierros de las balaustradas. Todo dueño de casa piensa en los balcones, sobre todo, y los hace el particular adorno de la casa, yendo en muchas casas hacia el balcón volado, o por lo menos, el precioso balcón “colgado”, que tiene a cada lado una especie de colgador de hierro que baja desde lo alto de la tapia. El sistema de poner pirinolas de hierro –y no boliches de cama, como en muchos balcones– e los ángulos secos y desairados de los balaustres es también una idea que se renueva.

Los balcones de España deben ser subvencionados por los Ayuntamientos, vigilados por los artistas y cantados por los poetas, que pueden provocar con sus cantos una emulación o un renacimiento.

Podemos viajar por España sin ese miedo a estar abandonados, solo, sin nada animado que ver, en el fondo de las calles. Eso nos ha pasado en Inglaterra aventanada, en la Francia empersianada y en casi todos lados, menos en España y en Nápoles; ese delirante Nápoles con sus balcones en que cantan las mujeres y todos los asomados están como pronto a tirarse a la calle por la alegría que tienen y por el ansia inquieta y volandera que les posee.

[...]

Por los barrios bajos hay balcones que tienen una chumbera. Toda África se precipita en la calle esa y la africaniza.

[...]

Hay balcones que son enormemente disfrutados por un señor –¡como disfruta el suyo de la calle de Fuencarral el gran republicano Ortega y Rubio, que se asoma a él todos los días, a las seis riega su maceta y achucha con cariño a sus pajaritos!– En algún

balcón es el inquilino capitán de barco, vigía o dueño del mundo, y hay quien saca unos largos gemelos al balcón, o un catalejo como un telescopio, y se ve que ve cosas lejanísimas, gentes que se le aparecen al otro lado del mundo.

El balcón con todas sus ventajas, con descubrir la belleza de un interior o de una mujer, la simpática cotidianeidad de la vida y tantas otras cosas, revela también la miseria, el mal gusto y se ve un interior pobre, pero atestado de panoplias con armas de todas clases –enormes espingardas y pequeños puñales–, y se ve un señor en camiseta, que es lo más ignominioso que se puede ver.

Tan poderosos son los balcones, tan aliciente tienen, que son lo único que hace perder el tiempo al hombre de voluntad firme para el trabajo. Huyendo de los balcones sale uno a trabajar a los cafés y a las bibliotecas.

En los cafés, los espejos compensan un poco de la falta de balcones; pero en las bibliotecas, sobre todo en esas que tienen altas claraboyas, se piensa en los balcones lejanos y se quisiera ir inmediatamente a ellos para seguir viendo la muchedumbre que está pasando en su calle, y entre cuya masa desconocida, igual y distinta, pasa esa figura que sugiere una cosa que no tiene nada que ver con ella y esa mujer que nos busca.

La Tribuna, 12 de agosto de 1920, núm. 3.127, pg. 6.

Variaciones. San Guadarrama¹⁴²

Yo propondría hacer Santo al Guadarrama. Elevar ese patronazgo, que actúa de hecho sobre Madrid, a la categoría de cosa consagrada.

Necesitamos esos días terribles que amanecen en Madrid, rogar a ese Santo por nosotros. Nos daría una gran confianza en que iba a mejorar el día el poder dedicarle nuestras oraciones, el poder entrar en su cripta.

Es imprescindible un San Guadarrama blanco, muy blanco, todo cubierto de armiño, frente a un paisaje blanco y nevado. Su atributo será un fuelle, ese fuelle con que ventea sobre Madrid manejándolo con delicadez de aparato musical, de acordeón del viento, acordeón de notas penetrantes, de soplos sutiles, con notas agudas de violín.

También tendrá ese San Guadarrama un cepillo en que depositar nuestra limosna para mantenerle propicio.

Necesitamos hacer méritos ante una autoridad regional que se dé cuenta inmediata de nuestro frío, de nuestro desaliento, de cómo tememos que de pronto se raje alguno de los vasos de nuestro pulmón, de cómo nos duele a lo mejor el agujetazo de la jeringuilla inyectándonos la pulmonía.

En estos días de nieve en que en la puerta de cada casa está parado él, afilando los cuchillos del frío, grandes como los de un carnicero, convendría podernos dirigir a la cripta del Santo y llevarle una vela rizada, de las mayores, de esas en que las campanudas se consagran a los Santos como velas que se consumen y como ramos de flores.

Los incensarios recordarían la piedad a San Guadarrama y le aplacarían un poco, entibiando su rigor.

Necesitamos estar frente a frente a San Guadarrama que nos vea, que no pueda volver la cabeza ni estar lejos, que vea a toda una muchedumbre de fieles frente a él, sin hipocresía, sin tapujos, deseando su benevolencia.

¡Él bien abrigadito en su armiño está! En el fondo de su pecho de montaña, indudablemente hay calor, y en sus entrañas fuego. La capa no es más que una coquetería, que nos cuesta muy cara a los demás.

Aplaquémosle, hagámosle Santo tangible, es decir imagen a la que aproximarnos en rogatriz y por la que rezar por las tardes las suficientes plegarias conminatorias.

—¡Oh, tú, San Guadarrama, que derramas tu soplo por Madrid y haces que se encojan las cosas, que haya enfermos que se ponen malos de repente y que apagas los faroles de frío, y que haces que los tranvías se vayan a las cocheras no siendo su hora, de frío que tienen, mantén la belleza de tu continente, la inmarcesibilidad de tu pureza, pero no seas tan artista en las invenciones de tu viento, de tu olorcillo a helado, de tus guadañas de gelidez!

¡Oh, tú, señor de esos montes en que la luna, o una cosa así, ha tendido sus sábanas, sus mantas felpudas, corrige tu rigor, modera tu burla, esa burla mezclada a la más sangrienta ironía con que te vengas de los que posan!

San Guadarrama concederá cincuenta y cien días de frío a todo el que repita cincuenta veces esa oración a San Guadarrama.

Hay que creer a San Guadarrama por Real decreto. Que eso no se eternice. San Guadarrama será la solución. Necesitamos quien se haga responsable del frío de días como los pasados para reprimirle con el respeto que merece un Santo, claro está.

La Tribuna, 19 de febrero de 1921, núm. 3.291, pg. 4.

Variaciones. El día que todos se han creído que hace frío¹⁴³

Es notable el día en que todos se han creído que hacía frío y, sin embargo, no hacía ninguno.

Solo uno se ha paseado por en medio de esta humanidad que se había subido el cuello de los gabanes y se había puesto las bufandas.

Sus ojillos miraban el frío como desde detrás del biombo de sus paramentos, envoltorios y chalecos.

Yo con el bastón en forma de pararrayos, o sea la contera hacia el cielo y el puño en el bolsillo, he paseado desafiador, sonriente, timándome alegremente con las chimeneas.

Y como el día optimista es día en que se descubre algo, he descubierto unas carátulas de piedra sosteniendo unos balcones. Estaban ahí esas disimuladas mujeres, con sano rostro de piedra, y, sin embargo, no las había visto nunca.

Verdad que este día de falsa friolencia tiene todo el tipo de un día helado. Sobre sus tejados ha izado las velas más sucias y sobre sus fachadas ha corrido los crepones del mal día. Los cristales de los balcones miran con compasión la calle, y a las piedras y a las aceras les ha salido el tono crudizo, grisáceo, seco de frío que les sale el día de gran frío.

Casi no anda nadie por los pasillos de la ciudad, como si fuese un verdadero día de frío; las señoras van envueltas en sus pieles con verdadero pánico, respirando el animal muerto, por como llevan las narices metidas entre los pelos de la piel.

Yo estoy por ir disuadiendo a la gente, y para hacer bien y rápidamente esta propaganda en favor del día, montaría en todos los tranvías, para lanzar en todas las plataformas mi apreciación del día.

Como si fuese un electorero de este buen día con cara de malo, lanzaría discursos en su favor en todos los teatros durante los entreactos.

Probablemente, nadie haría caso de mi propaganda y mis observaciones. Todos están dispuestos a ir escondidos, enviserados, esponjados por su mucho abrigo. Se sienten muy mimosos tan cordiales y tibios bajo su arropo. Hoy notan que les arropa y les da calor el atarre que otros días –de verdadero frío– no logra sacarles de su friolen-

cia. Creen haber resuelto el problema de la calefacción y van satisfechos, sintiéndose triunfantes del día, embozados en todos los pañales contra el frío.

–¡Qué frío debe pasar ese! –piensan de mí, y veo en sus miradas que me desprecian porque me creen el hombre orgulloso y lleno de ínfulas que se cree el más fuerte, y que precisamente los días de más frío sale a cuerpo. Parece una deshonestidad mi despechugamiento, mi aire franco, entonado, sin miedo, con la cabeza muy movable, mirando a un lado y otro de mi camino; pero no lo es.

La Tribuna, 10 de marzo de 1921, núm. 3.307 pg. 5.

Notas al final

1. Sin ilustración.
2. En la preceptiva clásica de la pintura de los siglos XVI y XVII se llamaba “países” a los fondos paisajísticos de los cuadros de historia.
3. Ilustrado con cuatro estampas. “Madrid desde el Retiro”; “Vista de Madrid, según un grabado antiguo”; “Vista general de Madrid por la parte de Oriente” y “Vista de Madrid desde el sector oeste”.
4. Se trata del cuadro, “La Pradera de San Isidro” (1778) que recrea la zona de Madrid situada entre la ermita de San Isidro y el río Manzanares, con la vista de la ciudad al fondo, y no puede estar pintado desde donde indica Ramón.
5. Ilustrado con tres dibujos: uno firmado por Menéndez, otro por Sancha y otro sin firma –un carrito con baúles– que podría atribuirse al propio Ramón; y tres fotografías.
6. En realidad esos grabados no eran entalladuras o xilografías, sino cobres en talla dulce.
7. Sigue la extensa cita que viene a ocupar la mitad del artículo, sin indicación de autoría como suele ser bastante frecuente en Ramón, donde se describen las condiciones agotadoras de aquellos viajes. La utilización en el relato del “Yo hice muchas veces ese viaje y recuerdo que la diligencia salía de la calle del Correo” podríamos entenderla como un recurso literario de Ramón para identificarse con el autor de la cita.
8. Ilustrado con un dibujo suyo.
9. Sin ilustración.
10. Sin ilustración.
11. Eduardo Gasset y Artime (Pontevedra, 13 de junio de 1832 – Madrid, 20 de mayo de 1884), político y periodista. Abuelo de José Ortega y Gasset.
12. Quizá “directorial”.
13. Es esta una de las primeras alusiones de Ramón a lo que años después se crearía como Museo Municipal. Véase Eduardo Alaminos López. *Actas del Patronato y de la comisión ejecutiva del Museo Municipal (1927-1947)*. Edición, introducción y notas de Eduardo Alaminos López. Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1997.

14. En la semblanza dedicada a Juan Ramón Jiménez publicada en *Retratos contemporáneo* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2ª ed., 1944) utiliza una imagen similar asociada con el novelista inglés: “Allí, en la misma calle de Jacometrezo, vi despedirse como para siempre a dos tipos de Dickens: ella con su capotita overa color melocotón en conserva [...]” (pg. 23)
15. Sin ilustración.
16. Ilustrado con dos obras del artista: “Retrato de su hijo” y “Pascual Fortuny”.
17. Ilustrado con tres fotografías de leones enjaulados.
18. Ilustrado con una fotografía y una estampa con el pie: “Curiosa vista de la calle de Toledo”.
19. Sin ilustración.
20. Ramón evoca aquí, sin decirlo expresamente, su etapa escolar en el colegio de las Escuelas Pías de San Antón de Madrid, regentado por los Padres Escolapios. El colegio estaba situado entre las calles de Hortaleza, Santa Brígida y Farmacia, cercano a su domicilio en la calle de Fuencarral, donde vivía con sus padres desde finales de 1901.
21. Sin ilustración. Algunos párrafos de esta serie de artículos de *La Tribuna* dedicados al Paseo del Prado los incluyó, con variantes, en el capítulo “El Paseo del Prado” en *Elucidario de Madrid* (1931), modalidad muy frecuente en Ramón para confeccionar sus libros, lo que da lugar a un verdadero laberinto de reutilizaciones. También fue frecuente en la obra periodística de muchos autores de la época que sus artículos acabasen formando libros.
22. Los talleres estaban situados en el Paseo del Prado, 30. La fábrica con el nombre de José Mª Matéu se fundó en 1870. Estaba especializada en trabajos de Litografía, Fotograbado, Fototipia y Tipografía.
23. Sin Ilustración.
24. Obelisco o Monumento a los Héroes del Dos de Mayo, obra del arquitecto Isidro González Velázquez, inaugurado el 2 de mayo de 1840.
25. *La Moda elegante* fue una revista gaditana fundada en 1842. Se imprimió en Madrid a partir del 30 de abril de 1870 y duró hasta finales de 1927. La ficha correspondiente de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional nos informa que fue “una publicación profusamente ilustrada con grabados sobre vestuario, peluquería y mobiliario, con artículos asimismo sobre ciudades y monumentos”, entre otros aspectos. Que Ramón la cite es un ejemplo más del interés que tuvo por la prensa del XIX.
26. Ni en el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (1848) de Pascual Madoz, ni en la publicación más reciente *Palacios de Madrid* (Comunidad de Madrid, 2010), coordinada por Miguel Lasso de la Vega, Pilar Rivas Quinzaños y Alberto Sanz Hernando aparece una referencia a este palacio en el Paseo del Prado. Solamente se hace referencia al que estuvo situado en la calle Mayor. En el periódico *La Tribuna* de 3 de octubre de 1917, núm. 2.157, págs. 4-5, se publicó un artículo firmado por Oberón titulado “Los ultrajes a la villa”, dentro de la serie “Panorama matritense” en el que se denuncia el estado lamentable en el que se encontraban en ese momento los restos de la portada del palacio. Ilustrado con tres fotografías, dos de Vidal, en una de ellas el pie dice: “Los restos de la artística puerta del palacio de Oñate, cómo se encuentran en la actualidad, abandonados en los jardines de la Biblioteca Nacional”. Las otras dos fotografías

corresponde a la portada completa (foto antigua) y al “Remate de la puerta del café Madrid, después de la desaparición del farol que lo ocultaba” (de Vidal).

27. Pedro de Répide en el artículo dedicado al Paseo de Prado en *Las Calles de Madrid menciona la existencia de un teatrillo de fantoches llamado Eden Theatre (junto a los Jardines del Buen Retiro) y un guiñol que estuvo en el solar del Tívoli en el terreno que hoy ocupa el Hotel Ritz.*

28. Pedro de Répide en el mismo artículo (*op. cit.*) cuenta que “en la última década del XIX, el Prado vióse invadido por una legión de ciclistas que encontraban allí ancho campo para ejercitarse en el manejo de las bicicletas, que habían triunfado sobre los bicis y los triciclos, que fueron las primeras formas del velocípedo”.

29. Calle de Felipe IV.

30. Sin ilustración.

31. Danza polaca.

32. Sin ilustración.

33. Disceptar o, por errata de composición del cajista, disputar.

34. Estos cambios de cuerpo de letra son reclamos tipográficos utilizados para llamar la atención del lector sobre el artículo en cuestión. Ese tipo de recursos los utiliza Ramón con otras variantes.

35. Se refiere a *María, la hija de un jornalero*, de Wenceslao Ayguals de Izco, incluido en el *Índice de Libros Prohibidos por la Iglesia católica*.

36. En 1935, Ramón publicaría el libro *Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías*.

37. Sin ilustración.

38. Sin ilustración.

39. Desde aquí hasta el final de artículo volcado con alguna mínima variante en *Elucidario de Madrid (1931) en el capítulo “El Jardín Botánico”*.

40. Ilustrado con dos estampas: “Vista del Prado de Madrid, tomada por la espalda de la Fuente del dios Neptuno (de un grabado de la época)” y “Vista del Prado de Madrid, tomada por la espalda de la diosa Cibeles (de un grabado de la época)”.

41. Ilustrado con tres dibujos: “Los Gimnastas del Prado”, “Aguaducho del Prado” y “Coche de cabritas que amenizaba el Salón del Prado en 1858”; dos estampas: “Fuentes de la entrada de la calle de las Huertas” (detalle), “Visión de cosas desde el final de Prado” (detalle) y dos fotografías: “Puerta del Botánico” y “El emparrado del Botánico”.

42. Sesostris I.

43. Ilustrado por seis estampas: “Visión de la puerta de Atocha antigua. Puerta del Prado desde la esquina del Hospital”, “Los elegantes del Prado en 1825, por Gustavo Doré”, “Vista de la fuente Alcachofa, que estaba al final del Prado, destacándose en el fondo el Observatorio Astronómico”, “Subida por la Carrera de San Jerónimo (1815) del carro fúnebre de Daoiz y Velarde”, “Bajada del Prado al Campo de la Lealtad del Carro fúnebre de Daoiz de y Velarde” y “Paso

por el Prado del entierro de Muñoz Torrero"; y "Cuadro de Espalter, representando a la familia de Martínez, dueña de la célebre platería que acaba de desaparecer".

- 44.** La composición del texto por el cajista está estragada y lo he reconstruido hasta donde me ha sido posible.
- 45.** Falta alguna palabra a continuación.
- 46.** Ramón utiliza palabra "cinematograph", de sabor algo ya arcaico para la época, ya frecuente la de cinema. Para los orígenes del cinematógrafo en Madrid véase Eduardo Alaminos López. "Diversiones y espectáculos en el Madrid de 1896: La llegada del cinematógrafo". *Villa de Madrid, 1988-II, págs. 3-20.*
- 47.** Ilustrado con un dibujo y cuatro pinturas: "Antiguo aspecto de la bajada al Paseo de las Acacias frente a la esquina del Hospital General según un cuadro de la época", "Aspecto del Paseo del Prado (2). frente al Museo. (En el sitio señalado con un (1) se ve uno de los pequeños puentes que había sobre el sucio arroyo abierto, que recorría toda la Castellana y el Prado a lo largo. Y que hoy va oculto" y "Entrada de Prado a primeros del siglo XIX, según un cuadro de la época. (1) El Palacio de Alcañices, hoy Banco de España. (2) El hoy Ministerio de la Guerra. (3) Las Salesas. (4) El cuerpo de edificio que había antes frente a él.
- 48.** Ramón se refiere a las 12 estatuas que adornan la fachada principal del Museo, entre las que está representada la alegoría de la Euritmia, obra del escultor Valeriano Salviatierra.
- 49.** Soneto dedicado "A LA HUERTA DEL DUQUE DE LERMA, FAVORECIDA Y OCUPADA MUCHAS VECES DEL SEÑOR REY DON FELIPE III, Y OLVIDADA HOY DE IGUAL CONCURSO", cuyo primer verso comienza: "Yo vi la grande y alta jerarquía". Cito por la edición Francisco de Quevedo. *Obra poética. Edición de José Manuel Blecuá. I Madrid, Editorial Castalia, 1969, pg. 426, corrigiendo algunos signos de puntuación que no aparecen el artículo de Ramón.*
- 50.** Ilustrado con un dibujo suyo; el retrato de Mariano José de Larra por José Gutiérrez de la Vega: "Fígaro", según uno de sus retratos más auténticos que exhuma "Colombine" y una fotografía (retrato) de "Carmen de Burgos (Colombine), autora de un libro sobre "Fígaro".
- 51.** *Fígaro. (Revelaciones, "Ella", descubierta, epistolario inédito). Epílogo por Ramón Gómez de la Serna. 1919*
- 52.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 53.** Sin ilustración.
- 54.** Sin ilustración.
- 55.** Sin ilustración.
- 56.** Ramón vivió en Madrid en distintos domicilios, en el de la calle de la Puebla, 11, entre 1903 y principios de 1920.
- 57.** Sin ilustración. Este artículo lo vuelve a publicar íntegro en este mismo periódico el 17 de abril de 1920 (núm. 3.027) dentro de otro extensísimo con el título general "La Puerta del Sol", en la sección correspondiente a "Algunas horas de la Puerta del Sol" que incluyen desde "Madrugada, en vísperas del alba" hasta "Tres a cuatro" [de la madrugada]. Lo vuelve a incluir también en el libro *Elucidario de Madrid* (1931) con algunas variantes. Por ejemplo, al titulillo

del epígrafe lo cambia por “De ocho a nueve y media de la noche” y con algunas variantes con respecto al texto de 1919 que no es necesario recoger aquí.

58. Este breve párrafo no parece tener ningún sentido en el contexto del artículo.
59. Ilustrado con un dibujo de Reinoso.
60. Ilustrado con una fotografía de Plaza de la Villa.
61. Émile Loubet
62. Luis Garrido Juaristi
63. Tristán fue un seudónimo que utilizó Ramón desde la revista *Prometeo*.
64. Ilustrado con dos estampas. “Vista de las ruinas de la Plaza Mayor causadas por el incendio de la noche 16 de Agosto de este año de 1790” y “Plaza de la Constitución”.
65. Ilustrado con veintiocho ilustraciones: estampas, planos, cuadros, dibujos, fotografías de distintas épocas, todas ellas con leyendas explicativas. El extenso artículo está estructurado de la siguiente forma: Preámbulo (que es la única parte que transcribimos aquí, porque el resto lo volcó con algunas variantes en el libro *Elucidario de Madrid (1931), Primera parte, Las iglesias de la Puerta del Sol, Segunda época, Época actual, Algunas horas de la Puerta del Sol, Greguerías de la Puerta del Sol y Última hora. En Elucidario de Madrid volcaría también el artículo “Variaciones. La Plaza de Oriente” (ampliándolo), La Tribuna, 7 de mayo de 1920, núm. 3.044, págs. 8-9.*
66. Cita extraída, con alguna variante, de “La Puerta del Sol”. En *Madrid, escenas y costumbres. Segunda Serie (1918)*.
67. Gaspar Gómez de la Serna recoge en su biografía *Ramón (obra y vida) (1963)* en la sección dedicada a la BIBLIOGRAFIA el registro: *Toda la historia de la Puerta del Sol, Madrid, 1920; La Tribuna, con numerosos grabados; 1 pta.* Sobre las circunstancias y avatares de esta publicación véase Ioana Zlotescu. “Notas a la edición”. En *Ramón Gómez de la Serna. Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu. Barcelona, Galaxia Gutenberg, págs. 1.096-1.097.*
68. Ilustrado con una fotografía. Reproducido íntegro en “Anexo. Madrid”. En *Ramón Gómez de la Serna. Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998.*
69. Ilustrado con un dibujo suyo.
70. Sin ilustración.
71. José Quer y Martínez (Perpiñán, Francia, 26 de enero de 1695 – Madrid, 19 de marzo de 1764). Médico y botánico. Su estatua en el Jardín Botánico es obra del escultor Andrés Rodríguez.
72. Simón de Rojas Clemente y Rubio (Titaguas, 27 de septiembre de 1777 – Madrid, 27 de febrero de 1827). Botánico. Su estatua en el Jardín Botánico es obra del escultor José Gragera.
73. Mariano de Lagasca y Segura (Encinacorba, Zaragoza, 4 de octubre de 1776 – Barcelona, 23 de junio de 1839). Botánico. Fue director del Real Jardín Botánico de Madrid.

- 74.** Antonio José Cavanilles (Valencia, 16 de enero de 1745 – Madrid, 5 de mayo de 1804). Botánico y naturalista. Director del Real Jardín Botánico, desde 1801 hasta 1804. Su estatua en el Jardín Botánico es obra del escultor José Pagnucci y Zumel.
- 75.** *Observations de M. l'abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopédie*. París, 1784.
- 76.** A un autor como Ramón, cuya obra contiene muchísimas referencias a la muerte, que escribió un libro titulado precisamente *Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías (1935)*, no se le escapó la importancia de los epitafios en los cementerios algunos de los cuales recogió e ilustró con dibujos propios.
- 77.** Sin ilustración.
- 78.** Luis Paret, pintor del siglo XVIII o Rafael Botí, del XX, han pintado cuadros cuyo tema ha sido el Botánico.
- 79.** Con este título publicó Ramón una novela corta, en 1914.
- 80.** La Real Academia de Farmacia se creó en 1737, en el reinado de Felipe V. Desde 1835 su sede, a la que se refiere Ramón que vivía muy cerca de ella en estos años, se trasladó al edificio construido por el arquitecto Pedro de Zengotita Vengoa en 1830.
- 81.** Este párrafo está volcado tal cual en *Elucidario de Madrid (1931)* en el capítulo dedicado al "Jardín Botánico", ejemplo del corta/pega habitual en él.
- 82.** Sin ilustración. La acerola es el "fruto del acerolo", árbol de la familia de las rosáceas.
- 83.** Ilustrado con dos estampas [la mala calidad de la reproducción no permite determinar si ambas imágenes son grabados u otro tipo de técnica.
- 84.** En la estampa que reproduce la Casa del Pescador se ven dos cisnes en el estanque que la rodea. Esto hace pensar que lo escrito se inspira en esta imagen.
- 85.** Ilustrado con una fotografía (detalle).
- 86.** En realidad se trata de la Ermita de San Pelayo y San Isidoro.
- 87.** Ilustrado con dos estampas.
- 88.** Desde el comienzo del artículo hasta aquí lo volcó en *Elucidario de Madrid (1931)*.
- 89.** Ilustrado con dos fotografías.
- 90.** Ilustrado con dos estampas. Reproducido íntegro en "Anexo. Madrid". En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956)*. Edición dirigida por Ioana Zlotescu. Barcelona, *Galaxia Gutenberg*, 1998.
- 91.** Ilustrado con cuatro fotografías: "La hora de la siesta en la Castellana", "La siesta en el paseo de Trajineros", "Una antigua ciclista por las inmediaciones del Estanque" y "Las mañanas del Retiro. El puesto de la Eulalia".
- 92.** Imagen literaria que podría considerarse un antecedente de la *Cabeza de toro (1942)* picassiana.

- 93.** Es tentador pensar que utiliza esta imagen aquí por la proximidad con el cuadro de José Ribera, *El sueño de Jacob* expuesto en el Museo del Prado. Trastoca el personaje bíblico de Jacob por Job.
- 94.** Ilustrado con dos pinturas: “El Estanque del Retiro. Según un raro cuadro de época” y otra del embarcadero sin pie; un grabado y una fotografía también del embarcadero. En *Elucidario de Madrid* (1931), Ramón vuelca algunos de los párrafos de este artículo de agosto de 1920, no incluye otros y añade en el libro nuevos párrafos haciendo más grande su extensión y además cambia el título que pasa a ser “El lago mayor de Madrid”. Este es un buen ejemplo del modus operandi ramoniano entre lo escrito en la prensa y los libros.
- 95.** Antonio de León Pinelo.
- 96.** El Conde-Duque de Olivares.
- 97.** La fecha correcta es 1635, 25 de junio.
- 98.** “Los encantos de Circe” de Calderón de la Barca.
- 99.** Ilustrado con un dibujo suyo. El tema es el “Jardín del Pilar” del que habla en el artículo. En el dibujo, se ve a la derecha de la entrada sobre la pared pegados varios carteles. Por encima del dintel de la puerta una cartela: “JARDÍN DEL PILAR”.
- 100.** Sin ilustración.
- 101.** Ilustrado con un dibujo suyo, con la inscripción: “AQUÍ / YACE LA / PULMONARIA”.
- 102.** Desde aquí hasta el final del artículo, volcado literalmente de *Elucidario de Madrid* (1931).
- 103.** Sin ilustración.
- 104.** Ilustrado con una fotografía, sin referencia de autoría. El Canalillo fue un canal o acequia de riego a cielo abierto construido, en 1868, por el ingeniero Juan de Ribera para aprovechamiento del agua sobrante del Canal de Isabel II. La fotografía que ilustra el artículo de Ramón muestra el arbolado que se plantó en su curso -álamos, chopos, negrillos- para darle sombra y evitar la evaporación del agua que discurría por él. En la fotografía se ve al fondo una gran cúpula, que me hace pensar que sea la del Palacio de Bellas Artes, que tanto desagradaba a Juan Ramón Jiménez como reflejó en su libro *La Colina de los Chopos* y que veía al fondo de la Residencia de Estudiantes donde vivió entre 1915 y 1916, y en donde también recoge comentarios sobre el Canalillo. Por tanto la fotografía estaría realizada en el entorno de los Altos del Hipódromo por donde discurría el citado Canalillo. (Véase, Eduardo Alaminos López, “Madrid al fondo. Breve “antología” juanramoniana”, 3 de marzo de 2020, en <https://librosnocturnidadyalvosia.com/madrid-al-fondo-breve-antologia-juanramoniana/>)
- 105.** El Canalillo constaba de dos acequias, la del Norte y la del Este, con casi seis y dieciséis kilómetros respectivamente. La segunda se subdividía en dos canales, el segundo de los cuales tenía un tramo a cielo abierto que rodeaba el antiguo Hipódromo, discurría por el actual emplazamiento de los Nuevos Ministerios y cruzaba la vaguada de la Castellana.
- 106.** Sin ilustración.
- 107.** Ilustrado con dos fotografías: “Vista desde San Isidro” y otra sin pie, y una estampa: “Vista del Manzanares”. Reproducido íntegro en “Anexo. Madrid”. En Ramón Gómez de la Serna. *Ma-*

drid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998.

108. De las composiciones poéticas que incluye en el texto solo transcribo el primer verso por ser muy conocidas.

109. Ilustrado con un dibujo: “Antigua vista del Manzanares” y una fotografía: “Otra vista del Manzanares”. Reproducido íntegro en “Anexo. Madrid”. En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998.*

110. Ilustrado con tres fotografías, solo dos con pie: “Piscina del balneario “El arco iris” del Manzanares” y “Unas piscina de caballeros” y dos dibujos de Ortego: “Caricatura de Ortego de las casetas de señoras de los baños del Manzanares” y “Caricatura de Ortego de los baños del Manzanares”.

111. En la recopilación de viajes de extranjeros realizada por J. García Mercadal se lee: “Hay hasta personas que se bañan allí; pero en verdad, resulta bastante desagradable. La embajadora de Dinamarca lo hace desde algunos días. Sus gentes van un poco antes de que ella llegue, a cavar en la arena un gran hoyo, que se llena de agua. Después va la embajadora a meterse allí. Ahí tenéis un baño, como podéis imaginar no muy agradable, pero es el único que cabe hacer en este río”. *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX. IV. Recopilación, traducción, introducción al siglo XVIII y notas J. García Mercadal.* León, Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, 1999, pg. 132. Es probable que Ramón utilizara la primera edición, de 1917, del mismo autor con el título, *Relaciones de viajeros desde la Edad más remota hasta el siglo XVI*, o una posterior de 1919, *Relaciones de viajeros y embajadores –siglo XVI–*.

112. Sin ilustración.

113. A los urinarios volvería a referirse en el en el extenso artículo “La Puerta del Sol”, en el epígrafe “Las reformas más importantes de la Puerta del Sol”, publicado en *La Tribuna* de 17 de abril de 1920, núm. 3.027, pgs. 13-14, recogido luego con algunas variantes en *Elucidario de Madrid* (1931). En el libro no se incluyó el dibujo del urinario que ilustra, con otras imágenes de Madrid, la pg. 11, cuyo grabado se lo facilitó el madrileñista Eduardo María Segovia. El referido grabado lleva esta leyenda: “Este monumento infexto / se debe al Duque de Sexto / (Del número de 13 de febrero de 1.863 / de la edición satírica de la “Iberia”).”. Comenta Ramón que “eran de ladrillo y cal y sumamente sucios”.

114. Sin ilustración.

115. Ramón Gómez de la Serna siempre tuvo, como tantísimos vecinos de la Villa y Corte, mucho miedo al frío de nuestra ciudad, hasta tal punto que en su literatura, periodística, memorialista o en sus cartas, dejó numerosos testimonios de ello. Véase como ejemplo “*Variaciones. Todo Madrid constipado*” recogido aquí y Eduardo Alaminos López: “RAMÓN: “Leamos un libro y estornudemos con discreción” (en <https://librosnocturnidadyalevosia.com/?s=Ramon+Todo+madrid+constipado>) publicado el 21 de abril de 2020.

116. Sin ilustración.

- 117.** Ilustrado con un dibujo de [J] Sedano. Este dibujante había ilustrado antes el artículo de Ramón, "Variaciones. El Capuchón", *La Tribuna*, 21 de febrero de 1920, núm. 2.979, pg. 8, con cuatro dibujos.
- 118.** Sin ilustración.
- 119.** Sin ilustración.
- 120.** Sin ilustración.
- 121.** Sin ilustración.
- 122.** Sin ilustración.
- 123.** La empresa de Chocolates y dulces Matías López la fundó el empresario gallego Matías López López en 1851. Primero, la fábrica se instaló en Madrid y posteriormente en El Escorial a finales del siglo XIX. Un anuncio de 1908 decía: "Qué dulce es la vida corriendo en pos del amor y comiendo bombones de Matías López".
- 124.** Sin ilustraciones
- 125.** Ilustrado con un dibujo.
- 126.** Sin ilustración.
- 127.** Sin ilustración.
- 128.** Sin ilustración.
- 129.** Sin ilustración.
- 130.** Humorística parodia de la composición "Sonatina" de Rubén Darío del poemario *Prosas profanas*, que comienza: "La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?". En realidad todo el artículo que está más cerca del relato o apólogo que de la crónica puede interpretarse como una parodia a partir de ese elemento objetual.
- 131.** Sin gente.
- 132.** Sin ilustración.
- 133.** El nombre proviene de las cuarenta fanegas de tierra que Francisco Javier Girón y Ezpeleta de las Casas y Enrile, II Duque de Ahumada regaló a la Guardia Civil para la construcción de un cuartel, situado en la calle del Príncipe de Vergara.
- 134.** Sin ilustración.
- 135.** Sin ilustración.
- 136.** Sin ilustración.
- 137.** Ilustrado con una fotografía de Candela.
- 138.** Según Jaime Oliver Asín, "durante la dominación musulmana" Madrid recibía el nombre de Mayrit, "traducción al árabe del primitivo Matrice, conforme a un patrón iberrorrománico", cuyo significado no era otro que "el lugar de la *madriz* o *arroyo madre*". Magerit es la forma castellanizada de Mayrit. Jaime Oliver Asín. *Historia del nombre de "Madrid"*. Madrid, CSIC, 1958.

139. Ilustrado con una fotografía.

140. Sin ilustración.

141. Ilustrado con dos pinturas: “El balcón por Zuloaga” y “El balcón por Goya” y un dibujo de Doré: “Los balcones españoles, vistos por Gustavo Doré”. Los balcones fueron objeto de dibujos del propio Ramón en la serie de breves textos que bajo el epígrafe genérico de “Casas” publicó en su libro *Ramonismo. (Con numerosas ilustraciones del escritor)*. Madrid, Calpe, 1923, págs. 36-50.

142. Sin ilustración.

143. Sin ilustración.

CAPITULO II

Edificios civiles y religiosos • Palacios • Monumentos
• Estaciones, puentes y fuentes • Museos • Teatros •
Hospitales y asilos • Cementerios • El Metropolitano

(8 de mayo de 1919 - 12 de enero de 1922)

Edificios civiles y religiosos

Variaciones. El edificio de Correos ya es definitivo¹

Han pasado los días suficientes para que el edificio de Correos² tenga cierta pátina. Ya podemos hablar de él con cierta equidad y serenidad.

Lo hemos visto crecer, lo hemos visto de primera piedra, o sea, como quien dice, de niño.

Primero, cuando ya se destacaron sus formas, nos dejamos llevar un poco de la opinión ajena. Todos se metían con él. Pero aún a tiempo fuimos los primeros que dijimos a los amigos: “No tanto”.

Con este edificio llegaban a Madrid oficialmente las arquitecturas inauditas, ni para Dios ni para la aristocracia pura de antes, sino un poco para el comunismo y como para señalar la cúspide de la democracia. Es esta arquitectura de tipo híbrido y razonable al mismo tiempo, la casa moderna y estrafalaria que, sin embargo, caracteriza a Madrid, y más que nada le caracterizará en el porvenir.

Con los edificios modernos nos indignamos. Mal hecho. Eso es ser tan ultramontanos como los hombres oscuros que abominamos. Hay que ver a esos edificios en la hora en que están [] en pompa frente a un cielo maravilloso, la hora en que “toman” la hora de Madrid.

¿Un edificio de Correos puede ser otra cosa que eso que ha salido en este momento? Solo puede ser una cosa así, pues no se puede convertir en religión, además de que hoy es inmoral convertir nada en religión.

Poco a poco, todos fueron convenciéndose. Había noche de luna en que la luna -que le cae precisamente encima- acentuaba el edificio de un modo extraño, que se veía que iba a ser muy madrileño en el porvenir.

Llegó la hora en que le salieron los cristales, que son ya como la dentición del edificio. Vimos el VIC que escribe la tiza en los cristales nuevos, y esperamos a que los borrasen. Todo tardaba mucho.

En los paseos constantes por el Prado iba viéndolo todo: esas columnas que tienen dos tirabuzones a los lados; esos alfiles que ahora rematan los edificios, pareciendo que la divina Providencia juega una partida de ajedrez sobre los tejados; los nombres y los números escritos con un profundo negro en las piedras nuevas, como si el edificio hubiese sido montado en otra parte antes de aquí; esa pequeña escalerita que da a una puerta que parece una cervecería, y de pronto, un día, los mástiles de la telegrafía sin hilos, que convirtieron en un gran barco, en un gran trasatlántico al edificio.

Muchas veces pensamos antes de que se inaugurase: ¿Cómo serán los buzones? ¿Por qué no se le ocurrirá a alguien pintar una serie de sellos extranjeros y raros en sus paredes? (Hubieran pintado una decoración bíblica antes. Parece que tienda a ocultar que el edificio de Correos es de Correos.) ¿El día de la inauguración se podrán echar las cartas gratis? ¿Llegarán más pronto las cartas o se retrasarán en ese cómodo edificio las que van a provincias, aunque las que vienen entusiasmadas con la idea de llegar a este edificio vendrán más pronto que nunca? ¿Podrán ser admitidas para nuevos pueblos y hasta nuevas naciones? ¿Por qué no han sacado partido como motivo decorativo para la fachada de los sellos de lacre? ¡Grandes sellos de lacre!...

Madrid, mientras tanto, se iba quedando con el edificio y dándole su parecido de padre a hijo.

Hasta que, por fin, un día se inauguró y entramos a verlo. Fue al atardecer, y se nos hizo de noche dentro. Su interior tenía aspectos contrastantes; de pronto se notaba que tenía algo de Teatro de la Música, o de "music-hall" sin música y sin espectáculo, un aire de espectáculo con el escenario desvanecido y de pronto también, la sensación de barco se acentuaba, pues por dentro hay dos puentes como el barco y el desembarcadero.

Subimos a la terraza, como esperando que desde ella se viese el mundo y los caminos postales. Desde tan gran altura se veía la pátina oscura que tiene el Prado; se veía el Retiro, y entre las copas de los árboles, y como sin su pedestal, a Alfonso XII, montado en su caballo sobre una colina natural; se veía el ocaso de Madrid, que nadie contempla como si todos estuviésemos de espaldas a él, y que tiene aberturas y rasgaduras enormes, como escotillas por la que escaparse desde este mundo, aberturas de la mina hacia la luz dorada; se veían terrazas frías de barrio elegante, con la ropa tendida; se veía a ese palacio cerrado con la coronilla de cinc; se veían los tiburones que en el fondo del agua de la Cibeles; se veía la cuesta inverosímil de la Castellana, y según frase de Romero Calvet, se veía “el sitio en que descabellar las casas”. (Ya había en esas alturas las inscripciones de que Fulanito estuvo, y se veía que lo que acabaría de inaugurar el edificio sería el que el primer suicida se tirase desde esa terraza.)

Otra vez abajo, vimos que en esos bancos irían a sentarse y calentarse durante toda la eternidad, esos que están sueltos y perdidos siempre, y, entre otros, ese hombre alto de sombrero color café. Se veían muchas mujeres, unas mujeres que no se había destacado ni decidido antes, pero que ahora inaugurarán una nueva clase aventuras más europeas.

Los empleados de Correos, con su gorrito de confianza en el cuarto de banderas, se hacían más viejos y se les veía más.

Se veían dos almanaques. Por fin, se va a saber la fecha oficialmente, pues quizás unánimemente nos hemos saltado una fecha todos.

Se veía que la adúltera entraría ahora en la catedral del adulterio. Se veía que ya todos irían más elegantes a certificar, aunque se presentía que el Estado acabará arruinándose por el gasto de calor y luz que se ha metido a hacer.

Y saliendo del interior, se veía que las cartas se tenían que perder; se veía que los coches que esperan en los patios las grandes cargas parecen estar en el patio de la estación, una estación como las de Suiza, y se veía ante los excesivos buzones, con títulos fantásticos y desorientadores, pareciendo que quería decir el que pone “Tajo” que allí se reciben cartas para el fondo del río; se veía al que levantaba el “ojil” del buzón y gritaba a los de dentro “si era por allí por donde debía echar su carta”.



Ya han pasado muchos días desde la inauguración. Ya está adosado al Prado, y en el pórtico que da a él han colocado los faroles más dignos del Prado que se podía imaginar.

Falta el reloj. Parece que está ya marcado de un sitio. Le daría una gran vida y entrará en una terrible competencia con el del Banco³, riñendo como dos gallos.

También faltan las redes telegráficas, que hay aun en la calle de Postas, como una coincidencia de meridianos sobre el polo, como centro de la tela de araña nacional. Parece que los hilos telefónicos que van a pasar sobre la Central de la Puerta del Sol, en ese bello palomar de palomas atadas, también coronará el edificio. No han hecho ya el traslado, porque da miedo remover tantos miles de hilos; porque temen que se enreden para siempre; que no haya desenredador que los desenrede.

La Tribuna, 7 de julio de 1919, núm. 2.789, pg. 3.

Variaciones. El curso gramofónico⁴

Ha comenzado el curso académico, el curso de la Universidad⁵. Varios señores con sombreros de señora y como de bata se han sentado en los sillones del estrado, mientras uno cualquiera de entre ellos, en el púlpito ha lanzado el sermón del día, y la Prensa se ha ocupado extensa y lánguidamente del suceso.

Bueno, eso está bien; pero la apertura del curso gramofónico ¿quién la inaugura y quién lanza el sermón oportuno y qué Prensa se ocupa de ella?

El pobre curso gramofónico sufre a su alrededor la conspiración del silencio. Los profesores, horrorizados por la competencia, procuran que no se sepa nada de su existencia.

Los que estudian por medio del gramófono ya han comenzado sus asignaturas. En la soledad de sus habitaciones, y sin tener que soportar un profesor generalmente malhumorado, con chanclos y con un paraguas que hace pi-pi como un caballo, estudian tranquilos, sin impacientar al profesor al volverle a hacer repetir por décima vez lo que no han entendido. La enseñanza gramofónica tiene la persuasión de la voz que no tiene el libro, y no tiene todos los inconvenientes que, sobre todos los días de frío o lluvia, tiene el ir a clase.

Es simpática esa siembra de cultura por medio de la enseñanza gramofónica, que inspira un profesor sin pasiones ni alternativas, un profesor que también resulta

salvado del profesorado, como el alumno del “alumnado”. Lo profesional se ha roto y queda solo lo fértil.

Mucho tiene que adelantar ese sistema; el gramófono deberá perfeccionarse, porque si no parece que se sale aprendiendo lo que se aprende solo para hablar con otros gramófonos, pero no para hablar con los hombres; pero ya vendrá todo eso. Por ahora, es ya otro curso paralelo al curso oficial y hasta al libre, y tiene la ventaja, no solo de todo lo que va dicho, sino de que, si gusta el disco que impresiona el alumno y envía al Claustro central, le suelen enviar un regalito, un alfiler de corbata, en el que van las iniciales del Centro, o un dije o una sortija. ¡De eso al seco sobresaliente hay una gran diferencia!

La Tribuna, 4 de octubre de 1919, núm. 2.851, pg. 2.

Variaciones. La puerta superviviente⁶

De aquel noble edificio de la Presidencia, de fachada que, aun sin ser nada extraordinario, “era de regular y buenas proporciones”, ha desaparecido ya por completo, sobreviviéndole solo la puerta, sobre cuyo montante se lee en bellas cifras de bronce de las lápidas “1801”.

Este edificio, que vio el 2 de Mayo del 1808 -los edificios se dividen, generalmente, en “los que vieron esa fecha” y “los que no la vieron”-, fue, primero, la residencia de Martín de los Heros, intendente de la Real Casa y colaborador de Argüelles en la mejora de Madrid; después fue almacén de cristales de La Granja, siendo el sitio donde se despachaban esas arañas de florero dorado o plateado de cuyo troncho salen los brazos y las hojas largas, de cuyo extremo cuelgan unos racimos toscos, los finos vasos de La Granja, con sus encajes y sus cenefas blancas, etc., etc.; después tuvo su habitación y su estudio D. José de Madrazo⁷ -padre de D. Federico y D. Pedro-; después, cuando D. Sebastián de Borbón volvió a Madrid después de la guerra civil de los siete años⁸, ocupó este palacio⁹ hasta que se volvió a marchar en 1865; después se instaló el ministerio de Ultramar, y, por fin, después de incendiarse la antigua Inspección de Milicias provinciales, que se hallaba en el ángulo sur del jardín del palacio de Buenavista, y en cuyo local estaba la Presidencia del Consejo de ministros, es trasladada aquí la Presidencia, mejorando su categoría cuando en 1869 fue a habitarla el regente del Reino¹⁰, dándole más lujo y esplendor, sobre todo al salón central, en el que la duquesa de la Torre¹¹ celebró los más bellos saraos con las mujeres isabelinas. (Tenía garitas a ambos lados del portal. ¡Cuántos edificios que hoy se sospecha han tenido garitas en sus afueras!)

¡Por cuántos avatares pasa una sola casa en muy poco tiempo! ¡Parece mentira!

Por esta han pasado muchos presidentes y muchos políticos que han hablado en todos los rincones de este edificio, demasiado impresionado y abismado de política. Está llena de anécdotas; pero dichas, repetidas, comentadas allí; no originales ni sucedidas, porque las anécdotas, ni se inventan, ni suceden; se repiten.

Sagasta¹² es al que vemos más claramente por aquí. Sagasta tenía una figura muy humana y callejera, de hombre al que se encuentra en la plataforma de los tranvías.

Allí es donde iba a entregar la ropa blanca la Fornarina¹³ cuando era hija de la lavandera¹⁴ y antes de que la falsa modista que la engañó la engañase.

La Presidencia tenía cortinas de elegantes curvas, mórbidas y pesadas. Se veía, sobre todo en invierno, que allí dentro había optimismo y confort. Olvidémonos de las espadas que dieron golpes repetidos y estúpidos en la espinilla de cada escalón de la Presidencia.

Ese edificio tenía de importante que era el presidencial y que había un pasadizo de libre circulación para atravesar la calle de la Greda¹⁵. El pasar por aquel pasadizo nos hacía un poco políticos, sobre todo al sentirnos dentro del patio gris central, en el que alguna vez he visto apostada la Guardia Civil.

Por este pasadizo parecía entrarse a hablar con el presidente. ¡Pasadizo triste, dado por conmisericordia al público! ¿Seguirá teniendo esa servidumbre de paso cuando se construya allí el proyectado ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes que se va alzar sobre este solar?¹⁶ Quizá borren y traspapelen la obligación y se hagan los desentendidos.

Esta puerta, que hoy queda como la gloriosa del Parque de Artillería de la plaza del Dos de Mayo, sino que con una gloria más ligera, es como ese último aferrarse a las puertas de los niños que no quieren salir de un sitio. Está agarrada a la tierra afeerradamente y no se atreven a tirarla. Hay en los que dirigen esa demolición miedo y pesar de quitarla, y dan vueltas alrededor de ella. ¿Es que tiene menos frío el solar teniendo puerta?

Esa puerta superviviente es como el arco del triunfo de todos los que lo merecieron y que pasaron bajo ella hacia el salón del presidente o sencillamente hacia la otra calle.

Ya poco va a durar, aunque hace bien, sobresaliendo sobre esa valla, en la que se apoyan los cuadros de los pintores que los indígenas compran, eterna exposición de ese trecho de la calle de Alcalá. Esa puerta afincada es la puerta de ondas raíces, la puerta de zancos profundos. ¡Qué bien trazado está el 1801 de su frontis!

La Tribuna, 6 de diciembre de 1919, núm. 2.914, pg. 11.

Variaciones. El Hospicio¹⁷

El Hospicio va a desaparecer, como se sabe. Dedicuémosle una misa de funeral. Hagamos un nuevo resumen, y después digamos cómo tenía la color y el fondo.

La primera Casa de Socorro u Hospicio de San Fernando, fue en un principio particular, y estuvo, además [en] la de algún piso de clérigo, en una casa de la calle de Santa Isabel, aunque poco después, gracias a las limosnas que dio Felipe V y algunos particulares, se hizo algo importante y general, como lo demuestran esos cuadros de armas de todas las provincias que ostentan en su fachada. Se concluyó de erigir en 1779. En 1800 se unió a esta casa de beneficencia del Hospicio de San Fernando, y en 1805, por orden del Príncipe de la Paz¹⁸, se recogieron en este local los mendigos que pululaban por Madrid.

La portada de este edificio es obra de corruptor D. Pedro de Ribera, y es algo pintoresco, aunque algunos críticos del pasado hayan encontrado extravagante el que figure en ella un manto que aparenta de tela. El San Fernando recibiendo las llaves de Sevilla, que se refugia en la hornacina, es obra de D. Juan de Ron¹⁹.

Un poeta aludiendo a lo churrigueresco de esta fachada, dijo:

“¡Santo de tanto valor!

¿Qué hacéis en tal frontispicio?”

(Y contestó el Santo):

“Os aseguro en rigor,

Que a no estar en el Hospicio

No pudiera estar peor.”

El Hospicio ha estado erigido en esa forma algunos siglos, y, después de su primer revoco, no ha sido revocado nunca jamás. Su amarillez, de una ictericia terrible, ha puesto una nota de tristeza en los días madrileños. Nos ha parecido siempre una de esas láminas de las enfermedades de la piel, que extiende el curandero en la plaza

pública, como quien hace un solitario con cartas enormes y repugnantes. La peor de esas láminas era la que nos ha enviado siempre el Hospicio.

El reloj del Hospicio es un reloj amarillo también, y que hay muchos días en que está apagado. (Reloj con luz de petróleo.)

En el fondo de ese edificio tétrico, con algo de cárcel de niños; en sus grandes habitaciones de puertas torcidas y desvencijadas, de papeles arrancados, como quedan las carteleras en la noche; de zócalos astillados y sucios, y de pavimento de ladrillos apagados y fríos, parece que viven esas ruines injusticias que los paseantes, los celadores y los profesores de los colegios sordidos tienen con los niños. Se los huele desde fuera, y se ve que son inmodificables.

Ese Hospicio leproso, con sus pobres músicos de "chotis" y "pasodobles", con sus carpinterías de lisos muebles de pino, ha estado abrumado y enfermo siempre. Nadie ha pensado en elevarle, en exaltar la melancolía que anida en su interior, en transfigurar la desgracia, porque es lo que más se presta a las grandes transfiguraciones.

Ahora por fin parece que lo van a destruir y edificarlo en algún paraje lejano. Esa especie de hígado hepático de la ciudad va a ser extraído de su centro.

La portada, que ha sido declarada monumento nacional, será trasladada y colocada tal como está sobre el futuro edificio. Ese Rey quevedesco de la hornacina, recibirá las llaves del Madrid -más que de Sevilla-, las verdaderas llaves de la ciudad, que seguirán guardando en su nuevo sitio ese maravilloso equilibrio por el que están de pie sobre el almohadón bandeja en que le son ofrecidas al Rey.

¿Cómo se sentirán en el nuevo edificio los hijos de nadie y de todos? Sentirán destacarse más su destino mísero y descabezado sobre las paredes demasiado blancas. Este viejo Hospicio está saturado de su "caso". Esos salones de recreo, con ventanas entelarañadas, de sótanos, sucios, desiguales, carboneros, y ese jardín de acacias al que dan unas galerías, unas ventanas y unos departamentos aislados con los cristales rotos y la mirada verde, les protegía, les disimulaba. La misma calle de Beneficencia, lóbrega, intransitada, refugio de los carreros, que se alquilan, no les miraba ni les figaba casi.

Era hora que desapareciese ese edificio costroso, ulcerado, frente del que hay, un jardín pelado, enano y calvorota metido detrás de una verja como balaustre de cuna, de esas verjas de los antiguos jardinillos hechas como con unas largas horquillas de mujer.

Tan sombrío resultaba, tan feo y oprobioso cariz tenía, que hasta las habitaciones del director resultaban dañadas por el mal general, y era triste entrever desde la

calle a alguien de la familia del director, pues se veía que no podía salir de la sombra de las negras habitaciones, todo el interior del edificio, como entre espesas sombras parecidas a ese humo de un incendio. ¡Nadie se puede asomar a los balcones en ese edificio! ¡No tenía abertura a la luz por más que se abriesen sus mamparas!

Hasta la iluminación de los días de fiesta oficial es una iluminación que entristece la calle.

Que solo quede en ese trecho de la calle de Fuencarral el Tribunal de Cuentas, edificio también cejijunto, de ojos entornados, lleno hasta los topes de papeles viejos, de cuentas inservibles que guarda desconfiado como instrumentos comprometedores para el día de mañana. ¡El Tribunal de Cuentas frente al Hospicio, en el mismo trecho, estrangulan ahí la calle!.

La Tribuna, 17 de diciembre de 1919, núm. 2.926, pg. 8.

Variaciones. El Bucráneo²⁰

Muchas veces hay que ocuparse de las cosas desinteresándose de toda idea de actualidad.

El bucráneo está pidiendo siempre una alabanza eterna. El bucráneo de buey, que para mí exaltó esa imagen de la muerte que sostiene la vida y en la que apoya muchas veces la arquitectura, porque los bueyes de la muerte tienen mucha más fuerza que los bueyes vivos, la fuerza pura y eterna.

Es bello y va muy bien con la piedra, y quizá interpretan su sentido de resistencia y perennidad esos cráneos de bueyes si se repiten en la ornamentación y sostienen unas guirnaldas de follaje que van de unos a otros. Los bucráneos que están colocados ordinariamente en las metopas o intervalos que separan dos triglifos y que a veces tienen vendas, son lo menos frío de la escultura. Aunque ya no tienen aquel objeto que tenían en la antigüedad de recordar las víctimas ofrecidas en el sacrificio, figuran en el nuevo matadero cabe el Puente de la Princesa, donde representarán las víctimas ofrecidas también en el sacrificio, sino a los dioses, a los hombres. No ha estado mal la ocurrencia de ese concejal que parece haber sido el arquitecto de ese matadero.

[...]

El lado por donde asoma el alma oculta en los edificios, la tremenda cantidad de muerte que tienen incrustada en sí, es por la cabeza del bucráneo.

Sea esta una llamada, una exaltación oportuna, para que los buenos arquitectos que me lean y que en estos momentos trazan sobre los grandes tableros y bajo las intensas luces los modelos de las casas futuras, dibujen unos bucráneos en ellos.

-¡Anden! No sean negados... Es cuestión de un momento... Son fáciles de dibujar, y si ustedes los ponen en el plano, los picapedreros sabrán esculpirlos, porque en el fondo clásico de su instinto, de cuando eran picapedreros griegos, en una encarnación lejanísima ya, hicieron muchos bucráneos.

La Tribuna, 25 de marzo de 1920, núm. 3.007, pg. 7.

Variaciones. El presente y el pasado²¹

Cada vez resulta más definitivo el palacio de Correos, catedral de ábside y agujas quebradas. Ya todo el mundo sabe su camino y ya ha aprendido el público a mover las puertas giratorias.

El soportal de los buzones tiene ya sus faroles solemnes, magníficos, con algo fúnebre en su hechura; pero con una dignidad en su forma y en sus aplicaciones de un metal "de ocaso", rojizo y mate, que va muy bien al Prado. Los han puesto un poco tarde; pero se ve que merecen la tardanza, ya que se mecerán una eternidad colgaderos de sus cadenas.

En ese soportal ha habido numerosas citas, y ya tienen sus abonados, los que saben defenderse de la precipitación de todo el mundo y permanecer quietos, vigilantes, gozando del ir y venir de los demás. ¡Hombres serenos y superiores! Los días de lluvia han salvado a mucha gente, que ha aprovechado el rato para echar la carta del aburrimiento por los buzones correspondientes...

En aquella precipitación de echar la carta en la calle de Carretas no había esta tranquilidad con que, gracias al soportal, se puede mirar si la dirección está bien escrita, o si el sello es de esos sellos granujas que se escapan, que se evaden.

Los pasos han desgastado ya un poco las escaleras y los pisos. La tinta ha caído ya sobre los pupitres, y en los bancos, la gente sentada ha pulimentado las esquinas, y hasta los ha hecho cómodos, y mullidos, de tanto esperar, moviéndose en ellos.

Hasta la ventanilla por donde se echan las cartas para el otro mundo la saben los que han necesitado apelar a esa comunicación.

Los numerosos pedazos de papel que deja tras de sí el correo que se abre con impaciencia, las fajas de periódicos y otros desgarramientos del papel de la correspondencia, llenan los suelos y dan un tono de vida veterana al conjunto. La gran merienda de la correspondencia –se podría decir– deja llena de papeles sucios la gran catedral, como las otras merendolas en ciertos parajes de los campos los dejan llenos de papeles grasientos.

La correspondencia del Mediodía, llega ahora antes que la del Norte, cuando antaño pasaba lo contrario. La nueva mudanza hace que los coches del Norte lleguen rendidos y tardíos.

De Gran Casino toma también aspecto ese edificio muchos ratos, Gran Casino en que se juega a las cartas.

Ahora se ve con gran claridad al que va a echar una carta al Correo, sobre todo a los que va muy de prisa o a los que llevan grandes carteras. La cosa de depósito que tiene el Correo también se nota, y por la parte del Prado se ven muchos chicos cargados con paquetes más voluminosos que pesados, y se ven también muchos ciclistas con correspondencia.

En esa gran catedral con muchos párrocos, ¿se dan cuenta ellos, como confesores, de cuál es la carta del dolor y de la alegría, la carta que debe ir antes que ninguna y la carta tonta que no debe salir nunca? ¿Se dan cuenta de cuándo acaba súbitamente una correspondencia que sostenían hacía años ella y él?

¡Qué de cartas incongruentes y estúpidas deben entrar por los buzones! Si se abriesen todas –hoy, por ejemplo– en un concurso amplio y sorprendente, no se encontraría quizás ninguna interesante. Habría que declarar desierto el premio de la pluma estilográfica de oro.

En vista de que se llevan las cartas a un edificio tan suntuoso y nuevo, todos tienen el deber de escribir cartas mejores, más profundas y elocuentes, expurgadas de los lugares comunes de las cartas.

Los valores declarados están ahora mejor guardados que nunca por el edificio de piedra y de ventanas chicas, que es la cárcel dorada del empleado.

Los matasellos han matado ya, por decirlo así, la inmaculación de sus fachadas, de las paredes, de todos los rincones. Ya no hay ni un solo trecho en que el matasellos del uso no haya impreso su huella.

Desde ese gran Banco salen cartas para puntos del globo, que antes estaban olvidados. Las más difíciles dudas se han resuelto gracias a la gran capacidad del edificio. Cartas que se encontraron en la mudanza y al levantar armarios y muebles han circulado, poniendo en circulación hasta ese resto de correspondencia que tenían casi medio siglo de retraso por la falta de condiciones del otro local. Hasta una carta de Fígaro, traspapelada en las rendijas de aquel viejo edificio, ha buscado estos días su destinatario, fallecido así, como su misma calle: la calle del Carbón.

Aun no tiene colgaduras para las grandes solemnidades, ni tampoco elementos para una gran iluminación de regocijo. Tampoco tiene aún reloj –que tiene en “observación” el relojero todos esos años que se toman los relojeros para observar–; pero en seguida estará completo.

Vamos viendo también cosas curiosas: que las esferas que lo decoran en lo alto están vendadas como si tuviesen dolor de muelas; que esas dos escaleritas supletorias y exteriores que dan a dos puertecitas en la misma fachada parece que conducen a la cervecería alemana de Correos, etc., etc.

Sus ventanas son ventanas sin ojos. Apenas se asoman a ellas los empleados. Se ve que nadie se distrae allí dentro, porque la correspondencia del día todos los días es terrible. Sobre todo, las madames Staël escriben copiosamente. Solo algún recalcitrante espíritu fraterno del vino no puede apartar la vista del Prado y ha recibido todos los apercibimientos y amonestaciones; pero el panorama del Prado, que es como el de su eternidad, no le deja pensar en las cosas ruines. Le dejarán cesante; pero entonces se podrá sentar en los bancos del Prado, que son solo para los que se sienten cesantes de los cargos oficiales del mundo.

De noche vela, vela en grande, con tata luz como una estación, y parece que solo admite esquelas de defunción.

Ya todo el edificio está hormigueado, y la hormiga huma no le dejará. Su destino puede hasta mejorar, y es probable que en lo futuro sea el ministerio de la Gobernación de los nuevos movimientos. Los nuevos Poderes quizá le usurpen el local en lo futuro. ¡Él también usurpó el lugar de los jardines del Buen Retiro!

Cuando pienso en la roturación y desmoche del Buen Retiro, no encuentro adjetivos para juzgar al causante de aquel crimen. En el otro mundo no le tendrán en cuenta sus pecados privados, por mortales y cochinos que sean; solo le tendrán en cuenta esta expropiación.

Todo está lleno aun de nostalgia de aquellos jardines del Buen Retiro, que no puede sustituir ningún campo nuevo de recreo.

Los jardines del Buen Retiro, nombre que se dio a la huerta llamada del Rey o de San Juan, tenían un aire clásico, discreto y solemne. Eran la Gioconda de los jardines, y eso, como se comprenderá, tiene que resultar inimitable.

Detrás de ello quedaban los jardines de Apolo, con lo que se ve que el despojo fue aún mayor de lo que parece. Se necesitaba un jardín puro, de graciosas ondulaciones, de elegante boscaje en sitio céntrico de la población y al lado de sus Campos Elíseos; ese era el Buen Retiro.

En algún rincón del nuevo edificio, como voz de un alma, como ese recuerdo que queda en las caracolas del mar que oyeron, se oirá un eco de aquellos espectáculos que ofreció el empresario Rossini en el Buen Retiro, con piezas a la francesa, en las que, como dice hablando de eso un cronista de la época, “el vestido, o, mejor dicho, el desnudo lo es todo”, y se oirá toda la música que se hizo en ellos y un especial murmullo de conversaciones. El que se quede dormido sobre los pupitres del trabajo, o esos que velan toda la noche en el edificio, y que deben descabezar sendos sueños, tienen que entrever en sus sueños aquellas reuniones de la buena sociedad madrileña –que siempre es buena mientras no se demuestre lo contrario–, y tienen que sentir las muradas lánguidas de aquellas mujeres descotadas, en las que aún no resultaba falsa ni ñoña cierta inclinación de cabeza en señal de candidez... ¡Qué mujeres de treinta años con un tirabuzón sobre el desnudo cuello deben de ver en sus sueños!

¿Será por eso por lo que tiene algo de templete de la música la nave central del edificio? Un espectáculo está pidiendo realmente todo el interior de la gran basílica, y cuando al anochecer se la ve iluminada y con coches a la puerta, se sospecha que el gran concierto tiene lugar en su salón de la música, donde todos han pagado un sello de peseta para poder entrar...

La Tribuna, 28 de abril de 1920, núm. 3.036, pg. 6

Variaciones. La Equitativa²²

Al derribar el gran tapón que convertía en callejón la calle de Sevilla surgió sobre los amplios solares que quedaron en barbecho esta falaz Giralda de la Equitativa.

Cuando fue edificado, Madrid admiró aquel edificio con grandeza de templo y que no era un templo, edificio que había visto todo el mundo al hojear los libros de vistas de las grandes ciudades o al asomar por los ojos de los veráscofos, lentes que tiran de los ojos como ventosas.

Numerosos detalles hay en este edificio aculatado por el tiempo, que merecen la pena de anotarse. La mirada sobre la Equitativa es borrosa, se ensombrece, y no acaba de ver bien; eso que es tan sombrío del edificio seca la mirada como un papel secante la escritura.

¿Es que pasando todos los días frente a este edificio hemos notado que está lleno de cabezas de elefante colocadas en los pilares centrales y en los cuerpos extremos, sobre todo para sostener el gran balcón del piso principal? Pues sí, los elefantes, cuyas testuces son más fornidas que las de los bueyes. Quizá el arquitecto Grases, creador de la Equitativa, tomó de Portugal esta idea, ya que allí ese motivo de las ménsulas representa en sus palacios el dominio de la India, así como las cabezas de los hipopótamos representan sus dominios en África. En los primeros tiempos de este edificio fue muy discutida esta originalidad, eligiendo el elefante en vez del eterno león.

Todos los adelantos se encerraron en este edificio; sus columnas son de hierro fundido dobles, o sea una en el interior de la otra, concéntricas y separadas por una capa de tierra refractaria para evitar hundimientos en caso de incendio; sus vigas y armaduras de cubierta de acero Bessemer; sus ladrillos de madera huecos para los tabiques divisorios de habitaciones que aíslan los ruidos.

En aquellos tiempos –¡aquellos tiempos, y eso sucedía el año 1891!– fueron chocantes los mimos que tuvieron con este edificio: la calefacción por agua caliente y el que la luz eléctrica del edificio se produjese en el mismo.

Primero estuvo establecido en ella el Casino de Madrid; en el piso tercero, el arquitecto Grases, que quedó al cuidado de la conservación del edificio –hoy conservado por el joven arquitecto Rafael Bergamín, el arquitecto “pombiano” que arquitectonizará la novedad...

La Equitativa siempre exótica, pone una sombra extranjera en su media manzana. Edificio de Nueva York o de Londres, trasladada en sus aceras, sí, a un pedazo de ciudad, que no acaba de ser Madrid. “¿Dónde estamos?!” nos hemos preguntado – muchas veces al dar vuelta a esa quilla de un trasatlántico que nos conduce como a un puerto lejano– y o nos hemos sabido contestar; todo, las tiendas, el portal, el pasadizo, los faroles, los focos, todo en ese trecho siempre ha resultado de manera extranjera.

La Equitativa ha ido ennegreciendo poco a poco, como atizada por un aire ultramarino. Tiene toda ella color hierro y color humedad retestinada, ayudándola a dar ese aspecto sus grandes globos de cristal siempre sucio y “grisientos”, que se ven que no podían quitarse y limpiarse, llenándose de cartón y papeles en vista de eso.

Hiere con su quilla la calle de Alcalá, siempre como dispuesta a zarpar, con rumbo desconocido. A veces se empequeñece y se enmezquina tanto, que parece un grupo para encima de la chimenea, o una escribanía monumental. ¡Cómo le pasaríamos el plumero por encima!

El reloj de la Equitativa con sus adornos dorados es un reloj, aunque luminoso como esos hechos de ágata negra. En el recuerdo se pone negro. Apenas se sabe la hora que es en él. Es pequeño para una torre tan alta; es como un reloj de comedor, subido a la torre. De noche toma un aspecto quemado, tostado, acaramelado, que le arrebatara la hora. Su campana es la que nadie podrá asegurar qué recuerda, y así como del reloj del Banco sabemos que por su voz es un reloj barítono, de este o sabemos nada, y hasta podríamos asegurar que es mudo.

Edificio negro, de ciudad carbonífera. Su pasadizo es una cosa rara. No conduce sino adonde nos conducirían nuestros pasos solo con torcer su saliente. Necesita ser muy ahorrativo de tiempo el que pase por él. Sin embargo, la sorpresa de la otra calle se obtiene saliendo por su portalada o balcón a la acera. Siempre, de pequeño, cuando pasaba ese pasadizo sin nombre que parecía cruzar el pasadizo extranjero, el túnel hacia algo extraordinario que defraudaba salir a la calle de Alcalá o a la de Sevilla, ¡qué cosa más vana! Y no obstante esto, siempre parece que se pasa de una frontera a otra.

Toda la Equitativa es un edificio de “adorno”, de esos que aprenden a hacer los arquitectos en la clase “de adorno” de la Escuela de Arquitectura.

Las estatuas de la rotonda o chaflán, y que según un cronista del 91, “es el colmo de la riqueza”, forman uno de esos grupos que se premian en el salón francés y que en bronce dorado adquiere mayor melancolía. Esa matrona que protege a la viudez y a la

orfandad es la Equitativa, mujer de belleza equilibrada, como la Venus de Milo. Tomado el bronce por muchos lados, da mayor tristeza ese escaso relucimiento de las figuras.

Ahora desde que está allí el Círculo de Bellas Artes, donde se juega tan decididamente, la figura central del grupo escultórico es el juego, que protege a jugadores arruinados o pobres. La alegoría ya no es aquella que era desde luego.

Ahora se hacen menos seguros en esa gran Sociedad de seguros, cuyos escalones han subido tantos que temían morir y se prevenían en bien de sus huérfanos. Entre los que un día entraron a asegurarse en este gran edificio que protege contra la muerte gracias a que los muertos suben su escalera, se destaca la Sarah *Bernhardt*, que una noche, cuando trabajó en Madrid, se presentó a hacerse un seguro, y como el doctor de la Compañía la dijese que era su deber reconocerla, ella, que ya iba preparada para una de esas apoteosis a que fue siempre tan aficionada, abrió su sobre todo y se mostró desnuda y saludable...

En la farola frente a la Equitativa se citan muchos amigos, como en un cabo de la ciudad, como en el vértice de ese centro populoso y abigarrado. Hay junto a esa farola un remanso y una paz como de estar en un sitio inasequible, ingente, contra el que se rompen y se bifurcan las olas de la circulación.

En la alta noche es el edificio más mortecino, y su grupo alegórico resulta el de los que duermen en el quicio de un portal en plena calle. Su reloj se duerme, como un ojo que se duerme abierto. Suena menos que nunca a esa hora, si es que alguna vez suena. Se va acompañando poco a poco; pero si sucede que en su íntima facultad telepática de reloj de Sociedad de seguros sobre la vida se da cuenta de que acaba de morir alguno de los asegurados, vuelve a inyectarse su luz, aunque en seguida la veladura es mayor. Sus horas son las horas de los asegurados, a los que poco a poco les va saliendo el cáncer.

¡Edificio sombrío! Pero más sombrío lo hace, más aciago lo vuelve, el que de noche, en cuanto las últimas luces se apagan en sus habitaciones, surgen numerosas cucarachas, ríos de tinta abyecta, que es imposible extirpar, que nadie ha podido hallar sus fuentes, porque habría que destruir la casa para descartarlas, ya que las cucarachas están en ese doble fondo en paredes y suelos fue la originalidad de esta edificación, el ensayo en España de ese sistema.

La Tribuna, 13 de mayo de 1920, núm. 3.049, pg. 6.

*Variaciones. La iglesia nueva*²³

Esta que yo llamo iglesia nueva es la de la Concepción, en la calle de Goya, y esa Concepción que presento de cerca y que es obra del escultor señor Alguero, es esa que se la enciende la aureola en la noche y en lo alto.

Iniciada en 1902 esta iglesia, y rematada e su torre de 71 metros a los pocos años, sigue siendo la iglesia nueva. Con su arquitectura de grúa elegante como pintada de esmalte blanco, es insistentemente lo actual, lo reciente, lo contemporáneo, lo que se ha levantado en los tiempos de las últimas estaciones de ferrocarril y de tranvía.

No puede tomar la pátina, ni aun ese cierto aspecto antiguo que toman los revocos de las casas revocadas hace dos años. Siempre tan férreamente nueva y tan hija del dibujo de adorno y de haber revisado los últimos proyectos de esas capillitas que se exhiben en las tiendas de los imagineros.

La imagen en lo alto, rompe toda la línea y gravita sobre la iglesia pesadamente. Los ángeles de la cabecera de la cama, que en un poco más abajo, pero en lo alto también, completa esa sensación de que el fondo de la iglesia está a la intemperie en sus tejados, lo que debe estar guardado en los altares o guarecido fuera en las hornacinas o bajo los arcos, abiertamente echado y en lo alto, en el gran desván de esa arquitectura.

La estatua en cobre de la Inmaculada hace juego con el Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles. Es lástima que en el caso de exaltación que revelaban esas dos obras, la obra no haya sido sino obra de emergencia, de altivez, de alarde y de ingencia, en vez de ser obra de gracia inefable e imperecedera como obra de arte.

A lo lejos, los dos remates de los dos monumentos parecen el inconcebible final del monumento, ni agudo, ni redondo, ni quebrado, o sin esa perfección que deben tener la cúpula, la torre o la aguja final del monumento cuando quiere ser obra arquitectónica más que escultórica, cuando se sale de las proporciones naturales y más humanas de la escultura. Parece envuelto y entrapajado el remate arquitectural de lo arquitectónico. No puede ser romo y tener en lo alto y parecer a lo lejos el ábside o el pingorote de un monumento, algo así como el eterno monumento sin descubrir.

Este templo frío y traspasado por el frío adornará Madrid durante mucho tiempo. Para que su aspecto helado y pulmoníaco tenga más sombrío realce, entierran e él. Aquella ley antigua que con la implantación de la higiene en el mundo se impuso con gran rigor de que no se podía enterrar en las iglesias y menos en el centro de las poblaciones, se contraviene en la Almudena y en esta iglesia. ¿Qué grandes recomendaciones habrán conseguido eso?

No sé cómo los fieles pueden aguantar ese sutil hilillo como de humo de cadáver que surge por entre las juntas de las losas de la iglesia, o a través de la cripta, en que los cadáveres están encerrados. Realmente, pensando en esto frente a la iglesia se ve que es como un panteón, y su arquitectura se aclara un poco más y su color blancuzco y todo. “¡Ah, sí! Se yergue como un panteón”... “¡Ah, sí! Ha crecido como una iglesia; pero su idea en principio es de panteón”... “¡Ah, sí! Tiene ese color marmóreo de los panteones”.

Para recargar más esta iglesia, a alguien se le ocurrió colocarle esa aureola de cien bombillas, que se enciende algunas noches en el cielo de ese barrio. La aureola es enorme, pesada, y debe abrumar la cabeza de la Inmaculada. A mí me parece casi un desacato esa aureola sin sutilidad ni ligereza, cuando la aureola es lo de una luz más diáfana y pura.

Si un alarde así hubiese surgido en el siglo de las discusiones en los concilios, se hubiera discutido en un concilio si era posible o no consentir esto. “La aureola –parece que les oigo a los del concilio– debe lucir de luz propia, y así como la voz de Dios no puede ser simulada con apariencias de auténtica detrás de una cortina como en el profano artificio de las sibilas, así no es posible imitar y materializar lo inmaterial, la aureola es el disco que de puro delgado no tiene dimensiones, y debe lucir cuando el milagro y la verdad la hagan surgir sobre la coronilla de las imágenes, resucitándolas y dándolas vida... ¿Cómo va a poderse consentir que una imagen que solo como un retrato pueda al mismo tiempo querer imitar condiciones eficientes de quien vive en otros mundos?”

No habiendo concilios apenas, suceden cosas que quedan sin discutir y viven en la impunidad. Esta aureola, cuyo artificio se ve atrozmente y que es como una luz en las altas terrazas en verdadera inferioridad con las luces de los cielos, que son las que rodean la auténtica cabeza de ella en los cielos. Algo de los anuncios luminosos, tiene esta combinación extraña.

Hace poco, en París, en la nueva basílica del Sagrado Corazón, prohibieron unos anuncios eléctricos religiosos que anunciaban los cultos de la iglesia y daban vivas religiosos y hacían la propaganda de sus ideas. Sobre la gran fachada de la basílica, eso debió ser algo fantástico y desconcertante. El obispo lo prohibió por su falta de humildad al hacer la insinuación católica. ¡Qué batalla airada debieron parecer al transeúnte aquellas letras luminosas! ¡Qué propaganda teatral y política le debió parecer!

Pero vamos, todo estaría bien en esa aureola si no se encendiese ciertos días solo, y entre ellos los días oficiales.

La Tribuna, 19 de mayo de 1920, núm. 3.054, pg. 11.

Variaciones. Nuestro templo a la luna²⁴

Este elegante edificio –compuesto de un templo en lo bajo, y de belvedere en lo alto– es debido, según nos dice el célebre Antillón en el prólogo de sus lecciones, a la importancia que tuvo la astronomía en la inmensa escuela de Nobles²⁵ (digo “inmensa”, porque en los planos, y, sobre todo, en el de bulto que hay en el Museo de Artillería²⁶, se ve que era el mayor edificio que había en la ciudad).

El diseño del edificio lo ejecutó, por mandato de Carlos III, el arquitecto Villanueva. Nada se hizo de práctico, sin embargo, hasta que Floridablanca trató de llevar a cabo el olvidado proyecto, señalándose para Observatorio un sitio del Buen Retiro, en que existía un polvorín. Por fin, se eligió el sitio en que se elevaba la ermita de San Blas, que fue derribada, reemplazándose de paso el polvorín con un cementerio que mandó hacer en su lugar el veedor del Retiro.

La obra comenzó hacia el 1790 y también la enseñanza de la astronomía. Se trajeron de Londres algunos instrumentos y se comenzó a estudiar el abecedario de los cielos.

A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q, etc., etc.

Pero como son muy caros los instrumentos de astronomía –¡cómo no lo han de ser si son caros hasta un par de lentes y unos gemelos de teatro!– hubo que pensar en recaudar dinero para el Observatorio, y se dedicó a él el producto del calendario oficial, que desde tiempos inmemoriales componía un catedrático de la Universidad de Salamanca, y cuya venia era uno de los arbitrios del Consejo de Castilla.

Lentamente se fue construyendo el edificio, y por eso se hizo uno provisional en el mismo Retiro. ¡Los astrónomos son tan impacientes como los jóvenes que se enamoran y quieren hablar con su novia desde la calle, por muy alto que esté su balcón!.

En el primer momento, parece que aquellos astrónomos miraron el cielo con uno de esos telescopios de cartón y papel que se fabrican los niños, y con los que llegan más lejos que esos grandes telescopios cuyo cristal objetivo es tan amplio como el monóculo de Dios. Después llegó el magnífico telescopio de Herschel, de 25 pies de longitud, que se trajo en 1802.

La guerra de la Independencia vino entonces, y los franceses se apoderaron del Retiro como cuartel general, alojándose en las dependencias del Observatorio, de donde arrojaron muchos libros y papeles, destruyendo el gran telescopio. Jugando a la gue-

rra exageradamente, les pareció apoderarse de un castillo blindado y lleno de cañones. Desmantelada la fortaleza disimulada, cuyos cañones apuntan hacia el cielo, colocaron uno de sus cañones, de los que dicen: “¡Feu!”, en vez de: “¡Fuego!”, colocándole como sobre una plataforma de cemento armado en el templete que tiene delante el edificio. ¡Gran telescopio de alma obcecada, oscura, ignorante y malvada!

Arreglado después de la marcha de los franceses, toma su silueta definitiva. Está 2.289 metros sobre el nivel del mar, lo cual debe ser una locura. Su templete de planta circular tiene diez y seis columnas, teniendo el pórtico diez de orden corintio.

La colección de instrumentos y libros que posee el establecimiento ha ido aumentándose, pudiendo ya observarse al cielo con instrumentos adecuados. ¡Y pensar que todo eso comenzó con unas gafas de cristal ahumado!

En su biblioteca está el Bailly-Bailliere del cielo, el Zaragozano, la guía de las calles celestes y la lista del Colegio de Abogados de las alturas, habiendo también una guía militar para saber qué puestos ocupan los de Marte.

Desde 1875 comunica por teléfono la hora de las doce de la mañana al ministerio de la Gobernación.

Esta es la historia somera de este edificio sobrio, de proporciones delicadas, con tipo de ermita de la luna. Es lo más gallardo de Madrid, el benjamín de sus edificios, el más espiritual, el más latino, el que más cerca está de los cielos y el que siente mejor la caricia de la palma de la mano divina.

La luna entra en ese edificio, y penetra en él a raudales, con una larga cola. El director del Observatorio es el representante de la luna en la tierra, su Papa en el Vaticano del Observatorio, el que dice la última palabra en que la interpreta y el que define el dogma. (Los soberanos mayores de toda Europa y América vienen a visitarle los días de eclipse de sol, que se remata junto al “tendido” de España.)

La luna saca unos resaltes a este edificio las noches de luna, le pule tan bruñidamente las columnas y nacara tan bien los cristales, que todo parece de mármol, plata y cristal de Venecia. El sacerdote de turno vela a la luna, y no la quita ojo en toda la noche.

Yo tengo estimación a estos hombres que pernoctan en el Observatorio, porque hace un trabajo nocturno y muy parecido al del escritor²⁷, con la diferencia de que allí no sale el periódico que más bonito nombre podía escoger para su título: “La Osa Mayor”, “Orión” o “La Ordiga”.

El edificio aguarda a unos hombres con túnica, que entran por su pórtico buscando la verdad. Todos quiere cazar la luna, y alguno más modesto quiere cazar una estrella... Apuntan, apuntan... pero o disparan.

En vista de que ellos no pueden alcanzar la luna, la luna, compadecida, se acerca a ellos. (¡Qué felicidad si a alguno le toca ser padrino de alguna estrella y la da su nombre!)

Esa congregación de los astrónomos en cuyo sueño, por más que consista en un ligero cabeceo, es cuando suceden cosas más raras y cuando aprovechan las estrellas para metamorfosearse, invita a sus amigos a ver la luna, a adorar la luna. Pero ¿por qué será que siempre escogen un día de luna para hacer esa invitación? Si se mirase una noche sin luna a través del telescopio, se vería dentro de él la luna como en un acuario o como en una de esas plumas o alfileros de marfil, recuerdo de Zaragoza generalmente, en que se ve la Virgen del Pilar, mirando por un agujerito, como se mira por el ojo de una aguja que se quisiera enhebrar. Solo si un profano que dudase de todo se atreviese a buscar la luna en la noche sin luna, encontraría esa trampa de la luna dentro del telescopio.

Templo romántico de Madrid –basílica de la luna–, hay en él una viva adoración nocturna. En las noches más preciosas del año me dirijo a su terraza para ver como todo el cielo rumorea y coincide a su alrededor como si adivinase cuál es su colmena. ¡Gran emporio de estrellas, vórtice y vértice de ella! Hasta un día es posible que la tan decantada cruz del Sur venga a revolotear alrededor de ese Observatorio ingenuo sin las trazas horripilantes, instrumentosas y truculentas de los otros, trágicos e ingentes como los grandes faros. Este no hace las “operaciones quirúrgicas” que hacen al cielo los otros observatorios, cirujanos del cielo; este es, por decirlo así, el doctor homeopático²⁸ del cielo, el gitano que adivina por las rayas de las manos.

La Tribuna, 28 de junio de 1920, núm. 3.088, pg. 9

Posdatas. Los nuevos tejados²⁹

La arquitectura casi no tiene cambios bruscos en lo que se refiere a las casas particulares. Da saltos atrás; pero eso está ya tan esperado, que no sorprende.

En las fábricas y en las casas industriales ha tenido hallazgos e iniciativas, es decir, cosas que no estaban ni en la Antigüedad ni en el Renacimiento.

Muchas veces han pecado de renovadores y sobrios, porque las chimeneas, por ejemplo, han podido ser grandes columnas con basa y capitel, en vez de esa cosa que va a lo suyo, y que solo es alta y simétrica, más como una enorme ampliación de los aparatos de laboratorio, que una cosa arquitectónica.

Los arquitectos, a la vez, tienen mucho miedo, porque saben que cuando lanzan una idea nueva, algo chocante, distinto a todo lo demás y rebelde, no encuentran un defensor, y la multitud les apedrea con sus miradas.

Sin embargo, a veces, en las casas nuevas, como talleres, depósitos, *garages*, aeródromos, etcétera, etc., surge algo rígido, aristado, definitivo. Así esos tejados que son así:

(Ahora la pluma muchas veces no solo tiene que escribir, sino diseñar la cosa con ese trazado irregular de la escritura rápida del escritor de las urgencias.)

Estos tejados en forma de tejados de sierra, que han roto y desquiciado el triángulo clásico de los tejados, se ven ahora sobre los edificios dedicados a almacén o los dedicados a tranvías. Pronto, quizás, veremos la ciudad rematada por esos tejados enconados que muerden al cielo y lo hieren con su perfil díscolo y agresivo.

Influidos por lo práctico, esos tejados tienen una contextura que no piensa más que la defensa viva y agresiva que son del edificio. La nota más moderna de las alturas, es la que dan esos tejados irregulares de una geometría quebrada, resuelta, que ya no tiene que ver nada con la tradición y la gracia.

Tristán

La Tribuna, 29 de junio de 1920, núm. 3.089, pg. 5.

Variaciones. El Banco de España³⁰

Yo no trato de actuar de notario o de investigador y de coser después mis papeles con el hilo rojo con que se cosen los expedientes y las escrituras. No.

Yo voy paseando, y de pronto me paro frente a un edificio y repaso todas las frases que se me han ocurrido frente a él y busco las nuevas frases del día, ordenando mi trabajo con un poco de historia del edificio, la más fundamental, la más pintoresca, no

la sobrante o la que, siendo “numerosa”, no se sabe cómo se las arregla para no decir el único dato que más erigiría en el porvenir al monumento en caso de que desapareciera.

Debemos emplear también las palabras y las imágenes que entienda el porvenir, no las que más bien que el presente sería el pasado el que las tendría que entender.

El Banco es de lo que se eleva frente a nosotros con una rotundidad mayor, aunque es el edificio apaisado en vez de ser el edificio alto.

Como dragón de oro que se traga como puede todo el dinero que puede, tenía que tener ese tipo de gran saurio, más bien tirado que elevado sobre el suelo, con todo su ser tripa y tripa un poco reptílica, muy blanca y echada sobre el suelo.

El gran dragón de piedra ha cogido la esquina más céntrica, la esquina que no admite pérdida. El Banco Nacional es el otro Palacio Real, más que por los títulos por el dinero. Es el Palacio Real cardenalicio, o sea el que se puede pagar con dinero y obtener con él. Como Palacio Real del dinero tenía el Banco de España que ocupar un sitio estratégico y tener una mole de piedra parecida a la del auténtico Palacio Real, y en cierto modo igual la colocación de las piedras, ya hasta su albura seca.

El Banco primero –¡siempre en tiempo de Carlos III!– en el año de 1782, y llamado Banco de San Carlos, estuvo en una casa de la calle de la Luna –hoy número 11–, y hasta hace poco palacio del marqués de Monistrol. Desaparecido ese Banco por las eventualidades de la suerte, aparece en 1829 el siguiente de San Fernando, que se instaló en la casa de la calle de la Montera, donde después estuvo la Academia de Jurisprudencia. Después, y paralelo a este –aunque fundiéndose a poco con él–, aparece el de Isabel II, que se establece en la calle de Atocha, en la casa perteneciente a los cinco gremios mayores, donde comienza el de España, llamado de momento El Español, cuando los otros se funden.

En julio de 1882, después de aceptado el proyecto del señor Adaro y Lastra, se destruye el vetusto palacio de Alcañices, en esa ocasión del duque de Sexto, y se destruyen los hermosos frescos que adornaban sus muros, y se tiene ese encuentro con el agua, que caracteriza toda obra madrileña, y que entonces, como siempre, el pueblo exageró diciendo que por debajo pasaba un caudaloso río que iba a unirse con el antiguo viaje o arroyo de Recoletos. Ampliado el solar y modificado el proyecto, se tiró la iglesia de San Fermín de los Navarros, un trozo del jardín de la Escuela de Ingenieros y la casa del marqués de Larios, en la esquina de la calle de la Greda –hoy Madrazo–, donde estuvo el periódico “Las Novedades”, de Fernández de los Ríos y Fernández Cuesta. En 1891 funciona ya el Banco.

¿Sus secretos? Después resulta todo tan sencillo. Tiene sus cajones, sus cajas, sus carpetas, esa sala en que los accionistas se reúnen poco y las butacas mucho, todas atentas, plenipotenciarias, enteradas de los asuntos. No hay un resorte que haga ocultarse y sumergirse al Banco entero en caso de peligro, y toda su defensa está en manos de los celadores, que tienen cada uno su pistola y su rifle Colt, y que son tan vigilantes como murciélagos, comparación que hago, porque el motivo de las arcadas de hierro del patio de efectivo son unos grandes murciélagos como emblema de la vigilancia.

Da frío seguir hablando de este edificio. He tenido que asomar la cabeza para apuntar mi resumen; pero no puede ser, no puedo, tengo que salir huyendo de sus patios, de toda esa cruel decoración en hierro colado y mármoles, y de sus pasillos en que suenan las botas como a botas nuevas de suela inflexible, y en los que todo tiene el aire de los pasillos de las grandes estaciones centrales, y parece que hemos ido a las oficinas a ver si nos dan un billete de viaje. ¡Qué horror, los grandes estantes cerrados de los “registros” de los timbres, con sus numerosos ventanales, en los que siempre está saliendo algún número, como en un juego de azar!.

Otra vez fuera, que es donde se debe estar, y además desde donde se debe ver el Banco. Dentro, hasta nos pueden tomar por un ladró y cogernos dentro de esa hora de ratonera en que mediante un timbre de alarma se cierran todas las puertas automáticamente.

No sonrío ninguno de sus muchos balcones y ventanas. Todos tienen la misma expresión. Todos miran hacia dentro, como esos caballeros que hablan apoyada la espalda en la baranda del balcón con los que están dentro. Todo el Banco está dirigido hacia dentro, y vigila su interior y se regodea con su dinero. A los cristales del balcón central nunca se ha visto pegado un rostro, y jamás se le hubiera ocurrido a nadie asomarse allí para ver pasar la gente, pues hasta parece que se le ha condenado, poniendo delante de él un gran armario o una gran caja de caudales.

Solo adorna frívolamente esta fachada, cuya arquitectura tiene tipo de mujer rica, opulenta y de perfecta regularidad y blancura, los muchos pendientes de grandes perlas que parecen los focos colgados de cada balcón. ¡Vaya una profusión de perlas regulares y seguidas!

Las cariátides del Banco son feas, mediocres, sosas y tienen la cara sucia. Son las caras de las grandes ricachonas, caras trompudas, llenas de sosiego y de vulgaridad, rostros de mujeres bobaliconas y provincianas con mucho dinero. La inteligencia, la agudeza griega que suelen tener las cariátides griegas no la tienen estas

mujeres hartas, comilonas, de sienes cubiertas de carne. (El que se case con ellas lo hará solo por dinero.)

El Banco siempre está metido en sol y sombra. Una acera y una fachada que cogen el sol violentamente, y otra fachada y otra acera con una sombra tupida, la sombra de los millones, la rica sombra de lo muy macizo.

Ante sus muchas guardillas se piensa que allí viven, no porteros ni gente subalterna, sino algunos accionistas cargados de dinero y que no quieren apartarse de él.

La cristalería de Saint-Gobain (Francia) recoge la proyección de los cielos nada más, pues se ve que desprecia la tierra y a sus transeúntes miserables. Toda la orientación de los cristales del Banco es romántica, y ellos se distraen mirando el cielo, aunque el interior se resista y solo esté preocupado con las cosas privadas.

El reloj, construido en Glasgow, tiene encima la célebre torre del reloj, toda ella de hierro, menos la bola, que es de cobre y que las gentes dieron en decir que era de oro. Yo he supuesto ya en otra ocasión que este había sido un regalo que hicieron por suscripción a uno de sus antiguos gobernadores, y que este no queriéndolo poner ni en el recibimiento de su casa, lo subió allí arriba. Representa la bola de cobre el mundo, con el fajín del Ecuador en oscuro. Alguien quiso robar esa bola y dejar solo y sin cabeza el maniquí de mimbre de esas alturas; pero desconfió del reloj, y de que tocase una hora inconcebible y alarmista mientras él comenzaba el robo.

Edificio de larga cola y con el traje de baile de los edificios regios y que se deben a su vida de ricos, no dice nada al espíritu, y así decepciona a lo que en la materia se entera de las cosas. Tiene trazas de Monte de Piedad, de casa del usurero, de colegio interno del dinero.

La Tribuna, 7 de julio de 1920, núm. 3.096, pg.

Variaciones. El reloj de Gobernación³¹

En otro lugar me he ocupado de los célebres relojes de la Puerta del Sol, incluso del reloj antiguo de Gobernación. En este trabajo no quiero mezclar las fechas y las erudiciones, y voy a pintar la emoción sin fecha de mi ascensión a la torrecita, desde la que se tiene el mayor dominio de España.

Para dominar mi visión de la Puerta del Sol necesitaba subir a este templete de la música celestial.

Había varios misterios que resolver. ¿Cómo sube la bola? ¿Tiene este reloj la cuarta esfera que no se ve y que casi todos sostienen con una seguridad ignominiosa que no existe? ¿Hay un nido de alcotanes, como se asegura, en el tejado de Gobernación?

Por fin, un día me prepararon la subida Rafael y Pepe Bergamín, mis antiguos amigos de Pombo, quizás los únicos hijos de ministro que han tenido la curiosidad de buscar el camino difícil del reloj, así como es posible que solo el padre haya sido el ministro que ha coronado su toma de posesión subiendo al alto minarete de la nación el primer día de su cargo y sonriendo al Madrid distribuido en lo hondo, como Mefistófeles, lleno de ingenio y dominio, con la bola del reloj en una mano como si fuese la esfera de España, y un dedo debajo del labio inferior en señal de reflexivo juicio sobre su mundo...

Hay que abrir muchas puertas para subir al reloj y hay que subir escaleras distintas. El ladrón que quisiera robar el reloj de Gobernación o su bola de oro no podría dar con su camino.

El guía va satisfecho de conducir a un sitio, así como el Paraíso, y abre con diferente llave cada puerta.

Ya hemos llegado a los archivos donde tienen archivados todos los secretos de los mercenarios. Una puerta más, la puerta gris que da al tiempo y en seguida la palpación del reloj, su ruido en una como gran caja de escalera. Hemos entrado como en un gran estanque del tiempo, como en el gran depósito, como esos que hay en lo alto de las casas para la presión de la de todos los pisos.

La deleznable verdad de la tramoya se ve allí dentro; las esferas están pintadas con un blanquete barato, y no son, como podría creerse, los redondos mármoles transparentes que parecen desde abajo las grandes perlas lunares que parecen ser.

Son cuatro además: CUATRO, 4, IV. La cuarta esfera marca una especie de horas pálidas, las horas de otra ciudad, las horas tristes de los patios y de las guardillas. Tiene toda la melancolía esa esfera que la que pudiera tener la pared que cae detrás del mundo. Solo los vecinos de algunas guardillas pueden apreciar la hora por esa esfera que tiene una luz rara, como la luz de cristal en la sombra de las cosas. En esa esfera se ha ensayado antaño la esfera de veinticuatro horas, cuando pareció que todos los relojes se iban a llenar de cifras, camino de ser los logaritmos del tiempo. Hace poco se partió su gran cristal el día de una gran helada.

En el fondo de la maquinaria del reloj se disfruta una luz cernida, como en lo alto de las escaleras de las casas de vecindad, junto a la claraboya de la escalera. Frente a las grandes esferas como de papel de seda se ven las cuatro bombillas, que, colocadas en un aro que hay detrás de ellas y un poco separado de su superficie, es la única iluminación que asiste a cada esfera en la noche.

En un rincón está el timbre con que comunica el observatorio que son las doce meridianas. Un telegrafista es encargado de recibir este aviso, y todos los días después de eso da a la cigüeñilla con la que se hace girar el torno en que se enrolla la cuerda de la bola, porque la bola es subida a brazo siempre, aunque parezca el ingenioso artificio de la precisión.

La última escalera que me queda por subir es, como siempre, toda la última escalera, la empinada escalera del farolero. El que llega primero al final de ella levanta con la cabeza el portillo de escotillón y por él se ve el cielo azul y la luz del día; salimos como del submarino, al castillo de cubierta.

¡Es admirable la visión que se goza desde esa altura, que además es el mirador de mayor autoridad de España! Ahora sí que podríamos decir que estamos en la cúspide y miramos a nuestros amigos, que se mueven en lo profundo como si fuésemos sus dioses.

La bola está caída, reposando sobre el suelo el templete, y a un lado hay un enorme timbre como una tortuga, timbre alemán, que es el que suena mientras la bola baja.

Las campanas, esas campanas que desde abajo parecen campanitas, son campanas de catedral, y en una ocasión, al encontrarse arreglando el cinc de las últimas cornisas, sucedió que uno de los operarios, para no ser arrastrado por la lluvia atroz, se metió debajo de ella y así no le pasó nada. Solo prueba esto lo grandes que son.

La visión desde este kiosco inverosímilmente alto es como la visión de Castilla; los caserones cuyos tejados están como llenos de vejez, son raseros con el propio horizonte. Se ve que los tejados de Madrid aún son los ingenuos y primitivos.

Pero lo que más choca en esas pesquisas a las que se dedica uno en lo alto son esas torrecitas descabaladas, misteriosas, que parece que sirvieron alguna vez para el telégrafo de señales u otra cosa así.

Parece que algún día desde esas torres amarillas han vigilado Madrid los lasquettes de nuestra corte. Y todas esas torres, son torres desconocidas, que no se ve desde ninguna calle, que surgen en el macizo de las grandes casas de vecindad.

Toda la cintura de afuera se ve desde lo alto: en un lado, árboles; en otro, tierras peladas, como lomos de mulas recién esquiladas, y en otro, las casas de Madrid con sus tejados cándidos.

La Puerta del Sol, desde el alto belvedere, es algo confuso, en que se parece que se celebra una capea. Se ve cómo avanzan los coches y cómo los sortean, dándoles pases admirables y ellos dando embestidas formidables. Los automóviles abiertos se ven en todo su desaire; la dama que va en ellos sentada como en un sofá con las piernas extendidas sobre la alfombrilla, parece mentira que tenga esa imperturbabilidad yendo a atropellar a todo el mundo. Los tranvías son como grandes vagones de movimientos muy lentos. La estación del Metropolitano desde allí arriba parece el tranvía padre detenido en medio de las vías; su techo para lo alto es verdadero techo de tranvía mastodóntico.

Estamos sin tapujos en medio de la expectación de la Puerta del Sol; pero nadie nos ve, porque nadie imagina que haya unos señores en la barquilla, por decirlo así, de la gran bola nacional. Para todos ese es el sitio reservado e inasequible.

Nos gustaría llamar a un amigo desde ese trono; pero ni nos vería, ni nos oiría. Así están olvidado Dios en los cielos.

Parece que podrían verse más cosas que las que se ven, que tardaría más en notarse la monotonía de las cosas; pero no, que hay que bajar poco a poco.

De nuevo al pasar por la sala del reloj miro ese revés de las horas, esa sombra de las manillas del tiempo, que es quizá como se ve el tiempo desde el fondo de los panteones, en el viaje eterno en los coches-estufa, y vuelvo a mirar el timbre que anuncia las doce del día todos los días y junto al que en la larga espera han ido poniendo fechas y nombres los oficiales de Correos que se han turnado, y hasta alguno, como los primitivos hombres de las cavernas, han grabado el bisonte de nuestros tiempos, una mujer.

La Tribuna, 17 de septiembre de 1920, núm. 3.158, págs. 8-9.

Variaciones. La Residencia de Estudiantes³²

El espíritu de congregación muy formado siempre nos ha molestado, viniese de la casa blanca o de la casa roja, viniese de la institución cuya bandera es roja, o de la que tiene bandera de un azul descolorido de Purísima Concepción. Si había allí un es-

píritu congregante y remachado, aquello era abominable y se prevalía contra nosotros. Era un abuso formar grupos de disciplina estrecha para luchar liberalmente y con cierto espíritu de modernidad. Mi individualidad impar, que recorre la noche sola todos los días del año, que no puede encontrarse sin haber transitado por los paseos del Cisne de la noche en pleno solitarismo, recelaba de aquella casa en que todos parecían mezclar sus confidencias y sus almas para tener un atroz espíritu de clase.

Más desconcertaba mis ideas el ver que se hospedaba en la Residencia Eugenio d'Ors, el nuevo amigo de los sobrinos de los próceres o de las distinguidas casas directoriales, con exclusión de toda otra amistad "poco conveniente", el sagaz, el parsimonioso, el nuevo perfumado y enjabonado -en paralelismo con el nuevo rico-, y que desde hace tiempo parece pensar con su máquina de calcular Hereich, en vez de con aquel espíritu vagabundo, sutil, en algo miserable que pasó alguna de sus nochebuenas en el comedor de los hombres modestos y desconocidos. Daba un aire de etiqueta sinuosa y poco franca a todo el edificio el que d'Ors residiese en él, el admirado d'Ors.

Después Juan Ramón Jiménez vivió en la Residencia, y eso acabó de hacer que desvariase mi cabeza pensando en aquella casa de voces exquisitas, suaves, pero agitadas como la insinuación, como el puritanismo falto de ese afecto lleno hasta la humillación, que es tan simpático y tan necesario en la vida. Juan Ramón, que llevó a la Residencia su gran nombre y la aureola cárdena y luminosa del incorrupto, llevó también sus grandes reservas, sus desdenes, todo eso que en su casa privada y particular es algo excelso, pero que allí parecía que se debía propagar a los que no tenían su gran valer y su excelsitud, convirtiéndose en contagio de impertinencia.

No sé, todo se conflagraba para que, sin que yo quisiera prevenirme, la prevención creciese en mí; así hasta que un día, ya la Residencia en sitio más ventilado, erguido y franco, comencé a visitar sus dependencias y comprendía que todos los espíritus eran allí independientes, en medio de una asociación más para el estudio y para la investigación que para otra cosa. Cualquier sectarismo de los supuestos tenía que ser falso, dada esa gran disgregación salvadora, prudente, incubadora de la personal que estaba en el régimen interior de la gran institución. Aquellos mismos hombres de espíritu amanerado, aunque lleno de maestría, que más maduros comían y pernoctaban en el gran estadio para los jóvenes, vivían aislados y hasta se volvía simpática su estancia allí, porque en su aislamiento recobraba su figura nada común y hasta su atrabiliarismo, metido solo en ellos mismos y en su gran encorsetamiento, no resultaba nefasto y sectario.

Realmente, se cumplía allí dentro la misión para que fue creada, la misión que estaba compendiada en el párrafo del Real decreto de su fundación:

“El estudiante queda aislado en medio de los peligros de una sociedad sin preparación bastante para recibirlo, y quizás por estas y otras causas no llega a sentir jamás el influjo vivificante de un medio elevado ni la atracción ni los goces de una vida corporativa. Los pueblos que conservaron y desarrollaron las instituciones universitarias medioevales han edificado fácilmente sobre y al lado de ellas toda una red de Sociedades, fundaciones e institutos corporativos que abarcan la vida entera del alumno, y le ofrecen todo un sistema de educación basado en la influencia constante de un medio adecuado. Otros países que destruyeron el viejo sistema y convirtieron las Universidades y hasta los establecimientos de segunda enseñanza en oficinas administrativas, al tocar los desastrosos efectos del atomismo y la influencia de acción coactiva externa y superficial han comenzado a favorecer las Asociaciones de estudiantes, y cuentan ya con hospederías, restaurantes cooperativos, círculos de recreo, Sociedades científicas de excursiones, de juegos, de beneficencia y acción social, bibliotecas escolares, préstamos de la Universidad a estudiantes pobres, etc.”

Engarzada sobre el ribazo -sobre el que pasaba un canal en tiempos- como una casa solariega y solanera, por lo castiza y lo abierta al aire que resultaba, era un edificio señero, ejemplar, con cuyo espíritu he ido simpatizando día tras día al ver que allí se conserva toda la frescura, el orgullo y la singularidad de la juventud. ¡Desde la fundación en 1910, siendo ministro el conde de Romanones, cuando don Ramón Menéndez Pidal inauguró el local de la calle Fortuny y el Rey fue a visitarlo, qué gran evolución ha engrandecido la idea!

El gran arquitecto Antonio Flórez, gran institucionista que ha comprendido el espíritu castellano como nadie -ahora va a ser el que haga la Casa Cervantes-, sirvió mucho a la causa de la Residencia edificando esas casas de fisonomía franca y nada colegial, grandes casas para pequeños hidalgos, residencia de guardias marinas para la mira civil y terrera. Después otro arquitecto digno, don Francisco Javier Luque, planeó el cuarto pabellón, en el que está esa sala de actos en que se han celebrado tan bellas fiestas, a las que siempre asistió lo más distinguido de la población intelectual, y así, ni esos actos fueron un acto egoísta y reconcentrado de esta casa de espíritu amplio, y solo cuidadoso de una higiene social imprescindible y conllevable, ingente y oreada y separada de la ciudad para no contaminarse por un acordonamiento de espino artificial y por el canalillo.

Más poco a poco, después del primer poco a poco he ido observando la casa limpia y atalayante, el liceo de aires puros, desde el que mejor puede ver cada joven el camino que le conviene en la vida. Todo nuevo hijo de padre un poco pudiente debe

asomarse a aquellas ventanas desde las que se ve admirablemente el paisaje de España para que él decida su suerte.

Entre los residentes, como el principio de eterna y pura juventud que caracterizara a la Residencia, está ese ateniense que el gran Marco ha estilizado en el sello de la Residencia, cuya miniatura hemos visto en la portada de los bellos libros, de barba blanca, que edita. El original de ese muchacho sano, varonil, de nuca llena de voluntad y que va a la sierra con botas fuertes, mochila de tela impermeable y vaso de aluminio, es allí donde reside y donde se le ve en grande recobrando la vida humana que pierde en la alegorización del sello.

¡Qué gran aspecto de casita de cada uno toman esos cuartos con sus muebles de pino bruñido y los adornos que dan individualidad nada pareja a cada cuarto, y, sin embargo, qué reunidos con una compañía que emula, qué de valentía y ánimo están todos! Qué desconocidos entre sí casi todos, y, sin embargo, qué gran solidaridad escueta y humanizadora.

¿Y qué jefe ha podido regir sin entrometimiento y sin pública exhibición este gran edificio de cultura y libertad? Solo ese joven de notoria personalidad, prudente, asiduo, laborioso, que se llama Jiménez Fraud. Él apenas se hace notar; pero desde el rincón sombrío de su despacho lo organiza todo y hace que se sepa que hay una vigilancia digna, apercibiendo en cada cuarto la mirada de su providencialismo. Es como el gran periodista, el gran director de periódico de la Institución.

Jiménez Fraud asume toda la responsabilidad y sabe gobernar su república como nadie, parco en palabras, sencillo, apuntando en sus bloques de cuartillas las prescripciones con los días y las horas. ¡Admirable espíritu! ¡Rector invisible!...

La Tribuna, 26 de noviembre de 1920, núm. 3.218, pg. 6.

Variaciones. Veletas y remates³³

Las veletas de Madrid vuelan en nuestras miradas y dan vueltas en nuestros ojos. ¿Veletas? No se las puede llamar veletas, sino remates, las puntas del pelo de las cosas adornadas con cualquier cosa.

Casi todas están ya fijadas, enmohecidas, y aunque quieran señalar viento Sur o viento Este no pueden.

Estos remates o veletas de Madrid son ágiles, delicados, pequeños, sin presuntuosidad.

Las veletas de Madrid ponen una divisa sobria en el cielo, lo santiguan o lo adornan con un bordado que le sienta bien.

Nos es grato encontrarnos con estas filigranas que parece que a veces resumen uno de nuestros pensamientos. Se quedaría vacío nuestro pensamiento si no nos las encontrásemos como implorando por nosotros en lo alto, siendo faro o la señal para las nubes y señal para que los espíritus puros sepamos cuál es la dirección del viento.

Esas florituras del hierro, como vegetación de los tejados, como larga malva real de las alturas son los remates de la ciudad, por lo que se la conoce desde lejos. Así, cuando de pronto el cólera pasa por el horizonte sobre su caballo amarillo, mira hacia las veletas de Madrid para reconocerle, porque o es a Madrid adonde está destinado. También, cuando la buena primavera le está destinada, mira hacia las veletas y se queda o pasa, según reconozca que son las de Madrid. En la carta geográfica de las cosas que no saben leer ni pueden penetrar en los libros los remates de una ciudad son lo que las orientan, pues solo traen referencias de lo vago, de lo raudo y de lo alígero.

Son esas veletas amplias, caladas, graciosas, como la peineta de casa; las hay que son como la aguja valenciana clavada en el moño, y las hay que son como el pendón de la procesión que marcha por los tejados.

Las inspiraciones, las atracciones de las ideas artísticas, la buena o la mala suerte de la parroquia dependen de ese extraño lábaro de los vientos.

Hay pueblos por ahí que tienen una veleta inmensa, abrumadora, si esa ejemplaridad de cigüeñas sobre un pie, en que consiste la arquitectura de las veletas.

En el pasado, las veletas tuvieron un marcado carácter heráldico. Don Ángel Stor ha hecho un bonito estudio sobre ellas.

Consideradas como atributo de nobleza, dividíanse en simples y cuadradas. Terminaba las primeras en punta, y solo tenían derecho a utilizarlas los hidalgos solariegos, los caballeros de limpia nobleza y la alta magistratura. Las cuadradas eran exclusivo privilegio de los grandes señores.

De las veletas de Madrid ha hecho un estudio Javier de Salas³⁴.

En la iglesia del templo de San Miguel, hace muchos años derribado, había una veleta, cuya pala se componía de la efigie del Arcángel sobre una mala figura del diablo, al cual amenazaba con una espada; actitud que inspiró al citado Salas la siguiente décima:

Todos podemos creer
de dónde los aires vienen,
pues los dos que previenen
muy bien lo pueden saber.
Solo podrá suceder
que el diablo mienta, insensato;
pero el santo poco grato
dirá al ver su falsedad:
Pícaro, di la verdad,
mira que si no, te mato.

Sobre la iglesia del Hospital de San Pedro y la torre de su parroquia están las llaves del cielo y el gallo.

En la de Santa María, demolida hace ya bastantes años, servía de veleta un ángel, señalando la parte por donde venía el aire con una lanza, que inspiró también a Salas estos versos:

Sobre la punta crecida
hacia donde el aire carga,
con ademán de botarga,
se ve un angelón ligero
“picando de vara larga”.

En la torre de San Cayetano figura una cigüeña, la última cigüeña que se atreve a anidar con el rumor y las luces de Madrid.

La veleta de San Isidro Labrador se componía de varios útiles de labranza, de los que Salas dijo:

Un agujón volteando,
prevenido a toda ley,
para arrear algún buey
“si acaso pasa volando”.

En la iglesia de San Andrés, y como recuerdo a San Isidro, se ven dos palomas y dos ijadas.

En la del cascarón del antiguo templo de San Basilio, había una mitra, cruz, báculos y demás arreos episcopales, símbolos de la dignidad del piadoso fundador.

En el convento de la Victoria formaba la veleta un gran espigón con la leyenda: “Charitas”; acaso por expresión de que la caridad se halla solo de tejas arriba.

La del Buen Suceso consistía antiguamente en una estrella, signo de la buena suerte, sustituida con posterioridad por una sencilla cruz, forma severa y augusta, generalizada desde entonces.

Los templos pertenecientes a las órdenes militares lucían en los tantas veces citados remates el escudo de las corporaciones respectivas, costumbre de la que dan buen ejemplo las Comendadoras de Santiago, cuya veleta forma la cruz de esta Orden.

La de San Lorenzo representa las tradicionales parrillas en que fue atormentado el santo.

La de la Virgen del Puerto no deja de ser curiosa; figura una grulla con lombriz en el pico³⁵.

Singularísima por extremo era la del Colegio de Santo Tomás. Tenía la figura del perro con el que suele representarse a Santo Domingo, con un hachón e la boca, y señalaba el animal con la cola la dirección del viento. La cual hizo decir a Salas:

Cuando el calor le sofoca,
el perro, por varios modos,
ajeno de coger todos,
con diligencia y donaire
se vuelve a tomar el aire
por donde...³⁶

La del Ayuntamiento es un grifo engrifado.

Después, pérdidas, mezcladas más a la vida, menos para la guía, hay numerosas otras.

Hay la veleta del loro, gran armatoste de complicadas manecillas y cazoletas, que dan vertiginosamente vueltas, tantas vueltas como como las que da la veleta de la mujer que es una tarabilla.

Hay la veleta que es la rosa de los vientos y que abunda mucho en Madrid y en Carabanchel, y que provoca ideas de melancolía, como si fuese el remate de una vida ansiosa de sensaciones, guluzmeadora de los viejos lejanos, y, sin embargo, hundidas en un caserón de un Vallecas o un Carabanchel.

La veleta del poeta es como una piña abierta, algo así como un receptor de todas las noticias poéticas que rechazan todas las Agencias telegráficas y que están flotando en el aire, resueltas, sin saber dónde ir, como pedacitos de papel, siempre elevados por el viento.

Numerosas cruces, como recordando a los primitivos aeronautas de los globos que se elevaron sobre Madrid y que se mataron sobre los tejados, surgen aquí y allá, brotando de entre las tejas sin pedestal especial.

Algunas de estas veletas están torcidas, como para ir a caer de punta sobre el hombre tranquilo que iba a su casa. Pero apenas se cae ninguna, pues le entra al público un miedo tan cerval, que consigue que suban a remacharlas. Si a alguien le cayese una veleta en la cabeza, debería dar gracias a la Providencia por haberle elegido a él entre todos para clavarle en la cabeza el pico de la veleta, jugando a pinchar los dátiles con su calamocho. ¡Extraordinaria elección!

La Tribuna, 14 de enero de 1921, núm. 3.260, pg. 6.

Variaciones. El trampolín ideal³⁷

En la calle del Prado, y sobre una de esas casas antañonas y caballerosas que ya solo van quedando en esa barriada, se eleva ese andamio que he representado de cualquier modo, salvando el compromiso de hacer cuatro balcones en cada piso con esos "etc" tan socorridos, y cada uno de los cuales supone un balcón, vale por un balcón, con balconada, cristales y persianas.

Ya hace tiempo, y siempre que paso por ahí dirijo una mirada a ese andamiaje raro, incongruente, verdadera plataforma para dar un salto al tejado de enfrente.

Tiene el arranque ese estrado en lo alto, de esos tenderetes que se establecen en los concursos de natación para que dé el mejor salto mortal sobre el mar el que sea más pez y recuerdo mejor sus zambullimientos cuando era "delfín".

No es andamiaje ese para levantar un piso más, ni para poner chimeneas a la casa. Es andamiaje de osadía, quizás para pescar estrellas a mano.

Tiene el trampolín ese la suficiente anchura para que el que se lance por él pueda tomar carrerilla.

¿Es repisa para un aterrizaje sencillo del aeroplano motocicleta? (Los ciclistas del aire son los que han faltado en la creación, estando tan tiernamente reconocidos.)

El arquitecto de esa casa, o quizás el dueño, o quizás algún amigo, se han preparado una plataforma para el suicidio y para un quinto salto mortal.

La valentía, que no tiene vértigo nunca se pasea sobre esa tabla flotante en el cielo, sobre esa alta visera que se asoma a la calle sin mirar su fondo encarado enteramente con el cielo, el aparatoso apresto.

¿Cuándo cumplirá su misión ese viaducto lírico? ¿Cuándo se desmontará esa especie de estudio barato para los gastrónomos baratos?

Real y verdaderamente es ese andamio el andamio de los "guardas marinas del suicidio".

Tiene una aproximación mayor al cielo esa casa, gracias a ese artilugio, que está desafiando al cielo y encarado con el horizonte.

Por lo menos, yo he querido fijarme y glosar ese cadalso del suicidio, ese respiro del arquitecto que ansía buscar en otros mundos elementos para sus realizaciones,

altura de mirar para todo, altos pensamientos para inspirar hasta los edificios dedicados a ser Ayuntamientos.

La Tribuna, 5 de febrero de 1921, núm. 3.279, pg. 5.

Variaciones. Hoteles que se recuerdan³⁸

De nuestros viajes por Madrid nos va quedando el recuerdo de algunos hoteles.

¿De quién será ese hotel que tiene una bola azul en la cúspide? ¿Quién vivirá en ese otro, que es de los pocos que tienen un reloj de sol que proyecta las horas con un ratimago que parece como la nariz de la casa? ¿Qué bellas señoritas ocupan ese otro que tiene balcones pintados de blanco y con profusos adornos, más unos preciosos visillos cubriendo todos los cristales?

Se nos han quedado grabados numerosos hoteles, no solo por los adornos exteriores, sino hasta por sus adornos interiores, pues entre todos se destaca uno con los techos pintados o por un pintor de techos de café o porque el dueño compró en la liquidación de un café el gran parche pintado del plafón.

Se defienden los dueños de los hotelitos contra todas las sugerencias de los que quisieran edificar una gran casa en su solar.

–Si queréis preciaros de guardar mi memoria –ha dicho tal padre a sus hijos antes de expirar–, no vendáis nunca el hotel; conservadlo siempre.

Y los hoteles de Madrid se defienden del Banco Hipotecario, reluciente, magnífico, con su gran jardín poblado de estatuas de mármol que provienen quizá de algunos pobres jardines de hotelitos románticos que se tuvieron que dar por vencidos, sonrían con opulencia en la fastuosa Castellana, esperando archivar todos los hoteles con los legajos de sus protocolos.

Los hotelitos a lo lejos se defienden, hacen todos los esfuerzos por vivir, crecen los niños que dejó en ellos el padre malogrado, hacen su carrera, ganan sus oposiciones, procuran pagar todos los impuestos, salvan el hotel, que se hundía y del que ya solo emergían las chimeneas como en esos barcos ya casi naufragados.

Un árbol, un cenador, un balcón romántico, una verja muy tapada a las miradas, un alto torreón para que el viejo Flammarión de la casa observe las estrellas, cualquier cosa un poco distinta y original, nos hace recordar fijamente uno de esos hotelitos modestos y un poco avejentados y desconchados que pueblan Madrid.

Entre esos hoteles que se recuerdan hay enclavado en la rampa de los bulevares un hotelito gris, color lila viejo, que luce en la verja de entrada el nombre de un librero de gran prestigio, de VINDEL, y que también se enorgullece de su profesión, de la profesión que ha dado para sostener ese hotelito para pasar bien los inviernos de la vida.

Este hotel me recuerda muchas cosas: una de esas librerías en cuya muestra está pintado el título de la tienda con letras elzevirianas, un fondo de librería interesante y el catálogo de las cosas admirables que en los profundos sótanos de esa librería hay.

El catálogo de Vindel va unido al recuerdo de ese hotel, un catálogo que publicó muy interesantes muestras de los libros raros que aún poseía no hace mucho.

Me es grato ver al pasar este hotel del gran librero de Madrid, con su tipo otoñal, con sus balcones al fondo recogiendo luz para leer los libros escogidos que guarda el hotel y que quizá algún viejecillo lee con una lupa inmensa como con telescopio.

Parece que el viejo librero logró al fin poder poner hotel a sus libros, llevarse a un dulce retiro con jardín los mejores ejemplares intelectuales, dichosos de salir de las profundas cuevas, encantados de estar en una biblioteca que da a un jardín.

Parece que en ese hotelito solo a las visitas de la casa y a los muy versados y que han tenido muchas conversaciones con el abuelo, el padre, el hijo y el nieto en la tienda de en medio de la ciudad le enseñarán esos libros en que está el secreto de la vida, y en un álbum de grabados interesantísimos lo que no sabe nadie de Madrid.

La Tribuna, 14 de noviembre de 1921, núm. 3.417, pg. 5.

Variaciones. Las Baronas³⁹

Ningún cronista de Madrid ha dicho nada aclarando el hallazgo de una caja de piedra en las excavaciones hechas en el solar sobre el que se va a edificar el Círculo de Bellas Artes. ¿Es que están para decir la misma y eterna canción, sin un dato siquiera sobre la “verbena” de San Antonio o la portada del Hospicio? ¿Es que ya son conceja-

les honorarios para figurar en el tribunal de los repartos de premios? ¡Ah!, repetirá cincuenta, cien, ciento cincuenta veces la historia del reloj de San Plácido, sin el dato nuevo, recién encontrado, que sería lo único que dignificaría esa repetición.

Hace unos cuantos días se publicó casi exclusivamente en *LA TRIBUNA* que se había encontrado una arqueta de piedra con tapa de piedra también, conteniendo una plancha con la siguiente inscripción:

“Gobernando la silla de San Pedro nuestro muy Santo Padre Clemente X; reinando en España Carlos II, y siendo arzobispo de Toledo el eminentísimo Sr. D. Pascual de Aragón, presbítero cardenal de la santa Iglesia de Roma, del título de Santa Balbina, prelado de este convento de Carmelitas descalzas de la Natividad de Nuestra Señora y San Josph, que fundó la baronesa doña Beatriz de Silveira, viuda del barón Jorge de Paz de Silveira, en 15 de agosto de 1651, y se dio principio a esta iglesia en 29 de marzo de 1676, poniendo la primera piedra de ella el Ilmo. Sr. D. Francisco de Forteza, obispo electo de Zaragoza, de Sicilia, vicario de esta villa y superintendente de los conventos de monjas de la filiación de J.V.E. M^a, y siendo actual priora del W. Ana María de Jesús, habiendo veinticuatro años y medio que se fundó dicho convento.”

¿Qué templo es este? ¿Cuándo desapareció? ¿Qué notabilidades encerraba?

Como no podemos dejar arrasada la impresión, como no es justo que quede sin explicación el hallazgo, quiero tener el gusto de evocar el pasado, de animar sobre esa caja el edificio del que fue, más que la primera piedra, el primer sepulcro, y por fin, el último.

La calle de Alcalá ha tenido muchos conventos que han desaparecido, entre ellos aquel del Carmen, al final de ella, y que se construyó allí, contra la opinión del P. José de la Miseria, que ponía el reparo de que en la quinta próxima se había hospedado el embajador turco, reparo al que contestó Santa Teresa: “Turcos y monjas, todos llevan la cabeza vestida de trapos.” También hubo los conventos de San Hermenegildo, Vallecas, Carmen y Calatrava.

Por en medio de esos conventos y de la ancha calle pasan carros, mulas y sus mulateros; diligencias y muchas gentes diseminadas, que andan por en medio de la calle porque casi no hay aceras. Al llegar al convento de las Baronesas, muchos se vuelven porque el paseo había resultado largo, casi un paseo a las afueras.

El templo de las Baronesas, en este convento no tiene resalte, es un gran case-rón de ventanas y balcones cerrados.

Es un edificio de los que se puede llamar traslúcidos en el tiempo, pero de él quedan algunas noticias, sin embargo, como una concesión del inventario que solo esperaba este suceso de la cajita de piedra para borrarlo de lo memorable. En un rincón de un librito titulado “Las grandezas de Madrid”, se dice:

“CONVENTO REAL DE SEÑORAS COMENDADORAS DE SANTIAGO.– El Monasterio de las señoras comendadoras de la Orden de Santiago se fundó de orden del Rey Don Felipe IV, el año de 1650, de la hacienda que para ello dexaron los señores D. Iñigo Zapata de Cardenas, presidente del Consejo de Ordenes, y doña Isabel de Avellaneda, su muger, nombrando por patronos a los dos ministros más antiguos. La escritura de fundación se otorgó ante Nicolás Martínez Serrano, escribano de provincia, en primero de diciembre de 1650. La señora fundadora murió en 5 de febrero de 1660, y por el testamento que, en virtud de su poder, otorgó en 4 de junio siguiente el P. M. Fr. Diego Ramírez, del Orden de predicadores; ante Francisco Suarez de Ribera, escribano de número de esta villa, nombró por sus testamentarios y patronos de este convento a los padres prior del Colegio de Santo Tomás, ministro del convento de Trinitarios Calzados y prior del de San Hermenegildo de Carmelitas Descalzos, y estos hacen el nombramiento y presentación de religiosas, capellanes y ministros de esta casa. En dicho testamento suplicó al señor arzobispo de Toledo diese constituciones a las religiosas, y las dexaban su gobierno; así consta de dicho documento, que está impreso en 42 hojas en folio, como otras muchas memorias y fundaciones que hizo.”

En la historia de los patronatos que se conserva en el archivo general de Madrid se añaden unas noticias a las escasas que sobre este convento se puede encontrar. Dice el documento:

“PATROATO DE LA BARONESA.–Este patronato, fundado en 1651 por doña Beatriz de Silva, tenía por objeto dotar a cinco huérfanas pobres todos los años para tomar estado de religiosas o de casadas, a cada una de las cuales deberían darse doscientos ducados de vellón.

Habrían de preferirse las más nobles o las que no lo fuesen tanto, y estas a las hijas de Madrid.

Para el fin indicado fundó la señora el convento de Religiosas Carmelitas Descalzas en la calle de Alcalá, con la advocación de Nuestra Señora de la Natividad y San José, dotándole con cuarenta plazas, treinta y dos de velo negro y ocho frailas de blanco, y señalándole la renta de 12.000 ducados.

Esta desapareció por hallarse situada sobre juros que sufrieron descuentos de consideración.

En este patronato entendían un regidor de Madrid, el prior de Santo Tomás, el padre ministro de la Santísima Trinidad calzada y el prior del convento de Carmelitas descalzos.”

De la iglesia de este convento se saben algunas cosas, como que era “bastante regular”, como decía un historiador, y por fin, como detalle que le sitúa de algún modo en la historia del arte y que pone un denso rayo de luz de sol en un altar de esa iglesia, he encontrado el detalle de que su iglesia contenía, entre algunas pinturas, notables, una de Lucas Jordán, que representa al arcángel San Rafael que guía a Tobías y que estaba en el crucero al lado de la epístola.

Ya con todo esto, la cajita de piedra no se va tan de vacío al olvido; ya con estos datos y la fotografía del cuadro en que está más claro aquel edificio, queda cumplido el sagrado deber de evocación en que pone el que sea descubierto algo en una excavación.

Pasó por el pasado aquel convento con mayor discreción que hoy pasa el palacio de Casa Riera y con menos historia. Esas grandes discreciones silenciosas quitan materialidad a un edificio, y por eso hay que pensar en él como algo inexistente, que ni siquiera estuvo en el pasado, por su poca discreción, porque dentro apenas hubo vida pasional, y solo esa vida cotidiana y uniforme de los relojes, cuyo día de hoy es como el del pasado.

“Fue un edificio con unas ventanas también en celosías, que miraron la vida del principal y anchuroso camino real de Madrid que hubo en esa calle siempre.”

Con un epitafio tan sencillo como ese, se puede dar idea de la vida de aquel caserón de las Baronesas, cuyo último recuerdo vivo, otra vez fehaciente y palpable, ha sido el que se ha escapado cuando han abierto los excavadores la “cuna” del convento.

La Tribuna, 8 de diciembre de 1921, núm. 3.438, pg. 6.

Palacios

Variaciones. El jardín del Palacio de Casa-Riera⁴⁰

Estos días pasados han talado y talado hermosos árboles del jardín de ese palacio misterioso, del que hemos visto cerrados siempre todos los párpados de sus persianas de madera.

Sin las historias que le achacan, sin necesidad de ellas, la enramada que había en ese trecho de nuestras noches, sobre todo, estaba poblada de los pájaros de lo novelesco. La luna componía perfectamente con las copas de esos árboles y acentuaba la ciudad como en ningún otro sitio. El facsímil de bosque solitario estaba en ese jardín, y del bosque que fue Madrid algún día, ese era el pedazo más puro, más privado y adusto, porque su entrada no era pública ni para sus propietarios.

Han matado cierta clase de inspiración al talar esos árboles, al desmochar ese jardín, al convertir en solar el único jardín puro y lleno de sí mismo y de su propia alma, por la reserva en que había vivido muchos años.

Al pasar frente a su tapia y su verja cubierta, sobre la que se elevaban sus regios árboles, no viéndose su base y los senderos que serpenteaban entre ellos, disfrutábamos en el centro de Madrid, y en medio de nuestra hartazón de calles, la sensación de una lontananza, de LA LONTANANZA.

Siempre nos había parecido un jardín enorme, en cuyos límites no reflexionábamos, para que esa idea no padeciese en su arbitrariedad. Las oropéndolas que antes había en las arboledas de casa de campo –no de parque o de avenida ciudadana–, que comenzaban ahí y seguían hasta más allá del Retiro, compactas, cerradas y un poco vírgenes, como término de la población de antaño, tenían sus nidos en esos árboles que acaban de serrar por su base.

Nuestra respiración saltaba el cerco de ese jardín y respiraba, sin necesidad de alejarse y buscar las afueras, ese aire incontaminado por el público y por la vigilancia que necesitamos para vivir y ser libres. Mentalmente penetrábamos en ese jardín cuando queríamos estar completamente solos e inencontrables. Había en él una plazoleta ideal, en que meditábamos nuestros dramas.

Era una riqueza superflua, ahorrada y escondida de la ciudad. Era un lujo magnífico en medio de la calle más importante, y en la que todo vive pendiente de la utilidad, explotado, sojuzgado, entregado a la promiscuidad general.

La puerta misteriosa, que no tenía ni una rendija para ver dentro, y en la que se apoyaba siempre algún ciego, seguro de que nadie abriría, se ha abiertos estos días, ha estado abierta de par en par y hemos visto el interior del jardín, sus terrazas, bordeadas por esas balaustradas antiguas, que ya solo hay en el Campo del Moro; la espalda del palacio que le limita al Sur, una espalda de palacio viejo, enjalbegada y con ventanas desiguales, y tumbados ya, como postes del telégrafo o como vigas para paredes maestras, los últimos árboles románticos del corazón de la ciudad, que eran como copudos y altos caballeros del Madrid crédulo, apasionado y *figaresco*.

Carrozas de palacio, criados de librea y peluca empolvada y señores con chistera debían asistir a la conducción de esos venerables árboles.

La Tribuna, 8 de mayo de 1919, núm. 2.729, pg. 4.

Variaciones. Dos palacios célebres⁴¹

El palacio de la Condesa de Montijo, que en 1917 aún estaba en la plaza del Ángel, y sobre cuyo solar hoy se eleva uno de esos castilletes de Navidad que se construye con una gran cesta de mimbre, botellas, frutas, chorizo y algún angelito de celuloide, ha reaparecido por última vez con la muerte de la Emperatriz⁴²

Aquel palacio, debido al inimitable diseñador Villanueva, arquitecto inagotable. Villanueva dio a este palacio una traza excepcional, sencilla, alegre, señorial y proporcionada.

Todos los balcones de aquel palacio se asomaban a la plaza, a suficiente altura sobre la plaza, y, sin embargo, no muy lejos que no se la viese bien. Los que vivían en aquel piso principal se notaba que querían estar cerca de la vida y asomarse a los cristales para ver la calle en los intermedios del baile, cuando se busca el quicio del balcón para la más pura confidencia.

En la noche de nieve se veía bien la nieve desde todos los balcones del palacio, y se disfrutaba al estar pertrechados a tan buen alcance de la calle. Estaban, más que en

la casa, en el estrado sobre la vida, y sus balcones eran como balaustrada de la tribuna desde donde veían la eterna mascarada como de máscaras afónicas.

Durante todo el invierno en él, cuando llegaba el verano se quedaba deshabitado y con los párpados de las persianas echadas, grises, recogiendo en sus cien viseras el polvo de los días, porque toda la familia se iba a Carabanchel, a los –¡quién lo diría!– romanos Carabancheles, chaparros, pero romanos, pues en unas excavaciones que se hicieron junto al palacio se encontraron unos grandes mosaicos de aquella época⁴³.

En el palacio de Montijo –el viejo marqués ocultaba con una venda que había perdido un ojo en la guerra– se daba grades fiestas, sobre todo, los domingos, en que todos procuraban sazonar la gracia bobalicona del domingo.

El resplandor de sus ventanas era como el de un incendio muchas noches, y las corbeilles de las arañas se veían desde la calle, porque la condesa decía siempre “que era una gran caridad dejar los balcones abiertos”. Los fantasmas fugaces del vals pasaban sobre el marco de las ventanas e iban como a estrellarse no se sabía dónde. Desde lejos, sin oír la música, solo viendo sus ráfagas humanas, parecía que un viento espectral les llevaba y les traía.

En Carabanchel daban fiestas más amplias, y los grandes coches, los grandes “pitters” aristocráticos con sus bastoneras junto al alto pescante. Cubierto por la densa nieve de polvo de la carretera de Carabanchel, y con mucho ruido de campanillas, se veía la caravana de los elegantes, cuyos sombreros de copa llegaban grises y como mucho más elegantes que cuando salieron de sus cajas de cuero.

Allí se celebraban funciones de teatro y se jugaba a los príncipes y las princesas de otra parte. ¿Quién iba a pensar que entre ellos florecería una Emperatriz?

La ex Emperatriz Eugenia, con una alegría de la que no iba a ser sino una casadita alegre con el abono en el Real y viajes a San Sebastián o a La Granja, tomaba parte en las fiestas con esa sencillez de hermana segunda. ¡Cuántos días en la infancia fue olvidada de todos y no recibió sino la palmadilla en la cara que se da las niñas a las que no se puede dar la mano ni se puede besar!, palmadita que si la dan los curas es siempre la de la confirmación.

¡Qué alegría más madrileña la de toda esa familia que, aunque andaluza, encontraba que en Madrid se salía y se entraba, y se vivía en la calle más que en su ciudad, en la que toda casa arroja una sombra de harén sobre la calle, porque los padres y los maridos guardan sus hijas atrocemente!

Se ceceaba mucho en aquella casa, en cuya sencilla tertulia se iba formando la Emperatriz que había de cecear el francés, con una gracia que iba a hacer perder la cabeza a un Napoleón, el tío de más alta chistera del mundo.

Cuando llevados por un socio comíamos en aquel Casino Militar por dos pesetas, más que nada lo que nos encantaba era el gran festín de recuerdo que nos dábamos, y si alguna vez nos asomamos a los balcones, fue para ver lo que veían ellas, lo que vio la ex Emperatriz. ¡Cómo se acordaría, frente al gran reloj de las Tullerías, del grave reloj de Canseco!.



El otro palacio, relacionado también con la ex Emperatriz, cuya presencia de cuerpo presente ha tenido el honor de soportar, es el palacio del duque de Alba, que ha sido conocido en el pasado por el palacio del duque de Liria.

Fue construido este palacio en 1770 por O. Jacobo Stuart Fitz James, duque de Liria. Es un edificio que reposa sobre unas patas cortas, como esos perritos contrahechos de la aristocracia, esos perritos serrados, que, según Bagaría, se venden por metros.

Esa falta o característica del edificio no pudo ser enmendada por Ventura Rodríguez cuando tomó a su cargo la dirección de la obra, limitándose a labrar la parte superior del palacio, a elevar su belleza y su pensamiento, ya que no podía mejorar su base, como hundida por el peso de su riqueza. El que a su espalda estaba, el cuartel de Guardias Nobles⁴⁴, que ha sido el edificio más enorme que ha ostentado Madrid – más, ¡ya lo creo!, que el Palacio Real–, abrumaba un poco a ese palacio que después de perder esa sombra adquirió esa belleza distinguida que hoy tiene.

La decoración de las dos fachadas principales consiste en pilastras dóricas y columnas animadas del mismo orden que adornan el cuerpo saliente del centro, sobre el cual se eleva un gracioso ático, en el que se ven las armas de la casa y las cifras de los duques fundadores. Una espaciosa escalera de ida y vuelta, elegantemente decorada, da subida a las habitaciones principales, hallándose en ella un oratorio adornado con pilastras corintias y bonitos casetones en la arcada de nicho e que se encuentra el altar.

Todo alrededor del palacio hay una verja de hierro con pilares almohadillados de granito, coronado de esfinges, no de sirenas, como han sostenido algunos. “Verja en semicírculo, que parece formada por múltiples lanzas de los tercios hincadas en la

pedra. Lanzas que entraron en Amberes y formaron gruesa falange en Gravelinas”, como ha dicho alguien.

En ese antiguo palacio es donde mora el actual duque de Alba y su hermano el conde de Montijo, y su hermana doña Sol que es del linaje de aquella doña Teresa de Silva y Álvarez de Toledo, que fue la musa de la Moncloa.

El gran duque de Alba hizo levantar su palacio en la calle de la Emperatriz, que hoy se llama del duque de Alba, palacio en que se aposentó San Luis Gonzaga, después Calomarde y después el ilustre duque de Tamames. (Hoy tiende a ser una gran casa de vecindad, y ya las tiendas han agrandado las ventanas de los pisos bajos y las han convertido en escaparates y puertas.)

La aspiración de los duques de Alba fue ver construido el palacio de Buenavista, llevado para los Albas y después regalado por Madrid al Príncipe de la Paz.

Después fue cuando los Albas se establecieron, por fin, en ese palacio de Jacobo Stuart y Fitz James, insigne general español que, puesto al servicio del duque de Anjou, decidió su causa en contra del Archiduque Carlos con la victoria de Almansa. Felipe V dio entonces a este preclaro duque de Berwick el título ducal de Liria.

El fondo de ese palacio es atractivo. Un pedazo de la historia de España se guarda en él: trofeos y estandartes de San Quintín y de Lepanto, de París y Nápoles.

La sombra del gran duque de Alba, con cuyo nombre asustaban –yo lo he oído– a los niños en Bélgica, llena aún el fondo de las estancias, sobre todo en las horas sin luz, en ese momento en que no es hora aun de encender la luz ni de cerrar el balcón, pero en que se interponen los antepasados. Ese segundo Carlos V que era el duque de Alba, da órdenes y mantiene la disciplina en el fondo de la casa, y alguna vez usa el látigo con los hombres.

Primero, este palacio de pálida y fría fachada podía ser visto desde la verja, porque su jardín era rasero y chaparro; pero después han formado un tupido y ¿secular? Boscaje que oculta el palacio, no dejando columbrar sino el remate escultórico de su frente. Ese boscaje ha alejado el palacio de las gentes, y todo lo que sucede en él es remoto y oculto. Ni frente al caso de estar muerta en él una ex Emperatriz han dejado penetrar en él al público.

Solo en los días de “Garden-Party” se ve animado el fondo de ese jardín, en que se colocan los puestos mejor hechos de las fiestas benéficas y se rifan Goyas y bandejas de oro. Solo las campanas blancas de las faldas se logran entrever a lo lejos, porque

el jardinero tiene orden de formar un tapiz tan embruzado y tan tupido, que no se ve nada. La ex Emperatriz Eugenia anduvo mucho por detrás de ese jardín, y el duque se paseó como en una lejana quinta muy lejos de Madrid.

¡Qué gran prestigio el de ese palacio en que Goya tiene su más vivo museo, y en que las paredes están cubiertas de retratos pequeños y grandes en una combinación que recarga los museos de los palacios como no resultan recargados los museos!

El actual duque de Alba, ¿cómo se siente allí dentro? Muchas veces parece que huye de las monsergas rigurosas de su antepasado el gran duque. Alguna vez se siente bajo su crueldad.

No les hace caso. Es bastante mundano para lucir una expresión impasible.

Por sus ventanas se veía, en la hora de la muerte, a la ex Emperatriz representada por sus cirios, como velitas colocadas en los candelabros de los árboles, como si fuese estos días los de Noel fuera de su sitio.

La Tribuna, 14 de julio de 1920, núm. 3.102, págs. 8-9.

Variaciones. ¡¿Qué frío no habrá hecho anoche en la garita del diablo?!⁴⁵

A veces, en el día de más frío, nos hacemos esta pregunta admirativa: ¡¿Qué frío no habrá hecho anoche en la garita del diablo?!

Pensamos en esa garita que se engalga sobre la alta meseta en que se asienta Palacio y que es la que más mira y se encara con el Guadarrama. Si será terrible la temperatura que molesta a esa ala derecha y norte del Palacio Real que están sacrificados y condenados sus balcones. El frío congelaría la mirada y la frente y las mejillas del que mirase al paisaje por detrás de los cristales de esos balcones.

Por ese lado no se ven brillar esos verdosos cristales antiguos que decoran todas las fachadas del Palacio. Las persianas grises, y más agrisadas por el gris del frío, tapan todos esos balcones, cerradas por dentro las segundas vidrieras y las maderas herméticas y colocados los más abrigados tapices sobre esos huecos, cubriendo todo recuerdo de balcón. ¡Y, sin embargo, los días de frío y viento se mueven los tapices con palpitación de pecho trémulo!

La garita del diablo es el punto de más peligro de la nave del Estado y de la patria, no solo de Palacio. El de guardia en la garita del diablo cuida de que la pulmonía no entre en Palacio. La consigna es “dar el alto al enemigo y luchar con él hasta morir”.

Parece esa garita una de esas ya deshabitadas porque hubo que quitar el centinela de tantas veces como apareció tieso y rígido, como un soldado de plomo. Se parecen también a ese especie de garitas de piedra que hay en las carreteras que pasan por entre los pueblos del Guadarrama, y que después resulta que no son garitas, sino señales de piedra, garitas sin habitación, altos bolos de piedra con un pico en la cocorota, destinados a solo señalar el camino real, cuando se quedan cubiertos por las nieves y solo sobresale su casco de piedra.

Sin embargo, esa garita tiene todas las noches un centinela. El Palacio no puede quedar vendido por ese lado.

En el ángulo peligroso, en el sitio en que se rompen contra Madrid las olas de frío, un centinela toma tipo de héroe en la noche. Yo lo veo como un héroe en la noche, como el que está en el sitio más peligro en las avanzadas, ya casi al lado de las trincheras enemigas.

En la alta noche, cuando siente que le arden de frío los pies y que, sin embargo, nada le hace dudar de que cumple un deber y de que debe cumplirlo hasta el final, él mismo se siente el héroe más alto de la noche en España, con algo de Cid Campeador, en su modo de afrontar el terrible soplo del Guadarrama.

Todos sus compañeros piensan, para mitigar su frío, en el que está en la garita del diablo, como la alta mar del frío y un poco ahogado en el helar. “¿Se ahoga? ¿No se ahogará?”, se pregunta la noche en los otros rincones más resguardados de los aludes del Guadarrama.

Parece que hay un momento en la noche en que el pobre soldado de guardia en la garita del diablo presenta armas al frío, como implorando de él un poco de caridad, como si ese fuese el gesto más digno de imploración y de abrirse en cruz del soldado. ¡Solemne presenten armas!

¡Ah! Pero todo estará vencido si llega a la madrugada y ve amanecer. Ese espectáculo del amanecer, reflejándose en la sierra y en sus estribaciones y dibujando los árboles chaparros y geniales del El Pardo, le compensará lo suficiente para reanimarle y ver que ya ha reanudado su vida y está en salvo del naufragio.

Algo como el canto triunfal del gallo cantará el centinela de la garita del diablo cuando vea el amanecer rústico, lleno de vida diamantina y fuerte, con certezas tan penetrantes que en muy pocos amaneceres se encuentra pues en los demás, se mezcla demasiado la ternura del paisaje, o su elocuencia, o su dulzarronería.

La Tribuna, 24 de febrero de 1921, núm. 3.295, págs. 4-5.

Variaciones. Las caballerizas⁴⁶

Sube el tranvía por la cuesta difícil. Las mulas ideales del tranvía no pueden con él. Lo de antes. Lo de siempre. Aquella falta de fuerza de los rippers cuando llegan a cuestas como esta.

En la mañana hay, de un lado, una acera de sombra fresca y "afresada", y del otro, una acera de sol tórrido, del que se levanta una tufarada de tostadero.

El tranvía sube como un funicular, y desde la plataforma vemos en la mitad de esta cuesta la puerta de caballerizas con un portero solemne, lleno de cruces, un portero que indudablemente fue ministro antes que portero. El escaparate de sus cruces parece tenerlas todas como si hubiera estado desde la batalla de Guadalete, en todas las que se han dado en España.

Ornamenta este portero la mañana como ningún otro atributo. Revela lo que de novillero, de turista, de flaneador, hay en la mañana, el encanto para los paletos recién llegados que hay en ella. Estamos, siempre que pasamos frente a esta puerta en tranvía, por bajarnos y entrar a ver las caballerizas, comprando la guía y unas postales, entre ellas la de la carroza en que la Reina doña Urraca dio la vuelta al mudo. El pobre vendedor de postales está al sol, en el quicio de la puerta, porque el gran portero le tiene muy a raya con cierto desdén, porque no lleva más cruz que la de existencia, y esa de tercera clase y teniendo que pagar todos los derechos.

La realeza de España, algo como el olor íntimo de los armarios y del fondo de los coches, se percibe allí dentro. Yo recuerdo la sensación de aquellos coches y carrozas, como si el Rey hubiese dicho: "Que le lleven a su casa o que le den a este señor un paseo por ahí dentro en mis carruajes." Es la sensación de haber entrado en los coches la que conservo de haber pasado por el largo ropero y las extensas cuerdas de entarimado reluciente, que forman las caballerizas.

No merecen la pena de que entremos en esos corredores, en los que huele a cuadra demasiado. Pasemos de largo por esta calle: pero apreciando todo el encanto tradicional que hay en esa puerta abierta, y la estampa de fidelidad y de guardia impertérrita y rica que hay en la prestancia de ese portero con librea de portero mayor de los Reyes.

La continuidad optimista, imperecedera, igual a la de nuestra infancia, está en este portal de sombra propicia, con un fondo de jardín muy cuidado, con puertas nobles de palacio.

Para imaginarme la mañana ferviente de Madrid, menos en vísperas de trastornos de lo que creemos, para arrobarme con la serenidad de la realidad castellana, pienso en esa puerta de las caballerizas abierta al labriego que quiere sentirse por un momento caballero de la Monarquía.

La Tribuna, 1 de julio de 1921, núm. 3.404 pg.4.

Variaciones. El arrinconado⁴⁷

Este palacio de Madrid que voy a señalar con el bastón es un hallazgo, algo que el madrileño no sospecha y que está perdido en un dédalo de las callejuelas más sucias y *non santas*.

Es un palacio que siempre estuvo de non, siempre postergado y sin vistas, aunque tuviera ínsulas magníficas.

Entrando por la calle Ancha en la calle de la Flor, se le puede encontrar. Está muy disimulado, y como en lo que menos se piensa al entrar por allí es encontrar un palacio de base firme y de apostura granítica, nadie lo ve. Quizá ni aun buscándole se le encuentre.

–¡Ah! ¿Pero ahí hay un gran palacio?

Sí, el palacio que si hubiese tenido la perspectiva del Palacio Real otra cosa hubiese sido de él, porque en los palacios, tanto como su plante y su talla es su perspectiva.

Este palacio de los condes de Altamira es que ha sido desgraciado

Hizo su diseño el gran D. Ventura Rodríguez, habiéndose llegado a construir una parte de aquella por la calle de la Flor Alta, en la que se ve, aunque muy reducido e

incompleto, el vasto plan que había formado Rodríguez, según el cual la fachada principal del comenzado palacio se había de levantar en la calle Ancha de San Bernardo con 260 pies de línea horizontal y 72 de elevación hasta la cornisa, coronando todo el edificio una balaustrada.

Debía de constar esta fachada de cuatro órdenes de vanos, incluso los sótanos, hallándose calculado todo con el mayor acierto para que resultase un modelo de elegancia y exquisito gusto. La diferencia entre la actual fachada por la calle de la Flor y la principal, que no se llegó a construir, consiste, en que a la última hubieran decorado seis columnas istriadas de orden compuesto en el centro y pilastras del mismo género por uno y otro lado. La portada con tres arcos de medio punto y dos ventanas intermedias presentaría a la vista del observador uno de los cuerpos más lindos que se han ideado.

Todo eso, sin embargo, no pudo realizarse, y solo queda fuera del referido trozo de la calle de la Flor, cuyos balcones se hallan decorados con frontispicios semicirculares, y cuyas ventanas tienen bellísimo ornato, lo restante del edificio es como la mayor parte de las casas de los grandes, que solo se diferencian de cualquier casa particular en el tamaño. Por fin se hizo en esta casa-palacio un portal espacioso adorado de atlantes y otras esculturas, y una escalera de dos ramales al frente.

¿Qué es lo que hizo que tan grandiosa obra terminase así? Según la tradición, por temor o sospecha de que se intentaba con ese empeño una rivalidad con Palacio.

En la mente de todos los que propalaron esa rivalidad y pudieron suscitar envidias, estaba el que para festejar la proclamación de Carlos IV se figuró en el lienzo toda la suntuosa decoración ideada por Rodríguez, simulando que el edificio estaba rematado y magnificante.

Ese barrunto fuerte, enhiesto, con algo del tipo de los palacios genoveses, ya no será la cepa enana de una posible parra de ascensión incalculable, como fue el día que se plantó en ese rincón –¡qué se sabía entonces lo que iba a ser ese rincón y lo que no iba a ser!–, porque la Gran Vía va a arrebatarse sus piedras de gran palacio a su esperanza, de mejor destino, y como un verdadero aborto va a ser desarraigado, probablemente, en seguida.

Como quien cumple una última visita obligada, asomémonos a ver el palacio de tipo recio, de piedra en pecho y de grandes cejas de granito. Paremos mientes en él.

La Tribuna, 1 de diciembre de 1921, núm. 3.432, pg. 6.

Monumentos

Variaciones. El Cerro de los Ángeles⁴⁸

El día 30 se verificará la inauguración del monumento del Sagrado Corazón⁴⁹, erigido en el Cerro de los Ángeles. Asistirán los Reyes y la aristocracia. Se dirá una misa sobre el ara del monumento, y los aviadores echaran flores del el cielo sobre él, refrescando de paso a la multitud con el aire de los enormes ventiladores que son sus hélices. (Eso de las flores arrojadas por los aviadores me lo ha dicho la sobrinita de la santera de la ermita.)

Recuerdo que la primera vez que estuve en el Cerro de los Ángeles consulté mi mapa de la provincia de Madrid, y después de mucho meditar, tomé el tranvía de Leganés y desde allí emprendí una larga caminata, bajo el sol de Junio, llegando, por fin, al Cerro, pero con la larga aguja de la jaqueca clavada en la cabeza, traspasada de sien a sien.

Después he rectificado aquel error de orientación, y aunque he vuelto a incurrir en él de ir por la estación alta de Getafe, que también aleja mucho, ya hoy me bajo en la estación baja de Getafe, y el trayecto es mucho más corto.

Me gusta sentirme sobre ese pináculo, que aun no siendo muy alto, parece que en medio de la inundación del diluvio universal fue el único que quedó en España a flor de tierra, y en el que se salvaron los pocos ángeles de la guarda que se habían ido ya del lado de los innumerables ahogados. (Se encuentran allí de esas fosilizaciones y cristalizaciones que tanta supersticiosa antigüedad dan al sitio.)

¡Qué sensación de estar sobre el corazón de España, y cómo soportar sobre la cabeza el filo del meridiano central! El pensamiento consigue la unidad y la madurez suprema, como en el “belvedere”, que domina todo el paisaje de España. Es como el ombligo de la piel de vaca que imita España en su configuración.

Ese cerro es el verdadero seno de España. Parece que desde allí se verá toda España, aunque no se vean sino algunos valles de castellano conjunto. Enhiesto allí, parece que respondemos con nuestra emoción de ver a Madrid desde la señera cúspide a esa otra emoción repetida hasta la saciedad de ver el Cerro desde Madrid.

La ermita⁵⁰, que se eleva sobre su joroba, es una capilla esbelta y sencilla, cuya primera historia se desconoce realmente. Sobre su fachada hay un reloj de sol. En el

fondo está Nuestra Señora de los Ángeles, imagen antigua de tipo sano y sin amaneramiento, y en una capilla lateral, como en una cuadra de carrozas, está la gran carroza en que es conducida la virgen hasta Getafe una vez al año, arrastrada por jóvenes de Getafe y siguiendo el largo camino que por en medio de los campos conduce al pueblo de Getafe. Vestida la virgen con un rico mantón de Manila que le regaló una señora, y la carroza, dorada a fuego reluciendo al sol, es un espectáculo exaltado el de esa conducción, que se repite cuando, acabada su novena en esa iglesia de Getafe se pasa unos días de huésped, la vuelven a llevar a la ermita, subiendo la cuesta del Cerro.

En el fondo de la ermita hay confesionarios primitivos, hechos como con un bur-ladero de tosca mirilla, y a uno de cuyos lados se sienta el cura y al otro se arrodilla el penitente; hay dos banderas rotas y deshilachadas -¡pero banderas siempre!- tomadas a los milaneses por un general que era de Getafe y que se las regaló a la capilla, así como las campanas, que mandó fundir con los cañones también tomados al enemigo, y que por eso amenazan desde su campanario con su boca negra dirigida hacia el que se acerca, como si fuesen cañones aún o morteros de boca ancha y sin fondo, y hay muchos exvotos, miembros y fetos de cera, cuadros en el que el pueblo de Getafe transcribe su agradecimiento porque la Virgen le salvó de en diferentes sequías; trajecitos de niños como trajecitos talaes con el papelito de la dedicatoria, clavado con alfileres en lo bajo; un hábito de fraile encapuchado y ahorcado del clavo de que cuelga, y ¡lo extraordinario y lo que no he visto entre los montones de exvotos que he mirado fijamente a través del mundo (y de los que recordaré entre los pintorescos de Italia los innúmeros ejércitos de soldaditos de plata que colgaban en todas las iglesias de Italia, más que como exvotos para salvar a los que combatían en el frente, como para que jugase con ellos a los soldaditos el Niño Jesús), tres féretros infantiles, uno más largo y tétrico que los otros, rojo y con galones dorados -antes, por lo visto, para el jovencito había la caja roja, que le diferenciaba del adulto o del viejo de caja negra-, y dos pequeñitos y blancos con galones de plata! (Aunque aquellos infantes se despertaran como incorporándose en su extraño “moisés” a primera hora de la noche eterna, ¿no están como muertos y guardados en el fondo de esas cajas?... ¿No hiede algo dentro de ellas?... ¿Cómo miraron los resucitados a través de su vida estos féretros “suyos” que se les habían quedado chicos y que, sin embargo, les contenían, ya que es indudable que no están vacíos?)

¿Pero es la capilla lo culminante de ese cerro? No. Lo importante de él es que su posesión da el dominio de España, lo mismo que en la guerra hemos leído los unos y los otros se disputan la altura “tal”, porque con ella dominan la región. Julio-Antonio, por eso quería elevar allí el “Faro espiritual”, aquel campanil de alta espadaña, con campanas de plata, que despertaría en España el amor al “Ideal”, y que no solo fracasó

injustamente, sino que encima sugirió la idea de este otro monumento implantado en este sitio, en el que no había pensado nadie antes de Julio-Antonio.

¡Y qué monumento este, vágame el cielo! Hace muy pocos días que lo acabo de ver en esa soledad en que se ve toda la belleza o la fealdad de las cosas. Ya, desde lejos, me había sorprendido su falta de gracia arquitectónica, su línea alta y retorcida, que le daba apariencia de una pirámide informe y derretida o de un mojón de tierra amazacotada. (Los campos de todo ese paraje, cubiertos de unas florecilla moradas y el sol justiciero de Mayo, exaltaban el juicio crítico.)

Claro que desde Madrid no se ve, porque lo tapa en esa dirección la ermita, y claro que solo las aristocracias de automóvil podrán acercarse a él; pero de todos modos, hay que denunciarlo. Aquel Cristo de brazos larguísimos, de ropón tosco y desgarbado, demasiado enorme para la altura de su pedestal; aquellos santos, frailes, obispos, damas y monjas, así como los colegiales burdos, cabezotas, “peones” que lo rodean a derecha e izquierda mirando hacia el Cristo todo es lamentable, pesado, desgraciado y grueso, aunque lo más triste, y de una vanidad ruin, es que toda la base y la espalda del monumento está llena de los nombres de todos los que han suscrito el terrible empréstito del monumento, y entre los que figuran hasta “la señorita X” y “una dama devota” y “un caballero que guarda su nombre”. (¡Gran panteón de nombres frente a los que hemos sorprendido el otro día a varios señorones y señoronas de automóvil buscando los suyos!)

¡Qué pena! Mucho nos enamoraba subir al Cerro de los Ángeles, desde donde siempre enviábamos a “Azorín” un radiograma de admiración y cariño; pero ahora quizás no volvamos más; para no encontrarnos con ese monumento burdo y lleno de alarde, ante el que debían sospechar los creyentes que solo sirven para apartar la presencia divina, en vez de invocarla, pues al materializar y recargar tan pesadamente a la divinidad, parece precisamente que ante esa insolencia Dios se ha ido de ese sitio, y la paloma ha huido hacia otro lado de la bóveda celeste.

La Tribuna, 28 de mayo de 1919, núm. 2.749, pg. 5.

Variaciones. Puerta de Hierro⁵¹

Este es un hermoso título para una puerta. La primera vez que oímos hablar de ella fue de pequeños, a no sé quién, que decía como algo extraordinario: “Llegué a Puerta de Hierro”.

Durante algún tiempo ha sido el título de las excursiones largas, y parecía que al llegar a sus compuertas como blindadas y ricas en clavazón se tocaba en un límite intraspasable, como si detrás hubiese un dragón.

Desde entonces acá, cada vez ha estado más cerca la Puerta de Hierro, como si diese saltos como los que el burro enrabado hacia adelante, siempre hacia adelante, poco a poco, pero con un tesón atroz.

Solemos ir de vez en cuando dejando atrás la aburrida galantería de que está llena la Bombilla, donde los organillos siempre tocan para la soledad, pasando aquel lejano merendero de los cipreses -que de la estupenda España negra del amor (no de la España negra del clericalismo, que entonces ya sería estupenda), era ese merendero de los cipreses-, y pasando esas oscuras posadas y tiendas de vino en que están las “treintarrealeras”, hasta llegar a ese trecho, que es el que se hace más largo y que queda aún para llegar a la Puerta de Hierro.

La Puerta de Hierro antes estaba abierta, siempre en medio y sin muro que cerrase el cerco que supone una puerta; pero hoy está cerrada, como si valiese poner puertas al campo. Siempre es bella, y siempre, en medio de todo, es la “puerta triunfal”, que es algo más discreto y más sobrio que el “arco triunfal”.

La pareja de la Guardia civil guarda esa puerta, una pareja de guardias civiles rústicos, tostados, con fundas blancas en los sombreros.

Detrás de la Puerta de Hierro, y a la izquierda, hay un tabernucho, y se hace un descampado más bajo el cielo que los otros parajes y como si fuese un descampado en una gran playa. Ya estamos frente al mar de la Naturaleza, lejos de Club de regatas, que es la “Casa Camoria”. Aquí nos podemos sentar⁵².

De esta taberna sé algunos antecedentes. Su Valdepeñas es de los mejores vinos del reino, y su especialidad es el embuchado. A este hombre le critican que desprecie toda otra ampliación de negocio, y que no le guste nada preparar tortillas y cosas así; él solo desea despachar embuchado y Valdepeñas, y, sobre todo, embuchado, porque es que en Diciembre hace una matanza terrible de cerdos, y lo prepara para todo el año.

Amigos, hay que sentarse en esas mesas de madera dura y ennegrecida, en estas mesas a las que han dado el suave barniz de muñeca las muñecas de los brazos de los que se han sentado en ella.

Hay que comer en las mesas negras y redondas, llenas de redondeces que recuerdan a las buenas multitudes, y hay que sentarse en las banquetas, en cuyo agujero se mete un dedo para colocarlas bien. Ponen un cubierto, que consiste en tenedor y navaja –¡al diablo el falso cuchillo!-, y dan un pan que parece un exvoto de dos senos pegados y ricos. Hay que comer en las mesas negras de esos centros que se llaman “La Parilla elegante”, “La Glorieta”, y allá lejos, en “La antigua taberna de los cazadores”.

Sentados en las mesas de [forera] de esta taberna, o entrando en la habitación del reloj parado y de los cajones, en lo que no hay más que un vacío marco de retrato (la coronita de no se sabe quién que desapareció) se contempla una bella plazoleta de [cielo], se ve al mendigo que sale por aquí de Madrid, y da pena no ver el trenecito del Pardo, al que mató la guerra, como si hubiesen arrojado bombas sobre él y su camino...

La Tribuna, 26 de agosto de 1919, núm. 2.839, págs. 2-3.

Variaciones. El monumento postergado⁵³

A veces sucede en Madrid que desaparecen, sin saber dónde ha ido, monumentos de que se preciaba mucho. Son como forillos o adornos de la escena, que desaparecen porque la decoración del otro acto lo necesita.

Hasta en el índice de los libros que se ocupan de Madrid figura el apartado de “los monumentos que ostenta Madrid”, índice siempre muy incompleto, porque no hay ninguna Memoria que recuerde que existieron muchos de los que faltan, y, por lo tanto, mal va a notar que faltaron un día.

¿Se van solo esos monumentos? A veces, parece que se han ido, por fin, a gozar sin descanso eterno y se han enterrado ellos mismos, y otras veces, si son ecuestres, parece que han huido en sus caballos capaces de las más duras caminatas.

Una malquerencia de la autoridad competente, que se ha sentido mal mirada por la estatua, o porque tiene la manía de variar el decorado de la ciudad, como quien varía el decorado de su antesala, hace que desaparezcan ciertos monumentos.

“¡Al sótano con ese!”, dice a sus titanes municipales la autoridad competente, y entre todos bajan el monumento y lo subterranizan, recibiendo un buen premio en metálico por su difícilísima obra de remover lo que es de piedra o de bronce. ¡Qué bien enganchan con sus cordeles interminables a la gran estatua, encontrándola todas las axilas que tiene!

Entre los monumentos desaparecidos que más curiosidad me han sugerido siempre está la estatua de la Comedia. Esta estatua estuvo en el centro de la plaza de Isabel II, sobre el mismo pedestal que hoy ocupa la estatua de Isabel II, por Piquer, usurpadora del bello taburete de piedra, que costó treinta y cuatro mil reales. Era una estatua de mármol blanco, obra del escultor Elías, estatua colosal que representaba a la musa de la comedia, que existía ya en el Teatro Real, y cuyo objeto artístico –según la Real orden de 1862 concediendo la colocación de la estatua en la plaza– no tenía posible colocación ornamental en dicho teatro “por no haberse llevado a efecto la terminación del compañero”. Con el espejo de Stendhal en la mano debía de estar muy airosa en la plaza, como queriéndoles mostrar a todos algo así como los peluqueros, que después de acabar el servicio muestran al parroquiano su nuca recortada, ¡ay!, a veces demasiado.

Siempre me ha fallado esa estatua de la Comedia, verdadero monumento desinteresado, concepto más que personaje, exaltación de una idea, concepción retórica en medio de los jardines, algo lejos de los Reyes, de los políticos y hasta de los artistas que decoran los centros de las plazuelas. ¿Será –me he preguntado después de varias veces, y ya que no la he encontrado en los almacenes de la Villa, que es donde algunos escritores suponen que está– corregida y como replegada esa estatua que está en las hornacinas que hay a la espalda del Real, y para la que se ha encontrado una sombra de otra estatua en la hornacina del otro lado?

¡Cuántos monumentos como este, perdidos, descabalados, tirados por el suelo, dentro de los lejanos cercados municipales, como si les hubiese dado un síncope! ¡Cuántos secuestros!

El último monumento de esos que he visto desaparecer misteriosamente es el de los Chisperos. Con ese gran boato y gran cariño se inauguró ese monumento a los Chisperos ya a don Ramón de la Cruz, Barbieri, Chueca y Ricardo de la Vega en la Glorieta de San Vicente el día 26 de junio de 1912. Asistió la Infanta Isabel, y hablaron Casero y Bretón. Y allí quedó el monumento perpetuando la vuelta de una verbena a San Antonio, y como si esperasen el tranvía los últimos chisperos.

Durante algún tiempo, al bajar a la estación del Norte, todo el mundo se despedía de Madrid en efigie, saludando al grupo de los eternos verbeneros. Era simpático ver

al irse a esos buenos chisperos, que se quedaban sosteniendo el regocijo de Madrid, y era también simpático al volver a encontrarlos allí mismo, invariables, defendiendo la continuidad de la fiesta madrileña, reanudando el gesto interrumpido en nuestra vida al salir de Madrid.

Había días preciosos para ellos, en que se destacaban sobre la luz de la luna como esas parejas que se aman en los bancos sobre la luz del foco de un automóvil. Sus siluetas eran en la noche las de los que vuelven de la romería.

Los extranjeros, que entran precisamente por esa estación, preguntaban, nada más entrar, quiénes eran esos engalgados [*engalanados*] transeúntes, subidos allí como para ver mejor la salida y la entrada de los trenes.

Todo iba bien, y la Glorieta de San Vicente resultaba alegre, enramilletada y como adornada con el gallardete auténtico de San Antonio de la Florida. La estatua era como la columna indicadora del camino, y en el cruce del paseo de la Virgen del Puerto y del de la Florida decidía la mano indicadora del chispero cuál era el camino verdadero.

Hasta que un día vimos desaparecer el monumento y ser sustituido por un gran farol, el gran farol, o, mejor dicho, la opulenta farola que había en la Puerta del Sol. No habiendo seguido los trámites de la transformación, no habiendo visto ni montar ni desmontar la máquina de los descendimientos, hubo un momento en que me imaginé que se trataba de una esas transformaciones de las comedias de magia, y que el monumento se había convertido en farol, farol de cuatro brazos que representaban a los cuatro saineteros.

Durante una temporada larga tuve perdida la pista de ese monumento escamoteado, y miraba al farol como si fuese esa cruz del camino que indica dónde está enterrado el que murió de un accidente violento. Debajo de él yacían chisperos y autores mezclados, como en una fosilla común. ¿O tal vez es que, aprovechando lo próximo que estaban en la estación, se habían fugado con toda calderilla de su primera materia encima?

Solo después de mucho tiempo, un día, al bajar por el paseo del Canal hacia el embarcadero para pasearme por esos viveros que tiene el Ayuntamiento junto a la ribera del Manzanares, me encontré con que estaba allí ese monumento, muerto de humedad y de sordidez en la hondonada sombría de esos jardines junto al río pestilente de tan malos efectos cuando anochece. ¡Pobres chisperos y pobres saineteros, arrumbados tan pronto en ese falso jardín de allá abajo!

La gran carreta de bueyes, la gran carreta de Carnaval, la que lleva las grandes composiciones en cartón piedra que inventan los carroceros todos los Carnavales, to-

dos esos Gulliveres enormes que miran al cielo como si tuviesen metida en él la cabeza, debía recoger el monumento de aquel pozo negro y trasladarlo al centro, o, si no, hacerlo saltar como una traca valenciana, todo antes que tener allí abajo a tipos tan alegres como todos los tipos que le integran.

La Tribuna, 10 de junio de 1920, núm. 3.073, pg. 6.

Variaciones. La estatua extensible⁵⁴

La estatua de la aviación se yergue en la calle de Ferraz⁵⁵, esa calle destartalada y marginal, por la que parece que hay una corriente fría.

Tiene una gran desolación esa estatua, y más que a los aviadores, parece la estatua dedicada a un pobre hombre que se rompió el alma yendo en coche. La sensación de altura que debía dar no la logra allí, en medio de una calle y en una rinconada, cuando podía muy bien estar en cualquier cumbrecilla o en lo alto de una de esas cuevas madrileñas que son altas como pináculos.

No acaba de ser de la aviación de ninguna manera ese monumento, y mirándolo bien parece el monumento dedicado a los héroes de un naufragio, presentando un ramillete de náufragos.

En las tardes muy madrileñas en que se pasa por allí, la visión de ese monumento abandonado, desorientado, que mira a los tejados de las casas como ese grupo de transeúntes que creen ver un incendio en cada humareda, da cierta sensación de monumento pasmado, en el que hay cierto fracaso y cierta mediocridad que no le han permitido elevarse sobre sí mismo.

Ese monumento a esos huérfanos ya mayorcitos y desheredados, no tiene grandeza de monumento, sino quietud perenne de esos transeúntes que en el centro de las glorietas se paran a meditar y ver media vida.

El monumento a los aviadores también podía haber estado en un tejado, y para esa nada mejor, por ejemplo, que una terraza de ministerio, la de "Gobernación", por ejemplo. En esos mismos pedestales del tejado de Palacio, donde se pensaron colocar las pesadas estatuas que rodean la plaza, hubieran aguantado muy bien la estatua de la aviación.

Ese monumento en un patio de la ciudad, en ese ambiente color cinc de esa calle de Ferraz, es un monumento pequeñín, retaquete, que a lo más representa a los que se cayeron de un primer piso.

Además de ser roñoso de dimensiones, es un monumento que no solo ha servido para los aviadores del pasado, sino que piensa servir para los del porvenir, pues a cada aviador que cae se le inscribe en uno de los nuevos y lisos huecos que hay en el pedestal. Aún quedan muchos que parece que están allí queriendo provocar y esperando imprimir la esquila de defunción perenne de cada uno.

La Tribuna, 12 de enero de 1922, núm. 3.468 pg. 4.

Estaciones, puentes y fuentes

*Variaciones. En las Delicias*⁵⁶

Pocas gentes encuentran el encanto que hay en dirigirse a la estación de las Delicias. Habrá que fomentar el turismo ciudadano y paseante hacia la estación de la Delicias.

La estación de provincias que ha correspondido a Madrid; la estación amplia, pero con poco ruido y poco tráfico; la estación por cuyo andén pasear, es la de las Delicias, cubierta de cristales ahumados y como con cristales azules en los trechos en que no tiene cristales. Allí, como he dicho en otra ocasión, “están los primeros trenes, los trenes románticos, el *tren expreso* de Campoamor, que ahora va a Lisboa, porque solo hacia ahí está ya el viaje romántico”. (¡Divino y querido Portugal!)⁵⁷ Antes había un kiosko en que se vendían libros retrasados y absurdos, entre los que elegí uno impar y gracioso que se llamaba *El libro amarillo*. (Hoy hay uno de esos nuevos kioscos en el que hay hasta libros míos).

Los domingos, sobre todo, es delicioso tomar el camino de las Delicias. Eso de que los domingos todo Madrid tome el camino del Retiro o de la Moncloa, es indigno; ¡como si Madrid no tuviese más que dos puntos cardinales!

(¡Qué bello es ver, además, el paisaje como en su verdadero museo, o sea con el marco que le forma, únicamente de una manera digna de él, el arco de salida de la estación!)

Aunque muchos días voy a despedir a las gentes que no conozco, pero que tiran por el lado bueno, humilde y cándido del mundo, los domingos me dirijo a la estación de las Delicias porque -y esta es una confidencia de la que no debe abusar nadie-, no solo el paseo está bien y el andén inefable, sino que yo tengo el secreto de cómo está el *buffet* de la estación. Cuando en el domingo, hasta el café que tiene mucha gente, se llena de ella, solo este café-restaurante de las Delicias está solo.

Este restaurante de estación es el solemne, y sería bíblico, si en la Biblia se hubiese hablado de restaurantes de estación. Tiene blandos divanes revestidos de hule; tiene desiguales y largas mesas de mármol; tiene un lavabo antiguo, de aquellos cuya parte superior, la parte del espejo, se cerraba, y así quedaba convertido en una especie de “mesas-secretaires” el lavabo; en un rincón hay botijos nuevos, porque hay portugueses que les gusta llevárselos, y en su mostrador hay un gran frasco de cristales en el que hay azucarillos.

Si alguna vez yo puedo hablar de mis “mejores páginas”, diré que las he escrito allí, recibiendo la confidencia de regiones de aire puro y casi inexplicable.

Cuando, durante la guerra, no había en ningún sitio queso de *Roquefort*, yo lo merendaba aquí, donde sabía que quedaba el último *yacimiento* de ese queso.

A veces me quedo a cenar para estar más tiempo y ver hasta la saciedad la inmovilidad de estos trenes, formados frente a las puertas del restaurante; trenes internos, que no salen apenas de viaje. Solo tiene de antipático la cena en este restaurante solitario, que hay un gato hambriento como un tigre, que mira con una rabia atroz al que come, hay que pactar, dándole la mitad de nuestra comida, porque el hambre le va hinchando y convirtiendo en pantera.

La Tribuna, 23 de julio de 1919, núm. 2.805, pg. 7.

Variaciones. Aspectos y cosas⁵⁸

No solo somos “de la raza mora, vieja amiga del sol”⁵⁹, sino de la raza india, más vieja amiga del sol.

Así, en este día en que el cielo se ha vestido con el azul número cuarenta, bajo el que los árboles se han recortado y destocado rotundamente, todo iluminado con los colores que emplean los niños en sus acuarelas, han salido unas horas indias.

Por el “Pacífico” y por la “California” y por la “China”, esos barrios de Madrid por los que a veces me paseo, siempre rige la hora india en sus anejos: la viruela, que “puntuán” las moscas cuidadosamente en los rostros, y hasta la peste. Pero sin ir tan lejos, y sin que tengamos que ver asomarse por entre las cortinas que tapan la puerta de las casas las cabezas de los niños indios como cabezas de polichinelas, en el centro de Madrid, cuando surge la hora india, todo es indio, todos los rostros, brillantes, azafranados y renegridos por el sol; las cabezas de las viejas, amarillas, de sienes hundidas, de calaveras pomulosas, de moños muy chicos, moños de indias pelonas.

Y si salimos hacia los lavaderos y vemos a las lavanderas, ya no nos cabrá duda de que nos hemos asomado a ver lavar junto al Ganges⁶⁰.



Es esta la época en que el sabio vividor de Madrid debe saber dónde están las fuentes más apreciables; la fuente de los balnearios en que debe hacer sus curas de agua, porque ni en invierno ni en verano puede quitar nadie a Madrid la preeminencia de su agua, y es mejor tener la mejor agua que el mejor “Champagne”.

Así, hay que ir a la “fuente del berro”, por cuyo ancho caño sale, en un chorro menudo, la mejor agua de Madrid, esa agua que transcurrido por los arroyos más puros, por los jardines de la Casa de Campo -limpia, aseada, jardín antiguo- y por entre los berros que crecen en el fondo oscuro de los barrancos; esa agua en la que hay ese hierro que toman en bellos perdigones -parecidos a las grises “perlas teclas”- las niñas anémicas o en botijos llenos de claros de esterero las niñas más pobres, hierro que aquí está mezclado en sus verdadera proporción con el agua, porque esta es el agua que pasa por las minas de hierro virgen y sin aleaciones.

Otras fuentes, como la del Delfín, como la de los Cuatro caños, etc., etc., también están bien, debiendo preferirse, entre ellas, esa en la plazuela de las Cuatro Fuentes, alrededor de la que se han agrupado las últimas viejas con traje negro y delantal blanco, que ofrecen el gran vaso con asa -¡cómo hemos querido y cómo han desaparecido esos vasos con asa “que no eran bocks”!-. Esas viejecitas, que son algo así como “asistentes” de la sed, ven que no hay ya nadie que las busque, por el exceso de limonadas,

refrescos y cervezas, que estragan al transeúnte, que confía más en los vasos fregados en el café que en los que ellas enjuagan con el agua corriente de la fuente.



De las droguerías sale un vivo olor de sofocación de los frascos y de todos los ingredientes de la farmacia.



“Vamos a Judea”, nos decimos de pronto, y emprendemos el viaje a los barrios bajos.



Las moscas han sido un poco tardías este año, hay que confesarlo, reconociendo que en los primeros días de Julio apenas había en el centro de la habitación esas escuadrillas que antes de lanzarse sobre los hombres y las cosas se ensayan como en sus Cuatro Vientos; pero ya está todo lleno de estas moscas ensañadas que se pegan, sobre todo en las sotanas y en los trajes de “vicuña” o de paño negro, sobre el que brillan como alfileres. Este es un país en que se tiene cariño a la mosca; se hacen muchos alfileres en oro y en piedras preciosas que figuran una mosca, y también medallones de oro, en el centro de los que hay parada, junto a una perla, una mosca casi auténtica con vientre de esmeralda; este es el país en que se dice y se propaga el “ahí va esa mosca”, o el “no tengo “mosca”, refiriéndose al dinero y en que un pensador, como yo he dicho que “mi inspiración viene muchas veces por las moscas, que me dicen la mar de cosas, más humanas que nada, interesantes y variadas”. ¿Por qué se ha de oír solo a la paloma cursi y sin experiencia?

El único defecto de esas moscas es lo golosas⁶¹ que son, y la terrible sed que tienen de café con leche, tanto, que a veces hay que repartirlo con ellas, como con mastines, sedientos y temibles. Insisten, insisten; pero no tienen malicia, por causa de no poder recoger la tradición oral de sus antepasados, porque el último murió el 31 de Diciembre. Así, inexpertas, con un poco de instinto solamente, se defiende uno bien de ellas, aunque mejor nos hubiera ido si hombres y mujeres no hubiésemos perdido el

largo rabo trasero, cuyos zorrillos de pelo servían de perilla para espantar las moscas sin apartar las manos del trabajo.



Los coros de Carusos y Anselmis que encintan la ciudad son abrumadores. Hay momentos en que Caruso y Anselmi⁶² cantan en todos los gramófonos de la ciudad con un don de omnipresencia y de voz que asombra.



Ahora se ven esas espaldas muy descotadas, que dejan ver un canalillo de sombra en su centro, como el que hace el intervalo de los senos. ¡Camino de las sorpresas por el que echar diez céntimos!

La Tribuna, 5 de agosto de 1919, núm. 2.818, págs. 6.

Variaciones. El Puente por el que ha pasado hoy todo Madrid⁶³

Este puente por el que el día de San Isidro pasa todo Madrid, y todos los días una gran cantidad de hombres y animales, puesto que casi todo el ganado que se mata en Madrid viene por ahí, es un puente admirable.

Es, entre los puentes de Madrid, el más adornado, el más florido, el que está decorado con detalles más delicados. En él hay un intento plateresco, que en el recuerdo es mucho más plateresco y agradable.

Este puente de filigrana se construyó en 1732, habiendo sido construido en tiempo del corregidor Francisco Antonio Salcedo, marqués de Vadillo. Antes de él ya existieron otros puentes de Toledo, el primero, claro está, de troncos de árboles, y después de piedra, siendo –¡parece mentira!– destruido varias veces por las crecidas (¡) del río, como sucedió en 1720 al que se había fabricado en el último tercio del siglo XVII.

Realmente, la sorpresa de arte y decoración de este puente y de este paraje comienza en la Glorieta de las Pirámides. Cada día que pasa es más incongruente esa

plaza, cuya belleza aumenta. Hay como un remanso de ciudad mucho más artista que Madrid en esa plazoleta tan interesante de las afueras, esa plazoleta como desenterrada en el basurero de ese barrio. Lo que quiero decir es que no hay proporción entre el barrio y ella.

Los dos elevados obeliscos de granito que decoran su entrada descansan sobre cuatro bolas de metal cada uno, que a su vez descansan sobre un firme y alto pedestal. Esas macizas bolas de metal con el tono de metal del medio tiempo. Excepcionalmente, cuando las bolas de metal sirven para hacer gimnasia con ellas, ahora son ellas las que hacen gimnasia sosteniendo sobre el puño cerrado de la tela la pasada mole.

Resulta extraño ver que aún permanecen en su seno esas relucientes patas de bargueño que tienen esas pirámides. Quizás, indudablemente, los ladrones han querido robarlas –¡de qué rico bronce deben ser!–, pero han tenido un miedo atroz a pillarse los dedos, al quitar las bolas, entre el obelisco y su pedestal. ¡Terrible pilladura! ¡Peor que la de una nuez cuando la tritura una puerta!

¿Qué espera, o qué hace ahí esa plaza tan gallarda? No yendo a venir por allí ningún diplomático, ni ningún guerrero ilustre, ¿qué espera? Nada, que la gusta estar así, con esa distinción, precisamente en este barrio plebeyo.

Las seis estatuas de la colección de Palacio destinadas, como las de la plaza de Oriente, a decorar las alturas del Palacio Real, son más finas, tienen más elegantes actitudes de mando, están hechas de una pieza, y lo más curioso del caso es que no se sabe quiénes son, no tienen nombre, y así resultan como reyes de padre desconocido. ¡Qué lío para los profesores de Historia! Más adornos iba a tener esta plaza, objeto del mimo senil de Fernando VII; iba a tener sobre dos pedestales –tercios de columnas de basa dórica– dos leones, y a los dos lados de la entrada del puente dos fuentes. Todo ello no llegó a realizarse, y la única enorme pilastra que se llegó a hacer hoy rueda como el rulo de una apisonadora sobre la tierra de la plazoleta.

El puente se compone de magníficos arcos de medio punto labrados y con sillares de granito. Las robustas cepas forman cubos que en su correspondencia en lo alto sirven de burladeros, sobre todo ante los tranvías que pasan a ras del pretil, echando a los pasajeros por sobre los pasamanos y como echándoles sobre la red de las aguas superficiales y blandas.

Sobre el arco del centro se levanta por cada lado una garita de arquitectura, ejecutada también con granito, “según el estilo churrigueresco en su periodo más triste”. Figuras recostadas sobre el dosel, viéndose las armas reales a un lado y las de Madrid

a otro, y terminando con una Corona Real. En el nicho de la derecha está San Isidro labrador sacando a su hijo del pozo, y en el otro, Santa María de la Cabeza, hechas ambas en piedra caliza por Juan Ron.

El puente, sin embargo, no termina como los otros puentes, en su último boliche de escalera, no. Después de pasar una breve y ancha calzada, se encuentran dos torres de granito, dos altos bastidores de piedra, dos cipreses de granito y de arquitectura que rematan la grata impresión de piedra florida que nos ha dado el puente. En el remate de las dos grandes velas rizadas de piedra hay una figurilla que parece uno de estos chicos de por aquí, de los que se crían en el légamo, encaramados por arte de sus piernas torcidas y ganchudas.

Como casi todo el elemento esculpido es de piedra caliza, están como desmoronadas las formas, y parece que la gran demudación de los siglos, desde Ramsés I, lo ha ido desesquinándolo y desaristándolo.

¿No sería un valenciano el que hiciera este puente? No se sabe por qué se sospecha eso; pero se sospecha profunda y continuadamente.

No precisando bien, con miradas demasiado fijas y exigentes, con esa sensación de molduraje y labor de orfebrería que da ese puente, como adornado también con rosas de piedra, se siente uno satisfecho de su conjunto, y nos queda como el recuerdo de haber visto pasar por el puente una mujer con grandes y pesadas arracadas, además de peineta combinada con agujones de filigrana por el moño.

Este es el puente un poco charro, pero artístico, delicado y como una escultura en barro cocido. Es el puente hecho por un escultor, más que por un constructor de puentes.

Tiene detalles conmovedores, como sus balcones, sus barbacanas sobre la cuneta profunda, por la que pasa el río como una lombriz. También es conmovedor ver a los patrones –¡hola, patrón! ¡Adiós, patrona!, decimos al pasar– bajo esa especie de arco de flores duras y perennes, y también es conmovedor ver el cielo, que tiene detrás como fondo a sus siluetas, esa visión del cielo lleno de lucidez, cuando está montado a la rusa sobre cualquier alfeizar o ajimez. ¡Hasta desde muy abajo es milagrosa esa visión del cielo o por entre las espadañas, y más si tienen esas celosías sobre el cielo que a veces suelen tener!

Así como el de Segovia es el puente duro, enjuto, sombrío, magnífico de simplicidad, este tiene un modelaje ingenuo, como hecho con arena húmeda, como esbozado voluntariamente nada más, ya que a través del tiempo se ha convertido en un esbozo nada más.

Esa sensación rígida del puente de ferrocarriles que van tomando todos los puentes nuevos, exalta más la belleza de este, triunfante aun con su poco de cursilería imperiosa.

Hay una morbidez, una cosa suave y deshecha, madura y blanda en este puente, que para volverle a ver busco muchas veces su camino, solo para eso, ya que el mundo acaba a otro lado de él.

Puente como mercancía de feria, parecida a la especie de esos muñecos de barro en hornacinas también de barro, que les salen a veces muy bien a los vendedores ambulantes, y en cuya confección no ha entrado el agudo palillo del escultor, ni el afilado cincel, sino solo la yema de los dedos del imaginero que amasa y forma esas esculturas, como las rosas de dulce, que tienen formas complicadas y pintorescas.

Algo de gran exvoto primitivo tiene este puente, y también tiene mucho en su ensamble con el río, de una especie de pila de agua bendita, de esas llenas de requilorios.

¡Ah! y sobre todo esto, sobre esa transformación que el tiempo ha operado en él y que de churrigueresco triste le ha hecho barroso alegre, está el que se llama puente de Toledo, de Toledo, primer paso en la barca fija del puente hacia la Imperial Toledo.

La Tribuna, 15 de mayo de 1920, núm. 3.051, págs. 6-7.

Variaciones. Las dos fuentes que no hemos visto⁶⁴

Numerosas son las fuentes de Madrid. Una sed de moros, de hombres del desierto, de hombres que han encontrado mucho la fuente salitrosa, es la que parece haber inventado esta profusión de fuentes.

No solamente nos hemos prodigado en fuentes para beber, sino en fuentes que acaba de recrear la sed, la sed de los ojos; fuentes monumentales, que son como fruteros de agua, de esa fruta transparente, hialina, de cristal.

Es un sedativo para el hombre que para ver que las fuentes rigen y se desparrraman, tanto, que viéndolas, por el contrario, paradas, todos los surtidores agotados, se nota una gran sequedad en el ambiente de nuestro camino.

Muchas veces sin vaso, como niños que de nuevo buscan a la nodriza, nos hemos inclinado en la calle sobre el grifo y hemos bebido de la vena para todos. Así hemos conseguido estar en directa comunicación con el fondo fresco y sabroso de la tierra, como si sorbiéramos con paja el agua que hay en la mina profunda de la tierra. En el vaso, el agua está ya muy fresca, y solo bebida así, de ese modo directo, se prueba el agua viva del gran sifón de la tierra. Así como hay que ir a los balnearios para tomar con toda su fuerza latente las aguas minerales, así hay que tomar el agua vivaz de lo profundo, probándola en la misma fuente, lo más directamente posible. Solo tiene un defecto este procedimiento, y son las grandes boqueras que deja, boqueras redondas y feroces que tienen que curar en las clínicas misteriosas, y quemar con nitrato de plata.

Nadamos en abundancia de agua, y de buen agua.

Cura la jaqueca que tiene la ciudad en el verano, como los paños mojados en vinagre que se ponen a los jaquecosos en la frente y en las sienes.

Los chicos riegan la calle, y de paso se riegan a sí mismos, para ver si consiguen crecer, solo con guiar el agua de las fuentes con su mano muy pegada al caño.

Todos jugamos con nuestras fuentes y las mimamos. Nos miramos en ellas, tenemos parte en las riquezas que en sus depósitos, circulamos en su agua como si así tomásemos parte en la circulación total del caudal sanguíneo de la ciudad.

Las fuentes monumentales son los grandes regalos que los ciudadanos han hecho a la ciudad, y que ella agradece mucho. Toda la ciudad parece que se humedece y se vuelve más porosa y más blanda, gracias a la constante caída del agua en sus entrañas. Parece que se pierde esa agua que cae; pero no, se la ingurgita Madrid sequerizo y con unas acedías terribles.

Generalmente son respetadas las fuentes y continúan en su sitio, aunque cambien de posición sobre el trecho que las corresponde. Solo algunas veces desaparecen, y es incomprensible cómo pueden cerrar la arteria que se desangraba en ella, y más cuando probablemente debe tener una querencia formidable a volver a brotar en ese sitio la cañería de la fuente que había en él.

Entre las fuentes desaparecidas está la del Caballo, la de Narciso, la de la Provincia, la de Santa Ana, la de la Villa, la del Obelisco, la del Cisne, la de Recoletos, la de Lavapiés. Es penoso pensar en la desesperada actitud de esas fuentes desarmadas y teniendo que restañar sus añoranzas tomando con modestia de pájaros las cuatro gotas de agua que cae sobre ellas, esos pozos de agua de lluvia que se eterniza en sus jofainas.

Entre las fuentes desaparecidas, sin ser verdaderamente una desaparecida, están las fuentes que no hemos visto, que no hemos podido ver, que no veremos probablemente, la fuente de los Tritones y la fuente de las Conchas, que están en los jardines de Palacio, allá debajo de los jardines del Príncipe, ocultas hacia el que se asoma a la reja, porque no dejan ver nada del interior esos hermosos árboles como artificiales, que dan una profunda sombra a esos jardines, guarecidos enteramente bajo un patio verdeoro.

Esa fuente de los Tritones que no hemos visto sabemos por referencia que es del siglo XVII, que fue gala y ornato del Jardín de la Isla, de Aranjuez, y no solo en las fotografías y los grabados la hemos visto, sino en un cuadro de Velázquez⁶⁵, con su tono atezado y su modo particular de escorzarse toda la fuente, llena de gestos desenvueltos y escultóricos sobre la cosa arquitectónica que suelen tener las fuentes. (Velázquez fue el primer Rusiñol de Aranjuez; pero pintó un paisaje menos brillante y colorinesco que Rusiñol, pero el paisaje umbroso, húmedo, corpulento, con numerosos cantos de rana de aquellos jardines de Aranjuez. Ese paisaje de Velázquez en que está la fuente de los Tritones es el paisaje hondo y sincero de los Reales Sitios.

Ejecutada en mármol blanco y enriquecida con bastantes esculturas del estilo y tiempo de Berruguete. En sus lados menores, hay inscripciones que expresan el año en que se colocó en Aranjuez, reinando Felipe IV. En el centro se levanta una columna con tres ninfas agrupadas, de muy buena ejecución como los mascarones que hay entre ellas. Sobre una grada hay tres tritones, cada uno de los cuales tiene en la mano derecha un escudo, y en la izquierda una canastilla en que recibe el agua. Su pilón en Aranjuez era mucho más extenso.

La fuente de las Conchas, que también está encerrada en ese jardín reservado, y que es también fuente cautiva y como fuente de harén, cuyo mármol está pálido, linfático y con venosidades azulencas, aun es también la fuente que no hemos visto, puede ser, atisbada por el túnel que comunica el Campo del Moro con el puente de la Casa de Campo. Está frente a él, y se destaca en una luz de resalte, brillando como lágrimas de cristal los chorreones de agua. También por referencias se sabe que fue dibujada por Ventura Rodríguez y construida por Francisco Gutiérrez y Manuel Álvarez.

Se hizo para adornar el palacio de Boadilla, y habiéndola regalado los duques de San Fernando a Fernando VII, este se la cedió a la Reina, que la hizo trasladar a su posesión de Vista Alegre, hasta que vino a parar aquí. Tiene un pilón en el que se encuentra la primera taza, en el centro hay tres niños tritones, y sosteniendo la segunda taza, tres tritones viejos, asentándose la última concha en tres ninfas, coronando toda la composición un niño abrazado con un delfín, que, forma con la boca el surtidor.

Como para sacarlas a la plaza pública, y como parea que sepan que se acuerdan de ellas fuera, trato de ellas con cierto apasionamiento y con cierto tono de carta amorosa que se las escribe a las ninfas ocultas.

La Tribuna, 1 de junio de 1920, núm. 3.065, pg. 6-7.

Variaciones. El puente de Segovia⁶⁶

El Puente de Segovia parece que representa en Madrid toda la sobriedad del pasado. Es el puente histórico por donde pasa la historia y por donde Madrid se une a los tiempos pretéritos.

A mí me preocupa, como si me brindase siempre una excursión por los pueblos medioevales, como si a su otro lado hubiese callejas formadas por caserones todos de piedra y todos con un gran escudo que les fuese hundiendo poco a poco, porque es de un granito más duro y macizo que el de toda la casa.

El Puente de Segovia es el más antiguo de los de Madrid. Es un puente excesivo, con sus nueve ojos, alguno de los cuales –el del centro– tiene cuarenta y seis pies de luz. Sus cepas son inmensas, acantiladas, blindadas, formidables, como si fuese a resistir el empuje de una escuadra o la bravura del mar.

Juan de Herrera, hacia el mil quinientos ochenta y tantos, dibujó la traza solemne de este puente, palio del río, suntuoso edificio sobre sus imitadas aguas como el cristal las imita en los nacimientos, terraza para que un pueblo se asomase sobre las huertas y las arenas; magnífico puente levadizo del castillo famoso que era Madrid.

Parece como si este puente no hubiera deseado trasponer el río, sino trasponer la inmortalidad como monumento ofrendado al siglo XVI, el siglo de esas grandes bolas de piedra, que fueron como la cabeza genial de los remates, el final más humano de la piedra ensalzada.

¿Es una de esas poesías justas, eurítmicas y austeras que brotan en ese siglo?
¿No tiene el nombre de Juan de Herrera determinación de poeta?

Ante la humilde corriente del Manzanares en comparación con la suntuosa puente “segoviana”, entrada del Madrid viejo”, se ha dicho:

“Que en tal puente venga a ser

Lágrimas de tantos ojos.”

Lope de Vega escribe:

“Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la Villa;
miren que me ha quebrado una costilla,
que aunque me viene grande, me maltrata.

De bola en bola tanto se dilata
que no la alcanza a ver mi verde orilla;
mejor es que la lleven a Sevilla
si cabe en el camino de la Plata.

Pereciendo de sed en el estío
es falsa la causa y el argumento
de que en las tempestades tenga brío.

Pues yo con la mitad estoy contento;
tráiganle sus mercedes otro río
que le sirva de huésped de aposento.”

El mismo Lope vuelve a decir:

“La puente, con soberbio señorío,
se sienta ociosa en arcos bien labrados,
con intención de pretender un río,
abriendo montes y rompiendo prados.”

Lope insiste en otras ocasiones con el mismo tema de “las esperanzas de “las esperanzas de río” y Góngora dice:

-“Pues ¿qué hacéis ahí? Lo que esa puente,
puente de anillo, tela de cedazo,
desear hombres, como ríos ella.”

Y vuelve a decir en otra ocasión:

“Duélete de esa puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media puente,
y que ella es puente para treinta más”

Y el mismo Góngora comienza otro soneto:

“Señora doña puente segoviana,
cuyos ojos están llorando arena,
si es por el río, muy en hora buena,
aunque estás para viuda muy galana.”

Y otra vez, él también, dice dirigiéndose al Manzanares y recordando la puente segoviana:

“Enano sois de una puente,
que pudiérais ser marido,
si al besalla en los tres ojos
le llegárais al tobillo.
Al tobillo mucho dije,
a la planta apenas digo,
y esa no siempre desnuda,
porque calzada ha vivido.”

Tirso de Molina escribe, refiriéndose a este puente:

“La que haciéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo
le da con arena en ellos.
La que la vez que se asoma
a mirar su rostro bello,
es, a fuer de dama pobre,
en solo un casco de espejo.
La pretina de jubón
que, estando de ojetes lleno,
cual pícaro, no trae más
que una cinta en los gregüescos.
Por esta puente de anillo
pasé un disanto en efecto,
aunque pudiera a pie enjuto
vadear su mar bermejo.”

Refiriéndose a la gran corona del río que es este puente, alguien ha aconsejado: “vender el puente para comprar agua”, y un embajador extranjero contestó al que le preguntaba su parecer sobre la Puente Segoviana: “Más agua y menos puente.”

¿Cómo no comprender la belleza de ese puente, que evita una cuesta por lo menos? ¿Por qué tanto gastar el ingenio en vez de dedicarse a admirarle? Siguiendo ese camino de burlas en vez de comprender que un puente no necesita río, sino simulación de cauce y posibilidad de una riada alguna vez en el correr de los siglos, han dicho también que “Felipe II se contentó con hacer el puente, y que otros hiciesen el río”, y que “esta puente espera el río como los judíos el Mesías.”

Pasamos sobre el puente segoviano como un río soñado, y nos encantan sus ojos como los de esas que no tienen senos, pero tienen unos enormes ojazos.

Es de un orden móvil, y por eso está eternamente andando y eternamente parado, como si esa formación de sus bolas marchando de dos en dos –menos alguna bola capitana que va sola– diesen una gran animación al puente. ¡Valientes y un poco sobrenaturales guardianes del puente!

Después de todo, el puente arquitectoniza un pasadizo que, macizo como un terraplén, no tendrá la gracia que adquiere así y la ligereza de gran cosa erigida que le da el hueco de sus soportales, túneles para el peatón, soportales para el aire, ya que no sean ojos para el agua, resguardos para los sapos los días de pedrisco.

Como una de esas catedrales que pierde la religiosidad, las limosnas y los enterramientos frescos, es este puente catedralicio y largo como “un viaje en puente”.

Este puente chaparro, tendido, de bajetones poyetes, de tipo apaisado, conduce a Segovia. Esto es muy importante y digno de tenerse en cuenta. Allí le esperan tipos de bolas como estas, hijas de las de este puente, como transeúntes que primero pasaron por aquí antes que llegar a la más erguida de las ciudades, al más alto hidalgo de los campos castellanos. Por esta puente no se puede dudar que se va a la Castilla verdadera, sin mezcla de floritura ni recargación (por eso el Puente de Toledo es otra cosas).

Este puente es como una señal de dominación pura del hombre sobre esta tierra en que se asienta. Este puente es como un acueducto de hombres, ganados y trigo. ¿No le justifica esto ya bastante?

Ni hay que arrojarle agua –¿arrojáis agua alrededor de todos los arcos de triunfo y de todos los monumentos?–; solo hay que desembarazarle de arena, evitando que eso le ciegue y le quite esa esbeltez de monumento erigido –y basta eso, sin decir a quién–. Hay que arrancar la arena que lo empequeñece, y evitar así ese o determinarse todos a ir con las palas de madera y los cubos de los niños a elevar el puente un piso más con solo disminuir su base de arena seca.

Yo amo la Puente Segoviana, que me recuerda todos los pretiles sobre el abismo que hay en los lugares clásicos y castizos de España, y me parece como una avanzada de nuestro excursionismo, la trinchera exaltada y elevada al cubo –al cubo con que lo cubica todo un albañil.

Compañero, camarada y amigo de esas bolas de piedra –quizás un poco pariente, aunque me esté mal el decirlo–, es junto a ellas donde me acomodo en los momentos de pena, esos momentos en que sobre este puente, se ve que nadie puede suicidarse, como no sea que se anegue antes el río con las lágrimas del dolor que le lleva al suicidio. ¡Y son muchas lágrimas!

La Tribuna, 24 de junio de 1920, núm. 3.085, pgs.6-7.

Variaciones. Puentes de menor cuantía⁶⁷

Frente a esos puentes que sobre las arenas del río, más que puentes grandes, peinetas que dan gracia al paraje del cauce, hay otros que son como sus peinecillos peinetas pequeñas.

Más que puentes resultan los puentes sobre esta vereda arenosa que se llama “El Manzanares” arcos de triunfo o sencillos arcos, como viaductos distinguidos para pasar sobre un desnivel, más que sobre un caudal de agua.

Estamos tan acostumbrados a los dos principales, al de Segovia y al de Toledo, que no pensamos en los otros, afanados todos los días en pasar gente de un lado a otro, como barqueros diligentes. Solo cuando algún día se tuerce nuestro camino y topamos con esos puentes en el momento en que nuestra impaciencia no encontraba ningún valle, les dedicamos nuestra gratitud y acariciamos su pretil con ese cariño que tenemos para los balaustres de las escaleras familiares, sobre las que nuestra mano baja resbalando con dulzura.

Son siempre esos puentecillos puentes insospechados e inesperados, hasta para el mismo que los conoce bien.

El que tiene más carácter de estos puentecillos, el que tiene más color de sapo viejo y color líquen de río, es el de la Casa de Campo, “el antiguo puente de entrada a la Casa de Campo”. Este es un puente servil, un puente como levadizo, que comunica Palacio con la Casa de Campo. Solo por una concesión especial, el público pasa por él; pero siempre inquieto, veloz y empujado, porque siempre se siente detrás ese tropel Real de los caballos Reales del coche del Rey, un trote que sobre la larga caja del puente suena al de los caballos en el teatro, sobre el tablado resonante y hueco.

En el reinado de Fernando VII parece ser que se construyó este puente para que pudiese pasar el Rey desde su casa al bosque de la Casa de Campo, pasando antes por su jardín y por ese túnel misterioso que recuerda aún en su brevedad el célebre y magnífico túnel que atraviesa el Posipilo en Nápoles, porque también aquel fue una obra regia, o, mejor dicho, imperial. Mirando ese túnel desde su salida, siempre se está viendo la aparición del Rey, cubriendo por un momento la luz desgarradora que se

presencia por su abertura. Obra de José Napoleón Bonaparte ese túnel, es una de esas obras expeditivas que realiza el Monarca conquistador extranjero, y en el uso perfecto de su dominio caprichoso y voluntarioso.

Este puente de la Real Casa de Campo es de granito, con adornos sencillos de piedra de Colmenar. Además de un antepecho, tiene en la embocadura dos pilares y una puerta de hierro, que antes impedía que el público pudiese usar libremente de él. Tiene seis arcos rebajados con las manguardias correspondientes en los extremos. Al salir del puente por entre la puerta de verja entornada, parece que la han abierto solo por nosotros. Un consumero la vigila aún.

El puente de la Princesa de Asturias es un puente nuevo y como adquirido en el bazar de las construcciones. Se ve que le han construido los ingenieros sin llamar a un buen artista de la época. Al final de las Delicias, y junto al Matadero, está llamado a tener una gran importancia, aunque sea tan breve y sencillo.

Es un puente de provincias, aunque ha valido unas quinientas mil pesetas. Es un puente de esos por lo que pasa el tren sin sentirlo, sin tomar esa condición aérea que toma sobre los puentes un poco largos y de gran armazón.

El puente de la Reina Victoria es un poco el puente modernista y de “adorno”, en el sentido que el “adorno”, tiene en las clases de adorno. Es un puente banal y sin carácter digno de San Sebastián, digno de una ría –que no es ni carne ni pescado–; pero no de un río tan castizo.

Pero lo peor no es eso; lo peor es que vino a sustituir al célebre Puente Verde, aquel puente de madera pintada de ese color, puente recio, porque se sostenía en fuertes pilares de piedra sillería y de ladrillo. Su emplazamiento estaba frente a la ermita de San Antonio de la Florida, cayendo cerca del sitio en que Don Enrique IV fundó el Monasterio de Nuestra Señora del Paso, cuando con motivo de unas fiestas Reales se defendió allí un “paso” a la usanza antigua, haciéndolo tan bien el prelado don Beltrán de la Cueva, que el Rey mandó construir un Monasterio en recuerdo del día, Monasterio que, apenas situado allí, y por causa de las tercianas que asolaban a la Comunidad, se pensó su traslado al Pardo, donde aún hoy se yergue un vestigio, que es la iglesia de los Jerónimos.

Era aquel Puente Verde un puente suficiente y sin peligro, pues solo se debió al desorden del público el que un día de San Antonio se desprendiese uno de los pretiles y se cayesen varias personas al río, haciéndose graves daños, “no por causa del caudal de agua, sino por la altura y violencia de la caída e seco”.

Este puente, que en vez de admitir solo peatones –que es lo digno– como el otro tan prudente, tenía por costumbre admitir coches y carros, ha hecho que tengan los concejales la absurda idea de celebrar todas las verbenas al otro lado de él, en la pradera del Corregidor. ¡Insensatez!

Como puente aun no suplantado, discreto, sencillo, puente para el alma, queda aún el puente de San Isidro, de madera, y tan estrecho que escasamente permite el paso a dos personas. Cuando se le toma para atajar camino de la pradera, se siente aun la sensación de soledad sobre el abismo, de personalidad sobre la cuerda fija del puente que se siente en los puentes silvestres solo para personas. Esa especie de vértigo delicado y agradable que se siente en estos puentes es algo encantador, que nos hace antiguos viajeros sobre los puentes irresolutos y trémulos y temblorosos.

La Tribuna, 9 de julio de 1920, núm. 3.098, pg. 6.

Museos

*Variaciones. Alrededor del Museo del Prado*⁶⁸

El Museo del Prado no está unido al Prado y a su paseo de ininterrumpida unidad más que como edificio. (Los cuadros de su interior están al margen del sitio y del tiempo.)

Construido para Museo de Ciencias⁶⁹ ese Museo, lo que se hizo en aquel tiempo fue el edificio que necesitaba el Prado para que estuviese mejor el grabado en cobre del Prado. De lado, con su largo costado, es como figura en la visión de nuestros constantes paseos por el Prado.

Frente a ese extenso costado se destacan, primero, unos bancos; después, unos árboles, y al fondo, unas galerías y unas estatuas.

Los bancos esos, esos grandes asientos de piedra, y que parecen ser túmulos para los vivos, fueron colocados ahí en 1820, aunque por influencias de ese paraje tomen el aspecto de bancos de piedra de los siglos. Son bancos como hechos con restos de monumentos, de grandes arcos triunfales, y quizás por eso, al sentarse en ellos, se toma el aspecto de los que están sentados en el relevante asiento de las piedras de las ruinas, de “unas ruinas”. Tienen mordiscos terribles, melladuras hechas con una piedra enorme por los chicos de los at[lantes]. Son bancos para una parada larga, succulenta, asentada y tranquila. Se está uno quieto de un modo importante en ellos. La mujer

completamente desengañada, se sienta también en ellos a la tarde, descorazonada, incapaz de prestar atención a nadie en esa hora de la tarde clara.

Los árboles de ese sector son los grandes árboles de la ciudad, los padres, verdaderos árboles genealógicos de la ciudad. Árboles de muchos hijos que dan la gran antigüedad al Prado. Son como los árboles de los cuadros más primitivos del Museo, y quizás debidos a la semilla de los cuadros en cuya selva antigua parece que es donde idealmente arraigan.

Detrás de esos enormes y piramidales árboles se ve ya el Museo, con su larga galería de cristales en lo alto, una galería con el prestigio y la melancolía de ser el asilo de los pintores, del asilo de la inmortalidad, galería de convalecientes que ya no dejarán nunca jamás de convalecer, y se ve a todo lo largo de la parte de abajo, verdaderamente escondidas y desconocidas, todas las virtudes fuertes de la vida; todas las imágenes buenas están ahí; y yo soy quizás su único devoto. Están todas representadas por opulentas esculturas en piedra marmórea: la Fortaleza, Euritmia, la Paz, la Fertilidad, la Simetría, la Magnificencia, la Constancia, la Admiración, la Inmortalidad, la Fama, la Arquitectura, la Victoria⁷⁰.

Las interviús con unas y con otras para mayor luz y anticipación de mis ideas las verifico al anochecer, y por eso yo sabía cuándo llegaría la paz y el día y hasta la hora que había de firmarse. ELLA, la Paz, la auténtica, la serena, abandonada, con senos nobles de pitonisa, me lo había dicho.

La Tribuna, 14 de julio de 1919, núm. 2.796, pg. 6.

Variaciones. La Armería Real⁷¹

Solo el gran paleta siente curiosidad por la Armería Real o por las Caballerizas Reales. Al ir hacia una cosa más seria y más humana que todo eso, hacia los balcones de la plaza de la Armería, nos es muy molesto y muy deprimente ver a esos “guías” que nos salen al paso para guiarnos por el salón de la Armería Real o por las salas de las Caballerizas Reales.

Por ver lo que pasaba de nuevo allí dentro, y por ver los gestos apabullados de las gentes ante las armaduras, he entrado hoy en la Real Armería.

La Armería sola, sin estar como en Cluny o como en Kesington, rodeada de otras cosas más cordiales, más humanas y familiares de la Edad Media, es algo frío, irracional y grotesco.

“Los caparzones de los antepasados”, como llamó a las armaduras de un aristócrata un cronista de sociedad, son algo fiero e irritante. Pasando junto a esos vestigios del pasado, se les dicen cosas rigurosas y divertidas, como, por ejemplo: “¡Vamos, ya estáis bien muertos, distinguidos cocodrilos...!” “Cangrejos sórdidos...” “Inofensivos buzos...” “Ranas blindadas...” “Erais unos verdaderos mozos de cuerda de la heroicidad... Porque ¡lo que debía pesar eso!”, etcétera, etc.

Carlos V, aquel Kaiser que tuvimos, es el que tiene más armaduras. Casi todas son de él. Su rostro maligno y cruel aparece repetidamente por entre el aparato ortopédico que encierra su cabeza. Se ve la estatura justa que tenía, pues se ha hecho la figura que sostiene sus armas duras al tamaño de esos trajes irrompibles que llenaban sus roperos.

Todas las armaduras mezcladas en un solo salón dan un aspecto de pesadilla a esta Real Armería, pesadilla que, sobre todo los extranjeros, glosarán con pánico.

Es duro este espectáculo de hojalatería amazotada, revuelta, erizada de lanzas, de grandes espadas y, sobre todo, rematada por veinte elevados caballeros vestidos de acero sobre veinte caballos de balada (sic)⁷², vestidos de acero también, y con lanzas inconmensurables.

Entre esos tanques individuales del pasado, como menuda curiosidad se destaca el turbante en acero esmaltado del gran turco⁷³; tres hijos de rey metidos entres armaduras para el carnaval de los niños, y un lebrel blindado como para las batallas, aunque le vestían así solo para ir de caza.

¡Amenazante “caserna” de muertos, a los que no pudiendo con sus corazas, la muerte tuvo que envenenar! Se sale de ella para desvanecer la visión, asomándose a los balcones de la plaza, que dan al tiempo presente.

La Tribuna, 21 de julio de 1919, núm. 2.803, pg. 7.

Variaciones. El Museo del Prado no tiene secreto⁷⁴

El caserón del Museo del Prado es admirable. Construido por mandato de Carlos III para Museo de Historia Natural por el arquitecto Villanueva, lo que hizo este fue el palacio de sus sueños, que solo algún vano criticón puede creer especialmente conformado para las Ciencias Naturales⁷⁵. Como casi todos los Museos de Europa, como el Louvre, y el Palacio Pitti, y los Uffici, y el Vaticano, no fue hecho para Museo, admirable condición, porque eso es lo que salva más al Museo, en el que así los cuadros resultan riqueza y decoración de una gran palacio o de un gran convento, en vez de parecer decorado incongruente, inorgánico, colocado en un Museo, que es el local con algo de incubadora artificial y de frigorificadora del Arte.

El Rey Fernando VII fue el que lo convirtió en Museo de Pinturas, y gastó 24.000 reales -riales- mensuales en las obras, que costeó de su bolsillo secreto, aun en medio de las escaseces de la Real Casa. Doña Isabel de Braganza también contribuyó, desprendiéndose para eso de la pensión que, por razón de alfileres, tenía consignada sobre la Renta de Correos. Después de restaurado el edificio, pasaron a él los objetos de arte y cuadros y esculturas pertenecientes al Real Patrimonio y a los conventos.

Hace poco se celebró ya el centenario de la fundación de ese Museo, que no sé por qué parece demasiado joven al no tener más que un siglo, pues todo lo que no [ha] llegado a un tipo supremo en el Arte debía ser del tiempo de las Pirámides.

Antes de celebrarse ese centenario estuve a ver a D. Aureliano Beruete⁷⁶, el más joven de los directores que ha tenido el Museo, ese fervoroso del Arte que, a través de los años, ha ido haciendo cosas en la tribuna del Ateneo y en el libro para merecer esa presidencia. Yo, a través de esos años, puedo decir que he saludado al buen amigo como si fuese ya director de ese Museo. Yo, el día de su nombramiento, no tuve la menor sorpresa.

-Voy a ir a que me enseñe el secreto del Museo...; ese secreto que debe tener -le había dicho varias veces, y el gran Bagaría se lo había vuelto a anunciar.

-Por fin, aquí estoy a ver ese secreto, esa cosa extraña, ese pasadizo, ese subsótano misterioso -le dije una mañana, ya en su despacho de personaje político, de subsecretario.

-Le voy a enseñar lo que hay, aunque no voy a poderle enseñar ningún misterio -me dijo él, sonriendo por la punta de sus bigotes y mirándome con su mirada disparada de siempre.

-¿Pero no hay nada, nada, en la cripta del Museo? –insistí yo, recordando que los Grecos estuvieron arrumbados allí durante muchos años.

-En los sótanos hay sí, cuadros; pero cuadros malos... Los he repasado todos, he desenvuelto muchos rollos... He descubierto algo de valor, que le enseñaré en la restauración; pero puedo asegurar que no queda por descubrir nada que merezca la pena.

Beruete me enseña las salas que se están acabando de construir y que formarán otro Museo tan grande o más que el Museo antiguo⁷⁷. En esas salas, Beruete colocar[á] los cuadros de más personalidad, y las escuelas francesas que nunca han sido esclarecidas en nuestro Museo cobrarán la importancia que merecen. Además, Beruete va a modificar la pobreza de las salas de escultura y va a corregir la viciosa costumbre de entrar por esa puerta lateral, por donde hoy entra el público, en vez de entrar por la más suntuosa y principal que da al paseo del Prado y a la que nombra puerta toda la eurytmia del edificio, aunque no lo establezca la escalera, ya que este arquitecto, como tantos otros, también se olvidó de la escalera.

Delante de Beruete va el San Pedro con todas las llaves del gran caserón.

Por fin bajamos a los sótanos. Parece que Beruete va a mover en el ojo de una cerradura la llave del cuartito en que, como todas las mujeres de Barba Azul, deben de estar los cuadros más trágicos, más maravillosos y más sensuales del Museo, los que, según la tradición, solo puede ver el director de la Pinacoteca.

Beruete allí, como abriendo esa puerta prohibida, levanta el picaporte de una puerta de celda franciscana, y me invita a pasar su dintel. Aquella era la restauración. Los dos Fray, los dos pacientes restauradores trabajaban subidos en el andamiaje de los pintores. Olían a aguarrás fuertemente. Beruete me fue enseñando los lienzos almacenados allí y me dijo:

-Aquí está la única novedad y el único misterio. Estos Carduchis (sic) del Paular⁷⁸ que estaban enrollados en un rincón, este Pantoja que acaba de venir del ministerio, en cuyo oscuro fondo estaba. Este Jordán, también nuevo, y este hermoso cuadro de la Escuela Francesa, que alguien ha creído de Van Dyck...

Volvimos a subir a esa clásica rotonda, cuya cúpula encasetonada descansa sobre ocho columnas jónicas, y allí me despedí del primer director juvenil, completamente comprensivo y con visión del porvenir que ha tenido el Museo, aunque siendo hombre de tantos recursos y tan fino y sagaz diplomático del arte, no había podido enseñarme ese fondo incógnito y trasapelado, que a través de los años me había ido imaginando en el Museo del Prado y sobre el que soñé que andaba al oír crujir el entarimado en

esos días en que no va absolutamente nadie -ni copistas-, y somos el único visitante, aquel al que han dado, a cambio de su bastón, la chapa número uno.

Por pensar en la retirada que hay una esencia oculta, en el Museo tan accedido por todos, algo menos aparente que los cuadros, algo realmente encubierto, pensé, mirando esos dos jarrones que hay en la entrada, que en ellos están las cenizas de Goya y Velázquez, así como en toda esa hilera de jarrones que hay en la fachada que da al Prado están las cenizas de todos los otros, de todos esos que resultan a veces un poco desconocidos y que están inscriptos en los frontones del Museo, y, en más completo cuadro de honor, a los lados de las puertas de entrada.

La Tribuna, 16 de diciembre de 1919, núm. 2.924, pg. 6.

Posdatas. La cabeza insepulta del Museo Arqueológico⁷⁹

En un rincón del gran Museo Arqueológico, dentro del que se hace un recorrido largo, insospechable, incalculable, como el que se hace dentro de un laberinto o como el que se hace dentro de un laberinto o como el que hacen los viajeros a Tánger, Grecia, Constantinopla, Egipto y después la India, está, pasada la sala de objetos ultramarinos, esta cabeza macabra, obsesionante, que despide, aun dentro de su vitrina, la pestilencia espiritista e inmaterial de la muerte.

Donde primero me encontré esta cabeza es en el Museo de Filipinas⁸⁰. Allí estaba en un rincón también; pero era lo en aquel Museo se apoderaba más de los vivos. En las visitas que hice a aquel museo siendo niño, figura como la obsesión mayor esta cabeza. ¡Cuántas veces se ha ensombrecido para mí una tarde de paseo por el Retiro, porque entraba en el Museo de Filipinas, ya que estaba tan a mano!. De todo, aquel Museo, pasando por su sala de las piraguas, siguiendo la que tenía los carabaos disecados y la de los maniqués en camisa y en peinador de nipi, etcétera, etc., lo que me preocupaba era esta cabeza, que, según me dijo algún acompañante de crédito, era una cabeza de verdad, una cabeza de carne y hueso. En mis sueños, mezclada a la inmortalidad y a la muerte, ha figurado mucho esa cabeza superviviente, de la que se ve la carnosidad humana. Ante esa cabeza colocada sobre una percha de sombrero o de peluca, no me explicaba yo cómo siendo tan pequeño podía ser de un hombre, y lo que me grababa más que nada el recuerdo de ella es esa especie de larga cabellera que sale de sus labios, que está cosida a ellos. ¡Extrañas costumbres!

Después me he enterado de más cosas de esa cabeza. Hoy sé que es la cabeza de un muerto, preparada, embalsamada, momificada “al humo” –como esos jamones preparados al humo–. Los indígenas salvajes debían hacer con tal densidad de humo y paciencia, que no hay modo quizá de imitarlos. La cabeza disminuye, se acecina, vuelve a la niñez por su tamaño; pero se conserva como no conservan ni las mismas momias egipcias, permaneciendo un poco fresca siempre la carne del muerto.

¿Tiene concentradas también sus ideas, fruncidas dentro de la expresión, terriblemente fruncida y contraccionada de su rostro?

Desde luego, siempre que se pone uno frente a esa cabeza, afronta un a un degollado reciente, afronta la cabeza, que aún escucha y piensa, y que si no tuviese la boca cerrada y cosida por tan copioso cordel ¡quién sabe lo que diría!

En esa cabeza está la vuelta del hombre adulto al feto. En el puño cerrado de su muerte, ese ser recuerda el horror de su muerte, y guarda tan herméticamente como un gato que duerme el recuerdo de su patria, quizá el recuerdo de la Isla de Mindanao, o quizá la de Joló. Conducido aquí, dentro de la nube de humo que se concentra alrededor de su cabeza y lo aculota, no sabe dónde está.

En el silencio y la soledad de las salas de ese Museo solitario y tranquilo, todos pueden ser esa cabeza insepulta, auténtica, que parece estar echando siempre la solitaria por la boca, y es que es un objeto de cerámica humana, de carne de negro, un superviviente de la muerte, que no necesitará más que esponjarse y dar de sí un poco para resucitar el día de la resurrección.

Tristán

La Tribuna, 30 de enero de 1920, núm. 2.961, pg. 4.

Variaciones. La sala más interesante del Museo Arqueológico⁸¹

No es la sala de los objetos de sílex lo interesante del Museo Arqueológico, este Museo del que en veces, en capítulos, iré dando idea de su silencio y de ambiente sepulcral.

Tampoco son lo interesante sus cráneos verdaderos, cráneos renegridos como los de las minas de mercurio de Almadén, cráneos que cuando están rotos parecen sufrir más que los otros, todos cráneos desdentados, cráneos de abuelillo, cuando sería tan fácil rejuvenecerlos poniéndoles una dentadura postiza.

No son tampoco lo interesante esos objetos hallados en la “cueva de los murciélagos”. (¿Pensó el que dejó sus alpargatas en aquella cueva, haciéndosele tarde y no encontrando después más que una, que iba a ser colocada una en la vitrina de un Museo?... ¡Oh, entonces hubiera dejado las dos!)

Tampoco, ¡claro está!, son lo interesante los cantaritos que hay en el Museo. ¡Demasiados cántaros vacíos que se tragan su aire y convierten al Museo en una cacharrería y neutralizan el valor de otras cosas! (¡Pues no han tomado el cacharro de leche de las Navas por un cacharro etrusco!)

Se pasan salas y salas, y se va viendo que el arte, solo cuando ha tenido la mayor seguridad o la mayor inseguridad, ha sido grande... Así se llega, por fin, a la sala más interesante del Museo, la sala en que están “ellos”, los verdaderos fantasmas del pasado, los que sobreviven un poco informes y sin acabar de tener la perfección del arte, es decir, un poco bastante humanos.

Entramos en esta sala como levantando una cortina que se nos enreda, que nos desconcierta, queriéndonos tapar lo que queremos ver, lo que tenemos miedo y ansiedad de ver. Vamos a entrar en la sala de la tertulia con esa timidez con el chico del Instituto entra en la sala de los profesores.

“Ellos” están allí disimulando su vida siempre sobre un pie y en posturas de cansancio agudo, pero que sobrellevan y sobrellevarán siempre. ¡Qué cansado debe ser recogerse la cola desde hace tanto tiempo!

“Ellos” son como “paupases” encerrados en su vitrina. En la habitación pequeña y mediana luz, esa habitación como de los armarios en que están apiñados, arrinconados y secuestrados, todo toma aspecto de cosas de ellos, y resultan como gentes que se ocultan a la degollina con que el presente trata al pasado y lo descasta.

Esos maniqués de cartón que Mélida policromó hacen muy bien en este final del mundo, en este final de todas las salas del piso bajo. Cuando se va a salir, cuando íbamos a levantar el picaporte de la pesada puerta de salida que gira como las grandes puertas de las iglesias cuando se abren por completo después de la misa de doce o de la solemne misa cantada, con lentitud de esclusas, más que de puertas, nos detienen “ellos” y nos quedamos de tertulia y a su alrededor, como en la portería del pasado.

–¿Pero qué hacéis aquí?... –se les pregunta, y ellos, con sus gestos de preocupados, de sordos y de distraídos, no responden.

A falta de un Museo de figuras de cera, estos personajes del drama y la comedia de su época, hacen las veces de las figuras de cera, y hasta resultan menos blandas, maduras y descompuestas que las de cera. Todos tienen “cara dura”, y eso les hace resistir mejor la consunción del tiempo. Se podría decir que son gentes de piel seca, pastosa, crudiza.

Parece que se dan la espalda en el cotillón, como cuando bailando el minué las parejas desprendidas, y como olvidados los unos de los otros, vuelven a sus sitios, sin darse siquiera la mano, espalda contra espalda en la separación creciente después de la media vuelta del final de figuras.

Alguno tiene mala catadura, y le ha salido a Mélida, que solo quería unos maniqués presentables para sus trajes de época, lo que ha querido el muñeco, lo que tenía que ser, lo descuidado que resulta también el hombre en su gestación, porque también la mano del Hacedor está ocupada de muchas cosas, y solo en firmar se le va el día.

Se piensa ante ellos en unos guillotizados del terror, recompuestos, pero un poco achatados y como hundidos de hombros, porque la guillotina inutilizó algunos pedazos de su cuello, disminuyéndole de este modo. Desde luego, han estado en “el baile de las víctimas”, que pinta Ponson du Terrail.

“Ellos” tiesos, con cara tumefacta de pocos amigos, y ellas con tipo de calabaceadoras, hacen que esa especie de antesala oscura se vuelva un poco adusta. Solo después de un rato, viendo que son gentes muy alhajadas y que tienen alrededor un vestuario digno de su posición, tenemos más confianza en ellas, podemos estar más a gusto en la sala que les pertenece y en la que están muy desairadas.

¡Qué chalecos verdes con mariposas y florecitas pequeñas conservan en los armarios de la ropa que envuelven toda la habitación!. Medias, chapines y casacas también se lucen en el conjunto, habiendo hasta guantes. “Ellos” vigilan constantemente todo ese bagaje con que se embarcaron, esas cosas de una pieza que hoy no se pueden imitar. Sobre todo, sus chalecos les daban categoría, y se comprende que hubiera chalecos estupendos que hiciesen general o príncipe de un solo golpe, habiendo también alguno como una “casulla-chaleco” que les hacía obispos...

¡Chalecos salvavidas estos chalecos de estas figuras del Arqueológico tan a flote por su silencio, su resignación y su paciencia!

El gran pintor don José Gutiérrez Solana, tan silencioso rebuscador de las cosas, tan dotado de instinto para encontrar lo mejor en las almonedas, supo hace años encasarse con esos difíciles panteones de cristal, y decidido y espontáneo, pintar en largas

horas de atención las dos vitrinas de disecciones humanas⁸². Se mezcla en esta sala una especie de Museo antropológico al Museo de la historia del traje. Esta sala no sería contraproducente encontrarla en ese Museo Velasco del paseo de Atocha, ese Museo siempre cerrado y misterioso.

Gutiérrez Solana, tan valiente y con tipo de gran muñeco de vitrina también, tomó el pretexto de retratarlos para poder estar más en su tertulia, para requerir de amores a alguna de las damas, a la del traje de tisú de plata quizás. En esa sala, y completamente solo las mañanas enteras, hasta se atrevió a levantar un poco más la falda a esa que en el retrato aparece con ella más arriba [de lo] que realmente lo está.

¡Qué vida debieron cobrar en la constante atención del pintor! ¡Qué actitud de gentes que son miradas para hacerlas su retrato debieron tomar también!

Poco a poco le fueron saliendo, venciendo los reflejos del cristal, cada vez más transformados; ellos, con un gesto orgulloso y presente y con pestaños y reojos de hombre que se retrata, y ellas, con una coquetería tan extática como antes de emprenderse el cuadro, pero doble, triple, cuádruple, según las sesiones adelantaban y se repetían.

¡Qué bien ha recogido Solana el espantoso secreto de esos personajes anónimos! Siempre, al pasar por esa última sala, sentimos toda la hipocresía que hay en esos monigotes para ser monigotes, en vez de las gentes vivas, reales y humanas que son.

La Tribuna, 26 de mayo de 1920, núm. 3.060, pg. 5.

Resúmenes. "Interview con el "Desconocido"⁸³

Al saber lo del intento de robo, y sin perder tiempo, me fui al Museo de Prado, y en vez de pedir hablar con nadie, pedí que me dejaran hablar directamente con el interesado, con el "Desconocido", y como yo tengo allí conocimientos, me dejaron con él.

–Solo en la soledad, me podrá responder –les dije a mis fiadores, y ellos me dejaron solo con él, después de abrir las persianas de la sala, ya cerradas, porque la hora oficial del Museo había pasado con creces. Desde ese agujero del techo, cuya existencia

han descubierto tan discretamente las informaciones, me miraban quizá, dándome ese gran embarazo y ganas irremediables de robar el cuadro para hacer rabiar al mirón y para hacerle salir gritando, el grito deseado, el grito que por esta vez se tragará de “¡Qué lo roban! ¡Que lo roban!”

Eso del agujero no es un medio legal de descubrir a un ladrón que es bastante leal al robar. Eso del agujerito debe quedarse para los hoteles, donde nos irrita siempre ver alguno de ellos, habiendo sido el que más nos ha irritado el que había en aquel cuarto de baño del Hotel de Barcelona, descarado como una mirilla.

Restablecida mi serenidad, olvidado de esa otra mirada providencial –siempre nos mira Dios también–, la entablé con el “Desconocido”... ¿Desconocido?... Desconocido, no, porque muchas veces, a través de los años, me he encarado con este señor de sienes de plata y he esperado saber lo que me quería decir, porque es el señor que “quiere decir algo”. Desconocido, no; muy conocido de vista y de espíritu, aunque sin idea de su nombre ni de su profesión. ¿Quizá procurador?

Este tipo “achivado”, encanecido por partes, por mechones, por rebordes, resultaba así más cetrino que los otros y más demacrado, pues ese contraste de lo blanco y negro e la orla de la cara, le hundía la mejilla gravemente, y la barba se emperillaba por el contraste de la pincelada de plata sobre el resto, aún oscuro y rusticano. Esas vejeces contradictorias e impresionistas dan un aspecto lamentable al viejo, y le componen un rostro desencajado, “chorreoso”, deslustrado, porque lo que realmente pasa es que la naturaleza le está destiñendo mal, con un desteñido nada parejo, como con escaleras y trasquilones en el teñido, como las que hay en el mal corte de pelo.

A esta cabeza del Greco sin sombrero, con el flequillo arremolinado y enviciado hacia su lado derecho, la he estado viendo su perspicacia hace años, y tengo un poco clavada en el alma esa nariz y esa punta afilada de la barbilla. Algo judaizante y de usurario había en él, y por eso me ha amarrado para toda la vida con una deuda de admiración, que, como esos préstamos de la peor usura, crece con cada día que pasa, y en vez de amortizarse acumula sus intereses y no desaparecen. Siempre he sentido que ese hombre me vigilaba como la justicia o la usura vigilan a sus deudores... ¿Sería magistrado tal vez?

El “Desconocido” de huellas profundas y de bigote ralo y reseco, al verme de nuevo, me miraba como siempre. Su impavidez ante los acontecimientos es magnífica. Si fue verdad lo del corte⁸⁴, no parpadearía siquiera cuando lo recibió. La navaja de Gillette, que fue con lo que indudablemente se hacen ahora esos cortes, le seccionaría en esa línea invisible y supuesta; pero él lo resistiría imperturbable, sin bajar los ojos

hacia la mano alevosa, como ese caballero valiente que resiste la operación despierto, negándose a que le anestesien, llegando hasta sonreír hasta en medio de la operación de cortarle las piernas.

Ni siquiera se han movido sus cejas, las cejas negras del que ha envejecido en todo menos en las cejas, cejas que hace sobresalir mucho su expresión, quedándose muy profundo el resto de los que no es expresivo.

A su ojo izquierdo es al que hay que dirigirse para que nos atienda. Es un ojo transparente, con ese redondelito diáfano que tan bien va a los ojos. Durante un largo rato he estado comunicándome con ese ojo penetrante y transparentado, pero, ¿cómo dirigirme a un desconocido por medio de las palabras? Generalmente se le pide lumbré, y después se le devuelve su propio cigarro como una concesión... ¿Pero cómo hace eso si el "Desconocido" no fuma?...

Este viejo consumido y regastado por los [] calores y los enconados fríos toledanos, o tiene el empaque de los otros caballeros del Greco. Su cabeza es más bien calamocho cana, calamocho como son las cabezas de los chicos de las escuelas. Toda su cabeza barbecha con esa desigualdad de los campos castellanos, que vuelve a ser medio fecundos durante el primer año de barbecho, sobre todo, y aún tienen fuerza para producir algunas espigas sobre el arrasado, deslucido y quebrado corte al rape, tan seco y blanco-pajizo de lo segado.

Con todo eso inspira tal confianza esta cabeza, que parece adivinar lo que se ha de decir, lo desdeña tan de antemano y con tanta franqueza y tan poca exageración, que hasta se agradece su desdén:

-¡Se comprende!... ¡Después de todo, son mayores los vicios de los demás! -respondió al ladrón en el momento de ir a ser robado, imperturbable, sin circunflejar sus cejas. Fijo en todo con la fijeza de siempre.

-Pero buen "desconocido", ¿qué le pasó con el otro "Desconocido"? -le pregunté, al fin.

Me siguió mirando como un "sordomudo".

-¡Parece mentira! -me ha parecido que me decía, con los ojos puestos en un punto en su expresión precisa del "¡parece mentira!"

-¡Parece mentira que usted me diga eso!... ¡Parece mentira! -me volvió a decir con sus ojos agudos y de ojival mirada, con pestañas en el arco de medio punto arriba, y como sin pestañas y con el reborde en carne viva el párpado de abajo.

Y no me dijo más, distrayéndome otra vez en sus cosas, sin quitarme la mirada, mirándome como siempre; pero ya otra vez como el que, aunque parece que mira, solo os toma como blanco de su abstracción.

No pude entablar diálogo. Se negó como ese político consumado que no sale de su actitud, y en la cuestión delicada simula no saber nada, aunque lo sabe todo.

–¿Pero usted me cree tan tonto que me hubiere dejado robar? –insiste en decir su silencio–. Aunque viejo, aun con esas ráfagas blancas como cicatrices, que existen en mi cabeza, soy lo bastante nervioso y afilado para haberme defendido, para haber gritado, para haber mandado a presidio al que me hubiese faltado al respeto... Me humilla esa suposición...

Tan razonable, tan digno, tan valiente me pareció el “Desconocido” en su actitud, que no quise molestarle más, y me marché.

Tristán

La Tribuna, 12 de julio de 1920, núm. 3.100, pg. 10.

Teatros

*Variaciones. La Redondilla de El Real*⁸⁵

¿Voy a decir que las bailarinas son algo alado? No. Voy a decir otras cosas.

[...]

La bailarina cuenta mucho con sus pies de alto y fuerte empeine, que se toca y se mira mucho. (Siempre parece estarse atando una alpargata o írsela a atar.) De vez en cuando se pone de puntilla innecesariamente, como recordando un ejercicio demasiado repetido en la escuela, y entonces se ve que solo la falta ese palmo de estatura para que cambiase su proporción achabacanada y aplastada de mujer auténtica.

La patata humana, el tubérculo humano que es la bailarina, que es la mujer, se ve mucho en medio de las gasas y los plisados. Pero no hay que solazarse contemplando eso y hay que abrir los escapes del misticismo mirándolo.

Donde más he formado esta noción de las bailarinas ha sido conviviendo lo bastante con ellas en la “Redondilla” del Real⁸⁶.

La “Redondilla” es un lugar circular con algunos espejos donde ellas repasan sus ejercicios y están en los entreactos. Como si a la bailarina de la Ópera donde quiera que esté la fuera imprescindible una barra en que sostenerse como los pájaros de jaula, hay alrededor de este cuarto la barra que las sirve para ayudarse a aprender a estar de puntillas tanto rato, que parece que no las pueden sostener sus dedos blandos y flojos, sino que las soporta en esa posición una espiguilla de hierro. [...]

Esta “Redondilla” española es pura, todo lo pura que cabe, y está un poco abandonada. Cuando en las “Redondillas” extranjeras entran los millonarios y los reyes Leopoldos, en esta a veces no entra nadie, porque la Empresa, cuidando a sus niñas, lo prohíbe. En esta “Redondilla” austera, las bailarinas parecen profesas que llevan las tocas en la cintura en vez de en la cabeza [...]

En esta cándida “Redondilla” madrileña se cruzan regalos sencillos: una caja de jabón, un anillo de oro, sin piedra ninguna; un pañuelo de seda. Ceden a ese solo halago. [...]

El día de Carnaval es para los abonados de la “Redondilla” un día señalado, porque es cuando se las da la cita definitiva en la sala de baile de su mismo gran teatro, pues ellas ese día se ponen un antifaz de percal y se lanzan disfrazadas con uno de los trajes que lucen en los bailables de las óperas [...]

Entre todas esas criaturitas que nadie se supone que siendo tan “nuevas”, estén tan descotadas y tan poco resguardadas en un escaparate abandonado y sin cristal, la que más recuerdo entre las que figuran en los “frescos” de mi San Antonio de la Florida del recuerdo⁸⁷, es aquella a la que yo decía: “Qué blanca eres... qué blanca eres... que blanca debes ser... Te veo brillar como un arco voltaico”, y se lo repetía en todos los tonos y con nuevas palabras, porque era una profunda verdad, y porque veía que mis palabras no la producían una sensación de monotonía, sino de exaltación, ya la entraban las cosquillas, el nerviosismo, el calambre de su propia blancura, y se debilitaba ante mí como ante Satanás, porque la tentaba con ella misma, que es el sistema de deslumbración que usa él, él, el Inquietante.

La Tribuna, 14 de diciembre de 1919, núm. 2.922, pg. 6.

Posdatas. Salida del Real⁸⁸

Aparecen en la puerta unas señoras con los abrigos entreabiertos aun cruzados, como salto de cama en la ida al baño. Friolentas y plantadas como mujeres desnudas que se arropan al entrar en el frío de fuera de la cama, aguardan su automóvil. Se ve la espuma de armiño o de encajes de sus gabanes en el dintel iluminado. Son las primeras en salir y las últimas en quedarse, porque los coches se enredan y está el último el de la primera.

(Los *chauffeurs*, que toman café y tienen su tertulia en el café de enfrente⁸⁹, una tertulia como del directorio, con las mismas levitas, con los mismos botones dorados, han recibido el aviso antes, y han perdido su silueta al ponerse sus gorras de automóvil).

Los pañuelos en las bocas, sale este público silencioso, sin tararear lo que ha visto. Parece que salen de una conspiración, en vez de demostrar que salen de un sonoro espectáculo cantando o tarareando a coro lo que han visto. Se ve que el espectáculo ha muerto en sus oscuros corazones, y ni siquiera aleteará en sus sueños. Se lo han comido, en vez de conservarle flotante en su inquietud.

Toda esa gente que tiene mucho miedo de atrapar un catarro.

Los coches salen disparados, y los golfos van abriendo las portezuelas de toda la hilera, quedándose con un bolsillo, unos gemelos o un reloj, porque el momento es muy propicio y aturdido, y porque, como ellos dicen, los diez o veinte céntimos que dan por el servicio, no serían nunca negocio ni remuneraría la larga espera.

No se ve bien a este público, sumido de pronto en la oscuridad, después de salir de la luz del gran coliseo, de aquella especie de *sopa de perlas de luz*, que era el denso ambiente de la sala.

Hay una mirada de reconocimiento a los altos focos que se encuentran en el camino; pero en seguida se entra en el largo pasillo oscuro de la calle del Arenal, pasillo de la sala al gran salón de la Puerta del Sol, cuyo reloj de torre brilla y se luce como un reloj sobre una consola.

Hay dos sensaciones de esta salida del Real en esta calle: la del que va hacia la Puerta del Sol y la del que pasa a contra corriente, de cara a la multitud, que va buscando sus tranvías o las cuestas de sus calles.

El que sigue el camino de los que salen –siempre hablo de un ser solitario y disconforme– va pasando los grupos de familia y de amigos, lentos, saboreadores de la

mundanidad de la salida y del sentirse mezclados unos a otros. Todos están reunidos como en la escalera del mismo espectáculo.

El que sigue el camino de los que va despacio, retrasándose, de broma, el camino de Juanito, Periquito y Pilarcita, hace curvas y curvas, buscando el intersticio libre. Realmente no le produce curiosidad este público. Quizá en la sala todos dan la ilusión de un conjunto solemne. Ahora, solitarios, repartidos, todos han vuelto a un egoísmo fiero, y se ve que la añagaza de las bellezas, hacia donde nos quieren llevar es hacia eso, hacia esa continuidad en la vida del sueño del amor que produce el teatro.

El que sigue el camino de los que han estado en la función, huye desengañado, temeroso, buscando el café en que sentirse libre.

Es que va a contrapelo de la multitud –vuelvo a suponer otro ser solitario y con cierta integridad–, le causa mal efecto el encontrarse con este público, despavorido, incapaz aun con su efusión por el arte, de sentir la abnegación que merece, preocupado solo por el llegar a casa, tomar un chocolate o coger el tranvía antes que los demás. La ilusión del teatro queda muerta en el teatro.

El que, desprevenido, encuentra esta comitiva, ve clarísimamente la verdad burguesa, el alma soporífera de esas niñas un poco desgarbadas y con la bolsa de máscara, de los gemelos, que van delante de sus papás, colegialas sosas, incapaces, aleladas, en cuya alma se ha hundido toda la belleza del espectáculo.

El que va contra corriente a esa hora de la salida del Real, ve la verdad de que adolece el espectáculo, ve cómo muchas almas incapaces, glotonas, adiposas, que han sido resobadas por la música, vuelven a entrar en la vida si pasión, con sus mismas sonrisas de familia, frías, olvidadas, inmodificadas e inmodificables; procesión del egoísmo y del comentario poco generoso, hacia la vida mezquina, casera, llena de atiplados melindres.

Tristán

La Tribuna, 10 de febrero de 1920, núm. 2.969, pg. 5.

Variaciones. Se necesita un teatro de polichinelas⁹⁰

En este momento no hay ningún teatro de polichinelas en Madrid, y lo necesitamos, lo necesitamos nosotros, porque con la disculpa de los niños nos ponemos a mirarle extrañados y dichosos cuando lo hay.

Aquí pasa eso; en muchas ocasiones no hay nada que represente una especie de espectáculo, y, sin embargo, hay multitud de salas dedicadas a espectáculos de género

idéntico. No hay teatro de polichinelas, y, sin embargo, estoy seguro que si se deciden a construir el local para el género ausente se hará un magnífico edificio, inmenso y regentado por una Sociedad anónima con veinte millones de pesetas. ¡Aplastante suplicio!

No es eso, no. No queremos ese fantástico teatro de polichinelas en que naufragaría para siempre el espíritu de ese espectáculo; que no se empeñen en construirlo con todas las comodidades y con veinte salidas para caso de incendios, ascensores, sillas altas con cierre para los nenes, palcos como esos sostenedores en que se mete al niño y se le deja convertido la mitad en niño y la mitad en maniquí de mimbre. No. ¡Jamás!

Lo que necesitamos es una barraca al aire libre, sin egoísmos, y, por lo tanto, sin otro cierre que el de una maroma que marque el estadio, como de un gran "ring", para los privilegiados y para los que quieren oír bien. A nosotros nos basta ver desde lejos el espectáculo.

¿Cómo puede vivir impertérrito y alegre un pueblo sin teatro de polichinelas?

Necesita aparecer ese teatro de polichinelas como un kiosco más de los jardines, teatro de polichinelas ingenuo, estrepitoso, con salidas que no sepan adónde van a parar y respuestas a esas salidas verdaderamente tontas e incongruentes. Lo que no se debe pedir de ningún modo, ¡no por Dios!, es un teatro de polichinelas con Benavente por detrás, moviendo él los muñecos y poniéndoles la letra ¡No! Benavente está bien escribiendo sus comedias de alta política⁹¹.

[...]

Con unas maderas viejas y unos restos de forillos antiguos se podría hacer ese teatro. Nada de sacarlo a concurso y de pedir pliegos de condiciones. Nada de hacer decoraciones con ocasos incendiarios.

Yo sería un abonado de ese teatro para ver representar, como en ningún lado, la estulticia y la incongruencia humana, de la que se depura uno riéndose. Nada de Shakespeare en este teatrillo. En él debe de oírse, a lo más, una prosa que corresponda en prosa a lo que son de sentido los cantares, las "bonitas colecciones de cantares", que vocean los ciegos cuando la guitarra se queda descordada y silente.

Hasta podría haber un conferenciante en ese teatro, sirviéndolo quizás para embocar bien todas las cuestiones el verse desde allí dentro, asomando la cabeza por el escenario como en el lienzo de un retrato apaisado, aunque resultaría la cabeza de un conferenciante como parlante después de haber sido guillotinado.

La Tribuna, 2 de junio de 1920, núm. 3.066, pg. 6.

Variaciones. Los antiguos gemelos y los nuevos gemelos de teatro⁹²

Los antiguos gemelos de teatro eran enormes y parecían todo un veráscopo, dentro del que se veían vistas, algo que se interponía entre el espectador y lo que miraba...

[...]

Últimamente han aparecido unos gemelos gafas, pequeños gemelos, que colocados fijamente, gracias a los brazos de las gafas en que están montados, permiten que, si aquella *proclamación* de cada mirada que subrayaban los grandes gemelos, se mire a todos lados sin azarar a nadie, sin poner nervioso a nadie, con tranquila mirada, sin fijeza, sin persistencia; como es la mirada natural del que ve perfectamente con sus propios ojos.

Los que llegaron a Madrid se vendieron en dos días; pero están llamadas a inundar la vida las nuevas gafas de ojos de langosta, que darán cara de saltamontes al que los use; pero que algún día, acostumbrados a ellos, no chocarán, como no chocan los propios quevedos de marco de concha.

[...]

Yo echaré de menos ya aquellos gemelos grandes como linternas mágicas que recuerdo haber visto con adoración, junto a los guantes de mamá a la mañana siguiente al día que estuvieron en el teatro, cuando aún sin haberles oído contar lo que vieron, yo presentía que dentro de ellos estaba lo que habían visto, conservándose los rostros de las vistas y de los vistos, como en las miniaturas de un coleccionista.

Esa postura de los grandes gemelos junto a los guantes, en un maridaje mundano e inefable, se me presentará como evocación de ciertas mañanas nítidas de mi infancia, como algo [con] lo que evocaba yo las diversiones del mundo, sus bailes de máscaras, las Óperas que aún no había visto.

Si yo fuese pintor, pintaría una naturaleza nuestra con unos gemelos y unos guantes de largos de cabritilla avellana.

La Tribuna, 8 de febrero de 1921, núm. 3.281, pg. 4.

Hospitales y asilos

*Variaciones. El muerto de ayer*⁹³

Siempre salgo de la calle de Santa Isabel y desemboco en la plaza del Hospital, contristado y de mal cuerpo. La visión de San Carlos y el Hospital general juntos es lamentable⁹⁴. Las casas de la vecindad que acaban de cerrar la plaza parecen hospitalillos supletorios⁹⁵, hospitales particulares y disimulados, el hospital en que se van muriendo los que no tienen nada.

En el dintel de la plaza está el revés de San Carlos, con un mirador inutilizado, ciego, muerto, de cristales esmerilados, para que si se asoman, si se incorporan los de la sala de disección no espanten a la calle. Por una ventana de cristales asoma un tubo de chimenea con la cabeza, como operada también, arrancada y colgandera de una serie de alambre -así hace ya meses.

Al otro lado, en ese mismo dintel, hay un callejón, callejón del Hospital, al que da la tapia de las cámaras frigoríficas para cadáveres, una casita pequeña y de tipo corriente, que se ve que está deshabitada, como si fuese la casita muerta, la casa que trajeron al Hospital y se murió en él, y al final, ya al otro lado, en el chaflán que hace la tapia en la otra calle, está la puerta del corral de los muertos, la puerta trasera de la vida, la puerta por dónde sacan todos los cadáveres. Toda esa tapia por el lado de ese callejón está llena de enfermedades de la piel, de eczemas y ensombrecida por una especie de humedad sangrienta y oscura.

Después, ya al ir a entrar, se encuentra el Depósito judicial, con su verja de cárcel de los muertos, cárcel en la que están defendidos y custodiados por si hay cómplices en su muerte, y porque arbitrariamente se les hace culpables del crimen que han cometido con ellos, y por el que, entre otras cosas, están sentenciados a la autopsia. Por si el título de "depósito judicial" y la puerta de hierro negro no bastasen a dar aspecto sombrío a esa entrada, hay dos búhos agoreros y hasta bien hechos, que se yerguen sobre el remate de la puerta, fundidos en el mismo hierro negro de toda ella y con los ojos dorados a fuego.

Ya en la plaza se mira siempre en derredor con pánico. Parece que hemos ido a parar allí porque algún día tendremos que pedir cama en el Hospital. Los mozos de las salas, con sus blusones blancos sobre cuyas solapas hay bordadas en rojo una H. en el lado derecho, y una G. en el izquierdo, esos mozos con caras de sacristanes

marrajos, que parecen estar enterados hasta qué punto somos y no somos de los “suyos”, de los que caerán bajo sus manos, parece que quieren barrer hacia dentro, y rehuimos su mirada, escondiéndonos detrás de los troncos de los árboles tristes del jardín de la plaza.

Ayer sucedió todo eso otra vez, como siempre, y cuando ya había mirado las galerías de cristales de los convalecientes o de los que esperan estar aptos para la operación y la muerte, preparados por la purga premonitoria, y cuando ya había pasado por delante de la estatua del pobre doctor⁹⁶ que se eleva en el centro de esa plaza, estatua triste y simbólica en que hay un enfermo con unas cadenas, y hay una pobre tuberculosa, y hay un cráneo, y hasta hay en metal ¡para la estatua de piedra! aparatos de verdad, aparatos médicos que parecen así, oxidados y renegridos, herramientas de cerrajero, vi un grupo de gente parada al borde del jardincillo y dos guardias, que, mirando hacia el suelo, se veía que miraban y velaban a la “víctima”. Me acerqué con ese miedo paradójico “como irse a ver uno mismo” tendido y muerto en el centro del corrillo, o a alguien muy querido que quizá está lejos.

Un pobre hombre, con esas barbas grises, oscuras y blancas sobre una piel cetrina que caracterizan al vagabundo; con la gorra sobre la cara como cuando el pobre trabajador duerme la siesta bajo el sol o el resol, y con las manos completamente dormidas del muerto, aunque un poco cerradas como si estuviesen aun agarradas a la baranda de la vida, había muerto de hambre.

Por la verdad que es el hecho, porque no vi en los periódicos de anoche la noticia, y porque eran tan extraordinario que se muriese cuando ya iba a llegar al Hospital, cuando iba dando los pasos cortos y difíciles del que va por su pie a la cama de operaciones, le he dedicado esta necrológica.

La Tribuna, 19 de julio de 1919, núm. 2.801, pg. 7.

Variaciones, “El Pajar” de Cuatro Caminos⁹⁷

Siempre hay en Madrid un asilo miserable y pintoresco, digno de ser descrito por Gorki. Aquellas casas de dormir de “la cuerda” han desaparecido en su mayoría, y ya no tienen los vagabundos aquel despertar, que consistía en soltar las cuerdas a la que estaban atadas las esterillas como toscas hamacas, haciendo rodar por el suelo a todos los dormidos.

Ahora en Cuatro Caminos hay un gran pajar que utilizan los vagabundos. Cuesta un real el dormir sobre la paja, y precios convencionales las habitaciones con cama.

Es un espectáculo como el de la guerra el ver tirados, amontonados, y durmiendo como en la nave de una iglesia a esos soldados de la miseria.

Es el parador de los golfos antes de hacer las excursiones a provincias. El que me habló últimamente del “Pajar” fue un chico viajero de debajo de los asientos, y que venía de Madrid de mudarse de ropa. Por cierto, que el jefe de aquella estación se decidió a no dejarle montar, y cuando le encontró escondido entre unas maderas, le preguntó:

-¿Qué haces aquí?

-No lo oye usted... calderos...

A mí me contaba después: “Tengo muy mala suerte... Ya ve usted. Yendo en uno de esos vagones que hay ahora de mucho fondo para el carbón, y en los que se viaja muy bien y sin ser visto, me llevé una pedrada en un ojo, pues en algunas estaciones, para saber si van llenos, tiran una piedra por encima de sus paredes... ¡Mire usted queirme a buscar el ojo esa piedra!”

El pajar de Cuatro Caminos, pues, es el Hotel de las Cuatro Naciones de estos golfos viajeros, que se quejan tanto de que en Castilla hay que hacer el ahorro para vivir otra temporadita en Madrid, céntimo a céntimo, porque en los pueblos socorren así.

En la noche mala, en esa noche en que la helada es como una caída de lava de los volcanes de la luna o de otros volcanes tan fantásticos, el miserable busca ese asilo. El dueño cobra el real por adelantado y registra al huésped, quedándose con el dinero y efectos que lleva encima, en depósito hasta la mañana, para que no se lo roben los demás, y quitándole también el tabaco y las cerillas, hasta el día siguiente, para que no se le ocurra fumar y ese prenda fuego al “Pajar”.

Es admirable este gran asilo particular, negocio montado con esas perfecciones y seguridades, al lado de las que no son nada esas cajas de caudales empotradas ya en los grandes hoteles europeos y que hasta están aseguradas por una casa de seguros en la cantidad que se declare en la hoja que se las debe expedir.

El cuadro de ese “Pajar”, en que todos se mezclan un poco desvelados, degustando la blandura de la paja, que muelle todo el gran almacén, es un cuadro medio de cárcel, medio de cuarte, medio de hospital. Parece ya en lo muy alto de la madrugada como ese depósito de cadáveres que se improvisa en las grandes catástrofes.

Alumbrado por una amarilla lámpara de carburo toda la noche, el “Pajar” parece un gran coche de tercera en ese ferrocarril hecho con todas las casas de las poblaciones, ferrocarril fijo y que, sin embargo, se mueve en la rotación de la tierra. A la mañana resulta que ya están al final de su viaje esos pobres viajeros de tercera, aunque estén en el mismo sitio que se durmieron.

[...]

La Tribuna, 20 de febrero de 1920, núm. 2.978, pg. 8.

Posdatas. La Policlínica⁹⁸

La Policlínica no es de ningún modo la Casa de Socorro. La Policlínica es una tienda toda pintada de blanco, en que se expenden curaciones baratas.

Los médicos de la Policlínica son los que esperan de médicos policlínicos a dar el salto a otras posiciones más brillantes de su carrera. Están ahí como de paso, como en la casa de huéspedes de la profesión, como en el sitio donde duermo algunas noches en la cama incómoda del *duerme-vela*, una especie de cama de operaciones para uso del doctor, catre estrecho y con jergón muy preparado, más que nada, para saltar de él.

La Policlínica, aun con todos los defectos que pueda tener, es consoladora por fuera, que es lo que se necesita, porque cuando nos maten, nos matemos o nos muramos en la calle, si va de verdad, allí acabaremos definitivamente, y si va de mentira, de allí saldremos indemnes.

Eso mismo de *Policlínica* da una gran variedad a sus facultades, y parece una cosa regida por médicos alemanes, pues de Alemania parece que viene más que de ningún sitio eso de Policlínica. Nos parece haber oído algo así como *las Policlínicas de Berlín*.

Aquí lo de Policlínica nació más para el chungueo que para la seriedad establecida. Yo no lo he oído; pero debía haber un *couplet* titulado *La Policlínica*, y en el que eso de Policlínica se descompusiese en

La Poli-Poli-Policlínica

Llévame a la Policlínica, mamá.

.....

La Poli-Poli-Policlínica de Lavapiés.

Una cosa así está esperado esa Casa de Socorro de juguete, en la que parece que unos cuantos estudiantes de Medicina hacen la primera salida a la calle, y los que no han podido ser internos de Hospital, son internos de Policlínica.

No obstante todo eso, la Policlínica es superior a la Casa de Socorro, por lo menos en amabilidad y en asistencia. Todas las Policlínicas tienen teléfono, y no un teléfono sordo como el de las Casas de Socorro, sino un teléfono que responde: *Irá en seguida*, y cuando e la impaciencia del caso se pregunta por segunda vez, responde con buena fe: *Ya ha salido, y debe estar al llegar ahí*.

Esos médicos jóvenes, sensatos, con conciencia sentimental de las Policlínicas –no de las Casas de Socorro, con las barbas llenas de polvo de la burocracia y del abandono– dan ánimos en las casas, contienen la hemorragia, apagan el dolor como bomberos que llegan oportunamente y sofocan el fuego, y desmienten la gravedad. Tienen la voz turbada, ingenua, bondadosa, y que hablan en voz baja del humano que aún siente la desgracia más que el caso patológico.

En la noche es grato ver las Policlínicas, con su bomba de luz eléctrica rojiña y su sueño de casa particular dentro, transparente a través de los cristales, blanqueados con un esmeril casero.

–Llamar a la Policlínica– dice con seguridad el que se alarma en la casa del barrio, y el de la Policlínica oye en sueños esas palabras; pero se vuelve del otro lado, porque generalmente, eso se queda en un decir, y nadie va a llamar al doctor a la Policlínica, o porque ha pasado ya aquello, o porque hasta mañana puede aguardar el mal.

Tristán

La Tribuna, 28 de febrero de 1920, núm. 2.985, pg. 6.

Variaciones. El Hospital Homeopático⁹⁹

En Madrid ha habido muchos hospitales que han desaparecido como si se hubiesen curado todos sus enfermos, o porque todos se hubiesen muerto.

¿Quién se acuerda de esos hospitales que se han escamoteado a los futuros enfermos?

Del de Nuestra Señora de Montserrat en la plaza de Antón Martín.

Del Pontificio y Real de San Pedro de los Italianos, en la Carrera de San Jerónimo, núm. 15 (entre la Carrera y la calle del Sordo), establecido en 1598, bajo la protección del nuncio Camilo Gaetano, con objeto de curar a los enfermos pobres naturales de Italia.

Del de San Andrés de los Flamencos, en la calle de San Marcos, fundado en 1606 con un legado que dejó Carlos Amberiño, natural de Amberes, para casa-hospicio de los pobres peregrinos de los Estados de Flandes, Países Bajos y Borgoña.

Del Hospital de la Latina, fundación de Beatriz Galindo, y que cuando quedó abierto mantenía de ocho a diez camas. De este Hospital se tiene mayor recuerdo por su portada y por el tipo de arquitectura, obra de un arquitecto moro, Maese Hazan.

Del Hospital de San Luis de los Franceses, en la calle de Jacometrezo, fundado por un capellán de Felipe III para los pobres naturales de Francia.

Del Hospital de Nuestra Señora de la Novena de los Cómicos, en la travesía de Fúcar, y que pertenecía a la Congregación de los Cómicos, que allí curaba a sus compañeros enfermos.

¿Y cuántos otros hospitales cuya manda se extinguió como si al cambiar el troquel o la estampación de las monedas se encontrase una disculpa para acabar con las mandas eternas de renta inextinguible?

Entre los otros hospitales, que quedan hay algunos que casi no se tienen presentes, como el Hospital de San Patricio de los Irlandeses, que surgió cuando con ocasión de la guerra civil y religiosa de Irlanda en 1629 se establecieron algunos clérigos irlandeses en Madrid, y el Hospital Homeopático.

-¿Pero existe el Hospital Homeopático? –me he preguntado yo algunas veces, aun sabiendo que existe.

El Hospital Homeopático fue construido por la Sociedad Hahnemanniana Matri-tense para que en él pudieran ser acogidos los pobres que prefieran ese tratamiento para la curación de las enfermedades agudas, comprando un espacioso terreno en la calle de la Habana, cerca de la antigua plaza de Quevedo.

Yo, cuando paso frente a ese Hospital, siento una especial simpatía por la idealidad que lo inspira. Veo su edificación sencilla, como de ermita de los enfermos, en vez de Hospital de ellos; destacarse en el fondo del jardín, como una cosa que está llena de la invocación del pasado y de un gran fervor romántico.

Es como una noción que hemos aprendido indirectamente cuando ya estaba un poco pasad y borrosa, la noción de la homeopatía. Ahora, en vez de remozarla al recordarla, la recordamos como una cosa vieja, una cosa así como el krausismo.

Nos parece como si los masones del pasado hubiesen sido también homeópatas. Recordamos que en casa del abuelo había un botiquín extenso, como una farmacia, por sus productos, y, sin embargo, pequeño como una de esas tiendas de juguete que venden para los niños, como esa que imita una “Confitería”, y en la que hay frascos y cajitas llenas de gránulos rosas. El abuelo tenía al mismo tiempo que su botica con todos los productos que se podrían pedir en todas la recetas, un libro en que buscaba las enfermedades y sus tratamientos. Aquello era muy serio, tanto, que en la vecindad y en la familia se curaron algunos casos desesperados que los otros médicos habían desahuciado. ¡Qué agradecimiento a mi abuelo y a la Homeopatía después! Toda la vida recibimos la visita del resucitado, como si Lázaro hubiera podido visitar a Jesús en el gabinete de su casa.

En los tiempos de la revelación de la Homeopatía, la propaganda fue como la de una nueva secta religiosa, como la de un misticismo más puro que los existentes y revelados. Yo recuerdo una conferencia dada en el momento álgido de la Homeopatía, y que se titulaba: “De la regeneración física y moral de la especie humana por el triunfo de la Homeopatía”. Los apóstoles de la Homeopatía habían encontrado el primer cuerpo de doctrina homeopática en Hipócrates. Los apóstoles y los creyentes de la Homeopatía tenían una gran veneración Hahnemann¹⁰⁰, el creador de la nueva ciencia, gran hombre que tiene una estatua, y que para mí produce la sombra que la de Hallan Kardec¹⁰¹ en su cementerio.

Algo de espiritismo había también en el fondo del entusiasmo de los homeópatas, y todos se creían inmortales, y solo pensaban con pena y no dejaban de cavilar

en ello, en cómo podían haber salvado a sus padres y a sus hermanos fallecidos antes de tan feliz descubrimiento. ¡Si hubieran tomado una de estas pequeñísimas grageas como granos de anís!

Los médicos homeópatas lucharon terriblemente con los otros. Fue una época de desconfianza, en que decían los doctores homeópatas de los otros: “¡Parece mentira que envenenen a las gentes con esas grandes cantidades que recetan, cuando solo se necesita un ardite de cada cosa!”

Fue la Homeopatía en Madrid como si hubiese prendido el protestantismo aquí, y hasta hoy parece que los últimos enfermos del Hospital Homeopático son los viejecitos y las viejecitas protestantes de esos desconcertantes en que se implantó la Homeopatía.

La más preciosa razón, que es como la razón homeopática y eficaz del homeopatismo, la diminuta gragea convincente, que ha quedado en mí como la inquietud permanente de esa idea, es que se basa en “la eficacia de los infinitesimales”. ¡Así que no es nada eso!

El Gobierno, en la hora álgida de la Homeopatía, estableció, por medio de una Real orden, cátedras de Homeopatía, y la Alopátia puso el grito en el cielo, dando eso lugar a graves discusiones en los periódicos y hasta en el Parlamento. Los médicos alópatas, enemigos acérrimos de los homeópatas, protestaron porque ese sistema arranca de un principio absurdo. Algún escritor político de la época escribía: “¿Qué es la Homeopatía? La menos medicina posible, una cosa muy parecida al crédito; poca realidad y mucha ilusión: un medicamento nominal; digámoslo así, la medicina en papel.”

La base de la Homeopatía está en el “*similia similibus curantur*”¹⁰², por lo que en vez de atacar la enfermedad por los elementos más contrarios, como la Alopátia, la adula, “se lava las manos y el enfermo muere, o vive, según caen las pesas”, según ha dicho un escritor.

Después de la época de discusión ha quedado este Hospital próximo a la plaza de la iglesia de Chamberí, Hospital extrañamente vivo y como algo inverosímil; pero no ha quedado clara la razón o la sinrazón de la Homeopatía. Yo no sé sonreírme de ella. Yo me pongo serio cuando paso por ese Hospital ingenuo y como de otra religión, cuyo Dios chico de pronto es el verdadero. ¿No da la razón al “*similia similibus curantur*” esa otra Homeopatía nueva del microbio, por la que se hacen cultivos de los mismos microbios que padece el individuo enfermo?

Parece que nos han escamoteado la cuestión homeopática, que han suprimido la discusión, como en las Academias de ciencias prohíben hablar de la cuadratura

del círculo y del movimiento continuo. Parece que es una cosa no fallida, uno de esos pleitos que por declararse incompetente el Supremo se quedan ya flotando sin resolución toda la eternidad.

¿Es el Hospital de la roñosería, o el Hospital a que debemos ir, ese Hospital en que se debe ver la vida y la enfermedad más de color de rosa que en los otros? Nos moriremos dudando, medio románticos, medio realistas, propendiendo al misticismo siempre, y, sin embargo, siempre racionalistas.

La Tribuna, 17 de junio de 1920, núm. 3.079, pg.7

Variaciones. En el hospital, con el doctor Marañón¹⁰³

El doctor Marañón me espera en el salón en que está su retrato, por Zuloaga, ese estupendo retrato en que el doctor, frente a un gran paisaje, se inclina sobre el microscopio, y del que yo digo que “es que está viendo el paisaje al microscopio”

[...]

Me va a hacer el honor de dedicarme su tarde del domingo, enseñándome su sala en el hospital.

[...]

El hospital el domingo por la tarde, tiene un aspecto de hospicio en domingo, o sea que todos los enfermos deben de estar de domingo jugando en los tristes patios de colegio, en que hay una pared con una alambrada en lo alto, para jugar a la pelota.

[...]

En los jardines cantan millares de pájaros en coros nutridos, como desmigando la tarde y el aire con su piar. Son gorriones gordezuelos, que ponen algo así como hojas y fruto en los árboles del invierno. Las fuentes de este patio jardín del hospital tienen como monumento una cosa sincera de monumento funerario, como si ese jarrón que las remata estuviese lleno de cenizas mortales.

[...]

En el domingo del hospital hay una cosa que le entristece más: la procesión de los tétricos hermanos de San Felipe Neri, con sus largos gorros negros y sus especies de sambenitos, que todos los domingos pasan cantando sus cánticos lúgubres y se acercan a las camas y tocan a los enfermos como a los plátanos, para ver hasta dónde están maduros para la muerte y después convidan a una sopa y a un chocolate fuera de abono.

[...]

La Tribuna, 31 de marzo 1921, núm. 3.325 pg. 9.

Variaciones. En el hospital, con el doctor Marañón (conclusión)¹⁰⁴

[...]

Subimos las escaleras del hospital. Vamos a asomarnos a la magnífica terraza del hospital.

[...]

Ya estamos en lo alto, y las guardillas están llenas de enfermos, porque hay que habilitarlas durante el invierno. La sala más grande del hospital está aquí, y es de enfermos del estómago. Es pasmoso cómo están de aglomerados en el inmenso desván, todos sentados en la cama, y como si disputasen entre sí con pequeñas rencillas de seres inferiores, que viven en la misma alcoba y que encima son ¡enfermos del estómago! ¡Cuánta mala intención debe de haber en esa sala!

Una escalerilla supletoria, y la inmensa terraza. Aún hay cáscaras de naranja en ella, recordando esa hora de sol cordial en que la terraza se llena de enfermos.

-Yo he mirado mucho hacia aquí arriba -le he dicho al doctor-, cuando se ve la multitud de los enfermos asomados sobre el repecho de la balconada. Me ha parecido siempre la cubierta del gran trasatlántico que boga hacia el otro mundo. Parece que saludan con sus pañuelos tiesos, pañuelos desde cubierta, como apiñada multitud de emigrantes que saludan al que se pasea por el muelle alegre...

Se ve desde la terraza la parte más castellana y manchega de Madrid, extensa, con sus estaciones, con sus chimeneas, con sus terraplenes de carbón, con sus cocheras de máquinas de tren, todas encendidas y como dispuestas a salir de la cuadra irradiadas.

Del otro lado de la terraza se domina el patio lúgubre y lóbrego del hospital, solo comparable al del incendiado Tribunal Supremo con sus galerías de cristales con altos montantes, con su terraza antigua en lo bajo de esta, terraza de opulenta balaustrada de hierros antiguos y con su reloj interior, un reloj de torre que no da a la calle, un reloj hacia dentro, que marca otras horas que las que de fuera, la hora de la entrada, de la operación, de la convalecencia, del alta. En el piso central está el convento de las monjas que cuidan el hospital, y se las ve pasar por el gran escenario de cristales de su piso, trasegando ropas, echadas hacia adelante las más viejas como vencidas por el peso de la gran enveladura de sus tocas.

[...]

Ya en las galerías bajas, solo se ven los bedeles y esos grandes mozos del hospital, mozos normandos, estupendos mozos como cargadores de pianos, que tienen que ser así para bajar de los altos pisos a los muertos de muerte más pesada. No tiene más remedio que enterrar a sus muertos la vida. Los porteros -¡cómo se grabarán en la mente del enfermo estos porteros y qué amplio cacicato debe ser el suyo!- saludan en fila, como si el doctor les pasase revista.

[...]

La Tribuna, 1 de abril 1921, núm. 3.326 pg. 9.

Cementerios

*Variaciones. Antevísperas de los difuntos*¹⁰⁵

Bueno es que pensemos en los muertos dos días antes de su Santo, y por lo menos, dos o tres días después, componiendo una *novena* de seis días¹⁰⁶ dedicada a ellos.

Ocupémonos de ellos, sin énfasis y en general. En la antevíspera, un pensamiento que se relaciona con toda la ciudad y con ciertas cosas vagas.

Ya hace tiempo que hemos visto las tiendas en que se venden los vasos fúnebres, y sabemos con cierto rencorcillo cuál es la que se ha adelantado a todas. En esa tienda de la calle del Barquillo, en que hay un imaginero que hace esculturas, con carretes y madejas, cintas y piezas de encaje, unas veces un niño de primera comunión, otras una monja, luce hace muchos días una muerte absurda, banal y artificiosa.

Ha habido una tienda en la calle de Alcalá que ha entristecido ese trecho alegre de la gran calle. Sus grandes pensamientos morados, de un morado del otro mundo, vienen entenebreciendo aquel trecho, siempre lleno de juguetes y de chucherías. Son como los pensamientos de la ciudad, esos pensamientos más grandes que los más grandes girasoles, pensamientos tropicales, pensamientos de una imaginación volcánica, pensamientos para un coro de señoritas, pensamientos en una zarzuela lamentable. Yo, sin embargo, he estado y estoy indeciso entre comprarme o no comprarme uno: "Quizá entenebreciese y se quedase con todo mi despacho... Sí... Pero yo metería en él la cabeza, me sumergiría en él y saldría lleno de pensamientos en la tinta morada con que se producen en la cabeza los pensamientos..." Por la noche, para que resulte más tenebrosa esa tienda que parece un coche fúnebre de lujo para señorita virgen -diez y seis caballos-, quedan encendidas unas lamparillas que iluminan las flores artificiales, los grandes pensamientos sobre todo, como en un mortecino velatorio.

¡Cuántos han dejado ya atrás esto que habían visto, esto que sigue estando sin ellos! Por esto hay que tener un gran despegue amable de las cosas¹⁰⁷, y hemos de pensar bárbaramente, fuera de rituales y límites, y hasta fuera del pensamiento. ¡Atrevámonos!

Todo se ha arruinado varias veces. Todo se derrumbará de nuevo una vez más al derrumbarnos nosotros. Todo hay que verlo arruinado si no nos queremos engañar en contra de nosotros mismos precisamente. Todo hay que verlo, desde luego, no como que va a desaparecer, lo cual no es nada y respeta la falsa ilusión, sino como desaparecido, como ido, como consabido, sin que sea menester esperar que suceda algún día para saberlo, como bien sabido de antemano, sin ello, aun en medio de su posesión y tan fríamente alegres y desternillados de risa, sin embargo.

El *presente* de la muerte surge a todas horas durante todo el año... Yo me siento en los cafés y en todo sitio estoy rodeado de muertos, a los que quedan pocas fechas, porque, aunque sean muchas, eso ¡qué más da! (solo el niño puede creer que el tiempo es una cosa inverosímilmente larga, ¡Y, sin embargo, los niños son lo que más fácilmente mueren a la semana, a los dos meses, al año! Un niño, generalmente, tiene menos vida que nosotros.)

El *presente* de la muerte está en las casas que, sobre todo cuando tienen desnudo el lado sin ventanas o el de las ventanitas chicas, muestran en ese cuadrícula-do que se dibuja de abajo arriba algo como una anaquelaría de los nichos de pared ideales de que idealmente está llena, y hasta cuando se mira solo la fachada parece que la lápida de mármol en que está el número y el asegurada de incendios, es una

lápida mortuoria, pues, además, el mármol siempre tiene esa carnosidad muerta de los mármoles de cementerio.

El *presente* de la muerte está en el oír hablar en los tranvías: “Ha muerto Herminia... Tenía un año más que yo: diez y seis años o cosa así”; está en el figoneo de las fotografías de postal, frente a las que se puede decir quiénes han muerto, quiénes no y quiénes morirán en seguida, y hasta está en ver a los húsares de Pavía con sus agremanes amarillos, que imitan, por casualidad, un esqueleto de rotundas costillas, el esqueleto que se ve en las perspectivas de las calles de domingo, como si, más allá de ser húsares de la muerte, fuesen húsares muertos.

La Tribuna, 1 de noviembre de 1919, núm. 2.879, pg. 2.

Variaciones. El Día de Difuntos¹⁰⁸

Hoy ha sido el día de luto, el día de recibir, el día del gran pésame. [...]

¿Qué cementerio elegir, entre todos los cementerios, en este día de recepción? El más destruido y el más bello, el único que es el verdadero superviviente del pasado, y en el que más cipreses, es el de San Martín.¹⁰⁹

Después que la Patriarcal¹¹⁰ ha desaparecido completamente, y el de San José, y el de San Luis, en el camino de Magallanes, en el camino de Vallehermoso no queda sino el cementerio de San Martín, con una muerte herida de muerte.

Las últimas campañas, las últimas fotografías de los nichos derruidos de esos cementerios, hicieron que el que podía borrarse casi por completo la huella de esos cementerios, y el que pase hoy por esos caminos verá que ya no quedan casi rastros de aquellas necrópolis que se han dado mucha prisa en quitarlo todo de en medio, y solo quedan unos barandales arrancados, que parecen barandas de balcón. Los que se pueden se han apresurado a borrarles, para que el Día de los Difuntos el solar de lo que fue cementerio apareciese despejado. Hoy solo se pueden dar fotografías del cementerio de San Martín, más desoladoras, porque estos muertos están más recientes y no están “tan en los huesos” como los de esos otros cementerios arrasados en pocos meses por los bomberos misteriosos de la muerte, los desenterradores, mucho peores que los enterradores.

El cementerio de la Puerta de Fuencarral se inauguró en 1809; el de San Nicolás, en 1825; el de San Ginés y San Luis, en 1846, y este en 1848, aún no está acabado de construir, y se inaugura hacia el 50 o 51. ¿Es que no resulta una muerte precoz para un cementerio el morirse, el comenzar a derruirse a los sesenta y nueve años de haber nacido? Risible falsedad la de las perpetuidades. ¿Para qué ofrecer sepulturas perpetuas si el muerto va a desaparecer definitivamente cuando a partir del día de su muerte no viva más que otra vida fugaz y mortal de unos setenta años? Solo duran los cementerios lo que dura la influencia de unos especuladores, de unos concejales, de unos políticos.

A este cementerio de San Martín voy muchas veces, porque allí tengo un abuelo, por cuya sepultura a perpetuidad pagó buenos reales de vellón mi abuela. Muchas veces he presentado como una papeleta de la Casa de Campo, esta papeleta amarilla, y gracias a eso he podido entrar mucho en San Martín.

En San Sebastián y en el de Santa María, por no tener un muerto y por no saber ser hipócrita, me he quedado sin entrar, no sabiendo qué responder a la pregunta de: “¿Tiene usted algún muerto?” (No voy a tener más remedio que inventarme un antepasado en ellos para que me dejen pasar. Que si alguna vez me encuentro con los verdaderos parientes, que sepan perdonar al falso pariente, que utilizó la suplantación por ser el reportero de los muertos.)

Sin embargo, con tener un muerto en este cementerio no voy a esas reuniones que constantemente tienen los interesados, en la conservación de él, reuniones en las que, los “que en paz descanse” que se cruzan entre todos en la discusión, las hacían absolutamente abrumadora.

En este cementerio, los cancerberos han representado toda la tragedia del litigio que le mina. Había uno que protestaba siempre de que, por una venta precipitada del cementerio a unos particulares, estos comenzasen por llevarse todo el cinc, que era la defensa de la perennidad de las galerías; aquel cancerbero duró bastante; unos ladrones le dieron una noche tales palos en la cabeza, que le dejaron por muerto junto a las tapias de su cementerio, y al poco tiempo después de enseñarnos su cicatriz siempre que nos veía, fue sustituido por dos guardianes, uno de los dueños que comenzaron a desmontar el cementerio y que vive en la entrada, y otro, que representa los intereses de los muertos, y que vive en el depósito de cadáveres con su mujer, sus hijos y un perro que no aúlla porque no sabe que está entre los muertos.

Tengamos muertos antiguos, que eso no se puede improvisar; tengamos cementerios como el de Chartreuse, de Burdeos, y el Père Lachaise. ¡Pensar que de los tiempos que colindan con nosotros y de nuestros tiempos no podrá haber en el porvenir

hallazgos de sepulcros, esos hallazgos que harían volver a pensar en nosotros a los venideros, como piensan ahora en los etruscos cuando tropiezan con algún monumento funerario de ellos! Aunque alguna vez tiene que morir el cementerio también, debe morir cuatro mil años después de su fundación. ¡Pobre hombre, que ha inventado la infinitud y la inmortalidad!

Entendámonos como muertas. Sintamos nuestro egoísmo de muerto para no tener la desaprensión de lo que parece que les va a suceder a otros. Pongámonos a cubierto. Habiendo tanta tierra, ¿por qué no sacrificar definitivamente un pedazo, aunque se aproveche bien?

En este cementerio se oye una protesta viva, sobre todo, el día de la reunión en su recinto. Era como un hotel que les habían dejado sus padres con derecho a vivir en él junto a ellos la vida muerta de la muerte, y ahora ya no solo no dejan continuar los enterramientos, aunque tenían su habitación preparada, sino que echan a su padre, arruinan el hotel y procuran enterrarle en sus ruinas.

Aunque el cementerio de San Lorenzo está en la calle de la Verdad, esta también está en la calle de la Verdad.

A la entrada está el conde de Quinto, que es la estatua del cementerio, pues los duques de Sevillanos tienen casilla-panteón. Este conde de Quinto es como un viejo alabardero, y está representado en una noble caída de muerto. Su estatua no está muerta aún, no es de esas que están completamente muertas, y cuyo mármol tiene la lepra de su muerte.

Los cipreses estilizados como pirámides, los cipreses griegos de este cementerio que se han ido puliendo y perfeccionando a través de los años, estos cipreses que abundan más que los muertos, son para mí lo que debe hacer que se defiendan el cementerio.

En esos cipreses cantan los pájaros como en los aleros de los patios o de los corrales aldeanos en medio de aquel diáfano silencio.

Las moscas, delatadas aun en estos días en cuanto hay un rayo de sol, parecen pequeñas almas, y como alguna toque su trompetilla a nuestro oído, nuestro respingo es grotesco, porque, ¿qué nos va a decir que no sepamos? El fenómeno de la muerte es el más sencillo de todos, si no le complicamos. Solo admite un desarrollo literario, pero que ha de ser prudente, sobrio y de una naturalidad fantástica.

Los nichos tienen esa variada y sorprendente visión de siempre. Hay en unos esas dos manos que se estrechan, y que son el símbolo de la República Argentina. Hay

el que tiene un bajorrelieve conmovedor, como una cestita debajo del nombre delicado y femenino, una de aquellas cestitas como pamelas que tan para las señoritas aniñadas y románticas eran; hay el que tiene un retrato, que no se ve con el polvo; hay [el de] un banderillero del que se [ve] el retrato con un gorro de turroneo y su chaquetilla de terciopelo. (¿Le cogió el toro? Debía figurar una reseña de la corrida final en estos abundantes nichos de toreros). Hay el que pone: “¡El dolor me mata!”, frase de comedia que delata mucho la gran comedia de la muerte, y hay muchas lápidas tan sencillas y conmovedoras como esta:

FILIBERTO

2 de Febrero de 1857.

¡Día feliz!

22 de mayo de 1857.

¡Día funesto!¹¹¹

Los cristales de muchos nichos están rotos, y eso es como si el muerto tuviese rotas las gafas o como si en la casa entrase un gran frío por ese cristal roto y nunca repuesto.

En algunas sepulturas de esas que tienen alrededor cuatro faroles pequeños y con guirnalda de cadenas de farol a farol, hay uno -y a veces cuatro- que se ha dormido sobre su hombro, cansado de esperar o quizás porque la han dañado también.

Las galerías que [se] han ido abajo tienen todo el aspecto de una catástrofe con cadáveres, cadáveres como sin identificar y hundidos entre los escombros, aunque hay que hacer notar que son *cadáveres de muertos*, lo que quita un poco de importancia a la catástrofe. Ninguna de las cajas que se han precipitado y se han desbordado se ha abierto, y ese pie que se espera ver no asoma por ninguna parte ni tampoco la venerable calva de la muerte. Solo se observa de extraordinario que esas cajas antiguas tenían más adornos dorados que estas, como si los entorchados diesen más categoría a aquellas gentes. Recuerdan aquellos galones en ángulo larguísimo que ocupaba por entero la manga de jamón de los militares graduados de antaño.

Se ve que aún había vacías galerías enteras en ese cementerio –alguna nueva y con sostenes ortopédicos ahora-, galerías con ventanitas oscuras, que parecen ventani-

tas de la cárcel, en que se cumple algo peor que la cadena perpetua. En algunos de esos nichos vacíos, se guardan unos candelabros, unas flores, una lápida rota, y son como armarios de los muertos.

Las bolas de cristal, esas bolas de espejo que tanto me enamoran¹¹², esas bolas que ha prostituido alguna taberna, son el leitmotiv en los montantes que hay sobre cada dos columnas y entre el arranque de los arcos que brotan de cada una. Si no tuviese más que ese acierto este cementerio, lo merecía todo por este solo acierto. Esos espejos esféricos recogen la vida como ojos, y son como los ojos de lo inanimado, los ojos del ambiente en que los hay. ¿No será la tierra una bola de esas llena de reflejos fantásticos?

A los muertos que están enterrados en el suelo de estas galerías los desdeñamos un poco y los pisamos sin fijeza. Aquí, sin embargo, está tan sospechosamente desigual, removido y medio hundido el suelo, que vamos pendientes de él. Sentimos que pasamos por el puente de tablas inseguras sobre el río caudaloso y temible. Algunas lápidas están quebradas, como si alguien las hubiera roto con la dura cabeza. Vamos escamados sobre ellas, como si fuesen trampas por las que podemos desaparecer como por escotillón, y ¿a qué piso de la tierra o del espacio bajaríamos si eso se hundiese?

Después de ver todo eso y esas coronas que se deshacen y se van como serpientes de flores, y esas cruces de piedra rotas, como a propósito por un gran martillo de piedra y que están mancas de uno o de sus dos brazos, salimos al camino que estas Sacramentales hicieron por su cuenta, y con el que se encuentra ahora el Municipio, y nos dirigimos ansiosos de ciudad viva después de mirar el admirable peristilo columnar del cementerio y después de mirar la especie de gran losa estéril del Tercer Depósito, cerrado por una barandilla sepulcral, losa de aquellos desgraciados que murieron en su hundimiento. (Hundimiento al que no debieron ser ajenos los muertos de enfrente en una conflagración contra los vivos cuando les cogieron como en el fondo de la tumba, en el fondo del panteónico Tercer Depósito.)¹¹³

En el camino nos encontramos con esas casillas, en cuya fachada pone: “especialidad en trabajo de berroqueño y pulimentado, sarcófagos, panteones, monumentos”. ¡Qué pronto pasó su negocio! ¡Y qué más lejos de todo han quedado! Ahora tendrás que hacer guardacantones de los caminos.

Ala pasar por junto a la chozas de Magallanes, vemos a esa gente innoble, que mira como por un agujero de un alfiler, y que ahora se levantan las cometas en forma de aeroplano sobre el cielo de la tarde, preguntan si son aeroplanos aquellos.

Ya, en el centro de luces y timbres de la ciudad, pienso pensamientos triviales y consoladores, que toman un poco a chacota la muerte; ¿cuántas joyas habrá en el cementerio? ¿No se encontrará, de pronto, la perla más grande en la ostra de un sepulcro?... ¿Habrá muertos que se quiten la edad en las lápidas?... ¿No estaría bien, por ejemplo, que yo dejase encargado que pusiesen diez y ocho años en mi lápida, ya que eso no perjudica a nadie, y haría que toda la posteridad me imaginase favoreciéndome?... ¿Por qué no hay en alguno de nuestros cementerios el mausoleo de Doña Inés, en alabastro fino, así como en el “Père Lachaise” está el de Eloísa y Abelardo?...

Las preguntas sobre la muerte ya me perseguirán esta noche; aunque yo procuraré que no sean enconadas.

La Tribuna, 3 de noviembre de 1919, núm. 2.881, págs. 7-8.

Variaciones. Entierros¹¹⁴

Hay teléfonos en todas las funerarias. En seguida toman el recado, y no se atreven a dar el pésame. Día y noche están velando por si acaso, y hay allí dentro, siempre, una atmósfera de velatorio, contertulia de amigo o de familia; pero siempre a base de unos muertos lejanos y extraños.

El catálogo de los entierros es suntuoso. En los mejores hay una carroza gótica, que solo en los momentos muy solemnes sale. Es como la carroza del Corpus en la procesión de los entierros cotidianos.

Las grandes carrozas a la d’Aumont convierten a los muertos en reyes o en embajadores que van a presentar sus credenciales.

La salida del entierro, el arranque, es lo más difícil. Parece siempre que el muerto ha desistido de irse. Que ya va a ser bueno, y se queda resucitado y sentadito a su mesa.

Los grandes caballos se impacientan mucho y tienen un tic nervioso terrible bajo el susto de sus grandes cimeras. Ellos mismos se encuentran imponentes y ven que la sombra que arrojan sobre el suelo es enorme. Toman aspecto de mujeres caballudas y gigantescas, de esas que algún atrevido se trae de provincias enjaezadas con plumas tan grandes y tan colocadas así.

Por fin, los caballos, como los que tiran de un carro cargado hasta los topes, tienen un arranque fiero, de esos que levantan algunas chispas en las piedras, y en que parece que las bestias se van a caer hacia atrás. ¡Tan pesados se quedan los muertos!

El entierro, solo cuando sale de la calle del muerto, sale de la casa, le acaba de desprender de su hogar. Ya en la otra calle, después de torcida la primera esquina, se convierte en un muerto que no se sabe quién es, el muerto cualquiera. Solo aun le reconocerá alguien si se logra ver quiénes van en el fondo oscurísimo del landó familiar de la presidencia del duelo.

Algún balcón se abre al paso del muerto, porque para los oídos avezados a la vida de la ciudad no pasa desapercibido ese ruido seguido de lento ferrocarril de coches simones de los entierros. ¡Tren carreta! ¡Tren mixto!...

Los entierros que llevan sobre la caja una espada y el ros de gala -¿de gala porque ha muerto?- hacen pensar que hay un doble fracaso en la muerte de ese muerto, pues para eso hubiera muerto en el campo de batalla ¡Si lo sabe, se lanza a la heroicidad desatada, y así hubiera sido menos inútil su muerte!



El entierro del comendador de la cruz blanca, roja, azul o amarilla, o del general de los esperantistas, sobre cuyos féretros van unos uniformes absurdos, no merece piedad.



También antes el ros militar que va sobre las cajas se piensa que es que no ha cabido, que quedaba demasiado ajustado entre el muerto y la caja.



El entierro en día de nieve es el más fantástico. Existe, aunque hayan logrado hacer dudar de su existencia, algunos pintores artificiosos y falaces. Existe, y yo lo veo -no destacando su negrura sobre la nieve como ilógicamente y por efectismo le ven esos

pintores-, sino cubriéndose de nieve por entero, repintándose como de “ripolín” blanco y acabando todo; cochero -librea negra transformada en blanca-, coche y caballos convertidos en el entierro blanco de una virgen.



Los que más pasan son los entierros de niños. Los demás niños los ven pasar y no se imaginan que va un niño en la caja.

Es brumoso e hipotético para ellos eso, y por eso siguen jugando. Ellos creen que solo los viejos se mueren.



Los niños son un poco como Príncipes de Asturias, malogrados en sus carrozas regias.



Nada más pintoresco que los entierros pobres. No hay nada como eso en el mundo. Por el mundo la comitiva se espacia, forma una hilera de colegiales grandullos, un poco uniformados de negro. Aquí, no; aquí, abigarrados de color -embozos claros y rojos en las capas-, se aglomeran todos y forman como una comitiva apasionada, curiosa, vibrante, de hombres que acompañan a la Casa de Socorro al albañil que se acaba de matar violentamente. Hay algo de emoción, de murmullo y apariencia desordenada de catástrofe, en ese grupo como de huelguistas rebeldes que acompaña a los coches fúnebres de las Sociedades obreras. Hay exaltación, excitación de ánimos, agrupamiento, muy ceñido, como si estuviesen ante una posible represión de la Guardia Civil. Todos van cerca de la caja, oliendo al muerto y como atrincherándose detrás de él.

Los coches de ferrocarriles sin equipaje en la baca van detrás de la comitiva. Es un absurdo y da una gran sensación de desgajamiento colectivo ver esos coches adheridos a los de los muertos.

Hacen bueno como en ningún sitio lo del “último viaje”. Ya podían llevar al muerto encima y su sombrero o su voz en una sombrerera para que la apariencia de viaje y la paradoja fuesen más auténtica y completa.

Allí en el cementerio, donde esperan al entierro los pobres de cementerio que representan a los muertos de la fosa común, y son como sus diputados en la vida, se les pronuncia a los caballos la gran calavera trompuda de los antílopes, y muchos de ellos parecen caballos de la muerte, sobre todo si son blancos. Las carrozas ya allí pierden también su empaque, su intimidad, y se vuelven tambaleantes, ajauladas y flacas.

Pero desde donde se ven mejor los entierros es desde los libros en que los atildados cronistas de la Sociedad embalsaman a la aristocracia. Allí, en las muchas necrologías que las llenan, se ve al clero que precedía a los entierros; se ven los porteros de casino o de Centro oficial que iban al lado del coche fúnebre; se ve el magnífico féretro de caoba, con herrajes de plata, en que iba encerrado el muerto; se ve que iba tirado el coche por seis caballos, que el muerto llevaba puestas todas sus cruces, que los criados de su casa llevaban las cabezas empolvadas, que los coches “de París” de la Real Casa y la carroza ducal iban detrás, así como la yegua que montaba el señor duque iba también detrás, como una viuda con sombrero de crespón y como con un inconsolable manto, que la “carroza esa, carroza-estufa”, y a veces que los tambores del Cuerpo de Alabarderos redoblan en pro del ilustre prócer (q. e. p. d.).

Pero sobre los entierros que van y los que vuelven de vacío, los entierros de las crónicas y de los hombres ilustres, sobre el momento de salir, el de estar a la mitad del camino o el de llegar al final, el momento y el entierro que más conmue-

ve es ese que vuelve de vacío y en cuya bandeja sin caja viene una rosa. Nada más sentimental y depurado en el mundo que esa rosa, que es como la última misiva del muerto al muerto.

La Tribuna, 23 de enero de 1920, núm. 2.955, pg. 5.

Variaciones. Ya hace un año¹¹⁵

¿Pero ya hace un año que murió Julio Antonio?

[...]

El día estaba lluvioso. Había que ir al Este. Los cocheros se negaban a ir, porque sus caballos no podrían llegar, enganchándose, como se enganchan, las ruedas en el barro del camino.

La comitiva emprendió su ruta. [...].

Ya por fin se divisó la gran Necrópolis de cemento armado, la Ciudad Lineal de la muerte con sus hotelitos carísimos, una ciudad fea, parecida al nuevo Matadero.

[...]

¡Qué pena daba que le enterrasen en el Este, ese cementerio que parece que se va a hundir, ese cementerio con las tapias arruinadas! [...]

En el viejo café de la Montaña, en el Prado -algo así como el café de los Campos Elíseos- había yo citado a los amigos para recordarle y retrotraerle otra vez entre nosotros, y para que no fuese tan brusca nuestra despedida [...]¹¹⁶

La Tribuna, 14 de febrero de 1920, núm. 2.973, págs. 14-15

Variaciones. El drama del cementerio de San Martín¹¹⁷

He estado de nuevo en el bello cementerio de San Martín¹¹⁸. Se han hundido más galerías, y se ve que acabarán por hundirse todas. Esperemos que se darán a conocer todos los muertos que hoy se ocultan. Cada vez es un espectáculo más desgarrador y desdichado. El litigio entre aquellos que lo compraron para derribarlo y los que con sus muertos en sus galerías y sus patios se dispusieron a no dejarlos cumplir su propósito, continúa sin resolver. Hay guardesas por unos y por los otros, guardesas que no se saludan y que viven en distinto panteón, guardesas que vigilan con hostilidad al que entra.

El día de Todos los Santos, y a la vuelta de los cementerios, se debía formar una gran manifestación de seres enlutados y sobrecogidos por el pánico de la soledad de los muertos, que pidieran a los Poderes públicos su intervención rápida en este asunto. Reedificar ese cementerio sería como erigir un monumento a las generaciones del pasado, y ya que todos los cementerios antiguos han sido borrados de la ciudad, conservar, reconstruir, consolidar ese viejo cementerio tan romántico y con los cipreses más bellos del mundo.

Cuando grandes ciudades, como Londres y como París, tienen cementerios en el centro de su población, en el camino de los coches y los tranvías que no ha salido del primer radio, España, centro del alarmismo y de la quisquillosidad para ciertas cosas, país de la viruela y del tifus, se aprovecha de la teoría de la higiene para borrar los cementerios, o sea para que algunos hagan el estupendo negocio de vender el terreno cuadrado de unos solares un poco más lejanos que los del cementerio suprimido, a mil pesetas pie, negocio que no se puede cosechar con la tierra sembrando ninguna cosa, como no sea sembrando muertos, seis o diez en cada fosa.

Como representantes de los muertos y de nuestra propia muerte deberíamos intervenir en estos conflictos y perpetuar para siempre los cementerios, colocándoles fuera de la ley, haciendo algo tan permanente como el de la Constitución de la nación para los vivos, la otra Constitución para los muertos.

El caso de este cementerio que se hunde, y al que un mes de lluvias inundará de cadáveres desplomados, es más abrumador, porque hay en él muchos muertos del año ochenta del siglo pasado, y del ochenta y dos y del ochenta y cuatro, o sea de hace treinta y seis años. Eso sí que es realmente triste. Nosotros, que tenemos cierto último punto de vista de estar clasificados y guardados durante algún tiempo, podemos pensar que dentro de treinta y tantos años podemos estar así, mezclados a un naufragio en la tierra, ahogados y aplastados por los escombros meses y meses, años y años tal vez, sin que ni los bomberos acudan a salvar las víctimas para volverlas a enterrar. Nosotros, que pensamos oír y atisbar aun la vida dentro de cuarenta años, por el contrario,

nos sucederá, si morimos mañana, que se nos comenzará a contar la fecha de una nueva extinción, y dentro de cuarenta años seremos como unos cadáveres antediluvianos dignos de estar tirados y olvidados a la intemperie, nuestra caja entreabierta y los pies o la cabeza aplastados por la pirámide de cascote.

Todo el mundo está olvidado de esos muertos. Los viejos piensan en el obispo; pero el obispo piensa en los vivos más que en los muertos, y aquello continúa desmoronado, aciago, como si todos los moradores de la ciudad se hubiesen desinteresado de una catástrofe, de un hundimiento en la mina, de un temblor de tierra que no han anunciado los sismógrafos, pero que ha ocasionado numerosas víctimas, algo así como aquel hundimiento del tercer depósito –precisamente hundido y hoy reconstruido ante el cementerio de San Martín.

Es cada vez más trágico el espectáculo de ese desahucio de la muerte. Las cajas se enfondan en la tierra como con el peso blando y pesado del que aún hay dentro. Se tambalean aún entre los escombros, con ese peso fofo y oscilante que impusieron a los que las bajaron la escalera (todos parece que vivieron en las casas destruidas de la Gran Vía). Sí; tienen ese tambaleo de todas las angarillas en que va el herido, el aplastado, el que ha sido pillado por un tranvía. (¡Entre las que están al descubierto, olvidada y entreabierta esta: la del gran músico GAZTAMBIDE!).

Hay cajas que tienen el color de las viejas tapicerías; otras, que parecen revestidas con viejas casullas, porque los entorchados de la muerte eran antes más importantes, y otras parecen viejos baúles de barco. Pero es tan pudorosa la muerte en medio de todo, que casi todas las cajas se han resistido a abrirse, y apenas se ve un hueso, y solo allí en lo alto se vacían las puntas discretas de un par de botas, y por entre una brecha de otra caja se veían unos trapos trapajosos, algo así como un conjunto de viejas vendas y un fondo de cal, “él bicarbonato de los muertos”, como yo la llamo, lo único que cura y alivia un poco su muerte.

En todo el cementerio hay, además de la ruina, el pánico de los otros muertos, cuya precipitación se avecina, y parece que en los patios de los niños todos los niños lloran de miedo con gran desconsuelo, como si se les hubiese atravesado la peor de las denticiones.

Salvemos ese monumento que es además ese cementerio; hagamos que lo declaren monumento nacional, pues así conseguiremos figurar nosotros mismos en medio de la ciudad de los vivos, por muy extraños a nosotros que sean los que hay enterrados en San Martín.

Salvemos esos hermosos jardines de cipreses; repongamos a los muertos en su sitio, y salvemos el lugar de ser esa ruina en que hay ahora unas cabras que dejan su discretísima huella en todas las galerías, cabras melancólicas con ojos tristes, como los de aquellas muertas que parecían tener los ojos de cristal, serenos y claros.

Para que todos aprecien la verdad brutal de aquel decorado frente a un vigoroso esquema de la realidad, el escritor ha tenido que recurrir a la pluma del dibujo y al profundo negror de la tinta china para dar el gráfico de aquella catástrofe muda, en cuyo trasunto no estoy avergonzado de haber puesto ningún efectismo.

He querido dar toda su elocuencia real a este artículo, porque además, según puede verse por la papeleta que reproduzco y que es el recibo de haber depositado mi abuelo materno¹¹⁹ en el gran Monte de Piedad de los muertos, defiende también a mi familia al defender a los demás.

Mi abuelo no está en la pared, está en el suelo, en ese suelo que se hunde, y al pasar sobre el cual muchas veces he temblado, porque he sentido que no hacía pie en la tierra, que me hundía por escotillón, que iba a pisar los muertos en el hueco vacío del foso, porque los seis cadáveres puestos en serie ocupan ya solo un último lugar en lo profundo, sintetizados y reducidos a su mínima expresión.

La Tribuna, 1 de noviembre de 1920, núm. 3.196, pg. 6.

Variaciones. El Este¹²⁰

Sábado de los muertos en la semana que les dedico, como todos los años, para fomentar su recuerdo y el nuestro.

Pasemos la vista este último día por encima del cementerio del Este, y sea esta nuestra última visita por hoy, ya que alguna vez lo será definitivamente.

No hace muchos años se planteó la necesidad de este enorme cementerio por la clausura de otros. “La Ilustración” de aquellos tiempos dijo:

Ya está acordada la clausura en Madrid de los cementerios situados en la zona del ensanche, desde el 1 de septiembre, suprimiéndose, por consiguiente, el general del Norte, ya repleto; el de la Patriarcal, que le sustituía; el de la sacramental de San Luis y San Ginés, uno de los mejores cuidados; los de la Puerta de Atocha y alguno más que no recordamos ahora. Para sustituir esta falta se habilitará el que se destinaba a cementerio de epidemias, en el camino de Vicálvaro, con capacidad para cuarenta mil

cadáveres, es decir, menos de los que Madrid arroja en tres años a la sepultura. El nuevo cementerio es, pues insuficiente, para las necesidades mortuorias de esta populosa villa, y la medida del Gobierno, previsora en estos momentos en que toda preocupación higiénica es tan indispensable, necesita para su complemento acometer la gran obra del cementerio principal, o sea el conocido por la Necrópolis. Los que se entierren en el nuevo cementerio estarán anchos el primer año; se estrechará en el segundo y se estorbarán en el tercero... La cuestión es la siguiente: ¿Habrá terminado el Ayuntamiento para ese plazo las obras que necesita el cementerio grande? No parece lo probable; y en ese caso ¿tendrán que volverse a abrir los que hoy se cierran?

[...]

A los dos o tres años se publicó de nuevo esta gacetilla:

En virtud de Real orden expedida por el ministerio de la Gobernación disponiendo la clausura absoluta de siete cementerios de esta capital, que estaban situados dentro del perímetro de la población, activáronse las obras para terminar en breve plazo el cementerio general del Este, comenzadas hace un año a expensas del excelentísimo Ayuntamiento y bajo la dirección de los ilustrados arquitectos señores Arbós y Urioste.

[...]

Este radica en las inmediaciones del próximo pueblo de Vicálvaro, y dista de Madrid ocho kilómetros; mide una superficie de gran extensión, y admite (según los datos oficiales hasta 40.000 enterramientos [...])

Se realizó este cementerio, desdeñando numerosos proyectos y planos demasiado magníficos, ilusos deseos del que quiere hacer catedrales en vez de casas.

El cementerio del Este es un cementerio como el desierto para los muertos. Es estar en los campos rasos después de una batalla campal. Es el cementerio de los pobres, y en sus cotarros se oye un profundo rumor en los sótanos.

En el cementerio del Este es donde van a parar todos los miserables, toda esa horda que pasa a nuestra vista con el candil de su sustento en la mano y metido en la bolsita clara.

Apenas hay viejos cadáveres en este cementerio, y los más ilustres de los antiguos son Isaac Peral, escondido bajo tierra en su submarino de madera; el inspirado

poeta, que murió joven, José Velarde, y un crítico de gran erudición y, como dice el que lo recuerda, “de depurado gusto”, don Luis Alfonso.

Después han ido a ese cementerio numerosos hombrecitos de fama inacabada; pero entre los que siempre habrá alguno al que busque el porvenir. Entre los últimos hombres extraordinarios que han ido a ese cementerio está Julio Antonio¹²¹ y Pérez Galdós.

Construido ese cementerio del Este inmediatamente al lado de uno que se llamaba de epidemias, pronto se fundirá con la gran Necrópolis –sitio para enterrar difuntos–, cuyo nombre parece significar el altivo nombre de una gran ciudad, de algo así como de la mayor capital del mundo.

Ya la sensación del Este será la de esa Necrópolis que ya se resquebraja porque el cemento armado que en ella se debe haber usado, debe ser el hecho con todo el ripio de la ciudad, material flojo y muerto que se desmoronara.

El paraje de estos cementerios es desolado, como al extremo del mundo.

Hacen allí aquellos terrenos un recodo extraño, que hace desaparecer al cementerio, que lo oculta, que lo mete en unos barrancos a flor de tierra, en el superficial oleaje que imitan aquellas tierras. La marejada que se arma en este cementerio los días de lluvia es atroz, y hay que arrojar los salvavidas a esos amigos que se hunden en las sepulturas recientes, entre cuya tierra clarean aún las flores.

El cementerio del Este es como un cementerio de hospital, cementerio exclusivamente para enterrar, para quitar de en medio, para dejar “eso” allí y marcharse.

En ese cementerio del Este se pudren, se arruinan, se inutilizan los mármoles y parece que barajan las lápidas, pues todo está trascordado y como en distinto sitio siempre.

Cementerio, después de todo, como de otro Carabanchel, del Carabanchel del Este, es como un puerto de aguas movidas, de esos puertos que movilizan y zarandean a las barquitas que flotan en ellos. ¡Cómo se ladean las cosas y cómo se serpentea el suelo!

La Necrópolis tendrá esta clase de barro del Este y esta clase de sensaciones.

Todos pensamos hace tiempo en esa Necrópolis, uno de cuyos sitios será el nuestro. Parece que el estar en la NECROPOLIS, cosa inmensa que vendrán a ver los extranjeros, maravillados de que tengamos un cementerio tan inmenso.

Bajo el cielo gris la visión de ese cementerio es como la de un Gólgota, que en vez de estar sobre un monte estuviese a flor de tierra. La arquitectura de ese cementerio es sobria y escalonada, y está hecha para admitir más muertos.

Todos tienen parte en ese cementerio, que es como una Cooperativa, como un Sindicato de los muertos.

En esa gran Necrópolis la capilla para los difuntos tiene el tipo de la elevadora de Santa Engracia, y las entradas para los coches en los distintos patios parecen intentar el “arco-carroza fúnebre”, con sus penachos de mampostería.

En esa gran Necrópolis se perderán muchos de los que vaya a visitarla, y se quedarán prendidos en el gran laberinto que han pagado.

¿Para qué utilizar ese gran nombre de Necrópolis si después ha de resultar como si fuese una ciudad de casetas para los perros y de otras construcciones chaparras?

No os encontraremos a nosotros mismos en ese cementerio, como no nos encontramos ya en el Este, y resulta muy penoso andar saltando cadáveres.

El Este no tiene paseos; está muy aprovechado el terreno. Quizás si les dejasen harían un pozo en cada metro cuadrado para enterrar de arriba abajo muertos incautos.

Solitaria Necrópolis, porque todos estará hundidos en ella y mezclados a esa confusión de nichos, como la confusión que adquieren cuando vuelan y se alborotan en el suelo los martillos de una obra, quinientos, mil, dos mil martillos.

El Este y la Necrópolis son los cementerios del Águila de Madrid y los grandes tejares de los muertos, los campos extensos y sin cipreses ni nada en que nos borraremos.

La Tribuna, 6 de noviembre de 1920, núm. 3.201, pg. 6.

Variaciones. Una esquela antigua¹²²

En el viejo cementerio de San Martín, el de los nichos desmoronados, se ha verificado sigilosamente la exhumación de un hombre ilustre, del gran compositor Gaztambide, ordenada por el digno Ayuntamiento de Tudela, movido por un artículo que publiqué en esta misma sección sobre el bombardeado cementerio, indicando que

Gaztambide había sido víctima de la ruina de la muerte, de esa especie de muerte violenta del muerto¹²³.

Los admirables cipreses del viejo cementerio se asearon y se irguieron más que nunca, como alabarderos de la muerte. En los huecos del asilo de los muertos todos pensaron que aquella Comisión venía por ellos, a sacarles de esa especie de catástrofe de la mina en que estaban metidos. Daba pena ir dejando detrás aquellos montones de escombros revueltos con la muerte. En las jaulas de los cipreses cantaban los pájaros, ensayando constantemente el coro que no lograrán formar nunca, pues en Babel fue esto lo que se los prohibió.

Fue larga la operación de descubrir bajo los féretros hundidos el féretro de Gaztambide, pero al fin se dio con él. Se abrió y se vio a Gaztambide en muy buen estado, con el rostro tapado por un pañolito de encajes. Como antifaz blanco que una mujer le colocó para evitarle la vergüenza de que se viese su desencajamiento y la fealdad que dan las lepras de la muerte. Tan en buen estado estaba que se le pudo coger por debajo de los hombros y por los pies para trasladarlo a la hermosa caja de cinc en que será trasladado a Tudela el día 18.

En el fondo de la caja y como carta de recomendación a la muerte, había dos esquelas de defunción. Al principio las llevó en la mano, como pasaporte del mismo.

He aquí la reproducción de una de ellas: “† EL SEÑOR / DON JOAQUÍN GAZTAMBI-DE / Y GARBAYO / Maestro-compositor [...] HA FALLECIDO / el día 18 de marzo de 1870, a las nueve de la mañana [...] El duelo se despide en el cementerio. Se suplica el coche. / Imp. de J. M. Ducazal. Plaza de Prim, 6”.

Todo el suceso se me repitió en la tarde de la exhumación como si fuese la tarde del entierro. Al estar otra vez la caja a flote era como si no hubiese estado sumida en tierra nunca.

¡Qué vivo y reciente el “Ha fallecido”, gracias a la esquila de defunción! ¡Esas nueve de la mañana del 18 de marzo, qué frías y de qué luz sin escape debieron estar llenas! Hasta ese pie de imprenta de J. M. Ducazal, en la plaza de Prim, número 6, hoy Isabel II, en el sitio en que se levanta un cinematógrafo¹²⁴ da carácter a la esquila y traslada con toda verosimilitud a la hora de hacer las esquelas.

La nueva muerte de Gaztambide y la necesidad de un nuevo homenaje definitivo son sugeridos por esta esquila de defunción, que hoy busca de nuevo a los que le deben la organización de algún acto digno del maestro compositor: Amadeo Vives, el director del Real, la Sociedad de Autores, Bretón, Conrado del Campo, etc., etc. A cada uno va dirigida una esquila de las que no se reparten, esquila a cuyo final pone, en vez

de lo de “Se suplica el coche” –qué coches más viejos los de aquella tarde-. “Se suplica el homenaje postrero de una fiesta musical.”

La Tribuna, 16 de marzo de 1921, núm. 3.312 pg. 5.

Variaciones. En un nicho del cementerio de San Martín hay una colmena¹²⁵

Bajo el sol fuerte se ven en el cementerio de San Martín los rastros blancos como canas ralas de viejo que ha sido rubio y que ha tenido barbas muy duras.

El cementerio de San Martín está más solitario bajo la luz fuerte del estío, pareciendo como si los muertos se hubiesen ido a veranear. Está como portal, patio o corral en que solo está el cancerbero, porque los señores se han marchado.

Parece que solo están las ropas de los muertos en los armarios de los nichos y que habría que echar mucha naftalina para que no se apolillen.

Hay una gran paz en los patios, como de esos corrales muy lejanos a la casa habitada y en que hay también su lado de soportales, en que se almacena una máquina aventadora, un carrito, un banco y la barandilla de un balcón.

Solo perturba esa paz veraniega del gran cementerio, que hay que salvar a todas las ruinas, el moscardoneo de las abejas, que parecen romperse la cabeza contra las paredes.

Esas abejas del cementerio eran para mí inquietantes, y se sentía un gran pánico al sentirse dentro de la maraña de sus vuelos.

El cancerbero del cementerio me dijo un día:

–¿Quiere usted ver un panal que han construido dentro de un nicho vacío?

Con cierto asco fui hacia ese nicho en que la vida había encerrado una entraña ardiente, y me quedé sorprendido al ver la pesada matriz del panal adosada en lo alto del tunelillo.

La paradoja de la vida y la muerte tenía más intensidad frente a ese caso auténtico y espontáneo del panal, con el rumoreo volador que se arma alrededor de las carroñas, y sin embargo, allí vivo sobre una cosa limpia, fecundante, sin corrupción.

No olvidaré esa gran lección de falta de repugnancia natural por el lugar de los muertos que me dio la vida la tarde de verano en que descubrí el panal ferviente, alegre, en que se almacena la miel, en que se renueva y se vivifica con ardor la savia de la muerte.

La Tribuna, 14 de septiembre de 1921, núm. 3.467 pg. 4.

El Metropolitano

*Variaciones. Greguerías recientes*¹²⁶

Las patatas “soufflés” de los tupis del verano son el aprovechamiento de la viruta de las carpinterías, son la viruta frita, la patata que la garlopa, incansablemente, parte como el cuchillo de la cocinera la fina rodaja de la patata.

[...]

Estos días está respirando y traspirando todo el fondo de Madrid por las narices y las bocas del Metropolitano, sobre todo por la naciente estación metropolitana de la Puerta del Sol sale todo el olor del fondo de Madrid, y, sobre todo, de la Puerta del Sol, cuyas profundidades cuaternarias no respiraban hacía tantos siglos, ni echaban fuera la humedad de la fuente que hubo en ese sitio.

Al mismo tiempo, se cruza con este olor y se huele en más sitios un olorcillo a silvestrería quemada, un olorcillo delicado, suave y humoso... Saliendo por las afueras, y viendo la ignición en que viven los tejares, se piensa si será el olor de esa paja y de ese abono con que se hacen los adobes que estos días se hacen por millones lo que bien filtrado por la distancia pone ese olor rústico en todo Madrid.



A nosotros nos irritan pocas cosas, nos encocoran las hueverías y miramos al pasar sus cartelitos arbitrarios y los blancos huevos inocentes. Los hueveros parece que consideran que cada huevo es un pollo o una gallina. Además, los cristales de las hueverías parecen de aumento. Se entra y vistos desde dentro los huevos, son más pequeños. No olvidaré la conversación de aquellos acaparadores de huevos que trataban de acaparar los del Norte y proponían adelantarse a la viejeciña que los llevaba al mercado y comprárselos en el camino.



¿Qué llevan los automóviles en ese cofre que va sobre un estribo?¹²⁷ Parece que ahí llevan el botiquín de urgencia para los hombres; pero no es tan egoísta el automóvil, que ahí solo va el botiquín de urgencia de la máquina.

La Tribuna, 30 de agosto de 1919, núm. 2.843, pg. 7.

*Variaciones. El ruido del "Metro"*¹²⁸

Desde esos balcones he visto sacar y sacar tierra del fondo de la calle. Un olor terrible, pestilente, de gases activos, y en que se olían los humores de la tierra, brotaba de aquella tierra negra.

Todo pasó, y el "Metro" se ha inaugurado¹²⁹. ¡Ah, qué bien!... A mí me tocaba estar sobre la línea de su recorrido, sobre su mismo conducto. Ya, si quería ir a la Puerta del Sol, con bajar a la cueva de mi barrio, como el chico de la taberna baja a la suya, podía llegar a la Puerta del Sol, sin que se interpusiese en mi camino el enorme y retardatario carro de la carne -igual que los que seguían a los Ejércitos en la guerra en tiempo de los cartagineses.

Pero en los primeros días del "Metro" escuché un ruido grave y severo, un ruido de temblor de tierra, que no estaba destinado a nosotros, sino a Ponota¹³⁰ -a trescientos mil kilómetros de aquí-, y que por eso pasaba de largo y sin consecuencias.

Rum rum rum rum rumum rummum...

Nos miramos. No nos lo podíamos negar: era el "Metro", y ya, irremisiblemente, oiríamos ese arrastre todos los días.

Los objetos de la habitación temblaron un poco; a los cristales les entro esa dentera sutil que a veces les da; lo último que se movió fue una silla, que pateó casi imperceptiblemente con sus pata desigual.

Desde ese día, todos los siguientes, a todas horas, se oye el ruido del Metropolitano y su arrastre pesado y recalcitrante. Como somos impenitentes trasnochadores, oímos todos los días el último, y después, a eso de las seis de la mañana, el primero.

El último, apenas se sabe cuál es. Solo se sabe cuándo, al cabo de un largo rato, nos decimos: "Parece que ya ha acabado por hoy."

Esas horas de asueto y de silencio absoluto las aprovechamos ahora con más avidez. Nos quedamos solos, ¡al fin!, en el espacio puro y en el silencio puro.

¡Hala!... ¡Hala!... Que volverá el primer tranvía, áspero y truculento, del nuevo amanecer, y ahora, además, el primer Metropolitano, que subraya atrozmente la mañana del trabajo y de la precipitación.

Rum rum rum rum rumum rummum...

Ya está ahí... Es que ha comenzado el día irremisiblemente, porque en seguida se reproduce el ruido, y así ya durante todo el día cada dos minutos, porque suenan el ascendente y el descendente.

¡Qué ruido más árido! Para defenderme de él he comenzado a hacerme una nueva costumbre y una nueva entereza para trabajar, aun en medio de su intermitente ruido solemne y entrecomillado...

“Es el ruido de la vida de acción... Eso debe redoblar tu sentido del esfuerzo”, me digo a mí mismo; pero para cierta inspiración delicada y diáfana, para ver en blanco otra vez la ventana de las proyecciones, para oír de nuevo lo nuevo, tengo que esperar que el último “Metro” pase, que el último ruido de sus grandes ruedas se consuma.

La Tribuna, 16 de noviembre de 1919, núm. 2.894, pg. 2.

Notas al final

1. Sin ilustración.
2. La Antigua Casa de Correos y Telégrafos, conocido como Palacio de Comunicaciones –y popularmente como “Nuestra Señora de las Comunicaciones” por su aspecto de catedral [Pedro Montoliú Camps. *Enciclopedia de Madrid*. Barcelona: Editorial Planeta 2002, pg. 410] fue obra de los arquitectos Antonio Palacios Ramilo y Joaquín Otamendi Machimbarrena. Se construyó en el solar que ocupaban los denominados Jardines del Buen Retiro. Un Real Decreto de 20 de agosto de 1904 disponía su construcción, que se llevó a cabo entre 1905 y 1918. Se inauguró el 14 de marzo de 1919.
3. Banco de España.
4. Sin ilustración.
5. Universidad Central en la calle de San Bernardo.
6. Ilustrado con una fotografía sin autoría.
7. El pintor José de Madrazo (Santander, 22 de abril de 1781 - Madrid, 8 de mayo de 1859) comenzó desde octubre de 1820 a dar clases de colorido “en su casa de la calle de Alcalá con inmensos balcones a la que es ahora calle de los Madrazo” (Véase Javier Jordán de Urríes y de la Colina. “José de Madrazo y Agudo (1781-1859). Perfil biográfico”. En Catálogo de la exposición *José de madrazo (1781-1859)*. Santander, Fundación Marcelino Botín. Madrid, Museo Municipal, 1998, pg. 60.
8. Primera Guerra Carlista (1833-1840).
9. En noviembre de 1857, fallecida su esposa, María Amalia, el infante Sebastián regresó a España tras reconocer y prestar juramento de fidelidad a la reina Isabel, volviéndose a casar el 19 de noviembre de 1860 con la infanta María Cristina de Borbón. Una vez en Madrid, el infante se instaló durante cinco años en un palacete de la calle de Alcalá, propiedad de la Corona, que se acondicionó a gusto y a expensas del nuevo inquilino. Tanto su vivienda como la planta general del servicio del Infante ponen de manifiesto el talante excepcional del personaje (Real Academia de la Historia. Diccionario Biográfico).

10. Francisco Serrano y Domínguez (San Fernando, 17 de diciembre de 1810 -Madrid, 25 de noviembre de 1885), duque de la Torre. Regente del Reino entre el 18 de junio de 1869-2 de enero de 1871.
11. Antonia María Micaela Domínguez Borrell, I duquesa de la Torre y II condesa de San Antonio (La Habana, 13 de junio de 1831 - Biarritz, 5 de enero de 1917). Noble española, muy influyente en la política española de su tiempo a través de su matrimonio con el general y regente Francisco Serrano Domínguez.
12. Práxedes Mariano Mateo-Sagasta y Escolar (Torrecilla en Cameros, La Rioja; 21 de julio de 1825-Madrid; 5 de enero de 1903). Ingeniero de caminos y político español, miembro del Partido Liberal —progresista— y varias veces presidente del Consejo de Ministros en el período comprendido entre 1870 y 1902.
13. Consuelo Vello Cano, conocida por La Fornarina (Madrid, 28 de mayo de 1884 — ibídem, 17 de julio de 1915). Cupletista.
14. Benita Cano Rodríguez.
15. Según Pedro de Répide el nombre de esta calle se debe a que “antes de ser paraje urbanizado, había unos montecillos de terreno gredoso con una cuevas en que habitaban gitanos”. Corresponde a la actual calle de Los Madrazo.
16. La escisión en dos del Ministerio de Fomento en 1900 propició el nacimiento del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Con la entrada del conde de Romanones empezaría a perfilarse un nuevo modelo de Ministerio. Inicialmente, contaba con cuatro secciones: Universidades e Institutos; Primera Enseñanza y Escuelas Normales; Bellas Artes. A lo largo de esos años fue ensanchando sus estructura, con la creación de la Dirección General de Enseñanza Primaria (1911) y la de Bellas Artes(1915). Fue también en esta época cuando se construye la actual sede en la calle Alcalá 36 de Madrid.
17. Ilustrado con un dibujo firmado [F Gines] en el que se representa la portada del edificio y un grupo de hospicianos saliendo por la puerta en fila. Sobre este artículo véase Eduardo Alaminos López. “Ramón Gómez de la Serna. El hospicio de Madrid y su portada. Un ejemplo de la tensión entre lo viejo y lo moderno”. En Revista digital librosnocturnidadyalevosia, 13 de junio de 2023. Cosas de Ramón. <https://librosnocturnidadyalevosia.com/ramon-gomez-de-la-serna-y-el-hospicio-de-madrid-y-su-portada-un-ejemplo-de-la-tension-entre-lo-viejo-y-lo-moderno/>
18. Manuel de Godoy y Álvarez de Faria (Badajoz, 12 de mayo de 1767 - París, 4 de octubre de 1851).
19. Juan Alonso Villabrille y Ron (Argul (Asturias), 1663 – Madrid, ca.1728). Escultor.
20. Ilustrado con un dibujo de C. Garza Rivera. Sobre este artista y dibujante véase Eduardo Alaminos López. “Garza Rivera, artista y pombiano olvidado”. En Revista digital librosnocturnidadyalevosia, 29 de junio de 2021. Cosas de Ramón. <https://librosnocturnidadyalevosia.com/garza-rivera-artista-y-pombiano-olvidado/>
21. Ilustrado con una fotografía del Palacio de Comunicaciones y una pintura probablemente de los Jardines del Buen Retiro con muy poca calidad en la reproducción.

22. Ilustrado con una fotografía o postal del edificio.
23. Ilustrado con una fotografía.
24. Ilustrado con un dibujo o litografía del Observatorio Astronómico. Reproducido en "Anexo. Madrid". En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998.
25. Seminario de Nobles.
26. Se refiere al excepcional modelo de Madrid, obra de León Gil de Palacio, de 1830, que se conserva actualmente en el Museo de Historia de Madrid.
27. Referencia a sí mismo que escribía en su torreón durante la noche, lo que llevó a escribir a Valery Larbaud, en 1923: "La habitación de Ramón encendida toda la noche y Ramón trabajando bajo esa luz, es seguramente algo con lo que sueñan los que le conocen...".
28. Probablemente recurre al término homeopático aquí por la proximidad con el artículo que había dedicado al Hospital Homeopático, publicado, no hacía mucho, el 17 de junio de 1920.
29. Sin ilustración. El 29 de junio de 1921, núm. 3402, pg. 3 publicaría dentro de la serie "Variaciones" otro artículo con el mismo título, pero ilustrado con un dibujo suyo.
30. Ilustrado con cuatro fotografías: "Detalle del reloj", "Fachada del Banco.- (En esta fotografía es curioso encontrar unas estatuas en la cabecera del Prado)", "Horno de quemar.- En él se destruyen los billetes defectuosos o rotos. Levantándose acta de la operación de quemarlos. La llave del horno la tiene el Consejo, y la de cenicero, el jefe de celadores.)" y "Despacho del Gobernador.- (En él se ve la mesa que servía a los Secretarios de Fernando VII para despachar con él los asuntos del Estado.)".
31. Ilustrado con cuatro fotografías de José Vidal Gabarró: "La visión más próxima del Reloj (Fot. Vidal.)", "En lo alto de Gobernación. (Fot. Vidal)", "Visión desde lo alto de Gobernación. Desde el mismísimo templete de la Bola. (Fot. Vidal) y "Interior del Reloj de Gobernación (Fot. Vidal)".
32. Ilustrado con dos dibujos de Romero-Calvet: "DESDE LA VENTANA DE UNA DE LAS CELDAS DE LA RESIDENCIA, POR RAFAEL ROMERO CALVET" y "VISION DE LA RESIDENCIA, POR RAFAEL ROMERO CALVET"; el sello de las publicaciones, dibujo de Marco de una escultura ateniense: "EL SELLO QUE CARACTERIZA A LA RESIDENCIA, TOMADO DE UNA CABEZA DE EFEBO DESCUBIERTO EN GRECIA". Sobre este artículo y los dibujos de Romero Calvet, véase Eduardo Alaminos López, Eduardo. "Ramón Gómez de la Serna y la Residencia de Estudiantes". Revista digital librosnocturnidadyalevosía, 14 de septiembre de 2020. Cosas de Ramón. <https://librosnocturnidadyalevosia.com/ramon-gomez-de-la-serna-y-la-residencia-de-estudiantes/>
33. Ilustrado con siete dibujos suyos, de los cuales seis llevan pie explicativo: "Remate corriente de Madrid", "El Ayuntamiento", "Veleta de las Cuatro Calles y de la plaza del Progreso", "Veleta de la calle de Salas" y "Comendadoras de Santiago". Este artículo lo incluyó en *Variaciones Iª serie* (1922).
34. En realidad Francisco Gregorio de Salas
35. Se puede comprobar *in situ* la exactitud con que describe esta veleta.

- 36.** El verso completo es “por donde le sueltan todos”, que Ramón suprime en parte por evitar su sentido escatológico.
- 37.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 38.** Ilustrado con un dibujo suyo, con la inscripción “INDEL LIBRERO”, visible en la verja del hotel de librero anticuario, Pedro Vindel Álvarez.
- 39.** Ilustrado con una pintura: “Interesante aspecto de la baja[da] de la calle de Alcalá, frente a la Cibeles (principios del siglo XIX) en el que se ve ya en el sitio señalado con el núm. 1 en la fachada, el edificio del Instituto Hidrográfico y con dos aspas (XX) el Convento de las Baronesas”.
- 40.** Sin ilustración.
- 41.** Ilustrado con una estampa: “Palacio del duque de Liria” y ocho fotografías: “Fachada del palacio del Duque de Alba”, “Escalera de la casa del duque de Alba”, “Salón de baile del Palacio de Liria”, “Salón Hubosson del Palacio de Liria”, “Estatua de madera que representa al duque de Alba combatiendo a la hidra simbólica de tres cabezas, la Reina Isabel de Inglaterra, el Papa y el Elector de Sajonia”, “El más célebre duque de Alba a los setenta y cuatro años (1581)”, “El Palacio de la condesa de Montijo, en la plaza del Ángel” y “Casa que ocupaba el Centro del Ejército y la Armada en la Plaza del Ángel”.
- 42.** *La Tribuna* recogía el luctuoso suceso el lunes 12 de julio de 1920, núm. 3.100, “Ha muerto la ex Emperatriz Eugenia” dedicándole una amplia cobertura escrita y gráfica.
- 43.** Sobre la etapa romana de Carabanchel había escrito unas líneas muy parecidas en la semblanza que le dedicó en este mismo periódico a Eugenia de Montijo, “Variaciones. La Emperatriz”, el 5 de enero de 1920, núm. 2.037, pg. 8: “[...] y no se diga que Carabanchel es mal pueblo; será chaparro, pero nada más que chaparro, porque Carabanchel ha sido romano, y en unas excavaciones se encontraron con un gran mosaico”.
- 44.** Cuartel de Conde Duque
- 45.** Ilustrado con una fotografía: “El centinela en la garita del diablo”.
- 46.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 47.** Ilustrado con una estampa.
- 48.** Ilustrado con dos estampas [la mala calidad de la reproducción no permite determinar si las imágenes son grabados u otro tipo de técnica] con los siguientes pies: “La antigua imagen de nuestra Señora de los Ángeles, que se venera en el Cerro de los Ángeles” y “Composición de Urrabieta en que aparece la imagen de nuestra Señora de los Ángeles a mitad del camino que recorre desde su Ermita del Cerro a la iglesia de Getafe, donde permanece durante su novena”. Parcialmente reproducido en *Elucidario de Madrid* (1931), donde añade dos nuevos párrafos, al comienzo y al final.
- 49.** Obra del arquitecto Carlos Maura Pascual y el escultor Aniceto Marinas. *La Tribuna* publicó una fotografía del monumento y del escultor en el número 2.751, de 30 de mayo de 1919.
- 50.** La ermita de la Virgen de los Ángeles.
- 51.** Sin ilustración.

52. Se conserva una fotografía de Ramón comiendo en un merendero de Puerta de Hierro (en los años 30) en el archivo de ABC. Lo que se ve en la fotografía coincide bastante con lo que comenta de este establecimiento.
53. Ilustrado con una fotografía del Monumento a los Chisperos.
54. Sin ilustración.
55. En la confluencia con la calle de Rosales. Se trata del Monumento a la Aviación Militar.
56. Sin ilustración.
57. Portugal, ciudades como Lisboa y otras localidades de la costa portuguesa tuvieron una presencia muy importante en la vida y en la obra de nuestro escritor, reflejada en las cartas dirigidas a los pombianos desde Lisboa publicadas en *Pombo* (1918), los artículos que escribió en *La Tribuna* sobre aquel país o novelas como *La Quinta de Palmyra*. También queda constancia de ese amor por el país vecino en el testimonio gráfico que dedicó a su casa “El Ventanal”, “mi casita frente al mar, en Estoril”, incluido en *La sagrada cripta de Pombo* (1924).
58. Sin ilustración.
59. Traslado casi literal del poema “Adelfos” (1902) de Manuel Machado dedicado a Miguel de Unamuno: “soy de la raza mora, vieja amiga del sol”.
60. Río Ganges, por el río Manzanares.
61. Con este epíteto ya las había calificado Antonio Machado en su poema “Las moscas”: “Vosotros, las familiares, / inevitables golosas, / vosotras, moscas vulgares, me evocáis todas las cosas”, de su poemario *Soledades (1899-1907)* editado en Madrid en 1907. Este artículo de Ramón encierra, por tanto, dos alusiones explícitas a los hermanos Machado, Manuel y Antonio.
62. Enrico Caruso (Nápoles, 25 de febrero de 1873 – 2 de agosto de 1921) y Giuseppe Anselmi (Nicolasi, Sicilia, 16 de noviembre de 1876 – Zoagli, Génova, 27 de mayo de 1929), tenores italianos.
63. Ilustrado con una estampa y una fotografía.
64. Ilustrado con dos estampas: “La fuente de los Tritones” y “La fuente de las Conchas” y una fotografía: “Otro aspecto de la fuente de los Tritones”.
65. En el catálogo del Museo del Prado está atribuida a Velázquez y taller. Otros autores la consideran como Anónimo velazqueño.
66. Ilustrado con dos fotografías: “El Puente de Segovia” y “Un aspecto del puente de Segovia” y una estampa o pintura “Visión de Madrid desde el Puente de Segovia”, fotograbado por “Carrasco y Samper Fto”. Este artículo está reproducido en “Anexo: ‘Madrid’”. En Ramón Gómez de la Serna. *Madrid. Buenos Aires (1919-1956). Edición dirigida por Ioana Zlotescu*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998.
67. Ilustrado con tres fotografías: “Puente del Campo del Moro, frente a la puerta de entrada a la Casa de Campo”, “Puente Reina Victoria” y “Puente Princesa de Asturias”.
68. Sin ilustración.

69. El edificio, diseñado por el arquitecto Juan de Villanueva en 1785, fue construido por orden de Carlos III para Gabinete de Ciencias Naturales. Posteriormente, en el reinado de Fernando VII se destinó a Museo de Pinturas y Esculturas, abriendo sus puertas al público en 1819 (Web oficial del Museo del Prado).
70. Instaladas en hornacinas, las doce esculturas, realizadas en piedra de Colmenar, decoran la fachada oeste del Museo. Fueron encargadas en 1830 al escultor Valeriano Salvatierra y Barriales, sustituido por fallecimiento en 1836 por el escultor Francisco Elías y por José de Tomás. Su programa iconográfico responde más a la conclusión del edificio que al contenido del Museo. Véase Carrasco Ferrer, "Las personificaciones esculpidas que adornan la fachada principal del Museo del Prado, *Boletín del Museo del Prado*, 1999. (Web oficial del Museo del Prado).
71. Sin ilustración. Incluido con alguna pequeña variante en *Elucidario de Madrid* (1931) cuyo capítulo "La plaza de la Armería" es mucho más extenso.
72. Debe ser error de lectura. El termino adecuado es "parada".
73. Se refiere con casi toda seguridad a la Celada de Alí Bajá, de autor anónimo turco, en acero pavonado y damasquinado en oro, realizada hacia 1570, que perteneció a Don Juan de Austria, adquirida por Felipe II tras el fallecimiento de este, pasando por orden suya a la Real Almería en 1582. Perteneció al almirante de la flota turca en la batalla de Lepanto, Alí Bajá.
74. Ilustrado con una fotografía de la fachada norte.
75. Pese a lo que sugiere Ramón bajo el ropaje de lo literario, los datos objetivos son que "el edificio que hoy sirve de sede al Museo Nacional del Prado fue diseñado por el arquitecto Juan de Villanueva en 1785, como Gabinete de Ciencias Naturales, por orden de Carlos III. No obstante, el destino final de esta construcción no estaría claro hasta que su nieto Fernando VII, impulsado por su esposa la reina María Isabel de Braganza, tomó la decisión de destinar este edificio a la creación de un Real Museo de Pinturas y Esculturas. El Real Museo, que pasaría pronto a denominarse Museo Nacional de Pintura y Escultura y posteriormente Museo Nacional del Prado, abrió por primera vez al público en 1819" (en <https://www.museodelprado.es/museo/historia-del-museo>).
76. Aureliano de Beruete y Moret (Madrid, 1876 – 1922), historiador y crítico de arte, fue director del Museo del Prado entre 1918 y 1922. En 1919 inauguró las salas dedicadas a El Greco y a Diego Velázquez.
77. Véase A. de Beruete y Moret. "La reorganización del Museo del Prado. Nuevos Pabellones", en *Vell i Nou. Revista mensual d'Art*. vol. I, diciembre de 1920, nº IX, págs. 308-311. En este artículo, Beruete da noticia de que el Museo del Prado "se encuentra en un periodo de reorganización", para lo cual era necesario "la construcción de nuevos pabellones con nuevas salas, lo que por fortuna -apostilla- ya está realizado". El artículo recoge a continuación las obras expuestas en esas nuevas dependencias.
78. Se refiere a la importante serie pintada por el artista florentino y teórico de la pintura Vicente Carducho (Florencia, ca.1576 - Madrid, 1638) para la Cartuja de Santa María de El Paular, en la que se narra la vida del fundador, san Bruno de Colonia, y los hechos más notables de la orden durante los siglos XI al XVI. Véase (<https://www.museodelprado.es/actualidad/>

noticia/los-cartujos-de-carducho-regresan-a-el-paular/59476b56-526d-4cf7-aa47-1103cc-c50ae3).

79. Ilustrada con una fotografía.
80. Es probable que Ramón se esté refiriendo al que es actualmente Museo Nacional de Antropología, próximo al parque, donde vería las piezas de las que habla, procedentes tal vez de la Exposición General de Filipinas, inaugurada en 1887 en el Palacio de Velázquez en el Retiro.
81. Sin Ilustración.
82. Se refiere a los óleos *Las vitrinas* (1910) y *El visitante y las vitrinas* (1910).
83. Ilustrado con la obra del Greco, *Caballero anciano* (1587-1600). Días antes (el 8 de julio) *La Tribuna* había dado la siguiente noticia: "Ladrones audaces. El intento de robo en el Museo del Prado. Se confirman los rumores.- Los ladrones intentan llevarse un cuadro del Greco". En el cuerpo de la noticia se da información del "cuadro que se ha querido robar", el "señalado en el catálogo del Museo con el número 806", el "Retrato de un señor desconocido", que corresponde con ese *Caballero anciano* (Museo del Prado, P806). La noticia también refiere que "con motivo de este resonante suceso, el Patronato ha pedido que los jardines que rodean al edificio, y que en la actualidad son por la noche albergue de lo más soez y repugnante del hampa madrileña, sean iluminados profusamente".
84. Se refiere al corte que el presunto ladrón infringió en la tela y que la citada noticia refiere también.
85. Ilustrado con tres fotografías.
86. Este recuerdo podría estar asociado con su etapa adolescente cuando formaba parte de la claque del teatro Español como refiere en su semblanza de José Echegaray en *Nuevos retratos contemporáneos* (1945), donde también alude a la claque del Teatro Real.
87. La comparación que aquí hace Ramón con la decoración de la ermita de San Antonio de la Florida está referida a las llamadas "ángelas" con que Goya decoró los medios puntos inferiores. El término "ángelas" (que aquí sirve de comparación con la bailarina que recuerda) fue acuñado por el historiador Enrique Lafuente Ferrari, figuras a las que el profesor Rogelio Buendía calificaría luego como "majas angélicas". Véase Gonzalo M. Borrás Gualis. *Los frescos de San Antonio de la Florida*. Madrid, Electa, 2000, pg. 45.
88. Sin ilustración.
89. El Café Español, donde solía ir Antonio Machado como recordaría en la semblanza que dedicó a los hermanos Machado, en *Nuevos retratos contemporáneos* (1945): "A Antonio solo se le veía –recuerda Ramón– en un café sórdido que era también de mi predilección. El café Español, frente al Teatro Real".
90. Ilustrado con dos fotografías.
91. Sobre Jacinto Benavente y Ramón a propósito de un teatro para los niños, véase Eduardo Alaminos López. "Un manuscrito autógrafo de Ramón Gómez de la Serna sobre Jacinto Benavente en la Biblioteca Histórica Municipal". Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2018.

- 92.** Ilustrado con dos dibujos, uno suyo con el pie: “El moderno espectador con los pequeños gemelos gafas” y otro con el pie: “(x) El antiguo espectador buscando las bellezas con sus enormes gemelos”.
- 93.** Sin Ilustración.
- 94.** La denominación de ambas instituciones fue cambiando con el tiempo. El *Colegio de Cirugía de San Carlos* pasó a llamarse *Hospital Clínico de San Carlos* y el *Hospital General y de la Pasión* se conocería como *Hospital General de Madrid*, su denominación más común y como *Hospital Provincial de Madrid*, cuya función como tal finalizó en 1965.
- 95.** A esas casas también se refiere Pedro de Répide al hablar del Callejón del Hospital (artículo recogido en el libro *Las calles de Madrid* (Afrodisio Aguado, 1981) en el que escribe: “Ha permanecido mucho tiempo sin que se construyeran en él casas para vivienda, y hace poco han sido edificadas varias del mismo aspecto y para copiosa vecindad en su acera de la derecha. La otra sigue en toda su extensión la tapia del Hospital General, a cuya vecindad debe el nombre que actualmente lleva”. Recordemos que Répide escribió sus “Calles de Madrid” en forma de artículos, publicados, entre 1921 y 1925, en el periódico *La Libertad*.
- 96.** Juan Fourquet Muñoz (Madrid, 31 de marzo de 1807 – 21 de julio de 1865), médico y anatomista, estudió medicina y cirugía en el Colegio de San Carlos.
- 97.** Ilustrado con dos fotografías. Una, sin pie, corresponde al interior del albergue “El Pajar”. La otra con el siguiente pie: Lo mismo que en Madrid.- La escasez de viviendas en Alemania. Un aspecto de la cola formada a la puerta de las oficinas de la Inspección General de Viviendas en Berlín, por los vecinos que buscan casa (Fotografía Sknnecke). Ambas fotografías crean un contraste muy agudo entre las realidades que la imagen describe.
- 98.** Sin ilustración.
- 99.** Ilustrado con una estampa con el pie: “El Hospital Homeopático”.
- 100.** Samuel Hahnemann (1775-1843).
- 101.** Allan Kardec (1804-1869). “Profesor, filósofo y escritor francés, considerado el sistematizador de la doctrina llamada espiritismo”.
- 102.** “Las cosas semejantes se curan con las semejantes” (Máxima de la medicina homeopática).
- 103.** Ilustrado con dos fotografías: “El Hospital Provincial” y “Patio-jardín del hospital”. Incluido en el libro *Variaciones Iª serie* (1922)
- 104.** Ilustrado con una fotografía: “El célebre enano Paquito”.
- 105.** Sin ilustración.
- 106.** A este artículo le siguen “Variaciones. Vísperas”. *La Tribuna*, 2 de noviembre de 1919, núm. 2.880, pg. 2; “Variaciones. El día de difuntos”. *La Tribuna*, 3 de noviembre de 1919, núm. 2.881, pgs. 7-8; “Variaciones. Al día siguiente”. *La Tribuna*, 4 de noviembre de 1919, núm. 2.882, págs. 6-7; “Variaciones. Más evocaciones”. *La Tribuna*, 6 de noviembre de 1919, núm. 2.884, pg. 2 y “Variaciones. Epílogo”. *La Tribuna*, 8 de noviembre de 1919, núm. 2.886, pg. 6 con el que concluye “esta novena de seis días dedicada a los muertos”, en los que Ramón

trata diversos aspectos relacionados con la muerte. Entre otros, los muertos por causa de las epidemias, el cuidado de las tumbas, los cementerios nuevos, las representaciones del Don Juan Tenorio, las coronas o la desaparición absoluta de la voz, después de muerto. En relación con Madrid en el artículo “*Variaciones. Más evocaciones*” recuerda a “una muerta olvidada”, la condesa viuda de Jaruco a la que José I, enamorado de ella, ordenó que la volvieran a enterrar en el jardín de su casa, en la calle del Clavel, 11. Calle que desapareció parcialmente con la reforma de la Gran Vía y que le hace preguntarse a Ramón “¿Dónde estará ahora?” La anécdota de los amores de José I con esa dama, su desenterramiento la misma noche en que fue enterrada en el cementerio de la puerta de Fuencarral y el traslado de sus restos al jardín del palacete de la calle del Clavel también la recoge Pedro de Répide. Véase *Las calles de Madrid* (Madrid, Afrodisio Aguado, 1971).

- 107.** Curiosa advertencia de un escritor que vivió prácticamente toda su vida rodeado de cosas vulgares, objetos peculiares e imágenes recortadas de revistas, y que manifestó muy tempranamente que quería vivir rodeado de un Rastro: “Mientras mi despacho se va llenando de cosas, no solo de las que he traído de París sino nuevas adquisiciones a través de mis bajadas al Rastro” en Cap. XXXII de *Automoribundia (1888-1948)* (1948). Unas líneas antes se ha referido precisamente a su despacho que quedaría ensombrecido si metiese en él un pensamiento de esos que se vendían en la tienda de la calle de Alcalá. De dicho comentario se extrae la prevalente condición hilarante y amena que se desprende del conjunto de los objetos que colmatan el despacho que no excluía, sin embargo, la presencia de objetos vinculados con la muerte, el cuadro *La muerta viva* que perteneció al duque de Rivas, la “auténtica lápida de cementerio, lapida de nicho [que yo empotré en la pared [y que] decía: “ANITA FONSECA / MURIÓ DE LA EDAD DE 18 AÑOS / EL 7 DE ENERO DE 1860. / SU AMIGO BARTOLMÉ CRESPO / LE DEDICA ESTE RECUERDO”, la placa que aún se conserva “Peligro de muerte” que puede verse en el despacho que instalé en el Museo de Arte Contemporáneo o la calavera y las tibias (creo que de pacotilla) sobre su mesa de escribir. Los despachos o torreones de Ramón pueden verse como una *vanitas* barroca o un emblema del *memento mori*. La muerte, como ha recordado recientemente Humberto Huergo Cardoso en *Ramón Gómez de la Serna. El desahucio a la vista. Escritos sobre fotografía (1908-1954)* está en el epicentro de su obra, “que el autor de *Automoribundia* -la autobiografía como autotanatografía- viene barajando prácticamente desde que saltó al ruedo literario”.
- 108.** Ilustrado con tres fotografías de Candelas.
- 109.** Situado en las afueras de la Puerta de Bilbao, en el camino llamado de Amaniel. El médico e higienista Pedro Felipe Monlau lo describe en *Madrid en la mano o El amigo del forastero*, publicado en 1850. El cronista Pedro de Répide, en su artículo “Los cementerios viejos”, *La Esfera* de 31 de octubre de 1914, núm. 34, pg. 6, lo consideró uno de los más bellos de Madrid.
- 110.** El cementerio de la Patriarcal estaba situado entre las calles de Joaquín María López, Vallehermoso, Donoso Cortés y Magallanes. Se inauguró en 1849 promovido por la Congregación del Santísimo Cristo de la Obediencia y Hermandad Real de Palacio. En él se daba sepultura a soldados, funcionarios, sirvientes y demás trabajadores de la Casa Real.
- 111.** Se trata, sin duda, de la lápida de un niño muerto a los pocos días de haber nacido, de ahí lo paradójico del contenido de la inscripción.

- 112.** Ramón tuvo en su despacho (torreón) una bola de estas.
- 113.** El hundimiento del tercer depósito del Canal de Isabel II de Madrid se produjo el 8 de abril de 1905. Como consecuencia murieron 30 trabajadores, dejando más de 50 heridos de gravedad. El ingeniero encargado del proyecto fue José Eugenio Ribera, uno de los primeros investigadores del hormigón armado en España. A causa del siniestro fue encausado y juzgado, y defendido por Melquiades Álvarez y actuando como perito José de Echegaray. Ramón se refirió a este suceso en su semblanza de “Don José Echegaray” en los siguientes términos: “Don José entre cálculo y cálculo -no muy buenos cálculos porque por haber calculado mal se le hundió un día la cubierta del tercer depósito de agua de Madrid sobre cien obreros, matando a algunos- se distrae y escribe poesías, conatos de novelas, pero sobre todo nomenclaturas de dramas” (Ramón Gómez de la Serna. *Nuevos retratos contemporáneos*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945, págs. 67-68).
- 114.** Ilustrado con la estampa *Camino del Este. Camino del cementerio* (Aguafuerte, aguainta y punta seca) de Ricardo Baroja. Aunque la reproducción está muy empastada, se trata de una prueba del segundo estado. Véase la catalogación y comentario de esta estampa a cargo de Pio Caro Baroja. *Imagen y derrotero de Ricardo Baroja*. Bilbao. Museo de Bellas Artes de Bilbao, 1987, págs. 285-286, que la fecha en torno a 1904.
- 115.** Ilustrado con varias obras (dibujos y esculturas) y un retrato fotográfico de Julio Antonio
- 116.** La transcripción completa del artículo puede leerse en Ramón Gómez de la Serna. *Retratos, semblanzas y caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, págs. 66-72.
- 117.** Ilustrado con un dibujo suyo y la reproducción de un recibo (de su abuelo como aclara en el texto) de la “Real y Más Antigua Archicofradía Sacramental de S. Martín, S. Ildefonso y S. Marcos de esta Corte” (de 1867).
- 118.** La belleza de este cementerio ya la había subrayado Pedro de Répide en el artículo, “Los Cementerios viejos”. *La Esfera*, 31 de octubre de 1914, núm. 44. “El más bello, sin duda, de todos los cementerios clausurados, y cuya demolición no ha de hacerse esperar tampoco [...] que ostenta la elegancia de la columnata de su peristilo, sobre el fondo hermosísimo de su ciprada”.
- 119.** Ramón Puig.
- 120.** Ilustrado con dos dibujos: “Bendición del nuevo ‘Cementerio del Este’, por el señor vicario eclesiástico” y “Perspectiva de conjunto de la nueva necrópolis”. Este último es obra de Francisco García Nava. *Necrópolis del Este (Vista general)* (1905)
- 121.** Otras referencias al entierro de Julio Antonio y a este cementerio en el artículo *Variaciones. Ya hace un año. La Tribuna*, 14 de febrero de 1920, núm. 2.973, págs. 14-15. En este artículo, Ramón califica a esta “gran Necrópolis de cemento armado” como “la Ciudad Lineal de la muerte”. Véase Gómez de la Serna, Ramón. *Retratos, semblanzas y caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021, págs. 66-72.
- 122.** Ilustrado con la esquila de Don Joaquín Gaztambide y Garbayo, fallecido el 18 de marzo de 1870.

- 123.** Véanse los artículos *Variaciones Día de Difuntos. La Tribuna*, 3 de noviembre de 1919, núm. 2.881, pgs. 7-8 y *Variaciones. El drama del cementerio de San Martín. La Tribuna*, 1 de noviembre de 1920, núm. 3.196, pg. 6.
- 124.** El Real Cinema, inaugurado 15 de mayo de 1920.
- 125.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 126.** Sin ilustración. Estas greguerías son un buen ejemplo de greguerías sobre la ciudad.
- 127.** Se refiere a los automóviles impulsados por gasógeno, combustible muy utilizado entre la Primera Guerra Mundial y la posguerra, debido a la escasez de abastecimiento del petróleo.
- 128.** Sin ilustración.
- 129.** El 17 de octubre de 1919, el rey Alfonso XIII inauguró la primera línea de Metro de Madrid, cuyo recorrido unía la Puerta del Sol con Cuatro Caminos.
- 130.** Ponota está en la isla de Tabuaeran o Isla Fanning, atolón de las islas de la Línea, en el océano Pacífico.

CAPITULO III

Establecimientos comerciales, escaparates, puestos callejeros y venta ambulante • Industrias y Mercados • El Rastro • Anuncios, muestras, rótulos, letreros y pasquines • Cafés y terrazas • Medios de locomoción

(30 de septiembre de 1916 - 11 de enero de 1922)

Establecimientos comerciales, escaparates, puestos callejeros y venta ambulante

El Momento. Los maniquíes¹

MIS AMIGOS

Conozco personalmente a casi todos los maniquíes de Madrid. Tengo muy buenos amigos entre ellos. Hasta a los tiosos y orgullosos les saludo, sin exceptuar a esos impertinentes maniquíes de la calle de Caballero de Gracia, que nos sorprenden siempre de sopetón, muy mal encarados, aun cuando se encara uno con ellos se hacen los distraídos.

Los maniquíes ortopédicos son los más desgraciados sobre todo algunos que están fajados de la cabeza a los pies, con corsé niquelado, con muletas, con el brazo en cabestrillo, con un ojo vendado, llenos de demasiadas enfermedades, de más que las que pueden suponerse en un hombre mortal –un hombre inmortal las podría aguantar todas sin ese límite de resistencia que para su consuelo tiene el hombre mortal– ¡Y pensar que esos pobres maniquíes no se curarán nunca, agobiados por un estigma humano, hechos una verdadera lástima!

Los maniquíes de las tiendas de ropa blanca –sobre todo cuando lucen esos trajes de punto de una sola pieza– resultan grotescos y escandalosos, y resulta incomprendible cómo señores tan respetables, con cara de barbudos, directores de Banco, de serios caballeros de levita, puedan estar así en un escaparate.

Los maniqués de las corseterías están bien, aunque tienen el defecto de ser todos lo mismo, y así, por ejemplo, en plena plaza del Progreso, donde debía exhibirse una flamenca morena, con patillas y con las típicas formas del barrio de la Morería, está la misma rubia de frío continente.

Las cabezas de maniquí de los gorreros son cabezas cortadas, abrumadas por su gorra, cabezas de esos cuerpos sin cabeza que a veces lucen los trajes en algunas sastrerías, rematadas por un negro boliche, un gollete tumefacto como el que le queda, negro de sangre, a la gallina después de que le cortan la cabeza. No debían permitirse esas descaradas degollaciones, sobre todo las de los maniqués infantiles, que tanto abundan así, sin cabeza, rebajados, con el sombrero sobre el muñón del cuello; maniqués como de niños jorobados, como de niños malogrados, vestidos de marineros, si son niños, y con un trajecito con un canesú de encaje, si son niñas; con sus pantorrillas al aire, ¡pero sin cabeza!

Los maniqués de niños internos con traje galoneado y gorra de los escolapios parecen niños que han perdido a su mamá, que se han quedado en la tienda como en un triste internado que no acabará nunca. ¡Tristes huerfanitos!

Los maniqués bizcos o medio bizcos, con un ojo normal y el otro no se sabe cómo, exasperan como ninguno; no se les dejará ver nunca, y su bizquera no se podrá corregir jamás, pues es de nacimiento, y si el restaurador se empeña en curarla, la agravará cada vez más. También los maniqués con un cigarro en la comisura de la boca, y que guiñan un ojo porque les pica en él el humo del cigarro, desesperan, porque sabemos lo que se les ve sufrir demasiado tiempo, insosteniblemente, esa irritación, sin poder quitarse el cigarro de la boca.

Y no hablo de las cabezas de las peinadoras de postín, que son como las cabezas de los fenómenos de feria que tienen más que busto, y hablan como muertas cercenadas, sin entrañas -¡sin entrañas!- ni pies, ni brazos, ni hablo tampoco de las peinadoras baratas, porque su novela -la novela de unas pobres mujeres maltratadas, degolladas por el chulo de su corazón- sería un folletín interminable.

Yo conozco a todos los maniqués, me enternecen, me interesan, y por eso me creo en derecho a hablar de ese robo de un maniquí en la Cava Alta y me fijé más que nunca en los dos maniqués que había en su acera, frente a una sastrería. El uno era un buen hombre de barba, un hombre honrado, un fracasado con toda la barba, un hortera de sombrero flexible, y que en medio de las calle, sin ese sombrero que idealmente le correspondía, y con pelliza, resultaba muy desairado, y el otro era un granuja, un "guaja", de gorra canela o de gorra a cuadros, con el retrato de la Chelito²

en el forro, un “golfo” de nariz pendenciera y guluzmeante, un chulón, con las manos metidas flamencamente en los bolsillos oblicuos de su pelliza de cuello y bocamangas de astracán; todo él estaba echado un poco hacia delante, contenido solo por un cordón que le unía por el cuello a un clavo, notándose en él la tendencia a escapar, el deseo de irse de “juerga”, el pensamiento fijo de irse al café de San Millán. En broma o en serio, el caso es que pensé -lo juro- que aquel chulo de mala muerte iba a aprovechar cualquier ocasión para fugarse, aunque no fuese más que con puesto.

Eso pensé, y cuando lo tenía ya olvidado, he leído lo de que en la cava Alta un ratero había escapado con un maniquí, que no era de un niño, como se ha dicho, porque allí no había ningún maniquí de niño, sino indudablemente, el de aquel chulo perdido, que había inducido y comprometido a un camarada suelto para que le libertase. Que los jueces en su día tengan presente mi versión, para que no pague el amigo piadoso y superior al maniquí lo que debe a la mala compañía del chulo de la pelliza. Seguramente el chulo le sopló de lejos las bases de la fuga, haciéndole ver que los alrededores protegían la fuga, pues la calle de la Cava Baja, del Almendro, la travesía del Almendro, la calle de Grafal, de los Tintoreros, de los Latoneros y de los Cuchilleros parecen dispuestas para que los perseguidos se escabullan, y haciéndole ver que no es equitativo ante Dios que un maniquí tenga abrigo y un hombre de friolera y traspasable pasta de carne no lo tenga.

Por esto yo disculpo ese robo, aunque haya de hacer presente al mismo tiempo que yo solo no he disculpado un robo en el que actúo de delator. Fue una noche en el paseo de Luchana. De un banco público, en que dormía un pobre hombre, se levantó una vieja con una muleta que me sorprendió en sus manos, puesto que no era coja ni se servía de ningún modo de la muleta. Una de esas súbitas y anteriores revelaciones a la revelación precisa, me hizo seguirla, y cuando vi que escondía la cabeza de la muleta debajo del delantal, la detuve, la entregué a la Policía y todos juntos nos llegamos al banco público en que dormía aquel bulto, que resultó ser cojo, ¡y qué cojo!, un cojo de una pierna, desde la cadera, y tan pobre, que solo tenía aquella muleta y un bastón, por lo que era de esos cojos miserables, que saltan sobre su única muleta como sobre la garrocha, a cada paso que dan. Este ha sido el único robo que me ha conmovido y me ha dejado estupefacto. ¿Qué hubiera sacado por aquella muleta la pobre bestia ladrona? ¿Qué gesto hubiera puesto al despertar el pobre cojo al encontrarse sin la muleta? ¡Ah, cuando paso junto a aquel banco de pienso que aún estaría allí aquel pobre cojo, allí desde entonces, porque no hubiera podido moverse sin muleta, y era tan pobre y la gente huye tanto del que implora y no la puede perseguir, que aún no hubiera encontrado el medio de salir de una actitud de tronco caído.

La Tribuna, 30 de septiembre de 1916, núm. 1.694, pg. 8.

Variaciones. Miradas³

El que pinta con tiza todas las tardes las alzas, las bajas y las consignaciones de los valores en las brillantes pizarras de los Bancos, se parece, en su escalera, al que limpia los cristales del escaparate; pero su misión es solemnísima e intelectual.

Todas las tardes se paran muchas gentes a contemplar la operación; pero nadie sabe lo que quieren decir las fechas, aunque sospechan que es dinero de lo que se trata, y miran por eso con avidez, como presenciando la inscripción de los primeros premios de lotería. A los más, reconoce que han subido o bajado los francos.

Por lo menos, señala ese acto de escribir los números en los brillantes pizarrines de los Bancos el momento álgido de la tarde después del que comienza ya el ocaso de su interés. Los miserables están preocupados por ese momento, y cuando pasa, se sienten más enterados, más arruinados o más afortunados, según la arbitraria aparición de las cifras irreparables, jeroglíficas, fatales.

El día está cumplido, rematado, juzgado definitivamente.



En las miradas a los escaparates nos encontramos los sombreros de curas y vemos sus diferentes clases, pues, por lo visto, se puede elegir a capricho. "Yo elegiría ese -piensa uno-, porque así parecería un abate, y en el parecer de un abate está el éxito de la carrera eclesiástica." Junto a esos sombreros de teja, cada vez más recortados, cada vez menos parecidos al del cura del "Barbero de Sevilla", están también los bonetes de cura al lado de los "bonetes-mucetas" de doctor, viéndose lo primos hermanos que son, sobre todo cuando es, además, "bonete-muceta" de doctor el bonete de picos del cura, porque el señor cura se ha doctorado para ser director de un colegio, el "señor director".



Es sorprendente ver que, sin disciplina ninguna, pasan esos dos amigos a esas dos amigas dando los pasos más a la par que los soldados.



Se están acabando los pisos bajos⁴. El comercio convierte sus ventanas en puertas, e inaugura una tienda. Aquellos pisos bajos del centro por lo que se atisbaba de la vida privada de la ciudad, van desapareciendo. Ya aquellas novias de los pisos bajos han desaparecido.



Hay muchos focos rotos, como grandes globos de los ojos de la ciudad, que padecen horriblemente de la vista... El foco roto muestra con escándalo su rotura, su herida, su irritación del lagrimal de la luz. El foco roto hace sufrir la vista de los demás, la [ilegible]ntagia, la punza con su luz agria y aguda. El foco roto pone desiguales y quebradas notas de luz sobre el pavimento, y sobre las tapias se refleja como una luna descamisada.



Ya es viejo que veamos en esa tienda el frac que “ha ganado el primer premio, la medalla de oro, en una exposición celebrada hace dos años”. Está en si percha del escaparte, altivo, señero, dandy; pero nadie lo compra, lo cual resultan una verdadera injusticia, y revela la indiferencia del público, aunque tal vez ha entrado alguien a por él, y como el frac perfecto necesita un hombre perfecto, no le ha venido bien a nadie.

¡Pobre frac, que se va pasando de moda, abrumado por su cartel y sin la medalla de oro clavada en el pecho, como debía ser! Yo he pensado mucho en él, y he contado con ponérmele si hubiese tenido que ir a algún lado de etiqueta, pues aunque me hubiera estado un poco grande, siempre habría quedado distinción y seducción bastante en él, además de que no me hubiese quitado el cartel en recepción o en el baile.

La Tribuna, 16 de mayo de 1919, núm. 2.737, pg. 3.

***Variaciones. ¿Qué marino ha desaparecido?*⁵**

¿A qué marino se ha tragado el mar de la muerte? ¿Qué marino español ha desaparecido?

No tengo más que un dato de la desaparición de ese noble y simpático marino. (Los marinos siempre son nobles y están bien. Silverio Lanza⁶ era marino).

En la librerías de viejo, sobre todo en una librería de viejo, han aparecido numerosos tomos sobre cuestiones de marina, mapas del mar, cuadernos de bitácora, libros de estudio sobre la marina y hasta un tomo literario *Cuentos de a bordo*, en el que inteligentes oficiales de la Marina -de los que alguno ha sido después ministro de Marina-, han escrito páginas sentidas, sensatas, inspiradas, que hubiera sido incapaz de escribir cualquier otro gremio reunido para eso. ¡Ah, los marinos tienen un amplio, fantástico y generoso espíritu!

En la portada de todos estos libros, como anagrama interesante y proverbial hay un ancla. El ancla me conmueve, y ya de pequeño, cuando usaba esos trajes de marinero en los que está bordada en oro, me sentía orgulloso de lucir mis anclas simbólicas. El ancla es una insignia novelesca, acertada como el signo de la cruz, evocadora, serena, equilibrada y dominante. ¡Qué extraña seguridad da como profana áncora de salvación, como si nos anclase y nos consolase el mirarla, como si se deshiciese a su innovación algún misterioso maleficio, como si en el mar de la vida o de la muerte el ancla, la sola idea del ancla, nos anclase!

¡Pobre marino desaparecido en un drama de muerte natural, en el camarote inmóvil de su alcoba de la ciudad!

Sin saber quién ha sido, conmovido por esta coincidencia de todos sus libros en un baratillo, he querido en una nota breve exaltar su figura, dedicarle una misa sentida, reconocerle con admiración y afecto porque surcó muchas veces el mar, pasó por todos sus azares y en su calavera quedará, como en una caracola, el rumor del mar, un eco de superhombria, extraordinario en medio de los cráneos sordos y estúpidos de casi todos los muertos.

La Tribuna, 18 de mayo de 1919, núm. 2.739, pg. 2.

Variaciones. Ciudadanerías⁷

En las panaderías hay entre el pan un despertador. Se ve que hay que levantarse temprano.

Esas antiguas panaderías, como la del Mico, la de las Descalzas⁸, la de la Espiga, etc., parecen despachar un pan antiguo y tierno, un pan verdadero, el pan que tomaba Lope de Vega o Quevedo. Los panaderos son los que más cuentas hacen; siempre están sobre su “libreta” de apuntaciones tomando nota de las libretas⁹ despachadas. Sin una gran contabilidad, parece que no dejaría ganancia el pan.

Esa taberna que tiene un loro que dice al parroquiano que se va “¿Has pagado?”, es la taberna del dueño genial.

Los maniquís van llegando al escándalo. Cada vez se desnudan más y añaden más provocación a sus encantos. Sus medias caladas son visibilísimas hasta la liga. Parece que el gobernador va a tener que intervenir.

También sucede ahora con los maniqués que su población ha aumentado, y quizás por eso se les trata con menos aprecio y cierta desvergüenza. Se les gasta muchas bromas además, y así, una novia entera y verdadera, con su gasa blanca sobre el vestido negro, con su corona de azahar, con su pulsera de pedida y su anillo, tiene el precio de 200 pesetas clavado en sitio inoportuno.

Ya hasta hay maniqués en las tiendas más pérdidas de la ciudad y en las casas de empeño, sucediendo que alguno de ellos solo sale a relucir en Carnaval, luciendo un frac antiguo, por si pica algún desgraciado lleno del anhelo de ir al baile del Real.

¿Quién impone con esa unanimidad los juegos de los chiquillos? En este momento, todas las niñas juegan al juego de los alfileres de cabeza de color. En todos los barrios, sentadas sobre las losas de las aceras, al salir del colegio, sacan todas las niñas sus alfileres de cabeza de color y se los juegan. Así como las monjas llevan colgando un acerico cuajado de alfileres de cabeza negra y que parece la mora más enorme de las zarzamoras, las niñas llevan un gracioso acerico de granados colores.



En nuestros paseos por las afueras hemos visto los cazadores de grillos echados sobre la tierra y metiéndose los grillos en la gorra, entre gorra y cabeza. (¡Qué extraño garrapateo deben sentir en la cabeza en verdadera espuerta de grillos!)

La “cupletista-cucaracha” ya suena en los patios. “El canto del timbre”, que es su cuplé de siempre, repite su estribillo estridente y monótono.

El ruiseñor (!) de los patios ciudadanos nos revela la alegría de la tierra, del subsuelo, bajo el claro de luna.

La Tribuna, 26 de mayo de 1919, núm. 2.747, pg. 2.

Variaciones. Miradas¹⁰

Es curioso, y hace impresión, ver en las casas antiguas, cuando quitan el rótulo de madera o de cristal del comerciante antiguo, el letrero de otra época remota y extraña pintado aun sobre la piedra, y que en seguida tapan.

Últimamente, en la calle de Carretas, ha aparecido el de la LIBRERÍA DEL ORO, fresco pintado sobre las piedras del marco de la puerta, y con la D enlazada con la E y conteniéndola dentro, como en su seno.

Esos carteles que aparecen revelan todo el ambiente de la calle en aquel tiempo. Debía resultar mucho menos recargada la calle en aquellos tiempos en que estaban escritos los nombres sobre la misma pared de las casas.

Se exhiben ahora unos papeles de habitación -flores clavadas sobre fondo variable-, que, medio extendidos en los escaparates, parecen telas para casullas.

Ya va siendo algo proverbial de la ciudad estos puestos de tortas, sucursales de una gran fábrica: "La Fama en tortas." Varios inviernos y varios veranos llevan ya esos puestos haciendo guardia en las rondas y en los bulevares. Han resistido los fríos terribles y los calores que acaban de tostar las tortas, dándolas un punto de cochura exquisito.

Hay que proteger esa industria nacional que intenta instituirse. Dan pena, por lo frágiles que resultan, esos puestos blancos, con su mostrador y sus cristalitos, y da pena ver la enorme paciencia que tiene esa gran mujer de pueblo, esa paleta, quizás segoviana, que espera que entre en el público la afición a las tortas, y en el verano, sobre todo, necesita remover sobre ellas, constantemente, los zorros de papel.

Las tortas, las grandes tortas, llenas de fundamento, son las que evitarían la tuberculosis a los chicos; pero vaya usted a proponerles a los chicos una torta en vez de otra porquería cualquiera. Solo cuando van con su mamá o su papá tienen que comerse a la fuerza toda entera.

Ya estamos en el tiempo de las nubes blancas, de las que salen de las espumas albísimas del mar. Todavía vienen un poco manchadas, como algodones que han servido allá lejos; pero pronto vendrán completamente blancas, absolutamente blancas.

Por estas un poco grises, estas que atormentan con el presagio de la tormenta, como esponjas empapadas de agua, es por las que se pirran los pintores que saben dar con una gran naturalidad los dos toques de plata reluciente en el conjunto gris. Los pintores prefieren cielos con nubes siempre, porque así distraen con el cielo fácil y lleno de naturalidad, del paisaje al que el cielo da cierta veracidad, y también porque si pintan un cielo limpio de nubes, todo azul, les sale un cielo opaco, pesante, sin luz; un cielo más cetrino y ceñudo que con nubes.

La Tribuna, 11 de junio de 1919, núm. 2.763, pg. 5.

Variaciones. Ascensión de la pequeña taberna del Tío Mereje¹¹

El calor es terrible, y los negociantes, sobre todo, lo combaten en sus tiendas con los ventiladores. Hasta en las galerías de los fotógrafos se disfruta de un momento con brisa, gracias a los ventiladores, que soplan amenazando un poco con que salga *movido* nuestro retrato.

Hay el ventilador pequeño y como un abanico, y el que se mueve, no solo con un movimiento de rotación, sino de traslación, y el que es como la hélice de un aeroplano en posición vertical.

Muchas veces, los ventiladores no dan aire, *suenan*; pero eso refresca también mucho, y cuando al entrar en un sitio oímos el rumor de aeroplano que caracteriza al ventilador, nos sentimos satisfechos, pues a nosotros nos refresca hasta ese que no hace más que mover esos flecos de colores que aquí les plantan y que convierten a los ventiladores en vistosas panderetas de aire, pero acaireladas y llenas de cintas de seda.

Hasta el tío Mereje, que tiene su taberna situada en una de esas casitas que quedan en Madrid de cuando Madrid era un pueblo, se había decidido este verano a refrescar su establecimiento con el mejor y el más grande de los ventiladores existentes. En efecto, en la mejor fábrica adquirió un ventilador de los que se adosan en el techo, con aspas de molino y con un motor enorme. Varios operarios lo estuvieron montando teniendo que taladrar el techo de la taberna hasta encontrar comunicación con el pavimento del piso de arriba, donde se le puso una gran tuerca al remate que sobresalía.

Todos los chicos del tío Mereje y sus amigos habían estado alrededor del ventilador durante la tarea de montarle, y alguno había propuesto a otro que, de poder hacer con un cajón y dos grandes cometas un cuerpo provisional de aeroplano, huirían para

siempre de los malos tratos de sus padres y de sus maestros. Realmente, mientras estuvo descolgado, tenía facha de una verdadera escoba de bruja, y parecía que solo montándose en su eje se podría ascender sobre los tejados.

Por fin, el gran ventilador pudo funcionar. Se hizo la prueba y se fundió la luz eléctrica de todo el barrio. Después se pusieron unas grandes resistencias, y *se encendió* con conmutador, en vez de con llave, la lámpara eléctrica, que no alumbra, sino que se mueve. El gran ventilador comenzó a moverse, lento, como incapaz de adquirir grandes velocidades; pero poco a poco, y como si se dilatase su rosa de los vientos -rosa de los vientos de *cien hojas-*, como si su aureola creciese, comenzó la marcha vertiginosa, y ¡ras!, la casa que se desprende y vuela con todos, dejando un solar que ya está anunciado a 5 pesetas pie. (En la calle de la Puebla, núm. 11, darán razón.)

La Tribuna, 23 de junio de 1919, núm. 2.775, pg. 5.

Variaciones. A lo largo de la noche¹²

Hay la noche espolvoreada de luna, noche como salada y sazónada por la luna.

[...]

Alguna otra noche sale a nuestro encuentro una luna de barrio, luna botijil, luna que dice “sipi”. (Timito un poco anticuado, pero que acaba de llegar a la luna, porque algo tienen que tardar las cosas en llegar a ella.)

En el verano de los balcones abiertos hay un espectáculo de fondo. Hay muchos balcones abiertos con descuido a la noche, porque delante de ellos no hay más que

solares, o porque están más altos que todas las casas de alrededor. El matrimonio está en la alcoba, y tiene encendida la lámpara suspendida, arregostados, frescos, paganos, al aire libre, y, sin embargo, lejos de la calle.

[...]

Ahora, este año, quedan abiertos los últimos, hasta después que se cierran los cafés y los bares, los pequeños puestos de horchata de la calle. Son numerosos. Son como las “casetas” en la ciudad que no tiene playa. Son como pequeños andenes y cantinas de andén en el viaje por la noche, con su farol de estación colgado a un lado. (“Valverde Bajo”, “Valverde Alto”, “Pozuelo”, “Getafe”¹³, etc.)

Ya tengo que hacer la confesión de que me conmueven con sus bambalinas es-carlata orladas por una ingenua cenefa con borlas blancas, su jaula de cristal para los barquillos verdaderamente finos y de canela, sus limones enormes, sus cucharones de pico, sus garrafas de corcho y cinc.

(Y tengo que hacer otra confesión peligrosa, que traerá consigo el que alguien diga algo a lo que no podré contestar, y esa confesión es que en estos puestos, lo que hay que pedir, lo que arregla con menos cuidados el conflicto de la sed es el agua de cebada, que, a lo más, se puede mezclar con un chico de limón. ¡Exquisita e imperturbadora mixtura! Hay que defenderse de la horchata, que es terrible, aunque deleitosa, pues enjalbegará como de escayola el estómago en que entre. Hay que defenderse de ella como del pepino, que flotará en los estómagos igual que en la gaspachera, entero, reacio, eterno.

[...]

La Tribuna, 25 de agosto de 1919, núm. 2.838, pg. 6.

Variaciones. Viendo hacer los guantes¹⁴

En la calle de Carretas, y a la vista de todos, hay de antiguo una guantería, en la que las operarias trabajan a la vista del público.

Ventanal de sótano, se ve mucho mejor al pasar, y distraen esas operarias afanosas que no se sienten atrabancadas en su labor por las miradas de todos los que pasan. De estudiantes era mucho más encantador este espectáculo, porque era ahí donde veíamos el taller a plena luz y nos hacíamos una leyenda de la belleza de las operarias y nos deteníamos largos ratos pavos pegados al cristal, haciéndolas visajes y viéndolas sacar la lengua.

Aquí, donde hay que ocultar a las que trabajan para que no se las coman las miradas, es extraña esta única excepción. Como hacen que se peguen a los cristales numerosas moscas las primeras lluvias del otoño, así se pegan a esos cristales los pasajeros, los jovencitos que, como nosotros entonces, son absorbidos por estas jóvenes engañosas e inasequibles.

Ellas, procurando no distraerse mucho porque el patrón las vigila en el fondo, hacen y hacen guantes, porque esa es de las prendas de las que no hay más remedio que gastar un par, uno para el derecho y otro para el izquierdo, a no ser que se sea manco. Es nervioso verlas confeccionarlos, cortarles, coserles en esa máquina que da el punto más fino. Es como si lanzasen manos y manos al mundo, manos vivas y tendenciosas. Pero lo más curioso, lo que deja perplejo viéndolas crear sus guantes, es que el patrón de cartón por el que cortan la piel de cada guante, representa una mano ancha que tiene diez dedos -¡diez!-, aunque pensándolo bien, es que para cerrar el guante necesitan recoser esos diez dedos planos, que se convierten en cinco dedos cúbicos.

Asomémonos de vez en cuando a ver a esas trabajadoras que crean la mascarilla de nuestra mano para nuestra mano. En París y Londres se ve confeccionar muchas cosas, porque se trabaja en los escaparates de las tiendas, para propagar y garantizar más algo, llegando a haber últimamente en Londres una tienda, cuyo título era: "APRENDA USTED MISMO A PONERSE MEDIAS SUELAS"¹⁵, y en cuyo escaparate enseñaban a ponerse las medias suelas, viéndose a algunos transeúntes qué rápidamente se las "echaban", bajo la dirección del maestro. Aquí, donde todo se oculta y se rezaga, observemos la presteza y la precisión del trabajo de las artesanas, apoyándonos en ese cristal, sin romperlo ni mancharlo.

La Tribuna, 7 de octubre de 1919, núm. 2.854, pg. 6.

Variaciones. Los últimos melones¹⁶

Las casetas de los melones se levantan para ellos solos. Las Vistillas, antes estaban atestadas por las casetas de la feria de los melones, y desde aquella altura rodaban en todas direcciones hacia el Madrid bajo, como si se hubiese declarado un “desprendimiento de melones”. Hoy solo queda algún puesto de melones en las Vistillas como en recuerdo de su pasado espléndido.

Las casetas de los melones les abrigan, y son como barracas de muñecos de cera, en las que el único muñeco de cera, extático, quieto y solemne, es el melonero. El melonero tiene una gran navaja cabriterera, con la que hace la herida tetraédrica de la cala cuando se empeña el parroquiano. Debe saber engañar, evitar que se vea el lado del golpe y aconsejar el peor, en vez del mejor, porque como nadie puede asegurar si un melón es bueno o malo, carecerá de responsabilidad su presagio.

Los melones, unos sobre otros, parecen explosivas granadas amontonadas a la puerta de la tienda de campaña o en el polvorín, y, sobre todo, me recuerdan a aquellas granadas que hay junto a los pacíficos cañones del principado de Mónaco y junto al palacio del Príncipe bondadoso, granadas que parecían estar diciendo ¡comedme!, como melones maduros.

El melón, estos días, maduro como el otoño, tiene la amarillez sabrosa del otoño. Ahora quedan los mejores, y aunque ya destemplan la dentadura, el buen público toma todos los días melón, porque este buen público se olvida a primera hora, en su tiempo, en su oportunidad de las frutas más sabrosas.

Al comer melón ahora, se prueba el último sol mezclado al sol de Agosto, porque el melón es, sobre todo, el hijo de ese mes, el hijo que mamó de su madre la tierra, bajo la aridez del cielo y la sequía de la canícula, porque su madre tiene siempre jugo fresco y “horchatoso”. Aprovechémonos de esa última nostalgia viva y recalcitrante que hay en el melón, aunque sus grandes rajadas tengan la friolencia de esas medias lunas amarillentas del otoño.

La Tribuna, 23 de octubre de 1919, núm. 2.870, pg. 6.

Variaciones. La inauguración de Lhardy¹⁷

En cualquier día de este mes hemos ido a la inauguración de Lhardy. Lhardy¹⁸ se inaugura en Octubre, que es cuando se inaugura Madrid y cuando también se inaugura la Casa de Ladio, que es el otro Lhardy de Madrid, el Lhardy para el modesto *gourmet*, que no puede comer caro; pero quiere comer bien.

Lhardy está cerrado todo el verano. Sus comedores son de invierno, y están tan enguantados como si toda la casa estuviese abrigada por un opulento gabán de pieles, de esos con rebaba de piel, y que hacen cuello de león al que se los pone.

Lhardy sigue siendo el continuador de las grrran (sic) dinastía de los Lhardy. (Es muy importante esa "h" en la "L" y la "a", porque es la *trufa* del apellido.)

Primero fue el Lhardy, cuyo gorro de cocinero se convertía en su cabeza en un gran sombrero de copa de alta alcurnia, y después vinieron los descendientes, entre los que destacó el pintor¹⁹ que reunía a su alrededor a una clase de artistas medio consagrados y medio absurdos, que comían como hombres gloriosos, aunque mediocres, una vez al mes en su casa.

Lhardy ha pasado por su edad de oro, que fue cuando la cacerola de monsieur Lhardy relució más. Entonces fue cuando a las cinco de la tarde se servía un *consommé* de moda, con su copita de tokay, que muchas damas tomaban en su berlina, servidas por esa especie de ama de cría masculina y de librea, que es el lacayo.

En Lhardy fue donde se aprendió a decir en Madrid bouillon, fruits glacés, claret-cup, sherry-gobbler, gibier, oeusf brouillés aux truffes, vermut.

En 1886 -el 18 de Noviembre- apareció el siguiente anuncio:

DINERS LHARDY

Puré Chasseur. Consomme. Aguiles financières. Roasbeef aux legumes. Aples de Langostinos. Petit pois à l'anglaise. Dessert. Vins. Jerez. Saint-Julien. Champagne.

¡20 PESETAS CUBIERTO!

Noche tras noche, se han celebrado esos banquetes de los reyes burgueses y el salón, sobre todos los transeúntes, ha conservado, día tras día, el mismo optimismo seguro, pertrechado y abrigado. Cenas de políticos, de antiguos condiscípulos -como los que han estudiado en Bolonia-; cenas precursoras o epilogales de los grandes nego-

cios, muchas opíparas cenas se han verificado aquí; pero, sin duda, la cena más dichosa, y en la que los comensales fueron más sensibles al agasajo, fue aquella a que invitó el marqués de Salamanca a los famosos bohemios de la *cuerda granadina*²⁰, escritores incipientes y con hambre, entre los que se encontraba Pedro Antonio de Alarcón, Castro y Serrano, Manuel del Palacio, Fernández y González, jóvenes que por una audacia de su buen humor comieron opíparamente en vajilla de oro y en un comedor destinado a ellos solos, y a cuya puerta, sobre una silla, pusieron una caja de pistolas con la siguiente inscripción: "Queremos estar solos, y al que no respete nuestra augusta soledad le prenderemos fuego en el corazón". ¡Cena arrebatada, que acabó con una lectura de versos, a los pies de la estatua de Cervantes, en la plaza de las Cortes! ¡Oh, grandes tontos, a los que solo enaltecía aquella noche su embriaguez por la gloria y la juventud!

Porque²¹ Lhardy tiene esa tradición y esa fama, la gran ciudad necesita saber que Lhardy existe, sigue existiendo, en ese rincón, con esa maceta de antesala entre balcón y balcón de su fachada, con esa puertecita estrecha y misteriosa para que os esperen ya en el primer descansillo, en el segundo, y el comedor cuando entréis.

No se sienten los pasos en la solemnidad del local. Es como cuando entrábamos, siendo niños, en aquel terrible comedor de gran prócer que tenía puesto en el caserón más grande y más hidalgo de Madrid nuestro viejo y buen tío Félix²².

El comedor es un comedor superviviente, cargado de plata, soso, sordo a las conversaciones y con un aire que embola las palabras cuando quieren pasar de mesa a mesa. Un viejo criado de patillas blancas y muy parecido a un viejo marqués que anda por ahí, es el único resto de la servidumbre pasada; tiene cincuenta cruces por ser buen criado; él no sirve en el salón; él sirve allí dentro a alguien así como a la Infanta Isabel, que come en el comedor de respeto.

Si este comedor estuviese iluminado por el gas, cuya instalación persiste aun como el alma dormida de las bombas de las lámparas, sería el de antes, el de siempre; pero esas bombillas eléctricas, desnudas, añadidas en los codos de las lámparas, son como bombillas de escalera en el comedor de Carlos V. (Esto de Carlos V es un decir por decir.)

El cocinero de Lhardy es el de siempre, cocinero en conserva que se sobrevive y que tiene secretos que morirán con él.

El silencio no se pierde en Lhardy, como en otros comedores, a medida que se come, sino que aumenta. En las cuatro mesas ocupadas se habla en voz baja, para que el ilustre abuelo no se despierte, y en ese exquisito silencio van llegando esos anima-

les que caza Lhardy, que no tienen más que pechuga, y esos peces sin espina, y esos espárragos sin mango.

Mis miradas se comen el ambiente, se comen el reloj de chimenea y roen esos espejos venerables, que tienen una orla de luto, orla de esquila de defunción por la serie de ilustres difuntos que han visto y [de] cuya desaparición participan.

Y lo asombroso es que siempre que vamos a Lhardy -ya sea en la inauguración, a mitad de temporada o al final-, hay una asidua beldad que como habla con la voz reticente de dominadora del comedor, parece que es, no la dueña -eso la convertiría en una posadera-, sino la señora de la casa, la Marquesita, que viene de su palacio, trayéndose a sus invitados a este comedor, más acompañado y más en la cámara nacional que el suyo, ya que en él entra más la amenidad de la vida y de la calle.

La Tribuna, 29 de octubre de 1919, núm. 2.876, pg. 7

Variaciones. Las tiendas de baños²³

Surgen ahora con profusión las tiendas de baños. La higiene pasa por el momento de brillantez y por el momento en que se surten de higiene las gentes, todas las gentes, incluso los catecúmenos del baño.

Antes atendía a este comercio alguna tiendecilla escondida en algún lugar apartado. Así, en la calle de "La Salud" -¡qué oportunidad!- era donde estaba el almacén principal de estas cosas. Entonces, exhibirse en el centro, poniendo una tienda para esas porcelanas de la higiene, hubiera resultado algo así como vender bacines o vasos de noche en un sitio que no era el suyo, junto a las joyerías y a las tiendas de objetos de arte y moda.

Hoy, por el contrario, escogen sitios visibles, en barrios aristocráticos, y lucen con todo descoco ese algo que tienen esas cosas como de ropa interior de la casa, de cosas de debajo de la cama o de cosa de los cuartos pequeños y cerrados. Grandes lunas dejan enterarse perfectamente de todo el fondo de gran cuarto de baño y de gran W.C que tiene la tienda de baños, jofainas, jaquitas blancas y tazones. Una gran luz de lámparas, que podríamos llamar también higiénicas porque intensifican y filtran

la luz aporcelanándola hace deslumbrador el blanco esmaltado de todo. Un gran frío luminoso, apegotado y materializado se escapa de ese espectáculo blanco y más mármóreo que el mármol.

¿Recordamos esa impresión de helor que, sobre todo de niños, y un día de gran destemplanza invernal, nos dio al ver la vajilla amontonada en el aparador, o ya en manos de la muchacha que ponía la mesa, destemplándonos más el ruido que metían los platos al entrechocarse? Pues si nos fijamos bien, esta misma sensación nos produce el contemplar ese conjunto como de enormes vajillas que se amontonan en las tiendas de baños.

¡Pobres empleados los de esas tiendas, tan desairados en su encierro en el aburrido cuarto de baño, en el que, a lo más, hay que bañarse, secarse y marcharse!... ¡Que en el desierto resultan, sin nada que mirar, rechazados por las porcelanas, atontados por lo blanco, descorazonados y frigorificados!

Solo cuando entra una señora en esas tiendas, todo cambia. Los empleados se ponen contentísimos y enseñan su gran cuarto-museo de baño, con ese orgullo y ese placer con que el dueño de la casa particular muestra siempre su cuarto de baño.

Desde fuera es también gracioso y entonado mirar el interior y ver a esa señora que parece como sorprendida en el cuarto de baño, aunque siempre antes o después de bañarse. Aunque parece tan difícil de caldear la gran perspectiva de baños y demás recipientes entre los que brilla, con brillo friolento también, algún chismecillo de níquel, lo caldea esa sola mujer que se pasea erguida y reservada por el gran salón de baño. Algo de picaresco, tentador y contrastante tiene la escena.

¡Ah! ¿Pues y si es una viuda de esas de gran luto francés? Entonces la irritación de lo blanco es tal y tan viva la excitación del cuadro, que yo, que solo he visto una vez esa visión de la viuda en la tienda de baños, no la puedo olvidar, y ya siempre veo una viuda con chorreras negras cuando me asomo al escaparate de una de esas tiendas de baños.

La Tribuna, 29 de noviembre de 1919, núm. 2.907, pg. 6.

Variaciones. La que da el último paseo²⁴

[...]

Doña Luisa, muy tempranito, después del almuerzo de mediodía, se puso su gabán y manteleta y se fue piano pianito camino del Parque del Oeste.

[...]

Bajaba, bajaba encantada de ese medio de tracción que son las cuestas sucesivas, sobre todo cuando se combinan bien con la vuelta en tranvía que ella ya tenía prevista.

Doña Luisa iba a esa sidrería²⁵ que hay solitaria en ese trecho descampado de la Bombilla. Allí el paisaje se queda un poco cohibido, despoblado, receloso; pero lo que lo acaba de hacer hiperbóreo y asturiano es ese hórreo que figura la sidrería hecha toda de botellas de sidra y con un eje central que es una gran botella, más cuatro soportes, que son también botellas. Esta sidrería es la caseta de feria que se rezaga, que se retrasa años y años y se convierte en permanente, endureciéndose y fortificándose hasta perder aquella fragilidad de cosa provisional, de instalación de feria. De toda la feria que figuró en ese hermoso camino cuando la coronación del Rey²⁶, esta curiosa sidrería, que era un detalle en el gran conjunto, ha sido lo único que ha permanecido, aunque tristonca, como deshabitada, lejanísimo ya el recuerdo de aquellos gaiteros que tocaban gaitas y la dulzaina allí durante la feria célebre. A veces se ve un par de personas que se toman una botella de sidra, una botella que parece haber sido desprendida de la argamasa de botellas que forman el hórreo, que así parece irse desgajando poco a poco.

[...]

Trabajó la cuesta, el último trecho. Creía que estaba más cerca. Pero llega, se sienta, pide su sidra y charla con el dueño [...]

Durante la charla, llega el afilado y súbito anochecer del invierno de Madrid. Doña Luisa toma apresurada el camino de vuelta; siente frío y huye como de un lobo que viene, que viene, que la sigue de lejos. El frío aprieta.

[...]

Ya en el tranvía tose, con su tos bronca de hace tres años cuando tuvo la pleuresía [...]

Al llegar a casa, se acuesta en la cama.

Dentro de diez días, morirá.

Ha sido su último paseo este. [...]

Yo tengo señalados dos o tres puestos de la ciudad, de los que paso siempre alejado y con los que no he visto sino víctimas, víctimas de la enfermedad, que mata de un día para otro; víctimas dóciles y cándidas, sentadas alegremente en el banquillo del torniquete, en plena ejecución de garrote vil.

La Tribuna, 5 de diciembre de 1919, núm. 2.913, pg. 7.

Variaciones. Mazapanerías²⁷

El mazapán ha llegado a su más monstruosa transfiguración.

Hay en los escaparates cajas de mazapán con cuya masa se han hecho interpretaciones de tamaño natural de la Maja de Goya, de la Tirana, de cuadros de Velázquez, como el enorme cuadro de Las Lanzas, y hasta un retrato de S.M., todo de bulto más que saliente.

Los escultores del mazapán han llegado al límite de su renacimiento. Esos La Robbia, esos Donatello, han llegado al máximum en la escultura policromada. ¡Qué lástima, que sean tan efímeras sus producciones! Habrá que fundar el Museo del Mazapán.

Las gentes se agrupan frente a los escaparates, extasiada, como nunca, ante tan grandes cajas. A veces alguien entra a preguntar el precio de ellas.

-Tenga usted en cuenta que es una copia esmerada de un cuadro de Museo... Un gran artista, que oculta su nombre, es el que la ha hecho -le dicen en la tienda.

[...]

Lo monstruoso va a sustituir a lo sencillo, a lo casero, a lo humano. Los amantes de las antigüedades adoran por eso esos objetos antiguos y únicos en que hay a veces una huella humana, como no la hay quizá ya ni en la vida. Aunque esté dura, busquemos una anguila del antiguo mazapán en las tiendas de antigüedades.

La Tribuna, 9 de diciembre de 1919, núm. 2.917, pg. 6.

Antifaces²⁸

La primera casa que los saca al escaparate es una de la calle Sevilla. Es que sabe dónde los tiene, dónde están los que quedaron del año pasado, y los esparce por los escaparates, iluminados por una luz de bisutería brillante, frívola, de destellos triviales.

[...]

Tristán

La Tribuna, 16 de febrero de 1920, núm. 2.974, pg. 3.

Variaciones. Los aguaduchos y los puestos de refrescos de la calle²⁹

Los aguaduchos merecen una larga perpetuación por medio del grabado y la palabra. Fue una arbitrariedad su desaparición, y merece que lo estemos repitiendo siempre. Lo que allí era franco y estaba al descubierto bajo la luz del sol, o bajo la luz de los grandes faroles de andén que colgaban de las alegres casetas, es ahora hipócrita, peor, más negro y más bochornoso en el fondo de los cabarets de camareras.

Los aguaduchos eran como altarcitos de pueblo, como aparadores formados con tejas de aldea, que se abrían con gracia al aire libre. No se parecían siquiera al reservado kiosco. Eran más el puesto de la feria antigua, sin recelo ni gran egoísmo, todo brillando a la luz y procurando tener cierta belleza.

Eran ingenuos como ellos solos, y ellas, cuando se las pedía una copa, iban como al aparador y alcanzaban la botella indicada con gracia de “agasajadoras”, de patronas garbosas, de agradables dueñas de casa que hacían los honores a su huésped. Eran un poco maternales, y no tenían ese aspecto más servil de las que nos sirven un café.

Todas las botellas componían una sinfonía de cristales, formas y colores, como la sinfonía que consigue el xilofonista especialista en copas de cristal del conjunto vibrante de sus copas. Entre ellas se destacaban el “anís del mono”, con su botella cuadrada en pequeñas onzas alosanjadas, como las libras de chocolate lo están en mayor proporción. Las botellas de los jarabes que mezclan con la rica agua de los grandes botijos lucían su forma femenina, pecho, cintura, caderas y larga falda, muchas veces de cristal plisado.

En el paraje de los aguaduchos se disfrutaba de la serenidad de las blancas estancias con sillas de pleita y largo sofá de tres espaldas. La garrida y gachona moza que la regentaba protegía a sus parroquianos contra todo peligro y contra los insistentes pedigüeños, sirviéndose de su blanca servilleta para oxearles.

Una de las cosas que favorecían el encanto de cada aguaducho es que no ensanchaba mucho su círculo, y no eran muy numerosas sus mesas y sus sillas. Podían ser diez o doce los atendidos; pero casi siempre eran menos los que acudían a estos puestos.

Para los adolescentes y para los viejos, que vuelven a ser adolescentes antes de volver a ser niños, aquellas casetas de los aguaduchos eran como hornacinas de la hermosa mujer que las regía y que siempre en jarras se solía apoyar sobre la hornacina. Ellas sabían charlar con los enamorados y compaginar la ilusión del amor con la desilusión de colocarles una copita más. Muchas veces, el enamorado, para evitar el constante trasiego de la botella a su vasar y de la moza teniendo que ir a llevarla o a traerla, se quedaba con la botella en la mesa, y entonces, como el gasto era convencional, lo era también el precio.

Entre las mozas de los aguaduchos había una gran competencia, sobre todo en blusas, blusas rojas, cerezas, encarnadas, carmesíes, y en blusas con lunares algunas veces blancos sobre fondo azul. (Al hablar de un traje de lunares blancos sobre fondo azul marino, me he acordado de que así ha sido el más bonito traje de la Pino³⁰, y al acordarme de la Pino me he acordado de que ya que la Fornarina³¹ fue lavandera antes de estrella, y está bien que haya ese antecedente en la vida de la artista, la Pino debió ser dueña de aguaducho, alegre regidora del Prado, de esas a las que las salen muchos, muchos hoyuelos al sonreír.)

Los aguaduchos del Prado, al atardecer, tomaban un tono de ocaso que les iba muy bien, y en agosto completaban la delicia de volver a respirar, y parecía que de sus botijos brotaba "hidromiel". Al atardecer, el reposo sobre sus sillas pintadas de gris y junto a sus veladores grises era un reposo gratísimo. Un rato se adormecía, como en ese polvillo gris del atardecer de Madrid en ese paraje lleno de alma que es el Prado. Ellas entonces, como cocheros que paran un momento el coche para encender sus faroles, se subían a una silla y hacían su número más bonito encendiendo sus grandes faroles de luz mariposeante, sucediendo muy pronto que, encendidos los numerosos aguaduchos de la derecha y los menos numerosos de la izquierda, parecía que había una verbena en el Prado, eterna verbena de San Pedro y San Pablo y San Juan.

La luz de aquellos faroles con algo de faroles japoneses y con algo de farolones de portal ponía una suave nota de un amarillo verdoso sobre el oasis de cada puesto,

como bajo la palmera llena de dulces dátiles, que era el árbol que les correspondía. Aquella luz cariñosa y discreta para el resto de oscuridad en que voluntariamente se sumergían otras avenidas del paseo, iluminaba como una lamparilla la imagen de la aguadora, cuya silueta se destacaba con morbidez. Muchas de ellas, ya mujeres un poco maduras, aunque bellas, ganaban con la luz de la noche y resultaban de más tentadora seducción.

Lo único peligroso para la aguadora del Prado es que llegase un chulo a su puesto. Quizás lo esperaban; pero lo temían. El chulo ya no les dejaba jamás, y así como el señorito iba solo un rato y esa brevedad las amargaba, el chulo no las dejaba nunca, siendo junto a ellas el guardián y el que no las consentía que se aburriesen en las largas horas de espera. Lo malo es que el chulo iba vaciando las botellas y echaba a los clientes, y un día, o se liaba a puñaladas con un asiduo, o con la misma aguadora, que sonreía demasiado y sacaba demasiado el busto al servir a alguno. También dio lugar a alguna escena dramática el que alguna señorona viniese a buscar a “su chulo” al mismo lugar del aguaducho.



Los puestos de refrescos en la calle tienen menos valor profundo y sentimental, aunque se les pudiera llorar el día que desaparecieran por causa de lo pintorescos que fueron.

El puesto de refrescos es más precario, más perentorio, más de ocasión, más puesto de urgencia, Casa de Socorro ambulante o tienda de la Cruz Roja establecida en todas las encrucijadas.

La luz del puesto callejero de refrescos es luz mortecina, luz con sueño, luz para alumbrar lo preciso, candil de la calle.

Esos puestos de la calle son como las sucursales de los ranchos de cuartel, y cuando sirve el vasito de limón o de horchata al parroquiano, lo sacan de la garrafa como saca el rancho el rancharo. Un mecanismo “al por mayor” hay en todos los gestos del que despacha, aunque, eso sí, sus gestos son frescos, pues es fresco el mover entre el rechinamiento del hielo la garrafa regular que está dentro de la otra muchas veces con forro de corcho; el ruido de la tapadera de metal al ser quitada y enganchada a la percha que tiene en la misma boca de la garrafa, y después el ruido del cucharón de pico al buscar el corazón helado del refresco.

Un poco para los hospicianos y los asilados de la calle son estos puestos de cortinillas rojas con reborde blanco de colcha de pueblo. En una jaula de cristal tienen los barquillos de canela y las pajas relucientes.

Con ellos compiten los refresqueros ambulantes con sus carritos, en que van las garrafas y la ruleta, la ruleta de la muerte, porque cuando al interesado le sale el diez, aunque él se alegre mucho, eso le cuesta la vida. Pertenecen también a la gran institución de la Cruz Roja para calmar la sed y el ardor, y son las camillas, por decirlo así, de esa organización.

Despachan generalmente conchas de helado, conchas de oblea con sus dos valvas que cierran sobre el corazoncito del sorbete, y que muchos niños se van a tomar en la sombra de los portales, sentándose en su tramo.

Merecen nuestra simpatía todos estos confeccionadores del refresco, porque saben luchar contra el fuego del estío y hacer que no se funda y no se derrite en la cáncula el contenido de sus abroqueladas garrafas.

La Tribuna, 27 de julio de 1920, núm. 3.113, págs. 6.

Variaciones. La horchata. Las horchateras. Las horchaterías³²

La horchata, por definirla de algún modo, podríamos decir que es “la nieve del verano”, la nieve con algo de nieve y algo de la nevada mantequilla de Soria.

La horchata, ¿sienta bien o sienta rematadamente mal? Más bien lo último, aunque hay mucha gente que asegura que a ellos le sienta rematadamente bien, aun bebiéndose vaso tras vaso, como si fuesen recién ordeñados de la vaca congelada, que la fábrica en sus grandes ubres.

La horchata, a mi juicio, es como un emplasto que se pega al estómago y lo reviste como si nos hiciésemos un vaciado en escayola al fondo de nuestros estómagos. Argamasa endurecida con tipo de cal seca, con carácter de revoco o estuco interior, parece que es en el estómago la horchata. La lengua parece que al tomar horchata se blanquea inmediatamente.

La horchata es exquisita, pero deletérea. Tiene la seducción de ese fondo de chufas que la perfuma; pero se teme uno envenenar como tomándose un tarro de pintura de esmalte. Algo nos pinta de blanco hasta el alma. ¡Peligroso “ripolín” fresco y sabroso!

Esa leche condensada para los niños grandes –los chicos ya he dicho en otra ocasión que piden leche helada en el verano, y que por eso lloran tanto–, esa leche condensada enflaquece a los hombres del verano, los debilita, los empalidece.

Ellos, con el sombrero hacia detrás y con la paja en la boca como unos creadores de burbujas hacia adentro, se amantan frente a los grandes vasos, y hasta tienen esos reojos y ese no querer dejar la espita, y ese no querer ni respirar y ese no querer atender a otra cosas que tienen los niños cuando maman ansiosos, glotones, en esa plena inanición a que les tienen sentenciados los médicos, los libros, los padres.

¡Qué gran tipo de sorbedores ansiosos tienen los bebedores de horchata! Hasta sostienen a veces su vaso con ansia y lo resguardan con sus manos para que no se lo quiten. Hasta enseñan a veces su ceño y su mal genio para que comprenda el que quiera asaltarles con qué hombre de pocas bromas tendría que vérselas.

La horchata y las horchaterías tienen antiguos antecedentes. Así, en 1784 ya se dicta un decreto que dice lo siguiente:

“El señor don Bernardo Cantero y de la Cueva, caballero pensionado de la Real y distinguida Orden de Carlos III, del Consejo de S. M. en el Supremo de Castilla, superintendente general de la Policía de esta villa, su jurisdicción y rastro:

Para evitar los desórdenes que se han advertido en esta corte, ocultándose personas de mala vida, ociosos y mal entretenidos con el pretexto de vender agua de cebada, horchatas y esteras finas, incomodando a todas horas del día con voces por las calles, plazas y paseos sin guardar orden alguno; y habiendo experimentado también que muchas de las aguas que estos venden son perjudiciales a la salud pública,

Mando que para evitar esos excesos, en lo sucesivo se les haga saber a los que solicitan licencia para dicha venta, que con arreglo a lo mandado por Reales órdenes acrediten por testimonios de la justicia de su pueblo y certificación de su párroco su aplicación, ejercicios, vida y costumbres en el término de veinte días; que se estén fijos en los sitios que se les señalan sin vagar por calles, paseos, Puerta del Sol ni plazuelas, colocándose número competente para la convivencia del público, y que los demás se retiren a sus domicilios, siendo preferidos para quedarse los viejos estropeados y débiles, reconociéndoles a estos las aguas que vendan, siempre que parezca conveniente, para evitar que no las hagan nocivas perjudicando la salud pública.

Todo lo cual cumplirán bajo la pena de ser tratados como vagos los contraventores.”

El “Memorial Literario” de aquel tiempo, refiriéndose a la eficacia del decreto, escribía lo siguiente:

“Esta providencia ha surtido los efectos que se deseaban, pues en este presente verano se están experimentando, no solamente la quietud y silencio en las horas de la siesta, sino también la buena calidad de las aguas que venden, las que bebe el público con toda satisfacción y sin el recelo de que le pudieran ser perjudiciales a la salud.”

La horchata y las horchaterías eran el agua y las palmeras en el desierto tórrido del verano, y por eso no pueden desaparecer.

La horchata tuvo más importancia en el pasado, y, sobre todo, se sirvió en sitios de más categoría, en verdaderas mezquitas de la horchata.

Las horchaterías de antaño, de esos finales del siglo XIX en que tuvo verdadera importancia porque ese final de siglo mediocre, indeciso y un poco bobo fue, sin embargo, casto y honesto hasta preferir la horchata a otros alcoholes, fueron holgadas, claras y servidas por mujeres que parecían como las profesas de la horchatería en nada parecidas a estas camareras alegres y descocadas de los bares de hoy.

Durante el invierno, aquellas suntuosas horchaterías estaban llenas de alfombras y de grandes bobinas de estera. Sus mesas de mármol arrinconadas o guardadas no servían para nada en esas pesadas horas en que se descaracolán las esteras a la vista de esas señoras pesadas y cicateras que no saben lo que quieren.

Al llegar la época del calor, se veía lo fresca que eran en su interior las horchaterías, con ligeras sillas que no daban calor al sentarse y mesas de mármol escarchado. Las mismas esteras de pleita o de paja que se veían en los rincones o dando vuelta a las columnas como muestrarios y anuncios daban más frescura al ambiente.

La luz de gas ponía más blanca la horchata, y al arrebató, al sofoco, a la congestión de calor, respondía toda aquella fría y consoladora blancura.

En el fondo de las horchaterías nos parecía estar en un cuarto íntimo de la gran ciudad, en un sitio así como una gran habitación de costura que fuese fresco, en ese cuarto de los baúles o donde se guardan las esteras y que es el único en que se puede estar de todos los de la casa. Las gentes dejaban los cafés atestados de terciopelos, de adornos, de espejos, de lámparas rimbombantes, y entraban en las horchaterías.

La horchatera era un tipo de valenciana digna, que casi no entendía de bromas, aunque sí de amabilidades, de insinuaciones, de preocupación por que el cliente que entraba se curase y calmase sus quemaduras con la fécula de la patata de la horchata.

Uno no conoció a esas horchateras que vio Doré, parecidas a las majas, vestidas con un traje regional, con largos pendientes de filigrana, una flor en el pelo y la peineta de oro en el moño; pero han existido y son evocadas por la horchata siempre que se piensa en ella.

Las que nosotros conocimos eran menos esbeltas, menos de Manises, menos empingrotadas; pero todavía tenían algo de bellas [ilegible] valencianas, de reinas de la fiesta o de los Juegos florales de la horchata. Eran garridas, limpias, de zapato blanco, media blanca y bata de percal blanco, estampada de flores y festoneada con encañonados volantes y lazos de seda. Sus brazos, un poco desnudos y adornados con “esclavas” de plata, eran bellos, blancos, sensatísimos.

En este momento, las horchaterías decaen. Aquellas mujeres un poco dramáticas, serias como las criadas que se casan –que se casan de verdad–, han desaparecido. Ya hay solo un resto de aquella horchata de los grandes depósitos, pequeños finales del rancho pasado, pequeños calderos de horchata de los que el cucharón del hermano Melitón saca lo suficiente para matar el hambre de frescor de los más desesperados ciudadanos.

La Tribuna, 14 de agosto de 1920, núm. 3.129, pg. 8.

Variaciones. Las eternas bañistas³³

Entre esas sirenas que se desnudan en las playas durante el verano están las verdaderas sirenas engañosas, como la que pinta Homero intentando detener a Ulises con su engañoso canto [...]

[...]

Todos los veranos juegan con el lector desde la playa, y el lector de la meseta central se siente cerca de ellas junto al mar mientras se limpia el sudor con su pañuelo felpudo, enjugándose su gran calva como quien seca al niño que sale del baño.

La misma burla de todos los años, el mismo reclamo de todas las playas reunidas comanditariamente para el anuncio con solo publicar esas fotografías. El hombre indeciso “se acuerda” y sale escapado a por el billete para el puerto de mar.

[...]

Todo el año, esas sirenas de brillos mórbidos sonríen en algún escaparate de fotografías de Madrid. Indudablemente, hay muchos jovencitos que entran en la tienda y compran varios retratos de esas inhallables sirenas con piernas en vez de con cola de pescado. Disimuladamente, hasta en pleno invierno se exhiben esas bañistas pescadas por los fotógrafos durante el verano, y disimuladamente, y resultando como si mirasen otra cosa para el ciudadano que no lo sabe, allí parecen repasar Geografía muchos chicos aplicados, muchos transeúntes de manos en los bolsillos.

[...]

La Tribuna, 25 de agosto de 1920, núm. 3.138, págs. 8-9.

Variaciones. Melones y sandías³⁴

Este año se han visto más melones que sandías. El triunfo ha sido del melón. La sandía es más delicada, más jugosa que el melón; se necesita un verano con ternura, y este ha sido un verano seco e implacable.

[...]

Las casetas de los melones son unas barracas especiales del verano.

Las casetas de los melones se levantan para ellos solos. Las Vistillas antes estaban atestadas por las casetas de la feria de los melones, y desde aquella altura rodaban en todas direcciones hacia el Madrid bajo, como si se hubiese declarado un “desprendimiento de melones”. Hoy solo queda algún puesto de melones en las Vistillas, como en recuerdo de su pasado espléndido.

Las casetas de los melones les abrigan y son como barracas de muñecos de cera, en las que el único muñeco de cera, extático, quieto y solemne, es el melonero. El melonero tiene una gran navaja cabritería, con la que hace la herida tetraédrica de la cala cuando se empeña el parroquiano. Debe saber engañar, evitar que se vea el lado del golpe y aconsejar el peor, en vez del mejor, porque como nadie puede asegurar si un melón es bueno o malo, carecerá de responsabilidad su presagio.

Los melones, unos sobre otros, parecen explosivas granadas amontonadas a la puerta de la tienda de campaña o en el polvorín, y, sobre todo, me recuerdan a aquellas granadas que hay junto a los pacíficos cañones del principado de Mónaco y junto

al palacio del Príncipe bondadoso, granadas que parecían estar diciendo ¡comedme!, como melones maduros.

[...]

Al comer el melón ahora se prueba el último sol mezclado al sol de agosto, porque el melón es, sobre todo, el hijo de ese mes, el hijo que mamó de su madre la tierra, bajo la aridez del cielo y la sequía de la canícula, porque su madre tiene siempre jugo fresco y “horchatoso”. Aprovechémonos de esa última nostalgia viva y recalcitrante que hay en el melón antes de que sus grandes rajadas tengan la friolencia de esas medias lunas amarillentas del otoño.

La Tribuna, 11 de septiembre de 1920, núm. 3.153, pg. 8.

Variaciones. La Feria de Septiembre³⁵

Todos los libros han vuelto a ser escritos para que recojamos la nueva cosecha. ¿No serán también los nuevos racimos aquellos antiguos racimos que agitamos antaño?

Muchos libros viejos tienen aspecto de nuevos, de libros que por primera vez se encaran con el público, como las obras anuales del Prado en combinación con el Botánico.

En el fondo de las barracas, en el recodo de la izquierda, según se entra en ellas, hay un aire sereno de despacho veraniego lleno de sorpresas. La biblioteca en la casa de campo ofrece una amenidad inusitada, y todos los estímulos vuelven a reponerse en este ambiente de balneario intelectual que toma el paseo de Trajineros con sus tipos inacabables. Los eternos bañistas del balneario de los libros aparecen por aquí, bebiendo a pequeños sorbos en uno y otro libro la nueva seguridad, la sana confianza de que todos los libros dicen lo mismo, y casi nunca interesa la página siguiente a aquella por la han sido abiertos.

Las ferias antiguas ocuparon también estos andurriales, aunque un poco más abajo, junto a la Basílica de Atocha.

El aire era el mismo de hoy, pues los viales de los árboles tomaban el mismo aspecto de “alameda intelectual”. El gris septembrino y el tono membrilloso de los filos de la luz sirven impepinablemente para crear esa “alameda del libro” al margen de la gran ciudad que atesora las glorias castellanas.

En aquellas ferias había sombreros de copa, gran dignidad que falta en las ferias de hoy y que, indudablemente, daba a las ferias aquellas una gran distinción de “apertura de las Cortes del libro”.

Eran como cabezas más capaces aquellas cabezas de hombres tocados con sombrero de copa, y al inclinarse sobre los libros parecían grandes y severos doctores que los tomaban el pulso, y de algún modo se llevaban memoria de todos los libros en el fondo de su alta chistera. Aun con sombrero de copa, aquellos hombres se inclinaban al suelo para recoger y revisar los libros del motón, y se echaban al bolsillo de sus levitas unas avellanas, unas acerolas, unos torraos o unas nueces, de esas que se venden junto a los libros para distraer la preocupación, para reponer el gran desgaste que se sufre de tanto buscar como con un candil la existencia de los buenos libros, cargando la memoria en el camino del hallazgo con enormes estanterías de libros vanos y vagos.

Todos los amigos sensatos, que vivimos con dedicación intelectual, nos citamos siempre después de la breve ausencia del verano en la vereda de la feria de libros.

–¡Hasta la feria de libros de septiembre!– nos hemos gritado desde ventanilla a ventanilla del tren en el cruce para distintos pueblos.

Muchas de nuestras erudiciones del invierno proceden de lo que se adquiere en estas ferias. Nuestros nuevos libros de texto para el nuevo curso en esa feria los adquirimos, volviendo a casa repletos, dejando sobre el motor del tranvía y metidos en el depósito de la arena nuestros montones de libros.

El más madrugador de los que aparecen en las ferias de los libros es el que se lleva los mejores hallazgos. Aún están tocando los platillos con los libros los libreritos de viejo para quitarlos el polvo antes de colocarlos en los estantes, cuando ya los mira el “madrugador”.

En las grandes mesas de redacción en que se colocan los libros en motón, más apelmazados que en los estantes, es donde se les escapa a los “madrugas” alguno que otro libro importante. El olfato, además, vence a la anticipación, y todo depende del modo de dar vueltas, de zigzaguear, de rastrear bien el libro interesante. Hay que aceptar esas paradas como involuntarias del instinto y tantear el libro de lomo vulgar y como ilegible.

¡Qué gran festín de libros! Las grandes y largas mesas de comedor para servir los libros han sido ampliadas este año, poniendo todas las tablas que admite su extensibilidad, las tablas máximas que admiten las de comedor el día del bautizo, de la boda o la noche de Navidad.

¡Qué gran torticolis le entra al glotón de tanto inclinar la cabeza sobre el plato!
¡Grandes ambigús del libro, en que todo son “sándwiches” de todas clases, como en un estupendo “lunch” oficial pagado por el más espléndido de los Ayuntamientos!

Que gentes más heterogéneas asisten al ferial de libros. Transitan por entre los libros carreteros que se paran muy meditabundos ante cualquier libro, y como suggestionados van leyéndolo hoja tras hoja, como yéndolo a dejar a cada momento, y, sin embargo, reteniéndolo hasta que se va la luz. Transitan y se desparraman por entre los libros las Congregaciones religiosas, que se desparraman por la feria buscando los libros buenos, y a la vez los libros malos y perversos para expurgarlos. “¡Ah, como ellos encuentran una historia de los jesuitas por el padre M[]r!”. (En sus conventos arman las grandes fogatas con los libros malignos.) Transitan y se embeben en los libros los profesores, rigurosos examinadores, que los van clasificando, señalando el gesto de desdén o el de aprecio: si es de desdén, tirando el libro como las cartas en el descarte, y si es de aprecio, poniéndole con mucho cuidado en su sitio o, si pueden, en un sitio mejor. Transitan también por entre los pasillos de libros los soldados, embobados, con las manos detrás, con el ros abrumador sobre la frente, sin saber qué libro buscan, quizás porque no saben leer, quizás porque lo que ellos quisieran sería un libro para poder llegar a ser generales rápidamente. Etcétera, etc.

Este año la feria del libro va a ser más admirable que nunca. El libro que vale más que nunca hoy va a cumplir su tradicional deber de estar al alcance de todos unos días. Los postreros libros de las series del pasado van a salir por última vez a pública subasta. Después desaparecerán para no volver a aparecer hasta que puedan ser reimpresos el siglo que viene. Yo compararía todos los libros este año, y haría varios viajes a mi casa cargado con los anchos acordeones que cambio de mano y aprieto contra mi pecho, porque con esa manera de abrazar el rimero de libros el acordeón puede llegar a esa dilatación que adquiere al distenderse cuan largo es en manos de los oradores apasionados, que abren los brazos como las grandes cruces.

Hay que acaparar libros este año, que van a hacer un gran alarde de todas sus existencias secretas, de sus miles de ejemplares ahorrados durante su vida en las guardillas y los sótanos, esos amigos nuestros que tienen su puesto en los callejones y los solares, ese valenciano Tormo, dueño de la honda galería de la calle de Atocha, y ese próspero amigo de todos en la encrucijada del callejón de San Roque y la calle de la Paz, que ha estado transportando estos días en las alforjas de unos grandes elefantes miles y miles de volúmenes.

La Tribuna, 13 de septiembre de 1920, núm. 3.154, pg. 8.

Variaciones. El fonógrafo público... La luna más grande de Madrid³⁶**El fonógrafo público**

Es el mismo este fonógrafo público que el que Edison inventó y utilizó en la Exposición de París del 90. Nuestros padres fueron de los primeros en oír la maravilla del siglo, metiendo la cabeza en la horquilla de goma y lavativándose el alma con los cantares y las risas de las cupleteras y los cancionistas franceses.

Es el mismo “aquel” este fonógrafo que rueda por las ferias, y que ya parece como una maquinilla de hacer cigarrillos metida en una vitrina. Todo él tiene aspecto antiguo, vetusto, valetudinario, igual que las maquinillas que van a parar al Rastro.

[...]

“Run... run... run... ruun”, se oye al pasar, como roce insistente de una máquina que anda mal.

La guerra de África figura pintada en los carteles por el mismo que suele pintar la misma guerra para los carros de las vistas y para las barracas con soldados y moros de cera. El herido, la chumbera que se destaca como un cocodrilo sobre el horizonte, el humo blanco y el fuego de las bombas que explotan, todo eso atrae constantemente a la humanidad que forma los ejércitos patrióticos, y a sus madres, y a sus hermanas, que así asisten al acto honroso y heroico de los hijos.

Los soldados en el servicio activo son los que más uso hacen de las “gomas-fuentes”, y se podría leer en sus rostros todo el parte de la batalla. Estos soldados uniformados y siempre próximos a ser llamados a la guerra aprenden el sentido de la guerra en estos fonógrafos, se enteran del fragor del combate, se forman una idea de lo que oirán en el momento terrible de la lucha y se tornan más aguerridos y valerosos. Ese “¡Ay, madre mía!”, ¿será el que ellos pronuncien?...

Como si se prestasen ya a un servicio voluntario, como si se dispusiesen a contener las huestes negras y oyesen que en el fondo del aparato les llamase la trompeta de órdenes, así acuden presurosos y pagan su perra chica por oír. Hay que fomentar los gramófonos para tener un ejército bueno.

[...]

La luna más grande de Madrid

Los mismos huelguistas, los más insensatos apedreadores, la respetan. No utilizan ninguna de las castañas que se han metido en el bolsillo para dispararla contra el inmenso cristal.

Esa luna que no tiene cierre que la defienda de las algaradas hace que todos la respeten.

El estrago de esa luna sería terrible, y su guillotina guillotinaría la calle. Se trajo como cristal más grande de los telescopios, con los mismos cuidados sostenida por veinte hombres que llegaron con las manos cortadas por el pesado cristal.

Les da miedo a los enemigos de las lunas de escaparte tener esa gran responsabilidad sobre sí; les da reparo quebrar el gran espejo de la calle; les da pánico como de romper la luna de la tierra.

[...]

La Tribuna, 10 de noviembre de 1920, núm. 3.204, pg. 6.

Variaciones. Cosas de la vida³⁷

Entre los automóviles que pasan por la Castellana hay unos grises, empolvados y que se vuelven más raudos al pasar por el asfaltado de esa carretera de lujo que comienza en el Hipódromo.

Esos automóviles, que se confunden con los demás, son los automóviles que en vez de estar en el grato salón de la Castellana, dando las vueltas estériles de la elegancia, vienen de muy lejos, vienen de los pueblos lejanos, de Sepúlveda, de Ávila, de Cuéllar y de otros pueblos perdidos.

Es ahora el Hipódromo una entrada de Madrid, su entrada más lógica, la entrada que baja suavemente sin abismarse, como la entrada por San Vicente, y es ahora andén de cada viajero la calle en que manda pararse al automóvil. Los viajeros que teniendo

que esperar al tren no hubieran llegado hasta la noche, ahora llegan a la tarde y se escapan a la rigurosa fatalidad de los horarios del tren.

Algún día es posible que haya desaparecido la importancia de las estaciones fijas, y todo sea estación, apeadero, camino, entrando los viajeros de Santander y París por la calle de Fuencarral, por aquí y por Santa Engracia.

Me es grato ver pasar estos automóviles que traen en su mirada las vistas de la Sierra, impresionados de rusticidad, y, sin embargo, paseantes de ese paseo tan ciudadano, tan para otra cosa que para recibir la visita de esos trenes de paletos, de viajeros que tal vez vienen a por la primera visión de Madrid ¡ay! tan distinta a la clásica que se formó entrando por la cuesta de San Vicente.

[...]

Se venden madroños por todas las calles, el madroño desabrido, fruta de otoño que sabe a todo el otoño, así como la bellota sabe al invierno. Esta fruta de últimos de noviembre es la fruta de Madrid, la fruta que parece recogerse de los árboles municipales y que en justicia debía repartirse gratis al vecindario...

Yo no compro nunca madroños, porque recuerdo que prometí no volverlos a comprar una vez que los probé. Además que los madroños parecen una cosa de adorno con que adornan el borde de los tapetes con que cubrimos el ábaco de la chimenea y la mesita en que colocamos el tarjetero con una vieja tarjeta de Sagasta y otra del duque de Rivas.

Los madroños están arrancados a los árboles en que el oso se empina y se los come, como la cabra que alcanza hasta las ramas que sobresalen sobre la cerca.

No compréis madroños, porque se adornarán de madroños vuestros vientres para siempre como si el sastre los hubiera adornado con botones.

Así como hay la zapatería práctica y sobria que anuncia “zapatos muy fuertes para colegiales” y el que ofrece botas con suela de goma eternamente sobre el agua en que se mueven a la vista del transeúnte los peces de colores, hay el zapatero que pone

nombres a toda su zapatería como quien bautiza a toda su chiquillería. Últimamente ha aparecido en Madrid una de estas ingeniosas zapaterías que cultiva ese “réclame” como inventado por ese hombre común para el comercio que se llama Marden.

Ni aquel zapato con suela de brillante y un retrato de caballero entre los brillantes que había en la calle de la Montera retendría hoy al público como este nuevo “réclame” elocuente, copioso, en el que los zapatos son como masas corales:

LA NIEVE ME TEME
CURO LOS CALLOS
ME RIO DE LA CALEFACCIÓN
CENTRAL
QUIERO IR AL TEATRO
¡QUE BIEN TANGUEO!
EN LA ARISTOCRACIA TENGO
MILES DE AMIGOS
NECESITO UN LINDO PIE
ME LLEVO TODAS LAS MIRADAS

Un poco cargante resulta este modo de dirigirse a nosotros los zapatos llenos así de un amor propio inaguantable; pero hacen entrar al público, que es convencido muchas veces por un dictamen impertinente.

El diálogo que se van a atrever a tener con nosotros las tiendas va a ser espantoso. No nos podremos parar en los escaparates.

La Tribuna, 29 de noviembre de 1920, núm. 3.220, pg. 6.

Variaciones. El sábado³⁸

Las primeras horas del sábado están peinadas y barridas hacia el atardecer. Se empujan unas a otras, y en su invisible corretero por las calles se las ve hacer que hacen y hacer como que entran a avisar en las tiendas y dar en los cristales, y hacer que los cocheros arreen los caballos hacia la Puerta del Sol del sábado, que es donde están citadas para las ocho y cinco todas las horas.

El sábado tiene ese nerviosismo todo el día, por el que un niño solo comienza a dar gritos y a decir “¡jarre!”, “¡jarre!”, sin tener a nadie a quien arrear.

El sábado grita en los portales “¡Ahahah!”, y si cuelga de ellos el aldabón da un aldabonazo. Las porterías ya conocen esas falsas alarmas de los sábados, esa alegría de ser sábado que se ceba con ellas. Los sábados tienen la escoba junto a la puerta, como si fuese la espingarda para espantar al sábado.

El sábado está campanilleante de tranvías que quieren llegar a la noche, y se ceban con los que se retrasan, logrando así, más que llegar antes a la noche, desesperarse de enredos, pues en sábado es cuando más carros atropellan y cuando los carros y los coches ven caer más veces sus caballerías. Todos al final del día impaciente están retrasados más que ningún día.

El sábado es día que amanece con las vallas llenas de anuncios, grandes carteles, con el engrudo reciente aún, inmensas bandas que empapelan la calle.

El sábado se miran unas a otras las gentes como si fuesen todos solidarios de la misma fiesta, como si estuviesen todos en la calle de las jugueterías esa tarde o esa noche que precede al día de Reyes. La mañana del domingo tiene siempre, todos los domingos, algo de mañana de Reyes, así como la noche del sábado tiene algo de Nochebuena.

El sábado todo tiene la aspiración de cerrarse hasta el domingo, y por eso caracteriza muy bien al sábado un hortera, que con su larga pértiga baja el cierre metálico a los ocho menos cinco; todos sus compañeros con el sombrero y el paraguas preparados para echar a correr al borde del mostrador; todos enrollando a todo escape las numerosas piezas de tela fisgoneadas por las señoras.

El sábado tiene otra caracterización, y es la visión de las “colas” en la noche frente a las ventanillas de los despachos, largas “colas” que gente ladeada que se mira por detrás y se mira con odio al cogote.

Los sábados hay muchas gentes que se quedan sin comprar cosas necesarias, pues aunque los escarmentados andan desde temprano por la calle como aprovisionándose porque viene “la gorda” y durante mucho tiempo no se podrá salir de casa, siempre hay nuevas gentes que llegan tarde. ¡Ya hasta el lunes no se podrá comprar un pañuelo, y está constipado y ya no tiene ni uno más en su casa! Ese que va a comprar y llega tarde se pega al cierre de la tienda como un creyente sobre el suelo en las mezquitas. Los focos de la tienda le sonríen aún, porque quedan encendidos un rato después de haberse cerrado la tienda, mientras hacen la cuenta. Ya el rizado antifaz sobre la faz del escaparate no se abrirá de ningún modo.

El sábado, en esa rampa que baja hacia la noche, mirando por última vez hasta el lunes los maniqués de las corseterías, los escaparates de las joyerías más alegres que ningún día, los fondos de los cafés preparados para la noche y para el domingo, precipita sus horas y pone en la hora del cierre una espesa muchedumbre de atardecer del Corpus en el fondo de la calle.

El sábado tiene en la noche, después de media tarde, el convite a los niños y a la mujer en el café, todos muy derechos, gustándome a mí mucho llegar a pensar lo que están pensando los niños.

El sábado, Luis Gabaldón, el gran capitán Centellas, cena alegremente hace muchos años en el café, saboreándolo todo, y en buena compañía.

El sábado es día de comprar un décimo de lotería, cuarto kilo de café en un paquete de papel brillante como de raso verde, y una baraja para el domingo. “¡Tráete también una morcilla de casa de Prast!”, grita alguien en el fondo de la casa, ansioso de que el cocido del domingo se diferencie del de todos los días en eso, por lo menos.

El sábado –que es todo lo que he dicho otras veces esto que digo ahora y lo que diré otras veces– es además el día en que todo el mundo coincide a la noche en la calle como para ver unos fuegos artificiales que no hay, o quizás un eclipse de luna que no hay, o quizás para ver el cometa de los sábados, que, eso sí, vuelve todos los sábados a fulgurar sobre el cielo.

El sábado a las nueve de la noche es la hora en que todos se van muy lejos, como de veraneo, en los tranvías atestados. Ya para siempre se van del centro. Si vuelven luego, o si por casualidad vuelven a hallarse mañana aquí, serán otros, ya jubilados, dedicados a sus rentas, sin pensar en nada.

El sábado por la noche parece que tiene más periódicos que ninguna noche y que dicen más cosas. Es como si todos los vendedores de andén de todos los andenes de España estuviesen vendiendo los periódicos.

El sábado a la noche, ya tarde, todo está lleno de grupos que piensan dónde van a ir, y que cada uno, como una punta de la rosa de los vientos, tira hacia distinto lado.

Los sábados el deber de divertirse hace que muchos indecisos estén mirando por la rendija de los visillos de los cafés y no entren, y se acerquen a las casas misteriosas y no entren, y lleguen hasta las puertas de los teatros y no entren, y, al fin, se vayan a casa sin haber entrado en ninguna parte.

Los sábados están llenos de jugadores, nuevos jugadores, esas excesivas nuevas generaciones que se dan en el juego y que no se comprenden tan numerosas y tan constantes y tan empeñadas.

Los sábados están llenos de partidas de billar inacabables, cada vez más fuertes los golpes a la bola porque cada vez es más irritante el aburrimiento del jugador; cada vez más encarnizado el encono porque el tapete verde del billar es algo monótono y deslánguido, y cada vez las carambolas por más bandas, gracias a esa excitación que bien empleada podría resolver quizás el movimiento continuo.

Los sábados están llenos de alardes sueltos, de gentes que ellas se gastan cinco duros, de pagadores de todos que no pagan nada, de hombres que proponen: “Vámonos a San Sebastián en un coche ‘simón’”, y llegan a proponérselo al cochero, que queda en llevarles por mil pesetas.

Los sábados llegan en su altanería, en sus rentois, en sus pujos, en sus bravatas, en sus jactancias, a que en ellos proponga uno de los de la tertulia a los otros:

–¡Vamos a pasar la noche en el Palacio Real!... ¿Eh? ¿Qué os parece?

La Tribuna, 6 de diciembre de 1920, núm. 3.226, pg. 11.

Variaciones. Las casas de alquilar disfraces³⁹

Se ha hablado estos días de la muerte del Carnaval; pero nadie ha dicho dónde ha estado de cuerpo presente.

El Carnaval, o el *Antruejo*, como dicen esos a los que les gusta chupar un hueso de aceituna interminablemente, está de cuerpo presente en su casa. ¿Y cuál es su casa?

Su casa es una de esas tiendas de alquilar trajes de máscaras, en las que hay siempre un corro de máscaras en posturas idiotizadas.

En el espejo de luna que suele haber en esas tiendas se ha reflejado la escena con toda nitidez e iluminada con esa iluminación de escenario que ilumina los espejos de los armarios de luna.

Le han velado esas máscaras que se retiran con respeto hacia la pared, esperando como en un mercado de esclavos que alguien los escoja. (No olvidaremos aquellos esclavos blancos que había en Nueva York, y que se ofrecían en el mercado cubiertos con antifaces negros.)

Esas tiendas también tendrán que desaparecer, pues como cuando el difunto no deja herencia, la familia tiene que levantar la casa y perderse en los cuartitos en que ya no se sabe quién vive, en que viven lo que no nos volvemos a encontrar más.

Esas tiendas eran unas prenderías curiosas, con prendas de muy curiosos colores. Allí entraron un día a desnudarse y a dejar sus trajes las máscaras primeras, las que, ya viejas, y sin humor, tuvieron que vender sus trajes.

La comparsa es diferente, y lo que triunfa en ella es el disfraz verdegay, el que con un tipo de verde brillante y llamativo, tiene más grandes lentejuelas de un oro verdoso.

Los dominós, los capuchones, de esos coros son dominós tétricos y algún modo las máscaras de luto, las pobres *diversionistas* con su hábito de *diversionistas*, hábito para frailes y para monjas de la misma Orden, pues unos tienen antifaz corto, rapado solamente sobre la barbilla y, a lo más, con un ligero bozo de encaje.

Los capuchones son los que han estado más en carácter en el velatorio del Carnaval.

¡Pobre tienda de huéspedes la de los alquileres de disfraces! Su vida era precaria, mortecina, con su bombilla colgante y su brasero para que todos se calentasen. Como detalle incongruente y que da más frío en esas tiendas destartadas y provisionales, hay un sillón de mimbre o una mecedora.

Tenía una cosa de guardarropía barata esa reunión de monigotes en la tienda de ladrillos deshabitados. La nueva corista del Carnaval –¡cuántos partiquinos en el gran

teatro del Carnaval- entra en su tienda, elige su otro yo y se mete en el cuartito de las pruebas y las transformaciones. Un cuartito sistema fotógrafo, o séase como esos que hay en las fotografías, en los que hay un espejo con forro de trapo y un peine con pelo de otros. Allí las infieles, las audaces, las tontas, se ponían el traje con que salir a la calle, y se soltaban el pelo de mujeres ya hechas, pelo delgado, que cae en mechones agudos y de edad reconocible. Era notable ver cobrar vida a un fante de esos, como si la hubiese tenido, sino que cataléptica, antes de que se metiese nadie en ellos.

Allí se quedaban los trajes de los que se habían sentido *indispuestos* por la fiesta y, por lo tanto, habían tenido que incurrir en ella. No se admitían reclamaciones sobre lo que hubiese en los bolsillos, y por eso las máscaras llevan en el bolsillo del pantalón sus cuartos y sus documentos.

Esas máscaras un poco subidas de hombros, que permanecen encerradas y serviciales en esas tiendas de alquiler, eran ahí donde se las ve de formalitas y calladas las más divertidas de Carnaval, las que más gritan, las que más galopan, las que se sabe menos que nadie de quién son.

Esos retenes de máscaras, esas policlinicas de máscaras, estaban desiertas toda la noche desde que se anuncia el primer baile. Es, a última hora, cuando recurren a esas tiendas -parece que se fragua un complot cuando son varios los que entran a disfrazarse-, y es a última hora, cuando los van a dejar. (Muchos disfraces huyen con sus alquiladores, y prefieren perder su traje civil que perder el disfraz, con el que se vestirían durante todo el año.)

Barraca de feria, barraca de figuras de cera, parece de verdad esta tienda del percal, esta casa de cambio, este almacén de ropas hechas.

Los mantones de Manila de esas tiendas son lo más franco, lo que se pone la mujer que saber *tocarse*, lo que necesita un cuello limpio, despejado, dorado a fuego. Son de alquiler caro, hay que tener un gran cuidado con ellos y necesitan fianza. Convierten al Carnaval en la verbena de San Carnaval. Será quizá lo único que persista en el gran festival de batalla de flores y confeti a que quedará reducido el Carnaval.

Ya sin máscaras callejeras y sin la compensación de los tres días de juerga y de alquileres, no tendrán razón de vivir tantas tiendas de alquiler de disfraces. Solo en un piso o en un sótano se sabrá que hay quien alquila trajes para los bailes.

Ya esa especie de cafés cantantes de las máscaras, que eran esas tiendas de disfraces que alquilar, tendrán que desaparecer.

Alquilemos en ella un capuchón de luto por última vez para ir al entierro de la Sardina, que este año sí que es un verdadero entierro final y definitivo, del que habla el Apocalipsis.

La Tribuna, 11 de febrero de 1921, núm. 3.284, pg. 4.

Variaciones. Dulce ⁴⁰

A veces paso malos ratos después de hacer una caricatura que exige la realidad. Sé que se ha disgustado el caricaturizado, cuando yo me he portado sin ensañamiento, solo como el espectador que pasa y tiene que encararse alguna vez con lo que se encara con él todos los días. Paso malos ratos porque me duele que alguien se ofenda de lo que no tiene que ofenderse de lo que no ha tenido esa intención.

Esas pinturas, esas ampliaciones que en medio de la calle de Fuencarral se encaran con uno desde hace mucho tiempo, merecen, como todo lo que es público, un comentario a propósito [...]

Aun siendo muy poco observadores de Madrid, al pasar por esa calle en cuesta interminable y un algo siempre de la carretera de Madrid que tiene la calle de Fuencarral, ha hecho que vea unos cuadros que sobresalen del piso bajo de una casa antigua y muestran los álbumes de retratos familiares, ampliados, desorbitados, magníficos.

[...]

El crítico de todo, ante esta exposición de la calle que tan constantemente afronta sus miradas, tiene que escribir cualquier cosa un día cualquiera; no puede evitarlo. [...]. La gran unidad de la vida de esa calle, para los que de mi generación han vivido siempre en Madrid, la dan esos cuadros.

Algo hay en esos seres de insistente, de recalcitrante, de tener rentas y posición en la vida, de conservarse tal como eran, pese lo que pese al tiempo, que les hace extraordinarios. Representa ese largo mirador de Dulce toda una buena época de Madrid, morigerada, cándida, un poco pueblerina. [...]

Esos retratos de grandes hombres que hay en el saloncillo del Ateneo y en el saloncillo del teatro Español -no hablemos de los muertos retratos de la Academia-

no tienen comparación en publicidad y popularidad con estos que exhibe Dulce. Yo he envidiado la gloria de esas efigies, dibujadas y fijadas en el ambiente de Madrid.

No olvidaremos a Dulce y sus obras -todas premiadas con mención honorífica- los que durante algunos años hemos visto a todas horas sus cuadros obsesivos, pretenciosos a la par que modestos, un poco empalagosos a la par que encantadores, atributo, señal, carácter de la calle de Fuencarral.

La Tribuna, 25 de febrero de 1921, núm. 3.296, pg. 5.

Variaciones. Doña Mariquita⁴¹

¿Cómo era esta doña Mariquita que en plena calle de Alcalá tiene una chocolatería célebre?

En la tienda debía de estar su retrato, a ser posible por Madrazo; pero no hay ningún retrato. Por eso me le he tenido que imaginar, recurriendo a mi *dibujo de escritor*, que es muy distinto al *dibujo de dibujante*, y que debe seguir siendo así⁴².

Esta tienda comenzó siendo un gabinete abierto a la calle; es decir, un piso bajo a cuyo gran cristal estaba asomada la anciana para ver pasar todo lo que ocurría en la calle de Alcalá. Tan conocida llegó a ser aquella silueta de señora atenta y curiosa que fue de tono entre las señoras conocer a doña Mariquita, para poderla saludar al pasar.

Doña Mariquita tenía una gran afición a la cocina y a la repostería, y eso, agravado por los años, se convirtió en una verdadera chochez. [...]

[...]

Tenía chocolateras de todas clases para hacer el chocolate. Había usado y abandonado la espesa chocolatera de hierro, que algunas eminencias sostienen que es la mejor para el chocolate a la española; había usado la chocolatera de hojalata, había usado la chocolatera de cobre, a cuyo chocolate a veces depara el sabor a cobre y almendras amargas del cardenillo, y por fin se había decidido por la chocolatera de plata.

En aquella habitación de camilla redonda se preparaba el chocolate, y muchos de los que pasaban por la calle de Alcalá a esas horas asomaban la cabeza por el cristal, sonriendo a la voracidad que ponían en tomarse el chocolate aquellas señoras.

-Es que se huele el chocolate de doña Mariquita- dieron en decir las gentes.

-Pero sobre todo, los mojicones que hace son su especialidad- decían los iniciados, los que habían desembalado alguna vez el mojiçón, arrancándole el cubilete de papel en que está metido.

Así las cosas, y para que sirviera eso de limosna a sus pobres, doña Mariquita mandó que los picapedreros convirtiesen en puerta el balcón de su casa y daba unos chocolates que se llamaron de beneficencia.

La augusta dama -porque era augusta dama por su tipo- servía ella misma el chocolate y traía los mojicones en una bandeja. ¡Todo sea por Dios!

Pasó el tiempo; la fama de los chocolates y de los mojicones fue creciendo, y un día sus herederos vieron un gran negocio en seguir con el establecimiento abierto. Todo Madrid sabía que no había mojicones como los de doña Mariquita, y los reposteros no sabían en qué consistía eso, aunque la verdad era que todo el secreto estaba en que doña Mariquita envolvía en papel fino del Japón sus mojicones, mientras ellos usaban el mal sabiente papel de barba.

¡Inolvidable doña Mariquita, con su pelo blanco, las madejas de seda para los trajes de cristianar! Yo la veo aún sentada en su mesa del fondo muy puesta con su traje lleno de encajes negros sobre un fondo más claro.

La Tribuna, 28 de abril 1921, núm. 3.349 pg. 4.

Variaciones. El producto de la fiesta⁴³

Después de pasada la Semana Santa aparecen en los escaparates de los fotógrafos las fotografías que fueron algo así como la redada de la fiesta, las miradas que quedan aquellos días, las mujeres de mantón de Manila que más simpáticas fueron a los ojos de las fotografías.

Subieron a la alta torre de los fotógrafos las que se creyeron más en su día definitivo y las que creyeron que este iba a ser su último año de estar bien con la mantilla. Hay rostros alegres y exaltantes, y rostros consumidos, tristes en cuya expresión se ve que se creyeron mirar en el último espejo de su belleza.

Así como el Carnaval lanza, después de su locura, numerosos retratos de locas en enaguas, así el Jueves y Viernes Santo tienen una repercusión que brota en los luminosos días de la primavera, como el recuerdo de un luto proverbial, ya como si esas mantilleras estuviesen preparadas para ir a los toros.

Lo que se ve en el producto de la fiesta lúgubre y encantadora es que las peinetas han aumentado, fenómeno de crecimiento que me tiene horrorizado. Es una verdadera depravación del sentido de la peineta este exagerado de un modo absurdo, incontinente, desmedido.

En los escenarios, últimamente, se ven avanzar las más monstruosas peinetas, lentas, como si la cupletista llevase un cántaro a la cabeza, con un equilibrio forzado que descomponen la agilidad. Y para achicar a la otra, la nueva cupletista, con algo de nueva rica en peineta, hace que la fabriquen una mayor. Así, la peineta, que es una cosa graciosa que acentúa la expresión, resulta una cosa abrumadora, como una tiara [o] una coyunda.

¡Abajo esas peinetas recargadas, procesionales de circo y de una majadería indescriptible!

¡Qué redicha y con qué cresta más tonta resulta la que se pone esas peinetas de torrecilla, pretenciosas y pesando sobre la cabeza femenina como pesa la tontería!

Ante el producto de la fiesta, presente en los escaparates de los fotógrafos, ya muy reveladas y cuidadas las fotografías, hemos observado bien esta absurdidad creciente de las peinetas, que parece que colocan las mantilla sobre el largo cucurucho de las hadas.

En las fotografías callejeras de la fiesta, también expuestas en los escaparates públicos, se nota el mismo contraste, viendo cómo resultan achicadas y desniveladas nuestras pequeñas mujeres bajo las altas mantillas. En esas fotografías, que han recogido los fotógrafos con el gusano de su kodak, como haciendo las fotografías con el ombligo, hay alegres grupos que con la mantilla más sobre la cabeza y más ceñida a su óvalo pondrían más serios y enamorados a los corazones.

La Tribuna, 29 de abril 1921, núm. 3.350 pg. 4.

Variaciones. *Berlangots*⁴⁴

Hace ya muchos años que se levanta ese quiosco blanco en la esquina de la calle del Barquillo.

De pequeños hemos comprado los primeros *berlangots* en esa confitería al aire libre. A la ida o la vuelta del Retiro o del Prado, resultaba y resulta muy fácil pararse y comprar un cucurucho de *berlangots*. Está colocada esa garita en el sitio estratégico para los bombones.

No creímos que iba a durar tanto ese puesto tan desabrigado, en el esquinado de los vientos, de los fríos y de los calores de Madrid; pero es admirable, y merecía la cruz de la Beneficencia, cómo han pasado los inviernos y los veranos, impertérritos, vestidos de blanco, sonrientes, el dueño y la dueña.

Sobre todo el frío y las heladas no creí que las iban a pasar tan airoosamente, aunque él se defendiese entrando en reacción con el activo amansamiento del dulce y ella entrase en reacción metiendo *berlangots* –con las tenazas de plata– en los cucuruchos de papel.

Primero, la expectación que causaron fue enorme, y siempre rodeaba el quiosco un público pazguato, que le veía a él, vestido de cocinero, colgar de ese gancho lateral que hay junto a la ventana del puesto la madeja o la cabellera del caramelo tierno, compacto, elástico, mil veces amasado y mil veces distendido, desgarrado, deshilado, desmadejado en el fiero gancho. No se acaba de mirar aquel destejer y volver a tejer de la masa pegajosa y densa. No llegaba nunca el punto en el párrafo del trabajo, y solo después de una larga espera se veía maniobrar con la sustancia ya en su punto, siendo como un menudo y meticuloso corte de pelo de una larga melena el que las tijeras realizaban con el largo mechón de dulce.

Después de aquellos primeros tiempos de gran expectación vinieron otros tiempos de venta silenciosa, viéndose libre el laborioso operador de las miradas mironas, pedigüeñas, moscardonas de los curiosos.

Hoy celebran su trabajo el dueño y la dueña, siempre tan puestos, con una continuidad tranquila, desmadejando los grade estropajos de dulce en el mismo gancho de cobre; tiñendo la pelambarrera engurlachada, ya del rosa para los caramelos de *rosa*, ya

del amarillo para los de *limón*, ya del rojizo tono de los de *naranja*, ya del tostado tono de *malvavisco*, etcétera, etc.

Muchas veces –las más de ellas–, en vez de emplear los frasquitos de colores que figuran en la estantería de cristal que tiene el fondo el puesto, emplean un frasco mayor que los otros y que no tiñe la blanca masa, el frasco de la menta, porque los caramelos que más se despachan son los de menta.

Año tras año han ido ganando simpatía, esos creadores del churro dulce, un enorme churro partido en trozos pequeños. Con su espectáculo de quiosco digno de haber nacido en el rincón de una gran Exposición universal, como novedad entre las instalaciones de la China –que sabe hacer buenos dulces–, ha endulzado las horas de la calle de Alcalá.

Cumplen muy bien su misión los dulces de este quiosco, y tan íntimo rincón han hecho de su garita de cristal que durante una temporada tuvieron allí colgado su retrato en ampliación. Quizás no han faltado nunca de su puesto, aunque quizás los vi en Gijón un verano. Su misión en la tierra es esa y la cumplen como si fuesen una promesa sagrada.

La Tribuna, 12 de mayo de 1921, núm. 3.361 pg. 4.

Variaciones. La casquería⁴⁵

La casquería es una tienda más enseñada que la carnicería. La “casquería” conserva las entrañas de la víctima, todo lo que con ella sufrimos la muerte y se exalta más en la vida.

Tiene algo de ritual la tienda esa, por aquello de que a los dioses, se les ofrecían las entrañas de las víctimas en un cáliz para las entrañas.

Parece que tienen un privilegio los dueños de casquería, por el que se les reserva todo lo más escogido en la trituración del animal.

Son como carniceros veteranos o ascendidos, para los que se aparta con sumo []ido todo eso que exhiben colgado de los ganchos relucientes de la casquería.

“Esto para los de las casquerías”, se piensa que van diciendo los matarifes y los descuartizadores, según hacen el reparto de los animales muertos, así como el padre, amigo de privilegios, va escogiendo para el hijo privilegiado los menudillos más exquisitos.

El corazón, que es sobre todo la disputa proverbial en la hora de repartir los menudillos; el corazón, que es como el hallazgo del haba de los arroces que lo encubren, como las arenas de las playas la concha más bonita, es para el “casquero”.

Es un gran espectáculo de color sanguinolento y amarillento el espectáculo de las casquerías.

Los pobres pulmones penden como si fuesen un alma doble; la laringe como si fuese la de un operado; los bofes, como si hubiesen extraído el agobio al que se ahogaba en la cama; el hígado, como si se le hubiese extraído el flan interior, la golosina interior, la gelatina esencial al ser viviente, y las tripas, como si le hubiesen extraído la camiseta o el chaleco de Bayona.

Los seres más feroces de la ciudad, los señoritos iracundos, los dueños de can, que no tienen consideración a nadie, se surten de las casquerías, piensan con ellas, se acuerdan C por B de todo lo que en ellas cuelga, y son voraces anatomistas, que se han estudiado todas las láminas de la anatomía.

Todo en la casquería está lleno de ¡ayes! que arrancan el alma; todo palpita aún y parece que el corazón tiene un movimiento de sube y baja, de pez que quiere escaparse en el anzuelo del garfio, y los pulmones respiran aún por ellos mismos a plenos pulmones, y el hígado está bilioso como nunca.

Las sesadas que se venden en las casquerías piensan en lo que es la ingratitud y la crueldad humana; reflexionan realmente sobre la verdadera injusticia del mundo; piensan hasta que las cuecen a ellas y a sus ideas las serviles cocineras, que presentan las sesadas a sus señores exagerando mucho la idea “de la hermosa sesada que les han dado por tres reales”.

La Tribuna, 9 de agosto de 1921, núm. 3.437 pg. 4.

Variaciones. Los limones del verano⁴⁶

En los puestos de los horchateros, que iluminan el farolón antiguo, se destacan cinco o seis limones sobre los vasos de cristal vueltos del revés.

Esa nota fundamental de verano adquiere una fijeza que puntúa la estación. Esos limones amarillos y pezonudos que se destacan sobre los vasos de talla burda, pero brillante, son para las miradas un consuelo rápido de los de mírame y no me toques, y pasa deprisa, sigue.

Repetimos esa mirada sobria, férvida, fugaz, sobre los limones frescos que se destacan en el aparador de los horchateros de las esquinas, y contamos con esta mirada para encontrar la simpatía del verano madrileño.

Si nos fallasen esos limones nos faltaría un alivio de la vida, esa caricia que encontramos en verlos al pasar iluminando la noche con su luz natural; porque los limones fueron las primeras bombillas de luz que enjaezaron los árboles antes de la luz eléctrica.

Esos prendido naturales de la vida visible, han sido siempre encanto de los ojos en España, de donde son famosas las limas y los limones de Murcia y las naranjas y los limones de Loja.

Esa hilera dichosa, juvenil y graciosa de color, se ofrece a ser estrujada; es el reclamo, el cebo, la descotada seducción de los puestecillos de refrescos.

Se ven los limones esos con encanto, con clarividencia y son un consuelo evidente.

Por dónde, pues, una cosa tan sencilla y tan insignificante es para toda una ciudad y para el transeúnte desalado, refresco de los ojos, esponja de su abrumación, auxilio de su espíritu.

La Tribuna, 1 de septiembre de 1921, núm. 3.456 pg. 4.

Variaciones. El escaparate de la Inclusa⁴⁷

Ese escaparate iluminado en la noche con dulces lámparas es el escaparate de la Inclusa, donde van los antropófagos a comerse suaves angelitos que no han subido al cielo, que han sido atrapados por el paradorero.

Como una madriguera siempre abierta en la noche está ese escaparate, en que los recién nacidos no han abierto los ojos siquiera a la vida. Murieron con una rosa ilusión en su alma sin descorchar. En el gusto blandísimo del cochifrito entra esa ingenua y rara ilusión del recién nacido.

Como engaño a su muerte, como golosina para su espíritu, como detalle de la frescura y el ensañamiento humano, tienen un poco de escarola en la boca. Llega a parecer eso de la escarola como una cosa ritual en el paso al otro mundo de las almas de los lechoncitos, algo que deben llevar para el camino en el tránsito eterno, detalle de su extrema unción.

Botín, con ese aliciente de sus lechoncitos frescos, como la última ofrenda de las mamás o la Inclusa, atrae desde los sitios más lejanos al madrileño y al introductor de embajadores.

Botín es el gran restaurante donde se asan las cosas nuevas en las cazuelas antiguas, y siempre se vierte un poco de las viejas salsas y de los viejos aceites que guardan en pucheros de barro, en las viandas nuevas. En pequeños, pero en constantes detalles consiste la importancia de Botín; en que su pimienta viene de ciertos cortijos andaluces, su sal es especial y el aceite es de las más puras de las olivas.

Botín parece que ha existido siempre y que Adán y Eva comieron allí el primer cochifrito que se guisó en el mundo.

A Botín se van a celebrar las bodas de plata, las de oro, las de diamante y hasta las últimas: las Fósiles.

¿Cuánto ganado porcuno se ha comido desde el primer día hasta hoy? Para imaginárselo había que pensar en una llanura como desde Madrid a los confines de Extremadura llena de crías de cerdo.

En Botín comen su temporada de mejor fortuna los advenedizos. Los que vamos de vez en cuando a través del tiempo, nos sonreímos de su voracidad y despreciamos su temporada, pues no se sostendrán, no puede ser; esta misma asiduidad revela que se han entregado a la glotonería en vez de al trabajo, y el ingenio es sobrio de estas cosas y los coloca como cifra roja en el almanaque de los días. Los vemos repanchingados a su auge de pícaros, pícaros provisorios, porque el pícaro debe estar muy sobre sí y pronto a la réplica, a la nueva empresa, al viaje por el mundo vario, a la meditación ascética en el guardillón de sus inventos.

La última redada de pícaros que han especulado con las mentiras, las promesas y los engaños del final de la guerra, se estremecían demasiado en Botín. Además, todos los intérpretes desinteresados (!) del extranjero coinciden en Botín demasiadas veces, como si no hubiese otro lugar, y dejan su sombrero con familiaridad de asiduos y de vivos. ¡Pobre viveza la suya, cuando lo más bello y entonado de una cena es no tener que hablar de cualquier cosa con cualquiera, sino escoger un buen rincón o mesa de silencio o una buena conversación!

De todos modos, Botín se defiende, aunque ha cambiado el gas por las anti-páticas bombillas nitra; se defiende con sus menús manchados de aceite, sus saleros antiguos, sus besugueras y sus cazuelas viejas sobre la tarima de madera picada, esos aperos de los que una vez preguntó el coste un inglés, y se atrevió a contestar el dueño: "No se venden... pero se cambia uno por Gibraltar."

Botín es el sitio indicado para los gordos, que lloran el no poder ir en sus temporadas de penuria.

En Botín creemos estar comiendo en la cocina, junto a los azulejos, que no manchan.

Botín, en el medio día, es muy fuerte y se ve desde los balcones la ciudad de los paradores que es Madrid. El que come en Botín al mediodía se encuentra convertido en una boya, que flotará hasta la noche por en medio de las calles de la ciudad; no podrá ir por la acera.

Lo que no saben todos los snobs de Botín es que existe otro, que yo prefiero esos días en que hay que estar esperando que alguien acabe para encontrar mesa; un Botín más silencioso, perdido en una calle más típica, y tan sobrino de Botín como el más célebre, también con azulejos –para el que le gusta comerse los azulejos–, Botín en que se conserva más el gas y en el que se festejan las gentes del barrio que no llevan alrededor esos cobistas del extranjero que tan incómodos son de mirar.

En el otro viejo Botín de la vieja calle de Cuchilleros también está bien el lechoncillo, el conmovedor lechoncito, ante el que lloraríamos, como si se tratase de nuestros hijos, pues llega a parecernos que nos van a decir: "Bautizados, tantas pesetas, y sin bautizar, tantas menos."

La Tribuna, 22 de septiembre de 1921, núm. 3.473 pg. 5.

Variaciones. Casas de baños⁴⁸

Se habla constantemente de la falta de baños en Madrid, y desde muy antiguo ha tenido encantadoras casas de baños, cuya tertulia siento no frecuentar, porque recuerdo con gusto aquellas tertulias de la sala de espera mientras se preparaba el baño, en aquellos días en que la vida, el sol y el agua se mezclaban en un común ruido optimista. Desde que pude tener casa con baño fui ingrato a mis anti cámaras del balneario público. ¡Qué otra cosa eran los periódicos leídos allí y las revistas revisadas!

No puede ser causa de hablar mal de España el que en una casa en que todo [esté] comprendido: desayuno, comida y cena vale tres pesetas, no haya baño.

El año cuarenta del siglo pasado había ya en Madrid numerosos baños: los de la Estrella, en la calle de Santa Clara, en los bajos de la casa de *Fíguro*; los de Oriente, en la plaza de Isabel II; los de Cordero, en el fondo del bazar de la Unión; los de Capellanes, en el número 1 de esta calle; los de Monier, en la carrera de San Jerónimo, 10; los de Hortaleza, en el número 142 de esta calle; los de Santa Bárbara, en el número 85; los de Zárate, en la calle de Valencia, 3; los de San Isidro, donde está el célebre pozo del Santo, en la calle Mayor 35; los de Jesús y María, en el 24 de esta calle; los de Flora, en el número 4; los de Recoletos, en ese paseo, 11; los de Guardias de Corps, Amaniel 33; dos en la calle de los Jardines, que tienen tres siglos de fundación; los de la calle de Mediodía Grande 49; los de Caballero de Gracia, los de Arango, en Chamberí; los de Regiaimar en la calle de la Gorguera, y los Árabes, que se establecieron en la calle de Velázquez cuando aquel era el límite de Madrid; los de Europa, en la calle de Claudio Coello, y los medicinales de la calle de Olózaga.

Hace ya mucho que pasó la extrañeza del baño. Una de las cosas más retardatarias que pueden cometerse y de un retardatismo ignominioso y alevoso, es decir que aún no ha pasado lo que pasó: es aprovecharse de la leyenda.

El odio al baño no es popular, pues hasta llegó a abusar el pueblo español del baño, decretando contra ellos Alfonso VI, porque enervaban el vigor de los soldados. Existe un fragmento poético que pinta las causas morales y políticas de esa decisión del Rey:

Si es pecado entrar en los baños?

Solían usar en Castilla

Los señores, tener baños,

Que mil dolencia y daños
Sanaban a maravilla;
Y pues hay tan pocos dellos,
Y pocos vemos tenellos;
Quería de vos saber
Si por su salud o placer
Es pecado entrar en ellos.

Respuesta del autor.

Solían siempre hacellos
En ciudades principales,
Y por bienes comunales
Guardallos y sostenellos.
Los sanos se recreaban,
Y los dolientes sanaban,
Y otros bienes muchos más
Que dice Santo Tomás
Que en los baños se encontraban.

Mas también hay grandes males
Que del mucho uso resultan,
Que los que en ellos se juntan
Hacen pecados mortales.
Que se hacen lujuriosos,
Delicados y viciosos
Con achaque de salud,

Quedan flacos, sin virtud,
Cobardes y temerosos.

Y por quitar estos daños
Fue provechoso y honesto
Que el rey D. Alfonso sexto
Hizo destruir lo baños.
Que los sabios le dijeron
Que los suyos se perdieron,
Porque en baños ocupados
Como hombres acobardados
De la batalla se huyeron.

Que los baños pueden ser
Al enfermo beneficio,
Mas quien lo tome por vicio
Tórnase medio mujer
Y el que así vive al revés,
Sin parar mientes quién es,
Es como hombre en manteca,
Que mejor le está en la rueca
Que la lanza ni el arnés.

El sentido de estos versos es cosa pasada que hay que reputar pasada.

Tenemos casas de baños limpias, alegres, con luces de mediodía,
con riqueza de aguas.

Los de Oriente son los más socorridos y tienen siempre baños libres, surtiéndose de las aguas líricas de los caños del Peral. Los madrileñistas debían bañarse allí, y no solo bañarse en aquellas aguas, sino beber de ellas, para impresionarse de toda esa historia de los Caños del Peral, que siempre tienen en los labios en su extracto más simple, más fácil y más tópico.

Los de San Felipe son los que tienen más carácter de receptáculo ingenuo de sitio para la “reunión de la alta sociedad madrileña” hace cincuenta años. Esos baños de San Felipe Neri tienen aún la embocadura que se les quiso dar de balneario más que de baños, gran balneario medicinal que hasta anunciaba “baños de mar”.

Aquellos lacayos de antaño, con el abrigo de los señores en el brazo, seguían a sus dueños al entrar en los aristocráticos baños de San Felipe, con paso trascendental, como si entraran en un palacio misterioso, donde los esperaban los genios del agua.

Aún hoy, cuando paso por la calle de San Felipe Neri, me asomo al gran portal que da al patio húmedo, rezumante, con su gran fuente en medio. Tiene la tristeza de las lágrimas que pone la continuidad del agua en los sitios, y hay como las grandes telarañas y redes de agua que va poniendo al agua en la atmósfera de los sitios en que se empoza y surte con esa riqueza que [hay] en esos baños.

Siento no estar obligado a tomar esos baños en los viejos balnearios de Madrid, porque allí me daría un baño de experiencia, de esa cosa especial que hay en compartir la vida privada de los desconocidos, entrar en la casa de un extraño, recoger los saludos de la cortesía de gente tan dilecta, tan de la clase media de los reyes como es la que asiste a las casas de baños, en cuyos mostradores se sientan las mujeres más amables, las patronas más cuidadosas.

La Tribuna, 29 de noviembre de 1921, núm. 3.430, pg. 4.

Variaciones. Cuadernitos de apuntes⁵⁰

Una de las cosas que más constantemente se venden en las calles madrileñas son cuadernitos de apuntes. Grandes cestos de planchadoras llenos de esos cuadernitos, encuadernados generalmente en granuloso papel azul marino, descansan al borde de las aceras, y sus liquidadores venden su mercancía al grito de:

–¡Cuadernos de apuntes, buenos y baratos! ¡Cuadernos de apuntes buenos y baratos!

Ante estas plagas de cuadernitos chicos, he pensado que todo el mundo debe escribir greguerías, que todos deben tener un “stock” formidable, que lanzarán al mercado el día menos pensado.

Desde luego, la ansiedad pública, la curiosidad que hace comprar estos libritos esconde el secreto deseo de apuntar pequeños pensamientos, dolores, ideas de grandes dramas, ocurrencias, quizá una poesía, quizá las pequeñas cuentas que se hacen para saber en qué se ha gastado ese duro del que solo sale el primer real que se gastó, perdiéndose en el resto de la operación el que quiere saber en qué ha gastado las otras cuatro setenta y cinco.

Yo encuentro que son muchos más fecundos los cuadernillos que los pensamientos, y por eso hay que dar la cosecha a tan bajo precio. Yo mismo, que siempre voy apuntando cosas, noto que me acosan los cuadernitos, pidiéndome más, siempre más, quedando desocupados demasiado tiempo, hurgándome en el bolsillo con gran inquietud.

Pero es un fenómeno tan curioso este de la necesidad de cuadernitos, que aun teniendo medio nueva la media docena última, hay la tentación de comprar los nuevos, los que mueve con el dedo enlabiado el vendedor de cuadernitos de pasta azul.

Es que quizá se queden inutilizadas, viejas, veladas, como esas placas de fotografía que no se utilizan en mucho tiempo, esas hojas finales de los cuadernitos que se han llevado en el bolsillo. Algo de desconfianza se siente al ir a apuntar algo en el cuadernito que se ha anticuado en el bolsillo, que tiene pelusas entre sus páginas.

Es un pueril vicio nacional este de los cuadernitos, por lo visto, pues perduran en la feria de todos los días, a través de los años, los vendedores de ellos, mezclados en revuelto mariposeo, con algo de libros de cheques para los pobres, pues lo que se apunta en ellos es lo que es la fortuna de los hombres modestos; el uno, esa frase feliz de su novia, y alguno que yo he sabido, los besos que daba a su novia.

La Tribuna, 12 de diciembre de 1921, núm. 3.441, pg. 6.

Variaciones. El doctor X⁵¹

En la calle Ancha de San Bernardo hay una sastrería cuya especialidad son las togas, y en cuyo escaparate siempre se ve ese doctor X que nunca asciende, ni es trasladado, ni pasan por él los años.

Durante los doce años de instituto y universidad⁵², hemos visto, al subir la cuesta, alegre y juvenil, de la calle Ancha, a ese señor impertérrito, que nos resultaba como una especie de profesor castigado a cadena perpetua, castigado por los muchos suspensos que debió dar a permanecer en ese acuario del escaparate durante toda la vida.

En la felicidad de vivir en la calle de los mediodías, la calle optimista e inolvidable, que es la calle Ancha, entraba el ver al togado comendador. “¿Debíamos quizá saludarle?”, pensábamos al pasar, y le mirábamos con el encanto de la independencia, sin necesitar quitarnos el sombrero con la cortesanía con que nos lo quitábamos frente a los verdaderos profesores.

Era como un profesor de otra Facultad al que no “tendríamos” nunca, aunque alguna vez sospechamos si sería uno de esos escondidos profesores del doctorado con los que no pensábamos tener que ver nada, pues solo deseábamos ser licenciados como presos que escapan a las disciplinas, pragmáticas y abominables de la abogacía.

El hombre ese del birrete y de la toga con vistosa esclavina es como una emulación para el estudiante, y es posible que esté subvencionado para que perennemente amen[] a todos a conquistar los grados académicos.

“Un vistoso uniforme como este podrás tú usar si sigues con aprovechamiento tu carrera. Será tu traje de novio el día final de tus éxitos”, dice a todos los que pasan, pero algunos ya no pueden hacerle caso, porque cuando llegan a ese último trecho de la calle Ancha ya han vendido sus libros más abajo, a ese librero que está enterado de todo lo que se refiere a libros de texto, y que sabe más de portadas y de ediciones que el más sabio erudito.

Es una tentación pueril la de ese maniquí ya con más años de servicio que nadie, y que es la más enarbolada enseña del abogadismo en España, símbolo permanente a él, siempre expuesto a las nuevas generaciones para convertirlos a su profesión.

El verdadero “decano” de Madrid es ese maniquí, al que es grato recordar de vez en cuando, porque descubre la estabilidad de la vida como nada.

La Tribuna, 4 de enero de 1922, núm.3.461, pg. 5.

Variaciones. Lluvia de sangre⁵³

No estos días, siempre chorrea sobre el transeúnte la caza, caza fresca, reciente, acabada de destripar, como con la herida del anzuelo en la boca aún, puesto que es por la boca por donde sangra copiosamente.

Sobre los cerdos magníficos que chorrean en voz baja sobre los cubos, dando el espectáculo de la sangre y de los anchos labios de la herida en humana adiposidad, que es la herida de su vientre, están todas estas víctimas de la caza.

La lluvia de sangre no es caudalosa y constante, no. Es como el goteo de una lluvia que ha cesado y que ya solo gotea por los aleros.

En la desatención al transeúnte no se piensa en esa gota suelta, muy de vez en vez, pero que donde cae deja grabado su centimito de sangre.

Hasta los corderos muchas veces penden con ese descaro de dejar a la casualidad –confiando mucho en ella, eso sí– que intercale entre los transeúntes las gotas de sangre de las víctimas. El tendero tiene en cuenta que “malo será” que la gota caiga cuando alguien pasa. De cien gotas, ochenta y nueve caen en la acera.

Es castizo ese espectáculo rústico de las antiguas tiendas de caza en las ciudades primitivas y sin urbanizar. Las víctimas son aún víctimas de zurrón o las víctimas que se cuelgan de un clavo en la casa de campo.

Realmente, la caza en el escaparate pierde y no tiene esa tentación fresca y tentadora.

Estos días es cuando el espectáculo llega a la magnificencia y se ven los grandes arcos de conejos con una mota de nieve en el rabo, y se ven las perdices muertas en bandadas, y se ven los faisanes inaccesibles, llenos de prestigio, como con el mérito de haber sido cazados por escopetas reales y tener en el buche el plomo de la bala real.

La Tribuna, 5 de enero de 1922, núm. 3.462, pg. 6.

Industrias y mercados

*Variaciones. Las pequeñas fábricas*⁵⁴

Nada que deje más pensativo que esas pequeñas fábricas que se anuncian en grandes rótulos⁵⁵ sucios por el tiempo en los pisos de los barrios pobres.

FABRICA DE ...

FABRICA DE ...

Son fábricas simpáticas nacidas de una iniciativa personal, todas ellas hijas del hombre pobre, pero con grandes ideas que las regenta y las impulsa. El pequeño piso parece atiborrado de la gran idea, de la gran cantidad de cosas que supone eso de FABRICA⁵⁶. Un gran aliento concentrado vive allí dentro, y lo llena todo, hasta las cocinas atestadas de la trascendencia de la FABRICA.

Para ser FABRICA, una FABRICA parece que necesita un gran local, una alta chimenea por la que salga un humo espeso y caudaloso que cubra todo el barrio como una tormenta, y por eso nos dejan pensativos y asombrados estas FABRICAS que se hospedan en cuartos oscuros y bajos de techo, en pequeños pisos de vecindad.

Son estas FABRICAS una cosa muy típica y altiva, digna de los barrios bajos, revelando la cantidad de valor personal y la cantidad de orgullo que anida en esos locales misteriosos y atestados, en los que un hombre vivo y prendas es la FABRICA.

Las miramos pasmados y sonrientes, sospechando los procedimientos misteriosos con que se trabaja en su fondo; los apaños, los inventos con que se subsana la carencia de grandes máquinas, la cosa viva, tocada mágicamente y espiritualizada por las manos que produce ese esfuerzo milagroso que en ellas se realiza, la cantidad de arte de birlibirloque que figura en sus operaciones, las victorias que realiza el operario, el director y sus dos esposas, todos afanosos, ingeniosos, trascendentales.

Nuestra mirada cuando encuentra esas FABRICAS se dilata y se solaza. He ahí los hombres pintorescos, enteros y castizos.

¡Ah, y pensamos también con picardía y encanto en ese papel con membrete en está impreso lo de FABRICA, y que circulan por lejanas provincias, y que traen encargos a veces cuantiosos, creando una correspondencia voluminosa y pintoresca dirigida a la FABRICA!

¡FABRICAS de España pobres, individuales y pasmosas!

La Tribuna, 8 de noviembre de 1916, núm. 1.733, pg. 8.

Variaciones. El nuevo templo de los sacrificios⁵⁷

De vez en cuando tomo el impar tranvía del Puente de la Princesa. Hay por allí cosas buenas y lejanas.

Desde el pretil del puente he visto cómo avanzaba la obra del nuevo matadero de Madrid. Hoy ya está casi concluido.

Ayer tarde di una vuelta por sus alrededores. Es extenso, estupendo, formado por varios millones de ladrillos.

Sobre su fábrica, tendida y larga, se destaca la gran sorpresa blanca, el gran depósito de agua con que lavarán la sangre que se derrame sobre los pavimentos inclinados, agua depositada con esa altura, aun teniendo el río cerca, para que se sedimente, por si el pobre río se queda sin agua, y porque tiene que estar a esa altura, como en los irrigadores. ¡Monstruoso aparato de tienda de ortopedia!

Repasando sus pabellones se presiente que allí está, con todos los aparatos necesarios, el destinado para las vacas, el de los corderos y, entre todos, el de las aves y pájaros, en los que creo yo que se habrá pensado, tomando ejemplo de la civilizada Berna, donde los días de mercado se establece el verdugo de las aves, al que hay el deber de presentarle las que han de morir, para que él las dé una muerte técnica y casi instantánea.

Pequeñas guillotinas, aparatos eléctricos de interlocutar⁵⁸, gumías, grandes cuchillas, como las de partir el bacalao; puntillas, manejadas por unos cacheteros mecánicos, bisturís y un variado y reluciente material de operaciones, rayos X, sillones eléctricos sistema Berlé, para hacer perder grasas a ciertos animales, etcétera, etc.

Gran Hospital General para los animales, además de gran edificio de la Inquisición y de la Ejecución de los animales, estará montado a la moderna.

En el centro de los pabellones se eleva una especie de capilla con una veleta con banderín de metal dorado, donde parece que se dirá el responso a los animales muertos: el mu-muu, a las vacas; el berre-berre, a los corderos, y el pío-pío, a las aves.

No va a estar desprovisto de arte este edificio, y el arquitecto ha pensado en el bucráneo⁵⁹ decorativo, más a propósito que en ningún sitio, aquí.

Muy nuevas aun las calaveras de carnero y de vaca que ilustran algunas entradas; cuando la lluvia y el tiempo las corroa, se verá más y mejor la consideración de la muerte de los animales que representa este símbolo, estilizado y verdadero al mismo tiempo. Por lo menos, los hombres han elevado con esos adornos la casa de la muerte, convirtiéndola como en cementerio, con sentido de la muerte, en vez de casa del crimen.

¡Qué lamentaciones, qué gritos desesperados -sobre todo los agudos gritos de los cerdos- llenarán pronto ese paraje tranquilo! Así como antes todo eso resultaba ensordecido y embotado en el pozo de la ciudad, ahora llegará hasta el horizonte.

¡Qué lástima que no hayan elevado un ídolo en medio de los patios de la Casa de las Ejecuciones, para que se aprovecharan todos los sacrificios y aplacasen a los implacables las constantes ascensiones de almas de sacrificados! Solo un conato de escultura, una cariátide o una cosa así, convertiría en aras santas los abyectos tajos de los carniceros.

La Tribuna, 11 de julio de 1919, núm. 2.793, pg. 7.

Variaciones. El mercado de burros⁶⁰

Allí a mano derecha del Puente de Toledo se celebra todas las mañana la feria de burros.

Parece que en Madrid no pasan esas cosas, no hay chalanerías públicas, ni esas escenas de zoco. Es que la gente no se asoma a ellas y no las sospecha siquiera. Aquí se vive en el barrio, y todo lo demás queda como fuera de puertas y como el otro lado de la muralla.

En la mañana suceden muchas cosas en Madrid. Cada una en su rincón, en su plazoleta, lejos del público, que lo que más fisga son las cosas de la tarde.

Todas las mañanas, pues, en esa especie de pradera o corralada que hay al lado del paseo de los Pontones se ve una manada de borricos, mezclados los unos a los otros, apiñados, con mantas de presidarios algunos. Otros completamente desnudos, con un ronزال muy sobrio, y alguno desenganchado de su carro –pues hay dos o tres carros desuncidos, cuyos dueños, desesperados, parece que quieren desprenderse del carro y de la bestia. ¡Tan mal les va!

Al presenciar ese espectáculo nos acordamos de esos chascarrillos de la chalanería, engañando al comprador en la edad de las bestias o distrayendo, gracias al sale-ro y la labia que tienen, la desconfianza del comprador.

Aquí en Madrid, sin embargo, no es la gitanería la que impera entre los vendedores, sino que predomina entre ellos el buen castellano que no sabe apenas qué decir encomiando su bestia, su mala bestia, con la que al fin y al cabo se vuelve a su parador, como un buen padre al que le ha salido un chico calabaza, que tiene que sacar del colegio volviéndose al pueblo y dedicándole de nuevo a la labranza. ¡Ya se vengará él en el peor trato que le dará!

En las mañanas claras de Madrid figuran muy bien, destacándose sobre su cielo y su tierra, estos borricos de plata sucia y tomada. Parándose a mirarles, se nota que la mula se mezcla ya en su constitución. Solo en los pueblecitos pequeños hay borriqui-llos chicos y puros o borricazos grandes, garañones, de esos en los que no sé por qué siempre he visto un instinto bárbaro, como el del orangután o el camello.

Le sale a ese trecho de Madrid por sus tabernas aisladas, bajetonas y de madera un tipo californiano. Los compradores no se apresuran. Miran, remiran, no acaban de creer lo que ven; pero el vendedor corre su burro como si estuviese en un desbravadero, grita, mueve el palo como un sable y aturde al animal. Como con el engrasador ha echado aceite a la máquina del burro, el pobre corre bien.

Los que corren haciendo que el burro de vueltas en redondo, escaman un poco. Parece que así encubren que ese burro lo único que sabe es dar vueltas a la noria, y que llevará a todo el que monte en él haciendo círculos tangentes todo el camino y mareándole más que si fuese en un bote y costeando.

Zas-zas-zas... y se dispara otro burro. Parece que van a organizar una partida de “football” y que ese la inicia.

En el abrevadero que hay cerca beben alargando el cuello como jirafas algunos burros. Todo está muy confortable para el negocio; hay corralillos para retener las bestias, y sobre todo hay varias tabernas para sellar el negocio y en las que se saca al burro

una copa o se le deja tomarse unos churros en los “abrevaderos de churros”, que, fijos en el suelo y al otro lado de las casillas, fríen esas rosquillas en forma de corbata.

Viendo cómo se alarga el plantón, se ve que parece que es como una parada de la caballería en la marcha, de una caballería labriega civil.

De tristes que están todos los burros viendo lo mercado de la esclavitud que resulta este paraje en que se encuentran, no rebuznan, pareciendo también como si pusiese en algún lado un “Se prohíbe” rebuznar en caracteres de bulto. ¡Cuándo formarían un orfeón perfecto! ¡Que masas corales! Pero no sienten ese canto de la alegría y la voluptuosidad, que es el rebuzno, ese gorgorito de la nariz que tan estentóreamente saben lanzar sin respirar un buen rato.

De pie, con los enormes ojos –esos sí que son ojazos grandes y no los de vuestros niños, mamás– fijos en el suelo, aguardan unas cuantas horas, porque el comprador de borricos viene retrasado, como en un automóvil de cuarenta borricos, en un 4C-H-B.

Los que más compran borricos aquí son los traperos y las traperas. Los borricos les temen, porque es fama que con ellos se disfrutaban muchos palos, muchas pulgas para después comer basura. Además, les da vergüenza tirar del carro de la basura o llevar –eso es más terrible aún– los dos serones llenos de porquería con que los carga la Borracha, subiéndose ella también encima de sus posaderas. ¡Pobres borricos sobrecargados, que andan un poco como en cuclillas!

Desgraciados burros silenciosos de las mañanas de Madrid, burros de carreras y burros de carga, burros madrileñistas y burros llenos de ideas abstractas. ¿Por qué no les da clase algún pedagogo, aprovechando esta estancia larga y colectiva en ese campo de la Paciencia?

Poco a poco, en caravana, limpios, aseados, pulcros (entre otras razones, el día de la venta les han lavado los dientes con el mejor dentífrico), se va yendo hacia sus corralillos a eso de las doce y media de la mañana.

La Tribuna, 28 de febrero de 1920, núm. 2.985, pg. 9.

Variaciones. Las terrazas, el hielo y la cerveza⁶¹

Las terrazas salían antes a la calle con una gran timidez. Los mismos transeúntes las miraban muy mal, porque les hacían torcer su camino, y a todos nos gusta ir, como ciegos, al hilo de la pared.

Las terrazas, después de no haber casi ninguna hace diez años, se han multiplicado atrozmente. La calle está llena de muebles, verdaderamente atestada.

Las sillas y las mesas de las terrazas son insinuantes como horizontales. Su garrafa de agua fresca sobre el mármol es el “reclamo” de codorniz que detiene al transeúnte y se sienta. El helado que se toma un señor sentado en un cómodo sillón, dándole menudos lametazos, es lo que más complacía al “reclamo” de las terrazas. Muchas veces, ese señor debe ser un tío pagado por el dueño para que se pase la tarde tomando y tomando mantecados. ¡Terrible suplicio! ¡Lo que exige a veces la necesidad de vivir!...

La terraza es una frívola “serré” sin cristales, claro está, en que el marqués del Mostrador tiene el gusto que nos sentemos.

En las terrazas hay sitios molestos, primeras filas de orquesta, en que los ciegos os atacan con el violín y con el violón, habiendo notas de violón, sobre todo, que os degüellan como con uno de esos grandes cuchillos de las carnicerías.

Hay extremos de terraza, en el lado en que la terraza hace esquina, para los transeúntes que son víctimas de la resaca, y constantemente la multitud que pasa conspira contra nuestra estabilidad y parece que os llevan el sombrero, el bastón y la americana, arrancándosela por el cuello.

En cambio, hay en las terrazas rincones íntimos, sitios invisibles, cubiertos por los biombos humanos, sitios perdidos en la enramada, gabinetitos particulares dentro de la misma terraza. De tal modo no se ve a nadie en esos sitios, que muchas veces, cuando hay gente que mira a los consumidores, para que anden de prisa y se vayan, ellos están vacantes y nadie los ha visto. Desde ese sitio invisible, desde el que no hay que saludar ni se es saludado, como he visto muchas veces, el mundo de visible, de enconado, de trompudo, de contrastante.

En las terrazas todos somos una especie de gente ordinaria sentada en los bancos públicos o en los sillones de los pobres de pedir limosna, o en los taburetes en que los “guardagujas” de los tranvías pasan las treguas de su trabajo⁶².



El hielo siempre me da miedo. Esas aguas del hielo no se sabe de dónde salen ni qué clase de microbios no concentran en su frío. El hielo es una palabra peligrosa que

se lanza al estómago, un agua falsa y mercurial que puede hacer en él un estrago de garabatillo o, por el contrario, pasar lisa y llanamente.

Ese gran artificio en que se fabrica el hielo –las grandes salas de máquinas bochornosas de calor– me ha escamado siempre. A la Naturaleza no hay quien se la pegue, y, por lo tanto, muchas veces rechaza hasta la muerte esa falaz congelación.

No echaré en mi vaso un trozo de hielo –¡cuidado con no (sic) tragarse esos cristales!–, pero sí me gustará que acaricie por fuera la botella, y siempre será un espectáculo bueno, como compresa para la fiebre del verano, el ver entrar las grandes barras de los fabricantes de hielo, esas grandes vigas para sostener allí dentro el almacén de botellas para el verano.

En esas bodegas llenas de hielo que suponen en los cafés parece que hay metidos varios de esos grandes parroquianos que no pueden con el calor, gordos, casi siempre de luto, enseñando sobre un cinturón de cuero con cartucheras para la plata la blanca y enorme sandía de la panza. Parece que metidos en la cava del café beben cerveza, y esperan que se les deshinche, gracias a la acción del hielo, la cabeza, que se les había hinchado por la fuerza del calor.



La cerveza no es cosa de ahora. La cerveza figura en los libros antiguos, y el año 40 del siglo pasado ya había fábricas de cerveza en Madrid. ¡Qué granuja y qué listo, y qué hombre del porvenir aquel antepasado, que era de los pocos que bebían cerveza en el pasado!

Estos días yo he presenciado el agotamiento de las grandes fábricas. La del Águila, en la que han aumentado todo un gran depósito, hay tardes en que son despedidos los conductores de camiones automóviles porque ya no queda un litro envasado; solo los grandes depósitos de la fermentación y las “cuevas de guardar”, en la que también hay grandes depósitos a un grado sobre cero.

Los cucos que van a beber cerveza a la misma fábrica son los únicos que la han podido beber algún domingo después de la seis de la tarde. Solo allí, a la sombra de la gran madre en plena leche, pueden los sedientos calmar su sed. Allí, todos esos que han hecho la peregrinación a la Meca de chimeneas alemanas, reciben en pago la más fresca botella de cerveza con más solera de la buena que las que se expenden en el centro.

Yo, sin embargo, no amo la triste sombra dominical que hay en aquel patio de la gran fábrica cuartel, y ¡cuartel alemán!

En el gran patio del trabajo de todos los días queda la huella del trabajo, el sombrío afán de los que viven en perpetuo tráfago, en vista de la gran urgencia de cerveza que siente la ciudad, ajetreados obreros que no pueden beber cerveza, aunque la vean en grandes cantidades, y aunque a veces se les salte y estalle un casco porque al envasar han metido en él el litro más efervescente y rebelde de la jornada. Si se supiese que habían bebido un chupito, serían arrojados inmediatamente de la gran caserna.

Está muy asendereado el piso de este refugio de los domingos, que llenan de veladorcitos y de sillas ligeras que sufren un trasiego rápido, pues el hombre solitario que no necesita las cuatro que rodean su mesa se las cede gustoso a la familia con seis chicos.

¡Triste dominicalismo el de este patio de fábrica y de cárcel, en el que encima entran los rieles del tren, aplacados los domingos y con los vagones escondidos!

El gran capitán de la fábrica, un ingeniero alemán, se asoma a lo alto de una terraza de la fábrica, y en unión de su esposa, blanca, rubia y de ancho óvalo, ven beber con voracidad aquel líquido que ellos han preparado en la gran sentina de su casa.

No, no, yo no quiero volver los domingos a la gran fábrica. Yo prefiero la cerveza de los merenderos de vasos sospechosos a esa cerveza para los elegidos y los cucos, que resultan después los más tontos de los consumidores, porque toman su cerveza en el purgatorio del trabajo, en el fondo del pozo, cuando en el ambarino cristal de la cerveza debe reflejarse el campo o la perspectiva, o verse a través de su cristal optimista.

La Tribuna, 3 de septiembre de 1920, núm. 3.146, pg. 6.

Variaciones. Dos cosas de actualidad. La Feria de libros⁶³

Dos cosas de actualidad

Las antiguas chimeneas apagadas, muertas, como los volcanes extintos, han vuelto a funcionar, y como si hubieran puesto de nuevo su antiguo sombrero de plumas, arrojan grandes bocanadas de humo.

Habrás, gracias a eso, más nubes en los cielos, esas nubes de humo que nunca descargan y que todos creen que son de agua y que han podido desahogarse sobre la ciudad.

Aquella chimenea de la fábrica junto al Museo del Prado se ve que no puede descargar más humo y que atropella al que sale, al que viene detrás. Después de las discusiones a que dio lugar el que podía oscurecer los cuadros del Museo ese humo que el viento empuja muchas veces hacia allí, se apagó esa chimenea; pero hace poco tiempo, por las necesidades nuevas que ha creado la aglomeración de que es víctima Madrid, ha vuelto a tener que funcionar.

De esas fábricas que están en el centro de Madrid debiendo estar lejos también funcionan estos días y arroja humo por sus dos chimeneas extintas, la fábrica de Luchana.

Otra vez el humo ennegrecen los pulmones de los que viven en esos barrios, libres hace tiempo de la plaga sutil del humo, que solo en falso hace que se va a los cielos. El humo, como el fuego, es cosa de los infiernos.

Todo lo desusado, todo lo que ya no funcionaba, vuelve a funcionar en estos días de grandes necesidades en una población que se ha duplicado.

La Feria de libros

He firmado en un gran pliego de papel pidiendo que el Ayuntamiento conceda una exposición permanente en el Paseo del Prado...

Debe haber libros todo el año en un paraje fijo y oreado. Siempre en la hora aburrida daremos ese paseo y compraremos más libros de los que pensábamos comprar.

Los libros viejos en esa exposición del Prado mejorarían, dirían más cosas, conseguirían reunir un acopio de experiencia mayor que el que tenían.

Los lomos de los libros, bajo la luz del Prado, muestran mejor sus letras, y deletreamos mejor sus títulos que en los cuchitriles oscuros de las librerías de viejo del centro.

Las grandes, las interminables mesas de redacción para los libros solo pueden establecerse en esos puestos del Prado, y los grandes "solitarios" de libros se pueden

formar colocando la interminable baraja en la forma usual, la cabeza de cada libro sobre los pies del anterior.

Esos buenos y amables dueños de librería de viejo, que en seguida conocen a todo el mundo, nos darán esas buenas tardes inteligentes que dan y nos enseñarán la nueva compra, y después de dar dos o tres buenos golpes a un libro nos lo enseñarán si puede servirnos.

Podremos ver así esos montones de estampas sueltas que hace muchos años que vamos procurando ver una por una, sin que nunca lleguemos al final, pues siempre se nos vuelven a barajar las ya vistas con las que no hemos comenzado a ver, y eso nos desespera.

Estando siempre en ese paraje meditativo e intelectual un espectáculo tan civilizado, todo el mundo leerá más, y aunque se lleven al azar un libro cualquiera, alguna vez les tocará el libro que les aclare la vida.

Muchas veces escogeremos uno de esos libros que están como encuadernados en un zapato viejo, como guía espiritual de la tarde, como libro que leer en el paraje, en tranvía hacia ese café en el otro polo de la ciudad, al que no vamos a acabar de leer ese libro recién comprado y con piel de vagabundo, acabando por tirarle debajo del asiento.

Que concedan esas barracas y que dignifique al Prado una feria permanente de libros, rematando el frontispicio de cada casilla una lápida en que ponga el nombre de un escritor.

La Tribuna, 17 de diciembre de 1920, núm. 3.236, pg. 5.

Variaciones. Fábrica de gaseosas⁶⁴

Ninguna industria tan pobre y tan falsa como una fábrica de gaseosas. Parece que se hace con algo de aire libre y de trabajo. Todo es cuestión solamente de embotellar el viento o la brisa de ciertos días.

Pasan a veces por nuestro Madrid el carro largo de las gaseosas. Es viejo, está derrengado; pero pone a sus lados "Fábrica de gaseosas del Espíritu Santo."

La gaseosa no es nada. Hay en ella tal vez un poco de espíritu, un poco de rebeldía a estar embotellada, un poco de fervor.

Yo, cuando no sé qué pedir, pido una botella de gaseosa, y ya sé que calmará mi sed, aun cuando excite mis vapores íntimos.

Burbujas del alma hace salir a los labios la gaseosa, precipita la expresión de nuestro espíritu.

No nos olvidemos nunca de la gaseosa. De vez en cuando pidamos una botella.

Siempre la botella de gaseosa necesita bozal o bola⁶⁵. Si es una cuerdecita la que ata su tapón se desata un poco, como una botella de champaña, y si es una bola, tiene el descorchador un palito, con el que mete hacia dentro la bola, y entonces sale el humo de la fuerza.

Esa bolita de cristal –como las bolitas con que juegan los niños– mete ruido, juega en el fondo del gollete de la botella y solo se queda quieta cuando es cogida entre los remates que la esperan, que están hechos para contenerla.

Parecerá siempre que hemos inutilizado la botella que la bolita no podrá ocupar ya su posición; pero sabemos que es de nuevo utilizada y cerrada científicamente la botella con su antigua bolita de cristal, que es como la del reloj de Gobernación, que baja y vuelve a subir.

Con una botella grande de gaseosa en el cuerpo nos sentiremos más expeditos, nuestras ideas serán más espontáneas, y sin estar cargados de alcohol, estaremos cargados de inspiración fácil, sincera, sencilla.

La Tribuna, 27 de junio de 1921, núm. 3.400 pg. 7.

El Rastro

*Día de Difuntos. Epílogo. [...]. La actualidad en el Rastro*⁶⁶

[...]

LA ACTUALIDAD DEL RASTRO

La información se dirige estos días a los cementerios; pero quizá la actualidad más desgarradora está en el Rastro.

El Rastro tiene solo dos momentos de actualidad: el de las vísperas de los difuntos y el del Carnaval, durante el que orea sus fantásticos trajes de arlequines -con más variadas piezas de color que ningunos-, y sus trajes de pierrots -tristes pierrots flácidos que cuelgan desesperados y suicidas de los clavos de los chamarileros.

Estos días el Rastro saca de sus profundos almacenes, de su subterráneo desfondado, de su abismo abarrotado, todo lo que puede servir para la fiesta anual de los muertos. Sus recursos en el ramo de cosas de cementerios son inagotables, porque son el producto de robos constantes, porque son las cosas que van a los cementerios y que vuelven al Rastro, que es el banquero al que vuelve todo.

Las cosas de cementerio tienen en el Rastro su más acusado perfil. Carecen de sentimentalismo, pues en el Rastro están llenas de una dureza ingrata. Algo como un destello oscuro, como un destello violento brota de ellas. Recuerdan impersonalmente, pero con una seca vastedad el campo inmenso de los muertos, lo amasados que están a todo, hasta al pan nuestro de cada día. De puro fuerte que es la evocación nos conforta y nos depura, como los grandes espectáculos.

Allí como formando una retreta inmóvil y sin caballeros, una retreta de faroles apagados, están esos faroles de cementerio, esos faroles para vela de tan litúrgica forma.

Las cruces de hierro que se elevan en el suelo y que llenan los cementerios modernos, esas cruces industriales tan distintas de aquellas cruces de madera tan caritativas, tan amables y tan fraternales, que ya solo se ven en los cementerios de aldea, surgen dentro de los cachivaches del Rastro, como vástagos de muertos que duermen innominados debajo de estas cosas o este suelo. Desclavadas, oblicuas, caídas, hacen, sin embargo, esa alusión.

También hay de esos anchos sostenes para blandones, con cinco agujeros para cinco cirios. Tienen quizás, pintado en amarillo sobre su negrura, un nombre; pero eso se borra fácilmente.

Y colgando de todos lados en una profusión anonadadora, hay coronas artificiales, coronas de pluma -coronas para aviadores- y coronas de flores, todas chafadas, desplumadas y mustias como esos lamentables sombreros que hay tirados en un rincón en los cuartos roperos de las mujeres, antiguos. Algunos con pensamientos radiados de amarillo, es un verdadero empacho de tragedia. Todas se venden. Está inutilizada su virtud porque sirvieron a otros. Están invalidadas, como lo está de irre-

parablemente un billete de tren taladrado, y sin embargo hay gentes despreocupadas y convencionales que las compran, que prefieren a no llevar nada llevar estas coronas que son menos que nada. Sin embargo, muchas se quedan aquí, están aquí hace mucho tiempo, estarán siempre y no estarán de más. Ellas dan el carácter de cementerio a esto, ellas festejan y son fieles a la muerte innominada y discreta que hay bajo el gran vertedero, ellas adornan este cementerio discreto, que es el único que debemos visitar. Los muertos están más en él que en ningún otro.

La Tribuna, 2 de noviembre de 1916, núm. 1.727, pg. 8 y 9.

Variaciones. Otro desaparecido⁶⁷

Hoy he bajado al Rastro. Desde la plaza de Cascorro se ve ya la decoración del verano, allá en el fondo, con el Cerro de los Ángeles pintado en ella. Los puestos están ya acosados por el sol, cubiertos por sus grandes sábanas blancas, con sus grandes chilabas blancas⁶⁸.

Atracándome de sol, satisfecho de mi viaje al África⁶⁹, saboreando el aire testado, he ido bajando despacio la cuesta del Rastro. En esos puestos de la bajada, casi nunca hay nada. Hay que entrar en las Américas⁷⁰ para tener sorpresas.

Ya en las Américas, hay dos viales de sombra, como si un circular emparrado o una especie de crujía silvestre hecho con árboles de copas abrazadas preparase el amable camino de sombra alrededor de la intensa pradera de sol del centro del patio, pradera llena de sol del que ahora se desinfectan y pierden, gracias al sol, todos sus gérmenes patógenos.

¿Qué hay de nuevo entre las cosas viejas?

Ese reloj que vale 2.000 pesetas, y que si yo fuese rico y tuviese un gran salón habría comprado hace dos años, está en su rincón, inmóvil, quietas todas esas figuras de músicos, bailarines y bailarinas que bailan y tocan según la hora, frente a ese bello paisaje -estilo Imperio, como todo el reloj-, en el que el sol y la luna están reunidas.

Lo invariable de ese paraje, los jabalíes de colmillos como bigotillos, la cabeza del toro que mató a Espartero⁷¹, los tibores japoneses y las grandes máscaras japonesas –a las que hay tardes que sale cara de torero-, etc., etc., todo lo “fijo” está en su sitio.

¿Pero y lo nuevo?

En un puesto, y colgada en la pared, hay una cabeza de caballo en yeso, [gr]ande⁷², con las narices hinchadas, con algo en todo el conjunto de momia de una cabeza de caballo. Desde luego -pienso-, eso es nuevo.

Pronto, en otro puesto, veo dos cabezas de caballos más, menos impresionantes que la otra, más de bazar, saliendo soslayadas de una gran herradura dorada. Habiendo observado las cocheras, se comprenderá enseguida que todo esto es adorno de una cochera desaparecida, y no de una cochera vulgar, sino de una gran cochera a la antigua, cochera en que había “milords”, “brughams”, grandes coches para ir a las carreras y muchos landós. Cochera de la que salían los coches que aparecen en los grabados ingleses, cochera de las novelas de Dickens⁷³.

Siguiendo mi camino, en otro puesto, encuentro un cuadro partido diagonalmente en dos triángulos, en los que hay pintadas dos cabezas de caballos, y encuentro un diploma de carreras y una composición en relieve, hecha con un látigo, una serrereta y otro caballo.

Reunidos todos estos datos, y recordando que en una librería de viejo vi hace días dos libros en inglés, uno sobre el caballo, hasta con un dibujo de Durero⁷⁴, y otro sobre la historia del coche, comprendí que la gran actualidad del Rastro era esa desaparición de un gran cochero, un cochero de patillas blancas, un cochero que ha muerto, y con su muerte se ha deshecho su cuadra clásica, la cuadra que cultivaba el caballo puro, elevado, romántico.

La Tribuna, 4 de junio de 1919, núm. 2.756, pg. 5.

Variaciones. Nuevo paseo por el Rastro⁷⁵

Muchos de los puestos del Rastro también veranean y tienen cerrado sus puestos en los días imposibles en que, como la bola de nieve en el invierno, baja la bola de fuego por la oblicua bajada.

Ya van volviendo y ya se abre de nuevo a la subasta el gran bazar. La nueva remesa para el invierno ya la ha ido recibiendo y ya la ha sacado de sus arcas, y venden la capa, la pelliza, la bufanda y el traje fuerte.

Yo tomaré su camino esos días grises en que tiene tanto aspecto de final de mundo, de saldo de suicidas y uno mismo lleva a vender su alma.

En esos días desesperados es cuando voy; pero también sé bajar a él en la canícula para presenciar el incendio de todo su combustible.

En lo más fuerte del verano sus aduares son más crudos bajo el sol. Es cuando es más el Tetuán conquistado por nuestros soldados, o la manigua en la que el héroe de Cascorro acaba de incendiar la tienda del insurrecto.

Esos partes que se recrudecen en el verano sobre nuestra acción de Marruecos, esas tomas de posiciones, ese Melilla sofocado, al que hay que llevar botijos de agua de Málaga –botijos de la fuente de la cabecera del Rastro–, es por allí abajo por donde sucede todo eso y por donde están los nuevos Mulayas.

En esos días calurosos crujen todos los muebles del Rastro y acaban de desencolarse. A los trajes se les ve el color y se les hacen ribetes claros, y las botas viejas se resecan, se agrietan y se comban como si fuesen respingones coturnos. Las maderas delgadas y los cuadros pintados en madera se abarquillan⁷⁶.



Después de esos días espléndidos en que he visto en toda su materialidad, todas las cosas como si fuesen boliches relucientes de la realidad, ya bajo este cielo un poco agrisado de septiembre, he hecho la nueva visita y de ella son estas observaciones.



Entre esas grandes ruedas de carro que se apoyan contra la pared de ese puesto está indudablemente la rueda de la fortuna.



¡Qué delgados están los mármoles de estas lápidas para las tumbas que se preparan en el Rastro! Lo menos cincuenta veces han borrado los nombres inscritos en ellos. ¡Piedras litográficas para la muerte!



Cada vez tienen más afición a las vitrinas allí abajo. Parecen sus vitrinas de nuevos ricos, porque cuidado que tienen cosas absurdas en ellas, cosas absurdas que, sin embargo, en la vitrina toman aspecto de joya histórica.



Hay numerosas campanillas. Son campanillas distintas como para llamar a los genios del aire, a los malos, a los buenos, a los regulares. Campanillas para sacamuestras, campanillas para poner orden en las Sociedades secretas, campanillas que cuando suenan quieren decir algo.



Un bonete de abogado. ¡Pobre gorrete cursi, arrojado allí como el resto de una elocuencia tonta! Parece que al abogado que lo ha perdido le salió tan mal la última defensa, que fue sentenciado a desaparecer por el gran Jurado. Este birrete, como los sombreros de militar, como los sombreros de tres picos, parece que están donde caen, como van sobre el féretro del muerto el día del entierro.



–Toda la hijuela de mi madre la he invertido en esto –me decía el otro día un nuevo comerciante con más porquerías que ninguno.



Cuando os cambien un billete de cinco duros en el Rastro no temáis que os den duros falsos en la vuelta. Estos duros del Rastro son duros recios, verdaderos, más maduros que ninguno. Son de un Amadeo mejor que el Amadeo corriente, pues, aunque por lo negros que son parecen duros “de calderilla”, en el fondo de los escondites en que están guardados se convierten en duros antiguos, en algo así como en duros romanos.



Tememos encontrar nuestro retrato o el de nuestro padre. ¡Ya!



El que se pase ese callejón que comunica con la Ronda y la Ronda en el día lluvioso y enlodazado, se puede decir lo del que pasa la Marola, que “pasa la mar toda”. Este pasará todo Madrid, todos los andurriales del mundo, todos los malos pasos.



Los restos de las mangas de riego amontonados en ese rincón parecían orugas en un oruguero.



Hay que temer la ira de la estas gentes. Ayer presencié una escena colérica y cruel. Una mujer había comprado una botella por la mañana, y volvió a devolverla por la tarde porque no la había gustado a su esposo. La chamarilera, indignada, la llenó de improperios porque eso no podía hacerse. “¿Devolver aquella preciosa botella después de haberla ensuciado y usado en su cochina casa?” Se veía que la pobre chamarilera había hecho ya cálculos con ese dinero, quizás el único que había entrado en la semana, y había encargado varios kilos de patatas en junto. Casi no era posible devolver aquel dinero.

“Bueno, para que vea, y ya que se pone tan pesada, la daré la mitad; pero vea lo que hago con la botella...”, y ¡zas!, estrelló la botella contra las piedras de la calle. Todos nos quedamos suspensos, todos hubiéramos querido recomponerla y arreglar la cuestión; pero ya no podía ser. Cuando en una cuestión se rompe un objeto de vidrio ya está descompuesto para siempre, ya no puede ser enmendada la destrucción no por Dios mismo, ya ha surgido lo irreparable.



En el Rastro hay tílburis para pasearse los domingos presumiendo de coche.



El letrero de “Votar a los republicanos” no se ha borrado nunca del Rastro, ni ahora, que ya solo hay sindicalistas.



Estos días bajan muchos carros cargados de cosas –entre las cosas se ve un lavabo– que parecen verdaderos carritos de mudanza, de la última mudanza desde las casas de la vida a las casas de la muerte, para volver a las casas de la vida.



Pobres retratos al óleo de lienzos heridos. ¡Sobre la desgracia de su muerte la desgracia de su herida!



Da tristeza subir hacia la ciudad sin llevarse nada, sin haber libertado algo.



Lo que abundan mucho son los pañuelos del soldado, esos pañuelos amarillos con castillos y escudos en rojo en que lían su petate cuando se van definitivamente. Los hay tan en cantidad, que suponen un ejército en dispersión; son como lo paralelo en tela al papel de envolver. Dicen ¡adiós!” definitivamente a la corte.

La Tribuna, 14 de septiembre de 1920, núm. 3.155, pg. 6.

Variaciones. De nuevo por el Rastro⁷⁷

Al Rastro van ahora esas señoras presuntuosas, con mucho empaque y muy ajamonadas, que no quieren dejar de tener alfombrado su gabinete. Discuten con los chamarileros; hacen que las extiendan las amplias alfombras, que tapizan la calle un momento como si fuese a pasar el Rey, y, por fin, siguen regateando⁷⁸.

El otro día vi a un vendedor impaciente, pero flemático, que decía a una rubia pintada con sombra azul:

–¡Qué quince más revoltosos ha debido tener usted!

Las esteras y los chubesquis están ahora en medio del Rastro. Quedan aún alfombras de las antiguas, cuyos tonos admirables quedan indelebles en algunos trechos –los que tocaron debajo de las butacas, de la consola y del sofá–. Como no se compran sino después de abiertas, parece que estamos en una calle de Esmirna, donde se enseñan los tapices por los mercaderes. ¡Pero qué tapices más descolorados y con qué rotos más grandes!

Las esteras ofrecen su abrigo con su empaque de nuevas, aunque también tienen aquellos rotos en que “por poco se matan” numerosas personas numerosas veces. Siempre estos rollos parecen interminables; pero cuando se los va desenrollando se ve cómo engaña el cilindro tieso.

¡Qué de enfermedades rápidas y mortales no provocan estas alfombras, que recogieron todo el recuerdo de las casa de miseria que tuvo que enviarlas al Rastro!

Los pasos levantarán las mariposas invisibles de los microbios, y la escoba de las mañanas, por si no fuesen bastantes las pisadas, levantará verdaderas falanges, que percibiremos como un olor a polvo y a estera al levantarnos. La escoba de las mañanas tendrá el gusto de arrancarla todas las confidencias y dejarlas flotando en el ambiente.

Preferible por eso es una alfombra descolorida a una estera nueva que brille como un mantón de criada, para abrigar la casa. Las alfombras pertenecieron a salones distinguidos en que nadie escupió jamás en la alfombra, y hay algunas que tienen recuerdos de palacio. ¡Pasos de baile impresos en ellas!

Entre las que se ven descorridas las hay de sala de obispo o del gran recibimiento de la Presidencia del Consejo de ministros.

¡Qué olor a cordelillo húmedo y descompuesto lanzarán estas estereras! ¡Pero es tan grato pasar de la habitación en que se duerme a la habitación de los niños que lloran sobre la abrigada alfombra o estera!

No solo vamos nosotros un poco descalzos sobre los pavimentos sin alfombras, sino que es como si la casa se quedase sin medias.

Se siente estos días en el Rastro que estas alfombras y estas estereras han estado mucho tiempo en los sótanos húmedos⁷⁹.

Los chubesquis, las salamandras, las “coqueras” esperan también al mozo de cuerda que cargue con ellas.

Estos pesados bártulos son los que con el “váyase lo uno por lo otro” hacen perder al mozo de cuerda y abusan de él, y, ¡ah, cuando en vez de la doña Inés, ligera y regular, tienen que raptar la gran máquina calefactora alta, con hombros de metal blanco con el remate de un ánfora!

¡Qué de engaños irreparables se realizan haciendo estas compras precipitadas de chubesquis del Rastro!. A todo el mundo se le ha quedado completamente inútil desde el primer día algún aparato de calefacción, inutilidad con la agravante de que lo inútil es pesado y ocupa media guardilla o medio sótano.

–Ese aparato –diríamos al inexperto– gasta mucho carbón; ese otro da un terrible olor a ácido carbónico, y ese se pone al rojo y socarra el aire y los pulmones



Frente a esa actualidad del frío que tan bien recoge el Rastro está la actualidad de sus derribos. Ya las Grandiosas Américas han sido disminuidas por un anc[ho] Panamá [Paraná], que es la vía que alarga la gran bajada del Rastro.

La piqueta que ha estado trabajando todo el verano va a rematar su obra dentro de breves días. Ahora ha encontrado un hueso, los cimientos de la gran fábrica de curtidos, por la que más que nada la Ribera de Curtidores era la Ribera de Curtidores. Esa chimenea incomprensible que durante mucho tiempo ha sido solo un alto termómetro del sol –ahora llega al ladrillo número 1.000; ahora al 2.000– era la chimenea de la gran fábrica. Muchos pozos se han encontrado también al excavar, algunos enormes, y que han cegado con ripio de la obra. ¡Qué pena le debe dar al pozo que lo cieguen, que lo ahoguen, que le cierren para siempre tal vez el gran respiro que era su honda boca! Antes de cegarlos se les han podido regalar a los moros.



En ese trecho de los derribos y del emplanamiento de la gran calle que algún día llegará hasta el Manzanares, hay otra nota de actualidad muy curiosa: que en el puesto del popular y campechano veterano del Rastro Ricardo López González está expuesta la gran araña y el gran aparador que pertenecieron a Canalejas, y que son procedencia de la [casa] de Santoña.

El gran aparador sin vajilla, sin cubiertos y sin postres enfrenta la calle con sus tres cuerpos, adornados con tres enormes espejos, y en ellos se nota cierta vergüenza de mirar, pues están acostumbrados a grandes fiestas, cuya cabecera lustre copiaban, pudiéndose anotar aún, recogiendo bien su confluencia, quienes estaban sentados a la derecha o a la izquierda, pues como hubo capacidad para ver a todos los comensales, hubo en ellos capacidad para retener su recuerdo.

La gran araña va a llenar de brillos el Rastro, y en las paredes lejanas se va a notar esas notas de color que ponen los prismas descompuestos y desviados –muchas veces los [poliédricos] pisapapeles de cristal– en las paredes de las habitaciones. Tiene esta gran araña trescientos sesenta y cinco brazos, por la cual los días en que lucía lucían en una noche todos los días del año, la lucecita del corazón de cada día.

Ahora varias cosas de la inactualidad del Rastro:

Abundan las pesas antiguas, pesas de peso, con sus dos bolas redondas a los extremos. Son un sobrecargo del Rastro, y hace gimnasia con ellas su santo suelo. ¿Quién iba a decir que la gimnasia no eran ellas? ¿Qué no era el final supremo la más grande de todas en la escala formidable de las pesas, pesas negras de negro?



-¿Sabe usted de qué es esto? -me han preguntado frente a un alto castillete como la Giralda. Yo he callado, y entonces me lo han espetado:

-Pues de dulce.

Que tengan cuidado con los niños, pues si prueban ese guirlache antiguo y que forma paredes, ventanas y cornisas, será causa de su muerte por enterocolitis.



El que vende cristales para la vista -aquí se dice muy castizamente de uno que gasta lentes, "uno que gasta vidrieras"- ya tiene un ejemplar de esos lentes enormes que gastan los ópticos serios para anunciar su comercio, y uno de cuyos cristales es azul y el otro rojo. Como estos lentes no están a gran altura y la cuesta nos pone a su nivel al bajar al Rastro, hemos visto el paisaje con la tristeza que da a los ojos un cristal azul oscuro, tan oscuro que resulta casi morado. (Ese azul no es más que para cuando los ojos siempre llevan como llorada por ellos una lágrima de cloridio.)⁸⁰.

La Tribuna, 12 de noviembre de 1920, núm. 3.206, pg. 8.

Variaciones. El estado del Rastro⁸¹

Yo sé que hay en las cajas que acabo de ver en el Rastro una cosa que por mucho que piense y quiera recordar no lograré representarme. Hasta si las hubiese apuntado hubiera procurado perderse mi apuntación...

Esa cosa solo allí, frente por frente de las cosas se la podrá recordar. No podrá quedar la tradición de lo que es, porque no podrá ser descrita...

-¿Qué cosa es esa? -me dije-. La recordaré, con seguridad; pero se me ha olvidado. Sé hacia dónde estaba. Según se entra, a mano derecha, en el cuarto puesto... Estaba dentro de la caja grande de cristal en que se confunden las cosas pequeñas y descabaladas...

La cosa que no debe ser recordada, que es lo inimitable del Rastro, lo que no puede ser inventariado, lo que no se puede decir qué es ni queriéndolo recordar en cuanto se llega a casa, conserva su autenticidad para que el Rastro conserve el encanto arbitrario, inesperado, incontable...



Al Rastro bajan las revistas de hace poco.... Hace mal efecto verlas ahí... En una librería de viejo estarían redivivas; pero ahí están completamente muertas y el cielo lívido del papel "couché" que aparece en el fondo de las fotografías de actualidad es un cielo de día de entierro... Se ve que han sido enterradas escenas enteras de la vida en que hasta hemos tomado parte... No se nos ocurrirá comprar unos números de una revista en el Rastro...



Las bolas de oro y esas bolas de cristal azogadas de oro por dentro abundan mucho en el Rastro... Lo alegran... Brillan con gran falsía, y, sin embargo, son como las verdaderas bolas de oro del sapo del cuento... Vomitadas por el sapo y muerto el sapo, ¿adónde mejor que aquí iban a venir rodando, rodando...?



Las ratoneras del Rastro parecen preparadas para coger las solemnes ratas que hay allí... Mataron antes de ir al Rastro tantas ratas que huelen a rata deplorablemente. Las venderán si preguntan por ellas, porque el comerciante debe vender su reloj si alguien se lo compra en serio; pero eso mantendrá en el Rastro el imperio de la rata

libre... Hace años tratan de extirpar las ratas; pero como los clientes preguntan por las ratoneras, se las venden con queso y todo... Además es posible que las ratas como tigres del Rastro, no cupiesen en ellas.



Hay muchos candados... El candado con su forma de corazón es un aparato de seguridad leal, pero nada más que leal... Siempre es fácil de abrir o metiendo la palanqueta en su rosca o violentando las hembrillas con el alicate, que quizás es lo más cómodo... ¡Pobres gentes esas que vienen aquí por un candado para cerrar la puerta de su casa!



-Si le sale a usted algo, avíseme -dicen, como si fuesen cazadores en acecho.

-No salen botellas -dice otro, como si las botellas saliesen al paso del chamarile-ro como una bandada de perdices.



El maniquí de mimbre que hay en el Rastro, adelgazado, deteriorado, torcido, es algo más que un maniquí, y algo menos al mismo tiempo; es el alma de los maniqués, su último suspiro.



-Estoy seguro -decía el otro día un ropavejero del Rastro -que hasta la peste se vendería en el Rastro.

Ellos saben que todo se vende alguna vez y eso les da resignación y confianza en el porvenir; porque si no, ¿cómo iba a poder mantener esos doce hijos y esos seis sobrinos recogidos, que dicen que tienen?

La Tribuna, 9 de abril 1921, núm. 3.333 pg. 4.

Variaciones. El nuevo puesto del Rastro⁸²

El nuevo puesto del Rastro se inaugura sin música y casi sin que se note. Solo los comerciantes del mismo Rastro, al pasar, lo ven, lo miran con recelo e ironía y se lo van diciendo unos a otros.

Nadie, al establecerse, se establece para hacer gran fortuna como el que se establece en el Rastro. Los que se establecen, por ejemplo, de joyeros han tenido que gastar un gran dinero, y probablemente van a la ruina, o a sentirse fríos bajo la luz de las arañas y el brillo, más frío que el del hielo, de las joyas que no se venden. ¡Qué pánico por todos sus costados debe sentir el joyero, pánico de ladrón, pánico del comprador que se puede llevar dos joyas en vez de una, pánico de que se vayan llevando destellos y dejando consumidas sus mejores piedras y sus mejores perlas todos los que las miran fijamente, magnéticamente, parados frente al escaparate!

El hombre que en el Rastro abre un nuevo puesto no necesita apenas nada. Todo lo que en su familia era inútil y lo que él mismo conservaba en la guardilla y en el fondo de la fresquera le ha servido para poblar su tienda. Enseguida de todas partes le han llovido proposiciones de gangas y ha comprado por muy poco dinero numerosos objetos.

Es ingenuo el hombre del nuevo puesto. Todo es inútil en su puesto. No se sabe cómo se las ha arreglado para que nada le pueda servir a nadie. Todas son cosas distintas, pero innecesarias y feas, hasta para las gentes de peor gusto, que compran la galguita de yeso pintado que se vende en la calle.

Va a ser fuerte la lección, pero le servirá. La experiencia de esta gente es formidable, porque está conseguida así, sobre el terreno, viendo lo que sirve y lo que no, quedándose primero con todo lo que tienen irremovible, despreciado hasta por los ladrones que de noche merodean los puestos y les levantan la tapa de estera que les cubre y sacan lo que les parece mejor.

Al hombre del puesto nuevo parece que le venden los demás vendedores, como si fuesen particulares necesitados, aquellas cosas que no han podido vender nunca. El pobre chamarilero nuevo las acepta todas, y los objetos más antipáticos pueblan su escaparate durante los primeros tiempos. Cuanto más duras sean sus equivocaciones más acertados serán después sus juicios. Algún día será un tasador tan fiel que no se podrá creer que ha sido en el primer momento el hombre lleno de conteras, conteras de todas las cosas, conteras impares que no tienen la aplicación de poder ser aplicadas a las cosas nuevas ni a ninguna de las cosas antiguas que las gentes tienen en sus casas.

Yo ya he conocido dos o tres primicias desesperadas de dos o tres chamarileros hoy en boga. Muchas veces he contrastado en mi memoria aquel puesto horrible, en el que no era posible hacer la caridad de comprar nada.

–¡Nada! –nos decía con disgusto y en pleno histerismo el ángel que elige–. ¡Nada!

Era despreciable aquella colección de grifos rotos, de coronas de porcelana blanca, de Cristos y crucifijos ¡de cartón!, de llaves de cerraduras sin sucesión, de botones de gabanes que no se volverán a llevar nunca, etc., etc. Todas esas cosas que son como treces desesperantes.

La Tribuna, 26 de abril 1921, núm. 3.347 pgs. 4-5.

Variaciones. Más del Rastro⁸³

La tarde acuchillada se nota allí como en ningún sitio. La campiña del fondo se va poniendo rojiza, color gallo morón que cantará en enero con desgarrado grito de frío.

En estos días, lo que triunfa más en la tarde del Rastro, o a la salida o a la entrada, es el ver el carro de los cerdos muertos, que conducen a la ciudad para adornar sus carnicerías. Deben de matar más que nunca estos días.

Esta salida casi del Rastro mismo de los cerdos, parece que los perjudica, que los hace como material viejo, como si fuesen cerdos revendidos y de peor calaña que si, por ejemplo, saliesen de un matadero establecido en la Puerta del Sol. Al salir de aquí parece que salen un poco entrichinados.

Asoman por la ventana del carro y lucen su palidez cerduna, desangrada, de cera rancia. ¡Les han desangrado tan perfectamente para hacer las grandes morcillas!

Esta es la emoción viva, por decirlo así, que ha tenido para mí la bajada de ayer, pues es lo que pasa siempre en el Rastro; se funde una impresión viva con otra muerta.

De lo muerto, de lo caído, hubo cosas que fueron completando mi visión y mi catálogo ideal y entrañable, en el que no hay cosa que se repita. Algún día pondré en

fila todas mis impresiones, y se verá que mi inventario es variado y he procurado en él no cometer injusticia con ninguna cosa.



Los pernitos de señora emocionan más que el zapato; son como pies cortados, como la momificación del pie pequeño y puntiagudo. ¡Parece mentira que no se hayan corrompido! Parecen pies de santa⁸⁴.



El relojero tiene “cristales y minutereros”, que debe ser lo que más pierde el reloj, porque es lo único que está anunciado. Tiene muchos cristales con un número, y parece que es un óptico de los relojes. Los minutereros no se ven, pues los debe tener en un caja vacía de pastillas de clorato.



La pobre estatua está cubierta con un sombrero de copa que le asfixia. Este suplicio del Rastro que hacen pasar los dueños de cosas, es cosa antigua y da mucha expresión a los puestos.

Más pequeña que un niño, no toma la estatua esa expresión golfa, graciosa y proverbial del niño con el sombrero de copa calado hasta los hombros y la colilla en la boca. La estatua se queda abrumada demasiado, se ahoga del todo, y como es una mujer vestida con traje de color que faja su cuerpo, queda desairada, metida en un grande y espantoso cubo.



Una de las labores de los chinos del pueblo es la de una crucifixión dentro de una botella de cuello muy estrecho y puncha ancha. En el tapón está escrito el nombre del

hombre que ha hecho la labor, y la fecha en que la hizo, 14 de junio del año 1881. Casi tal día como hoy, porque hoy también es un día caluroso de junio⁸⁵.

¿Cómo pudo ese hombre decentísimo y paciente meter esa cruz y ese Cristo y esas figuras de tamaño que, desde luego, no pudo pasar por la boca de la botella?



Siempre me conmovió el rasgo de esos hijos que han querido inmortalizar a sus padres, conservar un recuerdo, y por eso miro con una mirada que es una oración a mi manera, sin efectismo ninguno, ese dominó conservado en un marco, y que adquiere así un tipo de dentadura de las horas, de huesos de la vida, más que de nada de juego.



Es agradable ver que hay cosas de repuesto para cuando se nos pierdan los capirotos, los pingorotes, los remates de lo que parece ser insustituible. Así es particularmente grato ver que hay muchos tapones de botellas de cristal, tapones de tallas distintas, obras difíciles y poliédricas hasta el delirio, debidas a una especie de lapidarios que se dedican a tallar los tapones de las botellas cristal.



Qué abrigado, qué calentito, qué reciente resulta ese dinero que se saca del fondo del corsé las vendedoras de toquilla cruzada sobre el pecho.



Hasta en los objetos nuevos tiene el Rastro privilegios, aunque parezca mentira, y por eso hay allí unos zorros formidables que tienen el éxito garantizado de la resistencia, el éxito de que la gente se entera más pronto y que se propala más. Muchas damas y caballeros bien portados bajan allí por los zorros, que pueden sacudir con vigor y sin temor a quedarse calvos, esos muebles de lapicería, de los que nunca sale bien el polvo, entablándose una competencia que solo vencen los zorros del Rastro, entre el que los sacude y su respondona polvorería, quedando siempre encima el mueble, pues siempre tiene una nubecita de polvo que lanzar, al que se [], como esos clones que aunque les prohíben fumar sacan un último cigarrillo humeante después de haberle tirado un número infinito de ellos.



Se venden puertas y ventanas en el Rastro. Temedlas. Por esas ventanas escalaron la casa el amante, y esas puertas las abrirá cualquiera, pues son las puertas pervertidas.



¿Por qué se prohíbe clavar clavos en esa tapia? Es un anuncio original y chocante, como solo lo hay aquí, y que se debe a que en estas tapias del mercado rampante eran innumerables los clavos que se clavaban para colgar cada día los cuadros diferentes, las nuevas gumías, los nuevos bajorrelieves, los distintos almanaques, llegando a colgar las botas para destacarlas más y poniendo en el clavo-percha para los sombreros de los que los vieron colgar y no pudieron alcanzarlos.



Hombre terrible ese que aún pregunta:

—¿Tiene usted armas?

Los anuncios antiguos y elegantes del Champagne conque el hombre elegante se balanceaba en una esquina de la mesa del banquete, con el clac en una mano y la copa de Champagne en la otra, más el monóculo irónico en el ojo dormido, del que ya está medio borracho, y que no sabe cómo no puede cerrar ese ojo...

La Tribuna, 10 de diciembre de 1921, núm. 3.440, pg. 3.

Variaciones. Nuevo día del Rastro⁸⁶

En el Rastro hay muchos mirlos en jaula. Los mirlos negros y moradescos del Rastro tienen más facultades de las que se suponen. El mirlo no es una “marica” sin facultades, pájaro negro solamente.

Alegran el Rastro cual que lo alegraría los loros. Este no es un país de loros.

Nosotros necesitábamos el ave negra, pues ni el pájaro azul nos tienta.

Los mirlos del Rastro saben la Marcha Real e imitan el gato y el gallo. ¡Cómo le iba a molestar el gallo aquella imitación si la viese, y cómo iba a dar un zarpazo en la jaula el gato si se sintiese imitado por un pájaro!

Los mirlos del Rastro no se venden; pero si se empeña mucho el que pasa, le venderán el mirlo, pero muy caro, teniendo que dar muy buenos duros, porque como le dirán:

–Mire, señor, que imita hasta el tren y el tipitín de la máquina de escribir.



Hay muchas ventosas. Parece que estos días han ganado actualidad. Están humildemente boca abajo, como los vasos recién lavados sobre las bandejas.

Confieso que hasta hace no mucho yo no sabía lo que eran. De la ventosa, sin embargo, yo tenía una noción fantástica. La ventosa para mí era un animal parasitario, inmóvil, sumiso, callado, medio seco, medio vivo, que se absorbía varias onzas de

sangre humana cuando era necesario. La ventosa tenía para mi imaginación una boca fuerte y mordiente, que se apretaba implacablemente a la carne frágil.

No hace mucho vi yo las ventosas; es decir, supe que eran ventosas aquellas especies de bocinas de cristal, que son las ventosas.

Las ventosas son un adminículo de la enfermedad, que la alegra y la trivializa. Yo, que ya las he visto hasta puestas, me imagino al verlas ese pellizco, ese flemoncillo de carne que levantan.

Hay muchas en el Rastro. Están desparramadas y son de distintos tamaños; las unas son copas para el agua, y las otras, para el vino; las más para las niñas, y las otras, para las mujeres.

Están como copas en el aparador y vienen de la muerte, probablemente.

Las ventosas son unas “cosas” disimuladas, de forma ambigua, hipócritas pellizcadoras, teratológicos instrumentos y falsas copas de saldo, transparentes elementos.

Sin aprensión vendrán al Rastro y las comprarán; pero como son estas las ventosas excesivas, seccionarán el alma del nuevo paciente, como seccionaron la del otro y morirá, cayendo lentamente la ventosa, sin fuerzas ya, dejando libre el aire espiritual, seccionado por la pequeña copa.



Muchas veces hay un sillón al que parece que está agarrado el ciego que acaba por pasarse la vida en él. Ha bajado al Rastro con su muerto ¿Cómo? Sí; su muerto, representado por dos manos talladas sobre la madera de sus brazos. En el saliente de los brazos, las manos humanas de Cristo de talla quitaban al mueble su cosa inerte y doméstica.

La Tribuna, 10 de enero de 1922, núm. 3.446, pg. 4.

Anuncios, muestras, rótulos, letreros, pasquines

*Variaciones. Ciudadanerías*⁸⁷

Ya juegan los chicos, en corros de pequeños moritos tirados por el suelo, a “los huesos de albaricoque”. Los primeros melocotones y albaricoques han sido comidos en sus casas y en la del vecino, y ellos han ido recogiendo de los platos de postre esos huesos de un color reseco, color de bayo de ciprés. Son numerosos los que tienen representando kilos y kilos de esas frutas. ¡Qué lástima no poderlos sembrar en la tierra fecunda! Pero o; serán los huesos estériles gran fortuna de los rapaces, que señalarán con ellos la fecha fruteciente de últimos de Mayo.



Estas noches se ven por la ciudad varios anuncios luminosos de una especie original, consistentes en un cajón de dos metros cúbicos iluminado por dentro y con letras transparentes sobre un fondo opaco y de colores oscuros. Un borriquillo tira de ese gran farol cuadrado, uno de esos majos borricos a los que el peluquero de los burros hace la cabeza y todo el cuerpo, lustrándolo, peinándolo y recortándolo. Resultan esos carritos anunciadores como del Japón, y dan un tono sencillo, ingenioso y casero a la noche de Madrid.

Madrid es la capital del anuncio ingenuo y de la confección casera, del anuncio hecho a mano, por decirlo así. Nos interesa y nos enternece ver los anuncios, ver ese estandarte rojo como pendón suelto de una de esas procesiones que, sin saber a qué fiesta responden, cruzan de pronto la calle, estandarte con sus flores doradas y que anuncia un producto para la belleza de la mujer; ver ese anuncio abyecto del pellejo de vino inflado y convertido, por un sombrero de paja que le han colocado en lo alto, en un tío negro, monstruoso, barragán, sobre cuya panza va escrito en blanco el anuncio de la taberna; ver ese vendedor ambulante de “berlangots”, que lleva sostenida por dos bridas una bandeja y se anuncia con una gran luz de acetileno que lleva a cuestras también; ver ese vendedor de ambarinas pipas de caramelo, que va reuniendo en todos los

barrios coros de niños, que cantan un estribillo: “Caramelitos calientes – para los que no tienen dientes...”, etcétera, etc.

Tardan mucho en morir esos tipos. Tienen verdaderas garras para la vida. Pero alguno se eclipsa. Lleno de la experiencia de la calle y de los negocios, emprende quizá un nuevo camino. Así, ¿qué ha sido de aquel hombre hierático y decidido, que pasaba como un iluminado, egipcio por entre la multitud? ¿Le ha matado la gripe? ¿Ha hecho una buena boda? Era el Napoleón del anuncio, y bien se merecía que se supiese lo que ha sido de él.



Desde hace ya bastantes días, se ha visto en los cristales de los cafés el cartel de:

HAY HELADO

Ha hecho el ridículo durante la temporada pasada de días “cruzados”. Daba más frío al frío que se levantaba de pronto. Alguien, de leerlo, cogió la gripe.

Hoy ya está justificado. El calor aprieta. Las gentes se toman poco a poco, rebarbeándoles y limándolos con la cucharilla, los pequeños cucuruchos de color. Los vasitos azules, como tallados en turquesas, van quedando vacíos, pequeñitos, sin sombra de lo que fueron, de su alto copete de hace un momento. El consumo es atroz. Varias veces al día entrará ya en el café el hombre más fresco del mundo, ese que se echa al hombro dos largos bloques de hielo, como dos grandes pilares de cristal, a través de cuya transparencia se ve un fondo más helado aun, una espina dorsal congelada. (¡Pobre hombre! ¡Parece que el frío le paraliza medio lado, y que le recorre sin parar un escalofrío de alta tensión!)



¡Ah! Una noticia... Los “mundillos” están en flor... Están en flor los “mundillos”... Debe saberse, porque es una injusticia hablar del florecimiento de las lilas, las rosas y otras flores conocidas, olvidando a los “mundillos”, que son tan bonitos.

La Tribuna, 2 de junio de 1919, núm. 2.754, pg. 3.

Variaciones. Matices⁸⁸

Hay distintivos de las calles y de Madrid que no son nada, y, sin embargo, lo son todo.

Ese farol como japonés que en la puerta de la tienda en que está el despacho central de la telegrafía sin hilos. Les ha salido así sin querer; pero pone la clara nota japonesa en la calle de Alcalá.

Ese guardia civil de mimbre con bigotes naturales que hay en una tienda de la calle de Hortaleza es, desde hace años, la “señal” de la calle de Hortaleza.

Ese cochero de ministro con sombrero de copa galoneado e impermeable, que es el símbolo de la calle de Caballero de Gracia.

Ese eterno maniquí vestido de doctor en Derecho que se asoma eternamente a un balcón entresuelo de la calle Ancha de San Bernardo, pobre doctor que no asciende ni se coloca, y que, además, representa la monotonía del que se ha doctorado recientemente en la Universidad. Ese doctor con muceta de borla roja y esclavina también roja –con un “moiré” que imita al dibujo y el color de una raja de salmón- es el símbolo de la calle Ancha.

Esas ampliaciones de “Dulce”⁸⁹, en que está ampliado el verdadero niño de la bola, el maestro Caballero, la mujer que apetece al carnicero y el hombre que gusta a las mujeres de provincia, invariables, eternos, morenos y rizados, hace muchos años son el verdadero símbolo de la calle de Fuencarral.

Ese san Antonio pintado en el cristal de una puerta de una droguería es la “señal” de la calle de la Corredera Baja de San Pablo.

Esas gafas con un cristal azul y el otro rojo, que son el símbolo de la calle del Príncipe.

Esas bolas azules y rojas que decoran esa casa de la calle de Alcalá son el símbolo de la calle del Príncipe.

Esos dos paraguas enormes y embreados son el rasgo de la calle del Desengaño.

Aquel busto de Gasset y Artime⁹⁰ era lo saliente de la calle de Mesonero Romanos, como el de ese notario sobresaliente de una hornacina de cementerio en lo alto del Colegio notarial, es el indicio mayor de la calle de Postas.

Esas dos anclas que son llamadores de las compuertas de un portal de la calle del Barco graban todo el significado de la calle.

Esos remates de las esquinas de los balaustres de todos los balcones de esa casa de la calle de Toledo, pequeñas cabezas de caballo en metal dorado, que revelan que aquella es la casa del chalán enriquecido para los chalanes que se enriquecerán.

Esos faroles verde que dan el carácter a esa acera de la Puerta del Sol.

Esa gran alpargata de dos metros, gran muestra de una alpargatería, que da carácter a esa calle.

Esos miradores de madera, como para el cuco y la cuca, que dan el gesto a esa otra.

Esa ama de cría pintada en el banderín de metal de ese centro creado por la contratación de amas de cría, y que es como la señal de esa calle en el plano de la ciudad.

Ese título de una tienda que dibuja la calle insignificante, como, por ejemplo: “El rey de la lana”, o “Lo que nadie quiere”, o el “Bar Baridad”.

La mano luminosa de ese otro lado, etcétera, etc.

No es el reclamo lujoso el que destaca un sitio, sino cualquier cosa, una cosa que no se sabe cuál es, que a veces es solo un muñeco de cartón que mueve la cabeza.

Seguro, seguro, no hay nada para esos reclamos, a no ser una cosa olvidada, aquellos hombres pequeñitos, muñecos con cabeza de fina talla, con ojos de largas cejas y barbillas brillantes y cuidadas, que parpadeaban mucho, movían los labios, inclinaban la cabeza y con una varita señalaban el anuncio o la cosa. ¿Por qué han desaparecido aquellos fantoches con tan elegante tipo de caballeros, a los que son aficionadas

las damas y a las que parecían dirigirse con palpitations soñadoras de los ojos y de la barba al hablar con las palabras calladas de la pantomima?

La Tribuna, 13 de junio de 1919, núm. 2.765, pg. 6.

Variaciones. Miradas⁹¹.

Lo que venimos presenciando en esta última temporada es la venta excesiva que se hace de baúles modestos, baúles con costras azules, de un azul extraordinario, baúles con latones dorados con reflejos estupendos, baúles con hojalata nacarada, baúles todos tachuelados.

Constantemente hemos visto pasas baúles recién comprados, baúles de vacío que da tanta pena y es tan inútil que hagan el viaje de vacío, dando ganas de llenarles de lastre. (Hoy ya comienzan a salir de Madrid llenos.)

¿Qué es en el fondo un baúl? Nadie lo piensa; pero es un cajón, un cajón vulgar, no esa cosa extraordinaria y de una especie distinta que se llama “un baúl”. Habiéndose asomado uno largos ratos a los talleres en que se hacen los baúles, a sus fábricas, se les ha visto hacer con cajones de embalar, con cajones de la Tabacalera, quedándose con las letras encubiertas por los forros. ¡Qué enorme; y ensordecedores martillazos los que se oyen en las fábricas de baúles! Resuena todo el cajón de un modo abrumador.



Aquí hay pocos banderines anunciadores en las tiendas, aunque claro es que eso se debe, en parte, a que pesa sobre ellos una contribución que los recarga.

Solo los limpiabotas sacan a la calle un banderín, y alguna cervecería, como los castizos establecimientos LILLO han sacado unos discos de cristal, en que se anuncia

su vermut; pero de los que han quedado muy pocos, porque pasó por ellos el primer viento fuerte del invierno, como un payaso pasa por el aro del papel de seda.

El arte de los banderines da vida y carácter a una población. ¿Por qué no se imitan los banderines calados de Lucerna y de todas las ciudades de Suiza? Con pocos banderines que haya, la población y la calle se adorna, sobre todo su son dorados como las tres bolas de oro que anuncian las joyerías de Londres, o ese ciervo silueteado en una plancha de metal y que anuncia las hosterías hasta en la misma Francia.



La mirada que mira al callejear, se encuentra muy a menudo con los escudos y las astas de las Legaciones, los Consulados y las alcaldías de barrio.

Es curioso el espectáculo de las Legaciones y los Consulados. Es por lo que más se nota que Madrid es Madrid. Sobre todo, abundan las Legaciones y los Consulados americanos, en cuyos escudos hay extraños atributos, soles, estrellas, manos que se dan la mano, ramos, pájaros, serpientes. Esta cosa internacional es agradable y novelesca de encontrar, y ya nos faltaría siempre, si la perdiéramos.

El atributo de las Tenencias de alcaldía es algo más modesto; pero de todos modos eso da importancia al cuartito humilde, al pisito viejo de empapelado deleznable. Este balcón a que está colgado el atributo de las Tenencias no está lleno de seriedad, como el de las Legaciones, A él se asoman las hijas garridas y gachonas del alcalde o teniente de alcalde de barrio, y a veces hay alguien sentado en una sillita, sillita que a veces se queda en el balcón, dando eso al piso felicidad y sosiego, sobre todo si es una sillita de niña la que encanta al balcón.

La Tribuna, 30 de julio de 1919, núm. 2.812, págs.- 6-7

Variaciones. Títulos⁹²

En los rótulos de las tiendas, o a veces en los cartelones que se agarran a los balcones de una casa como su colgadura perpetua, se leen nombres interesantes. Re-

sultan los más acertados o pintorescos, como el bautizo de una novela, de un libro, de un artículo o hasta de una poesía un poco cursi. (¡Oh, Florida!)

Hay algunos, como “La Dalia Azul”, “El Carnaval de Venecia”, “El Capricho”, que tienen esa dulzonería para las damas, títulos de unas novelas sentimentales y vulgares.

En muchas tiendas aparecen solo “Los dos Hermanos”, “El Toledano”, “Los dos Pepes”, y muy a menudo “El Segoviano” o “La Segoviana”, dando a la tienda esa franca declaración del mejor de los castellanismos un tono leal, honrándole y sincero, que la hace simpática; ¡pero la pobre Segovia, despoblándose cada vez más y quedándose sin esos hijos que tan bien saben vender los chorizos de Cantimpalos, el vino de Rueda y preparar un guiso de mesón con cabrito!

En las tiendas de saldos o en las de venta provisional, se siente menos la responsabilidad de los títulos y aparece “El Rey de la lana”, “Lo que usted tira”, “El Rey del papel”, “Se compra todo”.

Pero, entre muchos otros, hay dos títulos que se destacan en mi memoria y que, aunque parezcan falsos, son verdaderos: “Lenguas e ingenios” -título de una casquería, cuyo principal comercio son las cabezas de cordero y las lenguas de ternera- y “Sanatorio de tímidos y ruborosos”, auténtico sanatorio abierto en una de las principales vías de la corte, y que nos ha hecho pensar en cómo serán sus curas, en esas reuniones, llenas de mujeres descotadísimas, a las que asisten los tímidos y ruborosos, y en esos chascarrillos encendidos que constantemente les cuenta el director.

La Tribuna, 3 de enero de 1920, núm. 2.935, pg. 2.

Variaciones. El espejo insultante⁹³

Este espejo es un anuncio que ha surgido no hace mucho en un rincón de la ciudad.

El observador tiene que ver todas estas cosas. Tiene que ver el curioso artilugio decorativo que ha hecho el hojalatero y que tiene en el fondo de la tienda, el nuevo maniquí de niño tonto que han traído de París a la tienda de telas, las nuevas falsificaciones del chocolate, con el que ahora se hacen, muy bien imitadas, llaves de puerta; etc., etc.

Este espejo nos llamó la atención al pasar, como los que en los escaparates laterales, en los escaparates sin fondo nos muestran confundidos con las latas de pimienta que se multiplican en esas estanterías de espejos. ¿Qué hace ese espejo en una tienda de electricidad? –fue lo primero que nos preguntamos, y nos acercamos a verle. Entonces fue cuando vimos ese letrero que tiene en lo alto: “Vea su verdadero retrato.”

Con gran claridad veíamos nuestro verdadero retrato, demasiado carancho y con un sombrero que no acaba de entrar bien y cuya copa se levanta más de atrás que de delante.

Estando mirándonos, ya dispuestos a arreglarnos la corbata, que siempre tiene alguna incorrección, vimos aparecer en el fondo azogado la imagen mellada, mogona, calva, abominable de ese otro tío.

“Está bien; esto es gracioso”, nos acabamos por confesar, y nos reímos de buena gana de ese tío feo, clownesco, desencajado, verdadera efigie nuestra quizás en la borrachera.

Siempre será una broma pesada y extraña, con más intrínquilis que otra broma cualquiera, la que nos da el espejo desde su fondo, siendo en su azogue donde aparece la sorpresa.

Hace muchos años había en la calle de la Montera un espejo con marco de cornucopia, un espejo romántico, en el que se borraba de pronto el azogue y aparecía una joven rodeada de flores, joven que sonreía y saludaba con sus sonrisas, un poco inmóvil su rostro, como almidonado por la expectación.

Últimamente, en París, en una de esas revistas alegres que de pronto se vuelven demasiado macabras y sentimentales, aparecía un espejo de cuerpo entero, espejo de mujer que se tiene que contemplar de abajo arriba, porque su coquetería tiene que estar muy cuidada, y había un momento en que al mirarse la artista en él veía aparecer una calavera, que bailaba la jota acompañada por los palillos macabros.

Todas las bromas en que intervienen los espejos dejan más duradera la huella que las demás. Yo me he reído ante ese espejo irónico e insultante; he tenido la sensación de la trampa y de lo que consistía la trampa; pero aún con eso del juego de espejos que hay en ese juego del espejo, me ha quedado una aprensión, y ya no podré borrar en mí el recuerdo de ese tío que se me apareció frente a frente, y que ante la evidencia del espejo de que había cerciorado la primitiva transparencia azogada del primer momento resultó mi verdadera imagen.

Ya ese tío desdentado y boqueroso, con ojos de rana y cejas desviadas, soy un poco yo mismo, y lo seréis todos los que por una casualidad os asoméis al espejo humorístico.

La Tribuna, 11 de mayo de 1921, núm. 3.360 pg. 4.

Variaciones. Letreros del Café⁹⁴

Siento no haber copiado en el pasado los letreros que colgaban en las columnas de los cafés del pasado, y que debieron ser tan curiosos como los carteles del pasado que cuelgan en las catedrales: "AQUÍ SE RUEGA POR LOS QUE HAN IDO A LAS CRUZADAS."

Yo saldría hacia el pasado si supiese el camino para apuntar esas cosas, para tomar nota detallada de aquellos carteles.

Por lo menos, estos de nuestro tiempo quedarán perpetuados. No son muchos; pero decoran y hacen apetitoso el ambiente del café, pues hay muchos que solo ante los carteles sienten gana de alguna cosa. Habían entrado con el propósito de no sabían qué, y hubieran seguido con los ojos en blanco, buscando en los quintos cielos lo que tomar, cuando han tropezado con uno de esos carteles, que son una indicación y una orden, y han pedido lo que les apuntaba el cartel. Ayudan tanto esos carteles en los cafés, que son como el programa de lo que se ha de tomar. Los camareros dicen sus retahílas tan deprisa, mezclando tanto las cosas, que cuando las han acabado de decir ya las ha olvidado el parroquiano.

Hay, sobre todo, en los helados una clase de helado que no se oye en el recuento de helados que hace el camarero, y, sin embargo, se ve en el cartel.

Esos carteles de los cafés dicen con claridad lo que hay en las despensas y las alacenas del dueño, y solo algunas veces, cuando se pide algo de lo que se anuncia en los carteles, ya no lo hay. Entonces es cuando el hombre que da más propia por poder protestar se indigna, porque no debe estar anunciada una cosa que no existe.

En esos escapularios de las columnas hay, a veces, escritas palabras halagadoras, como "sorbetes", y otras palabras temibles, como "gambas". Yo me río también de ciertas casualidades, como la de que ese señor, que tiene verdadero tipo de tal cual, esté sentado debajo del cartel en que pone "PERCEBES", y ese otro pobre hombre ama-

rillo, decaído, que se toma un café urgente para ver si levanta su corazón, está sentado debajo en que pone "FIAMBRES"

La Tribuna, 20 de agosto de 1921, núm. 3.447 pg. 4.

Variaciones. El pasquín perenne⁹⁵

Muchos pasquines aparecen y desaparecen de las paredes de la ciudad. Algunos, en sitios estratégicos, se defienden mucho tiempo de la mano de uñas anchas y afiladas que los arranca.

La voluptuosidad del pasquín es cara, y hacemos mal en no aprovecharla. Podemos ser como gobernadores o alcaldes, solo con fijar un pasquín en las paredes; es decir, imprimiendo un papel largo con letras grandes y pagando los impuestos.

Un pasquín que no sea muy disolvente le está permitido a cualquiera, que, al lanzarlo, es como si enviase una carta abierta a todos sus conciudadanos, pues todos se pararán a ver el nuevo pasquín, por si es una orden sobre los que llevan plumas estilográficas o bolsillos de malla de plata. Todos se creen amenazados con una nueva alusión que alude a lo insospechable, a algo de lo que deben responder.

Los hombres del circo, los "hombres honrados", Luis Esteso y últimamente hasta algún torero, ha practicado el pasquín.

Pero lo que ilustran más los pasquines es sobre los terceros apellidos ilustres. Así, entre otras sorpresas y vulgarizaciones que debemos a los pasquines, está el saber que "Unamuno" se llama Miguel Unamuno y Jugo. ¡No nos aclaró poco eso de Jugo la figura de Unamuno! Esa cosa jugosa –jugo de carnes, jugo de verduras, jugo de aceite de hígado de bacalao– que hay en él se debe a su tercer apellido⁹⁶.

Tan importante es el tercer apellido en los pasquines, que un señor que no tuviese el tercer apellido y no lo exhibiese en los pasquines de la propaganda, no sería votado y no saldría diputado nunca.

Gracias a los pasquines puede pasarse un rato disimulado y tranquilo, aun estando de pie en una esquina.

Pero entre todos los pasquines hay uno que se eterniza, que está estampado en las paredes de las casas, con un estampado parecido al de esas camisas que los camiseros prometen solemnemente que no perderán el color por mucho que se las lave y que las dé el sol.

Ese pasquín breve y terminante que han impreso en las piedras de la ciudad, dice: “La política es una farsa”; así, escuetamente, con gran injusticia para la política, que es, en medio de todo, un arte sagaz, equilibrado, lo que mantiene esa apariencia de justicia que gobierna el mundo.

“La política es una farsa”, impreso con el sello de caucho de la clandestinidad, desprestigia toda la autoridad, y sin embargo, nadie hace lo que ve. Habría que enviar a las casas al tinte para que las quitasen esa mancha denigrante, lanzada al por mayor, claveteada en las casas por ese instinto que tienen los que manejan un sello o matasellos; de imprimirla miles de veces inútilmente. ¡Hay que ver cómo tienen los secantes de sus carpetas llenos de sellos!

La Tribuna, 23 de agosto de 1921, núm. 3.449 pg. 5.

Variaciones. Mangas luminosas⁹⁷

En la noche de estos días se las ha visto mejor, destacándose en sus esquinas.

Esas “mangas parroquiales” para el anuncio, con las que todos los días tenemos que ver, aderezan nuestra vida, son ya algo cordial que adorna nuestra ciudad.

En la calle fría de la noche, en ese desfiladero desabrido del invierno, las mangas parroquiales son los faros consoladores de la civilización.

En esas encrucijadas que hay detrás de las catedrales, y por las que sopla el aire de un modo atroz, es tanto más sórdido el frío y el viento cuanto que no hay ni siquiera alumbrado. Si en esas encrucijadas hubiese “mangas luminosas”, el frío se dulcificaría y se apaciguaría más.

Esos faros luminosos de la ciudad, que viven en retreta permanente, son sus braserillos de animación.

Cuando ese recalcitrante madrileño rechaza un buen destino en provincias y dice:

–Yo, de ninguna manera abandono Madrid.

Obedece indudablemente, entre otras muchas cosas, al encanto de ver en la noche esas mangas luminosas, que hasta le inducen a salir de casa de noche, y por las que se va guiando hacia los teatros del centro.

–Por ver todas las noches esa enseña –me decía un recalcitrante madrileño–, salgo todas las noches a la calle.

Y es que entre las señales de que vive están estas de las enseñas luminosas.

Parecía que iban a ser monótonas e insoportables pronto; alguna nos fue anti-pática desde el principio; pero, por el contrario, todas llega a sernos necesarias, y son como los faroles de la antesala de la noche, camino de ulteriores aventuras.

–“A las diez de la noche de anoche vi la “manga” luminosa de ese dentífrico” –nos decimos al evocar la noche pasada, al buscar una señal de vida que nos recuerde bien la noche del pasado.

Entre las cosas que organizan una noche tentadora, están esos pendones luminosos. La noche sería mucho más sosa sin ellos, y entre lo que nos brinda la salida desde lejos, están estos armatostes que dan optimismo al camino, a la cuesta difícil de subir de la noche.

Además, yo no sé qué gran suerte tienen estos faroles ilustrados, que las industrias que anuncian, sus específicos, sus casas de comercio, sus escuelas de lengua, no fracasan. El haber tomado tan arraigado asiento en la ciudad, el tener tan filantrópica misión en la noche hace que prospere la especulación que es objeto ese anuncio.

La Tribuna, 27 de diciembre de 1921, núm. 3.454, pg. 5.

Variaciones. Muestras pintorescas⁹⁸

En los rincones de la ciudad, en esas esquinas que no olvidaremos nunca, vemos muestras típicas que van situándonos en la vida mejor que nadie.

Muchas veces recorreremos un camino olvidado durante mucho tiempo, solo por volver a ver esa muestra típica, que convierte a la ciudad presente en ciudad de los antiguos tiempos.

Como aquí no hay un Museo provincial en que se recojan esas muestras que hacen pintoresco el mundo, el cronista debe ir las recogiendo y apuntando.

Ese abuelo bien sostenido por el vino que anuncia, un vinillo popular, y esa gran botella negra que entusiasma a los borrachos como una imagen, y ante la que saludan muchas veces, hacen sonrientes y señalan hasta para el que no bebe el lugar de las tabernas.

Son aciertos los de esos anuncios vinícolas, porque hay que señalar bien en la imaginación de los borrachos el lugar de cada estación, debiendo procurar que eso resulte intenso porque tiene que actuar sobre una memoria estropeada, turbia, violada.

Lo mejor para atraer al borracho sería utilizar como muestras de taberna los aparatos de señales luminosas, que utilizan los trenes. Las cortinillas encarnadas que tapan los cristales de muchas puertas de taberna, ya tienen el objeto de llamar la atención al toro de instintos sanguinarios, que es el borracho. A los borrachos les da un precioso pase de pecho las puertas de las tabernas.

Junto a esos indiscretos signos de las tabernas hay otros muchos pequeñitos, obras del pincel paciente del profano en pintura; pero que nos hacen entregar nuestros cuellos a esa planchadora y fijar la atención de la que busca quien la rice el pelo.

Estas dos últimas muestras que recojo tienden a desaparecer; el planchado mecánico podrá con las planchadoras a brazo, y esos onduladores que ondulan para toda la vida, podrán con las tenacillas que preparaban el peinado humano, que dura un solo día y que tenía una cosa que han suprimido los onduladores eternos, o sea el despeinado, aquel despelujamiento en que la mujer quedaba confesa, contrita, enternecedora.

La Tribuna, 7 de enero de 1922, núm.3.464, pg. 2.

Cafés y terrazas

*Variaciones. Tres Cafés que desaparecen*⁹⁹

Dos -el de la Concepción y el de San Mateo- ya han desaparecido; y el otro -el Suizo- desaparecerá, y entonces le cantaré el responso completo.

Esto es trágico, pero es inevitable ¿Cómo pedir al Estado una subvención para sostener un Café, aunque no entre nadie en él, como en esas bibliotecas solitarias que el Estado sostiene? Hacer el preámbulo de ese Real decreto sería difícil; pero, al fin, resultaría más sensato que otros muchos.

Las ausencias que dejan estos Cafés que desaparecen no se pueden llenar con nada. Esa ventana por la que veíamos ese barrio, ya estará cerrada para siempre. Nos hemos quedado sin un punto importante de observación y de comprobación. Claro que podemos mudarnos a un primer piso de esa calle; pero sobre que no sería lo mismo -es mucho más tonta la casa que el Café-, no somos partidarios de andarnos mudando.

Van desapareciendo todos los Cafés de hondos cimientos y de divanes maduros. Es irremediable. Un público vano, frívolo, abobado, ama las cervecerías, los tupis y los cines.

Para mí los Cafés no necesitan tener recuerdos históricos: necesitan solo ser profundos, tener carácter de salones, tener rincones, divanes macerados y que sus ventanas miren *desde dentro*¹⁰⁰ a la calle (las de los tupis miran ya *desde fuera*; están lanzadas en el estúpido deslumbramiento de la calles, son ventanas superficiales). Esos Cafés con *interior*, y en los que, además, entra la calle y los tipos de la calle, tan distintos según la casualidad, dan una ciencia real y vívida, entrando en ellos para estar solo, porque con tertulia solo se puede aceptar el café un solo día; con tertulia todos los días, el Café ya no ve ni entiende, ya no es sagaz y espontáneo, ya está obsesionado, cerrado, caracterizado por el espíritu de la tertulia, espíritu de gabinete, de casino angosto, y se pierde ese albur, esa anunciación, esa liberalidad que cambia, reforma, aligera, hace transigente y diversifica en uno el sentido de la realidad.

Ya no vamos a tener la confidencia que obteníamos en tal y tal Café. Esos otros saloncillos que surgieron con apariencia de salón de limpiabotas o de cafés de andén de tranvías, ruidosos, aglomerados, llenos de sillas que empujan al cliente hacia la puerta o que se le escapan de debajo en cuanto apura la consumación, esos no sustituyen nada.

Desaparecen los viejos Cafés y se convierten en tiendas de telas y en sastrerías, extraño fenómeno que me explico, aunque piense en cómo abundan y lo mucho que se usan las telas color café. Desaparecen sin ruido, cuando esa misma murga que toca a su puerta alegremente mazurcas y polkas el día de la inauguración, debía tocar el día de su clausura marchas fúnebres y misereres. Así en pleno error se va hacia ellos, quizás después de un largo rodeo, con ansia de sentarse en sus divanes, y cuando se llega se comprueba que ya no están. Romperíamos la luna de la nueva tienda como furiosos huelguistas, pero nos sometemos y buscamos en nuestro mapa otro Café, el que más

se aproxima por su tipo a este que buscábamos. Para las parejas ya es peor este hallarse sin el Café a que iban. Eso las desconcierta y alguna vez las disuelve. Iban a por cierta penumbra, con urgencia, y al no encontrarla es probable que su amor no resistirá una larga caminata sin agriarse ni descomponerse. Ella, que quizá no quería entrar en un Café, y por fin había accedido, encontrará motivo suficiente en el contratiempo para no entrar ya en otro: La mujer es así de arbitraria.

El Café de San Mateo era un Café opaco, en el que, si bien no solíamos entrar, nos satisfacía que estuviese en su esquina. La última vez que entré, la familia de los dueños hacía vida de *cuarto de la plancha* en medio del Café. Eso me pareció un mal augurio. Era el Café de cita para esas damas intrigantes que, después de atraer por medio de los anuncios de cuarta plana, a un caballero, le escriben diciendo: "Estaré en una mesa de la derecha leyendo el *Blanco y Negro*."

El Café de la Concepción era, entre otras cosas, el Café de mi calle. Era un Café amplio, que tenía varios recodos, y, sobre todo, en el centro, uno especial, original, tranquilizador, independiente, algo así como la sala de la Venus de Milo de los Cafés. Se entraba en el corazón matrimonial de ese barrio al entrar en él. Su desaparición no me ha sorprendido del todo, porque yo presentía su fin viendo que a sus espejos les había entrado la lepra negra, que sobre las repisas habían colocado unas macetas de flores artificiales y que hace algún tiempo habían comprado un monstruoso aparato de música: un aparato impar, *panteónico*, grande como el más grande aparador de casa grande, triste como ese mismo aparador, con timbales, tambores, platillos y flautas como los de aquellos órganos rumorosos y epilépticos que antiguamente anunciaban los cines. Sospechaba lo que iba a pasar por todo eso; pero cuando tuve por segura su muerte fue cuando pasó lo que no había sucedido hacía veinte años: que aparecieron varias de esas tertulias mezcladas, que son la señal de descomposición del Café en que se establecen, y cuya vecindad me tenía nervioso.

¡Pobre Café de la Concepción, francote y de aire tenue y sano! Tenía -detalle muy importante- un timbre que comunicaba con el teatro Lara y que sonaba en el Café cuando acababan los entreactos, como el ¡viajeros al tren! de los restaurantes de las estaciones. Por ese cordón estaba unido ese Café a la *bonhomie* de ese teatro, y gozaba un poco de su espectáculo y su ambiente. ¡Qué operación tan dolorosa ha debido ser la de cortar ese cordón!

La Tribuna, 7 de mayo de 1919, núm. 2.728, pg. 5.

Variaciones. En un Café¹⁰¹

En el Prado hay un café disimulado y casi desconocido para todos; pero desde el que se ve el Prado admirablemente: el café de la Montaña.

No se le ve, porque por una especie de mimetismo se disimula para todos menos para mí. De los cafés que en el Prado -¡que pronto se dirá “que había”!-, en el de la Bolsa se siente uno en el Prado, pero no se le ve; en el del Palace se ve con cierto extranjerismo una cosa que no acaba de ser el Prado, sino la visión del turista, y solo en el de la Montaña se presencia la verdad.

Es el café de la Montaña un café viejo, con una sola ventana, con el cristal roto, todo como si tuviésemos roto el ojo, roto con una rotura estriada, radiada desde el sitio del golpe, y que por eso, y porque en ese punto inicial tiene una laña redonda, parece una gran araña proyectada sobre el cristal. Sus estores son blancos y plisados, como ya quedan pocos, estores que recuerdan los polisones y las mangas de farol, por lo que siempre, cuando se les ve desde fuera corridos y abullonados, parece que hay dentro damas de una moda antigua.

Sobre los cristales de ese café hay dos iniciales pirograbadas, una M y una L, como si estuviesen bordadas en él, las iniciales de Mariano de Larra¹⁰², cruzadas, y que se proyectan cuando hay sol sobre uno de los lados de la ventana, “de madera incendiada por el tiempo”.

Decorado con un forro de hule, en el que se repiten unos “belvederes” y un rincón de follaje, recalca la importancia de ese “primer ensayo en España del decorado en hule” una inscripción que hay sobre la puerta de la trastienda.

¡Cuántas horas he pasado sentado en el quicio de esa ventana y apuntando mis cosas! Solo tiene un defecto esa ventana, y es que se paran frente a ella los coches, y además de ocultarme la fuente de las cuatro estaciones, que se ve desde ahí, tengo que verles la lengua sucia a los caballos. Solo compensa de ese eclipse que ocasionan los coches estacionados ahí el que veo la extraña intimidación que hay en el fondo de los coches, y que cuando se interpone bien el coche enfoco por las ventanas de cristales biselados del coche un paisaje inefable de ventana antigua.

Desde esa ventana del café secreto se ve la hilera humana -todos hijos de Daoiz y Velarde- que anda por el Prado como una procesión más organizada y más completa que en ningún lado.

Se pasean por el Prado los jubilados, los supervivientes, los viejos, esos que tienen repartida la barba en dos mitades, como Moisés, o como un marino de los de catalajo. Todos estos viejos, “muy” echados hacia adelante, muy encorvados, usan gafas, unos, los más distinguidos, gafas de fina montura y de cristales inauditos de gruesos, por los que se el Prado muy chiquitín, vago, como esos esmaltes en vivos colores sobre un cristal cóncavo en que está representado el paseo principal de una capital de provincia, y otros, los viejos pobres, gafas de picapedrero, con las que lo ven todo, como lo verían sin gafas, aunque con gafas lo ven tan abrigados como si viesen el Prado detrás del cristal del café de la Montaña. Lo más importante de todos estos viejos es el que hayan llegado a viejos, ¡con lo terriblemente difícil que es eso! ¡Hurra por los que han podido llegar! (Además, los viejos a los que se les murió un hijo y la esposa vuelven a ver pasar “aquellos” entierros viendo pasarlos que pasan por el Prado.)

Por el Prado, en invierno, pasan también los “hombres de gabanes largos”, los caballeros con bastoncito o bastón de mando con borlas, los “caballeros” con zapatillas de casa, el hombre de los tres perros, los guardias civiles, que vienen de hacer los servicios de los trenes del Mediodía, los cojos con sus muletas, y, sobre todo, muchos curas, curas que resultan muy altos y otros muy bajos. (Debía de haber una talla fija y mínima para regularizar la carrera eclesiástica.)

La Tribuna, 10 de julio de 1919, núm. 2.792, pg. 7.

Variaciones. Terrazas¹⁰³

Aunque dentro de los cafés los ventiladores dan vueltas como aviadores que no salen de su campo de aviación¹⁰⁴, o como tábanos atontados por la luz del café, y que se debaten nerviosos y veloces como en ese momento en que sus alas se transparentan y se multiplican como las del ventilador, mejor es estar en la terraza y pedir en ella una de esas poncheras litúrgicas que apagan el fuego del día como los líquidos “extintores”, y cuyo caldo frío de limón y cerveza se sirve después de moverlo un poco, ¡como enfriándolo!, con el cucharón de la sopa, que tan bien manejan los padres de familias españoles.

Hay terrazas de terrazas. La terraza en que sentarse tiesos, como un elegante inglés cuando los ingleses se echan más hacia atrás en sus clubs y no tienen terrazas públicas para lucirse, porque el principio de su elegancia es privado y verdadero; la

terrazza en que mirar a las vecindades heterogéneas de las casas de enfrente, buenas para ser observadas un rato; la terraza para ver los buenos y típicos edificios que pueden caer en el círculo de nuestras miradas y saborear toda la esencia del barrio, y la terraza de la casualidad.

Yo prefiero todas las terrazas a las de la plaza de Santa Ana. Allí se mezcla ese mundo cosmopolita de la clase media que no ha salido de Madrid. Es la plaza más sosa, con su jardín de patio de las casas del centro. El señorito y el abogadito van allí, y todo el Madrid que se limpia muchas veces las botas en los limpiabotas y que habla de mujeres y de toros se sienta en la trivial plaza de Santa Ana, plaza y jardín híbrido, en el que un buen niño de Madrid, con el instinto de Madrid, no recordará haber jugado nunca. ¡A quién se le ocurre! El panteón de Tirso de Molina¹⁰⁵ abruma el jardín. La cerveza que dan en esa plaza es la cerveza del verano oficinista y ramplón, la cerveza muy de los grifos de las casas de vecindad, y ni es siquiera la alegre cerveza de las desatadas alegres “kermesses” germanas. ¿Cómo no ven muchos incautos lo falso que es el sitio, lo desairado y lo jardín de invierno de gran hotel que es hasta en verano? (Hay un grupo de hombres de talento que se sientan en esa plaza porque aman los contrastes).

Las terrazas de la Glorieta de Bilbao también son desdichadas y carecen de ese tipo de raza que debe haber en el público de una terraza; resultan terrazas de balneario, terrazas para los últimos hombres que quedan en el mundo con los bigotes a lo Kaiser.

¡Hay tantas que no son estas! Y en todas ellas se está más en medio de la ciudad, en relación con la noche, con las casas y con los que pasan, y a los que se ve con el gran conocimiento que da el estar sentados y estar en ese sitio. En aquellas abominadas terrazas se hace una vida de sociedad, curso de terraza gijonesa, de LA PERLA DEL CANTABRICO muy a propósito para los que se ponen pantalón blanco.

En estas otras terrazas, que son verdaderas atalayas, en las que hay frente al teatro Real, y que con sus cuatro evónimos de maceta resulta ajardinada; en la de ese último verdadero “aguaducho” que hay en la plaza de Oriente; en la que hay frente al café del Pilar en la plaza del Humilladero, etc., etc., hasta la que en la esquina del Divino Pastor, se hace una vida retirada y céntrica al mismo tiempo, en sitios más privados de la ciudad.

Pero hay una terraza entre las m[ás] que ofrecen una perspectiva y regalan la visión de unas cuantas casas bien maduras de Madrid que es ideal y “granadina, la terraza del “Café Royal”, en la esquina de la plaza de Salmerón (el de los ojos de loco).

Aún no se ha exaltado bien la arquitectura de este pequeño edificio que tiene arquitectura de plaza de toros. Es uno de los mayores aciertos arquitectónicos de hace años esta rotonda valiente, optimista, que perfecciona las siluetas de las plazas de toros con su sobriedad y como elementos de casa que tiene: como el tejado, el alero y los hierros. Ya habíamos gozado bien su interior y su digno mirador, y solo esperábamos que naciese su terraza, su primera terraza, puesto que todo el café es creación de este año. ¿Qué iba a salir? ¿Iba a quedar desairada? ¿Podría resistir en el sitio más estratégico la bravura de la gente que pasa por aquí? ¿Se podrían soportar los dicharachos y las cornadas de “carnera” de las patillas terribles y espirales de las patilludas? ¿Y el “encierro” de los jaquetones?

Sí; se ha podido resistir todo y se ve el desfile más espléndido de gentes flamencas. ¡Esa es una terraza y un café! Su único defecto es llamarse “Café Royal”, cuando se debía llamar “Café del Pretendiente” o del “Moro”, por ejemplo.

¡Dichosas terrazas de Madrid! Solo tienen un defecto, y es el de que los pobres que se acercan en procesiones, muchas mujeres de esas de falda mal colgada y canastillo al brazo, y a las que ya les es lo mismo todo, pues están convertidas en poses, y esos viejos copiados de los borrachos de Velázquez, y esos otros que miran por encima de sus lentes ahumados, amén de todos los hijos del arroyo, del fecundo arroyo, y además de los otros profesionales de las terrazas, el vendedor de periódicos y el que graba sellos y entrega un prospecto y la tarifa de sus trabajos: “Un escudo de nobleza, 25 pesetas”. “Placa de guarda jurado, 15 pesetas”. “Culata de escopeta, 3 pesetas”. “Relojes, sortijas de sellos, aplicaciones de los tirantes... Todo se graba en cinco minutos, a la vista del público”.

La Tribuna, 3 de agosto de 1919, núm. 2.816, págs. 6-7.

Variaciones. El Café francés¹⁰⁶

¿Cómo han liquidado el viejo café Francés, después de la victoria de Francia? El caso es que en estos días ha desaparecido. ¿Dónde se solemnizará el armisticio que volverá a haber en 1970 [sic]?

Cuando al atardecer, de pronto, cualquier día, queríamos meternos, meternos profundamente en un sitio, irnos muy lejos de la Puerta del Sol sin salir de sus alrededores, nos íbamos al café Francés, situado allí donde estuvo el pasaje Matéu¹⁰⁷, o de la

Villa de Madrid, que unía la calle de Espoz y Mina y la Victoria, uno de aquellos pasajes que se perdieron como el de san Felipe Neri y el del Iris.

La nostalgia de Francia, de la provincia francesa, de Burdeos, de Tarascón, de Avignon, nos la sorbíamos y nos la fumábamos allí. Si España quedaba lejos, París también quedaba lejos. Estábamos en la provincia francesa un poco desterrados y tristonnes. (Una vez viajamos a París con los dueños. Resultaba extraño que los dueños del café Francés -ya en Francia por su nombre y todo, se dirigiesen a París.)

Era de los pocos cafés que conservaban el gas y tenía esos desniveles que dividen las grandes estancias en la parte del público, la del estrado, la del aparte, la del billar. De este café fue dueño M. Doublé, que huyó de Francia en 1871, perseguido y sentenciado a muerte por la Commune.

Había mucha gente, muchos patriotas franceses, aunque no se puede sospechar si no se era un iniciado, porque no se oían murmullos, ya que no hay nadie como los franceses para jugar silenciosamente, tan silenciosamente, que en su juego favorito extienden una alfombrilla sobre la mesa para que los dados caigan silenciosamente, y el cubilete en que los mueven es de cuero, para que así se embote el ruido de removerlo.

Abundaban los pequeños burgueses entre los que se reunían; franceses con garras sobre su cabeza ancha y lisa, como si fuese a servir de repisa. Las mujeres eran como bretonas, fuertes y rollizas, de sombreros "nones" -en Francia hay sombreros muy elegantes, los *pares*, y muy inelegantes, los *nones*-. Eran honradas francesas -con una honra como un hígado de vaca-, porque en el café Francés se quedaban apagadas las horizontales, y por eso no iban. (Daban de comer como en los Chartiers, y los últimos dueños, un matrimonio muy francés -él la daba el brazo- y una hija, se dirigían a su mesa con prosopopeya, demostrando a los que comían a su lado que el dueño no desdeñaba aquella comida.

Era un café de un aburrimiento atroz; pero se pensaba en Francia y en ese exquisito y terrible fondo clásico y anecdótico con que Francia supera a todo el mundo. El hecho de Francia, de su existencia, de su claroscuro y de los tipos de sus ciudades, es algo estupendo, aunque siempre dramático.

Nadie le miraba a uno. Todos estaban en su país, y solo uno creía estar en un café de Madrid, aunque eso no fuese verdad; uno era el único fantasma de la reunión. Todos miraban su juego formando esos grupos de la calle alrededor del perro que da los estertores.

Ya allí dentro no estaba uno, ni aun estando, ni aun probándose a sí mismo escribiendo cualquier cosa en el mármol del café. No estaba.

En la sala de billar, siempre a oscuras, se veían los estanques o praderas verde de las mesas de billar esperando los verdaderos suicidas, que son los que juegan al billar. Daba pena aquella sala misteriosa, oscura sala de respeto, que daba tanta pena como ese salón vano que era en los antiguos y sórdidos colegios el gabinete de Física.

Los domingos, pasaba que todo el domingo francés se metía allí dentro, y como era enorme para el café, lo ponía estallante, espeso, rozagante como un mercado.

El día del aniversario de la República, el 14 de julio, era su día. Ese pasaje tan francés en que estaba enclavado, era denominado por los franceses que bailaban, movidos por la charanga de La Marsellesa, *chotises* revolucionarios, de esos en que los chaquets tienen una gran flexibilidad y se doblan hacia adelante y hacia atrás sometiendo a la misma flexión de los cuarenta grados a la cintura de ellas.

Banderas sacadas del Bazar X¹⁰⁸ -Nuestra Señora de Atocha de las banderas nuevas-, se enlazaban a lo largo del pasaje, y había cantos, cuplés y esa música con las cucharitas y los vasos que solo saben tocar los xilofonistas franceses.

Eso es lo más terrible. ¿Dónde se va a celebrar el 14 de Julio? Tendrán que ir quizá al cementerio civil, para encontrar otro sitio tan cívico como aquél.

Después de desaparecido el café de París, que estaba enfrente, ese era el último trecho francés de Madrid. El admirado Castrovido¹⁰⁹ se hacía ilusiones de emigrado político, yendo a escribir allí sus cartas y los furibundos artículos de emigrado eterno. ¡Ha sido una falta de patriotismo del dueño abandonar esa especie de plazoleta francesa!

La Tribuna, 25 de noviembre de 1919, núm. 2.903, pg. 5.

Variaciones. El Mirador de Lindaraja¹¹⁰

Es fantástico, pero es cierto: en la Glorieta de Bilbao, enfrentándose con los cafés “de todos”, hay una especie de café para “algunos”, que no es un café, sino un círculo, y nada menos que el Círculo de Pasivos.

Es el primer círculo que toma en una casa de vecindad la planta baja y la convierte en salón privado, como sucede en aquellos círculos de Sevilla, por ejemplo, que se asoman a la calle como escaparate de una tienda.

También tienen el piso entresuelo, que es donde está lo más reservado e íntimo de la Sociedad. (¿Se jugará en ella? ¿Será ese el secreto de su esplendor?) Abajo, en ese café sin mesas de mármol, sin botellas, sin mostrador, sin libertad de entrada, hay mecedoras y unos divanes y unas mesitas de gabinete.

Aún estamos asombrados de la coquetería de esos viejos, que son los primeros en tomar esa posición en medio del ruedo, en medio de la calle, como quien dice. ¡Quién iba a esperar eso de los pasivos! Su coquetería y su descoco no tienen precedentes en Madrid.

Asomados a los ventanales de ese salón, se pasan el día muchos ancianos de sosegada presencia. Ya hay floristas, modistas, muchachas flotantes, que saben que en ese escaparate hay unos señores contemplativos y galantes, y se entablan diálogos medio mudos a través del cristal, cambiándose papirotazos cariñosos, pellizcos no pellizcados, porque todo es a través de la luna cerrada.

Es conmovedor ver esa correspondencia alegre y dicharachera entre la belleza que pasa y los retirados. Aún saben hacer gestos insinuantes y atraer con sus miradas ávidas. Tan garboso es ese espectáculo, que así como existe el célebre “mirador de Lindaraja”¹¹¹, a ese se le podría llamar el “mirador de Lindarajo”.

Resulta que, frente a todos los círculos de jóvenes, en la plenitud de sus negocios, sus ganancias y sus sueldos, ese de pasivos ha sido el único que se ha podido permitir ese lujo estrepitoso y alardeante.

Se ve que los pasivos no quedan mal en este país cuando se retiran a descansar y cobrar su nuevo haber en las ventanillas del edificio de Clases pasivas. No es tan miserable, como parecía, aquel interior, al que solo san ese carácter esas viudas que van a cobrar sus nimias pensiones, porque ya a tanto no alcanza ese presupuesto. Ahora resulta que ese edificio de la calle de Atocha, que nos parecía sórdido, es una especie de Banco de España para la vejez, aunque durará poco, porque los derechos pasivos resultarán muy pronto uno de tantos privilegios inusitados de las generaciones del que es pasado rotundo, aunque esté aun en el presente.

Quizá vemos a los últimos ilustres pasivos en una exposición ya un poco anacrónica. Así como hubo un momento en que iban a cobrar derechos pasivos los mismos

muerdos, saliendo de sus tumbas todos los primeros de mes, ahora está ya sentenciado a muerte el derecho pasivo, y contemplamos sus últimos solaces.

La Tribuna, 26 de noviembre de 1919, núm. 2.904, pg. 9.

Posdatas. Desaparición del Café de Candelas de la Puerta del Sol¹²

De la noche a la mañana, apareció en la Puerta del Sol esa valla de pino nuevo, muy cepilladita y perfectamente a la medida de ese trecho. Otro café que iba a desaparecer.

No entrábamos en este Café-Cervecería de Candelas; pero lo apreciábamos y nos gustaba verlo al pasar. Era café de provincianos, de cordobeses pletóricos de sangre y muchas z z z z en la lengua. Valle-Inclán, que está muy desorientado en esto de los cafés desde que le que convirtieron en tienda de tela el Levante de la calle del Arenal –ahora se hace los trajes allí– se reunía en este Candelas, que acaba de desaparecer. Eso a última hora dio prestigio al café, y ponía una luz digna en un rincón.

El café, como dotado por sí mismo de alma, no lo estaba, y no tenía ningún carácter. Las camareras guapas no son nada. A lo más son tema para un cuadro, como el que el gran Anselmo Miguel Nieto pintó con unas cuantas mujeres de este café, en esa época de su cénit, la época como del Juicio de Paris que tienen todos estos cafés de camareras.

Era un café frívolo; comedorcito un poco cursi, ilustrado por unos espejos de antesala, como espejos de perchero, con lo cual está dicho todo, porque ¡no los hay más tontos!

Por la ventana de ese café, aunque daba a la Puerta del Sol, el verdadero entendido de Madrid, el que sabe distinguir, no veía nada, veía apenas el sitio de la vuelta banal de toda la gente, el sitio por donde es más fugaz la vida que pasa por la Puerta del Sol. Era como una ventana de barraca, como una ventana de perfumería.

Mujeres y mujeres, como grandes doncellas de casa grande, un poco tontas por la serie de floreos de los señoritos obcecados y desesperados, dan al café de camareras un tono de cocina bien puesta, de cocina como cosas terriblemente modernistas, como puesto por la casa Miele, por ejemplo.

¡Qué aire el de las camareras de café! ¡Cómo van hacia el cliente con un aire distraído, presuntuoso, y sobre unos tacones, más de Luis XV, de Luis el de los Zancos! ¡Como vuelven con el mismo paso de zancudas, con un pasito de pasodoble descompuesto, y cómo echan la copita, y cómo toman el dinero y dan la vuelta, que se sacan de la verdadera faltriquera, enredándose las calderilla en las sortijas!¹¹³.

Este Café de Candelas, cuando era cosa buena –buena para los otros más que para mí–, era en verano. Entonces tomaba el verdadero aspecto de lo que era, de horchatería, y había allí dentro una sombra fresca, horchatosa, que probaba como con una paja el pasaba por la Puerta del Sol. Los delantales blancos de las camareras, y sus blusas blancas, y sus pulseras con un colgajo –como el collar y la campanilla de la ovejita de sus brazos desnudos–, todo eso era como una alegoría de una horchata muy refrescante para el que pasaba en la hora tórrida de la Puerta del Sol y lo entreviese a través de una persiana verde –persiana de horchatería–, que cubría todo el ventanal menos una cuarta.

Ya este verano no podremos sorber ese poco de sombra de chufas, y resultará más árido nuestro pasaje por el desierto. ¡Los pozos y los oasis se secan! ¡Que pongan por lo menos una tienda de abanicos!

Ya se han mudado aquellas flamencas, que hubiéramos tenido gusto en conocer, si hubiésemos sabido que iban a desaparecer. Todas vivirán ya bien toda su vida, cambiando las monedas de oro de sus cadenas.

Ya detrás de su biombo se acicala la otra tienda que por ser de la Puerta del Sol, tardará mucho en recomponerse y emperifollarse.

Tristán

La Tribuna, 23 de febrero de 1920, núm. 2.980, pg. 4.

Variaciones. El Café de Fornos ha sido teatro de Ópera¹¹⁴

Fornos está sufriendo una nueva transformación detrás de la misteriosa valla de siempre.

[...]

¡Pobre Fornos, que cada vez resultará más “perdido” Café como el salón de Conferencias, como el saloncillo del Teatro Serio, como la cacharrería del Ateneo, no pudiéndosele comparar en carácter más que con el Suizo y el de Londres (antes de las Columnas y hoy Puerto Rico)!.

A propósito de Fornos, y porque a propósito de la muerte de Cavia¹¹⁵ se ha vuelto a hablar del absurdo “Jesucristo en Fornos”, de Burell¹¹⁶, voy a repetir ese artículo, “sólo comparable con los mejores de “Fígaro” y los mejores de Cavia”. ¡Pobre y admirable “Fígaro”! Que el que tenga tijeras lo recorte para el día en que se vuelva a repetir ese tópico de los que no han sabido jamás lo que es la delicia y el matiz literario. Dice así, íntegramente reproducido, ese artículo:

JESUCRISTO EN FORNOS [...] ¹¹⁷

¡Pobre Burell! ¿Por qué no borró él del mundo este artículo? Él fue superior a ese trabajo y a los que se lo alababan. En los periódicos ha debido tener iniciativas y momentos felices, hasta geniales. Por eso, ¿por qué enfrascarle en una página tan mala? Esa burla, peor que la gastada en mi juventud y a mi entusiasmo literario, ha sido esa de que era un gran artículo “Cristo en Fornos”. El día que lo conocí me sentí defraudado hasta el fondo de alma.

Que ya desaparece y es enterrado Fornos por el “Fornos-Palace”, que quede enterrado definitivamente el tristemente célebre “Cristo en Fornos”, para que esa movilidad del periodista, esos aciertos incoleccionables, pero sorprendentes, que son su obra de todos los minutos, y esas frases que después son una anécdota firme y duradera, no las esterilice el que las gentes de paladar fuerte entronquen el peor de sus artículos.

La Tribuna, 4 de agosto de 1920, núm. 3.120, págs. 8-9.

Variaciones. Sobre el Café¹¹⁸

Ya no existe el vendedor de cuadros de café. Quién se atrevería a entrar en ese Nuevo Fornos cerrado, exquisito, egoísta a enseñar los cuadros de antaño, los cuadros que había muchos que se llevaban.

Los que eran sorprendidos por el cuadro se echaban hacia detrás y tomaban grandes actitudes de jurados de la pintura. “¿Admitimos o no admitimos este cuadro en

la exposición?" Generalmente lo rechazaban, pero no sin haberle dedicado antes largas miradas y haber hecho algo así como robar el cuadro al cuadro.



El café con música apenas existe. Se han vendido aquellos viejos pianos de cola, que eran como ataúdes abiertos, grandes pianos de cola, por los que han dado dos veces su valor, pues eran de los primeros Erard que ya no se construyen y que eran magníficos...

El profesor que se sentaba en los viejos pianos parecía un ministro que se sienta en la amplia mesa y despacha sus asuntos. El violinista respetuoso, de pie, miraba en la misma partitura, demostrando su larga vista.

Cuando el piano estaba sobre un estrado, el pianista, al llegarle cada media hora la hora de tocar, subía al estrado como un conferenciante.

A oír la música delicada, aunque un poco destartalada del café, iban señoras que perdían su vista en los lejanos horizontes de los espejos, atiesadas y erguidas por la música. Solas y fuertes.

De la gran cama de matrimonio de la música con el embozo levantado salían las notas, que eran como las gotas del café, como las volutas completamente azules de un buen puro, como el recuerdo de las mujeres, que donde mejor se recuerdan es en los andenes de la vida y oyendo la música de los ciegos.

La música resultaba como un regalo del dueño, como un verdadero obsequio, unas almendritas de música.

Los gestos eran los grandes gestos, tanto el del piano sentado como un esculptorizador de la música como el del violín, que pegaba con cariño su mejilla al violín, cogiendo con gran coquetería el arco de pelo gris, el arco maduro.

Ahora, si hay música, es más estrepitosa, y por eso les conviene a los esposos que están disputando y que no que se oiga su disputa.

¡Qué lástima que ya no escriba el amigo de los músicos en los grandes espejos con grandes letras blancas aquello de: "Grandes conciertos"!



Esos viejos creen haber perdido algo, por lo que miran siempre debajo de las mesas antes de irse o de sentarse.

¡Cómo conocen los duros en los cafés! Conocen el cuño, tienen el cuño en la palma de la mano y el duro se ajusta a él si es bueno, o no se ajusta y es malo. Los camareros no hacen caso de eso del cinco con la coletilla curva o recta. Aceptan casi siempre los duros que tienen cierta facha de ir a pasar y no aceptan ninguno.



Ni el café solo, ni la leche sola... El café con su suplemento de café, o sea un tarrito lleno de café, que vale unos quince céntimos, pero cuya ley merece la pena de recordarse, porque quizás muchos la hayan olvidado.

Con esos elementos delante de uno hay que saber hacer el acto litúrgico de prepararlo, llenando de café con leche uno de los dos vasos rituales y conservando en el otro vaso algo del café con leche para mezclarlo con el café cucharadita a cucharaditas, como cuando se da la papilla a un niño.



¡Qué poca imaginación le da ese que tiene sitio vacío y no lo encuentra!



En ese aparador de café en que están las boletas parece que están todas las botellas de todas las marcas; pero después resulta que no hay casi ninguna.



Los sargentos van con unas mujeres vistosas y rimbombantes. Parecen brigadieres antiguos. Se quitan la espada, como quien se quita el corsé, y ponen los galones so-

bre la mesa; después se alisan esa perfecta raya de los sargentos, siempre con cabeza con peinado de peluquería.

Las mujeres en los cafés toman rápidamente su refrigerio; pero en lo que tardan es en quitarse un guante, después el otro, en levantarse el velo y en volverse a poner el velo –tan difícil de ponérselo tirante y sin que haga por debajo de la barbilla la papera del velo– y en volverse a poner un guante y después el otro. Al abrochar el último botón del segundo guante suena las siete de la tarde si es que se ha entrado a las cinco.

La Tribuna, 15 de diciembre de 1920, núm. 3.234, pg. 6.

Variaciones. Los Cafés cantantes¹¹⁹

Hay que defenderlos, hay que hacer de vez en cuando su apología. Quizás eso les sostiene un poco.

Aunque bien estarían con todo su color y con unos “priveles” de Jérez, o con los “cristalitos” de los Moriles, bien está nuestro café cantante con su mejunje llamado café y con sus anisetes, por mucha anilina que les echen. Está aquí, la fiesta andaluza, sin ser demasiado la fiesta profesional de todo un pueblo. Aquí lo que se destaca se destaca mejor.

Ya no existen aquel gran Silverio, aquel italiano criado en Morón, que, según decían, era el rey de los flamencos; ni Juan Breva “el Canario”, ni Dolores “la Parralla”, ni el bolero Bermúdez, ni “la Serneta”, ni “Fosforito”, ni “la Torda”. Pero aun así, quedan bastantes seres de gestos de recordatorio de lo otro que mantienen la liturgia noche tras noche.

Siempre el zapateado será el de Concha “la Carbonera”, en el Burrero de Sevilla. Es tan sencillo, que despierta fácilmente todo el pasado con su primera de talón, su segunda de puntera y después todo el repicadillo de contrafuerte y golpes de puntera.

Aunque ya no se encuentren muy a mano los cafés cantantes como cuando eran abundantes en la calle de la Montera, la de Atocha y en la de Hortaleza, y aunque haya

desaparecido alguno célebre, como el de El Imparcial, bien canalla, espeso y aculatado, aún quedan algunas ermitas de esas, en las que lucen las campanillas de la fe antigua.

De vez en cuando hay que ir a volverlos a ver. Hay días de mucho frío en que solo allí, viendo bailar el loco zapateado a la rusa, se entra algo en reacción. Es grato quitarse los guantes, como en un gran palco, sentados en el rincón de los divanes del café cantante.

Las artistas de café cantante son las únicas que tienen detrás una aureola, el gran espejo apaisado. Ese espejo es como el horizonte luminoso del café, que cuando está iluminado por la luz de gas está lleno de una luz verdosa y muy blanca, que da más carácter de máscaras antiguas a las que bailan.

La que canta y toca la guitarra es la imprescindible, la cantadora perfecta.

Los tacones que gastan las bailadoras son numerosos al cabo del año. Casi todos los días van al zapatero de portal y le piden tacones, los tacones más urgentes del barro, los que tienen que estar “luego en la noche”.

La que lanza solo cantos tiene como una boca sin dientes, para que salga mejor la voz, y cuando se va a lanzar toma la postura de cuando se tiene un niño en las rodillas, tomando expresión la guitarra, a la que cae un pelillo revuelto sobre la sien, como una patilla acaracolada, y que no es más que una cuerda rizada...

Se miran, las que bailan sobre todo, en los espejos que hay esparcidos por el café, y, sobre todo, cuando se miran por detrás, es el gesto de la mujer más coqueta en casa de su modista. Ese mirarse en los espejos las anima, porque así no ven ninguna risa, sino su seriedad, que las incita y las conmueve. A veces hacen un gesto tan vivaz, que parece que han tratado de ver que las corría por la espalda, o que las acaban de colocar, qué divisa relumbrante.

Los hombres que salen a bailar ahora son como los “buñoleros” del zapateado masculino, o sea los que, ya caducos, aún conservan la teoría de la contorsión y ese ir a la cabeza hacia delante o hacia detrás y todo el resto del cuerpo en sentido contrario, conteniendo a ratos apariencias de descoyuntados de circo.

Las mujeres que aún bailan a veces –tienen ya ciento seis años–, dentro de una gran falda blanca, hacen pensar en cómo debió ser de excitante su arte de transparentar los movimientos debajo de la más honesta cobertura. Todos sus gestos, se ven como ágiles contorsiones debajo de la sábana de la cama. Se quiebra el blanco en mil quiebros distintos, que dan la emoción de lo que pasa allí dentro.

Pero el momento trágico en que se acerca la tragedia de la danza a nosotros es en los entreactos. El escenario viene hacia nosotros, y siempre tiene algo de haberse escapado el león de su jaula el verlas avanzar hacia nosotros.

Vienen a matarnos. Eso quiere decir su paso y la sonrisa que traen.

-Nos da usted su permiso -nos dicen, por el contrario, sentándose a nuestro lado, y nosotros, perdido ya aquel respeto, justo en medio de todo, que nos hacía contestarlas tratándolas de usted, las decimos: "Sí, siéntate y toma lo que quieras."

Sentadas completamente encima de nosotros, enseñan sus senos sobre el corpiño, como en esos cucuruchos de papel que saben hacer los frutereros para echar las chirimoyas o las manzanas.

SE RUEGA QUE RENUENEN

LA CONSUMICION

CUANDO VARIEN EL CUADRO

Esto que se lee en grandes letras es como el "Hay que pagar adelantado el 50 por 100 del encargo". Hay que pedir otro café.

Las camareras son seres aparte de las artistas de la fiesta. Las camareras son las que permanecen, las que ven pasar numerosas artistas, las que conocen a la parroquia, las que saben tratar al borracho. Son como los grandes cabestros para llevarse fuera a la que se propase o al que se propase. Un poco urañas porque es conveniente, cachazudas y viéndolo y oyéndolo todo, son también como los guardias civiles de gala que defienden al café.

En el fondo, en el mostrador, está la que se reserva para él el dueño, y que solo tiene que alcanzar las botellas, la botella rosa de la frambuesa y la grosella, la botella medicinal de la zarzaparrilla, pero, sobre todo, la botella plástica del anís.

De cerca estas cantantes que se sientan a nuestro lado tienen cráneos que dan miedo, y aunque alguna sea bella, su cráneo, terminado disimuladamente en forma de pera, da miedo. Algunas tienen la viruela, esta viruela española que ante esas bellas mujeres, cuya belleza trasciende a través de la viruela, se piensa si será una fatalidad de la belleza y vienen a ellas, como una colmena, las abejas de las viruelas. Algunas llevan

corpiños de chaquetilla que parecen corsés con diez o doce remates dorados, punteras de metal para las cintas, y que serán como punteras de metal de las chaquetillas de los jijonenses o de los caballistas.

-Vamos al cuadro -dicen ellas, y desaparecen a la vista de todos, y ellas, que reñían en la sala hace un momento, se miran con placidez y bailan juntas el baile de la miseria. Esas sortijas que vimos de cerca y que son de los novios olvidados por los caminos, relucen ahora lejos, indiferentes a nosotros, sin que ellas, que nos habían prometido una mirada, se acuerden más de nosotros.

Aunque no todas tocan en este segundo cuadro, todas tienen que batir palmas, porque esa es su obligación. En medio de sus palmas unas piernas levantan las cortinas plisadas de las faldas a un lado y a otro.

Antes ganaban treinta o cuarenta reales; ahora llevan un tanto por ciento, además de que todas sueñas con irse a impresionar discos al Extranjero.

-Y yo, que no hago más que bailar, ¿no podría impresionar discos? -dice una de ellas, y las otras ríen.

-No os riais; cuando yo toco el punteado y los palillos es como la mejor música.

Solo quieren sacar dinero con el fonógrafo, porque amarle no le aman, como testigo seco de su canto y en el que este entra como el café en grano en una máquina de moler café.

Como "el Mochuelo", que ha impresionado más de cincuenta discos, quisieran todas poder echar mucha voz e esa alcancía de la bocina y el gramófono...

La Tribuna, 21 de enero de 1921, núm. 3.266, pg. 5.

Variaciones. El que se oculta detrás del periódico¹²⁰

Han salido los primeros periódicos de la noche y las gentes los abren como quienes despliegan un capote de brega.

Un tranvía toca su timbre como un desesperado porque un señor está en medio de la vía, plantado, y con un periódico delante sin ver al coche que avanza.

El viento a veces los mueve como a banderas desplegadas, y las hojas centrales se van calle abajo, como si fuesen la edición de provincias camino de la estación.

Vemos los periódicos y su sección más importante en manos de los demás. Sobre todo, la caricatura del periódico apreciamos si es interesante o no lo es viendo el periódico desdoblado.

En las plataformas de los tranvías, donde todos van apretados, hay un señor que desenvuelve su periódico y ataca con sus puntas las narices o las mejillas de todos los otros. Ese señor gasta, sin querer, una broma a todos los que tienen alrededor, y les mete debajo del periódico, o parece que les hace con él un sombrero de papel de periódico.

En las plataformas de los tranvías se envizca un poco el que quiere leer en el periódico del otro y a veces tiene que sufrir una mirada impertinente y dañosa, pues el dueño del periódico, inquietado por la lectura furtiva, hay un momento en que se vuelve muy encarado hacia el que se asomaba a su propiedad.

No es difícil poner en ese momento una cara hipócrita y distraída, que revele lo maniático que es el egoísta lector; pero lo mejor es que compre cada cual su diario, para evitar cuestiones.

Los periódicos viven como enseñas de la calle, como armas que se esgrimen, como gesto de esa hora nocturna, como cartas que se acaban de recibir y que se entrebren con impaciencia.

Pero donde más viven los periódicos nocturnos es en los cafés.

Entran los vendedores de periódicos cincuenta veces en el mismo café y con los mismos periódicos. Saben que llegan tarde, pero, sin embargo, entran, porque lo que también buscan es entablar conocimiento con los señores que hay allí dentro, dirigirles la palabra, ver lo que toman, mirarse en los espejos, gulusmear la comida de los demás, recoger algo del aire de café con leche que se respira en el café, calentarse un poco en el calorillo que hay en el interior del café.

Dejan un momento sus montones de periódicos sobre las mesas de mármol, y así parece que descansan del peso de la abrumadora tinta espesa.

Después salen sin enfado, satisfechos de haber estado en el café, procurando que su portazo no suene.

Entre todos dejan sembrado el café de periódicos.

Entonces entra uno en el café.

Ya la gente sabe lo que ha pasado. Todos tienen doblado su periódico en una esquina de la mesa, o lo tienen extendido y con los lentes cansados sobre él, o lo tienen echado sobre el diván, sobre un abrigo, como si fuese su bufanda intelectual.

Vamos viendo los periódicos que tienen los demás y pensando quién es cada cual por su periódico. Ese señor que tiene ese periódico tan reaccionario debe ser un señor gruñón, que está en el café porque o puede estar en su casa, donde está reñido con todos; ese que tiene ese “otro” periódico es un cursi rematado, porque no es más que el periódico del “snobismo”; ese es un tonto, porque al comprar ese periódico demuestra no saber separar lo que es híbrido de lo que tiene algún principio y cierto ideal espiritual, aun en medio de las cosas que hay que hacer para vivir; ese es un simpático liberal castellano, porque tiene ese periódico e la mano; ese un civilizado, porque sabe cuál es el periódico que más variedad tiene y que olvida nunca la literatura.

A todos les caracteriza su periódico; pero a nadie tanto como a ese que lleva ya un largo rato detrás del suyo.

No sabemos quién es, cómo es, qué rostro tiene. Es el verdadero hombre periódico. El verdadero periódico leyéndose a sí mismo. Tan oculto está detrás del papel que no encontramos el perfil que nos lo aclare. Él es un misterioso lector que desea que mantenerse incognito, porque hasta parece que no tiene rostro y que solo es una idea, la idea del lector, al que cada periódico busca.

No nos mirará un momento, no le importamos; él está dentro de su periódico y se lo lee todo. Nos tendremos que ir quizás sin haberle visto la nariz.

La Tribuna, 23 de febrero de 1921, núm. 3.294, pg. 5

Variaciones. El recuerdo de “El Suizo”²¹

El café, que como se ha dicho en el pasado, “es un salón cubierto de mesas y banquetas, rodeado de divanes y de espejos, iluminado por numerosas luces de gas”, preocupa y hace insistir en su idea. Yo, para no repetirme, aunque de vez en cuando entre en el tema, procuro encontrar matices nuevos y grabados que ilustren su idea.

“Entrar en un café –se ha dicho también- es como entrar en un laberinto, del cual no se sabe salir; sentarse en la silla de un café equivale muchas veces a quedarse cojo.” [...].

El café es el punto estratégico desde el que vemos a la vida como una nueva novia de otra vecindad y hasta con otro rostro que desde el otro café de más allá.

Por eso nos falta el Suizo desde que desapareció. Teníamos la visión política del pasado desde el Suizo, y nos echábamos como en los divanes de nuestro salón de conferencias sobre los divanes del Suizo.

Los que no entraremos nunca en el Congreso nos sentábamos en el Suizo como en aquellos divanes, alrededor de mesas de tipo regio, en las salas para la conversación, la recomendación y la conspiración.

Nosotros, que somos ex diputados o una cosa así, sin haber sido nunca diputados, íbamos al Suizo para culotarnos como políticos, para tomar ese tono tabacoso y empañado, que es el tono político.

Por entre las columnas columbrábamos a los grandes políticos, Olózoga, con sombrero de copa, fumaba un puro de Puerto Rico en aquel rincón, y don Fausto Coriolano -nadie sabrá quién es don Fausto Coriolano- un puro de la Peninsular, también con sombrero de copa. [...]

En el Suizo, los escritores de últimos del siglo pasado hacían que pasase la acción de sus novelitas y sus cuentos, y en el Suizo, Eugenio Selles, por ejemplo, parece que sintió “¡la inspiración! (¡!) de algunos de sus dramas –tan justamente olvidados-, y mirando los espejos del café, quizás sintió aquello que dice el marido latigueante y absurdo de su drama, mirando a la adúltera en el espejo:

Hay espejos confidentes

donde la faz se retrata

como el fango se delata

bajo el cristal de la fuente

.....

Como modelo de literatura que inspiraba el Suizo –cuyos ponches curaban el constipado– merece exhumarse cualquier principio de novelón; este, por ejemplo

“UN PONCHE EN EL SUIZO”

Del mundo entre los báquicos placeres

Ahogar mis penas y dolores sé,

Ya amor fingiendo a crédulas mujeres,

O en la atmósfera ardiente de un café.

En una crudísima noche de invierno, saboreábamos Antonio Merino y yo nuestro chispeante ponche de ron, y al vivificante calor que sentíamos esparcirse en nuestras venas con su benéfico influjo, hablábamos, llenos de animación y de contento, de todas esas cosas que se ocurren en los cafés entre dos buenos amigos cuando el tiempo corre y nosotros los hombres no nos cuidamos, o mejor dicho, no queremos cuidarnos de él.

Se dicen tantas y tales cosas en semejantes ocasiones, se ahogan tantas penas en una copa de coñac o de ron, y naufragan también tantas reputaciones en el reducido piélago de una taza de café, como el del Suizo por ejemplo, que son las tumba donde expira y se entierra el buen crédito de nuestro prójimo, el lugar donde quemamos en un terrible auto de fe la honra de una mujer, el teatro donde se ridiculiza al amigo o al hombre de bien con cualquier epigrama chistoso, que hace reír por un momento a cuantos lo escuchan, y que más tarde tantas lágrimas de hiel hace verter a la desgraciada víctima con cuyas habilidades –o lados flacos, como vulgarmente se dice– pasamos una cuantas horas de buen humor.

[...]

Este era el tono trascendentalísimo que tenía el Suizo, aquella casa morigerada y excitante en que se sentía esa comezón hiperbólica, moralizante, contrastadora, como una voluptuosidad hipócrita del café.

Los camareros del Suizo eran camareros de laberinto; salían del laberinto de espejos y columnas que se perdían en ese laberinto y volvían a salir del laberinto.

En aquella casa, en que estuvo el Suizo y en cuyo entresuelo estuvo la Gran Peña, que sacaba cada lunes y cada martes al balcón sus colgaduras que parecían mantas de caballo de coche –o quiero ofender a nadie con esta apreciación meramente artística–, había un confuso fondo con diferentes escaleras, como si fuese una casa en que se quiso hacer la experiencia de una nueva manera de agrupar vecindades y oficinas. Daba a la calle de Arlabán aquel portal lleno de floristas y los cocheros tenían un gran cuidado con los que se bajaban en ese sitio, pues corrían el peligro de no volver a ver a su cliente.

Era una gran casa, digna de ese café, y con el suficiente fondo para que hubiera sido más interminable aún su perspectiva. (El café ideal se podría establecer en las galerías profundas del Vaticano.)

El café Suizo, de Matosi, Fanconi y Compañía era uno de los cafés suizos que se establecieron en España, todos dirigidos por un suizo de finas patillas de borla. De este café salieron en 185[] Salmerón, Carlos Rubio y otros progresistas para las barricadas. Los escritores, los toreros y los cómicos se alojaron también en el Suizo con Vico y Lagartijo. Los economistas como don Laureano Figuerola, Moret, Azcárate y Pedregal se reunían en sus divanes rojos, con un agradable recuesto de sillón de peluquería. Castrovido atisbaba lo que pasaba y escribía sus artículos, con las líneas torcidas, como los de todos los grandes periodistas. El sabio don Santiago Ramón y Cajal, que no comprende la frivolidad y la bagatela, allí fue donde presidió una tertulia de médicos y donde, indudablemente pensó y preparó su “Cháchara de café”¹²², ese libro, amargo como el café, pero pesimista como no lo es el café, ese libro un tanto cicatero, en lo que todo se juzga desde una elevada inoportunidad trascendental.

El café Suizo nos falta, y sobre todo faltará a las señoras, que ahí únicamente tenían un salón para ellas solas, el salón blanco, en el que solo se servía chocolate y cremas, y donde se abrían las salidas de teatro y se enseñaban unas a otras la sonrisa de sus gargantas, la sonrisa de sus collares de perlas...

La Tribuna, 1 de marzo de 1921, núm. 3.300 pg. 5.

Variaciones. El primer terrazista¹²³

El primer terrazista –y digo terrazista para que se vea la terraza con su z– es ese hombre fastuoso que se sienta en la primera terraza de café el primero, el primer día declarado primavera.

Se ve que está alegre, dispuesto a gastarse mucha calderilla, satisfecho de sacar unos duros siempre que va a dar diez céntimos. Las castañuelas del primer terrazista son los grandes duros españoles, grandes como rodelas.

[...]

Los limpiabotas, que son como moscas que acaban de despertar y de nacer y que esperan al terrazista, caen sobre él, y el terrazista, que los esperaba, les alarga sus piernas, como cupletista fastuosa que ofrece desdeñosamente la joya de sus bajos a los adoradores que la quisieran besar los pies. Los gestos del terrazista son también el olvido, como si intentase hacer suponer a las gentes que se ha olvidado de sus pies, que no se entera del brillo que tienen ya sus botas y de cómo los acarician los dos adoradores frenéticos que hasta música les hacen.

¡Dos limpiabotas para un solo hombre! ¡Ah, pero los limpiabotas se vengan de esa altivez del que utiliza sus servicios haciendo que gruñan sus botas como el plato al que rasca el cuchillo!

El primer terrazista es como el dueño de la calle en que se sienta, mirando a todas las casas como fincas suyas. “¡Caramba, aquella tiene ocho pisos! ¡Y aquella nueve!” Y así hace un repaso optimista, magnánimo, suntuoso.

El primer terrazista, que ha salido a visitar todas las terrazas, se sienta en cuatro o cinco más y se hace limpiar las botas otras cuatro o cinco veces. Al final, sus botas son de charol, galvanizadas por el brillo insistente.

La Tribuna, 4 de mayo de 1921, núm. 3.354 pg. 3.

Variaciones. El Café del Sótano¹²⁴

Si no hubiese existido Pombo quizás habría yo escogido este café como sitio de reunión, como la nave masónica lo bastante apropiada al caso, con los bastantes signos de la liturgia, como obra arquitectónica del gran arquitecto

. . . +

En este café del Sotaniillo parece como si hubiésemos celebrado otra comunión que la sacramental, en las mañanas estivales en que se va al Retiro muy temprano. ¿Fue quizás la comunión de las natillas?

Las natillas del Sotaniillo son unas natillas únicas, delicadas, en su punto, como si decir en su punto fuese algo tan difícil como que hubiesen pasado por el punto de una aguja muy fina. Ese tono que acaba de dar a las natillas una plancha caliente pasada sobre ellas, se lo sabe dar la *planchadora* que hace esas natillas.

De niño, en verano, con un traje de marinero color natillas y una gorra blanca, recuerdo haber completado aquella pureza inimitable, ¡ay!, para siempre con un plato de natillas purísimas.

El Sotaniillo tenía entonces un aspecto saludable, reconfortante, de la salita de la vaquera junto a la alquería, de la bodega de la leche.

Esos escalones que hay que bajar para entrar en ese recinto –a la botillería de Canosa había que bajar así– eran entonces escalones misteriosos, por los que se bajaba como a las cisternas a matar la sed de natillas, el fuerte deseo de desayunar que había despertado con violencia el haber madrugado tanto.

De aquella visión oscura, vaga, clerical que fue el Sotaniillo para nosotros a esta visión de ahora hay una gran diferencia.

Después de aquellos días de los primeros atisbos, en que tan fuerte fue el olor de humedad de lo que estaba subterráneo, transcurrió una larga temporada en que al pasar frente al Sotaniillo veíamos en él una especie de internado y de cosa de ultratumba en la que no convenía entrar. La incomprensiva adolescencia, en la que se está borracho de una sangre perturbadora y entaponadora, pasaba ante el Sotaniillo recordándole como un zapato viejo de la niñez, como una cosa enrancada, de cuando se fue niño. La estúpida manía de ser hombres, de ser mayores, de ir muy deprisa hacía una alcurnia vanidosa y con duros sentimientos de potros, nos hizo no ver muchas cosas hasta después.

Hoy ya se puede describir con serenidad este café profundo, al que se baja por una escalera de barco, buscando nuestro camarote en la cala, y con su escasa luz a través de un ojo de buey.

Esa lista de cosas y de precios que está escrita con letras claras y numerosas sobre fondo oscuro parece un largo teorema en la pizarra o encerado. Quizás por eso nos era un poco cargante mirar el testero de este café.

Su escaparate, con algo de piscina, o, mejor dicho, de escaparate de acuario, tiene en sus cestillos correspondientes huevos de muy buenas dimensiones, que se reproducen en los espejos que emparedan el escaparate. En un rincón de la cámara reproductiva de los espejos hay un huevo enorme, y también hay numerosos tarros de miel, la miel recién ordeñada también a las abejas, la miel sin desnaturalizar con su nata correspondiente, la miel lechosa más que ambarina. ¡Qué extraño este escaparate en un café!

Junto al escaparate hay una ventana siempre cubierta con un estor, y al fondo de la que se ve una maceta con una palmera, la maceta con una palmera que después está tan sobre la cabeza del que se hunde en el café.

Numerosas salas tiene este café, todas con sus cortinas recogidas elegantemente a ambos lados de sus puertas, dándose el fenómeno de que según se va hacia el fondo van tomando esas salas aspecto cada vez más destartado, encontrándose, por fin, un extenso corredor de cristales, a lo largo del que hay mesas y colgando de su montera de cristales una de esas macetas pensiles, que son como los incensarios de las enredaderas tuberosas.

La sala principal, el salón de las representaciones, el teatro del café, está en el primer trecho del café en la habitación que corresponde a las ventanas que dan a la calle. Este salón tiene en el fondo el espejo más grande de Madrid, con embocadura de caoba; es un espejo como un escenario de colegio, y se podría decir que es el espejo padre de tantos espejos, entre otros, probablemente, de los espejos de Pombo.

La humedad le ha atacado del reuma de los espejos, y hasta ha habido que pintar las flores ortopédicas en uno de sus rincones, así como en un espejo de la antesala, y que por cierto se corresponde con este el otro lado de la puerta; ha habido que pintar nada menos que un paisaje.

Sentados en estas mesas que entran hasta las patas en el espejo, se es, no solo espectador de la función, sino un personaje, y estamos como en escena, recitando nuestro monólogo. ¡Poco ensayada y azorada función de aficionados!

Brindamos con nosotros mismos en este gran espejo, y somos compañeros de comedia de los que están sentados en la misma sala. Todos formamos parte de la misma compañía, empadronada por orden alfabético. Hasta al vernos en ese escenario del espejo sentimos los fríos cruzados, los fríos por todos los lados que abundan en los escenarios.

La forma de bóveda que tiene este sótano hace más extraño el sitio, y da al espectáculo en el fondo luz de altar en las catacumbas.

En este salón es en el que menos abundan los enamorados. Todo el café está lleno de parejas, en los numerosos rincones, que son la ventaja de tantos compartimientos. Todas las parejas buscan “rincón”, como en los trenes todos los viajeros buscan ventanillas. Son estas parejas parejas silenciosas, serias –el senador y la modista, la señora casada y el administrador, el viudo y la viuda.

En el salón del gran espejo, que es en que suelo estar, he aprendido un secreto, el secreto que da más confianza: que en esa habitación de candado echado, y que parecía la alcoba del encargado, es donde están guardados los hermosos huevos que se anuncian en el escaparate de los espejos, los jamones de los que se corta a cuchillo en vez de a máquina la hermosa loncha, las botellas de un ron ya desaparecido, etc., etc. Se escapa un atocinado olor a despensa repleta de esa habitación dignificada por las cortinas.

Ya con la familiaridad con ese “Salón Zorrilla” de mis actitudes de actor, lo siento como la residencia de ciertas tardes en que hay que huir de la tierra, demasiado superficial allí arriba.

La Tribuna, 17 de mayo de 1921, núm. 3.365 pg. 4.

Variaciones. El rincón perdido¹²⁵

Muchas veces pienso en las parejas que no se pueden sentar en ningún sitio, que van andando interminablemente sin gozar de ese derecho al asiento que tienen los enamorados, y todo porque desapareció este café Postal, de grata memoria, que en la subida de la calle Alcalá tenía rincones insustituibles.

Ya no se casarán, y si no han reñido acabarán por reñir aquellas parejas que se reclinaban en aquella especie de embarcadero del amor.

Aquella encrucijada que había en el ancho quicio de los balcones, y que era como un refugio en el corte a bisel de la realidad del café, le echan de menos muchos enamorados. Allí se escondía uno detrás del otro en el refilón más disimulado y no se sabía lo que hacían. Había momentos que desaparecía ella, aunque solo era un instante, por-

que tampoco han llegado a hacer desaparecer más de un instante a las mujeres de su comparsa los grandes ilusionistas.

¡Qué gran fusión de sombras era la que sucedía en aquel rincón de café!

Está empotrada en mi memoria, me siento frente a ella muchas veces, aquella ventana. Aunque se dé la paradoja de que el contenido contenga al contenedor y a lo que es tan amplio y vasto en el espolique es como incontenible, yo estoy sentado aún en aquel café a la caída de la tarde, cuando se llenaban los confesionarios de las ventanas y no se oía una palabra de la confesión y el hombre llegaba a vestir tanto a la mujer, a envolverla tanto, que resultaba ella como esas mujeres que en Carnaval aparecen vestidas de hombre con su sombrero y su traje, aunque con pies de mujer y manos de ídem.

¡Rincón perdido! Las pobres parejas siguen desoladas, sin encontrar nada parecido, pues allí se envolvían en la manta del ocaso, se arropaban con la misma capa de sombra y parecían leer el libro del porvenir, sobre el mármol, pues el gesto muchos ratos era de quienes hojean un libro reunidos, cabeza con cabeza, recibiendo en mitad del pecho toda la voluptuosidad de las estampas y del texto.

Perdidos como en el quicio de un balcón de convento antiguo, eran descubiertos cuando se daba la luz eléctrica. Sus ojos, se veía entonces, estaban irritados como si hubiesen llorado y tenían borde de ojos de codorniz. Hasta cambiaban de conversación, porque la luz les obligaba.

El espectador solitario resultaba entonces algo así como el papá que cuida de los niños mientras se aman, que está con ellos para que no abusen.

Era hora de cerrar las maderas, y como en el café no podía hacerse eso, se iban las parejas endormiscadas, con el escalofrío de la luz en el alma, temerosas de que desde fuera se viese su silueta sobre el blanco visillo.

La Tribuna, 2 de diciembre de 1921, núm. 3.432, pg. 5.

Variaciones. El menú en el espejo¹²⁶

En los cafés, y atravesando todo el espejo con la tiza blanca de las operaciones matemáticas, de los ejemplos gramaticales y de las geometrías, figura en grandes letras de adornada redondilla, el menú o el plato del día.

Es optimista este anuncio, que está como escrito en el espacio del café, escrito como se escribiría en el espacio las palabras de la célebre cena de la Sabiduría y de la Comunidad divina.

Sobre el espejo, esa evocación del cordero, de los riñones o del arroz, es algo apetitoso, ilustre, de gran atracción. El que no lo pide es que ha comido ya, que tiene invitados o que no tiene dinero.

Lo que sea debe estar fresco y reciente, pues esa escritura de la tiza sobre el espejo, escribiendo el nombre del plato del día, no puede ser más que reciente, como no puede ser sino reciente ese nombre o esa frase que se escribe muy de mañana al abrir las maderas del balcón, sobre los cristales esmerilados por el vaho de los sueños, por la respiración anhelosa de los que duermen.

En el plato del día, pues, se puede tener confianza, toda la confianza posible.

El hombre que hizo de niño las mejores orlas es el que escribe eso del plato del día sobre los espejos, que suenan como violines al ser entizados. Los primeros premios de caligrafía en este tiempo de las máquinas de escribir y de los taquígrafos, ya no sirven más que para eso, y con ese se gana a lo más el jornal de un bracero.

Los cafés que quisieron aprovechar el plato del día de un día al día siguiente, notaron que se iba su clientela y tuvieron que dejar de dar comidas. No se puede consentir que de un día para otro esté el mismo plato del día, y aun esas conversiones del cordero asado, por ejemplo, en cordero a la inglesa o a la "bourgeoise", es algo inaguantable que nos hará no comer más en ese café.

El plato del día escrito en los espejos debe ser como la hoja de almanaque que hay que quitar día tras día al abrir el café. Lo primero de todo, limpiar todos los espejos y todas las lámparas.

La escritura de la tiza blanca sobre los espejos convierte al café en un café vivo y renovador, pues ya no podemos olvidar que las lunas nuevas tienen la señal de su virginidad señalada con la tiza de los cristaleros.

A mí me satisface estar sentado en un café en el que haya plato del día, es decir, algo que no es fiambre, un plato en que la grasa de la salsa no esté helada, en que la carne no esté negra, y si es pescado, su espina sea blanca y pura como un peine nuevo.

Ese menú que vuela por los aires, como un pendolismo de un cigarro hecho con mucho papel, como volutas sin fijeza en ningún sitio, recuerda la francachela solitaria que se goza en la comida del hotel y tiene las rimbombancias del rumbo y de quien lo

trajo, esa rimbombancia con que ese ganadero, con una gran sortija en la mano, o esa cambiante y vendedora del Monte, que se ha retirado con dinero, señala también con su mano llena de sortijas “eso”: el plato del día escrito como un sueño en el espejo.

La Tribuna, 15 de diciembre de 1921, núm. 3.444, pg. 6.

Variaciones. Platerías¹²⁷

Tiene este rincón de Madrid el prestigio de la plata y su alegría.

Los plateros han tenido una gran importancia, y los objetos de plata han atestado España. Los viajeros que venían del extranjero se extrañaban de la plata que había, siendo la casa del duque de Alburquerque la que más plata poseía; pues, como atestigua Saint Simon, “tenía muchos muebles que en vez de ser de madera eran de plata”.

Las vajillas de antaño eran de plata, y casi no había nadie que careciese de cubiertos de plata. El duque de Alba tenía seiscientas docenas de platos de plata y ochocientos vasos.

Los plateros, en la procesión del Corpus y en el paraje que la procesión sigue por su barrio, exponían en grandes armarios y aparadores que colocaban en medio de la calle las mejores cosas de sus tiendas.

Los plateros eran muy ricos y tenían gran solidaridad, reuniéndose muchas veces para hacer obras de gran empeño, como cuando se reunieron para hacer un arca de plata en que colocaron los restos de San Isidro el día de su beatificación.

Algún platero dio a Madrid envidia con sus riquezas, como el platero Santos, que fabricó con su mucho dinero el suntuoso edificio llamado la casa del Platero –actual Ministerio de Marina–, quedándose lo bastante para que soliese decir: “Bendito sea Dios, que he levantado una casa como un palacio y tengo una onza de oro para poner debajo de cada teja”.

Para dignificar más aún a tan interesante gremio, se sabe que D. Leandro Fernández de Moratín fue dedicado en sus primeros años a aprendiz de platería.

Son simpáticos los plateros, y su Platerías, esa rinconada de la calle Mayor y calle de Ciudad Rodrigo, con algunos otros derivados en la plaza Mayor y sus adyacentes, en

que se cobijan y se guarecen de los vientos que pueden correr más violentamente por otros rincones que por ese de Platerías.

En estas tiendas de los plateros hay una gran intimidad; la puerta cierra muy bien y siempre hay una tertulia que defiende las riquezas del ladrón que pueda entrar.

Tiene una gran importancia la balanza de estas tiendas, y antes había una balanza regidora que era la que daba oficialidad al peso, siendo su poseedor fiel contraste y almotacén (aún se recuerda el famoso pleito de aquella señora por la “balanza” de Madrid).

Bien se ven en estos escaparates joyas que son verdaderos aciertos de artífice, y bandejas en que los repujadores antiguos resucitan, y algunas escribanías que son como fuentes dignas de un gran escultor, fuentes como esa de Apolo en el Prado, que resulta a su vez como la más bella y fina escribanía de Madrid.

Este barrio, con sus platerías dedicadas a las amas de cría que se enjaezan con grandes botones de plata afiligranada; este barrio con su tienda de los Orgaz, con el retrato del antiguo dueño combatiendo, y en la que todo es macizo, se reúne en el café de Platerías.

Este café de Platerías se mantiene del prestigio de todo este ambiente de artesanos, artistas y caballeros que se remansa en este rincón.

Al café de Platerías, de nombre con colgajos de plata, como esos chalecos con cincuenta botones de filigrana de plata y cincuenta muletillas de plata, como las que rematan las cadenas de reloj, van los plateros a tomar café -¿son las cucharillas de plata?-, y además de los plateros de profesión, se reúnen allí unos jóvenes escritores, plateros ideales, que discuten y tienen más repujadas ilusiones que otros jóvenes.

En ese café, al fondo de cuyos espejos -que debían de tener los marcos de plata- está quizá toda la plata a que hace referencia su título, las grandes bandejas y los grandes cuadros de “benvenulescos”, se refugia una de la últimas peñas literarias del romanticismo, y yo, alguna vez, voy a ver a esos buenos amigos que se llaman José María Quiroga, Hidalgo de Caviedes, José López Rubio, Antonio Sacristán, Sainz de Robles, Pedro Caravia, Guillermo Rello, Carrancá, Palomino, Galán, Suñol, Colmena, J. García del Castillo, Sorá, etc., etc., en recuerdo de los cuales he evocado hoy los alrededores de su café para emparedarle con su propio ambiente, para dar todo su significado a su nombre.

El café que se toma en Platerías es un café liberal, muy madrileño y enjundioso, y el que se sienta allí está como en el comedor de grandes aparadores, cargado de plata, en que se adensa el aire muy madrileño y prócer que es agradable disfrutar en la corte.

La Tribuna, 11 de enero de 1922, núm. 3.467, pg. 4.

Medios de locomoción

*Variaciones. Viendo pasar coches, bicicletas, motocicletas y automóviles en el Prado*¹²⁸

A todos los vehículos es en el Prado donde se les ve mejor.

Los automóviles pasan raudos, y ¡ras!, de una vez cruzan todo el Prado, que es como la pista en que se celebran sus carreras más veloces, como si se desmaterializasen un poco en el aire del Prado. Pasan muchos, y todos como queriéndonos llevar al otro mundo, a los otros Campos Elíseos¹²⁹, a los que están un poco más allá de estos, al final de ellos, al final del final del Prado. Pasan rasándonos tanto, que a veces es como si nos matasen y nos laminasen por de pronto, aun cuando un segundo después resucitemos.

Los automóviles más para el otro mundo, que son los pintados de un gris de barco, pasan por aquí, y como en este hipódromo se hace un gran gasto de esencia, para que se queman por detrás, que van incendiados, que van a morir lejos, pero segura e inmediatamente, como cohetes prendidos.

También las motocicletas, esos rebuznantes borriquillos del mundo automovilista, pasan desbocados, como huyendo de la justicia y del mundo.

El pobre ciclista, el fino y sutil ciclista, es por el Prado por donde más pasa, raudo también, como si viajase en el aire o en el canto de un duro.



Los *milores* pasan por el Prado también en abundancia. Tanto en ellos como en las berlinas, se aprecia aquí con más vista que en ningún otro sitio su forma de cajón

charolado, y, sobre todo, se ve con claridad que el que va dentro va sentado como en cuclillas en la traviesa, en el eje, sobre los flejes de la trasera.



Por aquí pasan los coches de los periódicos, de los que es el más típico y viejo el de *La Correspondencia* (periódico que se vende en el Prado, sobre todo, por ser quizá el periódico superviviente, el que trae siempre una sección que titula *Hace cincuenta años*, o algo así por el estilo, sección que le interesa mucho al Prado).



Pasan muchos landós, generalmente con mulas y dotados de algo que van dejando de ser usual, y que es el torno niquelado que les da el tono de máquinas complicadas.



Pasan ejemplares de las especies más extintas de calesas y de tílburis de médicos de pueblo.



Los simones, cuando pasan de vacío por el Prado, parece que van de entierro. Aquí es donde sus jamelgos pueden únicamente restañar su terrible sed de camellos, bebiendo en las tazas bajas de las fuentes de la plazoleta de las cuatro fuentes, aunque esa única agua que se brinda a los caballos en el centro de la ciudad tiene un fondo verdinoso, rejalgado, sucio, restestinado, que dará a las pobres bestial el tifus.

En el Prado es donde también los jamelgos de los simones vienen a morir. Es enternecedor verles morir. Su último trote es gracioso, señoritil, y tiene un elegante aire de baile de la tembladera. Todo oscila y se afloja en ellos. Su espina dorsal hace eses y zicszacs [sic] exagerados. Sin embargo tiran aun un poco, avanzan, hacen cuanto les es *humanamente* posible para avanzar; pero caen al fin. El pobre cochero, resignado, y que sabe lo que significa ese último gesto dulce, desmayado y agónico del caballo, espera el momento del salto, echado hacia atrás, como un *jockey* que va a tirarse con su caballo

al abismo, con el látigo triste, como una caña de pescar, porque ¡de qué le a valer ya darle un latigazo!...

La Tribuna, 24 de junio de 1919, núm. 2.776, pg. 4.

Variaciones. Rizos¹³⁰

Ya todos los días pasan aviadores sobre nuestras cabezas. Ya conocemos rápidamente de qué proviene esa palpitación, esa vibración y ese roce como del hierro y del aire. Miramos en seguida al cielo, y muchas veces no vemos al aviador, porque no es nuestra calle por la que ha tirado.

Tan de la ciudad, tan de dentro de ella es ya la aviación, que, en el Rastro -palabra de honor- hay una hélice de aeroplano colgada en lo alto de uno de los puestos, como una gran libélula de alas estriadas clavada por ellas en la pared, ¿Dónde la han cazado? ¿Ha llegado desde las alturas voltejeando, voltejeando y disparada hasta allí, como esos papeles que dan muchas vueltas, cayendo de un cuarto piso? Allí espera al raro comprador que se acerque y necesite una hélice de aeroplano, algún nuevo descubridor de la estabilidad, ¿Compraríamos esa hélice nosotros? Quizás no, porque no sabemos qué desgraciado o tenaz destino hay en sus alas. Nosotros, que conocemos en las afueras de Getafe¹³¹ la fábrica de hélices, en que suena la cepilladora mecánica, la sierra y los operarios liman, suavizan y hacen los difíciles biseles y las torneadas morbideces de la madera de las hélices, la compraríamos allí y dejaríamos la del Rastro fijada en su pared, como en lo alto de la sala de un Museo de Historia natural.

Tan de la ciudad es ya la aviación, que ya el público conoce los aparatos, y hasta los aviadores como sus toreros de los cielos.

En los barrios bajos es curioso presenciar la aparición y las evoluciones de los aviadores. En cuanto oye la gente como si vibrasen los hierros de su balcón, el ruido de los aeroplanos, se asoma, y salen despechugadas ellas y ellos con sus camisetas veraniegas de avispa. Por entre las persianas echadas, y asomando por un lado con gracioso gesto de polichinelismo humano como el de asomarse por un costado del biombo, aparecen cabezas desgreñadas y a veces hermosas. Ya hay quien tiene el cristal ahumado como para ver los eclipses. Los chicos gritan, corriendo como cuando llevaban izada una cometa y todos corrían en pos del que llevaba cogido el hilo. También se parecen esas carreras de los chicos a cuando corren gritando fuego, o a cuando se

ha escapado el pájaro de una jaula y lo siguen con la expectación de alero en alero, gritando también como un coro de pájaros a ras de tierra.

Sobre esas calles han sido de un valor que estas gentes han interpretado como el de un Belmonte, los rizos como brindados desde la altura a la más bella morena de las asomadas, y que ella ha recogido en su corazón, ese corazón al que ha rizado angustiosamente el rizo.

“Va por ti”, o “va por vosotros”, parece que dice el aviador al iniciar el rizo que nos ofrece al iniciarse el silencio de la música celestial que le acompaña, en el espectáculo trágico y solemne de circo que nos regala.

Solo los sacamuelas se impacientan y se indignan un poco con la aviación. Yo estaba oyendo a uno de los más elocuentes propagandistas del purgante que lo cura todo, del purgante por el que podrá ser verdad que se acabe pronto el mundo, cuando sobre nosotros ha pasado un aeroplano que ha atraído todas las miradas y la atención de su público, y el pobre sacamuelas, desesperado, ha tenido que mirar también, con esa mirada dolorosa que tiene para el cielo el San Francisco de Mena, y después ha tenido que reproducir todo el largo preámbulo que va a parar a su específico, y que debe ser largo e indirecto, para sugerir así bastante confianza antes de lanzar el anuncio.

Claro que, aunque el aeroplano sea enemigo del sacamuelas, este no puede menos de respetarle y de tragarse su encono de gusano.

La Tribuna, 26 de junio de 1919, núm. 2.778, pg. 2.

Variaciones. Los carros¹³²

El paseo de Trajineros es el paseo de los carros, de los carros españoles, grandes, de vía ancha, de calzada romana.

Los carros se ven en este paraje en todo su carácter.

El gran carro del invierno y el del verano entran por ahí. ¿Cómo es el carro del invierno? Es como una carroza de Carnaval, es solo un símbolo: es el carro más cargado, más abrumador de entre esos carros de bueyes que van llenos de sarmientos. ¿Y el verano? Es el carro cargado hasta el cielo de jaras, que huelen a su resina natural y tornan oleaginoso el aire.

Pasan también los carros empolvados por el tiempo, y esos carros con balaustres azules, y ese echado hacia atrás, y ese que, tirado por un borriquillo, lleva cinco personas, y ese tan potroso que arrastra su potra terrible y palurda por el suelo. ¡Gran faltriquera! Vienen o van cargados de carbón, de madera, de pellejos de vino -inflados como con un aire espeso-, de cerdos cuya fofez asoma por la ventana, viéndose, sobre todo, los enormes labios de la herida de su vientre, sus hocicos extendidos y sus patas estiradas y rígidas; pero los carros más bonitos son los cargados de papeles viejos de colores distintos, y unos que vi cargados con unos troncos enormes, de bello estriado bisel y de un color de *alimentados con ocaso*, y los cargados con recortes de hojalata.

Se aprecia, al verlos pasar, su cubierta de cañizo y cuero, un cuero como el de los baúles viejos, toldo bajo el que hay una negrura aciaga, una negrura de tormenta, y también se aprecia esa especie de corselete que les cierra por detrás, y en cuyo formidable cuero de perneras brillan los ojales de metal.

Numerosas mulas, que parecen más numerosas por lo muy separadas que van, tiran de esos carros. En ese paseo de Trajineros es donde más se puede ver la mula, esa mula que sorprende a los extranjeros con sus ojos femeninos, *mujerazones* –mejor dicho, con sus orejas largas, que son como un adorno de un sombrero burdo, orejas que a veces las dan tipo de gran conejo-, mulas que en muchas ocasiones tienen aspecto de relajadas y desriñonadas, mulas con una especie de sillín o montura en que no cogerían las asentaderas de un cabalgador, y que parece una atrofia de la montura primitiva, mulas que en el verano brillan de sudor y en el invierno entran llenas de barro, con el barro pegado a la piel, a los pelos de la barriga y los de las nalgas, como los corderos; esas mulas que se derrengan en Madrid, que en los grandes esfuerzos se alargan oblicuamente, como canguros o grandes liebres, arremetiendo hacia adelante en un violento salto de carnero por el aire y levantando chispas las piedras -como la que el hierro saca en el pedernal del encendedor-, chispas precursoras de las azuladas y fogosas que salen de debajo de los tranvías, y que cuando desaparezcan las mulas recordarán a las mulas de arranque heroico, pues aunque parezca una paradoja, una cosa procede de la otra.

A los grandes paletos que guían los carros se les ve funcionar en el Prado perfectamente; al cochero y a su secuaz, que es el que aprieta ese freno, que es el más primitivo de los frenos, el freno egipcio de la rueda, un largo tronco -también simbolizado en el tranvía por el largo palo de colocar el trole- que se pega al cubo de la rueda y a la dificultad del giro.

¡Qué gran fuerza de amarradores tiene que hacer los carreteros para apretar con cuerdas irrompibles y ceñir esas largas caderas del carro, soltándolas poco a poco después!

Los perros de los carros también se pueden observar bien en el paseo de Trajineros. Atados a la trasera, medio ahorcados por el tiro del carro, cuyo compás no saben llevar, así como tampoco saben lo que es Madrid y ladran y se encolerizan como salvajes cachorros de león, escondiéndose debajo del carro, aplastados por él sus cuartos traseros, medio cogidos por las ruedas o entre radios; pero aun así, siempre osados y terribles, ladrando al que pasa y queriendo tirarse a él, rompiendo su cadena, cuyos eslabones logra, por lo menos, entreabrir.

Los bueyes de las carretas de erizadas juncias, son ¡tan de Madrid y sus alrededores!, son bueyes que no se parecen a los del extranjero, pálidos, adiposos, como hechos ya de por vida de insípida carne frigorificada. Estos nuestros son bueyes a veces negros, prietos, enjutos, con aspecto de toros bravos, de toros de Miura, sobre todo cuando el sol les saca el color rojizo, sangriento, color de ladrillo en polvo, color fuerte de leones y de toros de brega.

La Tribuna, 28 de junio de 1919, núm. 2.780, pg. 5.

Variaciones. Los tremebundos camiones¹³³

Los largos camiones, largos, trepidantes, como vagones de ferrocarril escapados a la estación, van a hundir esa parte vieja de Madrid por la que pasan.

Claro que un pavimento que ha resistido los grandes carros de [ilegible]¹³⁴, esas grandes ruedas que son, bajo los terribles pesos, como unas cuchillas del suelo, como si fuesen afiladas, penetrantes, abrumadoras, está preparado para resistir los recientes camiones automóviles.

Entre la estación del Mediodía, la de las Delicias y la del Norte, hacen viajes constantes a la plaza de la Cebada, cargados como un almacén, sintiéndose el tembloteo de las vigas de la tierra cuando ellos pasan, aunque sea de vacío. Parece que el eje de la tierra se cimbra a su paso.

Corriendo encima, y con tres o cuatro terribles mozos de pie en el rastrillo de posterior del camión, como los antiguos lacayos de los coches de París, es el momento más angustioso por el que pasan cuando cruzan de través la plaza de Nicolás Salmerón y penetran por esa callecita en que está el café de San Millán, y en cuyo empedrado hay los hondos relejes que se forman en los caminos enlodados y blanduzcos.

¿Quién corrigiera a tiempo esta monumentalidad de los vehículos de transporte que cruzan la ciudad? Se ve que nadie atiende a ninguna ley, y que si pudiese adquirir un vehículo mayor, lo adquiriría, sentenciando al aplastamiento a la población, sobre todo el desconsiderado acaparador de carbones, que sería capaz de transportar de una vez toda la mina.

Borran el pensamiento, ponen una fatal pausa en las conversaciones, cortan la alegría, pasan como por encima de todos, laminándonos, estos tremebundos camiones de la abundancia, ferrocarriles descarrilados y huidos, de ruedas callosas y pesadas, que tuercen y combean hacia dentro los meridianos terrestres, que siempre describieron tan bella, pausada y geométrica curva. ¡Grosero y aplastante atentado que comenten los implacables comerciantes al por mayor, para los que todo lo que no sea lo grande de su negocio es *detall* despreciable!

La Tribuna, 12 de julio de 1919, núm. 2.794, pg. 7.

Variaciones. Andando¹³⁵

Bajo el sol, las verdes hojas del magnolio verdean con rotundidad, y las amarillentas magnolias amarillean carnosamente, como senos de los que pintaba el Tintoretto¹³⁶. (¿Son frutos o flores las magnolias?) Es un rico hecho el que en Madrid haya bastantes magnolios, y a veces, tan en medio de la calle el de la plaza de las Cortes. Lo que es lástima es que las magnolias se mueran en sus nidos de hojas, o si alguien las coge sea el impuro, que las pones negras y las gangrena, poniendo el cáncer en su seno.



Muchas veces se oye en la calle el grito de la madre que llama a “¡Rafael!”, siempre a Rafael, un Rafael que acentúa tanto el “él”, que se ve lo lejano, lo perdido, lo no respondiente que está ese Rafael.

-“¡¡RAFAEL!!!”.



Ya no hay aceras altas, aquellas aceras en anfiteatro que antes había, sobre todo alrededor de las plazas, y en las que se sentaban esas gentes que trajinan mucho por la ciudad. Ahora solo alrededor de la plaza de la Cebada hay una de esas aceras, y en la plaza de las Descalzas, una verja con asientos, y tanto en una como en otra hay siempre sentadas mujeres, trabajadores, y a ciertas horas, pobres carreros, a los que ya no les queda más que esos asientos.



Los claveles desfallecen en sus macetas y asomándose por la parte baja del balcón y tendiéndose al que pasan. Hacen un gesto remoto, aunque testarudo, de querer-se “poner” en el ojal.



Pasan carros y carros, carros sobre todo... Madrid es ciudad de muchos carros y de carros sin medida, carros romanos, parientes de los arados romanos que aún se “usan”... A nuestra vista acostumbrada se vuelve “fórmula” ya la visión de los carros, y así resulta que, representado el carro por una C mayúscula de buen tamaño, y las mulas por emes más pequeñas, pero también versales, más una b de burro para representar al borriquillo que dirige -aun siendo tan borrico- a toda la recua, resulta que pasan por nuestra imaginación fórmulas y fórmulas como estas: C más M más M más M más M, y C más M más M más b, y C más M más M más M más M más b, y C más M...



Pocas casas hay pintadas a todo color. Quizás solo la que cierra al fondo la plaza de Puerta Cerrada tenga todo el color suficiente, entero, que aplaca un poco nuestra sed de color. Es absurda la enemiga del color que les entra a las gentes. Vemos pintar, por ejemplo, las tiendas y los cafés, temporada tras temporada, con colores oscuros, sucios, acafetados. ¿Por qué ese café no lo pintan de un azul claro con lunares de un azul más vivo con lunares verdes, o de blanco con lunares rojos?



En el escaparate de una librería hay expuesto un “fox-trot”, titulado “El alegre bolcheviki”, por B. S. Jenasky. ¿Qué será eso? Parece que al comenzar a interpretarlo se quedará uno intimidado, pero conminado a seguir, aunque el piano se desgualdraje bajo nuestras manos, y las teclas negras montadas sobre las blancas y los macillos convertidos en esos mazos de verbena, que si dan con bastante fuerza en el clavo, hacen que se abra el paraguas que hay en lo alto del aparato.



Cada vez hay menos oasis en la ciudad. Los chicos van buscando la fuente; pero casi no la encuentran, porque a una se la ha roto un aneurisma; a la otra le sale un hili-llo de agua, como al toro que muere de un golletazo, y a la otra, por más que le apriete el boliche del resorte, no se la logra hacer decir qué tiene.

“Que te digo que aún continúa la de la calle de Bailén”, oigo decir al grupo de moritos, y se pierden por el camino ardiente de las calles y las bocacalles de Madrid buscando el oasis.

La Tribuna, 2 de agosto de 1919, núm. 2.815, pg. 2.

Posdatas. Los tranvías incendiados¹³⁷

Yo vi anoche el incendio de los tranvías; la llama era alta, interminable, como la que brota de los talleres de los pirotécnicos cuando se incendian esa vez que siempre les llega.

Era amarillo el resplandor, como lo es color de los tranvías.

¿No había viajeros dentro? –se preguntaba uno al ver arder todo. No; pero lo que sí había eran almas de viajeros y algo así como la sombra de todos nosotros, que indudablemente habíamos ido alguna vez en esos coches. Se incendiaba el recuerdo apiñado de muchos asiduos del tranvía. Las plataformas estaban atestadas de fantasmas de todos, y hasta dentro, en el pasillo, había gente agarrándose a los sostenedores de cuero.

En medio del fuego sonaron los timbres como si alguien pidiese auxilio, y que parase el incendio, o a veces, cuando eran dos llamadas, para que el fuego echase el *Completo*, porque ya hasta el trole había llegado a ponerse al rojo cereza.

¡Pobres coches! Habían ido llegando al lugar del fuego dispuestos a arden en hilera como un tren, y el fuego iba saltando de estribo a estribo, y quemaba al otro y al otro.

¿Cuántas sombras de señoras y hasta de niños se quemaban en el fondo de los coches?

Los cristales se rompían, como si los apedreasen desde lejos... ¡Zas! ¡Zas!

La Guardia civil llegó después, y se destacó con su tricornio y su caballo sobre el fuego, como si numerosos Napoleones de sombrero más rígido y tieso se hubieran proyectado sobre la gran hoguera.

El espíritu, el espectro del conductor luchaba por salir arreando con su coche buscando un estanque al que tirarse; pero no podía y se consumía y se consumía, mientras el espíritu del cobrador, cuyo billetaje ardía, tocaba y tocaba el timbre para darle la salida.

Tristán

La Tribuna, 1 de julio de 1920, núm. 3.091, pg.5.

Variaciones. Los tranvías llenos¹³⁸

Es irremediable. Hay que amasarse a la multitud en todas horas en los tranvías de todas las líneas. La muchedumbre ha crecido mucho más, entre otras cosas, porque han venido de provincias infinidad de familias y de hombres a hacerse un hueco en Madrid.

En ese contacto con la multitud la observamos bien en toda su arbitrariedad. ¡Gracias a que no sale tan de la multitud el que gobierna a la multitud!

La protesta es lo que es inútil en esas aglomeraciones, y, sin embargo, se oye con insistencia. Nadie tiene la resignación que le cuadraría si fuese un poco inteligente. El que ayer pujó más por entrar cuando estaba todo lleno, hoy protesta de que le quieran quitar ese espacio sobrante que ve y que, sin embargo, escatima a los demás con disimulo.

El que sabe que no puede ser más que esto, fatalmente, dice que esto es una vergüenza. El que acaba de llegar de fuera y ha venido a ocupar el hueco en que debía consistir la holgura de todos los demás se vuelve airado contra la Compañía y contra el público, en vez de pesar que, aunque parezca gozar un gran derecho al estar entre nosotros en la hora de apurar mucho los derechos, será el menor derecho de los que le asistan.

Todos quisieran que se borrara ese cartel de las personas que puede admitir la plataforma, cuando saben que está borrado ya, aunque solo hayan suprimido lo de “y una autoridad”. ¿Por qué estropear esos carteles esmaltados que alguna vez se podrán cumplir sin dejar en tierra demasiadas gentes cansadas, con prisa o con reuma?

A mí me irritan mucho esas protestas, y a veces intervengo y al bolchevique le digo:

–¿Pero no ha leído que en los tranvías gratuitos de Petrogrado la cenefa humana es mucho más numerosa? Pues entérese y vaya pensando en que ese día que espera será fusilado si protesta.

A veces al que protesta diciendo eso de que parece mentira que en un pueblo civilizado suceda eso, le digo:

–En Norteamérica existen unos empujadores, hombres forzudos y ejecutivos, que solo tienen la misión de empujar a los que han entrado en los tranvías para hacer hueco para los demás, y así evitan esos esponjamientos y aireamientos del plumaje que aquí todavía quedan entre los mismos que parecen empujarse... Aquí, para evitar

tanta chulería y tanto alarde y tanta majeza de los elocuentes de las plataformas, debería haber esos empujadores...

¿Por qué, para mayor justicia y sensatez de la conversación, no se da cuenta la humanidad de lo espesa que es?. Acceda un poco a la espesura de la que ellos sin notarlo son la causa. No se sientan tan solitarios y holgados. Tengan la mirada variada y alternante que necesita ya el mundo. No sean los rebeldes de lo inútil y de lo que exige una responsabilidad que no pueda exigirse. No se olviden de que ayer fueron en el estribo rogando benevolencia con los ojos los que hoy miran con desprecio y con rigor a los que van en los estribos. Un poco más de humanidad verdadera, sensata y necesaria.

Aislémonos en medio de la multitud, pero respetémosla. Seamos civilizados en el hablar y el pensar que debe ir llevados por el tranvía hasta el final del largo recorrido todos los que se puedan agarrar bien a cualquier saliente del tranvía.

Siempre, además ha habido esos llenos, y para que se vea doy un dibujo en que los tranvías de mulas aparecen con la plataforma atestada y el "lleno" descolgado, así como hoy va el "completo" suelto. ("Lleno" daba más sensación de esa aglomeración sin ningún claro; "completo" es más de cumplido, y se refiere a aquellas plataformas en que solo iba el "número" asignado en la "placa esmaltada".)

El único que podía protestar, y apenas protesta, con sus descensos del salvavidas y sus pérfidos chirridos en las curvas, es el tranvía. Se siente cómo todos, sus músculos se atirantan y hacen un esfuerzo supremos para conducir esa multitud apiñada y deseosa de llegar. Las chispas que produce son más insistentes, como las pezuñas de las mulas cuando por mayor pesadez del carro es más difícil hacerlo arrancar.

El pobre tranvía, derrengado, es el que padece, y por eso tiene cabeceos de barco y parece que salta grandes obstáculos.

La Tribuna, 9 de noviembre de 1920, núm. 3.229, pg. 7.

Variaciones. Los camiones¹³⁹

El camión es la barcaza de la calle, y va lleno de sacos de patatas, de tierra y de piedras. Aun vacío, siempre irá como lleno de un peso así, en que se mezclan cosas tan diferentes, en una mezcolanza así.

El camión se va llevando las esquinas, va asustando a los faroles, que se echan más hacia adentro de la acera, que rechinan sus cristales como si rechinasen sus dientes. Las castañeras lo que más temen en la vida son los camiones, porque varias de ellas han sido fundidas con el fuego, las castañas y los trebejos de su comercio y como convertidas en una especie de linóleoum o de asfalto corriente.

El camión lleva en lo alto varios hombres que parecen minadores, zapadores del ejército rojo, hombres que acuden de prisa a sofocar la contrarrevolución en cualquier parte. Sus blusas son como las banderas que flotan en el aire.

El “chauffeur” del camión es un verdadero gimnasta para mover tan raudo timón como el del volante del camión. Se le ve asustado luchar cuerpo a cuerpo con el volante cuando tuerce una esquina. El “chauffeur” del camión es como el que monta el camello y guía al elefante sobre el cuello mismo del animal. El “chauffeur” del camión debía de tener un rejón para dominar su bestia, para pincharla en la piel sensible de sus neumáticos.

Los camiones son ya demasiado numerosos, y hasta hacen oscilar las torres con su trepidante gravitación. Han venido largas filas de camiones desde Francia y como desde el Asia, pasando fronteras lejanas, ríos helados –el Volga desde luego–. El nuevo Bordine¹⁴⁰ debía componer una pieza de música sobre este pasaje de los automóviles por las estepas y los desiertos antes de llegar a sus destinatarios españoles.

Esas casas misteriosas que aparecen de pronto sobre un solar se deben a que las ha transportado allí un camión automóvil.

Como no hay sitio donde dejar a los camiones, además de que ocuparían ellos solos un “garaje”, se les deja de noche en medio de las calles apostados, abandonados al ladrón, porque no hay ladrón que pueda con ellos ni desentربة sus ruedas. Demasiado nos encontramos ahora por Madrid ocupando la calle en que están algún camión que no tiene domicilio.

Los camiones son el espectáculo rudo y violento de nuestro tiempo. Qué duro se hace ahora ver una carreta de bueyes, una de esas carretas cuyos bueyes siempre enjaezados para la fiesta de la procesión del Rocío, sufren tanto de neuralgias terribles por llevar tan duramente apretada la cabeza. Los bueyes, en vista de eso, debían ser las “unidades” de fuerza de los camiones. Camiones con veinticinco bueyes, camiones con cincuenta bueyes, etc., etc.

Tirados por animales imaginarios los camiones, de pronto se paran y no hay nadie que les cure su avería. Abierto su radiador, como se abre un baúl mundo, no sirve que se busque la causa. La apendicitis del camión es terrible y lo es.

El primer camión que hubo en Madrid fue hacia el año sesenta y tantos, pues no otra cosa que un gran camión fue aquella locomotora que paseó por las calles de Madrid con lento paso de patas cortas, de cuyo suceso da cuenta un periódico de la época. "El lunes último, 4, a las cuatro de la tarde, salió de las casa-taller de la Compañía que piensa explotar esta nueva aplicación del vapor la locomotora "Castilla", restaurada de su viaje de Valladolid a esta corte. No obstante la reserva con que los dueños de este aparato preparaban la sorpresa de presentar la locomotora atravesando por el centro de la capital, una inmensa concurrencia ocupaba todo el trayecto que la máquina debía recorrer.

La locomotora, que, saliendo de la cochera, cruzó el puente de Segovia, tomó el camino que conduce el puente a la Puerta de San Vicente, subió la pendiente de caballeriza[s] y desde [ese] punto a Palacio, haciendo su entrada en la plaza de Armas, donde Sus Majestades, desde el terrado que está al costado de la plaza, la vieron pasar; pero como su marcha fuera algo ligera (¡), Sus Majestades, participando del interés general, hicieron volver a la locomotora, que, entrando por el Arco de la Armería, verificó una media vuelta, viniéndose a colocar debajo del terrado, donde Su Majestad la Reina dirigió algunas palabras al señor Ribera, indicándole siguiera su marcha, como lo verificó, siguiendo por la calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá, paseo del Prado, ronda de Atocha, a volver a la cochera.

El público de Madrid, estamos seguro, no olvidará con facilidad el acontecimiento que presencié, pues si bien es verdad que el problema de la locomoción por medio del vapor en caminos ordinarios estaba resuelto, sin embargo, en España, y principalmente en Madrid, la primera locomotora que ha cruzado sus calles ha sido la llamada "Castilla", construida en Londres por los empresarios, bajo la inspección del ingeniero don Pedro Ribera, que no dio por terminada su tarea hasta colocarla en Madrid, adonde ha venido rodando desde Valladolid, superando este señor y su contramaestre el señor Flamier dificultades de tanta importancia como es el paso del Guadarrama.

La máquina, tal como es, la podido juzgar el público únicamente desde el punto de vista de su mecanismo y función; la marcha fue la que únicamente permitió emplear el señor gobernador, que prudentemente previó accidentes que con una velocidad de seis millas por hora quizás hubiera sido imposible evitar, vista la inmensa concurrencia que, a pesar de la escolta de guardia civil, interrumpía el paso a cada momento."

Así, el primer camión recorrió, como un enorme sapo y dirigido por un señor de sombrero de copa, estas calles de Madrid, que un día iban a ser aplastadas por una plaga de camiones.

La Tribuna, 24 de enero de 1921, núm. 3.268, pg. 11.

Variaciones. Los coches de dos caballos¹⁴¹

Ahora en la noche, como una cosa que no acabamos de creer, vemos coches simones con dos caballos.

Nos sorprenden siempre que descubrimos estos coches, la traza absurda, destartalada, de landó de provincias que tienen esos coches, cuyo cochero, muchas veces, va con gorrilla, que le descompone y le convierte en mozo de cochera, en modesto criado, que es la vez jardinero, y dirige el coche cuando los señores salen de paseo.

Los coches de dos caballos que pasean por Madrid en la noche, buscan la pareja que les conviene entre todas, y cuando están libres andan con recelo de que no se desboque la pareja resabiada de caballos de simón.

El anómalo coche simón con dos caballos evoca la idea de un médico de pueblo que ha mandado enganchar para irse a una visita urgente al pueblo próximo, de donde le han avisado por teléfono.

La soledad, la desocupación, el que no caiga en toda la noche un cliente, desespera mucho más a esos coches de dos caballos, en los que todas esas desgracias son mucho mayores.

El coche de dos caballos solitarios, deshabitado, con mucho ruido de caballos y de serretas, que suenan con ruido de metal blanco o de peluquería, tiene que mantener tres bocas y va desengañado, sorteando mentalmente las calles por en que ha de pasar.

Esos misteriosos coches de dos caballos muy desiguales, el uno muy alto y el otro muy bajo, el uno rubio y el otro moreno, parece que aguardan a que les ocupe el que quiera irse a San Sebastián o a Santander en coche. Lo que no está permitido es utilizarlo por una carrera de esas a las que se somete a los simones de un solo caballo. Eso le ofendería al cochero y os dejaría mucho más lejos de lo que quisiereis.

Parece que es en esos coches de dos caballos donde monta el viejo marqués que tiene una quinta cerca de Madrid, cuando improvisa un viaje con una de esas muchachas de las noches de ahora, que parecen una conquista, y, sin embargo, son más “profesionales” que las que envejecieron. El coche de dos caballos utilizado para esa especie de raptó no precipita los acontecimientos, y permite ese largo preámbulo, que hace que se recoja en un punto lo que se ha ido preparando por el camino.

Los coches de dos caballos no son para ir a la Cuesta de la Perdices; son para ir al Pardo, a Aravaca, al barrio de Doña Carlota; son para ese rezagado que vive muy lejos y que ha perdido todos los tranvías.

También parece que esperan los coches de dos caballos a los duelistas de última hora, esos que ya no pueden avisar al landó de los duelos.

Pronto quitarán ese servicio; pero por de pronto aún se puede utilizar y viajar un viaje largo y seguro en un coche simón, el vehículo ideal, el que prefería Ruskin.

La Tribuna, 15 de agosto de 1921, núm. 3.442 pg. 3.

Variaciones. El remanso de las motos¹⁴²

Este remanso de las motocicletas se forma en la desembocadura de la calle de Alcalá, en la Puerta del Sol, en la margen izquierda.

A ciertas altas horas de la noche coinciden numerosas motocicletas en ese embarcadero, y se oyen sus klaxon impacientes, deseosos de que alguien monte en sus barcas.

Es un espectáculo de ensenada de gran estanque, de rincón de lago de recreo que puede ser utilizado, de canoas de automóviles, que partirán raudas, partiendo las aguas de la multitud a la primera señal.

En ese rincón de las barcas, los barqueros de siempre, un poco chicos del puerto, habladores, insistentes, maldicientes, con rumbo de pilluelos de playa, espera la hora de lanzarse, yendo un poco a no se sabe qué choque, ni qué sitio, gustosos de la carrera, de la distancia, de alcanzar su objetivo.

Varias veces parten y vuelven, pues la motocicleta tiene ya prestancia, rapidez de aeroplano. Van y vuelven; van y vuelven.

Ya a las cinco de la mañana están un poco quietas, sosegadas, y los barqueros duermen en sus barcas, uno en la “moto” y dos en el barquichuelo, como los gemelos en el vientre materno. Ya a esa hora la clientela ha disminuido mucho; ya casi han acabado sus viajes, y solo los que desde los cafés abiertos aún quisieran llegar pronto, huidos, exhalados a sus casas lejanas, allí en los barrios nuevos, las toman por una carrera.

En esa hora blanquinosa, en las aguas de la Puerta del Sol están vacías. Se nota muchísimo esa nueva institución de la motocicleta, esa aglomeración de barquichuelas con las quillas torcidas, mezcladas, como abrigándose, como formando el grupo de lo homogéneo.

De lo que más se extraña la Puerta del Sol, con respecto a su pasado, es de esta agrupación, de la que se levantan gritos de carraca, bocinazos granujas, y a veces, un rezongueo de motocicleta puesta en marcha, de motocicleta prendida, quejas para animar a los grupos parsimoniosos que se paran a charlar junto al embarcadero.

La Tribuna, 24 de agosto de 1921, núm. 3.450 pg. 4.

Notas al final

1. Sin ilustración.
2. Consuelo Portella Audet, *La Bella Chelito*.
3. Sin ilustración.
4. Con el título de *Piso bajo* publicó Ramón su última novela en 1961.
5. Sin ilustración.
6. Seudónimo del escritor Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa, a quien admiraba mucho Ramón.
7. Sin ilustración. El término “ciudadanerías” es equivalente al de “greguerías”. En el artículo “Greguerías”. *La Tribuna*, de 7 de enero de 1913, núm. 341, pg. 10, al definir la greguería escribe que es “amplia para contener el drama, la comedia, el teatro de polichinelas, el verso, la anécdota, la política, *la ciudad* y, sobre todo la mujer... es el género que simplifica la crónica... y en la imprenta tiene la ductilidad que necesitan las máquinas modernas”. Por eso no extraño que utilice aquí el término “ciudadanerías”. (Las cursivas son mías).
8. Propiedad de la familia Baroja.
9. Un tipo de pan.
10. Sin ilustración.
11. Sin ilustración.
12. Sin ilustración.
13. Pueblo cercano a Madrid que Ramón conocía muy bien por sus visitas a la casa del escritor Juan Bautista Amorós y Vázquez, *Silverio Lanza*, al que dedicó la necrológica “Un recuerdo. Silverio Lanza”. *La Tribuna* el 4 de mayo de 1912, núm. 92 pg. 4, su primera colaboración en este periódico.
14. Sin ilustración.
15. Tipográficamente en VERSALES para llamar la atención del lector.
16. Sin ilustración.
17. Ilustrado con un grabado firmado por Burgos. Con el pie: “Apunte de Lhardy, que representa el Salón durante la comida con que el marqués de Salamanca agasajó al famoso grupo de escritores llamado “La cuerda granadina”, publicado en el viejo libro “Madrid al Daguerrotipo”.

- 18.** Desde aquí hasta “¡Oh, grandes tontos, a los que solo enaltecía aquella noche su embriaguez por la gloria y la juventud!” lo vuelca literalmente en *La Sagrada cripta de Pombo* (1924) en el epígrafe “Inauguración de Lhardy”, el mismo con el que había titulado este artículo. A continuación, en el libro introduce un párrafo nuevo: “De Lhardy se habla ya en un libro de viajes antiguos [hasta] *l’Espagne que les Espagnols*”.
- 19.** Agustín Lhardy Garrigues (Madrid, 20 de agosto de 1847- 3 de abril de 1918). Pintor, escultor y grabador. Inició su formación en Francia, y la continuó en Madrid, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde fue discípulo de Carlos de Haes.
- 20.** La Cuerda Granadina fue una tertulia artística, musical y literaria, formada por personajes de gran relevancia cultural de Granada entre 1850 y 1854, entre otros, Pedro Antonio de Alarcón, Manuel del Palacio, Moreno Nieto o Mariano Vázquez. Véase Antonio Lara Ramos, “Pedro Antonio de Alarcón y la Cuerda granadina” http://www.cepedrosuarez.es/docs/boletines/B04_1991_03_LARA.pdf
- 21.** Desde aquí hasta el final del artículo lo vuelca también literalmente en *La sagrada cripta de Pombo*. Un ejemplo más del acarreo de textos que trasladaba Ramón desde el periódico a los libros.
- 22.** Félix García de la Barga y Gómez de la Serna, padre del escritor *Corpus Barga*. El caserón estaba situado en la calle de Trujillos. Véase Gaspar Gómez de la Serna. *Ramón (Obra y vida)*. Madrid, Taurus Ediciones, 1963, pg. 27. En *Automoribundia (1888-1948)* (1948) traza un emocionado recuerdo de él: “Mi tío Félix vivía en un importante caserón que había sido el palacio de descanso de un virrey, muy suntuoso el escudo y su orla, siendo tan importante el blasón como el lambrequín barroco” (Cap. XX). Para esta rama de la familia, véase Corpus Barga. *Lo pasos contados I. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)*. Barcelona, Editorial Bruguera, 1985. Sobre ese caserón págs. 209 y ss.
- 23.** Sin ilustración.
- 24.** Sin ilustración. Escrito como un apólogo o fabula, es un ejemplo más del miedo al frío del invierno madrileño que tenía Ramón y a las consecuencias mortales del mismo, personificado en el personaje de doña Luisa, aunque al final del relato introduce una referencia de carácter personal.
- 25.** Se refiere a la popular Casa Mingo junto a la Ermita de San Antonio de la Florida.
- 26.** Alfonso XIII (Madrid, 17 de mayo de 1886 - Roma, 28 de febrero de 1941) fue coronado Rey de España el 17 de mayo de 1902.
- 27.** Sin ilustración. La fecha que aparece impresa, por error, en la cabecera corresponde a 16 de diciembre, error que se mantiene en los números sucesivos. Aquí indicamos el correcto.
- 28.** Este artículo de Ramón comparte página con una nota titulada “Una fiesta que desaparece. El Carnaval en Madrid. Primero y segundo días”, ilustrado con dos dibujos.
- 29.** Ilustrado con un dibujo o pintura, firmado ¿Manzanares?]: “Un antiguo aguaducho del Prado”, otro dibujo o acuarela: “Otro antiguo aguaducho” y otro dibujo, sin pie. Y dos fotografías: “Horchata Helá” y “Un puesto de refrescos”.
- 30.** Ramón dedicó a Rosario Pino el artículo, “Variaciones. Rosario Pino”. *La Tribuna*, 6 de mayo de 1920, núm. 3.043, pg. 9. Véase Gómez de la Serna, Ramón. *Retratos, semblanzas y caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, págs. 184-189.

31. Ramón dedicó a La Fornarina el artículo, "Variaciones. Aniversario de la Fornarina". *La Tribuna*, 13 de julio de 1920, núm. 3.101, pg. 6. Véase Gómez de la Serna, Ramón. *Retratos, semblanzas y caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, págs. 203-207.
32. Ilustrado con dos pinturas o acuarelas: "Una horchatería a primeros de este siglo", "Una de las horchateras típicas del primer año de este siglo", un dibujo de Doré: "Una horchatera valenciana en Madrid por Gustavo Doré" y una fotografía: "El escaparate de las desaparecida horchatería de Candelas, en la Puerta del Sol" (en realidad, es una imagen del interior, con el mostrador, dos cliente sentados y dos camareras).
33. Ilustrado con tres fotografías.
34. Ilustrado con dos fotografías: "La carga del fruto" y "Un antiguo puesto en las Vistillas", y cuatro dibujos: "El melonar del pueblo", "El melonero ambulante", "El que los olfatea" y "El reparto".
35. Ilustrado con tres fotografías, sin pie. En la página siguiente, fuera del artículo, se reproduce un dibujo con el pie: "La Feria del libros y nueces de septiembre antiguamente".
36. Sin ilustración.
37. Sin ilustración.
38. Ilustrado con tres dibujos suyos.
39. Ilustrado con dos dibujos suyos. Este artículo y los dibujos lo incluyó en *Ramonismo* (1923), págs. 231-235.
40. Ilustrado con dos dibujos suyos.
41. Ilustrado con un dibujo suyo.
42. He comentado este artículo y el dibujo correspondiente en mi libro *Ramón dibujante. El lápiz atrevido* (inédito).
43. Ilustrado con dos dibujos suyos.
44. Ilustrado con un dibujo suyo. Este artículo lo incluyó en *Variaciones* (1922).
45. Ilustrado con un dibujo suyo. Este artículo lo incluyó en *Variaciones* (1922).
46. Sin ilustración.
47. Ilustrado con un dibujo suyo.
48. Ilustrado con una estampa.
49. Hasta aquí, Ramón sigue literalmente la nómina que recopila, en el apartado de Casas de Baños, Pascual Madoz en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Madrid. Audiencia, Provincia, Intendencia, Vicaria, Partido y Villa*. Madrid, 1848, Ediciones Giner, 1981 (ed. facsimilar), págs. 458-459.
50. Sin ilustración. Este artículo lo incluyó en *Ramonismo* (1923)
51. Ilustrado con un dibujo suyo. En el dibujo se aprecian dos inscripciones: "TOGAS" y "VENTA". Sería interesante hacer un estudio de las inscripciones en los dibujos ramonianos. Forman parte de esa larga tradición de las leyendas explicativas que aparecen en las estampas.

- 52.** Ramón estudió en el Instituto Cardenal Cisneros y “En el viejo caserón de la calle de San Bernardo, [en] la facultad de Derecho” (Gaspar Gómez de la Serna. *Ramón (Obra y vida)*. Madrid, Taurus, 1963, pg. 35).
- 53.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 54.** Sin ilustración. Por primera vez aparece el título de la serie, *Variaciones*.
- 55.** En la literatura de Ramón hay numerosas referencias a los rótulos y enseñas de los establecimientos, que también dibujó con su pluma de escritor. Incluso llegó a acuñar el término “anunciografía” en el artículo “El reuma”, *La Tribuna*, 27 de enero de 1920, núm. 2958, pg. 4. Ilustrado con 7 grabados. Véase Eduardo Alaminos López. “Ramón y ‘la anunciografía’”. *Calle del Aire. Revista de literatura*, nº 4, diciembre de 2022, págs. 77-103.
- 56.** Ramón utilizó en bastantes artículos de *La Tribuna* una serie de recursos tipográficos como este de las mayúsculas para que su artículo destacase en la composición de la página.
- 57.** Sin ilustración.
- 58.** Electrocutar sería una lectura más correcta.
- 59.** Por error, pensamos, en la composición del texto se imprimió “bucranio”.
- 60.** Ilustrado con tres fotografías de Vidal.
- 61.** Ilustrado con cuatro fotografías (muy mal reproducidas): “Una terraza conocida”, “La terraza del otro lado”, “Cargadores de hielo en la fábrica” y “Interior de la fábrica de hielo”.
- 62.** Incluido parcialmente en *La sagrada cripta de Pombo* (1924).
- 63.** Sin ilustración.
- 64.** Sin ilustración.
- 65.** En *La sagrada cripta de Pombo* reprodujo un dibujo suyo de una de estas botellas.
- 66.** Sin ilustración.
- 67.** Sin ilustración.
- 68.** Desde “Hoy he bajado al Rastro (...) hasta el párrafo “Lo invariable de ese paraje” lo reutilizaría en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MMCCCLX) de la edición de *El Rastro* de 1931.
- 69.** A África se refiere también Ramón en el capítulo “Los Cristos” en su libro *El Rastro* al referirse a los “ídolos negros”: “Ídolos no hay muchos. Sólo de vez en cuando viene uno de su región, de los lagos centrales de África”.
- 70.** Para esta zona del Rastro, véanse los capítulos “La siesta del Rastro”, “Las ‘grandiosas’ y las ‘primitivas’ Américas”, “La abandonada en el Rastro” (novela breve) y “Epílogos. MXDXC; MDLX; MDCLXXXI; MMCCCLX de su libro *El Rastro*.
- 71.** Desde “Hoy he bajado al Rastro... hasta “la cabeza del toro que mató a Espartero” está literalmente recogido del capítulo “Epílogos. MMCCCLX” de su libro *El Rastro* (1914). Solamente añade para cerrar el párrafo “los tiboires japoneses y las grandes máscaras japonesas -a las que hay tardes que sale cara de torero-, etc., etc., todo lo “fijo” está en su sitio. ¿Pero y lo nuevo?”.
- 72.** Palabra ilegible por una mancha en la impresión.
- 73.** A Dickens también lo menciona Ramón en su libro *El Rastro* en los capítulos titulados, “El viejo de los relojes” y “Lo posible”.

- 74.** Los caballos aparecen en los dibujos y grabados de Durero asociados a figuras de caballeros, santos, escenas bíblicas, portaestandartes, trofeos y carros triunfales. También en un grabado al buril se le representa solo. Quizá fuera esta última imagen la que se reproducía en el libro al que alude Ramón. Para estos ejemplos, véase el Catálogo de la exposición *Durero. Obras maestras de La Albertina*. Museo del Prado, 2005. También Ramón en su libro *El Rastro*, en el capítulo “El coche familiar” menciona los caballos de Alberto Durero.
- 75.** Ilustrado con dos dibujos sin pie.
- 76.** Desde “Muchos de los puestos del Rastro...” hasta este párrafo “En esos días calurosos...” lo reutilizaría en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MMCCCIII) de la edición de *El Rastro* de 1931.
- 77.** Ilustrado con un dibujo suyo, y dos fotografías: “El patio que ha desaparecido en el Rastro” y “La puerta de las grandiosas Américas, que desaparecerán dentro de breves días”. Un análisis de este dibujo de Ramón y los artículos siguientes sobre El Rastro, en Eduardo Alaminos López. “Ramón Gómez de la Serna y la imagen del Rastro en cuatro dibujos”. En Revista digital *Librosnocturnidadyalevosia*, 16 de noviembre de 2020. <https://librosnocturnidadyalevosia.com/ramon-gomez-de-la-serna-y-la-imagen-del-rastro-en-cuatro-dibujos/>
- 78.** Desde este párrafo hasta “Se siente estos días en el Rastro...” lo reutilizaría en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MDXC) de la edición de *El Rastro* de 1931.
- 79.** Desde “Al Rastro van ahora esas señoras presuntuosas” hasta “Se siente estos días en el Rastro” lo reutilizaría en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MDXC) de la edición de *El Rastro* de 1931.
- 80.** Desde “Los chubesquis, las salamandras” (...) hasta el párrafo final, “El que vende cristales para la vista” (...), lo reutilizaría en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MDCLXXXI) de la edición de *El Rastro* de 1931.
- 81.** Ilustrado con dos dibujos suyos. Después de su firma, Ramón emplea la expresión “Gráficos del mismo” para referirse a sus dibujos. Este artículo lo reutilizó en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MDXC) de la edición de *El Rastro* de 1931, salvo el párrafo dedicado a las bolas de oro y de cristal.
- 82.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 83.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 84.** Desde este párrafo hasta el final del artículo lo reutilizaría en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MCCCVIII) de la edición de *El Rastro* de 1931.
- 85.** En este párrafo parece que hay una contradicción en la frase “Casi tal día como hoy, porque hoy también es un día caluroso de junio” cuando la fecha del artículo es la 10 de diciembre de 1921. ¿Se aperibirían de ello los lectores del periódico?.
- 86.** Ilustrado con dos dibujos suyos. Este artículo lo reutilizó en el capítulo “Algunos paseos epilogales” (MDCCL) de la edición de *El Rastro* de 1931
- 87.** Sin ilustración.
- 88.** Sin ilustración.
- 89.** En *La Tribuna* de 25 de febrero de 1921, núm. 3.296, pg. 5, Ramón dedicó un artículo a este dibujante (“*Variaciones. Dulce*”) del que escribe lo siguiente: “Envueltos en un dulce embalsamamiento están esas figuras dibujadas por Dulce, el pintor que ha poseído el lápiz compues-

to más blando y que ha tenido más suaves difuminos para el retoque de cada trazo [...] Yo he envidiado la gloria de esas efigies, dibujadas y fijadas en el ambiente de Madrid". El artículo va ilustrado con dos dibujos de Ramón que "copian" supuestamente dos retratos -uno de un hombre y el otro de una mujer- de este pintor, que aparecen con la firma de "Dulce". Este puede ser un buen ejemplo de cómo elabora Ramón sus artículos, desarrolla ciertas ideas, de un tema solo apuntado aquí en junio de 1919, para reaparecer desarrollado un año y siete meses después, en febrero de 1921.

90. Eduardo Gasset y Artime (Pontevedra, 13 de junio de 1832 – Madrid 20 de mayo de 1884), político y periodista. Fundó el diario *El Imparcial*, cuya sede estuvo muchos años en la calle de Mesonero Romanos. Abuelo de José Ortega y Gasset.

91. Sin ilustración. Con este mismo título, "Miradas", publicó Ramón en *Variaciones. Con curiosas ilustraciones del autor* (1922) un capítulo con greguerías separadas por la representación de un ojo que parece sacado de alguna pintura egipcia.

92. Sin ilustración.

93. Ilustrado con dos dibujos suyos.

94. Ilustrado con cuatro dibujos suyos. Con las siguientes inscripciones: "MARISCOS / PERCEBES"; "HELADOS / FINOS"; "FIAMBRES" y "HAY HELADOS / DE FRESA, ALMENDRA, MANTECADO".

95. Ilustrado con un dibujo suyo. Con la inscripción: "LA POLITICA ES / UNA FARSA".

96. En realidad, segundo.

97. Ilustrado con tres dibujos suyos.

98. Ilustrado con tres dibujos suyos, correspondientes a muestras de "PLANCHADORA"; "PEINADORA / Pral^a drch" y "EL ABUELO. VINOS / YEPES", además de estas inscripciones va asociado a ellas un dibujo de una plancha, unas tenacillas y un anciano y una botella respectivamente.

99. Sin ilustración. Ramón escribió dos libros fundamentales sobre este tema: *Pombo* (1918) y *La sagrada cripta de Pombo* (1924). En este segundo libro, recogió la historia de muchos Cafés, tanto históricos como de su tiempo. Siguiendo esa metodología que era muy propia de él, de "cortar y pegar" incluyó literalmente en el segundo libro lo que dice aquí del Café de San Mateo y del Café de la Concepción: desde "El Café de San Mateo era un Café opaco"... hasta... "¡Qué operación tan dolorosa ha debido ser la de cortar ese cordón!".

100. Muchos de los artículos de Ramón están compuestos tipográficamente en cursiva. En este, la expresión "desde dentro" aparece en redonda, para respetar la equivalencia gráfica aquí la ponemos en cursiva.

101. Sin ilustración.

102. La figura de Mariano José de Larra, *Fígaro*, ocupó un lugar especial en el Olimpo de Ramón. Reflejo de ello, es el banquete que le dedicó, y del que dejó constancia en su libro *Pombo* (1918) con una caricatura de Robledano. En el índice onomástico de *La sagrada cripta de Pombo* (edición Trieste, 1986), Larra tiene diecinueve entradas. En *La Tribuna* de 9 de noviembre de 1920, núm. 3.203, pg. 7, escribió un artículo titulado "Fígaro" y el bastón de Fígaro" que comienza "Ayer me he encontrado a "Fígaro" en el Prado", en el que da noticia del libro publicado por Carmen de Burgos, *Colombine, Fígaro. (Revelaciones, "Ella", descubierta, epistolario inédito). Epílogo por Ramón Gómez de la Serna* (1919).

- 103.** Sin ilustración. Incluido parcialmente en *La sagrada cripta de Pombo* (1924).
- 104.** La asociación de los ventiladores con los aviones y aviadores y con los tábanos, la volvería a utilizar Ramón en dos artículos años después. En el titulado “El cuadro de la tertulia”, dedicado a la obra de José Gutiérrez Solana, *Tertulia de Pombo*, publicado en *La Tribuna* del 24 de agosto de 1920, núm. 3.137, pg. 6, *gregueriza* este objeto como “gran moscarda de alas violentas” y en *La Gaceta Literaria* de 1 de julio de 1929) se refiere igualmente al ventilador de Pombo como “un monstruo extraño, uno de los primeros ventiladores que nacieron en los encinares del Progreso. Cuando echa a andar, sobre todo, se le ve que tiene aún el gesto y el ruido aviónico de despegar que ya no tienen los nuevos ventiladores”. En ambos casos la metáfora tiene un claro rasgo ultraísta.
- 105.** En realidad es la estatua de Calderón de la Barca, erigida en esta plaza en 1880.
- 106.** Sin ilustración. Ramón volcó íntegramente este artículo en *La sagrada cripta de Pombo* (1924), con una mínima variante, precedido de la aclaración de que cuando se cerró este Café, “Castrovido escribió en *El País* un artículo sobre el Café” en el que alude a Ramón en estos términos: “Es un gran escritor. Tiene el don de observar, el de hacer sentir, el de comunicar la emoción y las gracias”. Más adelante, Ramón refiere que ante esta alusión a él por parte de Castrovido -se preguntaba este si Ramón habría cenado allí alguna vez-, “yo escribí la necrología que ya tenía pensada sobre el café”, que debió de ser este artículo publicado en *La Tribuna*.
- 107.** Pasaje Matheu. Fue uno de los primeros pasajes que se construyeron en Madrid sobre los terrenos del desaparecido convento de la Victoria siguiendo la moda parisina, según cuenta Pedro de Répide. Primero se llamó pasaje de la Villa de Madrid y luego con el nombre del propietario de aquellos terrenos, D. Manuel Matheu. Répide se refiere a los dos Cafés que había allí en los siguientes términos: “El pasaje de Matheu ha sido un lugar muy característico por la existencia de los cafés de París y de Francia, que se hallaban frontereros [...] Ambos eran lugares de reunión de la colonia francesa en Madrid, y se distinguían por ser el de París el preferido por los conservadores y monárquicos, y por los republicanos y gentes de ideas avanzadas el de Francia, fundado por el revolucionario M. Doublé, que tomó parte activa en los sucesos de la ‘Comunne’”. Fueron los primeros cafés que hubo en Madrid con terraza. Nótese que Répide le llama café de Francia, y no café Francés como Ramón. Pedro de Répide. *Las calles de Madrid*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1981, pg. 400.
- 108.** El Bazar X estaba situado en la calle de Espoz y Mina. Aparece referenciado en la Página Infantil de *La Tribuna* en la que se explicita que “Todos los juguetes del Concurso Infantil están adquiridos en el Bazar X. Calle de Espoz y Mina”.
- 109.** Roberto Castrovido Sanz (Madrid, 1864 – México, 1941), periodista y político republicano español.
- 110.** Sin ilustración.
- 111.** Una de las estancias del Palacio de la Alhambra. Relacionado con este tipo de estancias y arquitecturas incluyó Ramón el texto “Fotografías moriscas”, ilustrado con tres dibujos suyos firmados como “RAMON Fotógrafo GRANADA”, en su libro *Ramonismo. (Con numerosas ilustraciones del escritor)*. Madrid, Calpe, 1923.
- 112.** Ilustrado con una fotografía del interior.
- 113.** Sobre las camareras, véase Francisco de Troya. “La vida madrileña. Las gentiles camareras de los Cafés elegantes”. *La Tribuna*, 29 de septiembre de 1921, núm. 3.479, pg. 5. Ilustrado con 4 dibujos de Aguirre

- 114.** Ilustrado con tres fotografías: “ ‘El Rincón’ del Gran Café (antes Fornos)”, “Tertulia del Café de Fornos a últimos del siglo pasado” y “La tertulia del desaparecido Café de Londres” y un dibujo o pintura: “El Café de Fornos en un avatar del pasado”. Este artículo lo reprodujo parcialmente en *La sagrada cripta de Pombo*. Solo transcribimos aquí lo que no incluyó en este libro.
- 115.** Mariano de Cavia
- 116.** Julio Burell
- 117.** A continuación transcribe el artículo.
- 118.** Ilustrado con dos dibujos.
- 119.** Ilustrado con dos fotografías, una con el pie: “Cuadro de baile en el tablado de un café cantante”. A los Cafés cantantes ya se había referido Ramón en el artículo *Variaciones. Las “Revisteras”*. *La Tribuna*, 11 de enero de 1921, núm. 3.257, pg. 6, en los siguientes términos: “No soy moralista, ni es por esto mi recelo, no. Soy un espectador que cree, por ejemplo, en los cafés cantantes, en donde hasta está mejor la misma abyección que se mueve en ellos y danza la danza del vientre sobre el cajón de su escenario”.
- 120.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en *La sagrada cripta de Pombo* (1924). El término “envizca” en el periódico se sustituye en el libro por “embizca”.
- 121.** Ilustrado con un dibujo: “Aspecto interior del café Suizo la noche que se supo la proclamación de Don Alfonso XII”. Artículo reproducido en *La sagrada cripta de Pombo*, con algunas variantes.
- 122.** 1920.
- 123.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en *La sagrada cripta de Pombo* (1924).
- 124.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en *La sagrada cripta de Pombo* (1924) con mínimas variantes.
- 125.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en *La sagrada cripta de Pombo* (1924).
- 126.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 127.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en *La sagrada cripta de Pombo* (1924) con una mínima variante.
- 128.** Sin ilustración.
- 129.** Situados fuera del Ensanche y, por tanto, alejados del centro de la ciudad, Los Campos Elíseos fueron el primer gran parque de recreo que tuvo Madrid, debido a la iniciativa del empresario catalán José Casadesús. Este recinto dedicado al ocio de la sociedad aristocrática y elegante se inauguró en 1864. En la Memoria del proyecto se describe como un conglomerado de zonas ajardinadas, laberintos, jardín de invierno, una casa de baños, una montaña rusa, salón de baile y sala de conciertos, cafés, cenadores rústicos, quioscos, pabellones y casas rústicas para la proyección de cosmoramas, dioramas, autómatas y un teatro cubierto -el teatro Rossini-, además de parques con jaulas para animales. Su existencia duró hasta 1881, coincidiendo su decadencia con la inauguración de los Jardines del Buen Retiro, ubicados en el solar que actualmente ocupa el Palacio de Comunicaciones, sede actual del Ayuntamiento de Madrid. (Alaminos López, Eduardo / Salas Vázquez, Eduardo. “Ocio y diversiones madrileños. Del reinado de Isabel II a la Segunda República”. *En Madrid, Atlas histórico de la ciudad. 1850-1939*. Madrid, Fundación Caja).

130. Sin ilustración.

131. Ramón conocía Getafe por sus visitas a la casa del escritor Silverio Lanza, seudónimo de Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa, al que admiraba y a quien dedicó una necrológica en el periódico *La Tribuna*, "Un recuerdo. Silverio Lanza", su primera colaboración en este periódico, publicado el 4 de mayo de 1912 (núm. 92, pg. 2). Años después, escribiría "In memoriam. Epílogo" (1917) para el libro *Páginas escogidas e inéditas de Silverio Lanza*, publicado por Biblioteca Nueva, donde trazó un excelente retrato de este raro escritor. En ellas escribió: "¡Cuántas veces he cogido el tren tranvía a Getafe!".

132. Sin ilustración.

133. Sin Ilustración.

134. Las letras están rotas. Probablemente, "ruedas".

135. Sin ilustración.

136. Ramón publicó un libro con el título de *Senos* (1917). La alusión a los pintados por el pintor veneciano Domenico Tintoretto se basa posiblemente en la imagen de su cuadro *Dama descubriendo el seno*, conservado en el Museo del Prado

137. Sin ilustración. *La Tribuna* recogía en la pg. 8 de este día la noticia y crónica de este suceso: "Anoche en la Guindalera. Cinco tranvías incendiados", que empezaba así: "El conflicto de la quema de los tranvías ha planteado el problema de la carencia de medios de locomoción de que dispone el público madrileño para vivir la vida activa de una gran ciudad".

138. Ilustrado con dos dibujos, uno suyo: "Como van los tranvías hoy" y otro "Como iban los tranvías en los primeros tiempos de su invención".

139. Ilustrado con dos dibujos, uno firmado y el otro con el pie: "Locomotora que recorrió las calles de Madrid". Aunque no forma parte de las ilustraciones del artículo, aparece en la misma página un anuncio en tipografía de la Sociedad Industrial Mercantil dirigido a los "Propietarios de Automóviles" y a los de las "Empresas de Camiones" sobre el precio de "los aceites y las grasas lubricantes". Una manera por parte del periódico de asociar lo literario del artículo con la publicidad objetiva.

140. Debe referirse a Aleksandr Borodín.

141. Sin ilustración.

142. Sin ilustración.

CAPITULO IV

Fiestas: Carnaval, San Isidro, Corpus, Navidad y Año Nuevo
• Diversiones, verbenas y lugares de esparcimiento •
Tipos, vendedores, oficios y forasteros • Veraneo • *Yoismo*

(5 de enero de 1916 - 31 de diciembre de 1921)

Fiestas: Carnaval, San Isidro, Corpus, Navidad y Año Nuevo

Variaciones. La Noche Vieja¹

Anoche los farolillos de las vendedoras de “estrechos”² hicieron la competencia a los farolillos de las castañeras; esas entrañables castañeras cuya casita envidiamos, porque muchas veces hemos soñado con tener un cajón tan abrigado en medio de la corriente de la calle y leer y contestar allí nuestra correspondencia y escribir “greguerías” y pregonarlas: “¡Cuántas, recientitas”, y despacharlas, dando diez o doce “greguerías” por diez céntimos, cuatro o cinco cuartillas entregadas en forma de cucurucho para mayor carácter de la nueva industria humilde.

Las vendedoras de “estrechos”, con su mesita cubierta de anchos papeles azules, rojos y amarillos, tienen algo de vendedores japoneses de estampas iluminadas a mano.

Parece que alguna vez se olvidarán de la fecha, se cansarán de vender cada vez menos pliegos y desaparecerán de ese modo recóndito con que desaparecen esas cosas. Sin embargo, aún viven; aún se sientan en medio del frío tiritante de la noche, como para mantener una tradición o una fatalidad, más que para hacer un negocio.

Anoche aún estaban en su puesto, y por eso las alegres señoritas que aún mantienen la tradición de los “estrechos”, les compraron varios pliegos rojos, amarillos y verdes, que en casa cortaron en pedacitos, procurando que conservase cada cual la orla imprescindible.

Anoche la casa de todas esas señoritas ardió en fiestas. Todas las luces estuvieron encendidas, y el contador palpité como un corazón sobresaltado, trémulo e irreparable.

Cuando nosotros entramos, un vaho de calor sahumado de feminidad y preparado como una compota casera, nos envolvió en la antesala, donde nos quitamos el gabán como para siempre.

La noche tenía un aspecto original de noche eterna, como si fuésemos a casarnos, a tener cinco hijos y a morir en ella. La casa nos estrechaba a todos entre sus brazos con una efusión de viejo pariente. Había en ella como una droga epitalámica, y el ambiente tenía un aire antiguo y recalcitrante de la misma noche en 1870 o en otro año cualquiera. Madrid -con el que no pudimos dejar de contar ni un momento- era más firme que nunca y se había recrudecido más. Fuera de la casa se le sentía vivir más definitivamente erigido que nunca.

Insistía en los pensamientos su visión panorámica. Una escarcha de plata, una escarcha de lujo, esa helada brillante que cuelga de las grandes cestas de Navidad y de los árboles de Noel; esa escarcha preciosa y caprichosa sentíamos que adornaba las calle. Indudablemente, la cordialidad de todos recordaba la calle y los faroles públicos, más solos que ninguna noche, todos sonando con esa queja que les acude a algunos algunas noche, y en la que parece que se quejan los trenes que van lejos y el fondo profundo de la ciudad. Un bosque parecía circundarnos, un bosque de árboles de Noel puntiagudos, piramidales y con un vuelo abatido, pero abierto en las alas de las ramas. Nieve, sin haber nieve, parecía cubrir ese bosque de fuera. El regocijo interior del local, con las maderas cerradas resultaba más embriagador pensando en todo eso. La plaza Mayor, más cerrada y más extranjera que nunca; la plaza de Santa Cruz, tan amplia y laberíntica estos días, que resulta desconocida cuando pasan estas fiestas; la torre de Santa Cruz roja siempre, como frente a un ocaso sin fin; y el puente de Segovia y la Puerta de Toledo, y el puente de Alcántara³, como los sitios de la ciudad que más insistían en nosotros.

En medio de estos extraños y penetrantes pensamientos, se bailó. Se bailó como sobre cubierta de un navío que se hundiese dramáticamente en la noche vieja. Tocó esa muchachita abnegada y coja, que se sacrifica y a la que todos besan al final de los bailes con el afán de que no se canse nunca, de que sin pausa vuelva sobre el principio del mismo vals al acabarlo, sin dar tiempo a que el enlace de las parejas se disuelva.

Las butacas, los estrados solemnes, todo sintió ganas de bailar, y los espejos estuvieron radiantes y llenos de valseadores muertos. El canario se mantuvo des-

pierto toda la noche, sorprendido, irresoluto, sin atreverse a cantar, perturbado, con los ojos atónitos.

Así llegó la hora que se esperaba. Las doce. Las uvas estaban preparadas en racimos, y todos mordieron y se comieron con sensualidad doce pezones de la tierra.

Bajo nuestros pies, algo gritó y sintió algo así como si unos goznes y unas ruedas y unas palancas y unos muelles, toda una maquinaria complicada y tremenda, se hubiese movido; un ruido como ese que hace el reloj antes de dar la hora, se escuchó espiritualmente, exagerado de un modo abrumador. Un momento nos quedamos en silencio, como en un arranque de ascensor, todos quietos y en equilibrio sintiéndonos transportar sutilmente, hasta que dieron las doce, con un ruido largo, como si la campana del despertador se hubiese soltado y pasado por entero. Entonces notamos la quietud después del aparatoso momento; entonces todo volvió a su sitio, aunque nosotros como todo, estábamos sobre otro tiempo, y como en otro espacio igual, aunque diferente, porque hay algo de final y de comienzo del mundo en ese instante; algo como un derrumbamiento de todo, seguido de un resurgimiento; algo como el temblor de la tierra cuando pasa por debajo de ella, aunque pase de largo; algo como ese girar de las plataformas de los teatros en los que después de la representación hay baile, y todo el patio de butacas da vuelta sobre sí. La casa y la lámpara se habían movido.

Pasado ese momento se entró en el juego de los “estrechos”. En cuatro hongos voluntarios -hubiera estado mejor en cuatro chisteras- se movieron los papelititos rojos, amarillos y azules, y salieron las tarjetas de señoras y las tarjetas de caballero, y después los “estrechos” de dama y los de caballero, leyéndose los versitos impresos en ellos, esos versitos ingenuos, de los que se conserva la candidez de los dengues antiguo; esos versitos inimitables, por cuya perpetuidad yo he escrito esta larga reseña de anoche.

Un pollo por estrecho.
¡jesús, qué chasco!
Más temo al pío, pío
que a un gran chubasco



Esto sí que me acobarda,
esto sí que me acogota;

pero por salir del paso
os compraré una capota
que parezca una lombarda.



Aunque noche poco formal,
según tradición antigua,
una mirada algo ambigua
de mi estrecho hace temblar.



Estrecho que pasa el día
en ponerse el corbatín,
un grande chasco se lleva
si piensa hacerme tilín.

Todos se fueron emparejando. En todos, la fatalidad matrimonial se sintió más fatal. Era irremediable, y había que encontrarla todos los encantos; después de todo, hay que morir. Todos se ablandaron y se dispusieron a no abandonarse nunca.

Algo de noche de agonía o de velatorio había en la noche, y todos se casaron como “in articulo mortis”, como a la desesperada.

Todos estaban abandonados a su suerte pequeña. La casa estaba abandonada a su intimidad. Todos los pisos, cerrados frente a los otros. Solo del cuarto cuarto llegaba el eco de la fiesta, desesperada de las guardillas, esa alegría hambrienta con retortijones y ferocidades de hambre de alegría, una alegría que resultaba un poco amenazadora para los de los pisos de abajo, una fiesta en la que tomaban parte las negras chimeneas.

En el piso todo era grato y templado, y el privilegio que se gozaba embriagaba atrocemente. Hasta era dulce como nunca la alfombra que se pisaba. En el fon-

do de la casa se sentía el anhelo de las alcobas perfumadas y despiertas, como en una noche de novios.

Y así llegó la hora de irse. Antes se abrieron las maderas, para ver si llovía, y hubo que limpiar los cristales, que había esmerilado nuestro fervor, y en los que habríamos escrito de buena gana esos nombres fugaces que después se deshacen en lágrimas melancólicas. La criada apareció con su vela en la mano, llena de la modorra de la cocina triste y con los pies doloridos de “todo el día”.

Hasta el portal nos acompañaron los adioses. Las jovencitas iban gravemente emocionadas, porque el aparecer a esas horas en la calle tenía algo de licencioso. Y en efecto, tenían caras de pecadorcillas. Una segunda despedida y escogimos el camino por el que irnos solos.

Las calles tenían un color de nieve final. El alba era más alba que ninguna, más lívida y causal. Alba de año nuevo, un alba de entierro, con algo de primera alba del mundo, un alba barrendera de todo lo que quedaba del año anterior, alba pavorosa, en la que expiraba el otro año con una boqueada que llenaba todo el alba. Alba más llena de cambio, más maquinista y tramoyista que ninguna. Alba más llena de vacío y de profundidad [,] la más torrencial y la de más alta marca. El alba máxima, lo maceró y lo borró todo en su pensamiento, retorta inmensa, tundente y fulminante.

La Tribuna, 5 de enero de 1916, núm. 1.432, pg. 5.

Variaciones. Vísperas⁴

El día de San Isidro es tan gran día madrileño, que tiene unas largas vísperas y hasta un epílogo largo. Desde mucho antes que llegue el 15 hay en Madrid un aire de fiesta, de feria de pueblo, y los espejos de los cafés brillan con más viva luz, alegres de hospitalidad.

Los paletos dan vueltas a la ciudad, incansables y mirones. Entre ellos viene siempre una tía vieja que trae un trapito negro en un ojo, y otra que, de paso, se hará una operacioncita, como la extracción de la matriz o de un riñón.

Pero lo que más vida tiene estos días es la iglesia de San Isidro, o sea nuestra catedral.

Acordémonos nosotros también de ella; fijémonos en que es la catedral, una catedral como la de Burgos, la de León o la de Toledo, aunque sea modesta en su arquitectura.

Nadie lo tiene en cuenta. Está sola y apartada siempre. Yo mismo, dudando de que exista, voy alguna vez a enterarme de que nosotros también tenemos canónigos, los solemnes y los bravos canónigos morados.

A un café de las cercanías -el de San Isidro- voy de vez en cuando a oír las campanadas sesteras, lentas, entrecortadas, "desbadajadas", con que llaman las catedrales a cabildo. Estas mismas campanadas, en Segovia son acosadoras, se refuerzan con los hierros de todos los balcones, comprometen a la bóveda del cielo en su campaneo, se deshojan detrás del horizonte. Aquí están apagadas por todos los ruidos de la ciudad, y apenas se oyen en el barrio. Sin embargo, suenan y dan vida española y nacional a la ciudad el que suenan con su fin de ir despertando a los canónigos poco a poco, como dando golpecitos continuados e intermitentes a la puerta de la alcoba en que duermen la siesta y darles tiempo a que se pongan los manteos y se dirijan despacio hacia los sillones del coro. ¡Gran paciencia del campanero!

¿No es sorprendente que suenen esas campanadas de las tres de la tarde en el propio Madrid?

Pero más extraordinario es que haya canónigos en Madrid. ¡De Madrid!, y vayan llegando de verdad y suban al coro precedidos por el maestro de ceremonias, con su traje blanco, su largo bastón y su peluca blanca, oyéndose ese órgano de la prima tarde, premiosa, soñarrón, que respira de vez en cuando brevemente, matizando los cantos de los canónigos, que lo que mejor dicen es el "Amén", quizás también el "¡Aleluya!"

Estos canónigos, como toda la catedral, parece que no existen, y viven disimulados, casi sin espectadores casi siempre. ¡Lástima de espectáculo cotidiano!

Quizás se debe esto a que la catedral parece una iglesota destartalada, cuadrada, toda ella como un bloque macizo e informe, y que, como hay tantas calles, no se encuentra uno a los canónigos, como en las provincias, en esa única calle en que lucen sus medias moradas y sus hebillas.

Hay que saber que existe esta catedral; hay que entrar en ella, porque por dentro está bien, y ya que aquí el interior, imponente, envergado y lleno de columnas, no se aviene con el fino y franco aire de Madrid, está bien este gran salón decorativo con cornucopias y motivos dorados de fuego, sencillo, sobrio, de cúpula ancha, clara, festiva y elevada, todo él verdadera ampliación de San Antonio de la Florida.

Tenemos catedral. Aunque su coro tampoco es el coro tallado y suntuoso de las catedrales, pues más bien parece el estrado del Ayuntamiento con sus concejales reunidos, aunque el pertiguero -también tiene pertiguero- tome un aire de baslonero [sic] y parezca llevar una barra dorada de cortina en vez del atributo de su cargo, y aunque el maestro de ceremonias parezca un cómico de Novedades, no deja de por eso la enorme catedral, el centro del culto, el palacio real de las iglesias de Madrid, siendo, por añadidura, el sitio de culto de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, el gran paleta y la gran paleta que tuvieron a Iván. Extraño nombre ruso para un hijo español.

Por lo menos, en víspera de la gran Fiesta de los Patronos hay que ir a la catedral... porque tenemos catedral, una catedral que funciona... Sépase bien.

La Tribuna, 14 de mayo de 1919, núm. 2.735, pg. 5.

Variaciones. En la Pradera⁵

La fiesta de San Isidro tiene, sobre todo, la exaltación de las fiestas que se celebran al lado de los cementerios. Se sigue el camino de los entierros, y ya encima de la verja del Camposanto, se tira hacia la Pradera. Así parece que se va también a que los muertos se llenen de cierta alegría, esa alegría que se les quiere comunicar también en las romerías asturianas que se celebran junto a los cementerios.

Según se acerca uno al lugar, se ve muy a lo largo una multitud espesa, muchas de cuyas cabezas -los ros de los soldados, las peinetas, las horquillas, con brillantes falsos-, de tal modo y con tal brillo destellante, que nos acordamos de esas tierras sembradas de cristalitos que hemos visto refulgir al pasar en el tren.

Toda la multitud fermenta al sol. Muchos se contagiarán esta tarde y se morirán en días sucesivos, sobre todo los que beban el agua del Santo que brota de entre los muertos.

Las campanas de la ermita aumentan el ardor dando vueltas y destrozándose. ¡Qué dolor de riñones tendrán al final!

Como abundan tantos militares en la fiesta, y las barracas y "tío-vivos" tienen un techo de lona como el de una tienda de campaña, da la sensación el conjunto como de un Ejército que vivaquea y al que ha venido el pueblo a ver, como en esas zarzuelas en hay que militares en que hay militares y paisanos.

Se mezclan a la vida y a la realidad de la fiesta los humos de aceite espeso que salen de los puestos de comida y bebida y de las churrerías; los pobres que pululan por la Pradera, y que con sus caras de leprosos hacen más romería esta romería; la Guardia civil a caballo, con sus sombreros enfundados de blanco y con su correa amarilla –“fuselaje” diría yo para darle toda la importancia-, nuevo, formidable y vistoso; los desmontes, por los que se tiran los chiquillos y los alegres chatos y las descosidas filipinas.

El “Laberinto” no falta entre los recreos de la Pradera, ni las cosas rusas, que dan un carácter ruso al ferial, como la montaña rusa y la fiesta de la gitanería, en la que destacan las gitanas, entre cuyos pañuelos ajustados al talle se ve un triángulo terso de una carne morena menos ajada y descompuesta que la de sus rostros, gitanas que bailan sobre el tablado de su barraca, verificándose después de sus bailes la lucha del hombre con un oso, un oso “del Cáucaso”, un oso que parecería un hombre disfrazado de oso si no se notara en sus nalgas aplastadas que es un oso, y en esos ojos muertos e inconfundibles del oso, ojos que son solo un agujero redondo y mate, lleno de la sombra de la animalidad.

Los columpios de la Pradera son los columpios aviadores, columpios frenéticos que llegan muy a lo alto en sus evoluciones, resultando algunos como dos largas aspas de molino en cuyos extremos hay gentes que unas veces bajan al abismo y otras suben al cielo como fuera del espacio.

Toda la multitud parece que baila, bailes desordenados en rueda, en masa, al son del arístón. En la mezcla de unos con otros, hay una destrenzada sardana o un baile así.

La perspectiva de Madrid desde la Pradera entra en el encanto de estar en ella, y se ve la ciudad castellana, que es construida sobre un monte, en cuyo barranco, lleno de huertas y de chopos, estamos. Al goce de esta perspectiva de Madrid se une en la retirada, cuando se sube hacia el puente y se pasa por junto a las freidurías de cabezas de cordero que llenan los barreños, el de contemplar desde los burladeros, que para que no nos atropellen los tranvías tiene el puente⁶, la otra perspectiva, la de la Pradera llena de gente arrapiñada, viva y hormigueante en contraste con los cementerios⁷ de cipreses erguidos, cementerios de los que, en la hora del atardecer en que ascendemos a la ciudad, parecen descender esas lucecitas amarillas que comienzan a brillar en los puestos, tiendecillas y barracas de la feria como amarillos y leves fuegos fatuos... ¡Gran compadrazgo de vivos y muertos, promiscuados en esa sombra que se comienza a espesar en la Pradera a las ocho de la noche!

La Tribuna, 15 de mayo de 1919, núm. 2.736, pg. 3.

Variaciones. Las máscaras del primer baile⁸

Aunque parezca mentira, han comenzado los bailes de máscaras. Estas máscaras tan prematuras son máscaras que se habrán quedado vestidas desde el último baile, desencajadas, lívidas, desgredadas desde aquellos excesos, convalecientes de ellos y catalépticas. En estos días lejanísimos del Carnaval, pero los primeros días de bailes de máscaras, han sido los primeros en que ellas han salido de sus escondrijos, con sus mantones amarillos de flecos, que se pisan al andar porque no ven bien el suelo, ni sus bajos, o con sus trajes de pierrot, entrapajadas y con la gola almidonada, que presenta como en una bandeja sus cabezas.

En la calle se produce estas primeras noches de bailes de máscaras una alarma extraña. “¡Pero ya!” Se duda si será que pasa una cursi, una llamativa o alguna invitada a una fiesta benéfica, pero cuando se ve bien el antifaz, se comprende que no es nada de eso, sino que ya se está en vísperas del Carnaval, por la misma razón que siempre se está en vísperas de todo, de la muerte, por ejemplo. (Mucho antes de morir, tanto como el día que se muere.)

Se procura, al ver pasar esas primeras máscaras, no tocarlas, no dejarse engañar por sus corchetes. Son, entre lo más engañoso, lo engañoso profesional, lo que se propone ser un engaño más tiempo. ¡Qué máscaras más ingenuamente terribles serán esas el martes de Carnaval! Quizá pueda pasar que ya no sabrán mentir, balbucirán y parecerán unas colegialas atrabancadas.

¿Cómo podrán dar carácter de Carnaval a estas noches de Noviembre dentro de esos teatros impacientes? Parece que todos se sentirán muy solos allí dentro, en una madrugada muy ácida y desconcertada, porque está harta de saber que no se ha pasado aun el puente de la Nochebuena. No se puede olvidar. Estamos del lado acá de la Nochebuena, y este hecho da seriedad a cualquiera.

¿Cómo sienta la voz falsa de Polichinela que sacan las máscaras en plena época de ánimas aun? ¿Es que son más caras para los que han de morir antes de Carnaval? ¿Es que son las máscaras del Don Juan las que rebullen en ese primer baile? Se puede suponer este dialogo:

-No me conoces... No me conoces.

-No te conozco, ni me interesa conocerte... ¡No ves que es tan temprano en el año, que no tengo curiosidad por las máscaras aun!...

-¡Pero no me conoces! ¡No me conoces!

-Estás conocida... No puede ser otra que tú, la máscara agraz y al mismo tiempo empedernida, y el misterio está cuando puedes ser cualquiera, la inesperada, la inocente, que se ha escapado de su casa por una noche. ¡Tú eres la relapsa!

La Tribuna, 24 de noviembre de 1919, núm. 2.902, pg. 7

Posdatas. Trajes y carrozas. Los sótanos de la servidumbre⁹

Antes la revista española de la moda tenía más importancia, aun siempre monótona. En su gran monotonía había algo de número extraordinario en el número de vísperas de Carnaval, que traía unas planas centrales con las fantasías del año, plana llena de máscaras de Carnaval, cumplido, etiquetero y triste. Hoy las recuerdo con rabia y con encanto, así como entonces me abrumaban con algo que yo no sabía lo que era –era su estulticia–, y me alegraban con lo que preconizaban, con la evocación del Carnaval disforme, desastrado y absurdo de la calle. Iluminaban, calentaban el día de enero o febrero en que se abría la entrega de *La Moda*, esas planas de Carnaval. Sentados en el quicio del balcón, era eso el mejor burlete para ese gris que entra por las rendijas. La suposición del jolgorio de Carnaval nos daba calor además.

Ahora ya no se atiende a la revista casera y simpática de *La Moda*, y el traje es inventado por la máscara, generalmente, sin quebraderos de cabeza, eligiendo entre el *pierrot* o la *pirreta*, y el dominó o el bebé. Solo cuando aspira a algún premio, se inspira en las ideas de actualidad o en el más disparatado capricho.

Las carrozas son también hoy inspiración de un minuto, hijas de una supuesta genialidad del chico de la reunión, carrozas aceptadas entre gritos de señoritas, porque ya no son más que una martingala para pasear sobre un camión y por toda la feria, como si fuese sobre una especie de tribuna flotante; carro en que la Fábrica de Gas reparte el carbón, sino que con gentes en vez de carbón.

LOS SOTANOS DE LA SERVIDUMBRE

Antes los sótanos eran una habitación oscura, llena del alma de galápago de los baúles vacíos y viejos, con ratas de rabo largo, ratas grandes como lechoncitos y telarañas como redes.

Ahora en los sótanos se puede entrar, no están llenos del reuma de la casa, y hasta tienen una alegría y un alma luminosa y limpia. Ahora, en muchas casas, la servidumbre vive en los sótanos.

Al pasar por el día por las calles de los barrios nuevos, sobre todo, se ve con frecuencia un interior confortable, con su cama muy vestida de limpio y acostada –a la misma cama me refiero– con impudor y descaro a la vista del público, panza arriba. Por la noche es, sin embargo, cuando más se ven los sótanos, llamando la atención esa luz clara, luz de cocina rica, o de cuarto de la plancha o de la costura que se escapa por sus ventanas. Aunque la cortina blanca cubre la ventanita como si fuese un femenino *peinador* tendido, se ven detrás las sombras de unas doncellas guapas, de unas doncellas del teatro Reina Victoria.

Hay unos estudiantes, unos trabajadores frescos de esos que no se cortan por nada y que charlan con esas doncellas, reunidas en esa especie de harén barato de la casa, harén de trabajadoras, no de queridas, rincón al que van a parar los nervios de los ojos numerados de todos los timbres.

Los carreteros, que son los marineros de los caminos y que van como figando –ellos por el margen de la acera y su carro por en medio de las calle–, son los que más se asoman y los que con más arrobo miran la madriguera femenina.

Tristán

La Tribuna, 7 de febrero de 1920, núm. 2.968, pg. 5.

Posdatas. Previsiones de Carnaval¹⁰

En vísperas de Carnaval, ya se puede presagiar el Carnaval. Las carrozas serán esa meseta de toril de pueblo, en la que toca la música; flotante meseta de toril, con su colgadura y todo. Ya aquellas carrozas románticas, en que había góndolas, pagodas, belvederes, partenoncillos y escenas de Romeo y Julieta, ya no existe. Las mismas máscaras a pie que soportaban todo el peso de sus adornos y salían vestidas de heraldos –unos heraldos con más de maceros que de heraldos–, de Don Quijotes y Sanchos

–¿cuántos Don Quijotes y Sanchos no habrá habido en los Carnavales?– , de canastillos de flores, de cuadros célebres, ahora salen todas disfrazadas de bañistas –aprovechando el traje de baño de los veraneos–, o en calzoncillos blancos.

Ya en estas vísperas se puede leer el bando de siempre relativo al Carnaval, un bando serio, como el de la declaración de estado de sitio, cuando debía tener una orla de colorines, y como [en] ese bando, también está impresa esa literatura de Carnaval, de la que hay que defenderse y cuya composición hay que machacar, si el número está ya en máquina.

Entre las prescripciones de lo que no debe decir el escritor un año más, entre los temas prohibidos está el de “que el Carnaval tiende a desaparecer”, el de ese cuento en que la máscara es la muerte, la muerte que lanza una carcajada histérica cuando el engañado le quita la careta; el de ese chascarrillero artículo, en que la máscara a quien se embroma rendidamente es la propia criada, la propia esposa, o, a veces, ¡la suegra!; ni ese enmascarado que se aprovecha de la máscara para realizar una venganza. ¡Por lo menos, está absolutamente prohibido, como el arrojar confeti ya usado y recogido del suelo con tierra y basura!

Tristán

La Tribuna, 12 de febrero de 1920, núm. 2.971, pg. 4.

Variaciones. Miércoles¹¹

Es el día de la gran merienda. La sardina sube en las pescaderías a un precio fabuloso, al precio de las langostas o de las ostras. En muchas pescaderías ponen un cartel que dice: SE HAN AGOTADO LAS SARDINAS¹²

[...]

Allí se forman corros que rodea toda la pradera por entre los árboles, y en los que pasa a través de todas las manos enlazadas una de esas corrientes humanas de alto voltaje, como las que pasan por los cables de la luz eléctrica en las afueras antes de transformarse y reducirse.

[...]

Ya es el anochecido. Se forman procesiones, que cantan cantos profundos y groseros, misereres desvergonzados; se bailan bailes, que llegan a ser esos violentos y frenéticos bailes populares rusos. Un Pope levanta un estandarte. El pandero del oso suena lejos, y muy pronto, como si todos se fueran de una vez, se queda aquello silencioso y lleno de raspas de sardinas.

El aire abyecto de los caminos de la pradera repiten a sardinas lo menos hasta mañana.

La Tribuna, 18 de febrero de 1920, núm. 2.976, pg. 6.

Variaciones. El Corpus en Madrid¹³

El día solemne, de grave alegría y de nombre de pronunciación profunda, el Corpus Christi, es el día de Madrid por excelencia. Es el santo grande de Madrid, su día más sacramental, hasta para todos sus barrios y todos sus hombres, por incrédulos que sean.

“¡El día del Corpus!”, se dice, y todo el mundo se queda abrumado como por la evocación de un día suntuoso de gran palio extraordinario, de campanillazos dados por las campanillas de voz de tiple que usan los monagos y por las grandes campanas, a las que en las vueltas se las ve las enaguas y las piernas.

“¡Cuando llegue el Corpus!... ¡Cuando sea el día del Corpus!”, se dice todo el año refiriéndose a ese día grande y famoso, en que la ciudad parece más grande, una gran ciudad con aspecto de una Roma monstruosa.

El día del Corpus se rematan las torres más en lo alto, y toda la ciudad se complica, y somos un poco forasteros en ella. Es demasiado grande la fiesta para la ciudad, y tiene que dilatarla e inventar una especie de ciudad vaga y excedida para poder estar en ella.

El Corpus es al mismo tiempo que fiesta religiosa de la ciudad, su fiesta profana más importante, la fiesta de todas sus calles, desde la callejuela más estrecha hasta la plaza más ancha. Sobre todo Madrid hay como una aureola algo parecida al arco iris.

El Corpus tiene una fuerza histórica, que conviene resumir cuando estemos en su día.

[...] ¹⁴

Ya colindando con la edad moderna, la fiesta del Corpus se convierte en una fiesta más humana y profana. La calle de Carretas y la calle Mayor disfrutaban siempre del pasaje de muchas bellas mujeres con mantilla.



Ahora, sin toldos, y cada vez más cívica y mundana la fiesta, ha variado completamente su carácter, aunque se nota en el ambiente que aún cuaja en él con intensidad la fiesta antigua, que aún la recuerda, que aún se acuña con el oro del sol del día aquella medalla. La calle de Carretas está atestada; numerosas personas asomadas a los balcones y como juntando así más las cabezas de la calle, la de la acera izquierda a la derecha y los aleros de uno y otro lado también. Algunas sombrillas son como las flores que adornan la "boutonnière", las casas. La muchedumbre mira a los balcones, y quisiera aplaudir como a un político a esa belleza que se acoda sobre la balaustrada del balcón con los brazos desnudos y como queriendo regalarlas una helado "de balaustrada".

Los areneros han vertido en las calles todos los sacos de arena que están siempre pregonando, y los conductores de tranvía han vertido en su trayecto toda la arena que han podido para evitar las velocidades falsas de las curvas y los patinajes de las cuestas, pisando sobre la arena, que parece, en la sensación del que la pisa sobre un pavimento duro, que es un cristal que se ha roto en pedacitos, algo inútil, resquebrajado, violento, hostil.

La Guardia civil, como siempre, está guarecida en Gobernación. ¡Oh, si pudiese salir de donde se rezaga toda la Guardia civil que hay, por ejemplo, en el ministerio de la Gobernación, sería un espectáculo inaudito y avasallador; nunca acabaría de salir el último guardia!

La calle Mayor, siempre de provincias, tiene el día del Corpus otro carácter. También llena de sombrillas, luce grandes mantillas –de esas mantillas que están guardadas en el Banco todos los días menos el destinado a ponérselas– y muchas joyas de plata oxidada, joyas de las platerías madrileñas de aquellos plateros que para solemnizar este día sacaron alguna vez el día del Corpus sus vitrinas de notabilidades y armaron unos enormes aparadores para exhibir la plata que trataban tan bien.

Pronto da vuelta a todo el trayecto la procesión, lenta, pero avanzante, tan avanzante yendo tan lenta, que lo que parece que se mueve es la plataforma de la calle sobre la que va.

Las dos filas de gentes se mezclan al acabar la procesión, y se busca en unos ojos azules, que ya no se encuentran, la atónita mirada de fondo de espejo que tiene el cielo a esta hora sobre la Plaza Mayor, en que siempre me encuentro como llevado por el mar humano, como fatalizado por la corriente del día del Corpus. Esos ojos azules que se llenan de luz lívida, como el cielo precisamente antes de oscurecerse, están perdidos en la espesa sombra de soportales que toman las aceras de las calles, y su mirada solo la recuerda el cielo.

La Tribuna, 3 de junio de 1920, núm. 3.067, págs. 6-7.

Variaciones. Alegoría¹⁵

En mi repaso y mi degollación de revistas he escogido las mejores alegorías del tiempo y sus escenas. Varias veces reproduciré algunas para emocionar a todos y meterles en el ambiente saturado de las alegorías¹⁶.

La alegoría del tiempo y sus costumbres está llena de cosas y sembrada de efectismos que encierran en la fecha y la estación. Son apetitosas estas alegorías, y, sobre todo, las que representan el invierno.

La alegoría tiene algo de apoteosis de lo que pasa, de visión de lo que sucede desde el balcón más estratégico.

[...]

Las alegorías bien hechas –yo he escogido las mejores de las mejores– se adelantan a lo que va sucediendo y nos dan el resumen de lo que sucede, todo enlazado en un golpe de vista, todo presenciado con un refrote de manos, todo reunido en un solo cuadro de la realidad.

La alegoría es la visión optimista de todo el encanto novelero de cada estación. Por si se nos olvida algo, lo reúne todo y lo mezcla como en un gran “boudin”. Ese guiso gráfico de la realidad, ese arroz de todo lo que caracteriza a la estación, esa mesa revuelta de nuestra vida, nos conmueve siempre. Es como la evocación de recuerdos del pasado referida al presente y en víspera de renovarse o cuando está ya siendo renovada, porque solemos ver la alegoría en el momento preciso de su actualidad.

[...]

El pintor de alegorías es el mismo que tiene buenas asociaciones de ideas y ya ha caracterizado esa primera letra capitular de los diccionarios en que al comienzo de la monografía de cada letra se almacenan como en pequeñas arcas de Noé para cada letra y todas las especies de cuya formación entra esa letra.

La alegoría es un poema del momento, algo armónico, contemplando con serenidad, con madurez y sin que lo descomponga la trivialidad de la historieta.

La alegoría tiene un tono profundo, y es como si la vida se viese en uno de esos espejos platerescos, en los que se superponen y se mezclan varios marcos, formando en su combinación pequeños espejos alrededor del central, en los que parece que se contemplan pedazos lejanos de la realidad, pero que están bien congregados en la unidad del espejo total.

La alegoría de este momento es la de la Navidad, sintetizada en la animación de la Plaza Mayor, ilustración muy madrileña precisamente para que sea muy zaragozana y muy palentina y muy gaditana, porque si tomase solo la parcialidad de Zaragoza sería solo zaragozana.

Esta alegoría que hoy escojo es la que ha amontonado con más entereza, y como en los cuarteles de un blasón, todo lo que se conflagra alrededor de la plaza, sobre cuyo pedestal del centro el Rey¹⁷ parece un Rey mago. En otras ilustraciones a esta hora en la Plaza Mayor y sus aledaños, lo que se puede ver es un apunte, una impresión de un rincón, una confusa mezcla de cosas. Esta es la alegoría sobria, como el soneto, con la bastante suma de cosas para evocar el sitio, la hora y las compras, desde la helada para el invierno y la pandereta, y el pato, y la castaña, y el besugo, hasta la caja de mazapán y la caja de jalea, esa pandereta de dulce, con algo de caja de botica muy agrandada de tamaño.

Esta alegoría pone la pura perspectiva de lo que sucede como si hubiese sido. Suprime la acritud del ruido y del excesivo coste de todo, y solo sugiere el dulce gulusmeo de los días típicos.

Esta alegoría es, ante todo, bondadosa, discreta, apacible, y todos podemos disfrutar de ver comprar a ese señor y a esa señora, aunque no podamos llegar a comprar lo que ellos, ni tengamos ese criado galoneado, en cuyos brazos van dejando las cosas. ¡Qué importa que nosotros, poéticos y sin envidia, solo nos obsequiemos y obsequiemos a nuestros amigos con un paquete de anises, del que desparramamos alegrementemente unos pocos en el sitio de cada uno!

[...]

Y ahora quede la alegoría ante nuestra vista un buen rato, poniendo una distancia adorable entre nosotros y lo que no vemos bien por lo encima que está de nosotros.

La Tribuna, 23 de diciembre de 1920, núm. 3.241, pg. 7.

Variaciones. La verdadera Nochebuena¹⁸

La verdadera Nochebuena se adelanta o se atrasa. Quizás los almanaques y el tiempo se han trabucado. El caso es que la Nochebuena fue anoche.

[...]

Yo, como un enfermo grave que se hubiese escapado al deber de quedarse en cama impuesto por el médico, saludé muy a lo largo la noche de anoche.

Toda la geometría de puntos de las estrellas estuvo viva anoche. Las magníficas demostraciones resueltas con puntos hechos con la tiza luminosa sobre el encerado de los cielos eran más comprensible e incomprensibles que nunca. ¡Inmensa geometría del espacio! ¿Quizá trigonometría o algo así como cuatrigonometría?

[...]

Y cómo agradecía la luz de la noche lunera la ciudad oscura. Lo agradecía como esos pueblos sin un farol las noches en que pasa revista a sus corrales y a sus rediles una luna muy curiosa y vigilante. Pensamos ahora en Madrid como desde el tren en esos pueblos descubiertos por la luna, como si fuese un pueblo desconocido y perdido que estaría sumido en el olvido y en el desconocimiento si no hubiese luna, pueblo troglodita y como subterráneo por su falta de luz.

[...]

Las azoteas con barandilla parecían la cubierta de un barco¹⁹. Era como si, náufragos de la acera de sombra, viésemos desde el fondo del agua y desde muy debajo del buque la cubierta alta, lejana, próxima a las estrellas.

La luna, pensé anoche por pensar algo lapidario, “la luna confirma la ciudad”.

Con cuánta pena me metí en casa para trabajar, dejando fuera tanto mediodía de plata, tantas fachadas voluptuosas, aunque los edificios que mejor expresión toman bajo la luna son los góticos de ladrillo rojo y salientes blancos, e los que las cejas ojivales de toda ventana toma una expresión estrepitosa y clerical.

La Tribuna, 4 de enero de 1921, núm. 3.251, pg. 13.

Variaciones. Resúmenes: Bailes de Carnaval²⁰

Hasta los bailes de máscaras han desmerecido este Carnaval. Esto no está bien. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas de la arbitrariedad y del desgano tanto!

Este año que en París, después de muchos años de no verificarse, se iba a celebrar un baile en la Gran Ópera, aquí no se celebra el baile del Real.²¹

[...]

¡Ah! Pero si el año que viene hay baile de la Ópera iremos por encontrar a la que ya no volveremos a encontrar, y porque creeremos que es como entrar en un noble salón del pasado entrar en el baile de la Ópera, y que todo los personajes de Gavarni y de Deveria²² han vuelto a la vida y están allí.

La Tribuna, 14 de febrero de 1921, núm. 3.286, pg. 8.

Variaciones. Visión de Nochebuena²³

Durante la Nochebuena se intensifica el mundo, se multiplica su imagen como si se proyectase en diferentes espacios y tiempos.

En la Nochebuena se reproducen antiguas Nochebuenas. Yo creo que todos los muertos tienen permiso de evocar la mejor Nochebuena y de volverla a vivir en un ambiente parecido al de aquella noche y entre las gentes familiares que tomaron parte en aquella Nochebuena.

Se multiplican las casas en el espacio, rasgándose los velos que encubren la cuarta dimensión para que la escena de la vida esté partida.

Todo se reintegra de nuevo, y en las mismas cazuelas de antaño, pueden ser comidos otra vez los pavos de antaño, sin que sepan lo más mínimo a pavos “ya usados”.

[...]

Todo, todo el pasado repite su Nochebuena mejor, cuando a las doce de la noche todo da la vuelta, y el tiempo se abre por todas las hojas en los espacios archivados.

Más cerca quizás tienen más romanticismo las reapariciones, aunque los más próximos como nosotros mismos nos perdemos para ese romanticismo, cuando con respecto al futuro nos quedemos tan atrás como el hombre primitivo.

Las evocaciones más próximas las vemos mejor, y por eso creemos asistir a la velada que Larra repite esta Nochebuena y que es la primera que pasa con su esposa, cuando aún no había tenido que recurrir a pasarlas solo con su criado. También vemos en esa habitación como de teatro, en ese caserón antiguo, a Julián Romea y a Teodora Lamadrid, reunidos en íntima tertulia con otros actores, autores y críticos de aquel tiempo.

Esa sensación de profundidad, de innumerables términos da la noche. No se alcanza a ver hasta el final de los pasillos de nuestra propia casa, y sentimos como si la escalera se hubiese prolongado y la casa tuviese más pisos y muchísimos más vecinos, habiendo en vez de dos puertas en cada descansillo, numerosas puertas con mirillas, cuyas rendijas luminosas en forma de estrella he visto brillar en la oscuridad de la escalera, cuya fría soledad me atrae un momento todas las Nochebuenas, levantando la celada de mi mirilla para observarla un largo rato.

Lo mismo por ese surtido de tiempo y espacio en que es rica esa noche, sé que celebro otra pasada Nochebuena en mi antigua casa de la calle de la Corredera 24, y que es allí donde puede ir para disponer las cosas de nuevo, mi pobre madre que ya murió.

Los mismos niños muertos, que han sido olvidados en casa de sus padres, vuelven con una especie de traje de internos en el colegio de San Antón 25, dejan su gorra galoneada y con una coronilla de oro en el perchero y pasando al comedor buscando los besos que no reciben.

En fin, el mundo se hincha como un globo cinco veces mayor que él, y las redes de sus caminos aumentan, y si se pudiese ver en la noche oscura la perspectiva de la ciudad, se vería una ciudad interminable con muchas veletas y cúpulas que nunca,

porque entre otras cosas, en las iglesias derruidas se dice a puerta cerrada la misa del gallo correspondiente.

Todo, todo es posible, además, porque todo se esconde para su celebración.



La noche de Nochebuena se queda el mar sin besugos, deshumanizándose, ya que es ese el pescado más humano del mar.



Brillan las guirnaldas de taco como si fuesen hilos de la Virgen.



Los polvorones hay que tomarlos diciendo el contrario latinajo del miércoles de Ceniza, que solo dicen bien los borrachos: "Pulvis eris et in pulvis reverteris"



Las mantecadas de Astorga dan frío a la noche, la hacen dulce, mantecosa y desdichada. Vemos Astorga, aquel pueblo en que pasamos tanto frío y vimos tantos entierros, y observamos que en las numerosas carpinterías en que se hace las cajas para las mantecadas, se hacían las cajas para los muertos de frío. Desde entonces me parecen cajas de muerto sin forrar, cajas de muerto para enterrar un pichoncito de ángel, las cajas de las mantecadas.



Al pavo parece que se le han salido los sesos fuera, pues la excrecencia de su cresta es de la calidad de las circunvoluciones cerebrales destapadas.

La Tribuna, 23 de diciembre de 1921, núm. 3.451, pg. 3.

Variaciones. Más cosas de Pascua²⁶

Toda la ciudad está llena de cajones muy blancos, cajones fabricados con esa madera tierna, medio cartón, medio madera, que existe para esos menesteres.

El mercado de la plaza de la Cebada ha rebosado, sobre todo las calles adyacentes, y todo está lleno de cáscaras y de hojas de col.

Hay un fino olor a naranjas, las mejores naranjas para oler o para jugar a la pelota.

Los molinos de los niños, algo mueven el mundo. No son sus gestos de molinos de verdad gestos vanos. Su aspeo mueve las ilusiones de estos días y figura como alegre trébol de las alturas en las cúspides de la fiesta. Que el niño no deje parar los molinos de viento. Tienen una misión ideal. Mueven el trigo místico; hacen una cosa así.



[...] ²⁷

La Tribuna, 24 de diciembre de 1921, núm. 3.452, pg. 4.

Variaciones. Año Nuevo²⁸

Como se necesita una botella de Champagne un poco añejo, así se necesita una viñeta añeja.

Esta viñeta que he escogido para solemnizar la fecha del primero de año y para hacerla más conmovedora, tiene esos mismos aires guerreros de guerras aisladas del mundo en que siempre estamos metidos. Son guerritas que solemnizamos nosotros solos, y de las que no se telegrafía al mundo. Ese final de guerra carlista que sorprendió aquel primero de año, es como esta guerra de África, que parece calmarse también este primero de año. Es un juego español este de las guerritas, que lo único trágico que tiene es que cuenta con bajas irreparables

[...]

Todo está inapetente en este primero de año tan extraño, en que la vida esta empavonada de nuevo y en que parece haber caído la helada definitiva de la confirmación.

Los coches simones van con más lenta parsimonia, esperando el primer inquilino del año, temerosos de estrenarse con mala suerte; por ejemplo, yendo a un cementerio.

No me olvidaré nunca de la calidad de esas mañanas de primero de año, con la tapa del block de los días aún intacta, con las aceras nuevas y con el empedrado de la calle como recién taraceado, muy limpias con el estilete de la limpieza las juntas de las piedras.

Ese día primero de año se presenta la ciudad como uno de esos cuadritos hechos con piedras duras de todos los colores, pareciéndose también a la primera postal cromolitográfica de la ciudad o a esas vistas estampadas en un cristal convexo, que son el recuerdo de la localidad. Como extranjero en ella, el habitante de todos los días la ve nueva, con sus railes estrepitosos y subyugantes, como ciudad a la que llegó anoche para tomar en esa mañana posesión de su nuevo destino.

La Tribuna, 31 de diciembre de 1921, núm. 3.458, págs. 7-8.

Diversiones, verbenas, lugares de esparcimiento

*Variaciones. La nueva verbena de San Juan*²⁹

Esta nueva verbena de San Juan en una calle distinta a la suya, lejos del Prado, que era su paraje ideal, resulta una verbena desconocida, con luces distintas a la antes, una luz del día soslayada y rara, y en la noche, con una luz de noche que no es la del

Prado, sino otra más de la noche de los campos abiertos, con un cielo que llega hasta Sevilla, ese cielo amplio en el que se acucia el observatorio astronómico, y en el que la luna se tima con el observatorio cercano, donde los viejos astrónomos son como viejos de proscenio que miran con unos enormes gemelos a la primera diva.

Ya no es esta verbena la de San Juan Bautista, ya es la verbena, no sé por qué, de San Juan Nepomuceno.

Achabacanada y agriada por la vecindad de ese ese doble ministerio, de ese doble monstruo, de Instrucción y Fomento, se resarce de ese más lejos, adornada con la torre de la Basílica de Atocha, bello campanil que recuerda remotamente el de Florencia, y limitada por el panteón de grandes hombres, alegre, dichoso, supremo, y cuyas tertulias silenciosas se han sentido animadas por las músicas y los gritos de las verbenas. (También la adorna, y la va bien, el que al Museo Antropológico -tan barraca de verbena-, y de cuyo frontis lee todo el mundo el "Nosce te ipsum" conveniente.)



Ya no hay de aquellos farolillos japoneses, que con poco viento que hubiese jugaban, saltaban sobre el alambre, se columpiaban, y a veces, como el siniestro de uno de esos globos de papel de seda que se lanzan encendidos al cielo, ardía alguno. Y ya tampoco hay de aquellas cadenas de papel, como hechas por los niños. (Solo la verbena del Carmen aparece siempre enguirnaldada con ella.)



Las hortensias son cada vez más hermosas, más faroleras, más fenomenales. En esta verbena las hay enormes, con sus flores, a las que se podría llamar "floripondios", y que resultan mezcladas en la misma maceta una de un rosa pálido, otra de un rosa más fuerte y alguna de un temprano rosa-amarillento-verdoso. Se ve que estas magníficas hortensias necesitan una mujer para ellas solas, y si se nos ocurriese comprar una de ellas, nos tendríamos que casar inmediatamente, solo para que la esposa la cuidase y se dedicase a ella como que se dedica a sus hijos.



Se debe comprar un botijo de gallo, como de esos verdaderos gallos disecados, cuya cresta está tan bien puesta, y que dan frescura al agua, porque saben buscar muy bien los sitios de sombra.

La locura de los columpios es cada vez mayor, y, sobre todo, a las niñas les entra la voluptuosidad suicida. Esa niña, cuya belleza debuta ante un gran público, se mece en una barca como en pleno naufragio, en pleno "Gulf-Stream". Hay un momento en que los toldos revuelan como ellas querían, y otro momento en que, completamente desprendidas, las contienen y las sobran las miradas apasionadas del público, que ve a la mujer que quiere matarse, y que así sabe y siente que provoca siempre un amor quejoso y vigilante.

A la barraca que habíamos visto en otra verbena, a esa barraca en la que se exhiben dos chotillos unidos por la cintura, y que, después de anunciar tanto en la portada el fenómeno, resultaba que no estaban ni vivos ni frescos, conservados en un frasco de alcohol, sino disecados, le ha salido una competencia terrible con el "monstruo doble teratópago", o sea, dos niños unidos por la cintura.

"Fantomas" está enterrado en el fondo de otra barraca, en una fosa de tierra, y de la que salen, para que pueda respirar, tres especies de chimeneas. Lacrado, tapado por un cristal, "Fantomas" repite, no comiendo un trabajo para poder comer. Joven -resulta triste verle enterrado tan precozmente-, con su reloj de pulsera, acostado sobre el suelo, atufado de olor a humedad, aburrido, sudoroso, enreumatizándose, hace ejercicios espirituales, ejercicios de ultratumba en su modesta fosa. Le echaríamos algo que leer.

Pero la barraca más importante de la feria es la de un prestidigitador e ilusionista belga. Está realmente bien, sobre todo cuando comienza a tragar cosas, que

después devuelve; el reloj de un espectador, una piedra, un huevo entero y un pez vivo; un pez vivo, que entra en la gruta de su esófago y le hace cosquillas, dando en el fondo del alma del artista los saltos que el pececillo recién pescado en el fondo del bote de los modestos pescadores de caña; pobre pez, que, después de llevarse tan gran susto, vuelve a salir vivo y coleando, cayendo en la pecera como si acabase de salir del vientre de su padre.



No está mal la verbena de San Juan, aunque sea del Nepomuceno; está perfumada de esencia de verbena³⁰; se ven a las mujeres pobretonas y presumidas con esos trajes de enagua que son tan de verbena, y por todo eso, habiendo ido para dar una vuelta, se queda uno cogido por la gracia madrileña de las verbenas, como enredados por el fleco del mantón de la verbena.

La Tribuna, 3 de julio de 1919, núm. 2.785, pg. 4.

Variaciones. La verbena del Carmen³¹

Esta es una verbena un poco inorgánica. No acaba de pertenecer a este barrio. No se sabe por qué surge aquí y se extiende de un modo entrecortado, de glorieta a glorieta, de Bilbao a Quevedo.

Si no fuese porque se llama del Carmen y porque los verdaderos farolillos rojos de la verbena, los farolillos grandes como farolones, sería una verbena injustificada, desarraigada, completamente fuera de su barrio. (Esta era la verbena para los alrededores del Carmen, la calle del Carmen, la plaza del Carmen y todos esos alrededores con sus callejones y sus calles, como la de Mesonero Romanos, Jacometrezo, Silva, Tudescos, Desengaño, plaza del Callao.)

Esta es una verbena que, entre las calles de Chamberí, resulta sin carácter y como un lejano faro para que el comercio venda, y todas las tabernas y los tupis saquen sillas y mesas a las calle, iluminando sus cercados con las más potentes bombillas

“nitra”, que son como picaduras para las pupilas o como quemaduras que las queman como un nitra... to eléctrico, en vez de nitrato de plata, y conste que ni trato de hacer un chiste ni un juego de palabras.

Esta es una verbena señoritinga, híbrida y mezclada, a la que viene la gente en los tranvías de sitios lejanos, verbena de forasteros de la misma ciudad.

No fijándose uno mucho en el fondo neutral que hay detrás de los puestos y los tenderetes, y olvidándose de todo lo que enfría esta verbena, se entra en una verdadera verbena.

Los “carrousseles” son los mismos de las otras verbenas: el de las barras doradas, el de las arañas de cristal, el de las pinturas y el negrito de madera, que da al manubrio del pianillo mientras el “carrousel” se mueve. Los columpios de barca son los mismos también, y de nuevo hay suicidas que tiran con frenesí de la cuerda de campana que los mueve, como queriendo dar la vuelta de campana. ¡Regates terribles que tienen ese final trágico de clavarse en un pico de la valla que cierra el embarcadero, final como el de aquel criminal que al saltar a un patio se quedó clavado en la punta de la verja que separaba el patio de una casa del de la otra, o como el de la intrépida y bella señorita del Circo Alegría, que al dejarse caer del globo que pilotaba, se quedó clavada también de un modo parecido!

Entre todas las barracas, está la nueva, la que no estaba en las verbenas anteriores, y es una en que se exhibe un animal con cuerpo de cocodrilo, cabeza de ratón, rabo de mono y manos de persona, junto a otro que tiene cabeza de señora. “Animales vivos”, según dice una declaración del cartel, para que no desconfíen las gentes que estas últimas verbenas han visto muchos animales disecados³².

Las rifas han aumentado también, y, sobre todo, de lo que están llenas es de conejos, como si esos fecundos animales se reprodujesen, como es fama, de feria a feria, conejos asustados, alertas, dispuestos a salir escapados y a esconderse en un arroz que no esté muy pasado.

A esta verbena se llega siempre tarde, a eso de las tres de la mañana, y por eso, al irnos a eso de las cuatro, se dejan todos los puestos cubiertos y cerrados como con una cortina de alcoba, que, iluminada por dentro, solo tiene transparente una rendija, por la que nadie se atreverá a asomar un ojo temiendo al rifle del pim pam pum, porque una herida causada por su aguda bala con plumerillo sería incurable. Esos fondos de los tenderetes en la madrugada tienen un aire de tiendas de campaña con un recatado fondo privado y matrimonial. Tardan mucho en dormirse y apagar la luz, pues sus

amos y amas echan sus cuentas por partida doble, y hablan mucho de catre a catre, prometiéndoselas muy felices, para el día siguiente.

La Tribuna, 26 de julio de 1919, núm. 2.808, pg. 4.

Variaciones. Recreos³³

Así como el otro día recomendaba las aguas puras³⁴ de Madrid como gran refresco para los que no quieren salir de Madrid, hoy diré, antes de hablar de los recreos de noche, que, hasta si se quiere añadir carácter a la cura de agua, se puede ir a tomar las aguas oxigenadas del Retiro, en ese rincón en que hay una sombra húmeda, como si se estuviese en pleno Mondariz, bajo las sombras reumáticas y junto a la tristeza del hotel con baños, piscinas, inhalatorios, manchas húmedas en todas las paredes y olor a toallas húmedas.

Pero la vida de noche de Madrid sí que es completa si se sabe vivir. Todos sus recreos brillan y esplenden.

A lo lejos, Ciudad Lineal³⁵ es ese recreo lejano que es agradable ver iluminado en la noche. El gran columpio eléctrico -que parece el aprovechamiento de un aparato de telegrafía sin hilos- está bien; es un cohete que permanente cae y está cayendo allá lejos. A nadie se le ocurre subirse a ese columpio; pero se entiende, porque es lo que caracteriza a la Ciudad Lineal, ciudad de geometrías, de aburridos de la vida, de suicidas, con un tranvía del otro mundo, con un bocinazo del otro mundo³⁶.

El cine del Prado es de esos en que se ven las imágenes por los dos lados, no notándose el revés más que al ver los letreros trastornados. (Las pobres figuras, vistas así, sin que se las pueda suponer siquiera un fondo, resultan más matemáticas, más fantasmales, más delgadas, más espectrales, más de la linterna).

El Recreo de las Vistillas, que ha ocupado todo lo que era campillo de las Vistillas, y en donde los melones se amontonaban como obuses, es un inmenso recreo que aprovecha el declive natural del monte, y se ven las películas a lo lejos, como en la falda de la montaña nevada, por lo que las "films"³⁷ hechas en el Panamá o en los montes como iluminados por la luna y la nieve, son las que mejor resultan. Este recreo es algo hecho como si hubiesen encerrado una fuente, varios faroles públicos -que realmente

están encerrados en la extensa valla-, y hasta por el extenso y urbano pedazo de ciudad que han vallado hubieran cogido dentro a un pobre señor que se encontró sin salida³⁸.

Desde los últimos asientos de este recreo se ven titilar las luces de los caminos –sabemos que se ve el Guadarrama-, se ve el Palacio Real muy en lo alto, iluminado como por la luz de unas potentes candilejas, y se ve la Virgen de la Almudena, con sus dos faroles encendidos³⁹. El Seminario⁴⁰ se levanta al lado, oscuro, hipócrita, sin una luz, aunque es indudable que algún seminarista se asoma con sigilo. En la valla de cañizo que viste a la valla de madera dando vuelta al ruedo hay un solo anuncio con las letras más grandes, el del MEJOR VINO DE VALDEPEÑAS. Es “monumental” este recreo, y en él se sienten de pronto, al llegar a la noche, fríos, por los que parece que vamos ya por León o por el Puerto.

El Recreo del Paraíso, con su circo, con su tiro al blanco por señoritas que parece que ofrecen su corazón como blanco, y los que disparan sobre los concéntricos círculos rojos parece que disparan sobre un corazón alegre. El Recreo del Paraíso no tiene más defecto que tiene cierta cosa de jardines del Retiro, aunque pasan cosas graciosas, como que de pronto se suben al templete unos caballeros con sombrero de paja muy sobre el entrecejo y tocan unas polkas antiguas. Parecen señoritos aficionados y voluntarios del templete, esquirols de la música de templete⁴¹.

El Recreo Metropolitano de los Cuatro Caminos es algo que ha resultado, aunque quizá no se podía esperar eso. Está también improvisado en un amplio corral de una ideal casa de vecindad para obreros, que cuando iba a inaugurar cambió su destino el “amo”, colocando en su centro esa casita con los ojos y la nariz luminosos de la máquina, y que tan expresiva es en la noche.

En estos recreos siempre está Estesos⁴². Él trabaja en la misma hora en el del Norte y en el del Sur, en las Vistillas que está en el meridiano 80, y el Metropolitano que [está] en el 800. ¿Es que hay varios Estesos? Parece que hay varios Estesos como varios Charlots⁴³. Parece que van de un recreo a otro, como un saltamontes. La gracia respingona y absolutamente patosa de Estesos llega a lo sublime en este ambiente. La Cibeles que le secunda es la alegre comadre madrileña que habla con verdadera voz respingona y aguardillada y lengua de loba. La niña es lo verdaderamente absurdo; su “respingonitis” es tan aguda y de un redicho tan de [corredor], que pasma, aunque el público le pida en todos lados “¡El Relicario!”, “¡El Relicario!”⁴⁴.

Pero se puede prescindir de la película y de los números de varietés en estos recreos. Lo capital de ellos es el cielo. Su luna es la luna madrileña nacida en el barrio de

Maravillas, que se ha puesto el cielo por montera y lo lleva ladeado, un poco a lo chulo. Según avanza el espectáculo, ella va subiendo.

¡Qué cielos más distintos los de un recreo y los de otro y los de otro! Yo aseguraría haber visto la Cruz del Sur -que solo creen haber visto los que han pasado por el Ecuador- en el cielo de las Delicias, y estrellas polares y estrellas de la zona tórrida en otros recreos. Solo por sus cielos distintos hay que ir de unos a otros recreos.

La Tribuna, 7 de agosto de 1919, núm. 2.820, pg. 6.

Variaciones. Más de las verbenas⁴⁵

Sigue el belga de la barraca tragándose peces y tomándose un vaso de agua antes para que no se ahogue el pez en la pecera seca de su alma; sigue tragándose también la piedra de siempre y el reloj sin desinfectar de siempre, viendo el público que, después, de todo, sufre tanto como cuando ellos se tragan una capsula de aceite de ricino.



La gran jeringa -el gran instrumento que llevaban bajo el brazo los médicos antiguos de sombrero de anchas alas y alta copa- de los churros funcionan sin parar en manos del negro moro -panadero en camiseta-, y así como se llena la casa, despachos, alcobas, pasillos y todo cuando el aceite se quema, así se llena toda la verbena, y en la luna tienen que abrir una ventana al otro lado.



Las norias humanas siguen sacando gente de la tierra, del fondo de la tierra, y arrojándola al cielo.



Pasan unos cuantos hunos (con h) en coche. Lo han tomado a escote, y desesperados siempre como en su última noche de juerga, quisieran acabar con todo esta noche, arrasar el mundo.



Suenan los martillazos con que se gana el premio de la brutalidad.



Los ídolos negros y los ídolos japoneses del pim-pam-pum, dioses malos de la plebe, reciben oraciones de los pelotazos, las oraciones para los dioses malos, según un antiguo versículo del libro sagrado de las tribus idólatras.



La mujer araña está mejor presentada que nunca, según una explotación catalana. (Aunque claro está que hasta que no presenten eso María y Fernando⁴⁶ no estará regiamente presentado.) Sobre la escalera, y entre sus dos pasamanos, ha tejido la araña de oro, rematada por una cabeza de mujer con ojos de mujer simple, su tela de araña -no la tela de la mujer araña, que es el encaje inglés, por ejemplo-. El que presenta el número demuestra que debajo de la araña y de su tela no hay nada, y el espejo inclinado bajo la cabeza de ella sobre la escalera la reproduce y la continua hasta el infinito (de bruces sobre ese espejo, y con la cabeza echada hacia atrás para que se la vea derecha y perpendicular, está la mujer). Está bien aquí el trabajo. Lo que está mal es que este viejo maestro de escuela diga que solo “se trata de un experimento y fenómeno de óptica, porque donde está la cabeza están los pies”, y para que lo veamos, saca de la mano a la señorita araña.



Hay una barraca que no ha existido y que podía existir. Un escritor, un poco persuasivo y novelesco se podía anunciar en el prospecto de la barraca. “El célebre escritor escribiendo. El célebre escritor después de escribir una página llena de inspiración a la vista del público, se dirigirá a él y le hablará”. ¡Qué bien hubiera estado Dickens, o tal vez Oscar Wilde, en una de esas barracas!

El muñeco flamenco que, tirándole de un hilo da aire a la faca, y tirándole del otro se lleva la “bota” de vino a la boca, es el verdadero flamenco. Se le siente impulsivo y terrible. Bebe un trago y da una puñalada. Sobresaliendo de los coches en que van mujeres solas, es el espantapájaros que las defiende, porque es más chulo que nadie, y si se exalta en el coche de la jamona que va con su marido, es causa de un adulterio.

La mujer de las serpientes se anuncia con un cuadro antiguo, un cuadro como del Greco⁴⁷, un cuadro maravilloso, en el que hay serpientes y palmeras. Dentro está ella, y se enrolla a las serpientes, que saca de una tinaja como si las tuviese vivas y en aceite y vinagre, como angulas. Tiene una cintura pequeña y unas piernas con medias caladas, de aquellas de encaje con flores y capullos. A veces la aprietan tanto sus serpientes que se queja como las mujeres que tienen en el abrazo de la pasión una queja falsa y arrebatada. El domador, el hombre que saca la serpiente de la tinaja misteriosa, al oír la queja, la desenrosca las serpientes, y parece que es él el que la ha dejado de abrazar, el que ha aflojado los brazos.

Después se pone ella el sobretodo de Augusto de Circo ya sale al público. Es otra; ya no conoce a los que ha sonreído. Como todas estas mujeres, tiene dos personalidades, la de dar la localidad vestida de calle y la desnudarse cuando comienza la sesión.

La Tribuna, 12 de agosto de 1919, núm. 2.825, pg. 2.

Variaciones. La verbena del Carmen. Los retratos grotescos de las verbenas⁴⁸

Cuando parecía que se tendía a unificar las verbenas para matarlas, la del Carmen se escapa a la consigna y se establece en su barrio de siempre. Perpetuémosla en su barrio por si eso se acaba. (Esta vez ha podido la garrida y gachona Carmen convencer a los concejales; pero ¿y el año que viene?)

La verbena del Carmen es de las pocas verbenas que ya se llenan de gallardetes y de cadenas de papeles rosas, amarillos, azules y rojos de esas cadenas que parece que han fabricado todos los niños del barrio en una jornada interminable durante las vísperas.

Es verbena de barrio, verbena entre casas y calles, calles anchas y despejadas, calles casi desconocidas para los que no viven del barrio, pues el corazón de este barrio no es muy transitado y vive en un remanso confortable y tranquilo. (Es el barrio donde solo los muy enterados encuentran casa ideal. Por sus calles no aciertan a pasar esos que van muy desesperados buscando balcones con papeles por todos sitios.)

La verbena del Carmen parece que la prepara la Carmen en su casa –su casa limpia y modesta–, y que no es verbena de escándalo, sino baile de pueblo, en el silo y el patio de la señora Carmen.

Es una verbena a la que se va de visita, y no a ese paraje de desgarré y descoco que es el de las otras verbenas. Por eso todo escándalo en esta verbena es mucho más soez, y se ve la gran cara de caballo que tienen los que escandalizan.

Los “carrouseles” son los mismos de las otras verbenas: el de las barras doradas, el de las arañas de cristal, el de las pinturas y el negrito de madera, que da al manubrio del pianillo mientras el “carroussel” se mueve; el de las culebrinas doradas, el de los cerdos, que suben y bajan colgados de las refulgentes barras salomónicas. Son los mismos, y, sin embargo, en esta resultan más en el bazar del centro, más en el patio particular o en el jardín privado, donde se da una fiesta benéfica en que se “reserva la admisión”.

Los columpios de barcas son los mismos también, y aunque de nuevo hay suicidas que tiran con frenesí de la cuerda de la campana para dar la vuelta de campana, son más señoritas ellas y ellos más distinguidos. (¡Cuidado con esas regatas terribles que tienen una final trágico de clavarse en un pico de la valla que cierra el “embarcadero”, final como el de aquel criminal que al saltar a un patio se quedó clavado en la punta de la verja que separaba el patio de una casa del de la otra, o como el de la intrépida y

bella señorita del Circo Alegría, que al dejarse caer del globo pelotaba, se quedó clavada también de un modo parecido! ¡Cuidado!)

La verbena del Carmen en ese Chamberí un poco conventual y casero, está llena de Cármenes en la calle, dentro de los bailes, en los coches de punto, y asomadas a los balcones con sus blusas rojas o rosas, pomposas, majestuosas, como hortensias rojas y de perfume intenso. (Algunas, por salir de su barrio, se han ido a sitios lejanos, a parajes solitarios y sin bulla.)

La verbena del Carmen la preside la santa que da más cuenta de las cosas y la que más comprende lo que es la vida, la santa, como más humana y campechana del Santoral, la santa con mantilla en vez de manto. Sin embargo, es una verbena que resulta un poco deslabazada y casi sin carácter y como un lejano faro para que el comercio venda, y todas las tabernas y los tupis saquen sillas y mesas a la calle, iluminando sus cercados con las más potentes bombillas Nitra, que son para las pupilas quemaduras que las queman como con un nitra...to eléctrico parecido al nitrato de plata, y conste que ni trato de hacer un chiste, ni un juego de palabras. Las fábricas de luz que están en medio de la fiesta se ponen sus grandes pendientes de arco voltaico, que solo lucen en esta ocasión.

En general, en esta verbena todos resultan forasteros en la misma ciudad, forasteros respetuosos en un barrio burgués. Las familias partidarias de reuniones y franquichelas se citan en ella como si fuesen más decente que la de otros sitios, y juegan y disfrutan como en la salida de casa. La montaña rusa toma un aspecto de juguete de los pasillos de la casa cachupinesca, todo cobijado por las casas, todo abrigado por la civilización, todo protegido por las miradas y el [ilegible] de los empleados y de los caballeros sensatos que viven en este barrio. (Aunque llevan varias noches sin poder pegar un ojo, se aguantan con mucha prudencia. ¡Qué golpes en las venerables calvas los golpes del martillo en el aparato del paraguas!)

Como no se teme la retirada como en las otras verbenas más de arrabal, se alarga el festejo en esta, y por eso al irnos a eso de las cuatro de la mañana se dejan todos los puestos cubiertos y cerrados como con una cortina de alcoba, que, iluminada por dentro, solo tiene transparente una rendija, por la que nadie se atreverá a asomar un ojo, temiendo al rifle del pin-pan-pun, cuyo disparo con una jabalina con plumerillo sería incurable. Esos fondos de los tenderetes en la madrugada tienen un aire de tiendas de campaña con un recatado fondo privado y matrimonial. Tardan mucho en dormirse y apagar la luz, pues sus amos y amas echan sus cuentas por partida doble y habla mucho de catre a catre, prometiéndoselas muy felices para el día siguiente.

Los retratos grotescos de las verbenas

Numerosas son las fotografías que retratan al verbenero vestido de Charlot, de torero, o a la verbenera vestida de chula, o indistintamente al verbenero o a la verbenera en aeroplano o en automóvil.

Hay que pasar por esa experiencia. Se adquiere mayor experiencia de la vida, y se escarmienta de una vez para siempre. ¡A la liza todos! ¡Al agua patos!

La entrada es un poco vergonzosa, como en la caseta de la feria, como en el camerino del circo para vestirse de clown y salir a una pista por primera vez.

Hecho ya el retrato de primera comunión, el retrato con toga y numerosas veces el retrato para los periódicos en vísperas de los nuevos libros, era necesario penetrar en este establecimiento balneario de la luz como lleno de pulgas blancas. Es preferible al retrato de boda.

(Hasta alguna de estas fotografías pone en grandes letras que S.M la Reina ha penetrado en ellas y se ha retratado en aeroplano.)

Pasar el dintel de esa barraca es lo difícil; pero una vez dentro se encuentra uno en la caseta jovial, en la que el retrato resulta más factible de los que parecía.

De Charlot no debe uno retratarse nunca. Ese retrato hay que dejárselo a hombres más banales y que puedan soportar las piernas torcidas y esa corbata y ese bastoncito y ese hongo insoportable de Charlot. Esa fotografía de Charlot es la única que puede malograr a un hombre, y, sobre todo, si el Charlot es ese tan cochino que ostentan algunas veces en pleno

W. C. ¡De ninguna manera! Eso, dejémoslo a Juanito.

Ya de torero es otra cosa. Muchas veces se nos ha ocurrido que si no tuviésemos que ir a ninguna parte, ni ponernos delante de ningún toro, hubiéramos toreado alguna vez. En las fotografías estas se consigue esa aspiración. El pase es bastante decente, y el toro lo suficientemente de Miura. Desde lo alto de la tribuna en que hay que colocarse para transformarse, se dice al público que se interpone entre la máquina y uno: "¡Dejadme solo! ¡Dejadme solo!", y todos los focos se encienden y se sale en plena corrida nocturna.

El retrato de aviador es más sencillo y de una emoción más tranquila. El aeroplano no oscila, y se pega al estómago a la espalda en una sensación de altura, mirándose

a la arena de la barraca, como a la visión panorámica del campo. Sin pretenderlo, y como por instinto de conservación, se agarra el volante bien y con fuerza. Buscamos “nuestra casa” en el panorama borroso. Solo vemos bien la Plaza de Toros.

Las que se retratan de chulas son las que sufren más al retratarse; pero, al fin, cuando han encajado bien la cabeza en el traje y en el cuerpo del fantasma, todo el aire del retrato es garboso, interesante, medio de muñeca de cera, medio de verdad. La sonrisa puede mucho, y hasta vence en ocasiones la pegazón. Hay mujeres que se sienten con un cuerpo mejor que el pintado, y no quieren de ninguna manera retratarse de ese modo; pero hay mujeres cojas y un poco desiguales que aprovechan la ocasión de hacerse un retrato reformado que enviarán quizás a las Agencias de matrimonios.

Todos los que nos hemos retratado en estas barracas de la ducha luminosa hemos sido por un momento algo así como esos muñecos recortables y “vestibles” con diferentes trajes con que gustan de jugar los niños. ¿Pero cómo íbamos a perder la ocasión de tener el retrato jovial con que descomponer para siempre todo nuestro prestigio posible?

La Tribuna, 22 de julio de 1920, núm. 3.109, pg. 6.

Variaciones. Los recreos de verano y las cenas de Rosales⁴⁹

Madrid se defiende en verano, y procura excederse en finezas y fiestas para que no se vayan a veranear sus moradores. (Casi no puede decir sus hijos.)

Sin embargo, los ruidosos coches de ferrocarriles pasan, resonantes el salterio estúpido de sus cristales y tambaleantes sus baúles en la alta baca.

De todo hay en Madrid, y hasta si se quiere hacer una cura de agua se puede ir a ese rincón en que hay una sombra húmeda, como si se estuviese en pleno Mondariz, bajo las sombras reumáticas y junto a la tristeza del hotel con baños, piscinas, inhalatorios, manchas húmedas en todas las paredes y olor a toallas húmedas. Es antipático el rincón; pero es un balneario como otro balneario cualquiera, por lejano que esté.

La vida de noche de Madrid es la que es bien completa y variada si se sabe vivir. Todos sus recreos brillan y esplenden en la noche, y en todos hay miles y miles de bujías, quizá millones en alguno.

A lo lejos, Ciudad Lineal es ese recreo lejano que es agradable ver iluminado e la noche. El gran columpio eléctrico –que parece el aprovechamiento de un aparato de telegrafía sin hilos–; es un cohete que permanentemente cae y está cayendo allá lejos. A nadie se le ocurre subirse en ese columpio; pero se enciende, porque es lo que caracteriza a la Ciudad Lineal, ciudad de géometras, de aburridos de la noche, de suicidas, con un tranvía del otro mundo, con un bocinazo del otro mundo.

Sí. La Ciudad Lineal es como la ilusión geométrica, vaga, en el encerado de una ciudad humana. Yo no creo en ella. Es, además, el sitio de los suicidas⁵⁰ y de los desaparecidos, y de los que buscan un rincón en que acabar su fracaso o sus tisis. Todo es vago, incierto, abandonado en esa ciudad. Es una ciudad hipotética y deleznable.

En estos días, Ciudad Lineal tiene la antipatía de que parten hacia ella unos automóviles desbocados, raudos, que pesan sobre un espolarium de transeúntes despanzurrados horripilantemente.

Hacia la Ciudad Lineal van las gentes banales, que buscan al pueblo “proyecto de arquitecto”, proyecto de arquitecto que quizás nunca será realidad.

Dentro de Madrid, sin salir de su corazón, hay numerosos recreos. Todo solar, todo jardincillo, toda plazoleta en formación se convierte en campo de experimentación cinematográfica. La casita o caseta de los dos ojos y nariz brota en el centro de ellas, y allí se le ve sudoroso y martirizado al pobre operador, que parece el hombre que mira por el ojo de la cerradura, o el electricista que arregla la luz en plena confluencia de los chispazos.

El recreo de las Vistillas, que ha ocupado todo lo que era amplio campillo de las Vistillas, es el predilecto y es en el que se respira mejor. Es un inmenso recreo que aprovecha el declive natural del terreno, como rampa de patio de butacas, y se ven las películas muy lejos, como en la falda de la montaña nevada, por lo que los “films” hechos en el Panamá o en los montes como iluminados por la luna y la nieve, son los que mejor resultan. Este recreo es algo tan hecho en medio de la calle, que parece que han encerrado en su valla una fuente, un urinario, varios faroles del alumbrado público y hasta han encerrado a algunos señores que pasaban por allí y que de pronto se quedaron sin salida. Desde los últimos asientos de este recreo se ven titilar las luces de los caminos que están al otro lado del río, allí en lontananza. Se ve el Palacio Real muy en lo alto y como construido con piedra lunar por el luor (sic) que lo dibuja perfectamente, y se ve la Virgen de la Almudena, con sus dos faroles eléctricos encendidos, como faro antiguo del desgraciado que se le ocurra entrar en Madrid.

El Seminario, adusto como una fábrica, se levanta al lado del recreo, oscuro, hipócrita, sin una luz, aunque es indudable que algunos seminaristas se asoman sigilosos a los cuadros oscuros de sus ventanas.

En la valla de cañizo que viste a la valla de madera y que da la vuelta al ruedo hay siempre un anuncio de algo por el estilo de: EL MEJOR VINO DE VALDEPEÑAS. Es monumental este recreo, y en él se sienten de pronto, al llegar a lo alto de la noche, fríos súbitos, como si en pleno viaje ya fuésemos por León o pasásemos Puerto Pajares.

El recreo del Paraíso, con su circo, con su tiro al blanco por señoritas que parece que ofrecen su corazón como blanco, y los que disparan sobre los concéntricos círculos rojos parece que disparan sobre un corazón alegre. El recreo del Paraíso no tiene más defecto que tiene cierta cosa de jardines del Retiro, aunque pasan cosas graciosas, como que de pronto se suben al templete unos caballeros con sombrero de paja muy sobre el entrecejo y tocan unas polcas antiguas. Parecen señoritos aficionados y voluntarios del templete, esquirolas de la música de templete.

Esos recreos de los Cuatro Caminos, El Faro de Londres, La Estación del Metro y la Playa, tienen esa desesperada y fina alegría en los barrios de Melilla, junto a Tetuán, como a unos pasos del Gurugú y como junto a posibles escaramuzas. Tienen la calma flemática del que se lo está jugando todo siempre y se sienta en ellos, el que no tiene redención, el que no solo este verano, sino todos los pasará en Madrid. Las gentes secas, nada anfibias, que no conocen el mar, es en estos recreos de Cuatro Caminos donde se sientan.

El “recreo Metropolitano” es el que más ha resultado, aunque fuese del que menos se podía esperar eso, pues fue improvisado en un amplio corral de una ideal casa de vecindad, y que antaño, cuando iba a inaugurarse, cambió su destino el amo.

En alguno de estos recreos está siempre el gran Esteso –el Loreto Prado de los públicos–, que parece que trabaja a la misma hora en todos, en el del Norte y en el del Sur, en las Vistillas, que está en el Meridiano 80, y en el Metropolitano, que está en el 800.

¿Es que hay varios Estesos completamente parecidos? Sí. Parece que existen varios, como hay varios Charlots, o que el único salta de un recreo a otro como un saltamontes. La gracia respingona y genialmente patosa de Esteso llega a dominar las malas condiciones acústicas de la Naturaleza, secundándole la Cibeles⁵¹ y la niña Luisita Esteso, a la que el público pide que cante algo, como a esa niñas de la familia que se pone tan mona cantando. (“¡El relicario!...” “¡El relicario!...” “¡La brecolera!...” “¡La brecolera!...”

Tengo que hacer una cosa larga sobre Estesos para estudiar a ese peregrino artista digno de unas páginas de los buenos libros de literatura picaresca.)⁵²

Yo voy por todos esos recreos viviendo de ese modo la variedad de ambientes de la ciudad y la psicología de todos sus patios y sus vecindades. Todo el Madrid que no sale se ennovia con el que sienta en los asientos de sus recreos. Pero hasta de eso se puede prescindir, pues lo capital de esos recreos es su ciclo, sus distintos cielos y sus distintas lunas, entre las que se destaca la verdadera luna madrileña nacida en el barrio de Maravillas, y que se ha puesto el mundo por montera, llevando la montera ladeada, un poco a lo chulo. (Según avanza el espectáculo, ella va subiendo.)

¡Qué cielos más distintos los de un recreo y los de otro! Yo aseguraría haber visto hasta la cruz del Sur –que solo creen haber visto los que han ido a América– en el cielo de las Delicias, y así estrellas polares y estrellas de la zona tórrida.



En esta visión de los recreos de la noche madrileña he dejado a Rosales aparte, porque Rosales es como todo eso reunido y compendiado; es hasta en lo que respecta al cielo la vista panorámica de él, la visión total, ese mapa celeste, largo y doblado en forma de acordeón, que se despliega con trabajo y nos abruma al ver que nos perdemos entre sus líneas y sus signos.

Rosales es la lámina central de Madrid, y en su noche parece que se ve el punto de partida de los viajes y su punto de llegada, todo reunido bajo la gran bóveda de los cielos, y los ferrocarriles, como esos de los niños que van y vuelven a la vista del espectador y se les ve entrar y salir de los túneles, y se domina todo su trazado y recorrido.

Rosales siempre ha sido el borde de los abismos, la balaustrada sobre el Niágara del cielo y de la tierra, el sitio estratégico, no de Madrid, sino del mundo, la playa sideral. Muchas veces no voy a Rosales porque allí todo se desorbita y allí se pierde y se desquicia esa proporción de noche medida, como San Francisco el Grande, que nos es inefable observar desde otros asientos de Madrid. Rosales llena el corazón de sentimientos demasiados grandes y universales. En la noche, se entiende, Rosales es el mirador del mudo.

Siempre Rosales ha sido por eso la predilección de toda la gente. La noche de Rosales, antes de tener luz, cuando los ladrones robaban el metal de sus pocos bancos,

era una noche concurrida, pues hay muchas gentes a las que no importa destemplarse ni desconcertar su corazón, porque es un corazón desfondado y tonto que no está graduado, según una escala discreta y personal. Siempre ha sido así Rosales; pero ahora es un poco la obsesión de Madrid, y van a ver las corridas nocturnas del cinematógrafo –fueron diurnas en la realidad–, van a elevar la trompa al cielo, van a dormirse en el columpio entre el cielo y el abismo que es Rosales, y los más cucos van a cenar.

Estas cenas en Rosales son la novedad del momento, y yo he de declarar que es magnífico cenar al borde de los abismos, viendo parpadear las luces más intensas del mundo que son las de estación, viendo iluminarse los humos de las locomotoras que ensayan, viendo dibujados por sus líneas de puntos luminosos los caminos del mundo. Caen en los arroces que preparan allí tropezones de estrellas y se ensalsa todo con la azul oscuridad de la noche, porque no se pierde la oscuridad en el comedor gracias a que las lámparas son discretas y no ofuscan la vista que mira el cosmorama.

Sirven las cenas a esos puestos a lo largo de la rampa de las tiendas lejanas al otro lado de la avenida; eso si no sucede que, como suele suceder mucho, lleven cena de casa y vayan sacando de los papeles: el servicio, las ensaladas, los tomates y los platos de pan con sus bodegones dentro. Las mesitas de los refrescos se han convertido en mesas de comedor, y como hay tan gran profusión de ellas hay servicio para todos. A esas gentes que cenaban así en la Puerta de Atocha sobre las mesas de aquellas tabernas se las ha despertado el amor al paisaje, el deseo de cenar como con magníficos entremeses de estrellas, de trenes, de farolillos a vista de pájaro y de fuegos fatuos de los lejanos cementerios que se ven desde allí.

Y hay que reírse de todas las cenas en todos los balnearios, las PERLAS frente a todos los mares en todas las playas, al compararlas con estas de Rosales.

La Tribuna, 26 de julio de 1920, núm. 3.112, págs. 6-7.

Variaciones. Circos de verano⁵³

Los circos de verano se distinguen de los circos de invierno, ante todo y sobre todo, en que están vestidos de verano, con traje ligero y fresco. No tienen casi edificio sobre ellos, lo que es un poco como no tener ropa.

[...]

En el Circo Hipódromo ha habido una joven amazona distinguida, altiva, seria, que ha atraído al público que sigilosamente iba a humillarse frente a la amazona, cuyo gesto más afectuoso para los hombres es un exquisito gesto de desdén. Hija de Frediani, el gran artista de circo, y sobrina del otro Frediani, al que disfraza el mote de Beby, es la flor del círculo, pero no la flor del circo para hacer la película, sino la flor del circo auténtica, sin sentimentalismo, sin falsedad.

[...]

La Tribuna, 2 de agosto de 1920, núm. 3.118, págs. 6-7.

Variaciones. La continuidad de las verbenas⁵⁴

Cuando se las ve desde lejos, desde el riguroso invierno, las verbenas parece que van a ser interminables, largas, y que en el cielo se escribirán en letras luminosas los nombres de sus patronos.

Parece que van a tener una mayor alegría y una mayor eclosión, de la que después resulta que tienen.

La de San Antonio es la más mimada. Todos bajan a ella para rejuvenecerse, para encontrar su año pasado, para encontrar la misma despejada atmósfera, y aunque se encuentra siempre que está un poco más triste y más desanimada que el año pasado, sin embargo, como a todos les conviene inventar cierto delirio en la fiesta de San Antonio, todos hacen un gran esfuerzo. Sobre todo, los jóvenes que ha pasado por el "año" cuya transición se nota más en la vida, procuran imitar la locura de sus hermanitos menores sobre los caballitos y los cerdos del año pasado y resbalando por la montaña rusa, que van cepillando año tras año sus carruajes, convertidos en garlopas en medio de la constancia y la velocidad. La montaña rusa era más sinuosa, abismada y montuosa en mi niñez.

Pasado San Antonio, ya comienzas a confundirse unas verbenas con otras, y creemos que se nos ha pasado una cuando aún no ha pasado, y al revés, creemos que no ha pasado la que pasó.

Ahora, además, sufren un desarreglo intestinal las verbenas. En el alma de los que dirigen el cotarro madrileño no hay ninguna ilusión más que la de llevar un buen postre a su casa a la hora en que dejan la oficina.

Los barrios también han variado; están llenos de arribistas provincianos y de gentes a las que solo las gusta dormir cuando llegan las doce de la noche. Hasta parece que hay más enfermos que nunca, y que, por lo tanto, los organillos molestan más que nunca.

Nadie protege las verbenas. El verano que desaparezcan, Madrid será una ciudad más seca, más calurosa, con más bochornosa. Hay que ir a las verbenas para que eso no pase, y hay que comprar la efigie del Santo de cuyo cumpleaños se trata, porque las vendedoras no venden ni una en estas últimas pasadas verbenas.

Hasta hay que educarse para que pervivan las verbenas, o hay que estar educado no negándose a recibir ese instinto educado que se transmite de madrileños a madrileños, de generación a generación, sin que tenga que poner nada de su parte, aunque eso sí, tengan que no negarse a aceptarlo. Cegado ese instinto en los verbeneros, resultan cada vez más topos, y por eso no dejan de cantar durante toda la noche de verbena ese cantar inconveniente, estúpido, de una monotonía que coge a la cabeza entre sus topes:

“Bartolo tiene una flauta
 con un agujero solo,
 y a Dios le damos la lata
 con la flauta de Bartolo.
 Bartolo tiene una flauta

Todos debemos de permanecer abnegados, dadivosos y educados para salvar las verbenas, y para que los que las adornan enguarnalden y enciendan luces en el lugar de cada verbena. Si no, corremos el peligro irreparable de encontrarnos un año el lugar oscuro, intransitado y alumbrado solo por los faroles de los serenos.

La de Santiago, que acaba, es, por decirlo así, la más palaciega, la más distinguida, aquella a la que los caballeros deben ir con traje negro, y las damas con traje descotado y de cola.

Por la tarde, la verbena de Santiago, en su salón principal, que es la plaza de Oriente, es como la verbena de los niños, la reunión de todos los grandes juguetes de los papás en el sitio de sus juegos.

Los reyes de piedra de la plaza de Oriente se quedan detrás de los tenderetes, y pasan una envidia atroz de no poder subirse a los columpios. Es cuando más les cuesta y más dolorosa les es su inmovilidad; es cuando más pena les da tener esos capotones apolillados, zurcidos, sucios. A alguno ha habido vez que le han colocado una bombilla en la mano, o les han obligado a que tirasen del cable que sostenía un toldo. Se vuelven demócratas, condescendientes, plebeyos al llegar a estas fiestas.

Como no hay bastante espacio con el que hay al pie del estrado de la plaza, sube la verbena la escalinata, y últimamente la efusión de cosas y tenderetes ha sido terrible, como si hubiesen vaciado todos los desvanes de los comerciantes verbeneros. Resultaba destartalada, confusa, verdadera guardilla la bella plaza de Palacio.

La estatua ecuestre de Felipe IV queda estos días de verbena como oculta y desautorizada, subiendo más alto que ella esa gran rueda de canjilones, que imita en un enorme tamaño las ruedas giróvagas en que se divertían antaño los pájaros de las adivinatoras.

La gran serenidad de la plaza de Oriente es encubierta durante esta verbena, y el cochecito de los niños se encuentra con mil obstáculos en su camino.

Ese concierto silencioso, mudo, que se celebra en la plaza de Oriente, como saliendo por los regios balcones del teatro Real que dan a ella, no se puede concertar estos días, no logra armonizarse, no pudiéndose oír ni uno de sus violines.

Gracias que todos los años por esta fecha no están los Reyes en Palacio, que si no mandan meter en la cárcel a mucha gente.

Ha habido un año en que se quiso escamotear la fiesta de la plaza de Oriente, y hasta realmente se escamoteó; pero el cura se negó a sacar el Santo, y no hubo procesión. "Que lo saquen los de la parroquia en que se celebra", decía el párroco. Quizás por eso ha vuelto de nuevo a sus antiguos lares, ahí donde todos los elementos que son canallas en las demás verbenas se adecentan, se vuelven ingenuos, se adormecen

un poco, volviéndose la verbena como una de esas verbenas aristocráticas que imitan a las populares en los jardines reservados del Gran Palacio.

La Tribuna, 5 de agosto de 1920, núm. 3.121, págs. 8-9.

Variaciones. Los Jardines del Buen Retiro⁵⁵

A la larga he hablado en el Prado de estos jardines desaparecidos. Ni una palabra del pasado me gusta repetir nunca, y por eso voy a decir algo nuevo de los jardines, algo que despierte las albahacas y refresque Madrid. (¡Pobre “pulmón” aquel al que perdimos de una pulmonía típica!)

El recuerdo de aquellos jardines tiene la suficiencia de los más grandes ventiladores velipolantes, de los más locos tréboles giróvagos⁵⁶.

Los jardines del Buen Retiro crecieron primero –cuando fueron una parte de los jardines del Rey Felipe IV– sobre el terreno de la casa dedicada a la cría de aves raras, cosa que hacía que todos diesen el nombre de “gallinero” a aquel paraje, teniéndose que publicar un Real decreto para prohibir que se llamase a aquello el “gallinero” y ordenando que desde aquel día fuese llamado por todos: el “Buen Retiro”.

En toda aquella época se celebraban las grandes bacanales en el Buen Retiro, pues solían salir todos los caballeros que tomaban parte en las diversiones del Rey con la cabeza perdida, completamente embriagados. El Buen Retiro era, pues, la Cuesta de las Perdices de Felipe IV y sus secuaces.

Después, los jardines del Buen Retiro se asean, se adecentan, se preparan a recibir al público, volviéndose civiles y populares poco a poco, hasta que, por fin, un verano, huyendo de una lluvia de sol en el Prado, se trasladaron los públicos a esos jardines. Para formarse idea de esas cosas, no hay como oír a los cronistas de salones de esas épocas. Oigamos a un cronista anónimo de fines del XIX cómo relata el suceso escribiendo bajo la insuperable lámpara de petróleo, dulcificada por una de aquellas pantallas que eran como mantillas blancas:

“El Retiro surgió hace muchos años en una noche de ahogo, junto al carro mitológico de la diosa Cibeles, y desde aquel instante los madrileños que respiraron por el pulmón del Retiro, vecino a la “sartén” del Prado, vieron que era “bueno”, y así lo

calificaron; y mientras no llueva o ventisque con ráfagas de polvo, el Retiro es más que “bueno”, es excelente, porque sirve para todos los usos de la vida: para dormir y soñar, para comer y platicar, para urdir aventuras de esquina y seguir ondulaciones de cambios políticos, para conferencias reservadas de hombres de Estado, para “corros” grandes y chicos, para citas misteriosas, no clandestinas, como aquellas que suelen anunciar “La Correspondencia” en los “Avisos útiles”.

El Retiro cumple su misión oficial, y la luna también. Hay fiestas grandes y galanteos menudos; abanicos que “hablan” como cotorras, y encontrones a medida luz que se contestan a vuelta encontrada en aquella “pista” plagada de sillas y de imágenes madrileñas, de equívocos chispeantes, de frases picarescas, de efluvios de amor y de palabras cursis... ¡Qué bella confusión! ¡Qué rebullicio tan interesante! ¡Qué abandono tan familiar y que “tertulia” tan de confianza! Para retiro temporal no podría imaginarse nada más confortable, y para alivio de sofocaciones caniculares es difícil que en ninguna parte se encuentre jardín tan simpático, tan... “íntimo y agradable”.

¿Cómo era la cantidad de sombra de aquellos jardines? Eso es lo que hay que encontrar y divulgar.

Era la sombra y el fresco que se obtienen sin necesidad de salir de la ciudad, sin necesidad de subir sus cuestas, como en los jardines de un palacio venerable y antañón, como en los jardines de un palacio de Casa-Riera que cayese más arriba. Aquellas sombras tenían la calidad de las de un baile de máscaras celebrado en el jardín, sin perder la distinción y el encanto serio y pecaminoso que tienen los del Teatro Real. Aquellas sombras –que después han desaparecido en todos los recreos de noche– ponían un antifaz en los rostros femeninos cuando buscaban los rincones en que solo estaban con el antifaz puesto, temerosos y prudentes.

El fresco de los jardines del Buen Retiro no era el fresco que a veces se destempla y se vuelve tan desabrido en jardines más lejanos, sino el fresco refinado, confeccionado en las heladoras del restaurante y como un poco de la especie del helado de fresa que se sorbía a pequeñas cucharaditas durante la toda la noche.

La música tocaba en esos jardines con una intimidad que parece que no puede tener en los otros. Era como si aquellos jardines tuviesen mejores condiciones acústicas que los otros. La música, además, en vez de perderse como siempre que suena al aire libre, en vez de irse hacia lo alto, bajábase mezclada a los verdores, a las hojitas verdes, enredaba con los collares de las damas, se paseaba como una gran señora con traje de cola por en medio del jardín.

En el gran teatro, destartalado y lleno de sillas de iglesia, que eran movibles y eran trasladadas de un lado a otro con el ruido que producen las beatas en la hora de arrodillarse en vez de estar sentadas, se celebraba la función. Yo no sé por qué, sin haber estado sordo nunca, veo aquel espectáculo áfono, todas las primeras partes en fila en el proscenio y despidiéndose y saludando al público, que aplaudía, aunque indudablemente no les había podido oír. Muchos retazos y finales de ópera he atisbado en aquel teatro, siempre sin acabar de ver, siempre como en un gran almacén de harinas destartalado e inmenso, verdadero silo para la ópera y nada más.

Los espectáculos solo para los ojos hacían mejor, aunque todos eran como una despedida lejana de alguien que se va a desvanecer en seguida. La figura principal que recuerdo es la de Geraldine, a la que yo llamaba preferentemente la Giralbine.

La Geraldine era una mujer de esa especie de la Cléo de Merode, artista medio de circo, medio de calle y que, sin embargo, se proyectan en los escenarios y frente a los reflectores de barco o de costa, que las buscan desde el palco principal del centro.

La Geraldine era plástica, gachona, y tenía cara de bella joven madre. Tenía esos ojos que se salen y se quedan pensativos en lo que miran, y flotan solos en medio del teatro.

Hacía muchas cosas la Geraldine, porque es muy difícil defender el número de una mujer sola. Bailaba la danza de los velos, la danza de las banderas, la danza de las muletas de torero, muletas no solo rojas, sino moradas, azules, amarillas; la danza de las serpientes y las serpentinas, la danza de las mariposas más fantásticas y nocher-niegas, la falenas como mariposas de vidriera a contraluz y dibujándose sobre el rosetón de la catedral.

Era la Geraldine como una Pérez de Vargas que se adelantó a la de Vargas.

Su momento esencial era cuando al entreabrirse de nuevo el telón, ella se entreabría la gran capa de salir del baño eléctrico y las duchas eléctricas y enseñaba su desnudo entero vestido de mallot, el mallot blanco del maniquí palpitante.

El espectáculo del teatro no tenía realmente importancia, aunque era importante que supiésemos que se celebraba y fuésemos matando el tiempo sin entrar.

¿Cómo son comparables aquellos jardines del Buen Retiro con estos, que se podría llamar del Mal Retiro? De ningún modo. Están muy próximos, no es un vivero de árboles de un año, sino un vivero árboles magníficos el que puebla el Malo también, y, sin embargo, no puede compararse el desaparecido con el presente.

La diferencia está principalmente en la luz y la sombra, preparadas como por un gran pintor, por un Faustino Latour o por un Renoir. Aquel era el acierto maravilloso. Aquellas bombas colocadas sobre la guirnalda de hierro, que se repetía dando vuelta al ruedo principal y bifurcándose por caminitos reservados y discretos eran el secreto encanto de la fiesta. Aquellas bombas no tenían nada que ver con esta instalación como provisional de bombillas colgantes de unos alambres finos, bombillas agresivas, con su chispa al aire, delatadoras de todos los rincones incapaces de consentir la conversación profunda y en tono un poco dramático de las conquistas, luces de “kermeses” benéfica.

Sí. Todo el defecto de los nuevos y malos jardincillos actuales del Buen Retiro es defecto de luz y de falta de caminos radiados y transversales. ¡Qué gran desaire terrible al dar la vuelta al ruedo iluminado, como las plazas de toros en que hay Charlots y Llapiseras!

La Tribuna, 7 de agosto de 1920, núm. 3.123, pg. 6.

Variaciones. Las corridas nocturnas⁵⁷

Primero parecía que esto no iba a durar mucho tiempo, que iba a ser una de esas variaciones del toreo, como la de los perros, las medias lunas, la plancha en los cuernos del toro, las suertes con los pies atados sobre una mesa, el toreo metido en una cuba. (También parecía que esto iba a matar a lo otro, atacándolo con la peor arma, la de lo grotesco.)

Hoy ya se ve que se sostiene.

Los toros están tan en la sangre de todos –todos tienen sangre de toro–, que basta que sean evocados para que el público ponga toda la emoción que les falte en la evocación. Así –parece mentira, con lo aburridas que resultan– las películas que más se aplauden, se jalean y se ríen con risa de tendidos y andanadas son las películas de toros proyectadas sobre las sábanas tendidas en los recreos al aire libre.

¿Durará, sin embargo, mucho tiempo? Por sí o por no, describámosla en serio en este historial de lo más pintoresco que sucede a nuestro alrededor. Entre los documentos que hay que meter en nuestra Arca de Noé, uno es el relativo a las corridas nocturnas.

Las primeras tenían menos luz. Ahora, cada año, hay más racimos de focos sobre el gran ruedo. ¡Gran emparrado de arcos voltaicos! Se desea que el público de un lado

vea con nitidez al del otro; pero aunque se consigue ya descifrar ese montón de óvalos blancos sobre fondos negros que dan siempre a las fotografías, no se distingue bien, como con el sol, al señor que ha gritado el grito bárbaro, no a la señora de hermoso busto. Los focos ponen mucha claridad, pero una claridad corta de vista.

La ida a los toros nocturnos tiene algo de huida de Madrid porque viene el temblor de tierra. Es tan rara esa gran cabalgata nocturna. Parece también que se abandona la ciudad porque los alemanes ya están encima.

Muchedumbre de fuegos artificiales, muchedumbre que va ver el eclipse total de luna o los rafagazos que da con su cola el cometa Halley, desconcierta por su número y persistencia en pasar. Como el camino está oscuro, se hace más compacta y más larga la multitud. Brillan los mantones de crespón y se ven las botas negras hinchadas de pez, de oscuridad y del tinto de la noche.

Tiene todo el aspecto de un viaje largo y a pie que se comienza de noche para estar ya en el punto de destino cuando apriete el sol. ¿Son peregrinos que van a la ermita del Cristo de los Suplicios? Porque para el Cerro de los Ángeles no es ese el camino.

En la Glorieta de Bilbao hay unos coches cuyos cocheros lanzan un “¡Aoe!” insistente, y como se sabe que de allí se ofrecían con voces por el estilo y de allí partían también en lo oscuro de la noche para tener cogido buen sitio cuando rayase el sol, los coches conducían público a ver las ejecuciones que se celebraban en los descampados del Norte de Madrid, se sospecha si de nuevo se recluta gente que va a ver dar garrote vil a los gitanos del crimen.

Solo agregándose a la multitud se comprende dónde va. Después del largo camino oscuro –debía estar señalado con gallardetes con bombillas de colores– se destaca la plaza iluminada como un gran cine o un gran circo. Todo quiere aparentar que en aquellos alrededores que se trata de una corrida de tarde, y los vendedores venden las mismas futesillas y las aguadoras despachan agua para la sed de la noche, y hasta las abaniqueras quieren despachar abanicos para el sol de la noche.

Ya allí se ve la puerta de la Plaza de Toros, puerta de gran Generalife, por la que, sin embargo no penetra a gusto la gran multitud, y los valientes cancerberos y revisores, detrás de su burladero, se ven negros para poder contener la gran avalancha.

Se parecen demasiado los grandes coliseos a las plazas de toros. Siempre que entro en la plaza me da la misma sensación que cuando entré en el Coliseo de Roma, la misma sensación de entrar por lo bajo, por los sótanos, por debajo de la caja de la escalera camino de la luz y el espectáculo bárbaro. Es la misma sensación de ir a sacar

la cabeza allí en lo alto enredada en el sol. Y como en lo lóbrego de la subida se piensa que allí se celebra la fiesta de sangre y carnicería, huele como allá lejos, a cadáver arrastrado o a esa cosa cruda que queda pegada a los carros de la carne.

Todo en la avidez, en los tipos, en la gran unanimidad, tiene aspecto de ir a asomarse al espectáculo de las fiestas comiéndose a los cristianos. Todos subían como por la rampa de los leones. En realidad, es ese el sentido de la curiosidad y del gran apresuramiento con las mandíbulas apretadas.

La sensación de la puerta en arco de la larga visera que da ya al tendido, como una puerta abierta en un grueso muro de gran muralla, es una sensación de día de gran luna, aunque una luna de luz densa, lactada, una luz llena como de polvos de luz.

Da frío esta plaza iluminada por la luz artificial; pero esa multitud está empeñada en no sentir frío, como lo sintió hasta tiritar, cuando antes de pensar en las corridas nocturnas se utilizaba la plaza para que tocasen y cantasen los orfeones, los pobres orfeones, que recuerdo cómo se iban quedando solo, desairadísimos, ahogados en el mar desierto de la plaza.

Multitud de los grandes circos de Norteamérica parece esta multitud que se aglomera en la Plaza Nocturna.

En efecto, fiesta de gran circo es esta fiesta, aunque en vez de ser el toro ese perro travieso vestido de toro de las corridas de circo, es un toro de verdad. Tiene todo el efecto de ese número en que los dos payasos de cejas altas sacan el baúl de mimbre ante el que el público aplaude porque sabe que allí están las capas y los arreos de toreo.

Bajo la luz de los grandes estadios para la película también vamos a presenciar la confección, más que la proyección de una película, una gran película que proyectará después en las noches del Canadá la casa constructora.

El despeje de la cuadrilla con Charlots, Llapisera y su Botones al frente de la cuadrilla es tragicómico, porque si ellos son divertidos y burlones y parecen unos capitalistas que se han lanzado al ruedo y abren paso, como los golfos, a la tropa seria que viene detrás, los pobres toreros son unos desgraciados vestidos gravemente con su traje de luces, andando con su flamenquismo jacarandoso, dispuestos a ser y seguir siendo toreros y a lucirse como toreros. ¡Qué gran contradicción entre unos y otros elementos!

La salida del toro en la noche iluminada por los arcos voltaicos es tan fiera como en el día de sol. No mira siquiera la luces; no distrae su impulso; tiene el mismo

arranque retador y valiente; la cabeza erguida, como la de los toros dignos que no tienen miedo de nadie.

Es un toro de novilleros, pero no muy esmirriado, y sobre todo, sus cuernos tienen la puntiaguda forma de todos los cuernos. ¡Y pesar que le van a matar de veras en broma! ¡Gran juerga para después de cenar una cena opípara –conejo con tomate– y avinada, de borrachos!

Las bromas son incesantes; pero solo unas cuantas merecen la hilaridad, pues son como grandes verónicas de guasa, hermosos faroles de chistosidad, coleos de retruécano, saltos a la garrocha sin garrocha, solo sobre la pértiga del chiste.

Parece que juegan en la plaza pública a torear a un golfillo cualquiera, pues se sorben el miedo, y todas sus expresiones son alegres, aun después de los agudos y dolorosos puntapiés que les da el cuerno.

Los picadores no son picadores de mentira que empujan con el palo de la escoba, sino picadores de verdad que clavan su lanza con punta de abrelatas, y que pierden el caballo destripado en medio de la broma. ¡Gran navajada en la tripa del mediador en las bromas de los borrachos!

El toro grita con esos berreantes gritos de mujer que ha perdido a su hijo cuando siente los agudos pinchazos de la pica, que le ha picado donde más duele, y cuando le ponen los arpones de las banderillas, cuyos anzuelos le tiran de la carne viva atrocemente y le dan un pellizco interior de garabatillo.

Llapisera y Charlots ríen de sus arrebatos, y no les importa la sangre, y los caballos muertos les parece de esos con haldas dentro de los que se mete el picador de circo, que soltando unas largas tripas de trapo en la hora de la falsa cornada, los deja tirados como verdaderos cadáveres. Hasta Charlots y Llapisera hacen posturas de Don Tancredo sobre los cadáveres que se van hinchando, y resulta un cómodo pedestal.

Todos están ya un poco defraudados. Todos como sucede también en las corridas de tarde, se prometen un rato más divertido [...].

Las muertes de los toros, con lo que se ha estado jugando, resultan atroces. Quizá el mismo público se da cuenta; pero, como Isabel II en aquella corrida sin matanza que se dio en la Exposición de París, se asomó a un palco, gritando al que tenía orden de señalar solo la muerte: ¡Mátalo! ¡Mátalo!, y tuvo que matarlo, todo el público se levantaría a una gritando: ¡Mátalo!

Sobre todo, las muertes como vómito de sangre hacen que sea más injusta aún la muerte del toro, tan penosa como matar, porque “ya topa”, al corderito con el que ha jugado el niño.

Los pobres toreros cada vez andan más huidos, temerosos de intervenir en serio en una fiesta tan estrambótica, con algo de capea de pueblo, de corrida de los zapateros, y de patosa y cínica corrida de los “chauffeurs”. Solo se destacan esos tres “vivos”, que han sabido acertar con una profesión de buenos rendimientos, aunque siempre conserven sus desgachamiento de viajeros en los topes. Llapisera parece un farmacéutico que tuvo que dejar la carrera; Charlots, una máscara fracasada, y el Botones, un fracasado alambrista del Prado. Su genialidad, sin embargo, resplandece, y el uno es Don Quijote, y el otro Sancho, y el otro, un discípulo de tan clásicos señores.

La noche ha avanzado. Los toros parpadean de sueño y dejan caer lágrimas de candela. Hay muchos que se van antes de que acabe el último toro. Hay que alcanzar un tranvía, porque, si no, es muy triste tomar el trayecto de vuelta a pie en plena oscuridad, reconviniéndose uno por haber estado en la soporífera fiesta de la plaza. Los relojes, bajo la luz blanca, señalan, con un gran brillo de esmalte sus esferas, unas horas incongruentes y desalmadas.

Ni con vino, ni con grandes tragos de la bota grande, se puede animar la fiesta. (Sin embargo, la próxima noche de corrida nocturna volverá la gente a tomar el camino de la plaza, buscando esa gran fiesta que siempre espera gozar y que nunca encuentra.)

A la salida, la desbandada es lamentable. No hay coches enjaezados por un mantón, y no se oyen ni los gritos de las verbenas.

El Nerón presidencial y su señora toman su automóvil.

De la oscuridad, de la melancolía y el desconsuelo que ha puesto en algunos pobres hombres solos la noche y de la borrachera, abusan las pelanduscas, la flamen-cas que van a esa fiesta en que todos estamos pintados con tinta china sobre el papel blanco de la noche, llena de focos eléctricos, de recluteo, como a un entierro de la sardina nocturna.

¡Penosa fiesta, agria de luz!

La Tribuna, 4 de septiembre de 1920, núm. 3.147, pg. 6.

Variaciones. Los caballos de los toros⁵⁸

En este Madrid, cuyo lema es, además del “Pan y toros”, “¡Viva la Pepa y el pan a dos cuartos!”, y en esta España, que, como decía Ricardo de la Vega, “Teniendo toros esta nación, no necesita Constitución”, se siguen matando caballos en todas las corridas de toros de Madrid y provincias, y hasta en muchas de los pueblos.

[...]

Cada día que pasa es más insostenible la suerte del caballo en los toros. Se humanizan las cosas un poco más, aunque no se haga propaganda sobre todas ellas. Parece que una evolución rara se opera en las cosas, y que no solo el mono va a tener el orgullo de haberse hecho humano. En el caballo rendido por muerte violenta en las plazas se ve cada vez más el tipo de víctima del asesinato, el pobre ser muerto de la muerte común, cada vez más dormido en la muerte en que dormiremos, aunque pueda no ser tan violenta su causa.

El gran caballo flaco avanza. ¿Lo definiremos como el de Don Quijote? No. Ni tampoco como los revisteros, que lo llaman sardina, penco, fideo, arenque. Para que resulte más barroco, lo definiremos como Quevedo pinta un caballo: “Más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo, la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábasele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía a cargo en el ganarle la ración... Ese rocín, que de puro flaco, cuando tira coces se les desgajan las ancas... Dos leguas de rocín exprimido que me dieron.”

El caballo de los toros suele ser el pobre caballo de los coches simones, enflaquecidos por el enorme trabajo de las “carreras” y las “horas”... ¡Cuántos millones de veces no habrá subido la cuesta de San Vicente, la cuesta más empinada del mundo y la más difícil de subir! Un cochero y un caballo prefieren subir por los desmontes que sean necesario a la odiada cuesta de San Vicente. Hasta subirían el Mont Blanc con más encanto.

Ese caballo enterado de nuestras señas que nos ha hecho llegar pronto a tantas cosas, y que es como el ser que ha galantería porque ha ido a la Cuesta de las Perdices muchas veces y ha conducido a la pareja y ha corrido con fe hacia la boda, es el que muere una tarde en la plaza sin derechos pasivos, sin respeto, sin que nadie se acuerde de que fue en él en quien se montó en aquella hora de urgencia o de deseos pacíficos por Madrid.

Parece que le duelen las muelas o que se le ha hinchado un ojo. Su montura es vieja, triste, pobre como un corsé de vieja miserable. Sus piernas tienen e[]sión atemorizada que ha dejado en ellas el látigo del cochero, y sale dando las “espantás” que daba cuando rompía a correr saliendo del puesto de coches. “Cabalgado yo que siempre he tirado de un coche”, se dice él sospechando de tan gran honor y escamado como si le llevaran a la guerra o a acometer al espanto.

En esa hora de muerte cuya cornada todos vemos antes de que se realice, tiene todo el tipo el caballo de la bestia desnuda, de los caballos, no del Apocalipsis, sino de los que se levantarán de los muladares el día del Apocalipsis.

Su único ojo libre nos mira como un ojo humano y que lo comprende todo a través del amplio cristal negro de unas gafas ahumadas.

Tiene paradas de caballo que ha sentido la serpiente, que ha presentido la víbora.

Es como la desnudez del pobre viejo que sale a bañarse desnudo a la presa en que va a morir, o si es yegua, la pobre mujer vieja –pensionista o modista que cose por las casas– que se baña en el mar que la ha de matar.

Su cabeza se ha alargado, haciéndose trompuda, de pesado hocico, y sus dientes delanteros le han crecido, como a los señoritos degenerados y a las señoritas degeneradas.

Su última figura tiene algo de jirafa, pues su cuerpo se contrae, su cuello se alarga y se pone un poco de puntillas sobre sus patas delanteras al echarse hacia atrás en el momento del pánico.

Es corto el tiempo de su última exhibición en que parecen reos de auto de fe, con algo del tipo de aquellos pobretones vestidos con el sucio “sambenito”. Si son blancos, la semejanza con esas víctimas es mayor. El pañuelo les da mucho aspecto de sentenciados a los que se les ha puesto eso para que jueguen a la gallina ciega con la muerte, fusilados a los que se les ha levantado la venda sobre un ojo y ven todo lo que sucede con mayor y más honda perspectiva que nadie.

En seguida sienten el toro y se clavan en sus ijares las cornadas del miedo. Corren apretados por ellas, cohibidos y escabullidos, con cuartos traseros de lenguados, juntadas las caderas por la presunción de lo que va a pasar.

Se ve que se quisieran poner de manos para accionar con sus manos frente a la presidencia y el público, y pedir conmiseración. Les posee un férvido deseo de ponerse

de manos o de huir hacia las nubes, como caballos de Santiago. Parece que andan con azoramiento terrible del que sube al cadalso.

Y el toro se dispara sobre ellos, hiriéndoles como un rayo. El cuerno les escarba dentro, les hace un hondo cono, opera en ellos como un berbiquí, obra en molla como la navaja del gallego en el fondo de la sandía o del pan, arrebañando bien.

La cojera del caballo herido es “cojera del corazón” al mismo tiempo que de la piedad. El estirar la pata de la muerte se presencia en la vida aún del caballo, y a veces estira cuatro veces la pata porque sufre cuatro cornadas definitivas en cada una de sus patas.

¡Que le den cloroformo!

Sus tripas cuelgan como la de una butaca destrozada, y parece que les cuelga todo el burlete de los balcones del invierno. No llega a creerse que aquella es “charcutería” palpitante que anhela con vida en las entrañas, aunque a veces se ve que salen de ellas el humillo de la salchicha recién cocida. Como a butacas, les recomponen allí dentro, cosiéndoles con la aguja de los estereros.

Lo malo es cuando hay chorro de sangre, chorro de sangre de puñalada, chorro de cañería rota. ¡Su ojo llora lágrimas de azabache!

Y, por fin, cae, cae como un monumento enflaquecido, la frente lívida y el tupé despeinado como el como el de los actores trágicos en el momento en que simulan la muerte. Su corsé cae desajustado, y en seguida se lo quitan, así como la cabezada, como si fuesen heridos a los que rebasan en el campo de batalla. Completamente desnudos los caballos, son las criaturas muertas con comodidad.

Cuando hay que clavarlos la orcajata (sic) en la cabeza es más aguda su muerte, y el estiramiento de sus patas es mayor, creciendo como camellos en la muerte.

No es admisible esta muerte injusta y villana, no porque las mujeres y los extranjeros se pongan malos y se tapen los ojos, sino por dignidad humana, por amor propio, por lo que de caballo tiene el hombre.

La Sociedad de las Naciones ha debido de ocuparse de esto.

Aunque algún sensible corazón de torero, como Minuto, inventase una coraza para el caballo, no es así como hay que arreglar el asunto, pues siempre quedará un intersticio para la cornada, que precisamente busca el calor de las axilas y las buenas rendijas que son para calar hasta lo más hondo.

Hay que picar en motocicleta.

La Tribuna, 10 de septiembre de 1920, núm. 3.152, pg. 8.

Variaciones. Los que juegan al chito⁵⁹

Desde hace una temporada, como los talleres y las fábricas se cierran temprano, junto a las verjas de los jardines y en las explanadas que quedan libres junto a las tapias, y en todo trecho en el que queda una fanega de tierra libre, numerosos grupos de trabajadores se ponen a jugar al chito. En esas congregaciones de gentes se destaca la blusa azul, de un azul retinto en azul, más que azul puro, uno de esos falsos azules que tienen los días de lluvia torrencial los cielos engañosos, para el que se despierta en una mañana que le conviene que sea azul, aun contra el mismo parecer de cielo. (El día del traje único, que forzosamente tendrá que ser azul, habrá que cuidar mucho el azul en que se tiñan las bobinas interminables; los mejores artistas, los más sensibles al color presenciarán esa estampación.)

Se ve en esa multitud que juega al chito una humanidad mezquindosa, preocupada por el más terreno de los juegos, el juego que hace arrastrar más la mirada, el juego que crea las miradas bajas y traidoras.

¿Por qué gastan así el hermoso tiempo que han ganado para divagar y que vale más que todos los aumentos de salario posibles?

Es interminable el monótono lanzamiento de los tejos contra el chito tieso, cargado de monedas de cobre la cabeza, emborrachado por la cantidad que ostenta muchas veces, muy apurado el pobre chito, al tener que mantener el equilibrio difícil que mantiene un mozo de café que lleva un servicio de quince cafés en la cocorota y sin ayudarse de las manos.

Pero bueno; en ese grupo numeroso todavía están bien los jugadores; pero lo que miran jugar son los que están mal, son los que sobran, son los que ponen la vista como animales de vista baja en lo que les interesa.

¡Mirad al cielo; levantad por lo menos la cabeza hacia otras cosas!

El chito hace a las gentes obsesionadas, ruines, pendencieras, porque pasan largas horas en que no piensan en nada, en que solo rumian la tierra.

Para esas horas de más que tiene el proletariado debían construirse grandes recreos variados, quizás grandes salas con revistas, mecedoras, mapas, cuadros. Solo dignificando esas horas se iría bien y directamente hacia el fin.

En la multitud que ve jugar al chito hay atención estúpida, malgastada, abundante, atención baldía y desangradora. Es idiota también ese interés que aparentan tener los extraños por la jugada de los otros, en sacar la cabeza mucho para ver al que apunta, esas sonrisas maliciosas, ese levantarse de los que están sentados ante las jugadas difíciles, cuando el chito caído en el duelo a muerte, tiene desparramadas a su alrededor las monedas, como tiburón que se come a los boquerones.

A nuestros paseos tranquilos, entre gentes que se dedicaban al paseo, quizás a la marcha forzada, pero siempre amena, o la contemplación de las cosas, les ha quitado encanto esta multitud de vagos, que hasta están matando la dignidad de vagar, la mirada baja y observadora, el continente abierto, la comprobación extensa de la vida que hace el que vaga.

La Tribuna, 20 de julio de 1921, núm. 3.420 pg. 3.

Variaciones. El que le ha tocado el sillón de mimbre⁶⁰

Infinitos sillones de mimbre hay ya por el mundo. ¡Delgados asientos!

La culpa la tienen las verbenas, sobre todo. A todos les ha tocado alguna vez un sillón de mimbre, si no les ha tocado uno de esos niños con el pelo un poco rojo y las piernas torcidas, que son los rorros de las verbenas, que después espesan de chiquillería la ciudad.

Aquel al que le toca el sillón de mimbre no sabe lo que hacer con él muchas veces; pero tampoco sabe desprenderse de su premio. “Como es noche, Madrid apenas me verá pasar con el sillón auestas.” Y el pobre caballero comienza el camino de su calvario. Primero lleva el sillón con elegancia, como quien traslada del bracete a una señora pesada, la silla que hace falta en el comedor cuando hay muchos invitados; después se para a reflexionar, pensando que los sillones de mimbre debían poderse plegar y por fin se lo echa a la cabeza, metiéndose en la jaula de su miriñaque. ¡Qué comodidad entonces!

Sumidos en un sillón de mimbre, como si fuesen enjaulados por la inquisición, hemos visto pasar a los abrumados por la suerte del sillón. Iban como borrachos, a los que se les ha subido a la cabeza el sillón de mimbre, como uno de esos aguardientes de caña o de palma, que son tan fuertes. El sillón les enmascara un poco, les encierra detrás de la celosía del claustro; pero de todos modos se ve que son señores muy serios, que a veces tienen hasta barba. Parecen también viudos que han vuelto a jugar a los juegos de prendas y les ha tocado hacer esa penitencia para pagar una prenda, penitencia que se parece a la de poner cuatro patas en la pared.

Solo habría una solución para aliviar esta buena suerte del que ha ganado un sillón de mimbre, que sería la de que se fuese sentado en él por el camino. No se atreve a eso el agraciado, que sería una cosa insólita la de ese transeúnte sentado en una calle que no era la suya, ni ante su portal, ni siquiera frente a un puesto de refrescos; los serenos acudirían presurosos a detenerle y a socorrerle, llevándole a la Delegación en andas, sentado en su asiento de mimbre, como si fuese el hombre que va a dar a luz, por la semejanza del procedimiento traslaticio con el que se una con las que sienten señales de alumbramiento en la vía pública y son trasladadas a la Casa de Socorro sentadas en la silla de la portera.

El pobre ganador del sillón de mimbre parece llevar a la cabeza una de esas cabezas de todo de mimbre con que juegan los chicos en la calle, y ese es ya el "inri" de las imágenes que sugiere.

Por fin, ya rendido durante el último trecho, lleva a rastra y de las orejas a su sillón de mimbre, produciendo un ruido desagradable que da tristeza a toda la calle, y en los descansillos de la escalera de su casa tiene el gusto de irse sentando y de descansar.

La Tribuna, 2 de septiembre de 1921, núm. 3.457 pg. 4.

Variaciones. Las kermeses de antaño⁶¹

Los que dicen que no hay nada mejor para quitarse el calor que una taza de té bien caliente, no conocen el procedimiento del baile en las "kermesses" del verano. Nada que aligere tanto la pesadez del verano, aun cuando parezca una paradoja, como lo del té que quema.

Por eso las “kermesses” están llenas de parejas que se consuelan, que echan fuera todos sus sudores y se enjugan unos en otros.

Ese vientecillo que desparrama el baile y ese ruido de los pasos, es algo que acaba por refrescar las frentes.

Por eso las “kermesses” son cosas del verano madrileño, desde hace muchos años, como medio de combatir los rigores del calor. Ahí están esas estampas que reproducen a las antiguas mamás y a las antiguas parejas, a aquellos chulos del sombrero de copa, porque aún no se conocía el sombrero de paja.

Alivian el verano de Madrid las “kermesses”, y hay una especie de baile de la horchata en esos solares llenos de la luz clara, blanquinosa, movida como mueve el hielo los horchateros en las grandes alcarrazas de metal y corcho.

El que pasa por junto a esas vallas que cierran las “kermesses”, con un burladero en la puerta para que no se vea desde fuera el espectáculo, se asoma a las inevitables rendijas y a los inevitables monóculos de la madera, sorprendiéndose de ver un espectáculo tan serio y tan obsesionado. El que mire por la rendija antes de entrar, no entrará quizá en las “kermesses” si no es un empedernido bailarín.

En las “kermesses” de antaño estaban iluminadas por una luz que era más soñadora que esta de los focos; la luz de los farolillos a la veneciana. Eso permitía que quedasen más sombras entre las parejas, y aún más a unos y a otros. Ahora destaca demasiado el espectáculo la vivísima luz de los focos.

Esa música de soldados, esa música de inauguración de tienda que salta desde los templetos de las “kermesses”, es la ducha de frescor que acaba de hacer temperante el espectáculo.

Tan de playa madrileña es esta diversión de las “kermesses”, que parece que la que sale a bailar sale de la caseta acompañada por el bañero galante.

La Tribuna, 12 de septiembre de 1921, núm. 3.465 pg. 4.

Variaciones. Conciertos⁶²

Además de los conciertos de los [], ya surgen en Madrid numerosos conciertos en que el artista extranjero alquila un piano o saca de su maleta el violín y

escoge la Comedia o el Español para hacer cosquillas a los espectadores o percutirles sobre el corazón.

Los conciertos madrileños tienen una atmósfera de gran visita íntima y de cumplido al mismo tiempo. Los conciertos en el extranjero, en París, sobre todo, son más desesperados, y la gente está separada por un extranjerismo que aísla a cada uno de los espectadores y le desgrana del conjunto, Nadie se conoce, ni se quiere conocer, ni es otra cosa que un náufrago en la gran ciudad. Tiene el espectador por ahí un aire de adustez, de sordidez, de “macrotismo” de la música, que crispa. Se trata de grandes pecadores que han tomado por lo trágico la religión, que confiesen sus graves pecados, sus fuertes instintos, sus durezas.

Los conciertos madrileños siempre han sido así, siempre han tenido este gran candor, sitio preferente para el enamorado. Silverio Lanza buscaba por todos lados y se las ingeniaba de mil maneras para conseguir una butaca en el concierto al lado de la distinguida dama que después fue su esposa.

Estos conciertos madrileños son enternecedores. Hay que verse en ellos para sentirse vivir oficialmente, con todos los requisitos apuntados al margen de la vida, constando así la toma de posesión de la semana que pasa. Lo que abarca la vista de todos es sorprendente, pues es la gran distracción del concierto buscar los rostros de todos, reconociéndoles y hasta contándolos, aunque parezca imposible, como en los banquetes llenos de gente, en que veinte veces se recomienza la contabilidad de los asistentes, hasta que al fin, como hay mucha tregua para eso, durante la comida se consigue saber.

Constantemente, en grande y en un único local, se han celebrado conciertos en el teatro del Príncipe Alfonso, en el circo de antaño, en el teatro de la Zarzuela, en los Campos Elíseos, en los Jardines del Buen Retiro y en el Teatro Real. En el teatro de los Campos Elíseos hizo fijar Gaztambide, a la cabeza del programa en que se anunciaba la obertura de “Tannhäuser”, la primera obra de Wagner que se “proyectaba” sobre el público de España, la siguiente nota:

“Está en estudio la gran obertura de la ópera “Tannhäuser” (música llamada del porvenir), del maestro Ricardo Wagner. El director de la Sociedad de conciertos cree que el inteligente público de Madrid debe conocer esta música, que tan acalorados debates ha producido en el mundo filarmónico, y no ha vacilado en su propósito, a pesar de las grandes dificultades que ofrece su ejecución”.

¡Ah! Pero el público de Madrid, intuitivo y con comezones de rebeldía a veces –según le da y si no hay letra de por medio que se le atragante–, aplaudió desde el primer momento a Wagner.

Ante esa comparación de los conciertos de antaño con los de ahora, con un punto común de público ingenuo, sincero, con esa reunión de los viernes en un gran gabinete en que los de Castilla reúnen a sus amistades, se me ocurre hacer una pregunta un poco desconcertante, pero sincera: ¿Son las mismas aquellas piezas a estas, puesto que llevan los mismos títulos; son de los mismos autores que eran, y fueron y son tocadas por tan buenos artistas?

No son las mismas. Son profundamente diferentes. La obertura de “Tannhäuser” del año 68 y la de hoy son radicalmente distintas. La novena Sinfonía de Beethoven del año 65 y la de hoy son desesperadamente diferentes.

¿Qué por qué? Ya es más difícil la explicación, si no hemos estado conformes de antemano con ella, al plantear yo el caso. Es distinta la misma obertura, la misma Sinfonía, hasta el mismo vals, porque en un momento conmovió cierta modalidad del espíritu del público, romántica, equivocada sobre el porvenir, sin idea de casi toda la psicología del tiempo presente, más vivos sus instintos inmateriales que los sexuales, distinto el aspecto de la ciudad, distinto el menage de su casa, distintos los cronistas, los novelistas, los poetas en que creí, etc., etcétera, y todo eso era lo que mimaba, evocaba y daba visa intensa y manifiesta como en un veráscopo animado, la música de las mismas partituras que hoy evocan una vida diferente. Esa oposición de la psicología de una época y la de la obra hay entre la misma obra tasada sesenta años ha y tasada hoy. Tiene matices más diferentes, evoca mayor progreso, reanima hasta el aeroplano. En el cielo, esa novena Sinfonía de Beethoven, que ayer era más sutil, más honda, más “bobalicona”, como se podría decir si nadie lo toma a desacatado, porque ese adjetivo está puesto sobre el de la genialidad.

Lo que son es magníficos los conciertos madrileños, pues son conciertos en corro, con miradas que cercioran a los contemporáneos de que viven, de que aún pueden verse y sentirse orgullosos y desdeñosos. La vanidad de vivir, una vanidad en bruto en casi todos, se desparrama por la sala, y una instinta e injustificada suficiencia encandila casi todos los rostros.

¿Qué pasa? –nos preguntamos–. ¿Es toda esta gente la evolucionada en el trato, en sus lecturas, en sus apreciaciones de la vida en el sentido de rebeldía, inteligencia y tolerancia en que es conveniente evolucionar? No. Este público es tan parsimonioso, tan cerradillo, tan intolerante, tan tirano en el trato íntimo como siempre. Esa apa-

riencia de bondad superior y de comprensión liberal hasta de lo más arbitrario es algo hiperestésico que solo consigue la música, y eso que entre unos y otros hay cicatería y burlas mientras se comentan los unos a los otros como público durante las pausas.

La Tribuna, 7 de diciembre de 1921, núm. 3.437, pg. 7.

Tipos, vendedores, oficios y forasteros

*Variaciones. Subidas de los limpiabotas*⁶³

En esas absurdas salas de espera de los limpiabotas, donde al sentarnos todos parecemos destacarnos sentados en los bancos y respaldados por el apaisado espejo cantaores de café cantante, ha aparecido un cartelito en que se anuncia al cliente una subida en el precio de la limpieza.

Es un abuso que lo más superfluo suba por imitación, cuando ya era retrasada toda subida. Los directores del gremio, ambiciosos con la injustificada ambición, se han dicho: “¿Y por qué no hemos de elevar nuestros precios también nosotros?”

Ha sido este el rasgo más irritante de los encarecimientos del que podemos y nos debemos vengar. Abandonemos esas salas de espera aburridas, en las que, sin objeto serio, y demasiado tiempo, frente a frente se miran con inaguantables fijeza unos hombres a otros; esos coches de un tranvía desesperante que no anda; ese lugar donde se ve la desagradable puerilidad de las botas, casi todas feas, juanetudas, mal elegidas, botas que no se sabe por qué presumen, con los tirantes generalmente fuera; ese lugar en que se ven irritantes calcetines o calzoncillos de cintas, que bajan hasta el mismo borde la caña.

Evitemos esa promiscuidad con hombres extraños, fanfarrones, atorados de materialidad, los más matones, los más llenos de una ingrata vanidad provinciana. Dejemos de enseñar un poco de la pierna como bailarinas grotescas. No volvamos a entrar sino algún día de boda en esos antros angostos en que no se sabe dónde poner la mirada, y que unos hombres fastidiados de su oficio nos limpian las botas con marcado mal humor, lanzándonos unos “Hace el favor, caballero” y un “Servidor, señorito” desagradables y hostiles.

Quizás hay algún limpiabotas sencillo, solitario, bondadoso, como el de mi calle, en que hay una atmósfera de afecto como si en la casa del pueblo el mayordomo nos limpiase el calzado; pero esas excepciones no bastan.

Castiguemos a los limpiabotas, porque ha sido estúpido lo que han hecho. No se han dado cuenta de que son lo inútil, de los que se puede prescindir, de lo que se debe prescindir.

Todo el mundo debe comprar sus cajas con crema y líquido, negro o de color, y educarse en el trabajo manual, en el trabajo con el sudor de su frente limpiándose las botas. Será un ejercicio cotidiano, por el que se parecerá un poco a Tolstói. El día en que todos tengan que hacérselo todo no les cogerá tan desprevenidos, tan ineducados. Limpiándose uno mismo las botas, doblándose uno ante sí mismo, se aprende, además, humildad, transigencia, comprensión, flexibilidad espiritual.

Solo aquel que sea propenso a que se le rompa un aneurisma o a un ataque de apoplejía, podrá continuar sirviéndose en el limpiabotas; a él no le intento persuadir, como tampoco, ¡claro está!, a ese señorito andaluz o zamorano de carne de toro, al que no será posible meterle nunca una idea en la cabeza o en el corazón, como no sea en forma de bala o de afilado estoque de matador.

La Tribuna, 13 de mayo de 1919, núm. 2.734, pg. 5.

Variaciones. Comentarios atrasados⁶⁴

[...]

La exhibición de las listas generales del Censo ha sido este año rápida y misteriosa. Como han desaparecido antes de que yo pueda protestar, no importará que mi protesta sea un poco inactual. Se ven mejor las cosas un poco inactuales.

Esas vallas han sufrido este año una innovación indigna. En vez de colocarlas en el centro de la plaza, bajo plena luz, las han metido en los soportales, y allí, en lo oscuro, sin dejar trecho entre sus paralelas, han estado unos días por pura fórmula.

Yo protesto de eso para que no se repita el año que viene, y no solo como ciudadano con todos sus derechos políticos, sino como contemplador.

Las vallas cerrando la plaza como una barrera convertían la célebre Plaza Mayor en una plaza de toros, y parecía por un momento que habían vuelto las estupendas corridas de toros que se han celebrado en ella antiguamente. Felipe III, sobre su caballo en medio de las barreras, parecía, y su largo cetro parecía el rejón. Las gentes asomadas a los balcones nos imaginábamos que esperaban la fiesta, y aunque no eran muchas, ya, cuando sonase el primer son de trompeta taurina, se llenarían los balcones de gente.

Colocadas las vallas en el centro, me solía acercar a ver las listas, no para buscar mi nombre, porque nunca se me ha ocurrido buscarlo, aun cuando de pequeño ansiaba figurar en esas listas, como si eso fuese la publicidad ideal del nombre, sino para hacer observaciones sobre la población de Madrid y enterarme de cosas para hacer las estadísticas pintorescas. Leyendo esas listas, se ve el gran número de presbíteros que hay en Madrid y todos los jubilados que existen.

Estando allí en medio, se veía a esos ciudadanos que buscan sinceramente su nombre, ansiosos de encontrarlo, y que cuando después de largas pesquisas lo encuentran ponen una cara de satisfacción, como cuando con el papelito de la participación, o el décimo en la mano, miran las listas oficiales de la puerta de las loterías y ven que les ha tocado.



Después de observar bien a todos los "isidros" rústicos; a ellas, con sus largos ricos pendientes como hechos con relicarios de cristales sucios y "cristalizados" -valga la paradoja- y muy peripuestas con sus faldas tensas y acampanadas, como si viniesen en representación de las campanas de sus pueblos; ellos, rígidos, rellenos de trapo, enfundados en trajes de terciopelo, y como si viniesen en representación de las mangas parroquiales de sus pueblos, he hecho el resumen de que son los de siempre, ingenuos, silvestres y tan cándidos, que en los tranvías han protestado hasta cansarse de que fuese las plataformas demasiado llenas.

Pero ante las isidras señoritas y distinguidas (no las que pueden faltar llevando, como siempre, sus grandes pañuelos caídos hacia atrás y sus trajes con un gran lazo "a posteriori")⁶⁵, las vestidas a la moda o con trajes de rayitas blancas, me ha sorprendido ver que ya tienen una buena coquetería -todas caladas medias de seda- y que saben andar metidas hacia adentro, de cintura para abajo, con esos andares del torero que va citando a banderillas. Mi resumen ante ellas ha sido optimista, viendo con gusto que

se están criando en provincias unas chicas muy sanas y coquetas, muy buenas para los maridos que hay preparados y en turno.

La Tribuna, 31 de mayo de 1919, núm. 2.752, pg. 5.

Variaciones. Las viejas enlutadas de Chamberí⁶⁶

Chamberí -no todo Chamberí, sino cierto ladillo- tiene un aspecto lamentable de barrio de viejas con manto de luto, ese manto de las viejas españolas, transparente, tenue, un poco destejido por el uso, lleno de zurcidos, pero muy bien planchado y prendido con mil alfileres de cabeza negra.

Esa clase de viejas de Chamberí, es de pensionistas, viudas que tienen una pensión de diez reales, y pagando ocho de casa, comen con dos reales. (Cuento por reales, porque las viejas de Chamberí todo lo cuentan por reales.)

Todo el barrio de Chamberí huele a cocido, a "ropa vieja" y a postre de arrope⁶⁷. Tiene una tristeza pobre, ruin, deleznable, y una alegría mezquina. (Todos los que no pueden ser de Chamberí, que son casi todos, están pensando mudarse.)

Las macetas de los balcones de Chamberí no pueden salvar el barrio; son macetas escuálidas, de viejecita clerical, de espíritu pequeño, de almas que rumian sus memorias y no viven la actualidad. (Muchas, criadas que, por haber heredado de sus inaguantables señoras, se han hecho señoras viejas.)

De Chamberí parece que nos llegan todos los recordatorios que recibimos por el correo interior, porque las viejas de Chamberí van vestidas de recordatorio y solo están llenas de las palabras de los devocionarios.

Chamberí es como un barrio antipático de la antipática Bélgica de antes de la guerra. Tiene su recato estúpido, su insipidez y su ambiente de beatas.

Las viejas enlutadas de Chamberí están siempre enfermas, tosen sin dejarlo, se quedan en casa siempre, roen las paredes de su casa y los muebles de sus habitaciones.

Chamberí no tiene ningún encanto, y en los viajes pintorescos por Madrid dejamos siempre a un lado Chamberí, procuramos no atravesarlo, nos molesta ir por sus calles, que son algo más que de la "Prosperidad", pero con el espíritu de la "Prosperi-

dad". Las viejas con *carne de gallina muerta* de Chamberí, no leen ni los periódicos; tanto, que en Chamberí, en el corazón del barrio, no hay gritos vivos de periódicos, como si fuese *la laguna* entre los barrios.

Barrio borroso, con muchos conventos, con un recato, no de meditación, sino de no pensar en nada; de ideas eternamente recaladas, repetidas, invariables, cerradas sobre las almas de las viudas como cinturones de castidad con los que no pudo ni el matrimonio.

No os mudéis a Chamberí; temed el catarro crónico, el frío que entra por los resquicios de los balcones, el calor sin mostaza, un calor pesado, ahogado, sin pasión, calor de Chamberí. Las viejas delgadas -muchas viejas, viejísimas solteras- viven en Chamberí. Su faso comentario de la vida, su desconocimiento de lo evidente, es lo que enrarece el aire de esas calles. ¡Lo que tiene que hacer la vejez, lo que se debe y nos debe confesiones claras, terminantes y de una sinceridad radical, para que no seamos impíos con ella y no la aislemos en su Chamberí abominable!

La Tribuna, 6 de junio de 1919, núm. 2.758, pg. 5.

Variaciones. Las señoritas afilepinadas⁶⁸

Las señoritas afilepinadas tienen un éxito extraño. Hasta los caballeros más ricos, los que se exhiben en los palcos proscenios con una mujer, se ve que han *incurrido* en una señorita de tipo un poco afilepinado siempre.

Abundan mucho las señoritas afilepinadas. Yo desconfío absolutamente de ellas; pero sería inútil que se le sugiriese a nadie esta desconfianza. Los muchos que han de sufrir su influjo, lo sufrirán aunque se den cuenta de todo lo china cursi o china elegante que es su conquistadora -porque siempre es ella la conquistadora.

¿A qué se debe ese influjo de la señorita afilepinada? Pueril, de cráneo primitivo y -por decir alguna barbaridad- *cuneiforme*, tienen ideas obcecadas, fijas, que sugestionan por su sonrisa o su mueca china y el por el subrayado de sus ojos, de su aparente e hipócrita resignación y de su aspecto sufrido. Su dominación es aciaga, cerrada, y tiene el mordisco cerrado con que el hurón -el terrible hurón- apresa al conejillo.

Los señoritos torpes, obsesionados, sorprendidos, cazados por lo que de extraño hay en las fisonomías de las señoritas afilepinadas, se quedan cogidos, y después,

como ellas, con algo de blanda inferioridad, cultivan sus manías, sus ideas, sus comentarios absurdos en el teatro o en la visita, se encuentran más engarfiados a esa expresión aniñada, y, sin embargo, ¡demasiado adulta!, de la “indiada”, por no decir india, ya que no acaba de ser esa la palabra.

¿Quizá he acabado de definir este tipo al decir *afilipinado*? No. Ni cuando digo que tiene rasgos de china trazo el tipo, ni cuando he dicho “indiada”.

Esta clase conocida, temible, como de modestas vampiresas, para el ingenuo Madrid, puede no ser chata, no tener pómulos salientes ni rígida sonrisa de media luna. No. Su rasgo indio es disimulado, discreto, pero suele estar siempre en el rostro de las amantes de más postín y de las esposas que tienen magnetizados y achicados a sus esposos.

¡Extraño poder de ese guiño y de ese parecido, que basta que esté solo insinuado!

La señorita afilepinada puede no ser filipina -hay muchas filipinas bondadosas y angélicas-; pero en cuanto se vea ese rasgo romo -de pico corto y atezante- y esa mirada dulce y *pulposa* de sus grandes o pequeños ojos, de un negro de escarabajo, se debe pensar en bellezas más serenas y simples que deshagan el influjo.

La Tribuna, 17 de junio de 1919, núm. 2.769, pg. 7.

Variaciones. La nueva madrugada⁶⁹

¿Puede renovarse la madrugada? No. La madrugada, el ALBA, es igual y será igual desde el principio al final del mundo. Todo comienza y todo continúa en el Alba, y nada comienza y nada continúa en el Alba⁷⁰.

¿Por qué entonces eso de: “La nueva madrugada”? Muchas veces, todos deben comprender que en un artículo breve no se puede tomar más que “un aspecto” de una cosa -aunque yo esté conforme en que tiene muchos más-, y que en la redacción del título y del artículo se está como ante un impreso de Telégrafos, escribiendo un telegrama y suprimiendo en la dirección, en el encabezamiento, en el título como quien suprime un apellido, suprimiendo un adjetivo, y en el texto tantos “des”, tantos “porqués” y tantas palabras “puntuadoras” y tantas aclaraciones como hace necesaria la síntesis inevitable, que es el periódico.

La nueva madrugada es nueva por cierto adorno en los abismos de la madrugada, que son las calles de las ciudades, adorno que no la hace variar sino de un modo local y episódico.

Sin faroles y sin faroleros, dependiendo cada una de las numerosas luces que alumbran la calle, de la voluntad de las porteras de cada casa, sucede que, como Madrid es una ciudad en que las porteras se levantan tarde, se queda la madrugada llena ya de intensa luz del día, adornada un largo rato por brillantes luces eléctricas, numerosas bombillas salientes, que inútilmente enguirnaldan de luz al día, que no puede con toda la suya.

En las provincias, que se iluminaban antes de la guerra con bombillas eléctricas, encontramos a veces ese retrasado contraste entre la luz artificial y la natural; pero era más rápido el fenómeno, aunque algún día se retrasase, por dormir hasta las nueve, el que tenía a su cargo la gran llave que apagaba todas las luces públicas de la ciudad. Más amarilla y perdida también aquella luz eléctrica, y mucho menos profusos sus vástagos, en cada calle no se notaba ese aderezo radiante y agrio que tachona la madrugada de Madrid dos largas horas después de llegar la luz natural.

Hieren a la madrugada esas bellotas de luz, de luz fría, que se la clavan, y la hieren también los excesivos vencejos que hay este año, coros de silbantes que ensucian el cielo, como ensucian las aguas los raudos insectos llamados “geómetras”.

La Tribuna, 25 de junio de 1919, núm. 2.777, pg. 7.

Variaciones. El renacimiento de la mojama⁷¹

Es preciso anotar el resurgimiento de la mojama. Cuando parecía que el mojamero iba a desaparecer como un tipo anticuado con su blusa blanca, sus tufos y su gorrilla de alpaca, negra; cuando ya se oía apenas el pregón de “¡La mojama, fresca!”⁷², aparecen en todas las terrazas de los cafés, y pululan junto a las cervecerías al aire libre miles de mojameros, con sus cestas planas y largas llenas de largas “facas” de mojama. Nunca ha tenido tanto éxito como ahora la mojama. Habitado ya a la cerveza el español, y, sin embargo, sin todas esas fritadas fuertes, esas arenques, esas morcillas y esos “chou-crouteu” que acompañan a la cerveza del alemán y son lo que le hace beber más,

y acompaña con su sal y su picante el amargor de la rubia Gretehen, ha recurrido a la tradicional mojama, que es lo que tenía más a mano.

¿Qué es la mojama? La mojama es como lo que es ni carne ni pescado. Se podría decir que es bacalao crudo de vaca o de toro, y, sin embargo, ¡hay que agarrarse!: es cecina de atún, del atún que se da tanto en nuestras costas.

No se acaba, sin embargo, de precisar su significado. Hay ratos que parecen las tiras de mojama tiras de momia de Egipto, que es donde son las más sabrosas, otros, parecen troncos de una especie de palo de regaliz, que, en vez de regaliz, supiese por dentro a carne como de ballena o elefante.

La navaja afiladísima y roma del mojamero sabe cortar rajas muy pequeñas, por las que se ve el corte de jamón que tiene la mojama. Diez céntimos de mojama no son nada, porque la mojama es una concentración visible de grandes cantidades. Si ese pedacito no estuviese acecinado, se vería que lo que se come por diez céntimos equivale a un gran besugo o una cabeza de jabalí.

Para comer mojama, el consumidor necesita navaja, porque la mojama necesita ser cortada todas las veces, que el salchichón, en lonjas finas y numerosas.

El clásico, para comer mojama, es el que saca una navaja de siete muelles y corta las pequeñas obleas de mojama como quien parte corazones, y, por el contrario, el “baladí”, para comer mojama, es el que saca una navaja con sacacorchos y limpiañaes.

“¡Mojama, mojamita, mojama de Cádiz!” -gritan los que la venden y despachan, despachan constantemente partiendo la ración a cada parroquiano como quien da un poquito chorizo a un niño-. En su profesión no hay peso. La mojama es imponderable. Vencería a los grandes pesos en el balanceo de la balanza. Solo a ojo se puede calcular lo que cada cual merece.

El vendedor de mojama suele ser un hombre. Las mujeres está menos indicado que vendan mojama. Junto a los zurriagos de mojama, junto a los vergajos de mojama, hay generalmente cangrejos o almendras, siendo los cangrejos, como insectos muertos de un escobazo, con las patas hacia arriba, grandes cangrejos que dicen que son de mar, y parecen animalitos de tierra, grandes garrapatas, alacranes rellenos y talados, cangrejos de los campos, como hay langostas de los campos.

La mojama es un alimento más completo quizás que todos los alimentos, y quizás un niño alimentado con mojama resultase el más rozagante de los concursos. Aun no la han recomendado los médicos, pero ya la recomendarán, y entonces se encare-

cerá atrocemente. Acapárenla los hombres prácticos, porque la mojama no se echará a perder, aunque pasen los siglos por ella.

La Tribuna, 18 de julio de 1919, núm. 2.800, pg. 6.

Variaciones. Sangrías⁷³

Ha llegado el momento en que los asesinos asesinan, y si no lo hacen este verano, no es, desde luego, porque no haya llegado el “momento”.

La falta de mujer, o su engaño, que es lo mismo, quema en el verano; la imposibilidad de realizar los ideales quema también; la mediocridad del sentido de la vida en quien no tiene suficientes recursos espirituales, llega a tener un ardor inusitado, y surgen por esto los suicidas de verano. La injusticia de este “antiguo régimen” en que vivimos y la quebrancia de su vida llegan a ser tan real, tan irresistible, tan indudable, tan grave, que les hace cerrar los ojos para siempre.

En el mundo de la miseria surge también una idea súbita y enconada de su estado. Se plantea el problema de la desigualdad sin esperanza; la imagen engañosa del porvenir es desmentida y es degradada por el luminoso presente del verano, presente embravecido, cabal, rudo, exigente de lo que en completa justicia le corresponde. Estas gentes han visto a los ómnibus de ferrocarriles pasar como un ruidoso alarde hacia la estación repletos de gentes, que miran con desdén e indiferencia a los que se quedan, se han sentido solos, abandonados, paralizados todos sus problemas, y entonces se encarnizan los unos contra los otros, ¡Qué vidas privadas las de esos parientes y esas familias pobres! El encono y la arbitrariedad son terribles en medio de la cocción del calor.

En las casas bajas crece la agresividad de un modo terrible. La cocinera quiere matar a la cocinera; la portera del 12 a la del 14; en la muchedumbre que espera vez para coger agua, se teme que surja un conflicto sangriento, y mantienen la fila los guardias; en la muchedumbre que quiere subir, que sube en los tranvías, surgen lances de rejoneadores bastante graves; en los obreros que vuelven del trabajo, en los albañiles que están en los andamios, en los que están en los teatros, en todos hay agresividad.

El motivo del salto, de la puñalada, del disparo, puede ser una futesa; lo que lo ha planteado es un estado de espíritu de la multitud, la irritación de las meninges. Y si es

a la mujer a la que se mata es porque su impertinencia, su crueldad o su impertinencia proverbiales lo rebasa todo; es porque con las veinte puñaladas que la dan se ha querido matar algo más, se ha querido matarlo todo.

En todo caso, la puñalada es un refresco caro, pero refrescante. ¿Cómo se podría reaccionar contra esta necesidad imperiosa?

Se me ocurre un medio. Así como hay unos polvos para que el borracho pierda la afición a la borrachera; para evitar los asesinatos de verano yo propondría una protección oficial a la “sangría”, a esa mezcla de limón, vino y agua, o de sandía, vino y agua que en los grandes vasos de cristal tiene el aspecto de la sangre. Para salvar de la tentación a los sedientos de sangre, la esposa, la amante y los amigos deben preparar grandes jarras de “sangría”. Sobre el hule pintoresco de grandes flores que cubre el velador no deben faltar las grandes jarras de cristal con “sangría”, procurando que tome el verdadero aspecto de la sangre.

La Tribuna, 12 de agosto de 1919, núm. 2.825, pg. 2.

Variaciones. Transeúntes⁷⁴

Las modistas son raudas. Esa ha visto una amiga, y se adelanta con esa carrera que vuela de la perdiz. ¡Sobre todo, que vueltas vertiginosas a las esquinas!

Cuello ancho de número alto y brazos cortos. Ese es el hombre que lleva las mangas de la camisa con unas terribles alforzas. Se le compadece, porque esa es una irregularidad en la vida, una cosa que [ilegible], una cosa que lleva a no ser más que empleado toda la vida.

En Madrid hay mujeres de muchísimo pelo. Se ven largas trenzas –alguna [matará] a la pobre niña, como esas “lianas” que pueden con los árboles -y se ven moños inverosímiles, grandes moños. Se suelen casar todas esas mujeres que tienen excepcionales matas de pelo -si no se mueren, porque la muerte tiene esa mala intención de los “no se sabe quién” que con unas tijeras las cortaron un pedazo de la trenza cuando eran pequeñas-; los maridos se vuelven locos pensando en el sombrío contraste de su larga mata de pelo suelta. ¡Ah, pelo cuidado, con lo que hacen antes de casarse porque no se casarán si el futuro esposo las ve despeinadas o las ve por una casualidad peinar-se! Las cocineras de rumbo de las casas en que se come mucho, en que hay “cuarenta duros” diarios de compra, tienen un moño estupendo. No olvidaré a aquella espléndida cocinera de moño de gran ama de cría que con su enorme cesta ribeteada de cinc, vi algunas veces pasado la calle de Alcalá a eso de las diez de la mañana. ¡Me dio, como nada, más enteramente que nada, la sensación del optimismo de la mañana!



Ahora se ocupan todos los bancos, los poyos, los mojones, los adoquines que el viento se ha llevado a rincones extraños; sobre toda casa maciza que rebase el nivel del suelo se sientan las gentes. ¡Oh, los domingos sin asiento en ninguna parte, en ninguna parte! Pero donde les gusta más sentarse a las gentes, donde se sienten y se sientan mejor es en las piedras que se amontonan largas temporadas en las plazas en que ha mandado destruir o construir algo el Estado, ¡Allí están sentadas las gentes como sobre ruinas de algo, como sobre las ruinas de Éfeso! (¿Qué por qué he dicho Éfeso? Pues por efeso.)



El del barquillero es el juego de “la ruleta de los niños”, donde todos esos que han sido grandes jugadores después aprendieron a jugar, cogieron el vicio, por el que después han sacrificado hogar, honor y vida, porque muchos han acabado disparándose “los cinco tiros de su browning en la sien. ¡Todo por gustarles los barquillos de niños!

Muchos barquilleros se han ido de veraneo con su caja facturada -inolvidable barquillero de Fuenterrabía con su “fari-don-din-fari-don-dan”⁷⁵ y su llamador hecho

con una madera y un clavo que repicaba sobre la madera;- pero en Madrid, [] este verano resulta mayor que nunca, han quedado numerosos barquilleros.

Ya no hay barquilleras muy típicas; se han perdido aquellas salerosas con refranes y dichos de barquilleras, porque la barquillera llegó a tener su literatura propia. Quizás algunos de aquellos letreros están debajo de la pintura de la “restauración que renovó los bombos”. Hoy solo se lee algún “¡Viva la industria española!”, o “¡Viva el Ejército y la Marina!”, u “On parle français”, o “La flor de la canela”, etc., etc. Lo que no han perdido, eso sí, es ese tipo de “estanco de los niños” que siempre han tenido, con algo parecido a la pintura nacional de nuestras expendedorías de tabaco.

El barquillo no es ahora lo principal de las cajas, sino los “París”, grandes obleas en que los chicos creen comerse la luna o algo trascendental. (El maná era algo hecho con la misma pasta de los barquillos.)

¿El cuento del barquillero? Es soso y honrado el barquillero, como un soldado que está haciendo el servicio. Se podría imaginar la historia de un barquillero que engañaba a los niños ricos y glotones, que les dejaba dar a la rueda, que les prometía barquillos, y cuando abría la profundidad de la caja para darles los barquillos y el niño se asomaba a ella fascinado, el barquillero lo empujaba y lo metía de cabeza en la barquillera, escapando con él, mientras seguía gritando: “¡Barquillos de canela!”.

Solo un cuento en que el barquillero fuese el personaje episódico se podría inventar, pintando un niño, hijo de persona influyente, al que todos agasajan con pirámides y pirámides de barquillos, y el niño engorda, y... más y más barquillos... 100... 200... 400... Hasta que el niño revienta.

La Tribuna, 16 de agosto de 1919, núm. 2.829, pg. 3.

Variaciones. Sol⁷⁶

Este sol es un sol que cuaja en esas piedras amarillas que hay en el subsuelo de las regiones quemadas, como si se filtrase y se cuajase en el fondo de la tierra.

El cerebro bajo el sol es de otra clase, es mejor, está cocido, condimentado sin esa crudeza estúpida de los que no están bajo este sol, de los que siempre y desde muy temprano se escapan de él.

Nuestro traje está un poco quemado como por una plancha por el sol, y el sombrero de paja, desde que se quedó súbitamente amarillo el primer día, ha ido madurando como una espiga, y ya casi ha llegado la hora de “segarle”. (¡Pero cuidado con la cabeza!)

El sol, en su momento álgido, crea un silencio que conocemos los versados, el silencio del sol, el silencio de su plenitud, silencio que despierta a la realidad como una cantárida. Estando fuertes y saludables, es la hora mejor para pensar en las cosas.

Por en medio de este sol es conmovedor ver pasar a la niña que vuelve de llevar la comida a su padre, cargada con su capacho, vestida de blanco, con calcetines a rayas, alpargatas azules y sombrilla blanca, hecha, al parecer, con la tela de otro trajecito, que a veces parece que ha sido con el de su primera comunión.

También conmueve ver pasar a esa pobre mujer que se tapa del sol con un paraguas, negro, tupido. Hace sufrir ver convertido al paraguas en sombrilla. Parece que eso contraviene una de las leyes más firmes del mundo. Y, sin embargo, su paraguas la da una sombra, quizás un poco húmeda e insana, pero sombra al fin. (El paraguas de varillas salidas como las ballenas de un corsé viejo.)

Se ven perfectamente, como batas de los balcones, como sus sombrillas propias, los toldos de rayas azules.

Las vendedoras de décimos se cubren con ellos al pasar bajo el sol, uniéndolos a su abanico de papel, en el que está la rueda de la fortuna, porque a ellas es precisamente a quienes más corresponden esos abanicos. Así los décimos amarillean, se atezan, crecen al sol y se desarrolla su viabilidad, sus probabilidades, y aun pareciendo papeles sucios que han envuelto alguna merienda y han sido tirados al suelo, aunque parezcan de una extracción antigua, son de los que tocan.

El sol quema un poco las puertas de las tiendas que huelen a pintura y madera quemada en esa hora viva, en esa hora llena de carbunclos. Todos los que pasan llevan en la cabeza la bandeja del sol, la bandeja ígnea, pareciéndose a esos chicos de las dulcerías que llevan las bandejas cargadas de yemas y dulces.

Es la hora de la siesta, que es lo único que hay que respetar en las casas. Así como de noche el vecino puede no quejarse del ruido, en la hora de la siesta enviará al portero en seguida, La absurda siesta da ese sueño que atora y espesa la sangre, y cuando se ve más lo abyecta que es, es cuando ve a salir de ella a los que la han dormido, llenos del sedimento espeso de la siesta, llenos del enojo de la indigesta materia de la siesta, lentos, oscuros, olvidados de todo, como no se olvida en el sueño de la noche, con la retina opaca.

Las cúpulas y los remates de la ciudad relucen como los de Constantinopla.

En vano buscar sombra. Es la hora en que en las calles desaparece la acera de la sombra. Solo hay dos aceras de sol. A los árboles, a los pocos árboles que hay en la ciudad, es muy difícil encontrarles el cogollo de sombra; les queda la precisa para ellos, la precisa para no arder, porque si no tuviesen un poco de sombra las cosas arderían bajo este sol. Las encinas, por eso, ya que son los árboles que con los olivos sufren más el calor, están para arder, porque no tienen casi sombra; sus hojas están reseca, rijosas, y huele el árbol al dulce olor de la jara en las chimeneas, huelen a lo que los hornos de los panaderos. Nos gusta ver la heroicidad y el aguante de las encinas al sol. ¡Qué lástima que solo detrás del paseo de coches⁷⁷, frente a Vallecas, se encuentren algunas encinas en Madrid!

Y si bajo este sol hay procesión de barrio y cuelgan las colgaduras moradas, rojas, amarillas y los mantones de grandes flores y las colchas de boda, entonces vemos un bello toreo del sol, un toreo valiente, temerario, alegre, que se atreve con el gran miura, con el gran padre del becerro de oro.

La Tribuna, 27 de agosto de 1919, núm. 2.840, pg. 7.

Variaciones. Por las calles⁷⁸

Los fondos de las calles aun estando formados de casas y tejados, se endulzan como paisajes y se les puede llamar *paisajes* por lo que tienen de inefable. Se les ve solo un momento; pero perdura la emoción de un largo rato. Solo al pasar frente a la bocacalle hemos recordado una calle en vez de verla, hemos adivinado gentes al balcón y fondos de comedor graciosos, además de casas desiguales, casas más pequeñas, casas que aniñan en la perspectiva y tienen cielos de juguete. Ese trapecio o trapezoide de la perspectiva que se ve desde el extremo de la calle, el algo encantado, por donde no conviene pasar, para que quede la ilusión de una calle y algo como de *país* de abanico, que no es abanico Luis XV.



Las chimeneas de los cochecitos que suelen llevar los vendedores de cacahuetes son inverosímiles, largas, esbeltas, sostenidas por dos alambres, como los que sostie-

nen las chimeneas serias de los tejados, y echando un humo artificial, un humo inexplicable, porque en la estrecha bandeja de los cacahuets no hay, verdaderamente, sitio para un hornillo que produzca todo el día ese humo serio, que hace también lo suyo por anublar la ciudad.



Vienen los asfaltadores, y asfaltan la calle; pero en seguida vienen los escarbadores, y abren unos grandes nichos en el asfalto. A veces se cierran con una pieza como de otra tela, añadido que se conocerá siempre ya, o no se cierran nunca, y se quedan por *in eternum* cubiertos de tierra blanda y reciente, como la de las fosas recién abiertas o como las fosas antiguas y abandonadas que esperan la lápida de la familia, que nunca llega. Generalmente, los asfaltadores no vuelven con sus dragones de fuego, a los que el más sabio ordeña el asfalto; no vuelven, y los carros hunden sus ruedas en ese trecho, lo remueven, y parece que de esa fosa removida saldrá de pronto una mano que en vano ha esperado su lápida.



Para tranquilidad y pundonor de esa señorita que parece que lleva un menuendo zurcido en sus preciosas y sedosas medias caladas, se debía de advertir, en la sección de Sociedad de los periódicos, *que no es un zurcido, sino que es un lunar* que tiene en ese sitio visible y encantador; un lunar que nadie se cree que es un lunar, sino un zurcido, lo cual comprometerá siempre la elegancia y el atildamiento de tan pundonorosa señorita.



Hay vendedores de tinta, tinta que ellos hacen en el fondo de sus porterías -ahora los porteros tienen la costumbre de comerciar en una de esas industrias case-ras y de *establecerse* frente a su portal-, tinta morada y trágica que parece hecha con morapio condensado.



¡Cómo MIRAN los espejos de los armarios de luna que abocan la calle en los pisos “primeros”! Miran a la calle sus lunas con una ansiedad y una lividez de enfermas paráliticas, inmóviles en la casa, y que solo destellan y echan unas miradas enteras alrededor de la habitación cuando los abren y giran sobre []nes⁷⁹.



Los puestos de postales se perfeccionan y mejoran... Hay en ellos la postal que sirve para conseguir el *amor* más difícil, la que sirve para conseguir dinero, etcétera, etc. Quizá estemos haciendo el tonto no comprando de esas postales. ¿No habrá habido, quizás, un ministro que consiguió serlo gracias a las postales recargadas, llenas de polvos de cristal y de talco, que hay *para ser ministro*?...



Todos los días surge un kiosco nuevo, sin embargo, se está necesitando el kiosco rosa, que debería [situ]arse en el sitio más céntrico, dedicado a las cuestiones amorosas, a los avisos y misivas de los novios y de los que desean novia.

La Tribuna, 28 de agosto de 1919, núm. 2.841, pg. 7.

Variaciones. Los municipales, las vallas, las mejillas de los cristales, los miradores⁸⁰

Aunque es muy militar el uniforme de los municipales, resulta muy civil. Su espada es una espada que no tiene más que puño. Se dedican, sobre todo, a mirar las casas de arriba abajo, como novios de todas las vecindades de su jurisdicción, mientras se dan un paseo de pacíficos ciudadanos. Lo que no vea el municipal, es que no está, que no ha sucedido. Tiene un cuadernito de apuntes, que como su diario íntimo, y en el que de pronto apunta como una fantasía o una greguería... municipal, claro está.



Las vallas vuelven a sufrir de abandono. Casi todas se están cayendo. Están ya haciendo un ángulo agudo con la tierra. ¿Aplastarán o no la fila de transeúntes que cojan debajo? Parece que no tendrán bastante fuerza para eso; pero, sin embargo, como la unión hace la fuerza y caerá “toda la valla”, es posible que sea una verdadera catástrofe su caída. Todas las vallas tienen ojos, una fila de ojos, y alguna tiene hasta una boca por la que se podría entrar el que quisiera. En ellas, el ladrón puede encontrar su burladero, y hay un resquicio por el que ha podido entrar, y otro por el que podrá salir, sorprendiendo al transeúnte. (Hay el propietario que no quiere poner valla y no la pone nunca, surgiendo sobre su solar la pirámide de la basura, entre la que hacen sus estudios de miopes esos perros negros que no son de nadie.)



Las mejillas de los cristales ya están llenas de frío, y ya tienen ese tono lívido y acerado que les saca el frío.



[]

La Tribuna, 9 de noviembre de 1919, núm. 2.887, pg. 7.

Variaciones. Coplas de ciego⁸¹

En Francia cantan en una esquina un señor y una señorita; él de levita o de chaqué, ella con traje de cola, talle de avispa y sombrero de gran pluma. Ni él es ciego ni ella. Son dos artistas, y varios señores y señoritas tan distinguidamente vestidos como ellos les escuchan y van prendiendo sus cantares, poniendo los ojos en el cielo y los oídos en la tierra, como cuando se hace memoria.

Aquí no. Aquí no se representa comedia triste y grotesca, la de alta sociedad arruinada. Aquí lo que sucede en las esquinas es más trágico y está vestido con un lógico traje de tragedia.

Aquí son los ciegos silvestres y vestidos de pana los que cantan. Son como seres antiguos que han recibido la tradición oral de sus más lejanos antepasados. Para ellos el mundo no ha variado, y recuerdan los dólmenes como si aun fuesen los monumentos de la ciudad.

[...]

Saben los trechos de la ciudad en que se reúne más gente, y escogen el atardecer porque ascienden mejor sus cantares a esa hora, y el alma de las gentes está más ablandada.

[...]

La galería de las cosas que cantan es interminable. Su archivo está lleno de historias. Se las saben todas y jamás se equivocan.

[...]

Lo que más abunda en las historias que cantan son los relatos de las guerras de todas las guerras del mundo [...] (Ellos nos llevaron a la guerra de Filipinas, incitaron a la de África, y hoy pintan sus horrores y culpan a los políticos.)

[...]

Esas historias se dividen por pliegos; hay muchas de uno, de dos, de tres, de cuatro pliegos, y la única de cinco es la historia de Jesucristo [...]. "Abelardo y Eloísa", "Los amantes de Teruel", "Pablo y Virginia", todas las historias de amor se renuevan en labios del coplero ciego, que las siembra como un sembrador de amapolas entre el trigo.

[...]

Como directores del teatro de la plazuela, saben que hay que alternar lo cómico con lo dramático, y después de cantar la copla triste, cantan la cómica o la maliciosa, que hace que se ruboricen a las piedras de la calle.

De vez en cuando, al acabar su cantar, ven los pliegos de sus historias, y entonces se produce la desbandada en el corro. Hay quien adivina cuando va a suceder esto y se marcha antes, y hay el que muy avergonzado, y haciéndose el distraído, se escabulle cuando ya es tarde.

Ellos se dan cuenta de esa desbandada, aunque los pasos de todos los que se van sean sigilosos y callados. Nadie como un ciego para notar las ausencias. Ellos hasta conocen esos asiduos del público que se van aprendiendo los cantares poco a poco y les siguen como a maestros.

Los grandes carromatos son los enemigos del cantar de coplas. Cuando ellos pasan no se oye la letra de la copla, se pierde, es atropellada por las grandes ruedas del armón de Artillería, de llantas de hierro. Los grandes carros de la carne, sobre todo, aplastan la historia, separan la cabeza del tronco a Eloísa.

Sin embargo, todo el ruido de coches, de gentes, de timbres de tranvía, de bocinas de automóvil, forma como un acompañamiento de "Jazz-Band" verdadero de la verdadera vida.

[...]

Entre el público, las que han ido a por café con su cacharra blanca y con cardenales morados, lo dejan enfriar en la espera, y las de mantón felpudo, que escuchan muy abrigaditas, llegan tarde del recado a que han salido; pero ellas no pueden perder el final de la historia.

Las guitarras de los copleros ciegos son guitarras cuyo bordón da el "do" de pecho, y no se cansa de lamentarse. Sus cuerdas padecen atrocemente, las rasca violentamente el ciego, y muchas veces saltan como una vida que se rompe.

[...]

Hay un pobre triste y desesperado en este Madrid que solo se alimenta de sustancia de coplas de ciegos.

Pero lo más elocuente de las coplas de ciego son sus grabados, grabados antiguos, en madera dulce, la madera de los árboles de los caminos, del árbol del que ahorcaron a alguien o bajo el que se cobija la pareja amorosa que huía o el Cid.

Son esos grabados una evocación campesina, y están impresionados por la luz del campo y de la verdad. La escena que representan no hay que dudar que es auténtica, y el aire de la certeza se filtra por entre los trazos del dibujo. La vida tiene esa crudeza que ellos tienen.

La Tribuna, 13 de marzo de 1920, núm. 2.997, pg. 12.

Posdatas. Las planchadoras⁸².

Las planchadoras parecen unas mujeres que hacen su *toilette* íntima a la vista del público. Tienen el aspecto de unas buenas mozas que se asean y planchan en camisa la blusa que se han de poner.

Atraen las tiendas de plancha, y, sin embargo, se sabe que es de lo que no se puede mirar mucho tiempo. Sería esa una indiscreción que os haría pagar un estafermo que tienen ellas para esos casos, o un perro que os soltarían si no os ibais. Están como en plena calle, pero es para que se las respete y porque no pueden aguantar el calor de sus planchas, siempre ardientes.

Las planchadoras tienen algo de cigarreras sofocadas y despechugadas. Sus brazos desnudos, son brazos de gimnasta y de lavandera. Dan brillo a las pecheras para mirarse en ellas, para arreglarse el pelo en el espejo de su brillo. Se embriagan dando a la plancha, como patinadoras de las manos, en vez de patinadoras de los pies. A veces dan un golpe, como si mataran al caballero y a su prenda, y otras veces se levantan sobre su misma estatura, crecen, parece que van a hacer la plancha, a subirse a pulso, elevan su cuerpo y sus hombros, y así hacen tanto hincapié sobre su plancha, doblegan lo que quieren doblegar.

Planchan los corazones de los hombres de etiquetas, los rematan, hunden su pecho de tísicos.

De vez en cuando también descansan. Levantan la vista sobre la ofuscación de lo blanco en que estaban metidas, dirigen a la calle una mirada distraída, que siempre recoge alguien que esperaba para pasar el que alguna le mirase. Sus frentes están un poco lívidas, y el sudor riza sus patillas. Se estarían más tiempo erguidas, enderezando su espina dorsal; pero la emulación de las otras compañeras, afanadas, estudiosas, empollonas, con la cabeza metida entre la labor, las hace embestir de nuevo con la plancha y entrar de nuevo en el concurso de todas. Hay un momento en que la mesa de plancha vibra y tiene un ataque epiléptico, frenética, zarandeada, golpeada, como las cocineras golpean la tabla cuando majan la carne.

Los sábados es, sobre todo, cuando más fiebre hay en el taller. Sucede en él lo que en las peluquerías. Los caballeros de tirilla de la noche del sábado, los del cuello de pajarita y los del cuello vuelto, necesitan sus cuellos planchados y flamantes. Es como una fábrica el pequeño taller ese día y en lo que ponen más primor es en la vuelta de las pajaritas, volanderas alas para los Mercurios del comercio.

Las planchadoras esperan dar el salto desde el obrador a algo más práctico. Unas se convierten en anticuarios, otras regentan un tinte, algunas se trasladan a una lechería, algunas se hacen sencillamente señora. De planchar las pecheras de los hombres, llegan a dominarlos.

Hay dos o tres sitios en Madrid, en que se dan las planchadoras más barbianas, las que están en mejores peceras de luz y cuyos pendientes lucen como los de las burguesas. Las que se licencian en ese obrador son las que después son las viejas de más postín que hay en Madrid, envueltas siempre en madejas de seda negra y comiendo todos los días de “café” con aquel que las buscó como esposas en el taller en que confirman su nombre y se emblanquecen más, y hacen gimnasia que las redondea, las chulas más veteranas de Madrid.

Tristán

La Tribuna, 27 de abril de 1920, núm. 3.035, pg. 7.

Variaciones. Los serenos⁸³

En provincias, el sereno es como el lasquenete antiguo o el guardián de la Edad Media, siendo por eso por lo que en el extranjero, no habiendo serenos en las grandes capitales, los hay en alguna capital de provincias o en algún pueblo, por ser sitios en que se ha retrasado en desaparecer un vestigio del pasado.

Los serenos de nuestras provincias son hombres de capa larga, inmensa, caída hacia delante, arrastrada, parda, como la de los pastores. ¡Terrible capa cuando entra en el alborear de la luz de la mañana con ella puesta!

Los serenos de provincias suelen continuar salmodiando el tiempo y las horas, como relojes parlantes, como si uno de esos “papamoscas” de catedral hablase, así como abre la boca. Lo que cantan, lo que entonan es la melopea del tiempo, su responso, lo que él nos dice deshumanizado, convertido en el inexorable sereno de lo alto.

Los serenos de provincia son como asilados del asilo de la noche, pobres helados, que solo saben lo que va pasando. Tienen tipos de grandes mendigos colocados, sostenidos, convertidos, por como son depositarios de la confianza de todos, en hombres decentes y serios de los que todo el mundo se puede fiar.

Con su nota lóbrega, anunciadora como desde el otro mundo del tiempo que se va yendo, conmueven en el fondo de las alcobas, y hay noches en que hay que dormir con la almohada sobre la cabeza para no oír la agorería. Solo los sábados, en que se piensa para el domingo una excursión por el medio del campo, se escuchan entre sueños todos los diagnósticos, esperando no oír el adjetivo lluvioso aplicado a ninguna hora.

Los serenos de provincias, con su voz y su entonación como “viento de invierno”, cantan en la calle como el viento por la chimenea. Es como si cuando cantasen el estado del cielo y la hora llorasen por todos sus muertos y lanzasen el grito desde el purgatorio.

Los serenos de provincias son unos viejos hidalgos pobres, a los que puede y será lo que les doblegará y les tirará a tierra, el peso de su capa, tirando de sus hombros y hundiéndoles poco a poco.

Estos serenos de Madrid, envidia de todo el extranjero, que no los tiene, son hombres campechanos, Sanchos con poder y autoridad. Son temerarios, y sabe hablar con todos los vecinos mientras encienden una cerilla del farol.

Los serenos, esos lanceros de lanzas cortas como arcabuces, aguantan a pie firme todos los fríos, y, sobre todo, aceptan en su puesto las heladas, que penetran a través de su capa antes que de su corazón, pegándose a ella. Las heladas les visten como de coraza y armadura completa, habiendo resultado que alguna noche algún sereno se encontró maniatado, rígido, pillado por lo apretada, lo ceñida y lo inflexible que fue la helada, ajustándole demasiado la armadura.

Ellos se quieren entre sí entrañablemente, y tienen sus horas de visita, en que reúnen en la esquina de las dos jurisdicciones, acudiendo presurosos cuando suena su pito de niños en la noche.

Tienen la hora del bocadillo, los cuartos de hora de los cigarrillos y hasta los ratos de sueño, en que las palmadas son su despertador.

Muchos ratos se ocultan, no dándose con ellos ninguna manera, pareciendo que han bajado al infierno. ¿Habrán ido a alguna Delegación, llevando a algún alborotador? Eso es lo peor que puede haber sucedido en la noche, porque tardarán mucho en volver, ya que primero tienen que hacer la declaración, repitiendo cómo le insultó aquel señor y cómo le amenazó hasta la muerte.

El sereno mete las llaves en la cerradura con gran puntería, y eso le hace como copartícipe de nuestra propiedad. ¿Por qué no hay algo así como un concurso de puntería entre serenos?

Algunas veces se apiada de ellos alguno de los moradores, una señora casi siempre, y le deja un asiento, permitiéndole también que se meta en el portal de su casa. Entonces el sereno está atento como detrás de la rendija de un confesionario, y el que no sabe que es él el que está en esa madriguera mira con mucho recelo la rendija entreabierta, como si en ese portal hubiese un ladrón...

A los serenos no les pueden convencer las sirenas de la noche, que pasan y vuelven a pasar junto a ellos y se acercan a sus faroles como atraídas y ofuscadas por la luz. Ellos no pueden abandonar sus puestos.

Tienen generosidades, como la de abrir a los de Telégrafos, que además de tardar mucho en salir porque necesitan el sobre firmado, y antes de firmarle tiene el recipiendario que leerlo y desmayarse por la emoción recibida. Es que no dan propina, por más que le den en el servicio nocturno diez para ellos y diez para el sereno.

Los serenos llevan unos pistolones enormes que nunca han disparado. Esos pistolones, que si alguna vez llegase el caso dispararían, y al disparar se vería probablemente que ya estaban muertas las balas, inutilizadas por la humedad de las largas noches que han andado bajo la lluvia, darán, sin embargo, un susto al miedo. Ellos están tranquilos, ya que son dueños de una pistola.

Sienten los coches que van a pararse en sus puertas, y están siempre pronto a abrirle la puerta a ese inquilino, porque la propina del que llega en coche es siempre doble.

A eso de las siete de la mañana en invierno, y a eso de las seis y media en verano, desaparecen los serenos. ¡Pobre del que llegue después! Tendrá que soportar todo el escarnio y la socarronería del alba en el quicio de su propio portal, que cuando se va el sereno se queda profundamente cerrado, y aunque se espere que alguien salga y abra la puerta, nadie aparece, y solo ya muy tarde, casi a la hora del desayuno, la portera, cada vez más perezosa, abre la puertas, metiendo un ruido sacristanesco de abrir las grandes puertas de la iglesia.

¿Y desde cuándo existen los serenos? Desde 1798 se fundaron, acumulando el importe de su sostenimiento al arbitrio que para el del alumbrado público se había impuesto. Como esto no sirvió para su sostenimiento, quedó reducido el ejército de serenos a un solo guarda, que recorría de noche las calles en que los comerciantes tenían establecidos sus almacenes.

En 1833, cuando aparece la orden de la creación y buena conservación del alumbrado contra los ladrones y juegos, se les impone el deber de cuidar del alumbrado de

aceite. En 1848, con la aparición del gas, se aumentan los serenos y su jornal, recibiendo los estipendios de los particulares. Desde 1860 se estableció la costumbre de que las plazas de sereno se transmitieran de padres a hijos, yernos o sobrinos, etc.

El sereno es muy cuco. Sabe perseguir al cliente. Sabe hacerse rogar y ser aplaudido, como si tuviese un éxito cuando se siente requerido con urgencia, así como sabe aparecerse al que sigilosamente trae ya en la mano la llave de su casa, como si fuese un ladrón de sí mismo.

El sereno conoce el secreto de la vida, aunque solo la presente del revés y por su lado oscuro. Sabe cuándo es último de mes, y, por lo tanto, muchos, demasiados vecinos, resultan arruinados, habiendo los que dice: "Hoy no tengo suelto", y los que solo le dan cinco céntimos, porque eso es lo único que les queda.

"Otra noche será", dice el sereno, condescendiente y capaz de abrir desinteresadamente al que no tenga dinero, porque ¿cómo podría darse el caso de que el morador de esa casa se quedase en la calle por no tener el óbolo para el sereno?

El sereno, hasta en su borrachera, sabe cuál es la llave de cada puerta, y no se olvida de dar al que entra la larga cerilla para las ánimas...

La Tribuna, 14 de junio de 1920, núm. 3.076, pg.11

Variaciones. Los vendedores de cerillas y de alfileres⁸⁴

Entre los tipos callejeros que han desaparecido más recientemente está el vendedor y vendedora de cerillas y la vendedora de alfileres.

Las vendedoras de alfileres eran como las más tristes vendedoras, y después de ellas ya solo venía la miserable, que no vende nunca, sino que pide, con su ojo tuerto, entrapajada, sin un alfiler siquiera para cerrar sus rotos, sus rasguñoses.

Llevaban unos papeles rosas en que había miles y miles de alfileres. Los llevaba como las vendedoras de décimos llevan los décimos, y al dar un papel de alfileres por cinco céntimos lo cortaban del gran papel continuo, como la vendedora de décimos corta el décimo.

Era bonita la simetría de los alfileres, luciéndose bajo todas las luces, la del día, la del café, la de las farolas. Eran como ejércitos alineados de cabeza con casco, hormigas guerreras.

Con un papel de alfileres había para clavar a todos los enemigos y para enfilar todas las mariposas. Los sastres son los que más siguen gastando papeles y papeles de alfileres; pero quizás les aventajen los naturalistas, que no solo los necesitan para las mariposas, sino para las moscas y las pulgas.

Cuando veíamos de pequeño los papeles de alfileres, luciendo como una armería, pesábamos que, por lo menos, aquello hacía ricos de algo, y aconsejábamos con la mirada a nuestras madres que comprasen varios interminables papeles de alfileres. “¡Sé rica en alfileres! –la decíamos con la mirada que quiere magnetizar de los niños–. No desaproveches la ocasión... Ten alfileres hasta el final de la vida...”

Yo hubiera comprado alfileres en una cantidad espléndida, entre otras cosas, porque tenía entonces la superstición de que esos excesos alargaban la vida, y que ese prevenir alfileres todos los días durante tres cuartos de siglo conseguiría que se viviese esos tres cuartos de siglo, hasta la consumación de los alfileres.

Las vendedoras de alfileres parecían mostrar el número de sus pequeños y ruines dolores, como pinchazos de alfileres, al mostrar los papeles cuajados de ellos. ¡Estaban acribilladas por todos los que vendieron y los que vendería!

No eran excesivos, ni las vendedoras, ni los papeles. Ahora falta muchas veces un alfiler, y se recorre toda la casa buscándolo, y no se encuentra, o si es en la reunión de amigos, y aunque en ella haya amigas, no hay nadie que tenga en sus solapas o en sus petos un alfiler.

Los alfileres son socorridos para todo, y son alegres en el traje de boda y son tristes en la mortaja prendida con muchos alfileres. Merecen que nos acordemos de ellos de vez en cuando.

La creadora de la moda se prende con alfileres la nueva hechura, y nada más, ya está. ¡Ah, pero esos alfileres son solo así en manos de la creadora de la moda!

Los papeles de alfileres negros han sido siempre otra cosa. Eran entonces la parte cara del negocio de las vendedoras de alfileres, y resultaban un gran lujo. Con su cabeza negra y su acero empavonado eran y son los alfileres negros una cosa de mala suerte, algo temible, ensañado, envenenado, de picadura mortal. Los alfileres negros son para las manteletas, para los lutos, y no siento tanto que no figuren en la

venta periódica constante de alfileres. ¡Pobre vendedora de alfileres, que un día ha tenido que desaparecer porque no ha tenido siquiera para alfileres! ¡Sus alfileres la daban cierta dignidad de comerciante, y parecía como pagar con creces los cinco céntimos que se la daban!

Los cerilleros eran, generalmente, hombres, aunque también vendían cerillas las mujeres, las niñas de la golfemia. Gustavo Doré, en su viaje por España, es a una vendedora de cerillas inefable a la que pinta, iluminada suavemente por su bomba de luz.

Los cerilleros vendían con un grito menudo y en dos partes, cuyo eco más sobreviviente resultaba el que se oía en la Cara de Dios, el “¡A cuarto y a dos cuartos la Cara de Dios!”. A cuarto y a dos cuartos vendían las cerillas metidas en esas cajas de las que guardan muchos coleccionistas las cubiertas.

Con sus pequeñas cajas en la bandeja puesta delante de su pecho, encontraba variedad bastante para hacer diferentes sus pregones:

–¡A cuatro cuartos las de cien cerillas!

–¡Por dos cuartos, cerillas y un periódico!

Casi todos descalzos y astrosos, los cerilleros perseguían con sus cajitas al transeúnte, y eran tan maravillosos como las “alfileteras”, porque también vendían lo numeroso por cinco céntimos. Algo así un “bengalismo” sencillo o una cosa mágica era lo que vendían. Merecían más atención que la que se les consagraba. Llevaban el fuego en sus cajitas, ¡el fuego!, aunque los civilizados son ya tan desdeñosos, que ya no dan a eso importancia. Fue el momento más resignado en la historia de los anarquismos posibles. Se contentaban con llevar dormido el fuego de los incendiarios. Hasta a veces se les humedecían las cerillas, y como la pólvora humedecida, no servía para nada.

El pasado parecía haber consumido todas las cerillas de los cerilleros, y que por eso habían desaparecido, cuando en estos días han vuelto a aparecer y se piensa que aún volverán a aparecer alguna vez.

Al no haber tabaco y estar cerrados esos estancos, que son en la noche los faros del fumador, han vuelto a surgir los vendedores, sin bandeja, sin farol, con su mercancía de bolsillo; pero gritando con su voz aguardentosa de hijos del aguardiente:

–¡Señorito, cerillas, que está el estanco cerrado! ¡Señorito, cerillas, que está el estanco cerrado!

La Tribuna, 8 de julio de 1920, núm. 3.097, pg. 7.

Variaciones. Las lavanderas del Manzanares⁸⁵

En las aguas escuálidas del Manzanares se lavan, sin embargo, todas las ropas sucias de Madrid, que no son pocas. Es como lavar las cosas en una artesa larga y de poco fondo. Las tablas se hunden hasta la mitad en el agua, y en el río, que corre por lo menos, se va dejando todo el jabón y toda la negrura que suelta sobre el escalonado de la tabla de la ropa blanca (j).

Todas las enfermedades y todas las bajezas humanas se alivian gracias a las lavanderas. Allá lejos, todos esperan que les despejen de su pasado, llevándoles el saco de ropa limpia, que huele a ribera y a río. ¡Qué gran empresa llevar todos los paños menores de Madrid!

Las lavanderas de Madrid conocen el río helado y el río que arde. Sus manos son las manos fuentes que lo resisten todo, y se defienden de los sabañones gracias al martirio de todos los días. De duras que son no se pueden abrir ni agrietar ya. Trabajan con un frío atroz, y después trabajan bajo el sol más vivo, con sus pañuelos sueltos sobre la cabeza, media en camisa, medio como bañistas.

Las lavanderas son las únicas ninfas y náyades del Manzanares. La lavandera de Madrid “limpia, fija y da esplendor”, como ha dicho un escritor del pasado.

Las lavanderas, alineadas a lo largo del río y bajo las velas blancas que están tendidas en las numerosas juncias que pueblan las riberas del Manzanares, restriegan, amasan, engarruñan, golpean con manopla o contra la madera la ropa blanca, como si fuesen pulpos, a los que así se ablandase.

Metidas en sus cajones como barquitos de seguridad para caso de riada, sonríen, mirando al agua, y ponen muchos descansos en su trabajo, o para recogerse las greñas, que se les caen, o para remeterse la blusa, que se las sale, o para anudarse mejor el pañuelo de la cabeza –una punta agarrada con la boca y la otra con la mano derecha–, o para charlas con las compañeras, pues las lavanderas se cuentan todas las comadrerías y pindonguerías de Madrid.

A veces, alguna lavandera se vuelve loca pegando a la prenda que ha cogido entre sus manos, y que parece azotada así de bárbaramente, como si fuese el más revoltoso de sus hijos que ha roto algo. ¡Menuda azotaina!

Las lavanderas son gente alegre, que, ladeando la cabeza, son capaces de gastar una broma al lucero del alba. Los que aparecen en lo alto de la ribera en que tra-

bajan las lavanderas resultan como Don Quijote, que se la van a cargar y que van a hacer el ridículo.

Junto a los lavaderos, donde hay grandes depósitos para la colada que alquilan las lavanderas, mezclando generalmente sus ropas con las de otras varias lavanderas en ese conocimiento rápido, hay unas casitas como cortijos, como ventorrillos, en que viven los propietarios de los puertos, de los tanques, de los refugios y de las plantaciones de estacas enredadas en sogas. ¡Secos viveros! ¡Troncos podados y estériles atados en red, como preparados para que en una primavera, que nunca les llegará puedan retener sobre ellos sus ramas como de enredaderas!... En esas casas se puede tomar un pisco, comprar jabón, guardar la ropa que llega tarde o que no puede repartirse. Los guardias de esas numerosas ropas blancas que están vendidas allí y que bracean como espantajos o como locos, viven en esas casas medio en ruinas.

Las lavanderas, a veces, para mitigar la gran jaqueca del solazo, chapuzan sus frentes o meten toda la cabeza en el agua, como focas, y después la escurren y se quedan con ella despeinada y mojada, iguales que perros a los que se ha tirado al agua.

Son resignadísimas las lavanderas. Generalmente, son viudas con cinco hijos, y muchas veces es que tienen un marido borracho, o que se fugó a América. Comen chicharrones y pan, o gallinejas con aguardiente. Necesitan, sobre todo en invierno, prepararse para meter los brazos en el agua, y sostienen que el agua desgasta mucho y es necesario comer mucho para lavar bien.

Entre las lavanderas propietarias o arrendadoras por un año de su cajón se entremezcla alguna vez alguna criada que va a lavar la ropa de sus señores, o alguna esposa de algún pobre empleado, que no tiene más remedio que lavar su ropa para ahorrar esa consignación en el presupuesto. A estas lavanderas vergonzantes las llaman “golondrinas”, y escogen los domingos para lavar su ropa, porque esos días están vacíos los cajones de las lavanderas, y se pueden meter en ellos y lavar más cómodamente.

De toda esa ribera llena de lavanderas se levanta un rumor de canto sumurmujeado, y solo a veces entrometido, exaltado, chillón. Parece que esas ranas humanas que son las lavanderas cantan por cantar, cantan por meter ruido, cantan con la misma mala intención con que cantan las ranas. Ese murmullo, esa monserga del aburrimiento, de la obcecación mirando al trabajo, ese perder el compás porque no tiene compás el lavado, ese estar preocupadas por otras cosas chabacanas mientras se intenta cantar y mientras se quiere trabajar además, hace que el cantar sea de lo más lamentable que darse puede.

De vez en cuando baja al Manzanares alguna gitana, y las echa la buena ventura. Ellas se secan las manos con el delantal, y entregan la derecha, pálida y como ampollada por el agua. Su sino no puede ser muy bueno; pero la gitana sabe mentir siempre, y sabe que todos creen en sus mentiras.

Pobres lavanderas incansables viendo pasar las semanas invariablemente, yendo a recoger y yendo a entregar con un gran bulto a la cabeza, y muchas veces otro al brazo, pues solo cuando es ya enorme su clientela alquilan un mozo.

Tienen que sufrir, sobre todo, la desconfianza, y a veces tienen que pagar una sábana y pasar por ladronas, cuando lo que pasó fue que se fue como un fantasma ella sola.

Todas, como lavanderas de nacimiento, siempre de rodillas y en penitencia, parece que oran en vez de lavar.

A lo lejos se las ve ensimismadas sobre el agua –lavanderas como del Ganges–, y se ve toda la edición del “Tendido” puesta a secar.

La Tribuna, 21 de julio de 1920, núm. 3.108, pg. 6.

Variaciones. Pregones desaparecidos⁸⁶

En otra ocasión he hablado de los pregones, pero escasamente y sin poder hacer su distribución lógica de “Pregones desaparecidos”, “Pregones de ayer y de hoy” y “Pregones de hoy”. Ahora, y con continuidad, voy a dar en tres capítulos la historia del pregón.

Son numerosos y muy interesantes los grabados que pintan estos tipos. Los extenderíamos a través de numerosas páginas.

En el pregón canta el hambre, y sabe convertir el grito angustioso y que pide auxilio en un grito placentero, de chico que se divierte cantando y gritando. ¡Niñotes viejos!

El éxito del pregón es lanzar la voz en forma de gancho, la voz con torceduras, la voz que penetre en el fondo de las casas y busque las habitaciones recónditas, dando vueltas por los pasillos.

Los pregones más poderosos, los que saben de esa telegrafía complicada que es el pregón, son los que pasan sobre el patio y penetran en las cocinas, encontrando a las cocineras, a las que iban buscando precisamente.

Los pregones son como los cantos variados de los variados pájaros humanos: unos, inteligentes; otros, bravucones; otros, humanos, lo bastante humanos; otros, delicados; otros, con una gran idea de reclamo; otros, sordos; alguno, colérico y mal intencionado, deseoso de despertar con brusquedad a todo el que pensase, recordase o estuviese abstraído.

Cuando ya en las grandes capitales no se tiene la modestia de cantar con alegría el nombre insignificante de lo que se vende; cuando la venta en las grandes capitales, si bien se sigue exhibiendo, es hace ya mucho tiempo silenciosa y adusta, como si el vendedor estuviese detrás de la trinchera; cuando a lo más, en las grandes capitales surge el sacamuelas, ser orgulloso que hace un discurso pretencioso, como un discurso político o científico literario, sobre lo que vende, aún perdura en Madrid la costumbre de vocear con rústico tonillo la mercancía callejera. Ese tono límpido, sincero, un poco infantil, que hay que dar al pregón, sabe darlo aún el vendedor callejero. No podría pregonarse con una voz huraña, tosca, bronca, imponente, por su pretensión de imponerse; será antipático y disonante el pregón. Necesitamos, por el contrario, una manera cándida de vocear, con el intercambio de algún gallo bien dado, una voz de pueblo con buena voluntad, con deseo de conmover y agradar, con deseo de simpatizar.

El pregón debe tener algo de las salmodias de pobre. Cuando el pregón entra en las habitaciones tiene que resultar de intención familiar y tiene que sonar a un “¿Usted gusta?”, o a un “¡Anda, que está muy rico!”, o a un “¡Aprovecha la ocasión que te conviene!”

El pregón de lo superfluo debe ser prometido como una golosina, y el pregón de las cosas prácticas –como el de “¡Pellejas para las camas!” y el de “¡Medias y calcetas!”– debe ser un pregón optimista, el pregón del que os ofrece con alegría lo que da más barato que nadie.

Hace ya más de un siglo que un artista anónimo, empapado en el alma popular, grabó la pintoresca colección de planchas tituladas “Los gritos de Madrid”⁸⁷. Sus dibujos son apuntes de una gran realidad, y que recuerdan la clara proyección de esos tipos en el Mediodía de Madrid, igual que los recuerdan también esos patos vidriados en que hay figuras populares análogas.

Entre sus gritos, los hay ya en desuso como “Un cuchinillo vivo vendoo!!”, como “¡Musulina y Curtes de Chalecus!”, como “¡Hay palomina!”, como “¡El Azeitero!”, como

“¡Leche!”, como “¡Aí té!””, como “¡Ay se-e-bo!”, o como ese que a veces se complicaba con el rebuzno, y al que el dibujante pone este largo pie: “Quien me compra esta Carga de Carbón. (responde el Compañero) / Y, O, yo, yoo, yooo, yiiií”⁸⁸

Son voces de amigos las voces de los pregones, voces que entablan conversación con nosotros, voces de gente que acaba de venir del pueblo y es efusiva y llamativa.

Muchas exclamaciones han desaparecido, como la de esa vendedora de la “La Quaxaeraaa”, agua como con miel y azucarillos⁸⁹, que debía ser admirable; como la del vendedor de carbón, como la del vendedor de zaleas, y como la de esa vendedora de “¡Musulina y Curtes de Chalecus!”, que vendía las telas más estupendas, las telas en que las florecillas alternaban con las abejas, ansiosas de libar en tan preciosos bordados.

El humano y sensato Antonio Flores, uno de los pocos hombres que vieron el mundo en su tiempo, habiendo tantos otros con los ojos tan abiertos como él, describe el despertar del pregón, y después de oír a la churrera y la venta de leche de oveja, dice:

Más tarde iban entrando por las puertas de la corte “los foncarraleros, como mantecas; los coloraos y frescos tomates; las judías como la seda” (pero seda cristiana); “el repollo como escarola; las manchegas y las gallegas”, patatas de las huertas de Madrid; “las calabazas a cuarto y tres en dos cuartos; los chorizos de Leganés” (a cuyo grito se ponía el boticario a machacar cien quintales de quina y buscaba el médico la receta de las tercianas); los de “a cala y a cata”, y otra porción de frutas y verduras cuya venta estacional empezaba siempre con la licencia del corregidor y así los gritos venían a ser el verdadero calendario de los pobres.

[...]

A esas voces estacionales se juntaban el “i...gui rabanú...”, reloj que marcaba perfectamente la hora del mediodía, y otro grito que no cesaba en toda la mañana, diciendo: “la sebera... ¿hay algo de sebo que vender?...” y el hombre que compraba “trapo y yerro viejo...” [...]

El “amolaooor”... tras del cual, por ser francés o parecerlo, solían ir siempre los muchachos gritándole aquello de “el carro español y el burro francés”; el “¡sartene-roool!; el “santi boniti barati”, cuyos santos solían ser algunos perros de yeso, o las cuatro partes del mundo, o cosa por el estilo; el “rosariero”, que iba engarzando rosarios y vendía ratoneras y jaulas para grillos.

La reina del mercado en el concurso de pregoneras siempre ha sido la vendedora de rosas.

La vendedora de rosas va prendiendo en el aire todas las calles, como en las solapas de la ciudad, las tres rosas de muestra que lleva en la mano extendida. Trajinante, afanosa, incansable, va perfumando la ciudad, y no vende más porque estos días, en la hora de la cosecha de las rosas, por todas las calles y por todos los caminos pasan muchachas con rosas, regalo de todos los jardines, agasajo insistente, porque los dueños necesitan aligerar el jardín y saben cómo después de haberlo oscurecido al quitarle las rosas, a la mañana siguiente tendrá más rosas que ayer, como perito en esos juegos de prestidigitación con que los prestidigitadores sacan, de donde parecía no haber más, una interminable guirnalda como de rosas de papel de seda.

Entre esos gritos se incluye también, en repetidas y típicas viñetas, el peculiar de los antiguos aguadores. Así se rememora un grito que ha desaparecido y unas de las más sedativas profesiones de Madrid. El agua antes era exaltada en la calle, y no solo el aguador gallego que subía a las casas y llenaba las tinajas, que sonaban con un profundo gluglú de pozos al recibirlos la cascada del agua de la cuba, sino el aguador y la aguadora de la calle, los que gritaban “¡Agua fresca, fresquita!... ¡Fresquita el agua!”⁹⁰, y las que recordaban el agua de la fuente del Berro, el agua de la gorda, el agua como la nieve de la Fuente Castellana...

Aquella profusión de aguadores y aguadoras que llevaban los vasos en las cunas doradas para los vasos, adornadas con sus boliches de cama camera, consolaba más el verano, y en esa dentición que todos volvemos a pasar durante el verano nos consolábamos como niños sintiendo ese pregón, y como apretando entre las encías ardientes el vidrio brillante y fresco de los vasos en las vaseras...

El agua necesita ser otra vez realzada aparatosamente... Vuelven, indudablemente, ahora aquellos veranos de aglomeración en el Prado y en el Retiro, cuando las gentes no veraneaban tanto –el exceso de población que tiene Madrid creará esa apariencia retrospectiva–, y habrá que calmar la sed de muchos. Las fábricas de cerveza no son suficientes. Madrid agota sus grandes depósitos en una tarde de calor; tanto, que el otro día, en una fábrica, habían despachado treinta mil litros.

Hay que volver al agua; hay que curar el incendio del verano y el sofoco de la aglomeración con agua, con agua pura, en vez de con la cerveza, siempre áspera y que apaga la sed acerbamente.

Se necesita el pregón de agua como un pregón de bombero. ¡Que se tomen otros más vacunados contra todo esa agua que pregonan; pero que en la hora de la siesta oigamos el desaparecido pregón del agua!

¡Queridos pregones desaparecidos, a los que en el fondo echamos de menos! Entre todos formaron el alma acústica de la ciudad de otro tiempo, y nos apea no reunir el alma antigua con la nueva para tener más alma.

Ahora, ¿qué pregones son los que han continuado? ¿Qué pregones evocan todo el pasado y el presente? Hay que subrayarlos. Los subrayaremos después. Gracias a ellos la ciudad se reconoce, se encuentra y persiste. Bueno es que los grabemos en la memoria de nuevo.

La Tribuna, 17 de agosto de 1920, núm. 3.131, págs. 6-7.

Variaciones. Los pregones de ayer, que aún viven hoy II ⁹¹

Hay pregones del pasado que han permanecido vivos, aleteantes, y cuyo eco fue oído por el presente la tarde en que iban a expirar.

Ese relevo, esa sustitución que hay en la vida entre los muertos y los vivos, ese último recado que se dicen como las guardias militares a la puerta de su garita, vale mucho y es por el que continúa viviendo todo en el presente y por lo que vivirá en el porvenir. Si la Humanidad que pasó hubiera sido silenciosa y poco escribiente, todo se habría perdido.

Como si los vendedores de cosillas, los buhoneros de voces agudas o estentóreas muriesen lanzando su pregón y como si ese fuese su canto de cisne, así dejan prendido con vida y palpitando como una cinta en lo alto de un árbol el pregón que quiere persistir, el pregón que no quiere perderse y que así es lanzado de generación en generación, como si hubiese también instinto de la especie en los pregones.

Muchas veces ya hemos visto cómo se pierden los pregones y cómo se siente envidia de oír, creando más el ambiente nacional y castizo de la vida aquel pregón tan proverbial, que debía influir tanto en el mediodía o en la tarde de aquellos días pasados.

¿Cómo se siente rediviva la vida anterior, la vida de siempre al oír ese pregón del pasado?

El mismo tiempo, idéntico, invariable en el mismo espacio, se reproduce cuando oyen las calles de siempre los pregones proverbiales.

-¡La Fuencarralera!

-¡La rica judía como la seda!

-¡Vaya el perejil!

-¡Avellanas nuevas como la leche!

-¡El melonero! ¡Melones a cala!

-¡El piñonero!

-¡El altramucero!

-¡Moras, moritas, moras!

Madrid ha conseguido su identidad y continuidad gracias a los pregoneros. Todo vuelve a ser lo que era gracias a eso, y se repiten no solo los grabados de los vendedores de cosas⁹², sino todos los grabados antiguos de la ciudad, siendo en la esquina de las Descalzas, en la plaza de su nombre, donde no sé por qué el pregón moderno, que se pregonaba en la antigüedad, coincide con el primitivo y antiguo pregón y se funden los dos vendedores en esa arista en que está por decir así, la línea divisoria del paso de color del pasado al presente.

Indudablemente, entre los industriales, los de mejor buena fe son estos vendedores callejeros. Ellos son cándidos, y lo que les gusta es, después de su largo pasado de vendedores, sentarse en la taberna de la estación de término y pensar que son libres y que viven sueltos, andariegos, mirando la vida por encima del hombro de los tejados y encarándose con el cielo al mirar hacia lo alto. Van contentos. Ellos no tienen que pasarse las horas muertas detrás de un mostrador, ellos respiran y deambulan por en medio de las calles y de los paseos. Ellos son los pasajeros, los caminantes, los que pueden mirar, sin que eso sea un descaro, a las que están asomadas, y hasta pueden ponerse a hablar con ellas valiéndose del subterfugio de sus ofrecimientos, La verdad es que las miran como esos amadores que se establecen de guardia frente a los balcones y miran a lo alto como los Cristos al cielo en la hora de la agonía.

Los vendedores ambulantes que fueron de ayer y que son de hoy solo han variado en los pantalones. Como si por cómo avanza la vida hubieran llegado a su mayor edad los hombres de esta otra edad, las nuevas costumbres les han puesto de largo y les han quitado aquellos pantalones cortos y aquellas medias blancas, siempre arrugadas, cambiándoselas por los pantalones acordonados de los trajinantes.

Esta especie de vendedor superviviente que parece el pregonero que viene de otros siglos cantando su pregón, quizás habría desaparecido y habría cejado en su gritería si no hubiese sido porque sabe descansar, sabe pararse a tiempo un largo rato y conoce todos los poyetes de la ciudad, sus bancos, las fuentes de pila a propósito para sentarse con fresco durante el verano y, sobre todo, los bancos circulares alrededor de los árboles copudos, esos árboles con banco, buenos para la meditación, para pensar en una acertada elección de caminos o para pensar el oficio o el destino que hay que elegir.

Entre esos vendedores del pasado que han podido pasar el presente hay unos que van a desaparecer, esos que cambian loza –¡cuidado que es ordinario eso de “loza”!– por trapos y otras cosillas de los hogares públicos.

Esos vendedores ambulantes, que son quizás los más antiguos de la creación porque cambian especie por especie, mercancía por mercancía y o comprenden la moneda, tropiezan con que ya no hay trapos viejos en los hogares humildes, y con que todas esas cosas, a cuyo olor iban con el pretexto del cambalacheo de la LOZA, han ido desapareciendo y el aldeano sabe bien lo que valen.

Guerra Junqueiro, el judío, con sus largas barbas y su nariz de rapiña, ha recorrido la provincia de Salamanca vestido de cambalachero de loza por trapos y objetos inservibles, y ha conseguido las mejores cosas de su gran colección de antigüedades.

Ya pronto no veremos esos grandes serones en que reluce la loza como un fruto, esa loza basta, pero de blancos alegres, y entre la que abundan más esos tazones de desayuno, si asa, con forma de verdaderos senos, los senos en que los adultos toman la leche de las vacas.

Una rebeldía especial mantendrá el mayor tiempo posible en la calle a esos buenos amigos que nos llaman como nos llamaba desde la calle el condiscípulo del Instituto para que saliésemos juntos. Algunos de ellos, ese aceitunero, ese cacahuetero o ese vendedor de perdices y conejos, podrían tener una gran tienda, y, sin embargo, aman la calle sobre todas las cosas, y temen que se morirían en cuanto se estableciesen.

La Tribuna, 18 de agosto de 1920, núm. 3.132, págs. 6.

Variaciones. Los pregones de hoy. III⁹³

Hay muchos pregones que son enteramente de hoy, aunque algunos pudiesen ser también voces del pasado.

El pregón de hoy, ¿lo aceptará el porvenir? ¿Será viable? ¿Tendrá posteridad? Sería triste que esos pregones, que si persisten harán como que continúen en la vida nuestros oídos, desaparezcan o se desaparezcan como nunca dichos.

Esos cohetes de la voz que son los pregones y que tan animado hacen que sea el día, no desaparecerán –nos decimos– porque lo que ofrecen son esas cosas elementales que no varían... Si el pregonero vendiese automóviles, por ejemplo, es posible que en seguida se anticuase su pregón...

Las flores, las frutas, la sartén de todos los tiempos, los espárragos que florecerán como una continua sensualidad de la tierra, los ajos y las cebollas, etc., etc., son cosas que no variarán de forma ni de sustancia.

Los pregones esos alimentarán las mañanas de todos los tiempos, las sazonarán y echarán en el gran puchero de la ciudad el ajo que da fuerza y la cebolla que estimula, dejando también llenos los fruteros.

Ya al hablar de estos pregoneros de hoy día, los veo más cerca y los tipos pueden ser más contruoidos.

Los pregoneros de hoy están ahí abajo. Los veo por entre las rendijas de mi persiana, entonada por miedo al sol.

Ellos no ven a nadie en los balcones; pero se suponen a todas las familias detrás de las persianas oyendo el pregón de verano, que penetra recto hasta el fondo de la casa. La mirada maliciosa, enterada, revisa todas las fachadas, como miradas de novio que ya puede contar con que ella, probablemente, no se asomará. Novios despechados de todas las novias, lanzan a los balcones sus miradas de bueyes degollados y su queja de trovadores rústicos, bárbaros y que no saben lo que dicen.

Estudian los balcones y esperan más de los más altos que de los más bajos. De los más altos, por ejemplo, de donde piden siempre melones al melonero.

Las dueñas de los balcones floridos, caprichosas, antojadizas, que se van detrás de todo lo que ven, son las que más envían a las muchachas a por lo que lleve el vendedor ambulante. Los pregoneros saben cuánto tarda una muchacha de bajar la

escalera, y no se impacientan ni se van. Como ellos hayan oído un siseo, o que en un balcón ha sido levantada la falleba, o que un cristal ha tiritado como los de las diligencias, se plantan y esperan tejiendo en su espera para saber si eso ha sido verdad y para imaginarse el tiempo que pasa, la escena de lo que sucede: que la dueña ha llamado a la criada sorda porque es sorda, o sorda porque está cantando, o sorda porque está friendo algo, o sorda porque tiene el grifo de la fuente abierto y el ruido del agua es el que más apaga los oídos, siendo el caso que ha tardado en acudir y que al acudir se ha secado las manos en el delantal y que ha habido que darla dinero y el dinero estaba en la cómoda, y al final ella no ha querido bajar en chancletas y se ha puesto unos zapatos, y ha bajado metiendo un ruido atroz en la escalera porque sus zapatos iban desatados.

Cuando al fin aparece la criada en la calle, el buhonero se venga de su paciencia y se la cobra, subiendo de precio la mercancía.

El pregonero, suele suceder también que se pierda por donde se sabe, pues la criada rápidamente corre hacia la entrada todas las bocacalles, y por ninguna le ve. ¿Dónde se habrá metido? Ni su pregón se oye ya siquiera. ¿Cómo es eso? Es que el pregonero, cuando no siente ninguno de esos ruidos premonitores de que va a ser llamado, corre y es su pregón como esa cometa que consigue izar el niño mientras corre. También algunas veces es que el pregonero ha subido a un piso o ha torcido por esos callejones madrileños que no se ven a lo largo de la calle, pero por los que se acorta atrozmente de un barrio a otro barrio.

–¡El canario de verano! –grita el vendedor de grillos, y en seguida desaparece, no encontrándosele, como no se encuentra el grillo que canta en las eras.

El afilador, entre todos los pregoneros vivos de hoy, merece una mención aparte, porque, entre otras razones, representa con su flauta la melancolía de la vida y la cosa de sótano lamentable que tiene la ciudad. Es, por decirlo así, el verdadero sapo sonoro de la ciudad.

El afilador siempre viene de Orense, donde no les basta con el pequeño terruño que tienen, y en octubre o noviembre emprenden el camino de Madrid con su rueda al hombre, recorriendo pueblos y pueblos, en los que afilan todas las armas, hace semana y pitan después como trenes tristes que se van.

A la vuelta, si han hecho dinero, vuelven en tren hasta la estación más próxima a su pueblo, o si no, vuelven a pie, volviendo a afilar lo desafilado y tocando el “chlifo”.

Son incansables y van empujando casi siempre este falso cochecito de niños en que llevan su ruedecita con cierto mimo, porque una “rueda”, “arreada” con todo, vale en el pueblo unos diez duros y en Madrid veinte.

–¡El afilador! –grita el pobre hombre vestido de pana hasta en verano, y después le entra esa perrera de niños llorón que imita su instrumento de boj, su “chiflo”, llantina de jipíos hondos que se oye hasta en las torres más altas.

Lo que más les preocupa, lo que es el problema de su vida, la duda de su oficio, es que en vez de llevar ellos la máquina, el delgado carricoche, debía ser el carricoche el que les llevase a ellos. Lo racional sería eso. Todo en la apariencia del aparato tiene tipo de vehículo, de rara bicicleta, de absurda motocicleta; pero no hay media de darle impulso, de hacerle romper en veloz carrera.

Las ruedas de su aparato, todo en él se burla de su cansancio, y es como el niño molesto, incordioso insistente que va pidiendo siempre:

–¡Yo quiero que me lleven en brazos! ¡Yo quiero que me lleven en brazos!

Encima, muchas veces el pobre afilador tiene que cargar con su armatoste.

Si yo fuese inventor, buscaría la ruedecita esa que tienen de menos las máquinas de los afiladores, y gracias a la que tirarían de los pobres bataneros, llevándoles por los caminos tan raudos como si hubiesen montado unos clavileños que fuesen máquinas de afilar al mismo tiempo.

La Tribuna, 19 de agosto de 1920, núm. 3.133, págs. 8-9.

Variaciones. Los tinajeros, cantareros y botijeros⁹⁴

Con las verbenas ya vinieron los primeros botijos de la temporada. Después ha ido creciendo el “stock” en botijos, cántaros y tinajas que posee Madrid, y hoy está ya lleno Madrid de barro cocido en grandes bombonas.

Realmente tienen achicado y confinado el aire de Madrid esta gran profusión de cántaros, botijos y tinajas.

En ningún país del mundo hay tal vez una profusión tan enorme de cacharros para el agua. Se debe, ante todo, esta gran profusión a que es un país que ahorra mucho el agua y que tiene siempre la alarma de que le falte. De antiguos antecesores le viene a este pueblo el temor a que darse sin agua, y su gran recelo moro le hace guardar, ahorrar, esconder cántaras y cántaras llenas.

El botijo es desde luego una creación originalísima. Conseguir después de formadas tantas clases de ánforas un cacharro distinto, especial y de forma tan acabada y tan bien concebida es algo extraordinario. Tiene un torneado decisivo el botijo, y todo en él es, por decirlo así, de una hechura científica. Tiene la forma de una idea formada por un cerebro humano; tiene toda la capacidad de la idea y toda su conformación en el cerebro.

Parece como si hubiese brotado la idea del botijo de la contemplación de los aljibes. Es el botijo algo así como el justo depositario del agua, con el tipo de cosa que debía de tener el depositario. En el fondo del botijo, el alma del agua vive, se solaza, se esparce, se da cuenta de sí. Para que el alma coexista mejor en el fondo del botijo, queda sobre el agua siempre, sin ser ahogada nunca, una línea insubmersible, una línea de flotación, por la cual el alma del agua nunca es ahogada en el agua. Ese abordeamiento de la parte alta del cráneo del botijo da a este toda la espontaneidad y todo el esparcimiento que necesita el agua para no atosigarse de calor, para poder ser fresca y equilibrar el color del verano.

El botijo es el tabernáculo o sagrario del agua.

El botijo es la gallina del agua.

El botijo es la sandía de agua pura.

El botijo puede ser ensalzado de todas las maneras, y hasta decir “que es el niño chico de la casa antes de que nazca el primogénito”.

El botijo es tan épico, que ya que faltaba al Don Quijote la escena de los botijos, hubo hace años unos cándidos extremeños que se fueron a París con sus burros y quisieron despertar el silencio de fuego del París de agosto con los gritos que aprendieron, y en cuyo pregón triunfaba la árabe palabra “alcarrazas”, nombre que en Francia tuvieron los botijos. Como el agua de París es muy mala y se hubiera impurificado más en el botijo, donde solo se destilan y se purifican las aguas buenas, aquel fue un mal negocio para los “alcarraceros”, que se volvieron con sus borricos cargados de botijos y de viento hasta Salvatierra de los Barros, de donde salen hasta setenta mil botijos.

Antaño se veían más los cántaros, y el cantarero que le chocó a Doré en Madrid era un hombre cargado de cántaros, que aun siendo tan pesado, llevaba como si fuesen vejigas llenas de aire. El cántaro era del tiempo de los egipcios.

Las tinajas también abundaban antes con su tapadera de retretes. En ellas tocaba su flauta el sapo encantado de la casa, y cuando los niños leíamos el cuento de las tres bolas de oro y el sapo, era en el fondo de la tinaja donde veíamos el estanque verdinegro.

Hoy solo se ven a veces los grandes tinajones, los tinajones donde en vez de en la pared ha caído muerto aquel bebedor empedernido que pinta Poe en su barrica de amontillado.

Dan miedo, como vasijas sobrehumanas, como viejas para el gigante que está de paseo, esas tinajas a cuya altura se tiene que subir en escalera. En Portugal trasiegan el vino de un pueblo a otro en esas enormes tinajas, y por en medio del campo parecen la carroza de las fiestas de los borrachos.

Las de aquí se suelen hacer en Colmenar de Oreja, que tiene veinticinco hornos de alfarería. El procedimiento primitivo con que allí se hace los tinajones despierta todo el pasado del pueblo en sus calles y en la campiña y en el cielo.

Los constructores no usan ninguna máquina: en la mano izquierda tienen una pella de barro; en la derecha, una pequeña tabla, con la cual asientan y pulen los “pisos” de la tinaja, de igual modo que las hiladas de sillería de un edificio.

La fabricación dura casi los doce meses del año: comienza a principios de octubre, con el primer trozo o piso, de un pie de altura; en el mes siguiente, cuando aquel está endurecido, se añade el segundo trozo, y sucesivamente los otros, que se ensanchan primero, y después se reducen, según la forma que el tinajero quiere dar a la vasija; en el mes de julio se pone el remate o la boca; en agosto y septiembre, por último, se hace la cocción de las vasijas fabricadas, en grandes hornos a propósito, que pueden contener hasta cuarenta de aquellas, grandes y pequeñas, unas sobre otras.

Solo Colmenar de Oreja produce al año más de seis mil tinajas, habiéndolas de un tamaño que tiene cabida para cuatro cántaras de vino y otras para setecientas cántaras.

Doré también vio los grandes carros de bueyes cargados con las grandes tinajas.

Si España se hubiera dejado guiar por sí sola, sin influencias de la ingeniería extranjera, sus grandes depósitos de agua serían simples tinajas inmensas que llegarían hasta el cielo.

Esa primera materia del barro cocido es simpática y carnal. Al depositar las cosas en vasijas de barro es como si se guardasen en el fondo de algo más doméstico, afable y blando que una cosa, en algo humano.

La Tribuna, 26 de agosto de 1920, núm. 3.139, págs. 8.

Variaciones. Las telefonistas⁹⁵

De vez en cuando es obligatorio hablar de las telefonistas, esos seres misteriosos que son como las sirenas, unas sirenas más vulgares y desgarradas, pero sirenescas.

Las telefonistas tienen todos los años su día de ánimas, como las ánimas vivas, su aniversario, el aniversario de la información.

Las telefonistas no son de creación muy antigua. No hace muchos años que lo descubrió Mr. Bell, cuyo padre inventó un método especial de fonógrafo para la educación de los sordomudos. El primer teléfono se presentó en Filadelfia, transmitiendo a corta distancia. Ese mismo aparato perfeccionado asombró a todos transmitiendo la voz desde Boston a una sala de Nortkconway, y a 143 millas de distancia. (Y he dicho esto del doctor Bell porque todos tienen olvidado su nombre, y es triste que se cumpla aquello que decían los periódicos al hablar de Bell: "Su invención inmortalizará su nombre.")

En Madrid se estableció ensayo el 1 de octubre de 1883, poniendo en comunicación una modesta central establecida en las oficinas de Telégrafos, treinta estaciones situadas en el Real Palacio, ministerio y otras dependencias. ¡Con qué alegría se llamaban a todas horas el Rey y sus ministros!

Después de una Real orden se establece en 1885 el servicio de abonados, con cuarenta y nueve suscriptores, que pagaban 600 pesetas anuales. En 1886, al costar 300 al año, aumentó el número de abonados hasta 346.

La primera torre de concentración de hilos que hubo en Madrid no fue la actual, sino esa otra mucho más rústica que se elevaba sobre el edificio de Telégrafos, detrás de Gobernación.

De ese primer momento del teléfono del año 86 yo guardo el cuadro de sus telefonistas, distinguidas, serias, modosas, vestidas con una moda antigua y señoril. Ellas

estaban muy sorprendidas de su empleo; fueron unas de las primeras jornaleras que hubo en España; trataban con una dulce voz a los que hablaban al oído. Aún no destruido el romanticismo que hacía galante una voz de varón al sonar en el oído de una mujer, la voz de los abonados despertaba en ellas batir trémulo de alas en el pecho de sus cerradas levitas.

Entonces trabajaban de pie y escuchaban a su lado, con coquetería, dedicando uno solo de sus oídos a la demanda de número, al requerimiento del desconocido. Hasta hubo casos de casarse alguna telefonista con algunos abonados, como todas las que más tarde enseñaron las piernas por primera vez en el teatro Felipe, y en Capellanes se casaron con distinguidos señores, con políticos y periodistas admirados de las primeras originales.

Aquellas telefonistas con tipo de grandes damas contestaban al consabido “Central”, el mismo desde el principio, con un “presente” muy comercial; más después, cuando las pedían la comunicación con un “con mucho gusto” amabilísimo, acabando la conferencia con un “beso a usted los pies” dicho por el abonado a la dama.

Aquellas telefonistas terminaban su servicio a las nueve de la noche, y desde esa hora hasta las nueve de la mañana prestaban servicio los empleados de Telégrafos. Parece que con esa medida se tendía a evitar que pasasen la calle de noche, y había aún respeto al sexo para no hacerle velar tanto.

Fue en el principio como un juego de sociedad el teléfono, algo así como un azaroso juego de los estrechos.

Ya lo bastante en la lejanía aquellas iniciadoras de la telefonía alámbrica, tienen una silueta más esbelta y son ya las muertas respetables.

En el teléfono moderno todo está más perdido. Todos figuran como en el fichero de Dios, y ellas apenas se enteran y pueden coquetear con el invento. Da miedo ese gran “rosáceo” que los hilos se congregan con cierta simetría como formando el moño y enrollándose todos en perfectos rodetes.

Las telefonistas de ahora ya no tienen aquel papel confidencial, destacado, ingenioso, como en una comedia de Moratín o de Bretón de los Herreros, igual que las telefonistas primeras. Estas están dentro de una oficina, y su atención debe ser incommovible, sin distracción, metidas dentro de un aparato que aprieta su cabeza y que parece algo ortopédico, aparato para después de la trepanación, por ejemplo.

Las nuevas telefonistas son hilanderas que construyen una especie de tapiz, cuyo anverso nunca se verá para que siempre sea interesante, y cuyo reverso es tejido de extraña manera.

Oyen la confesión de la ciudad y siguen sus noticias, sus comentarios, sus cosas privadas. Su experiencia, escandalosísima, porque son frente a los confesores las confesoras.

Inconmovibles se pasan sus seis horas de trabajo, sin que se note en ellas lo que oyen, esa palabra que las quema o esa fineza que es como una pastilla de menta para el corazón. Vueltas de espaldas a la vida, apenas se las ve sonreír. Comprenden cómo es de babosa, de colérica, de liviana la Humanidad, que a veces –¡yo siempre me he opuesto a eso!– quiere atentar contra su vida, haciendo X y Z de contactos capaces de fundir, no sus lámparas, sino sus corazones.

Una de las cosas que hay que modificar, sobre todo en el tono, es ese “señorita” zumbón y amenazador que se las lanza, ese “señorita” impertinente. Era preferible esa llaneza de hace cinco o seis años a esta aparente urbanidad en la invocación, cuando generalmente acaba la conferencia entre los peores insultos.

Para evitar que quede en el fondo de las telefonistas como un origen de rencor todo eso que oyen a los soeces, solo tapa uno de sus oídos ese aparato como aquellos medios aros de concha que se ajustaban a la cabeza y daban un poco de tipo de colegialas huérfanas a las que los usaban.

Hay que imponer grandes multas a esos hombres crueles que quisieron pegar a las mujeres, aun a través del teléfono, y a esas damas irritantes, tartajosas, de voces antipáticas y mordedoras, que humillan a las telefonistas y las hacen un preámbulo sobre la puntualidad y la obediencia a cada nueva llamada. Hay un momento en que parece que no han llamado más que para reñir, para hablar con retintín, para mandar algo estéril o inútil.

Solo descansan las telefonistas los días de tormenta. Esos días están de enhorabuena, y se reúnen en íntima tertulia, pegadas a las ventanas. Está ordenando que nadie descuelgue su teléfono durante la tempestad.

Los corros de telefonistas, que parecen trazar líneas en un encerado, tienen mucha paciencia y reciben con resignación esos piropos de plataforma de tranvía o de vuelta a la esquina en que se ve toda la despreocupación y toda la infidelidad que supone dirigirse, aprovechando cualquier ocasión, a cualquier desconocida. Ellas saben que nadie remata la suerte, y tienen desprecio por las palabras vanas. ¡Qué de cosas

unánimes deben llegar a sus oídos! Sobre todo, los días de lluvia comienzan a llamarse unas a otras para decir que están constipadas y que no saldrán de casa.

En la noche son como las hermanas de la Caridad, que se quedan a velar a la cabecera de todos los sanos como si estuviesen enfermos. Se mira a los aparatos de noche con más cariño que de día, porque nos hacen una compañía mayor en el trabajo hasta las seis o las siete de la mañana. Nos da reparo, sin embargo, llamarlas y despertarlas, y si podemos no empañaremos el aparato anatómico del teléfono de mesa, que es como la laringe unido al oído. ¡Cómo no sea que estalle un incendio! ¡Oh entonces! “¡El 14! ¡El 14!”

Esas mujeres sentadas como frente a la pared, frente a la celosía del menudo enverjado del encasillamiento, son misteriosas hasta en su oficina. ¿Lo serán más? ¿Serán las intermediarias entre los muertos y los vivos en esa posible evolución del teléfono, saltándose el inalámbrico?

Yo lo que quiero ver, lo que creo que será más conmovedor, es la lista de abonados muertos, y poder repasar sus tipos, sus anécdotas, su hora de la muerte, eligiéndolos bien.

Pero si para los vivos no hay teléfono, ¿cómo lo va a haber para los muertos, que se abalanzarán en hordas abrumadoras sobre los que haya?

La Tribuna, 30 de octubre 1920, núm. 3.195, pg. 6.

Variaciones. Porterías⁹⁶

Las porterías españolas son como el final del mundo troglodítico, pues después de que los que viven en las cuevas del monte vienen los que viven en la caja de la escalera. Por eso no existen casi porterías por el mundo, y las que existen son conserjerías bien puestas y bien pagadas.

Al portero lo que le cede el casero es un panteón para él y personas que le acompañen; un panteón con ciertas obligaciones, pero sin que le importe lo que haya de comer el portero y su familia. (Las porterías son el ombligo de la casa.)

Las porterías, sin embargo, están muy pedidas, pues no pagando la casa parece que se ha resuelto el problema; además que teniendo una portería se hacen conocimientos que a la larga pueden ser muy convenientes.

En Madrid hay porterías singulares, y yo, como un verdadero fisgón –¡qué se va a hacer–, me paseo muchos atardeceres por Madrid, solo para ver el espectáculo variado y curiosísimo de sus porterías. Son un fondo de espectáculo estupendo, y así como hay las letras capitulares, estas son las letras finales, magníficas en su miseria y en su calidad de cosa última.

Las porterías de los grandes portales son tan pequeñas como las de los pequeños, y tienen que luchar más con el frío que se congela dentro del portal.

El portal grande influye también en la portería con sus leones, sus niños o sus perros de yeso⁹⁷. Las de los leones están llenos de miedo, y las de los perros, cuando el perro está en cierta postura, están bien, y cuando el perro está como en actitud de aullar, se ponen tristísimas.

Las porterías de los pequeños o modestos portales son lo más iluminado, lo de corazón más radiante dentro del portal. En ellas se congrega antes de llegar a ninguna intimidad del hogar, procurando que no se les escape el calorcillo, pues no abre su ventanilla y hablan a través del cristal con el que pregunta.

Las porterías góticas abundan mucho, y ellas demuestran lo insoportable y lo inaguantable que es lo gótico en medio de todas las admiraciones.

Las porterías góticas son como confesionarios, y quizás eso les va todavía mejor porque allí recogen todas las confidencias. Cada criada que baja va depositando en ellas su confesión, y el portero guarda silencio mientras oye.

La portería grecorromana es algo pretencioso, vivienda para unos arribistas, y queda en el portal como un pabellón de otra época, como los restos de alguna gran casa del mismo estilo.

Las porterías aguardilladas metidas en la caja de la escalera tienen siempre un coscorrón para el que se guarece en ellas, y muchos coscorriones muchos días para los que las habitan, como los porteros. Sobre todo cuando se levanta la visita de su silla de enea de patas gordas, se ha olvidado de que el techo es incongruente y desigual, y se da un buen porrazo porque su cabeza ha actuado como un barreno de mina con la misma espontaneidad y candidez de que no encontrara obstáculos. En la portería

aguardillada no está casi nunca la portera, que deja la luz encendida y el silencio tras sí en el tabuco estrecho.

Hay grandes variedades entre esas tres clases principales de portería, como la portería de ventana apaisada; la portería que es como un ascensor descompuesto, con las amarras cortadas, siempre quieto, aculado en la tierra, parado; la portería con tipo de armario, de garita militar, de cabina de barco, de faro en el fondo lejano de los corredores, de convento de la portera, de caseta de consumos, de cabaña de candil, etcétera, etc.

Las portereras que más sufren son las que sirven en esas casas cuyos portales toman una apariencia muy ambigua, portales a los que nadie –sino siglos con sus destrucciones– salvará de su falso estigma.

En esos portales historiados con frescos auténticos las porterías se ponen alegres, y también influye en ellas el que el farol sea lo que debe ser. El portal de la Pretel, tan decorativo, es célebre para las miradas a los portales, y el portal de Mazzantini, por ejemplo, que tiene la Giralda pintada sobre un cielo optimista, nos resultará siempre inolvidable.

En toda portería, además del jarro de leche, las llaves y unas cuantas tarjetas en el tarjetero, está el despertador, esa lata de conserva que no puede dejar de funcionar ningún día para llamarles a las siete de la mañana, porque si no serían irreparables los daños que ocasionaría, además de que los lecheros, que son los primeros en llegar a las puertas, protestan si no están abiertas aún, llaman, escandalizan y nos despiertan a todos como cuando tocan a nuestro timbre tan incesantemente. ¡Terrible cencerreo el de sus cacharras removidas!

Las portereras tienen amistades incondicionales y enemigos acérrimos con los que tienen disputas a las siete de la mañana, que despiertan a toda la vecindad. ¡Cuántos fueron expulsados de su paraíso por la portera!

Las hijas de las portereras son cada vez más princesas flacas del reino que no acaba de llegar. Todas las hijas de portera llevan un lazo negro al cuello, y sus zapatos, que ellas creen de la “puerca cenicienta”, son más grandes de lo que parece. Ellas son las que ponen esos visillos de encajes complicadísimos en los cristales de los cuchitriles.

Ellas, de tanto mirar a las que bajan, de tanto ver bajarse la careta antes de salir del portal, han adquirido el corte elegante por el patrón, fino, inconfundible, en nada artificial cuando se copia de las más dignas.

La Tribuna, 11 de noviembre de 1920, núm. 3.205, pg. 8.

Variaciones. El carro de las vistas y los pájaros de la suerte⁹⁸

Hay cosas que son las mismas, y resulta muy extraño que lo sean aún.

El carro de las vistas es el mismo que en ese año lejano que reproduce el admirable grabado lleno de luces del pasado, una luz como menos patinada y ahumada que la presente.

Es el mismo carro, la misma muestra con una batalla y el mismo tambor el que sinfoniza el espectáculo.

Parece que ya debe saber lo que hay allí dentro, y que todos pasarán de largo desprendiendo las vistas inmóviles y muy parecidas a las estampas toscas de los rompecabezas, y, sin embargo, hasta uno mismo se acerca a atisbar lo que se ve. La gran caja cerrada crea el misterio, y en pleno día tiene otra luz que la del día, una luz de quinqués inflamados.

Ese tambor que atrae a las gentes con su redoble áspero y seco, con una gravedad que no tienen los tambores estrepitosos y novatos, es el tambor del circo ambulante, y, sin embargo, es el tambor que en las antiguas batallas tocó el último redoble sobre los campos de cadáveres.

Es el viejo tambor con amarres de barco, los amarres para templarle y hacer que dé aún más de sí el parche viejo y quemado por el sol de los días, tostado como un rostro de hombre rústico y andariego.

El hombre que heredó la fortuna maravillosa de ese carrito no se sorprende de cómo se puede engañar a la Humanidad de miserablemente, sino que cree que lo que enseña es un prodigio, admirable libro de estampas que muestra, después de todo, por demasiado poco.

Diez ojos tiene el aparato, diez grandes ojos como gafas quevedescas o como principios de unos gemelos de teatro empotrados en el carricoche. Cada ojo tiene como una tapadera de objetivo de fotógrafo atada a la caja, como esos tapones que tienen un hilo que les une a la misma botella. El pobre labrador que regenta el panorama ha pensado mucho en cómo aumentar los ojos de su carro; pero no ha encontrado medio. Las grandes "colas" desesperan su ambición, pues las doce vistas han de pasar despacio y han de pasar para cinco como si pasasen para toda la multitud.

Muy bien conoce a su público este hombre, que va generalmente en mangas de camisa y con solo el chaleco. Sabe cuál es el que adivina todo lo que ven los demás, y

aunque parece esperar la vez, no la necesitaría, porque es el que, sin gastar un céntimo, da por vistas las vistas. Hay el que busca una rendija para ver clandestinamente el espectáculo, como en esos circos de lona que tienen un punto vulnerable.

Parece que todos no van a ponerse en la postura incómoda y ridícula en que se ponen al mirar las vistas, teniéndose que quitar el sombrero como si pasase una procesión por allí dentro; pero todos incurren en la curiosidad viva allí dentro con luces de mañana de playa, luces optimistas en la tarde gris. En efecto, la emoción de allí dentro es ingenua, como ella sola, y su luz es luz de día optimista. Siempre hay una última guerra que proyectar, y eso es lo que prefieren todos, guerra contra los indígenas más atroces que tiran las hojas de chumbera al enemigo como si fuesen bombas de mano...

Yo me he asomado por esos anteojos y he visto una vez más la guerra de África y un naufragio, todas las gentes en lo alto del plano indicado del barco que se hunde solo de cabeza, todas como la rata, que al hundir la ratonera para ahogarla tiene el mismo gesto de salvación, buscando el palo trinquete en el barco que naufraga. Por entre las visiones temblores de tierras, guerras y volcanes, pasa una vista un poco pornográfica, mujeres desnudas y rosas bañándose en un regato escondido, vista galante que debe pasar muy deprisa para que deje mayor emoción plástica y con encarnadura, sin verse las desilusiones de la pincelada.

Pero lo más importante del carro de las vistas es que se pregunta a los que han visto ya, y se comenta con ellos lo que ellos pueden contar como quien comenta un suceso. Con su farol de diligencia y con su burro, que ya está en el secreto del gran arcón, pues sabe que allí hay trampa y que son los cristales gelatinosos que dan al espectáculo una visión acuosa de acuario, los que agrandan la pequeña estampa de la visión.

Frente al carro de las vistas o "Tuti-li-mundi" está la casita de los pájaros adivinadores. Esa no ha sido siempre así, como es, pues, según puede verse, ayer fueron animales protervos en vez de los pajaritos de hoy los que sacaban la buena suerte. Parece, por lo tanto, que lo que no suele pasar los pajaritos se han comido a los comedores de pájaros, y hoy solo quedan los pájaros. ¿Qué nueva fábula debía crearse hablando de este suceso?

Antes eran animales de apariencia más sabia y más fosca, demasiados sabios y reflexivos para que no se descompusiese el divino azar de los pajaritos.

Esa casita de pájaros misteriosos y brujos se ha paseado por Madrid, seguramente, muchos años tirando el buen sacerdote de la suerte de la cuerda que tocaba sus campanillas.

Los pajaritos parecen menos torpes, menos abrumados por su tontería, más ágiles y más transmisores del pensamiento de la suerte. Incapaces de premeditar nada, el albur es mayor y su don de elección es mayor también. Bueno es saber que en eso ha evolucionado esa quiromancia callejera.

Debía de dar un aspecto misterioso a la calle esa presencia en ella de animales o avechuchos, mejor dicho, tan solemnes. Así como los pájaros no cambian apenas miradas con los transeúntes, aquellos pajarracos miraban al pasar y hacían mal de ojo.

Los pajaritos en sus ruedas de feria, más pizpiretos, voltijeadores, desprevenidos, no hacen la suerte una cuestión de simpatía o antipatía, de cólera o de benevolencia, sino que se someten a ella, de la que ni siquiera tienen un atisbo. Eligen su papel rosa de ese sitio porque la verdadera casualidad les ha concedido.

La Tribuna, 8 de enero de 1921, núm. 3.255, pg. 5.

Variaciones. Las "Revisteras"⁹⁹

No habían llegado aquí las "revisteras", y ya están. Lo llenan todo, ya hacen gestos maliciosos "chic".

Primero este tipo de "revisteras" estaba esbozado apenas en las coristas. Nuestras coristas han sido unas muchachas chongas (sic), cándidas, con las que se podía uno casar. Las coristas hacían calceta en sus cuartos y rezaban el rosario. Eran románticas a veces. En aquellos cuartitos, que se sospechaba que estaban llenos de marqueses y millonarios, estaban vacíos, y solo se eternizaban en ellos muchachos insistentes, aprovechados, pero lerdos que no merecían, aun siendo ellas un poco tontas, su amor caprichoso, pero bonito. "Ratas" de los cuartuchos de coristas eran aquellos aprovechados de sus amores, y a mí, que no me importaba y que no estaba dispuesto a intervenir, me molestaba aquel latrocinio. [...].

Las "revisteras" han salido de las mismas coristas en una tercera parte; son coristas desengañadas de ser discretas y regulares, coristas que han aprendido a fumar el cigarrillo inglés junto a las candilejas, saliendo con unas piernas muy largas, muy bobas y muy impertinentes para los que las conocimos, rorros tontos y ya con demasiados años para ser tan rorros en la dentición siempre, el día en que se decidieron a ser las "revisteras" cínicas engañaron a todos los extremeños recientes de Madrid, pero no a

nosotros... A nosotros nos apartaron para siempre de esos teatros en que siguieron trabajando... Éramos los que no podríamos creer nunca...

[...]

Ahora esas “revisteras”, que antes había que ver fuera, están aquí, y ya es abrumador su número y la cantidad de genuflexiones que hacen y de guiños, como diciendo “Vamos allí dentro”, que han lanzado al público.

Esto nos molesta. Estaba bien que se nos presentasen allí lejos y que gravasen la vida de todos los días de aquellos pueblos; pero de eso a que sean las blancas “tenias” de todos los días del Madrid sincero, leal y de amores y relaciones con las mujeres en que entraba de algún modo la espontaneidad, hay mucha diferencia. Ya encontramos en la vida de los amigos, y como algo que se mezcla de mala manera a su espíritu, las figuras de este nuevo género de mujeres indigeribles.

No soy moralista, ni es por esto mi recelo, no. Soy un espectador que cree, por ejemplo, en los cafés cantantes, en donde hasta está mejor la misma abyección que se mueve en ellos y danza la danza del vientre sobre el cajón de su escenario.

Lo que me pasa con las “revisteras” es que las creo de un género híbrido, algo así como un “Pernaud” espiritual, mucho más alevoso que el vino tinto de Valdepeñas. La “revistera” me parece un veneno sutil y sin defensa, ni antídoto, ni ante el que poner en guardia a nadie, por lo que este mismo artículo resulta ridículo e injustificado por más que me enrede en las palabras que definan a estas señoritas de piernas dotadas de un admirable virtuosismo para los movimientos y de brazos de niñas con gestos de una fineza imponderable...

Las “revisteras” no son nada francamente malo, sin embargo, sino algo de frivolidad, disimuladamente nociva.

Son una combinación híbrida de pastillas de “sen-sen”¹⁰⁰, que por sí solas matan un estómago; de pastillas de menta y de sublimado corrosivo, todo grato de tomar, de un bello color rosa, refrescante, estimulante, complaciente...

[...]

Ya, ese género de bazar, ese género de porte y de carne, ese “denguismo” se reproducirá más cada día. Ya no hay salvación. Es como si todos se hubiesen casado con una mujer gastadora, de manos voluntariosas y siempre en posturas amaneradas y cuyos pasitos fuesen pretenciosos y tontos hasta hacernos perder la noción de la vida.

La Tribuna, 11 de enero de 1921, núm. 3.257, pg. 6.

Variaciones. "Esa"¹⁰¹

Yo ya estoy harto de ver aparecer a "esa" por la ciudad, engañando a muchas gentes. Su persistencia, su presunción, su absurdo modo de andar, sonriendo a cualquiera y arrastrando los bajos enredosos, me molesta también.

Desde que yo estudiaba en el Instituto¹⁰² recuerdo a "esa". Como yo ya era un observador, la tañé. Indudablemente, ha estado sin ser "vista" durante mucho tiempo, aunque ya pasaba por los sitios más céntricos y en pleno mediodía, como ahora, quizás mucho antes de que me diese cuenta.

El fenómeno es curioso. De pronto se ve una sonrisa que se os dirige y un reajo de un ser con faldas, algo que no se sabe de dónde viene. Volvéis la cabeza, y es que "esa" acaba de atravesar la calle y viene mirando y sonriendo a diestro y siniestro y andando como se andaba antes en las playas de las tarjetas postales, con la moda de falda y sombrilla rizadas, pomposas, la falda muy estrecha por arriba y muy anchas por abajo y la sombrilla al revés.

No hay cosa que más rabia dé ya al que la conoce que el que su sonrisa y su coquetería de grandes boqueras sea lo que distrae a la mirada y a la credulidad. "Esa" es ya el endiablado endriago contra las tentaciones.

Pero hay unos hombres lerdos, cortos de vista, de epidermis repugnante, de sensualidad sórdida que aún se van detrás de "esa", porque esa siempre ha sido "esa", y a través de más de quince años ha tenido la misma fealdad grotesca de rostro sucio y tumefaccioso.

Ya debe tener, además, todas las corrupciones; pero aún se empolva y se pinta de rosa y mira con sus ojos inyectados de inconsciencia a todos los que pasan. Viejos de tipo perdido, hombres serios con las más aburrida fisonomía, a los que ninguna mujer sonríe ya, al encontrar por casualidad esa vuelta de ojos de película cómica, pero cuya vis cómica ellos no ven ya, se les ve cambiar de camino, desconcertada su resignación postrera de nuevo metidos en el pecado por el esperpento.

Las mujeres no se vuelven contra ella lo que debieran. Sonríen con malignidad al verla. Creen que lo que pone en ridículo es el pecado, la galantería, el placer. Están equivocadas. Eso resplandece y seguirá resplandeciendo. "Esa" lo que pone en ridículo, lo que rebaja hasta el escalofrío es el sexo, es quizás a las pobres mujeres modestas que no son guapas y que, un poco retiradas de la vida, van por su camino de oscuridad, temerosas de las miradas de burla o de rigor. Siendo lo más apetecible que la mujer

consiga su marco de respeto y pase por la calle como por un camino privado, con el mismo derecho de apercibimiento que el hombre, soportando bien su tipo inevitable. Esta mujer echa abajo esa esperanza. Provoca la crueldad crítica, desespera las miradas, irrita a la luz del día, induce al escarnecimiento. Yo que creo que la fealdad puede tener hasta mayor dignidad que la belleza, sobrepasándola, me revuelvo contra “esa”.

En esta época es cuando parece que se repone, cuando vuelve, cuando se ata al cuello su cinta de terciopelo con un colgajito como un collar de gato cuando aprovechando la gran isidrada de la primavera, se aprovecha de esos paletos eternos de la ciudad, de esos hombres que ya eran tontos, pero que al madurar se han vuelto mucho más tontos y de esos otros paletos que vienen de provincias para ver Madrid y que encuentran en “esa” la conquista de Madrid, una especie de señorita fácil. (¡Para ellos, cualquier cosa es señorita!) Yo he visto cómo uno de esos paletos compraba un jamón entero. ¡Su larga discusión a la puerta de aquella tienda de ultramarinos! ¡Pero, al fin, el jamón!...

Con su velo caído sobre los ojos, pintados con carbón de encina, con su blusa desencajada, volantuda y con esas veladuras de lo que no se sabe dónde ha pasado la noche; con su cintura de avispa, muy amarrada con alfileres negros; con su paraguas con una articulación rota y caída con la inerte flojedad de un ala muerta; con sus guantes blancos de “sorche”, con su lío envuelto en un papel –la muda para ponérsela en cualquier parte–, es el verdadero dibujo de los chicos en las tapias, el garrapato que anda.

Siempre va al sesgo, haciendo las eses de la presunción deslustrando las ilusiones de la vida. Podría ser hasta la Dulcinea de uno solo; pero al pasear con ese descaro su máscara y al sonreír y llevarse tras ella a todo animal desconocido –¡se necesita ser abyecto!–, ya no es más que “esa”, que merece este “diseño” que he decidido a hacer, para anuncio de caminantes y para que los que vengan esta primavera sepan a qué atenerse y que hacen el millón y uno de sus admiradores. No puede ser que en los restaurantes perdidos, los pobres tíos se crean en plena conquista y crean que esa es de muy buena familia y que es “una maestra”.

Es una burla, es una boquera en el día luminoso, es la inconsciencia inconcebible la que veo pasar año tras año al ver cruzar las calles esta mujer –siempre está cruzando de acera a acera– que se destaca sobre el amarillo de los tranvías, que tienen que parar para dejarla pasar con su paso de salón en la escena de ser mirada por todas las miradas. (El sol se pone un momento para mirarla y la luna se echa a la cara los impertinentes.)

No es la miseria, ni la prostitución, ni la excentricidad ni la ridiculez, no; es algo más espantoso, obcecado, relapso, desdentado que parece que nos persigue como un mal sueño encarnado en la vida real.

“Esa” quizás es un personaje de la comedia humana que viene desde siempre y que durará siempre como si fuese una creación del “Gran Antipático” para amargarnos la vida, para poner el poso de tierra en el fondo de nuestra rebeldía y de nuestra independencia, que solo ambiciona poder mirar serenamente el nuevo día.

La Tribuna, 22 de marzo de 1921, núm. 3.317 pg. 5.

Variaciones. El pintor que rifa sus cuadros¹⁰³

Parece que primero fue el rasgo de un gran pintor perseguido por la desgracia el que inventó ese sistema de última alzada de rifar los cuadros al público de la calle en medio de las plazoletas.

Fue una gran anécdota de un gran pintor, que después imitaron muchos pintores malos, muy malos.

Esos pintores malos, desgraciados, que pintan paisajes lamentables, antes vendían sus cuadros en los cafés, en los ministerios. Entonces, como la Humanidad estaba menos escarmentada y tenía peor gusto, podía ser creída como una visita del artista, como una aproximación que honraba del pobre bohemio, esa en que ofrecía sus cuadros. La repugnancia del arte malo no tenía esa violencia que debe seguir teniendo.

A la mesa de los cafés se acercaba constantemente el paisajista, que había pintado los paisajes del tópico –que no salga trópico–, las nevadas estúpidas y las puestas de sol estereotipadas.

En los ministerios, por una gracia ministerial que creía proteger al Arte, el vendedor de cuadros entraba en todos los Negociados o exponía quince días antes de la rifa sus acrisoladas simplezas en algún sitio con buena luz y buenas perspectivas, adonde acudían los sencillos empleados, alejándose, entornando los ojos, mirando los cuadros a través del antejo del puño cerrado, cambiando impresiones acaloradas sobre el cuadro al que tenían opción, gracias a los cinco duros que habían pagado por la papeleta. ¡Cucos, falsos artistas!

Todas aquellas martingalas desaparecidas, el artista que fabrica cuadros al por mayor ha optado por la venta pública en pleno arroyo.

Subido en un taburete, y frente a un alto caballete, en cuyo pequeño atril fija el cuadro en blanco, el artista ramplón pinta los paisajes de la vulgaridad, por el día bajo la luz del día, y por la noche a la luz osada del acetileno.

Ese paisaje amanerado que pintan estos pintores ya no es ni paisaje de puro redondeado, afectado y olvidado de los paisajes naturales que está. Eso sí, salen de prisa; pero como una sonrisa cansada del artista, que encima usa guardapolvo para pintar.

Se ve frente a esos paisajes, algodonosos y como de clase de adorno, que es que la naturaleza, en último caso, es pobre y tiene esa trivialidad que evidencian estos perpetradores de paisajes.

Como si iluminaran una de esas páginas que para eso tienen los libros para niños, dan color a líneas enteramente prescritas en el elemento blanco. En el cuadrícula de su memoria está dibujado el paisaje que pintan, con rasgos precisos, a los que la mano sigue como si solo fuera el remate de un pantógrafo.

Después lo rifan. El público, que está admirado y que solo tiene almanaques en su casa, toma papeletas para la rifa. ¡Qué bien alhajada va a estar esa portería con un cuadro original o qué bien va a resultar aquel cuarto que tiene en el pueblo el paleta cuando cuelgue de sus paredes el cuadrado de verdes postales!

Admirable corredor de paisajes ese que silenciosamente, como en una Escuela de Artes y Oficios al aire libre, pergeña sus cuadrillos en las playas de los pueblos y ha recorrido ya medio mundo, sembrándole de paisajes vistos a través de una cuenta de cristal o de uno de esos pisapapeles que son un enorme brillante poliédrico.

La Tribuna, 7 de mayo de 1921, núm. 3.357 pg. 4.

Variaciones. El precio de las conteras¹⁰⁴

Lo único que no ha subido durante la guerra son las conteras. Aún en la calle de Carretas y en todo sitio en que se ponen conteras las ponen por media peseta. Es su precio clásico, su precio desde el primer alcalde del mundo que fue el primero en usar bastón y necesitó que se la pusiesen.

Es un trabajo preciso de gran precisión, de verdadera vocación, el de poner una contera. El que pone bien las conteras no hace más que mirar el calibre del bastón, y en la caja de conteras busca en seguida la que corresponde, y se la aplica y la vuelve a sacar, y en enciende la lamparilla de alcohol y coge el gran pedazo de lacre en bruto, que derrite en el cubilete de la contera, y cuando está lleno hasta la mitad, mete en él el remate del bastón, y el lacre se derrama, y con un trapo recoge esa rebaba y después eleva el clavito de la sujeción, da dos golpes finales con el martillo y ya está...

-Tome usted caballo.

-¿Cuánto es?

-Cincuenta céntimos.

Nos preocupamos de ponernos tacones, punteras y hasta a veces medias suelas, todo eso que se ha encarecido tanto y muchas veces se nos olvida echar contera al bastón, que tiene una contera miserable, torcida, aplastada, regatón de pobre de los caminos.

¡Y cómo renueva la personalidad echar contera al bastón! Se siente uno un hombre nuevo que tiene un bastón nuevo, que va de fiesta por la calle, que lleva una cosa reluciente, llamativa, deslumbrante, en la punta del bastón, algo así como el alfiler de la corbata o la sortija.

Aprovéchese todo el mundo de que ese es el único precio que no ha subido y ponga conteras a sus bastones.

La Tribuna, 1 de junio de 1921, núm. 3.378 pg. 3.

Variaciones. El ciego y los estancos¹⁰⁵

El ciego marcha por una calle de sombra, que nos excluye. Se siente solo, aunque supone a su alrededor muchas gentes. Dos grandes edificios, negros y seguidos se extienden a los lados de las aceras de basalto. El ciego dirige su timón gulusmeando el aire y el camino con su cayada.

De vez en cuando el ciego pone en el trance a algún transeúnte de ganar algunas indulgencias, pidiéndole que le pase de un lado a otro de la acera. No están asignadas por los obispos estas indulgencias; pero están asignadas por la Providencia o en sesión

plena de las Juntas de Beneficencia. El designado para pasar al ciego se siente héroe de una elección especial que le unge como a elegido. Pasa la calle al ciego llevándole ligeramente del brazo, sin atreverse a darle el brazo como a un amigo, agarrándole de un ligero pellizco de la manga, sin hablarle, tornándose desconocidos ambos amigos de confianza durante un minuto al separarse después de la travesía, cuando el ciego da las gracias volviendo su cabeza y sus ojos distraídos hacia el lado del que le ha acompañado y le suelta el brazo para no seguir acompañándole, para que en el reparto de pasar ciegos de acera a acera le toque al pollo, tan elegantemente vestido y planchado –porque hay Exposición en alguna parte– a quien le acaba asignado ese papel por el director de Seguridad del Azar.

Constantemente el ciego encuentra frente al abismo y el peligro frente a los repetidos estrechos de Gibraltar. ¡A cuántas gentes tiene que pedir lo mismo! Queda obligado a todos los ciudadanos.

Solo en la calle oscura, y aunque estén en puntos estratégicos saben los ciegos los guías de los estancos. Tienen un plano interior en que están señalados los estancos con banderitas de los colores nacionales.

Su cayada, como el remo de que se sirve el marinero para atracar a la orilla, encuentra la vuelta, entrante de la puerta del estanco. Parece que brilla para el ciego todo el fósforo de las cajas de cerillas, parece que huele el fino rapé que se desprende de las cajetillas.

No duda. No teme como el distraído con vista teme tantas veces haber entrado en la panadería en vez de en el estanco. El ciego aparece frente al mostrador del estanco, y da diez limosnas por una cajetilla.

La Tribuna, 8 de junio de 1921, núm. 3.384 pg. 3.

Variaciones. Los descarteladores¹⁰⁶

Va a acabar la estación de los descarteladores. Despidámosles.

Los descarteladores borran el anuncio del ayer para que el mañana renazca con nuevas sorpresas. ¿Habrà algo más triste que un anuncio que se anticúa mucho y siem-

pre nos acordamos del sol de aquel día en que le vimos por primera vez? ¡Y qué amarillentos se ponen, igual que el papel que ha tapado el hueco del cristal roto!

Los descarteladores saben pillar bien la oreja verdadera del papel en vez de empeñarse en arrancarle tirando de la falsa oreja que se nos queda en la mano como un asa rota. Tirando de la oreja verdadera sale todo el cartel entero, o casi entero, en grandes bandas transversales.

Las descarteladoras son como las espigadoras de la ciudad, las espigadoras, ya que aquí no hay trigales y los labriegos de Madrid se dedican a ir al teatro en vez de ir a la labranza.

No respetan nada los descarteladores, y suben a lo más alto no se sabe cómo para arrancar el cartel orgulloso que se creía a salvo de esas noctívgas aves de rapiña.

Hieren, despedazan, arañan sin piedad a esa bella mujer que había acertado a aparecer en un buen cartel; esa mujer de grandes orejas, tan cartelista, un poco cabizbaja, para que cuelguen mejor sus ojeras como pendientes de azabache de sus miradas.

Los descarteladores meten en su zurrón todos los papeles y van haciendo un bulto pavoroso, que después les hace sospechosos en medio del alba, cuando se van a su casa, al gran almacén de carteles viejos, en el que el despacho de la dirección y las salitas, y hasta las alcobas, están decorados con los mejores carteles que se han conocido en Madrid, figurando en el comedor de aquel chorizo o embuchado enorme, pintado con su rojez sarpullida de manchas negras, que coincidió con unas elecciones, siendo la más graciosa de las coincidencias el que apareciese el cartel del chorizo como la más ramplona y caciquil de las candidaturas entre los numerosos pañuelos de las innumerables candidaturas por Madrid. (¡En el Japón sí que hará bonito un día de elecciones, con los anuncios de las candidaturas tan llenos de buen gesto!)

Los descarteladores quitan su abrigo a las vallas, que parecen quedarse desconsoladas y quejasas de que no haya autoridad que las defienda. Pero la autoridad está encantada de que haya voluntarios que arranquen sus parches y sus sinapismos a las vallas y a las fachadas, porque con los carteles se llevan el sello móvil del impuesto, y mañana habrá que renovar el cartel y el sello, aumentando en mucho los ingresos, gracias a esas gentes de uñas largas que arrancan sus túnicas azules, y amarillas, y rojas a las vallas y a las paredes.

El que pasa en la madrugada por la calle tiene que entretenerse en descifrar los jeroglíficos que quedan. De todos modos, queda algo: una letra, un rasgo, un atribu-

to del cartel del cartel destruido, que evocan todo el cartel y hacemos memoria de lo que vimos a la tarde.

El primer ejercicio de un trapero es ese: el arrancar los carteles, que es la basura de las paredes, pues parece que los han dejado en un cesto de los papeles viejos, para cuando ellos lleguen.

Cuando el descartelador pierde la paciencia es cuando se encuentra el anuncio pintado, el anuncio que no se puede arrancar. Entonces, con el raspador de la venganza le borra un poco, lo deteriora, le quita por lo menos la letra más importante. Y en vez de AVISO, pondrá VISO, y en vez de IMPERMEABLE, le quitará el IMPER.

Los descarteladores recogen el cheque fácil de esos grandes papelotes, pesados, almidonados, que llevan colgando el apresto del engrudo.

¿Es de agradecer su cometido? Quizá han hecho efímera alguna vez la gloria de haber figurado en alguno de esos carteles; pero es necesario que se cumpla la evolución de la vida y que se pierda y desaparezca el pregón de los éxitos bochornosos. ¡Qué hubiera sido de nuestra alegría si hubiese durado aquel cartel de cuatro metros que anunciaba la obra más vil de nuestro siglo!

Bien por los descarteladores, que rasgan la noche, que hacen trizas el argumento del día anterior, que evitan que toda la población se esté equivocando y vaya a los espectáculos que ya han pasado a las Exposiciones ya clausuradas.

La Tribuna, 23 de junio de 1921, núm. 3.397 pg. 3.

***Variaciones. El que nos entregaría Tánger*¹⁰⁷**

Hace un sol de justicia atroz. La sombra de la acera de sombra está impregnada de sol, está incendiada de tal modo, que es como la lumbre azulada que también tiene el espíritu de vino, esos ratos en que casi parece apagado y borrado en la sombra.

El hombre que vende pedazos bravos de Marruecos sube la cuesta con resignación de hombre que camina por el desierto. Va resignado a su suerte y lleva toda la sed del que, aunque va un poco alejado de la caravana, pertenece también a ella.

Moro él también, va dentro de su evocación y su nostalgia, la lleva a cuestas, camina con la cruz de sus vaciados en escayola, y muchas veces el yeso barato que apresta las paredes de los aduares.

El sol de la calle madrileña se recrea en ese paisaje moro, que parece como un disco plástico de la linterna del día, el pobre buhonero de la peor y más ingrata de las buhonerías.

Parece que nadie le compra nunca ninguno de esos paisajes y que los lleva como el viejo comedor soporta sus bodegones o sus relieves matadores, toda la vida del rancio centenario. Sin embargo, vende muchos medallones a la larga, pues a veces se asoma a una puerta o a una ventana y le llama con gran ansiedad y capricho una mujer de pelo tan negro que parece postizo, y con arracadas solemnes, siendo un hombre de barba negra y pelo en pecho el que se asoma por la ventanita que tapa un forro de almohada, y en seguida le compran por lo que pide la rodela de yeso en la que el moro se muestra gallardo frente a las estribaciones de la sierra, por entre cuyas pirámides asoma un pueblo africano de arquitectura inolvidable.

¿Por qué le han llamado como si fuese el que vende la hierbaluisa que calma su vientre con el manojito que les venda? ¿Por qué temen que no oiga y le llaman a grandes voces y sacando todo el cuerpo por el ventanuco que viste un traje viejo de colchón o almohada?

Pues porque esos que se han asomado, esos a los él que busca por la vida, soportando impertérrito las sonrisas de los cristianos, son los moros, los verdaderos moros, los moriscos. “Aún hay muchos” –piensa él, que también lo es y que propaga de esta manera la altivez de la raza y su persistencia en España, por si alguna vez hay que abrirles de nuevo algún puerto a los moros para que realicen algún nuevo y famoso desembarco.

Lo único que obtendremos de Tánger, lo único que de Tánger podemos ver y disfrutar es esta propiedad que reside en los pequeños medallones del buhonero. Lo único que veremos aquí de Marruecos –como de las Filipinas fueron los mantones de Manila, y de Cuba las habaneras y las guajiras, más la pintura de algún negrito con traje de rayas azules– serán estos panoramas en relieve, en que parece que vemos una África nevada, ¡tan fuerte es la reverberación del desierto!

El buhonero de cabeza baja, que tiene la modestia de lo que hay emparedado entre el anverso y el reverso de una medalla, es como el representante más genuino y más verdadero de ese hipotético dominio español sobre África.

Modesto, haciendo largas caminatas de aguador, deja que miremos sus escapates, y los chicos le repasan constantemente, pues después de haber visto el relieve detrás, pasan a ver el de delante, interponiéndose en su camino, y vuelven de nuevo a hacer lo mismo, y por hijos de la morería les entusiasma el trasunto.

La Tribuna, 25 de junio de 1921, núm. 3.399 pg. 5.

Variaciones. ¿Y los chalecos blancos?¹⁰⁸

Ya casi no se ven los chalecos blancos. Eso está mal.

El que llevaba chaleco blanco iba como envuelto en un salvavidas contra el calor. El chaleco blanco era el gran preservativo contra el estío formidable de Madrid. Todo el que pasaba por las calles asfaltadas de sol, del verano, dueño de un buen chaleco blanco, resultaba como inmunizado contra el calor.

El chaleco blanco era elegante, y hasta a los porteros les daba la traza de magistrados. El pobre hombre, con las botas torcidas y con sombrero de paja ennegrecido, que pasaba por las calles castizas dándose aire con el abanico de su sombrero, si llevaba chaleco blanco tomaba un buen aspecto de doctor.

El chaleco blanco tenía una cosa de prenda de cristianar para los adultos, para los verdaderos catecúmenos.

Frente a la sobrepelliz clerical, el chaleco blanco era la sobrepelliz civil, mundana, callejera, la prenda litúrgica del buen ciudadano. Había una especie de masonería del chaleco blanco, y cruzaban miradas de madrileños conspicuos todos los que se encontraban en la calle portadores de chaleco blanco, algo así como la banda en blanco de una gran cruz inédita.

Era el chaleco blanco una prenda de limpieza, que era menester llevar bastante nítida y con un apresto un poco almidonado. Hoy, sin chaleco blanco, al abrirse las americanas, revelan todos los que tienen tipo de chaleco blanco y no cumplen su cometido lo mal hecho que está lo que hacen, pues se insinúa debajo de sus camisas una resbaladiza panza de rata, una panza con calidades de rata, y muchas veces de rata hidrópica o de rata ahogada.

Era mucho más distinguida aquella humanidad de porteros con chaleco blanco que esta quizá de mejor clase social, pero a la que se ve la camisa hasta su final en el brocal del pantalón y se le ven ¡los tirantes!, esas prendas de una ortopedia tan íntima, que solo pueden ser comparadas con ciertos adminículos, como el braguero para la hernia, por ejemplo.

Hay que volver al chaleco blanco, con sus solapitas cruzadas, con sus botones de camisa, en los que el nácar brillaba como la joya más humilde, pero no la más despreciable. El mismo reloj se sentía de verano en el fondo del chaleco blanco, y hasta la calderilla se sentía dignificada –como al golfo que bañan y cortan el pelo– en el fondo de los albos chalecos.

¡Qué gran lujo de muda[s] del rey daba a la muda de entre semana y del final de la semana, el ver sobre la colcha de la cama el chaleco blanco de repuesto, muy dobladillo, muy requetepunchado, como prenda de frac que llevar de americanilla!

La Tribuna, 2 de julio de 1921, núm. 3.405 pg. 5.

Variaciones. Los curas de pueblo¹⁰⁹

Esos curas de pueblo están ansiosos de venir a Madrid, y para ellos un Congreso Eucarístico es un San Isidro.

No vienen los más pobres, los que tienen una sotana color capa de pobre, sino los de los pueblos que están bien, los que tienen por lo menos un abrigo de alpaca.

Estos curas de pueblo fuman como labriegos, sacando la petaca de la misma manera y parándose a echar un cigarro en medio de una calle céntrica de Madrid, como se paran a ce[]lo en la misma carretera. (Al sacar la petaca llena de tabaco picado, se les ve la cadena de reloj con grandes eslabones, cadena también de labrador.)

Estos curas de pueblo dan un olor campestre, de jaras quemadas, a las calles de Madrid. Al verles pasar atezados, con su andar firme, con las manos metidas por los bolsillos de las sotanas, que van a corresponderse y a entrar en los bolsillos del pantalón de pana, nos dan idea de la estabilidad de la vida más profundamente que nada.

Han fumado estos días, paseando por los jardines, sentándose en las terrazas, yendo hacia los balcones de la plaza de la Armería, esos gordos cigarrones que les caracteriza y que se doblan con la presión de sus dedos amarillos, azafranados.

Los de los pueblos más próximos han andado emparejados, charlando con gran confianza, encantados de hablar de aquello por las calles de Madrid.

“En julio iremos a Madrid”, habían escrito muchas veces antes de venir, y ahora dicen desde aquí, en sus cartas detalladas y cariñosas: “La corte está deliciosa, aunque ya hace un poquito de calor.” Lo pasmoso es que aún es ese “la corte” a la que se referían las cartas de los forasteros de hace dos siglos, con sus mismas ideas, su orden, su tradición y su norma, pese al atentado individual, que no significa nada, pues desde los egipcios ha podido existir, aun teniendo esta virulencia, como forma endémica de una enfermedad menos aviesa que ninguna de las conocidas, sin hacer variar al mundo lo más mínimo sino para mal, para volverle más retrógrado de lo que es.

Esa “corte” equilibrada, asentada, en cuyo espectáculo tenemos que encontrar profundas gracias, porque frente a él moriremos, es aquella misma corte cuya alusión salía de Madrid con el mismo optimismo de estar aquí, que cuando hace más de cien años las diligencias se llevaban las cartas con una cruz en el sobre también, de los curas forasteros, que, como estos, también decían una misa una mañana, en una de las grandes iglesias de Madrid, una misa de prestado, que después ensancharía sus espíritus al recordar esa mañana, de ser curas de Madrid y de gozar la alternativa divina en el templo de la corte.

Tan es la misma de no hace cuánto tiempo la corte, que el espectáculo de la Plaza Mayor el día de la procesión recordó en vivo, en fervoroso, en creyente, todo el esplendor de las grandes fiestas del pasado, y las velas elevaron coros de luces como la plaza Mayor no los recordaba desde los días de los autos de fe. Y aquello no era una imitación, una reconstrucción, un fraude. Aquello tenía la frescura, la fuerza real, el intenso fanatismo de antaño. Después de una tregua de hacía muchos años, los Reyes, desde un balcón, presenciaban el espectáculo ardiente, cohesionado como ningún otro, de una fiesta de la fe, desnudas las cabezas de los hombres, pálidos los rostros, brillantes los ojos, las numerosas velas encendidas como numerosas almas que duplicaban las almas.

La Tribuna, 4 de julio de 1921, núm. 3.406 pg. 6.

Variaciones. La cosecha de barajas¹¹⁰

Los gobernantes no ven que se juegue, no encuentran los garlitos, no dan con los jugadores, quizás niegan que se juega.

¡Ah! Pero denunciando el juego surgen las cosechas de barajas, la bonita cosecha de naipes.

En las esquinas de numerosas calles dos chulones con gorra de visera afilada y cortante venden barajas al grito de:

–¡Barajas nuevas! ¡Barajas de Vitoria!

En uno de esos largos cestos de las planchadoras, largos y anchos como las grandes bandejas para el té, hay desparramados tacos de barajas en gran cantidad, alguno abierto para dar más aliciente al almacén. Los dos chulapones de pie junto a esa cesta colocada en el suelo tienen en la mano unas cuantas barajas, que enseñan como prestidigitadores, procurando siempre luzca a la vista de todos el as de oros, esas cinco pesetas de oro, que después de una moneda de oro auténtica es lo que más se parece a la moneda de oro. Es el duro de oro sevillano.

Ni en Montecarlo ni en Niza, donde se venden ruletas en todas las tiendas, como si fuesen juguetes para los niños, barquilleritas para los chiquitines, se da el espectáculo de esa venta de barajas en las esquinas:

–¡Barajas! ¡Barajas! ¡De Vitoria barajas!

Siempre ha habido en Madrid esos vendedores de barajas, con la profusión con que en vísperas de año nuevo surgen los vendedores de tacos de almanaque; pero nunca como ahora.

Ahora es la cosecha; ha aumentado, ha sido una hermosa cosecha; tienen la casa llena, atestada, saliéndose las barajas por los balcones y las ventanas, porque este ha sido un buen año de juego en los casinos, y el secreto de todas estas barajas es que proceden de los casinos, que despachan a las nueve de la mañana de cada día carros enteros de ristras muy barajas, el gran archivo inútil de la noche, la inservible descomposición de la suerte, las tarjetas de los minutos allí dentro. ¡Diez mil reyes y diez mil caballos inutilizados en una noche!

Aprovechen la ocasión. Todos pueden tener una baraja o dos en su casa. Están limpias, están nuevas, pues el banquero las cogió por el canto dorado con una gran

delicadez y las fue depositando en el montón inservible, gastado, muerto, de las copas quebradas, de los bastos rotos, de las espadas quebradas solo de un modo supuesto, pues las cartas tienen el aspecto de recién salidas de la fábrica. (Solo si la Policía quisiera encontraría en muchas de ellas, en las que manejaron y tocaron los puntos, la huella dactilográfica de los más ilustres próceres.)

¡Gran cosecha de barajas! ¡El gran producto de Madrid, algo así como su trigo o sus panochas!

La Tribuna, 15 de julio de 1921, núm. 3.416 pg. 3.

Variaciones. La visión del mozo de cuerda¹¹¹

Estos días el mozo de cuerda está fastidiado. Siente el peso de la humanidad sobre su cabeza. Está harto. No acaba de trasegar baúles. Va blasfemando debajo de ellos, y para tomar fuerza entra con baúl y todo en las tabernas, y como no puede echar un trago, porque no puede levantar la cabeza, se sorbe el vino como si se lo tomase con paja.

El mozo de cuerda se columpia en las horas de siesta, en que no salen trenes porque lo tiene prohibido la Naturaleza y las máquinas se negarían a salir. Ata sus cuerdas a una reja baja –cada vez hay menos casas con pisos bajos con rejas–, y ahí sueña la hora de la justicia social. Él no comprende que, más o menos bien pagado, por su pereza intelectual, siempre será el que cargue bultos. No tiene más remedio. Tendría que comenzar toda la creación de nuevo para que pasase lo contrario. Se tendría que disponer todo lo que le gestó, que fue nada menos que todo en lógico consorcio, para que su cacumen y sus instintos fuesen de otra cosa que de mozo de cuerda. Así como todos son capaces de evolución y de altura en los gremios, el mozo de cuerda y muchos cocheros no pueden aspirar en la hora de la equidad absoluta sino a más sueldo, a más descanso; pero no a cambiar de profesión. Esa será la gran categoría imposible de derrocar, la categoría de la profesión; esa la defenderá la última guardia pretoriana roja o amarilla que existe en el mundo.

Sin embargo, la visión del mozo de cuerda es curiosa, porque ve el mundo lleno de gentes, señoritas, ministros, magistrados, jovencitas, que llevan baúles, armarios de luna, aparadores, cajones de embalaje llenos de objetos pesados, todo formidable,

pesando los numerosos baúles que ve soportar a los transeúntes más del doble de la tasa de 70 kilos que admite el billete.

Sentado en esa especie de columpio de jardín que forma con sus maromas, contempla la calle del porvenir y grita a las pobres gentes que pasan de etiqueta, muy puestos, pero cargados con los grandes bultos. “¡A sudar, a sudar!”

Todos, al pasar por delante de él, le miran con ira y le miran el número, para cuando hagan la contrarrevolución poderle castigar.

La Tribuna, 22 de julio de 1921, núm. 3.422 pg. 2.

Variaciones. Limpia-sombreros¹¹²

Los sombreros deberían limpiarlos en la Academia de la Lengua. No sé por qué se me ha ocurrido esto; pero yo voy teniendo ya confianza en lo que se me ocurre, aunque algunos compañeros de profesión y algunos críticos me hayan querido quitar esa confianza durante los interminables primeros años de escribir en vano. Ya sé que los diez últimos años de mi vida, por eso de que todas las cosas se repiten y los extremos se tocan volveré a oír las mismas insidias.

Este es un pueblo en el que los sombreros de paja han merecido el honor de diferentes inventos para hacerles pasar de temporada en temporada. ¡Yo, que estoy deseando hacer rodar el sombrero viejo por la pendiente, por esa especie de Cuesta de la Vega, por donde se va al muladar definitivo!

Ya he dicho en otra ocasión, a propósito del día después al de Nochebuena, que este es el pueblo en que mejor se condimentan las sobras del día anterior, en que se guisa la más exquisita “sopa vieja”, y las croquetas y las albondiguillas son dos exquisiteces, dignas solo de la casa del hidalgo. También es este el pueblo en que se zurce mejor y en que los sombreros de paja quedan como nuevos, año tras año.

No hace mucho, en ese rincón de los inventos que hay en el “hall” del Romea y en donde vacían de nuevo, y a la vista del público –ciento al minuto–, las navajitas para las maquinillas de afeitarse, y donde ponían iniciales al reloj o al dije o al puño del bastón, solo en cuatro minutos, había en una vitrina un aparato vertiginoso que ahogaba al sombrero en un líquido, lo movía en él, y después en seco ya lo daba tales vueltas de

ventilador, que el sombrero se secaba, y al que se lo había limpiado, pagaba y se iba con un sombrero nuevo. Aunque eso sí, mucho más estrecho que antes de limpiarlo.

Era prodigioso aquel aparato de limpiar los sombreros al minuto, aunque salían muy mareados y comunicaban el mareo a la cabezota del propietario.

Siempre se han vendido en las farmacias cosas para limpiar los sombreros; algunas tan venenosas, que no se despachaban sin receta.

Pero el que imperó entre todos los específicos para los sombreros es el que anuncia ese paseante en corte, que lleva el sombrero elevado como un murciélago en el estandarte que pasea por Madrid. Le dieron primer premio en la Exposición suiza, porque tuvo el atrevimiento el inventor de pedir su sombrero al presidente de la Confederación y dejárselo resplandeciente, sin aquel visillo mugriento que tenía, quizás por la de trenes que tiene que tomar el señor presidente para visitar a todos sus confederados, y que no se ofende ninguno, ni los que hablan el alemán, ni los que hablan el francés, ni los que hablan el italiano,

El porta-estandarte del limpia-sombrero, que es como la explicación de un eclipse parcial, como la proyección de un eclipse sobre un sombrero, siempre encuentra sitio en que sentarse –a la sombra para que no se tueste la mitad clara del sombrero–, y sentado en el canto apenas saliente del zócalo de piedra de las casas, lía un pitillo y piensa en la cruz grotesca y banal que le ha tocado llevar en la vida.

La Tribuna, 26 de julio de 1921, núm. 3.425 pg. 4.

Variaciones. Los componedores de las vías¹¹³

En todo Madrid se aprovecha el verano para componer las vías. Durante el día, en algunos trayectos se trabaja, resultando muy pesado el trabajo en plena circulación de los tranvías, pareciendo siempre que el coche va a pillar al componedor, que tarda en quitarse, que quiere aprovechar demasiado los minutos, que quizá es sordo. ¿A cuántos de estos pobres hombres que componen las vías ha matado el tranvía? Si se hiciese una verdadera estadística, si no se ocultase la verdad, ascenderían los muertos a unos cien mil hombres. ¿Quién tuvo la culpa? ¿El operario que no quería salir de su hondonada y no hizo caso al timbre insistente del conductor que le pisaba, el timbre

insensible o el conductor impaciente, irritado, que dio empuje al tranvía solo para asustar al recalcitrante?

Los componedores de las vías no cejan por eso en su obra civil y trabajosa; vuelven a sentarse al paso del tranvía como suicidas que se echan al paso del expreso, y siguen dedicados a terminar siempre con urgencia las obras rápidas en las vías del tranvía.

Para que acaben pronto, son los seres más vigilados por los capataces, y hasta suele haber dos ingenieros o tres dedicados a observar la obra. Toda la ciudad está pendiente de esos trabajos con irritación, temiendo que se retrase todo, que por esa interrupción de los tranvías lo que tenía que suceder no suceda.

Los tranvías parece ser que también se debían mover con la precisión que gastan las estrellas.

Los componedores de vías almidonan las vías, según parece; las planchan con sus terribles planchas que sacan brillo al acero, y, por fin, colocan algún tornillo que asiente la vía.

De noche es cuando aprovechan el tiempo, colgando de lo alto del cable eléctrico unas especies de cuadros de luz potente, gracias a los cuales ven lo que tienen que hacer y dominan con los más terribles gatos y llaves eléctricas la dura cerviz de la vía.

Los componedores de las vías son difíciles atrecistas, abrumados maquinistas para la buena marcha escénica de la ciudad, que trabajan a la luz de esas candilejas potentes que roban luz a los cables, convirtiendo el fluido de fuerza que va por ellos en fluido de luz, en sangría suelta.

Son esos componedores de las vías como los zapateros de las vías, machacones zapateros o herradores, que dejan listo el camino y evitan los saltos, los quejidos, los fuertes virajes en que parece que va a salirse de sus rieles el tranvía y a descarrilar.

La Tribuna, 10 de agosto de 1921, núm. 3.438 pg. 3.

Variaciones. El hombre invisible¹¹⁴

Cuando se ha pasado mucho por la calle del Arenal, quizás años y años, miles y miles de veces se encuentra el transeúnte con este hombre invisible, que es el hombre más chico del mundo y que está disimulado en el zócalo de una tienda de telas.

Todos los días le descubre una nueva generación ya bastante madura para verle.

—¡Ah!, ¿pero estaba ahí?

Y se le tutea como a lo pequeño, como a los gnomos, que no admiten otro tratamiento, porque ese para ellos es como el de excelencia para los excelentísimos.

El hombre más pequeño de Madrid ve el espectáculo de esa calle tan callejera, tan de ambulante, que se podría decir que es como una plataforma movible para el constante tránsito de las personas distinguidas, pues es la calle de los peatones más nobles, de los peatones enseñoritados. Frente a frente del espectáculo, sin ocultarse, lo ve como escondido sarcástico, un poco burlón. Cuando de pronto se le encuentra y se fija uno en su mirada, se sorprende una especie de ironía en los ojos, que se dan cuenta de todo, de ese hombre que está como al margen de todo, independiente, no mezclado a las pasiones del espectáculo, pero con ojos tan grandes como todos los ojos humanos.

Yo ya cuento con él en mi vida de transeúnte, y no se me pasa desapercibido, y le veo en ese estribo de la vida con su décimo en la gorra, mostrando la suerte a los pocos que se da cuenta de ella. Yo, como desprecio la suerte y todo lo que me venga por ese camino, no compro nunca un décimo a este hombre que tiene, realmente, los que, sin duda alguna, tocan siempre, sorteo tras sorteo. Porque la lotería no es un juego tan de azar como se cree [y] no está su determinación en las bolas que salen el día del sorteo; la lotería se domina como la ruleta, si se pone el dinero en ese o en el otro tipo, si se escoge bien el ciego, el enano, la niña o el jorobado.

Este hombre más chico de Madrid, empapelado de décimos, estolado de décimos, enviserado por los décimos, no llama a nadie, no vocea los números que tiene, calla, se disimula, huye de vender, tiene una discreción inaudita, porque tiene que ocultar sus décimos y reservarlos solo para los versados.

El hombre más chico de Madrid, en cuanto llega el 15 de julio, desaparece de ese peldaño en un zócalo bajo de la camisería en donde todas las camisas resultan como camisas de dormir para gigantes, y se va a su pueblo a veranear, a reponerse para pasar el invierno, siempre en plena calle, aguantando el frío, metido dentro del cristal de la helada, esperando esa mirada sorprendida, casual, de uno entre cinco mil distraídos, que es la mirada del que se encuentra un billete.

En su pueblo, el hombre más chico de Madrid no vende décimos; está siempre sentado en la grada de la iglesia y cuenta las cosas que él ve en esa calle, pues nada se previene contra él como contra nosotros, pues se oculta, por lo menos en la mitad, a la vista de los demás todo lo que siente, mirado por los demás.

El hombre más pequeño de Madrid, en su pueblo, anda con bastón y sombrerito de paja de caballero, llevando los décimos en la cartera, porque allí es el comprador, no es el vendedor; pero como comprador no tiene maldita la suerte.

La Tribuna, 11 de agosto de 1921, núm. 3.439 pg. 4.

Variaciones. Las francesas¹¹⁵

Estas francesas a que me refiero tienen ya cierta confianza con Madrid, lo conocen, pasan por él raudas, llevando en la mano un periódico francés, cuyo título vemos con claridad.

Hay muchas ya en Madrid y le dan un gran tipo internacional, llevando un periódico en la mano para que se las reconozca.

Andan con zapatos más rápidas que las españolas y mueven las piernas en sus faldas con más amplio compás.

Van como distraídas, mirando mucho hacia delante, sin comprender que este es un pueblo en cuya intimidad están, aunque sean francesas y aunque se crean más extrañas. Así como en París la calle se abstrae y abandona, aquí la calle cuenta con ellas, las fisga y ya las recordarán hasta que se mueran muchos transeúntes, esos picapedreros que les han dirigido una visual y esa mujer que las ha mirado fijamente.

No tienen derecho estas francesas a ir tan distraídas, con su manera de andar por un camino del mundo en vez de por una calle de Madrid.

Le dan a la zanca y pasan con sus cabezas rubias muy levantadas, llevando el periódico muy dobladillado, como llevan el periódico español los que van a leer hasta su folletín.

Numerosos ejemplares de periódicos franceses con sus titulares muy negras y muy bien tiradas en muy buena tinta, se ven en manos femeninas que llevan el porte de su nostalgia entre el portamonedas y la mano, sin discreción bastante para encubrir que son extranjeras, propalando que ellas no tienen nada que ver con esto. (¡Con la discreción con que nosotros procuramos por pasar por hijos de la ciudad en todas las ciudades del mundo!)

No es un alarde, no, ese modo que tienen de llevar el periódico; pero es un descuido, que les hace más rubias, más sordas al piropo, concentradas. Algunas hasta van sonriéndose con alguien que está al otro lado de los Pirineos.

Van corriendo a casa a desplegar su periódico del día, para ella como estos que acaban de salir, que se vocean ya en las esquinas. Tiene su diario otros telegramas, otros crímenes, otras catástrofes y el cuento, del que puede conocer la protagonista y en el que la interesa el "protagonista".

Quizás no han salido más que este periódico, que solo venden en los puestos centrales, y vuelve a su calle silenciosa, para extranjeros, con el mapa vivo de su país, un mapa reciente y fresco.

No es que ella piense irse; no es que tenga malsana impaciencia, quizás ya se quedará aquí para siempre; pero todos los días siempre irá por su periódico al quiosco lejano, y eso la compensará.

Yo anoto que ya son muchas las francesas –con dos greñas rubias sueltas junto a los oídos– que pasan como con una etiqueta francesa pegada, llevando el periódico francés en la mano.

La Tribuna, 17 de agosto de 1921, núm. 3.444 pg. 5.

Variaciones. La ocarina humana¹¹⁶

En las terrazas se van parando los pobres en actitudes dignas, tías, hieráticas. Así plantados, tocan su laúd, su flauta, su violín o cantan su romanza. Parecen estatuas que no se moverán de la terraza; que en esa actitud y con el sombrero en la mano, se quedarán allí para siempre, como no llenemos sus bolsillos de dinero. Serán, en esa actitud de hidalgos, una reconvención silenciosa y adusta y volverán a repetir su número hasta que muevan los corazones.

Muchos de estos pobres he conocido con silueta propia, con figura de cuadro, con ademán orgulloso, la cabeza muy alta, porque ellos son pobres a mucha honra. Ninguno, sin embargo, tan pintoresco como el que estos días aparece por las terrazas populares de la plaza de Atocha y de la plaza de Nicolás Salmerón.

Este pobre es un ocarinista; pero un ocarinista excepcional. Yo he visto en los circos muchos improvisadores de músicas, cantos de animales y otros ruidos, sin necesidad de usar aparato ninguno. Lo que más maravilla a las gentes es que un ser humano saque de sí mismo, sin ingrediente ninguno, la elocuencia de su arte. Son una especie de oradores espontáneos y de creadores los que tal hacen. Pero ninguno como este ocarinista.

Este ocarinista no tiene ocarina; ninguna ocarina. Este ocarinista descubrió un día en sus manos vacías el secreto de que en la mano humana hay una ocarina natural, de profundas y levantadas notas. Con eso le bastaría para ganarse el sustento.

–¿Veis?... No hay nada... ¿Veis?... Por el revés tampoco –dijo a la gente, enseñándola la mano, como el prestidigitador antes de su número.

Y después tocó los últimos aires de moda.

Ese ocarinista sin ocarina, es decir, con la ocarina humana solamente, toca ahora en las terrazas las más conmovedoras músicas, aplicándose la mano izquierda a la boca y modulándola con la derecha, que busca entre sus articulaciones todos los registros.

No tiene que ver nada esa música con el silbido humano. Todo lo que tiene parecido con el silbido me parece grosero, flaco, presuntuoso, inaguantable. Las notas que ha encontrado este ocarinista en su ocarina son notas timbradas, con el timbre de sapo musical, que conmueve las montañas hiperbóreas que tiene la ocarina. Se levantan como cohetes musicales de la verbena de la noche estas notas que saca a su mano macerada, rígida, de cierre hermético y obediente.

El único defecto que tiene la ocarina humana es el modo con que hay que limpiarla; la repugnante manera con que el ocarinista se quita las sortijas de la humedad, dedo a dedo.

Esto es lo que hay que perfeccionar, y porque la ocarina es perfecta, y cuando yo me alejaba para no ver ese final repugnante de la música, oí durante un largo trecho las notas del nuevo aire musical, dispersadas sobre los tejados, exhaladas con poder, como armoniosas y agudas notas de la siringa del afilador, con matices de chirimía, de oboe y de dulzaina.

La Tribuna, 19 de agosto de 1921, núm. 3.446 pg. 5.

Variaciones. El conformador¹¹⁷

El conformador de las sombrererías es una trampa que la sociedad subvenciona para regularizar las cabezas, para achicar el vuelo de la imaginación.

No os pongáis nunca el conformador, poetas. Será el torniquete de hierro para vuestro talento poético.

En cuando los sombrereros ven a un poeta le ponen el conformador y lo aprietan con fuerza a su cabeza, dejándoselo encasquetado un buen rato bajo cualquier pretexto.

Yo nunca me he dejado poner el conformador, esa máquina apisonadora y prensadora de las ideas, ese círculo de hierro que consigue que la cabeza adquiera el tipo común, la estrechez normal. Los vuelos los chafa desde luego, y en ese papel, con un punteado de papel de música que sacan de la parte que se impresiona, hay un poema abortado, es que ha cantado la palinodia el ritmo interior.

Ya que la Policía nos obliga a dejar la huella dactilográfica, no dejemos voluntariamente otra huella.

Cuando enjaula la cabeza el conformador, los pájaros de los pensamientos se ponen tristes y se callan y se suicidan.

Cuando el sombrerero coja el conformador y tome el ademán de iros a cazar la cabeza, huid, aunque os dejéis vuestro sombrero, el bastón apoyado en una silla y la puerta abierta.

El conformador es como la talla, que después de haber pasado por ella, y si el sargento se ensaña con vosotros bajando el índice, ya no creceréis más.

Esa camisa de fuerza para las cabezas, ese ridículo sombrero enrejado, ese falso sombrero de guerrero medioeval, debe ser el odio de los poetas, de los soñadores, de los rebeldes, cuyas iniciativas se malogran si logra taladrar esa blanca reproducción del pensamiento, que sale lleno de agujeritos.

La Tribuna, 22 de agosto de 1921, núm. 3.448 pg. 5.

Variaciones. Broncistas¹¹⁸

Como algo que proclame un gran artista, se lee muchas veces en esta ciudad el rótulo de BRONCISTA.

Cuando leo ese remoquete de “Broncista” me quedo pensativo en esa categoría tan varonil que es la de broncista.

No sabemos bien lo que es el broncista, lo que hace ni cómo lo hace. El trabajo del broncista es brillante en su conclusión; pero es largo, difícil, inacabable.

BRONCISTA, volvemos a repetir en la muestra de ese piso bajo, de ese balcón, de esa tienda; pero pocas veces hemos visto al broncista y hemos podido ver en lo que consiste su trabajo. Un fondo de laboriosidad sí hemos visto en las paredes de la tienda, como relucientes elementos de la gran panoplia profesional, grifos de las fuentes, bolinches de cama, discos, redondeles, fallebas de las puertas, tiradores y hasta algún llamador.

El broncista parece hombre duro, avezado, rudísimo, el que más se parece al espadero o, con más precisión, al daguero antiguo.

El broncista trabaja el duro bronce y broncea muchas cosas que no lo son. Su arte más delicado precisamente es el de dar un do indeleble y simpático.

Yo llevaría mi reloj a un broncista, en la seguridad de que me lo dejarían muy bien y sería muy seguro que hasta mejor estaba cuando lo compré. Ningún reconstituyente para las cosas, nada tan ostentoso y tan duradero como el llevarlas al broncista.

Lo que más le molesta y le ofende a un broncista es que le llamen herrero, que confundan las dos profesiones de tan radical diferencia.

–¡Yo no soy un herrero! –dice con sin igual orgullo. O bien se reduce a decir:

–¡Eso que se lo haga un herrero!

Lucen su sortija de sello en bronce, como si fuese de oro. La construyeron ellos mismos en un rato de ocio. Es la joya de su broncinerismo.

Los broncistas dan una condición bruñida a los metales que les mejora, les enardece, les hace simpáticos. Esas grandes camas pulidas y abrillantadas por los broncistas barra a barra, desde la corona del pavés hasta los bolinches.

Entre los bronceistas parece que debe haber escuela francesa y escuela inglesa; una, la escuela de los más indeleble, y otra, de lo menos indeleble.

Los bronceistas son artesanos nobles y artistas, que doran las cosas, que les dan un optimismo de novedad.

Está bien que haya tantos en Madrid. Por eso lucen alegremente los agarradores de las puertas, los llamadores y otros muchos detalles de bronce o bronceados.

Lo único que no sé es, cómo habiendo tantos está tan deslucida la bola del Banco¹¹⁹ y de la Gobernación¹²⁰. ¡Con ellas a casa del mejor bronceista!

La Tribuna, 18 de noviembre de 1921, núm. 3.421, pg. 7.

Variaciones. El lechero¹²¹

El lechero es un tipo que no existe más que en España, y tengo que aclarar que me refiero más que al dueño de la lechería, más que al perito químico del mostrador, al chico que lleva la leche por las casas.

Es su papel un papel así como el papel del repartidor, y quizás el repartir de la leche sea una cosa así, sea después de todo el repartidor de esa revista saludable y como en el más blanco de los papeles couché, y cuyo título es LA LECHE.

El lechero es un hombre cascabeleante, cencerreante, cacharreante. Todas sus lecheras suenan al mismo tiempo como cencerreo típico.

No gana mucho; pero se pasea de alto a bajo, sube escaleras, aguarda sin impaciencia la cosa que parece que más debe impacientar en el mundo: que le devuelvan la garrafa, que la desocupen, que le den quizás la de ayer, que por desidia se quedó, y que hay que tener energía para llevarse, porque si no todos los días se dejaría una garrafa y la tienda tendría que repartir la leche en frascos o en carteras.

El lechero para su carro, mejor dicho, su percha de garrafas, en la puerta que le conviene y sale de su camilla como libre por un momento de aquella especie de andador que le cohíbe, que le lleva todo el camino encerrado, gozando una libertad ilusoria de medio cuerpo para arriba y de medio cuerpo para abajo, aunque en medio de esos dos medios el cilicio del marco de hierro que le circunscribe, le domine con tiranía.

El lechero deja su propia angarilla, su propio embalse, apoyado en sus cuatro patas delante de la clientela, rogando a la portera o al chico que mira sus garrafas y su sostén como quien mira una motocicleta, que tengan cuidado.

El lechero lleva garrafas para los biberones, para los enfermos, para los que están viejos. No beberá él un sorbo para satisfacer la sed del camino; entregará generalmente, precintada, la garrafa sonora, optimista, limpia.

Este servicio urgente y a domicilio de los lecheros es digno de la vida y es como un *reparto de correspondencia* más práctico, más saludable y más reconfortante.

Se le carga demasiado al lechero, se le echan encima demasiados ejemplares de “El litro de leche”, se le hace andar como aplastado por el peso de su percha cuadrada.

El lechero, dentro de su miriñaque de cafeteras, va alegre, avizor, con su gorrita chica, obsesionado por alguna doméstica, con la que recibirá la garrafa número 10.

No creo que nunca hayan robado al lechero sus chorreras, la estantería, su “aparato científico”; en una palabra, con todas las cafeteras lácteas o lactescentes.

El lechero es respetado y querido, porque como aquí los negocios son muy pequeños, el lechero está dispuesto a llevar hasta medio litro a quien lo pida, a subir hasta la guardilla del que la necesite y esto se ve claramente que es filantropía pura.

El pobre lechero lleva sobre sí el peso de todas las vacas de su señor, que han venido cansinas con sus ubres llenas. El lechero, alegre por el cencerreo con tono de bocina que le proporciona la guirnalda de sus garrafas, recorre la ciudad por entero y después de volver con el cangilón de sus garrafas vacío, fumando un cigarro, con su boina pequeñita, con su blusa suelta.

La Tribuna, 3 de diciembre de 1921, núm. 3.434, pg. 5.

Variaciones. El hombre que echa fuego por la boca¹²²

En cuanto atardece pronto, en los días en que se puede contar con una noche oscura, aparece el hombre que echa fuego por la boca.

Se queda en mangas de camisa; ¿para qué quiere él más abrigo, si está ardiendo por dentro, si está inflamado, como esos calefactores de petróleo que solo se calentaban ellos?

Tarda en preparar su número; dice cosas que estarían bien en el patio del presidio, gracias para la hora de recreo en el gran patio de los malos seminaristas; enseña la botella verde del petróleo, la mueve, y cuando ya tiene a todo el mundo suspenso de él, enciende la tea, se toma un trago de petróleo, y después de trazar sus rúbricas en la noche, sopla las llamas más largas, las lenguas de fuego más altas, como hombre poseído por el diablo.

Hay como en los circos, un murmullo de asombro cuando el fuego está en su apogeo, cuando el pobre hombre arde por dentro, consumiéndose sus entrañas en el fuego bíblico. La gente espera que arda por fuera cual arde por dentro, que abra en su cuerpo una ventana el fuego auténtico, fuego de almacén de gasolina incendiado.

El hombre que echa fuego por la boca parece sufrir unas violentas acedías, y necesita como el más grave enfermo del estómago mucha agua de bicarbonato, cubos de agua con bicarbonato. Solo las acedías de los más desesperados condenados, de los réprobos mayores, del blasfemo número 1, pudieran ser parecidas al del extraño soplete de fuego interior.

Embadurnado de mineral como una lámpara sucia, como se ponían después de usarlas y de muy despabilados y de entufarse mucho los quinqués de porcelana, el hombre ese de pómulos indios, parece un emigrante de la India, donde aprendió de alguna secta de adoradores del fuego esa extraña ceremonia en que se entrega a las llamas el corazón, como lo pintan en el misticismo.

La llama de fuego, que tiene gran alma que consumir y muchos [] tarda en apagarse, y hay un momento que ilumina la noche ciudadana como un incendio, como una de esas grandes fogatas que arman los golfos o los componedores de vías.

Poco a poco, en esos tres buches últimos del fuego que se apaga, que se humilla, que va a fallecer, la orgullosa y gorgónica cabellera del fuego se extingue, y el extraño liturga (sic) [licurga] sonrío y recoge las monedas que le echa los que comprenden que debe tener la boca hecha una pura llega, escocido, soflamado todo su interior, como una ruina toda su alma, como una casa con las paredes en pie todo su ser.

-Para que te cures... Para que te compres "linimento de cal" para las quemaduras.

El pobre hombre, verdadero superviviente del “Machichaco”, negro de su miseria, fogonero y brasa de su alimentación, descansa un rato, sonrío mucho, se muestra como curado de sus pecados, como si hubiese expiado su posible historia de crímenes, y por si aún alguien creyese que no le había purificado el fuego, vuelve a tomarse el petróleo, vuelve a encenderlo y vuelve a hacer las gárgaras de fuego de la purificación.

La Tribuna, 14 de diciembre de 1921, núm. 3.443, pg. 6.

Variaciones. Amas de cría¹²³

Como hay pollerías, sin más boato y con ese carácter de comercio al por mayor, se anuncian las agencias de amas de cría.

La misma aleluya antigua que pintaba la vida de una buena ama de cría en Madrid, podría referirse a estas amas de cría que hoy sufren la misma posada, atribuladas en la sombra de la espera, moviendo ruidosamente los pies en el establo expendedor.

En ciertos rincones de la ciudad –no es cosa que se anuncie con carteles luminosos– se encuentran esos anuncios de buenas amas de cría. Tienen el aspecto de antiguos cuadros que sirvieron de enseña el siglo pasado, cuadros que fueron contemplados con arrobos por los aguadores antiguos, cuadros que tienen gran parentesco con la enseña vieja de tal lechería, con el viejo plafón de tal café y con ese anuncio que se exhibía a la entrada de la antigua burrería.

Tiene aires campesinos, de muestra a la entrada del pueblo, de cuadro de herrería.

Aquella visión de la “corte” que envidiamos a los que pernoctaron en los paradores antiguos, y por cuya visión neta y trascendental daríamos el presente, solo se disfruta ya desde los balcones de esos depósitos de amas, donde mira el mundo con temor las más primitivas nostálgicas.

Es como una institución rústica, con el aire de los primitivos contratos de trabajo y servidumbre, esta de las amas de cría, que algún traficante en amas escarnece diciendo que son montañesas.

Ese tipo de vieja ciudad con prosapia y buena salsa, que no debe perder la ciudad nunca, lo conservan más que nada los carteles que anuncian a las amas de cría

que están arropadas en espesos mantones en el fondo de las antesalas, esperando al recién nacido que las necesite.

Parece que estas amas de cría españolas están fuera del alcance de los reconocimientos médicos y que han sido cazadas a lazo en los valles vírgenes. Algo de encerrona, de misterio, de olor áspero a llar aldeano hay en esos interiores de las casas en que se expenden amas.

Yo, que me he asomado a la rendija de alguno de esos asilos de planta baja, he presenciado el aire de andén, de sala de espera de cuarta clase que había allí dentro.

Esos seres humanos que se albergan en los almacenes oscuros en que se guardan las amas de cría contratables, sufren peso del mundo en sus cabezas. Tienen que soportar la fatalidad de distinta especie que gravita sobre los animales.

Y estas amas de cría, embaladas en esa oscuridad, son seguramente las de mejor leche del mundo, leche pura, que surge de la entraña de la raza, de las primitivas alquerías humanas.

La Tribuna, 29 de diciembre de 1921, núm. 3.456, pg. 5.

Veraneo

*Variaciones. Viaje corto*¹²⁴

El vagón ha estado al sol todo el día; así es que arde, y, como tiene mucho barniz, arde con un olor fuerte.

Como no nos vamos lejos, no nos da pereza irnos de Madrid. No es que cambiemos una mujer de una clase por otra completamente diferente. No le hacemos esa ofensa a ella ni a nuestro gusto antiguo. No. Vamos a una tierra muy parecida, a aquella en que el veraneo presenta unos alrededores secos, castellanos, los mismos de Madrid sino que con una sombra más fresca: Vamos a Segovia¹²⁵.

Los que en esta misma hora toman el tren de las playas del Norte en otro andén miran con cierta socarronería a nuestro tren corto, en que pone "El Escorial" y "Segovia". Van a una atmósfera blanda, musgosa, con humedades para la gabardina; van a

ser infieles al sitio en que pasan más los años y del que quizás son, y en el falso ambiente a serse un poco infieles a sí mismo.

En el viaje corto, ni tenemos impaciencia por salir ni por llegar. No llega por eso la salida del tren cuando ya estábamos irritados, sino cuando no lo esperábamos, como un regalo de su buena voluntad.

Durante un largo rato de marcha nos sentimos aún en Madrid, y después le vemos escalonado como mucho mayor de lo que quizá es.

En Pozuelo, una buena moza ha subido a nuestro tren, y canta: "Quien a hierro muere". Es esta una novedad de este año. Yo no sé cómo se enteran los vagabundos de las costumbres lejanas. Después de lo de las rifas, se va a implantar esta costumbre, que en los trenes de Italia nos ha sorprendido tantas veces con aquellas mandolinas con cuerdas "más metálicas" que las nuestras. Esta pobre mujer, fuerte, erguida, con ese orgullo tieso de los cantarines de la calle, lanza su cantar con una voz tan terrible que domina el ajetreo y bataneo del tren. No está adiestrada aún. Se ve que teme la competencia, que necesita hacer dinero pronto. No se sabe su cantar, y en el papel en que lo lee hay esa rasgadura de los papeles doblados y vueltos a doblar demasiado, y entonces hace una pausa que la angustia. Al final, pasa una bandejita -un cenicero elegante-, y va diciendo, con distinción y sin insistir: "Hace el favor, caballero". (Hay muchos caballeros que, como en el tren se puede estar dormido, se hacen los dormidos o están dormidos.)

Avanza el tren por esos parajes que nos son tan conocidos y en los que ha caído una de esas siembras a terrible boleo que hace la Providencia, y que en vez de lo amarillo han hecho surgir lo morado de los montes. Junto a ese morado hosco de los montes, junto a es morado de estas breñas y que al atardecer se amorata como unas barbas de pastor, es en contraste este morado de la lluvia de flores, es el morado inocente y puro.

La nueva estación de Tablada se va culotando; pero aún no tiene ese público de andén, ni ese paleta que se apoya en una pared, ni esa mujer de falda azul que se busca la faltriquera. Hasta no tiene esas hermosas gallinas de estación. Son solo pollitos aún.

Y después de pasar ¡nueve túneles! que convierten al viaje corto en viaje largo, aparece Segovia, que es como la estación límite, la estación a cuyo final, como tope de los trenes, hay un terraplén y por cuyo andén se puede andar tranquilamente sin temer más que los trenes del Sur, pues al otro lado está el "non plus ultra".

La Tribuna, 18 de agosto de 1919, núm. 2.831, pg. 2.

Variaciones. Vuelta¹²⁶

Y basta de Lisboa. Vuelta a Madrid a recoger la nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas.

[...]

En Lisboa sigue habiendo *sudor* en vez de *calor*, que es lo que hace en Madrid durante el verano. Todas las gentes llevan aquí rostros brillantes. El veranillo de los membrillos, aquí es solemne y parece que dura hasta Noviembre. Prefiero el fuego latente y tostado de Madrid a este baño de vapor.

[...]

La Tribuna, 30 de septiembre de 1919, núm. 2.847, pg. 5.

Yoismo**Variaciones. Bajo el sol**¹²⁷

Yo tengo que confesar una cosa que, a primera vista, parece tan inconfesable como el que le gustan a uno los callos o el pimentón. A mí me entusiasma salir en Madrid a las tres de la tarde, bajo el pleno sol del verano.

Ese baño caliente es sano, optimista y aclarativo de la vida como él solo.

Me gusta, sobre todo, andar sobre el mullido asfalto, que huele tanto, que parece que los carros del asfalto andan sueltos por ahí cerca y son ordenados copiosamente.

Dentro del mar de fuego, nadando con serenidad en él, se ve que el calor aprieta por *el miedo*, y hasta cambia esa naturaleza bonachona y apacible que tiene por otra irritante y antipática, solo por *el miedo*.

Bajo la luz fúlgida y la llama del sol del estío como la de la lámpara soldadora del fontanero, es un consuelo el irse preparando el refresco de alguna sombrita, muy elegida, que no sea demasiado larga.

No domina a esta ciudad el vicio de la siesta. No seestean las casas ni las personas. Las personas están dentro, en el fondo de las casas, asustadas, pusilánimes, pero despiertas. Las casas, los árboles, las aceras, viven su relieve y su exaltación. Los tejados tienen sacadas las rayas perfectamente, y brilla esa cal que se echan en el pelo y que forma en ellos líneas sinuosas, escalones y dorsales vivísimas sobre las ringleras de tejas, evitando su caída.

Las persianas verdes están que echan verde, desplegadas y tapando como con una verde compacta y tupida palmera el fondo de las habitaciones, los ojos negros de la casa. Se derrite su pintura como una resina por la fuerza del sol; huele a esa leche verde y como natural de esos falsos engendros vegetales que son las persianas verdes.

Para la literatura, no es que ganemos mucho con este paseo, pero sí para la vida. Esta materialidad suculenta, tostada y refrita es un banquete para el alma física y hambrienta de realidades.

Y vamos cruzando a fondo la ciudad hacia un café en el extremo opuesto; a ser posible, en los barrios bajos, metiéndonos en la cabeza pequeños deseos, como el de ver iluminados por este sol fuerte y en las puertas de las tiendas los muebles de pino, las artesas de pino con cantoneras de cine.

No tiene Madrid esa soledad y ese hastío de las poblaciones a esa hora, no. Vibra, está expresiva, consciente, y tiene un gesto abierto, recio, entero y retrechero.

En nuestro camino tenemos que pasar por largos solares cubiertos por una valla corta, junto a la que es más peliaguda la sensación del sol, pues deja el cuerpo en sombra y solo guillotina y abandona al sol la cabeza. Es preferible salir en medio del sol, pues no encuentra uno la manera de que el efecto de la valla suceda al revés, y la cabeza resulte a la sombra, mientras los pies sean lo que sobresalgan de esa sombra corta.

La Tribuna, 5 de julio de 1919, núm. 2.787, pg. 3.

Variaciones. Las terneras febriles¹²⁸

Desde pequeños nos asomamos con asombro, al pasar por la calle de Preciados, al escaparate de esa especie de cabrería con ternerillas en vez de cabras, elegantes,

cerradas por las lunas del escaparate, y como acostadas o en pie en cunas elegantes, cunas de barrotes dorados y boliches destellantes.

En plena calle de Preciados, y en esa tienda que ocupan, y en la que no hay mostrador, ¿qué significaban estas terneras?

Durante mucho tiempo, apenas lo supe, aun siendo el niño madrileño que pasaba muchas veces por ese escaparate. De la explicación científica que me daba la doncella no me quedaba ninguna noción, sino la de unas vaquitas colocadas al margen de su destino por los hombres, aburridas, sin aire, apartadas del mundo, como las jaquitas que nacen en las caballerías reales.

Al cabo del tiempo, cambié esa pesadilla de vida monótona en que yo veía hundidos a esos chotillos por otra pesadilla peor y más aciaga al enterarme de que eran las terneras sacrificadas a la vacuna las que lucía un ilustre bacteriólogo en ese escaparate céntrico y vistoso.

Ahora, siempre que paso -ayer la última vez-, dirijo la debida mirada triste a las pobres terneras desveladas, febriles, enfermas. La gratitud humana las debe esa mirada dulce, consoladora, agradecida. Padecen una fiebre intensa, en que han sido metidas exprofeso, y de la que los médicos, lejos de quererlas curar, "las agravan", solo por el bien del hombre.

Si se las pusiese el termómetro, se vería que tienen en este momento, en que des-
tapadas y en un escaparate se encuentran al público, cuarenta o cuarenta y un grados.

Ante sus llagas, ante los granos que las hacen sufrir, los médicos dicen:

-¡Qué bello cultivo... Qué rico cultivo.

¡Pobrecillas! Se van muriendo poco a poco. De pronto falta una de la tienda, y se produce uno de esos vacíos entre compartimento y compartimento, que ponen tan triste las cuadras y las hacen tan visiblemente incompletas, tan llenas de ausencias eternas.

Por lo menos, en atención a todo eso, miremos a las mártires de la calle de Preciados cuando pasemos por esa calle, y recordemos con veneración la fiebre perpetua de esas terneras poseídas de la viruela más negra.

La Tribuna, 13 de julio de 1919, núm. 2.795, pg. 7.

Variaciones. Tiestos¹²⁹

Esta es la Patria del Rey, de la Reina, de la condesa, del zapatero, que yendo por la calle tan tranquilos, les cayó una teja en la cabeza y se murieron en el acto.

Cuando se disputa sobre el peligro del aeroplano, del vapor, del tranvía, de los patines, siempre hay alguien que dice:

-Sí... También si vas andando por la calle te puede caer una teja en la cabeza y matarte.

Trozos de alero, cornisas, chimeneas, caen constantemente en este Madrid, en el gua hasta las casas en construcción se hunden. (Ahora hay varias hechas con los desperdicios de la Gran Vía, y que, agrietadas ya, serán muy pronto como "Valbaneras"¹³⁰ desgraciados, que naufragarán en plena tierra.)

Cuando yo vivía en la calle de la Puebla, hacía que los amigos no pasasen nunca por la acera del convento de las monjas de Alarcón¹³¹. "De ningún modo por ahí", les decía, recordándoles que en poco años había visto caerse varias veces el alero, un trozo de campanil, y en una ocasión, la campana y su espadaña, que hundieron un farol y un urinario. Nadie revisaba la materia del edificio de las monjitas desde hacía varios siglos, y el antiguo caserón se iba desmigando sobre los transeúntes.

Pero el verdadero peligro de Madrid no está en todo eso, sino en los tiestos. Claro que los tiestos higienizan la atmósfera de Madrid y valen más que ese "saneol" o "hygenol" que se echa en los ozonizadores, generalmente exhausto en los rincones de las casas; pero los tiestos tienen el inconveniente de que se escapan de las manos de las jardineras de balcón y acaban trasplantándose en el cráneo de un señor o una señora, a la que no defiende el tiesto del sombrero ni la mata de su pelo (sic)¹³². Es gracioso ver en los balcones pequeños los tiestos que hay, hacia adentro y hacia afuera, muchos agarrados a la barandilla con verdadero vértigo, como gimnastas del trapecio o como monos de balcón, que temen caerse.

Debe ser terrible la caída a plomo de un tiesto. Veo al hombre muerto y a la gente pidiendo justicia frente a la casa en que se oculta el [la] imprudente -¡solo imprudente!-, que llorará con todo desconsuelo, porque ella no quería matar a nadie, ella hubiera querido que el pobre muerto se hubiera colocado en el ojal la flor que le había enviado.

La Tribuna, 10 de octubre de 1919, núm. 2.857, pg. 6.

***Variaciones. La luna de la calle de Velázquez. Ayer me han llamado ¡imbécil!*¹³³**

La luna de la calle de Velázquez

Donde se ve más la luna de Madrid es en la calle de Velázquez. Es por donde se puede dar un paseo más largo del brazo de ella. Ir por la calle de Velázquez en una noche de luna es como ir por la plataforma de la luna, siguiendo sus pasos y su huella.

La rampa de la luna es sin duda la calle de Velázquez, y por encima de su ancha vereda la lleva sirgando el marino transeúnte.

Gran cometa de nuestro optimismo madrileño que se niega a salir de veraneo es esta luna alegre, plateada, fresco botijo de la noche, la luna que no ha querido irse con los otros, la luna que no ha querido irse a San Sebastián.

–¡Qué noches más tristes deben pasar sin luna! –se piensa recordando a los que se han ido y piensan en Madrid con horror, como si todos los que nos hemos quedado nos consumiésemos en un cuadro de ánimas. ¡Qué equivocados están! En qué grandes errores hace incurrir el veranear. Es lo que más entristece.

La luna de la calle de Velázquez es como la luna de los descampados.

Esa predilección de la luna por la calle de Velázquez debe ser que vive en ese barrio, quizás en ese balcón cuyos cristales tanto platea en invierno.

Yo invito a mis amigos a que busquen esa luna de la calle de Velázquez, curiosidad sencilla, agradable compañera, gran foco portátil que patina sobre los cables del cielo.

Ayer me han llamado ¡imbécil!

Ayer me llamaron ¡imbécil! desde un tranvía. (No os agarréis a la facilidad que hay de repetirlo o en decir que no estuvo mal.)

Yo bajaba por la plataforma de atrás –porque yendo en esta plataforma hay derecho, según la nueva interpretación, a bajar por ahí– cuando subía un jovencito vestido de blanco como una niña. Luchamos un momento, porque él quería subir y yo bajar, y, por fin, haciendo un difícil regate, pude yo bajar, con peligro de matarme, y él subir con cierto peligro.

Cuando ya estaba el jovencito en plena carrera del tranvía, me gritó, sintiéndose a buen recaudo: “¡Imbécil!”

Yo tuve ese primer arrebató en que no quisiera incurrir jamás, y confieso que le llamé también ¡imbécil!, y le cité a tierra, cosa que ya no hizo, porque esos jovencitos han nacido para cocheros, o sea para insultar desde los pescante y terminar arreando al coche. Yo no iba a correr como un desesperado detrás del tranvía, y me quedé meditando sobre el suceso.

Siempre le queda a uno, de esos arrebatos, palidez, golpes de latido en la cabeza y asco de la Humanidad, vergüenza de no haber matado y al mismo tiempo cierto arrepentimiento de habernos puesto como nos pusimos de gesticuladores y valientes.

Lo que más me dolía, al fin y a la postre, era haberle llamado idiota. Le debí llamar “mentecato”, “bobo” o algún insulto que cuadrara mejor a su indumentaria de jovencito vano, forrado de dril como las butacas, traje absurdo, pues se puede ir vestido de azul y hasta de color caqui; pero no hay nada que revele más un alma simple que ese traje presuntuoso, a la par que tonto. Ese traje, unido a un sombrero de paja mezquino, completa el tipo del jovencito servil, entrometido y de juicios falsos y redichos, esos juicios que solo el escuchar hace que nos recorra un escalofrío la cara.

La palabra “imbécil” cayó sobre mi cabeza como uno de esos grandes pedazos de alero que muchas veces se desprenden de las casas. ¡Se las trae la palabrita! ¡Es de órdago!

¡Y dirígmela a mí, que procuro desterrarla de mis conversaciones y de mis juicios! ¡A mí, que a lo más digo “tonto”, pero no “imbécil”! “Imbécil” es una palabra inhumana, cerril, ensañada, y siempre que se la oigo pronunciar a algún amigo en sus

juicios le miro con odio, pues aunque comparta alguno de sus juicios no comparto lo duro de sus sentencias, y pienso que se puede llegar hasta imbécil de gravedad llamando demasiadas veces imbéciles a los demás.

¡Qué tontería haberme llamado imbécil! No tiene la culpa ese jovencito tontamente vestido de blanco. Nunca habrá sido más inocente esa palabra en sus labios. Es su casta, toda su casta, toda nuestra casta la que tiene la culpa, la que está deseando llamar imbécil a alguien, la que se vuelve loca por decir la palabra, y cuanto con más grandes letras, mejor. ¡Si pudiese pronunciarla con letras de cartel!

Ese pobre muchacho me llamó imbécil por la influencia ambiente, porque yo no lo merecía. ¿Yo qué iba a hacer? ¿Por qué quiso subir en marcha? ¿Por qué nos ha de dar tanta pena dejar pasar un tranvía más, y por qué cuando el miedo nos ha hecho agarrarnos al hierro de la pasarela para subir ya no sabemos soltarnos y después nos encaramos con el Universo entero si no logramos salvarnos? Ya no era hora de ceder. Yo tenía más derecho a bajar que él a subir, y, sin embargo, le perdoné la interposición y el que me hubiera hecho pasar por uno de esos momentos en que en honor del que quiere subir y no nos deja trecho para lanzarnos bien al suelo nos tiramos al abismo y al albur, dispuesto a perecer por no abusar de nuestra superioridad y dar un rodillazo de circo al tío que se ha obcecado en subir viendo que íbamos a bajar, que estábamos ya en el estribo. ¡Y después de echar a cara o cruz mi vida lanzándome a la plena inestabilidad, llamarme imbécil!

–¡IMBÉCIL! –esa palabra, lanzada tan injustamente como una pedrada, rompió por lo menos toda mi sinceridad, y me pareció repulsiva, más repulsiva que nunca, más perruna, sin nobleza, esa gran nobleza que debe tener el insulto y hasta el decidirse a matar a alguno. Aunque soy muy dueño de mí, estuve una hora sin poder coordinar bien mis ideas.

Confesada, devuelta, enviada al laboratorio para que la examinen, enviada a la Dirección de Seguridad para que desde allí la lleven en el carro blindado a hacerla explotar lejos, ya estoy tranquilo, tranquilo por de pronto, porque no hay ciudad como esta en que más dispuestos estén los hombres a echarse unos sobre otros, y, sobre todo, a llamarse IMBECILES con las letras más grandes de su repertorio.

La Tribuna, 9 de agosto de 1920, núm. 3.124, pg. 11.

*Variaciones. La casa en que nací*¹³⁴

Nunca se me había ocurrido pasar por la calle en que he nacido. Yo que ando por todos los recovecos de Madrid, nunca había querido pasar por la calle de la Rejas. Había mirado desde su desembocadura el fondo un poco oscuro de la calle.

¿Qué superstición me hacía no entrar en el oscuro callejón?

Quizá que quería dejar en vaga sombra esa calle que en mi imaginación estaba llena de nebulosidades y de cendales.

Quizá que pesaba en mí como un suceso aciago –aunque no soy nada pesimista ni llorón–, el suceso de mi nacimiento. Aquel día fue como si muriese de alguna manera, como si se me señalase plazo para comenzar, lo cual que es la primera limitación de la muerte. Algo de casa con la media puerta cerrada tienen la casa en que se nace.

Yo no sé qué; pero algo muy sincero, porque la sinceridad me guía, me había hecho no pasar nunca por la calle en que nací.

El otro día, rectificando esa aprensión de toda mi vida, he pasado por la calle de las Rejas. Supe que habían tirado una casa en el centro de ella, y temí que fuese la mía. Yendo hablando por la calle con un buen amigo, me enteré de eso, y quise ir inmediatamente a ver cuál era la casa. Me dio miedo que desapareciese toda la calle y de no poder obtener ya la imagen de mi primer momento.

–Es una calle modesta y tranquila –le dije al amigo.

Los balcones de la calle me miraban como si me conociesen, y se decían: “¡Ya era hora de que apareciese por aquí nuestro hijo!”

“De alguno de esos balcones pende aún la llamada al sereno” –pensaba yo.

–¿Y en qué número fue? –me preguntó mi amigo.

–No lo sé; pero de lo que sí estoy seguro es de que fue a mano izquierda y de que por lo tanto, no es mi casa la que acaban de derribar.

Realmente tampoco tenía motivo de creer esto; pero lo creía firmemente.

Como no sabía el número, observé bien las casas de ese promedio de la calle, en que también algo me aseguraba de que había sido el suceso.

–Yo debía saber el portal en que entré para nacer –le dijo a mi amigo–. Indudablemente arrojé una mirada a la casa antes de decidirme a nacer en ella... Pude nacer muerto si se me ocurre no entrar. La decisión de nacer vivo le corresponde real y efectivamente al hijo.

Después de observar bien mi calle me fui a casa. Ya había estado en el primer camino de mi vida, y al hacerlo parecía haber hecho algo que solo el día antes de ir a morirme tenía que hacer.

Cuando llegué a casa, pregunté a mi padre el número donde nací en la calle de las Rejas¹³⁵, y mi padre me dijo:

–El cinco.

¿El cinco? Lo recordaré ya perfectamente, pues el aspecto de la casa no se me olvidará: casa de familia recién formada de matrimonio recién formado con casa para el primer hijo –si viene–. Todos los clavos clavados con un gran encanto. Todas las cosas colocadas con un gran encanto. Todas las cosas colocadas en su sitio, con predilecciones y desdenes. La antesala con un farol japonés.

Solo me falta saber cómo era el patio. El patio influye en las infancias y además el patio da un carácter inconfundible a la casa.

La Tribuna, 19 de mayo de 1921, núm. 3.367 pg. 3.

Variaciones. Mi “Roskopf”¹³⁶

En la mejor tienda de la plaza Mayor he comprado el mejor Roskopf de la comarca.

Tenía de antiguo la ilusión de tener un Roskopf, y temía que desapareciese el último de la especie antes de que yo lo adquiriese.

Lo admiraba colgado en las grandes ristas de relojes que llenan los escaparates de las tiendas de la plaza, todos dispuestos a señalar una hora distinta y un nuevo destino a quien los compre.

Los relojes con los ojos huevudos son los que más atraen al transeúnte y los que tienen la esfera azul o morada también tienen un desgastado encanto, aunque son relojes que en definitiva solo se llevarán las almas enfermas.

Los relojes [con] que trabaja un zapatero, son los relojes espantables que debía requisar el Instituto de Reformas Sociales o la Casa del Pueblo, porque el pobre zapatero soporta una jornada excesiva.

Los relojes que tienen una señorita modernista y de cabellos rizados, en la esfera o en el reverso, son relojes dignos del hombre que es engañado por cualquier mujer, por lo más cursi de las trotacalles que se lleva al pueblo, y allí se la pega con todo el mundo.

Observando esos relojes se ve que abunda mucho el reloj ferroviario, con una máquina de tren, larga y humeante pintada en la esfera. Por esos relojes es por los que los trenes llegan siempre con retraso.

“No hay nada –pensaba yo siempre– como el Roskopf”.

Hoy con el Roskopf en mi poder me siento seguro, satisfecho, magnífico, magistral, restaurado, reconstituido, edificado o erigido como una torre.

Mi Roskopf me da un pulso fuerte, ese pulso contra el que algunos se ponen una muñequera. Mi Roskopf me acompaña muchísimo, yo diría que me acompaña como un compañero. Mi Roskopf es en mi bolsillo como si llevase taxímetro, y un taxímetro que anduviese siempre marcando de algún modo y registrando los pasos de mi vida.

Cuando me quedo solo, en cualquier largo silencio, mi Roskopf sale a relucir. Las pausas terribles en una conversación están llenas de mi taxímetro que se impone. Me permite dudar al adversario o decir que no después del breve silencio de su meditación, pues durante el silencio él ha hablado.

En las antecámaras largas, mi Roskopf me entretiene y me consuela.

Es, gracias a mi Roskopf, mi hora, la hora de las torres, la hora del reloj central que se eleva sobre el monte del horario fijo en la montaña central y en cuya esfera pone “Roskopf Patent”.

Tiene mi Roskopf una hora para los ciegos, para los sordos y hasta para los mudos, una hora recia, que vale lo que pesa y que está pletórica.

Gracias a mi Roskopf, viviré mucho tiempo, porque tener Roskopf, es como alimentarse con el tiempo mejor, es como tomar agua de hierro, es como comer de esos alimentos que tienen mucho fósforo.

Yo estoy muy agradecido al general ruso Roskopf¹³⁷, que fue el que inventó este reloj en el que [se] siente el ruido del mundo, el ruido que el mundo mete en su cotidiano movimiento de rotación.

La Tribuna, 12 de agosto de 1921, núm. 3.440 pg. 5.

Notas al final

1. Ilustrado con un dibujo de Bartolozzi y fechado el 1 de enero.
2. El pintor y dibujante Narciso Méndez Bringa realizó para la serie *Escena madrileñas*, una vendedora de *Estrechos para damas y galanes*, en *Blanco y Negro*, de 8 de enero de 1898, núm. 349. Véase *Colección ABC. El efecto Iceberg. Dibujo e ilustración españoles entre dos fines de siglo*. Madrid: Museo ABC. Centro de Arte / dibujo / ilustración, pg. 60. Existía un “juego de los estrechos” al que se jugaba en la víspera del día de Reyes que consistía “en emparejar por sorteo a un caballero con una dama, a la que se debía servir durante todo el año” (DRAE). Los “estrechos” se vendían en pliegos como recoge el dibujo de Méndez Bringa.
3. No he encontrado este puente en ninguno de los repertorios consultados.
4. Sin ilustración.
5. Sin ilustración.
6. Puente de Toledo.
7. Cementerio de la Sacramental de San Justo, San Millán y Santa Cruz y cementerio de San Isidro.
8. Sin ilustración.
9. Sin ilustración.
10. Ilustrado con una imagen de la muerte (¿cartel?: “Mañana es día 13”).
11. Ilustrado una fotografía de “La Pradera del Corregidor, el día del “Entierro de la Sardina”, “El entierro de la sardina”, de Goya y la xilografía “Entierro de Carnestolendas”. Además de este artículo Ramón publicó en estos días varios más sobre el Carnaval: “Variaciones. Las máscaras infantiles”, 17 de febrero de 1920, núm. 2.975, pg. 5, ilustrado con dos dibujos, uno de Pius [seudónimo de Mariá Pidelaserra y Brias] y otro de Juan Gris, extraído de *Papitu*. nº 168, 14 de febrero de 1912: “-Danos un caramelo. / -¿No os da vergüenza? Los caramelos son para las señoras” (sin la leyenda correspondiente en catalán). En el texto, Ramón comenta: “¿Y qué me darás si gano el primer premio? -pregunta ese niño del dibujo del admirable Pins [sic], que tan buena pareja hace con el del gran Juan Gris”. Véase Raymond Bachollet. *Juan Gris dibujante de prensa. De Madrid a Montmartre, Catálogo Razonado, 1904-1912*. Madrid, Ediciones El Viso, 2003, págs. 421 y 542. Ramón escribió en 1957 una semblanza de Juan Gris en la que recoge varias referencias madrileñas (Ramón Gómez de la Serna. *Retratos completos*. Madrid, Aguilar, 1961, págs. 1096-1102; Tristán. “Posdatas. La abolición de la libertad. Las últimas miradas”, 19 de

febrero de 1920, núm. 2.977, pg. 5, ilustrado con un dibujo de Pius: “Las máscaras pidiendo la abolición de la libertad”.

12. En un recuadro.

13. Ilustrado con una fotografía: “Fotografía de la Custodia de Madrid” y dos estampas: “El día del Corpus a mediados del siglo pasado” y “La Custodia del Santísimo Sacramento en Madrid”

14. Lo que sigue es un resumen (copiado de un autor al que no cita) del origen de esta fiesta religiosa y su desarrollo en tiempos de Felipe II, Felipe III y Felipe IV. Se detiene en la descripción de figuras como el “Mojigón” o la “Tarasca” y también en la “Custodia de Madrid una de las más admirables alhajas con que cuenta la capital”, obra del platero Francisco Álvarez, hoy conservada en el Ayuntamiento de Madrid.

15. Ilustrado con un dibujo. Se intuye una firma en el ángulo inferior izquierdo, pero por la calidad de la reproducción no se distingue. Es una ilustración muy del tipo de las que aparecían en la *Ilustración Española y Americana*, de donde Ramón la pudo haber recortado. En la parte superior de la imagen se “reproduce” un detalle de los arcos y columnata de los soportales de la Plaza Mayor.

16. En el artículo *Variaciones. Alegoría de último de año. La Tribuna*, 31 de diciembre de 1920, núm. 3.248, pg. 6, comienza diciendo: “Yo soy un coleccionista de alegorías, y tengo varias alegorías de último año. ¿No son todas la misma?”.

17. Felipe III.

18. Sin ilustración.

19. Esta imagen, la asociación de las azoteas de un edificio con la cubierta de un barco volvería a utilizarla en la semblanza que le dedicó a Gregorio Marañón en *La Tribuna*, 1 de abril de 1921, núm. 3.336, pg. 9. Véase Gómez de la Serna, Ramón. *Retratos, semblanzas y caricaturas de escritores. La Tribuna, 1912-1922. Edición, transcripción y estudio preliminar de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, 2021, pg. 330.

20. Ilustrado con el aguafuerte “Baile en máscara”, de Juan Antonio Salvador Carmona, reproducción del cuadro de Luis Paret y Alcázar. Reproducido con el pie: Primer “baile en máscaras” celebrado en el Coliseo del Príncipe”.

21. A partir de aquí todo el artículo es una evocación de los bailes de máscaras en la Ópera de París.

22. Paul Gavarni (1804-1866) y Eugène Devéria (1805-1865)

23. Ilustrado con cuatro dibujos de Ortego: “La preparación del Pavo y la Sopa de almendra”; “Los frutos de la Pascua al hombro lleva / pero jamás los prueba, / ¡que es de muchos la suerte yo discurro / igual a la del baturro”; “Un momento interesante de la cena” y “Fin de Nochebuena”. Al ciclo de la Pascua navideña, Ramón le dedicó antes de este artículo los siguientes: “Variaciones. El pavo. I” (16 de diciembre de 1921, núm.3.445, pg. 6, ilustrado con 11 viñetas de un pliego de aleluyas con sus respectivos pareados; “Variaciones. Los pavos. II” (17 de diciembre de 1921, núm. 3.446, pg. 3), ilustrado con una estampa: “Historia del Pavo”. En este artículo hay una referencia a la plaza de Santa Cruz y a la plaza Mayor, lugares donde se vendían estas aves. “Variaciones. Primer día de Pascua (20 de diciembre de 1921, núm. 3.448, pg. 3, ilustrado con un dibujo de Ortego: “En el lecho nupcial duermen los padres / tranquilamente. La menuda prole, con el ama de cría a la cabeza / y entonando espantoso gorigori, / la alcoba invade,

reclamando ufana / el aguinaldo a sus progenitores"; y "Variaciones, Cosas pascuales" (22 de diciembre de 1921, núm. 3.450, pg. 5), un conjunto de 12 greguerías sobre esta festividad.

24. En esta calle, Corredera de San Pablo vivió Ramón, de niño, con sus padres entre 1895 y 1898. El 28 de diciembre de 1921, núm. 3.455, pg.5, publica "Variaciones. Cosas del tiempo", ilustrado con tres dibujos de Ortego, cuya temática gira por lo general en torno al ciclo navideño. En cuanto a Madrid, destacaría lo que dice referente a "unas vendedoras de cajitas pequeñas de mazapán que parecen vendedoras de lamparillas. Recuerdan mucho a las cajas de lamparillas esas cajas rosas en que se mezclan los colores y los venenos".

25. Ramón estudió en este colegio, llamado de Escuelas Pías de San Antón de Madrid.

26. Sin ilustración.

27. El resto del artículo bajo la especie greguerística trata de diversos aspectos de la cena de Nochebuena: distintos alimentos y bebidas o el comedor donde se celebra.

28. Ilustrado con una pintura: "Año Nuevo [] por D. Perea".

29. Sin ilustración.

30. Con esta expresión "Esencia de Verbena", Ernesto Giménez Caballero rodó en 1930 el documental homónimo, subtulado "Poema documental de Madrid en 12 imágenes" sobre las verbenas madrileñas en el que tomó parte Ramón, entre otros, como actor transeúnte, encarnando al personaje de don Quintín y haciendo de torero ocasional. También aparece como si fuese un autómatas cuya cabeza gira sin cesar por influencia de la vertiginosa velocidad de columpios y volatines.

31. Sin ilustración.

32. Todo este inventario teratológico expresado con menor tremendismo recuerda al José Gutiérrez Solana de *Madrid. Escenas y costumbres*. En *Madrid callejero* (1923), Solana dedicó un capítulo también a la verbena del Carmen.

33. Sin ilustración.

34. Artículo "Variaciones. Aspectos y cosas", *La Tribuna*, 5 de agosto de 1919, núm. 2.818, pg. 6.

35. En 1923, Ramón publicó la novela *El Chalet de las Rosas*, ambientada en la Ciudad Lineal, por la que no tuvo ninguna simpatía como se desprende ya en este artículo. La Ciudad Lineal fue obra del urbanista, empresario y escritor Arturo Soria y Mata (1844-1920), una "alternativa al crecimiento de las ciudades que denominó "Teoría de las ciudades lineales", llegando a construir un fragmento de sus ideas en la Ciudad Lineal de Madrid, iniciada en 1894" (*Siglo XX. Madrid*. Carlos Sambricio, Concha Hernández (eds.). Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2002, pg. 76. ¿Llegaría a leer Arturo Soria este artículo de Ramón?

36. Este párrafo sobre la Ciudad Lineal lo vuelve a repetir en "Variaciones. Los recreos de verano y las cenas de Rosales. *La Tribuna*, 26 de julio de 1920, núm. 3.112, págs. 6-7.

37. En femenino.

38. Este párrafo sobre Las Vistillas, ídem. nota 36.

39. Se refiere a la imagen de la Virgen en la hornacina situada en la Cuesta de la Vega, emplazamiento que remite a la muralla donde fue escondida, según la tradición y la leyenda, ante la invasión de los musulmanes en el siglo VIII.

40. Seminario Conciliar de Madrid, inaugurado el 23 de octubre de 1906, en los terrenos que fueron Palacio del Duque de Osuna.
41. Este párrafo sobre El recreo del Paraíso, ídem. nota 36.
42. A Luis Esteso le dedicó Ramón en *La Tribuna* de 11 de diciembre de 1920 (núm. 3.231, pg. 6) el artículo "Variaciones. Silueta completa de Luis Esteso".
43. A Charles Spencer "Charlie" Chaplin, Charlot, le dedicó Ramón en *La Tribuna* cuatro artículos en la serie "Variaciones" con el título genérico Charlot los días 3, 4, 5 y 6 de octubre de 1921, núms. 3.382 a 3.385 inclusive.
44. Este párrafo, ídem, nota 36.
45. Sin ilustración.
46. La actriz María Guerrero y el empresario teatral y actor Fernando Díaz de Mendoza
47. El cuadro de El Greco en el que aparecen serpientes es *Laocoonte*, en el que el sacerdote troyano y sus hijos son atacados por serpientes, conservado en la Galería Nacional de Arte de Washington.
48. Ilustrado con cuatro fotografías; dos retratos suyos: "Yo, aviador" y "Yo, torero" y "Un rincón de la verbena de Chamberí" y "La Virgen del Carmen al salir de su parroquia".
49. Ilustrado con cinco fotografías: "El "cine" gratuito del Prado", "Espectadores", "El Paraíso", "El mirador del Paseo de Rosales por la noche" y "Otro teatro".
50. Es probable que Ramón pensara al escribir esto en el escritor Felipe Trigo que se suicidó en su hotelito de la Ciudad Lineal, donde vivía. Años más tarde en la semblanza que Ramón le dedicó en *Nuevos Retratos contemporáneos* (1945) alude a este hecho. Véase Eduardo Alaminos López. "Madrid al fondo. Brevísima antología ramoniana (y 2)". Revista digital Librosnocturnidadyalevosía, 10 de diciembre de 2019.
51. Su mujer, que actuaba con este apodo.
52. Ramón publicaría en *La Tribuna* "Silueta completa de Luis Esteso", ilustrado con fotografías del cómico, su mujer e hija, el 11 de diciembre de 1920. Núm. 3.231, pg. 6. Véase Gómez de la Serna, Ramón. *Retratos, semblanzas y caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición de Eduardo Alaminos López*. Madrid, Ediciones Ulises, págs. 239-245.
53. Ilustrado con cuatro fotografías y un dibujo. Una de estas fotografías corresponde a "Regina Frediani. Graciosa amazona del Circo Hipódromo" y otra a la "Célebre amazona del circo Medrano, de París, Mademoiselle Boixer". Por equivocación del periódico el pie de la primera se ha colocado debajo de la fotografía de "La cotorra sabia, propiedad de M. Augusto Nicale". Transcribo solo un breve párrafo en el que alude a un circo de esta categoría en Madrid.
54. Ilustrado con dos fotografías, una sin pie y la otra: "Bello grabado representando los mejores tiempos de la Plaza de Oriente".
55. Ilustrado con un dibujo o pintura: "Un aspecto de los Jardines del Buen Retiro, el año 95" y dos fotografías: "La Geraldine, que fue la gran atracción de los destruidos jardines del Buen Retiro" y "Una de las últimas noches del Buen Retiro".
56. Aquí utiliza Ramón neologismos de carácter ultraísta como "velivolantes" y "giróvagos".
57. Ilustrado con dos fotografías.

- 58.** Ilustrado con un cuadro: “‘Víctima de la fiesta’, cuadro de Ignacio Zuloaga”; un dibujo de Picasso: “El caballo de los toros, por Picasso” [se trata de la obra *Caballo corneado* (1917), carboncillo sobre lienzo (Museo Picasso de Barcelona); “Cuadro de A. Morot” y una fotografía.
- 59.** Ilustrado con un dibujo suyo de la verja del Real Jardín Botánico en el que se aprecia la bancada de granito, donde se ve a dos personajes sentados, que ha sido recuperada recientemente.
- 60.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en el libro *Ramonismo (Con numerosas ilustraciones del escritor)* (1923).
- 61.** Ilustrado con dos dibujos o pinturas.
- 62.** Ilustrado con dos pinturas: “Madrid. Interior del Circo del Príncipe Alfonso en un día de concierto” y “Concierto por la Sociedad de Profesores dirigida por el Sr. Monasterio. En el Circo de Madrid”.
- 63.** Sin ilustración.
- 64.** Sin ilustración.
- 65.** Una referencia iconográfica de lo tratado aquí por Ramón literariamente, la encontramos en los laterales del tríptico de Cecilio Plá y Gallardo, *Los Isidros de Madrid* (1906) y *Los Isidros de Segovia* (1906) conservados en el Museo de San Isidro de Madrid.
- 66.** Sin ilustración.
- 67.** En la revista *Buen Humor* de 20 de octubre de 1929, núm. 412, pg. 18, publicaría Ramón en la sección “Ramonismo” el artículo titulado “Las Viejas de Chamberí”, ilustrado con tres dibujos suyos, en el que utiliza casi las mismas características olfativas y culinarias para definir este barrio: “Esta modestia pensionista y retirada del barrio de Chamberí le da un particular olor a cocido, a “ropa vieja” y a postre de arropo”.
- 68.** Sin ilustración.
- 69.** Sin ilustración.
- 70.** Ramón había publicado en 1918 un libro con este título, *El alba*.
- 71.** Sin Ilustración.
- 72.** Ramón recogió algunos de los pregones o gritos de los vendedores. Véase, entre otros, el artículo “Variaciones. Pregones desaparecido” de 17 de agosto de 1920, núm. 3.131, pg. 6-7, ilustrado con la serie de estampas *Los gritos de Madrid*, cuyo dibujo alaba como “apuntes de una gran realidad”. El artículo termina con una gran imagen: entre todos [los pregones] “formaron el alma acústica de la ciudad de otro tiempo”.
- 73.** Sin ilustración.
- 74.** Sin ilustración.
- 75.** Pregón o grito del vendedor a los que Ramón dedicó mucha atención.
- 76.** Sin ilustración.
- 77.** Paseo de coches del Retiro.
- 78.** Sin ilustración.

- 79.** Espacio tipográficamente roto.
- 80.** Sin ilustración.
- 81.** Ilustrado con cinco estampas.
- 82.** Ilustrado con una pintura. Ramón dibujaría años después una planchadora en *Cifras de Ahora. Blanco y Negro*, 3 mayo de 1931, núm. 2.086. El texto de esta greguería ilustrada parece derivar de este.
- 83.** Ilustrado con una fotografía.
- 84.** Ilustrado con un dibujo de Gustavo Doré: "Un cerillera madrileña".
- 85.** Ilustrado con tres fotografías.
- 86.** Ilustrado con 9 vendedores con sus correspondiente voces de la serie *Los gritos de Madrid*: "Quien me compra esta Carga de Carbón" / (responde el Compañero / Y,O, Yo, yo, yoo, yooo, yiiií"; "La Quaxaerana"; "Ruedooo / Quien me compra estos ruedos?"; "Musulina y Curtes de Chalecus"; "Hay palominaa"; "Judíos y judías como la / seda judías"; "Pellejas para la cama / Zalea"; "La rena"; "Aí té".
- 87.** Esta colección, *Gritos de Madrid* fue editada en torno a 1817 por la Imprenta Real. La serie fue grabada por Miguel Gamborino. Véase Juan Carrete, Estrella de Diego y Jesusa Vega. *Catálogo del Gabinete de estampas del Museo Municipal de Madrid. I Estampas Españolas. Grabado 1550-1820. Volumen Primero*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1985, pgs. 184-189 y *Volumen Segundo*, pg. 634.
- 88.** He "corregido" las transcripciones de las voces (gritos) que aparecen en el texto, erróneamente transcritas varias de ella, poniendo las exactas con arreglo al catálogo citado, cuyas transcripciones son escrupulosas. La serie de estampas de Gamborino está compuesta por 78 imágenes de vendedoras y vendedores de los más variados artículos con su correspondiente "grito" o pregón de su mercancía. Ramón utilizó una imagen de cada una de las láminas, que constan de cuatro personajes; es decir 18 de las 78 que incluye la serie completa. En los dos primeros artículos reprodujo las de los vendedores de carbón, de cuajada, de esteras, de muselina, de pellejos, de arena, de té, de palomina, de judías, del sillero, de espárragos de Aranjuez, de alcachofas, de tiestos, de sartenes, de limones, de sardinas, de imágenes de santos y de frutas (sandías).
- 89.** En realidad se trata de una vendedora de cuajada.
- 90.** En la serie de Miguel Gamborino aparece un aguador con el siguiente grito: "Agua fresca / Aora quebiene de la fuente".
- 91.** Ilustrado con 9 vendedores con sus correspondiente voces de la serie *Los gritos de Madrid*: "Coomponer Sillaaas"; "Espagarros de Aranjuez / de Aranjuez gordos"; "Alcachofas de Jardin"; "¿Si yo tubiera balcon?"; PETRA La Rubia / "La limonera a... toito agrio"; "Sartenes (tic tac quitic-tic)" / Sartenero"; "Sardinas frescales. / La hacienda del perdido / barato y corrido"; "Santi boniti y barati"; "A cala, y calando / una Sandía vendoo... / Si esto es sangre".
- 92.** La serie de Miguel Gamborino, *Los Gritos de Madrid* tuvo cierta continuidad en estampas como *Abecedario con las figuras de los vendedores de Madrid*. Véase Juan Carrete, Estrella de Diego y Jesusa Vega. *Catálogo del Gabinete de estampas del Museo Municipal de Madrid. II Estampas Españolas. Grabado 1550-1820. Volumen Segundo*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1985, pg. 510.

- 93.** Ilustrado con cuatro fotografías de vendedoras y vendedores: “¡Rabanera, rabanitos!”, “¡El afilador!”, “¡Agua, azucarillos y aguardiente!”, y “¡A la buena fresa de Aranjuez!” y un dibujo: “Vendedor de ajos y cebollas”.
- 94.** Ilustrado con dos fotografías: “Los que fueron a París a vender botijos” y “Botijistas cargando los burros para salir a la venta”, un dibujo: “Vendedor de jarros, “Jarrero”, según Gustavo Doré” y una pintura: “Colmenar de Oreja.- Fabricación de tinajas para conservar los vinos”.
- 95.** Ilustrado con un dibujo: “El antiguo servicio telefónico en Madrid. Interior de la Estación central” y dos fotografías: “La linterna o cruce de alambres en el tejado de la Oficina central (antaño en el edificio mismo de Telégrafos) y “Las telefonistas en los cuadros modernos”.
- 96.** Ilustrado con dos dibujos suyos.
- 97.** Temas que dibujó también en “Adornos de portal”, incluido en su libro *Ramonismo*. (Con numerosas ilustraciones del escritor (1923).
- 98.** Ilustrado con dos dibujos: “El tutilmundi” y “Por dos cuartos se dan los fijos de la lotería y el sino de cada persona, ¿Quién pide otro?”.
- 99.** Ilustrado con dos fotografías.
- 100.** Pastillas aromáticas que aliviaban la garganta según el anuncio publicitario recomendada para “oradores y cantores”
- 101.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en el libro *Variaciones. Con curiosas ilustraciones del autor* (1922)
- 102.** Instituto Cardenal Cisneros.
- 103.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en su libro *Ramonismo* (Con numerosas ilustraciones del escritor (1923).
(1923).
- 104.** Sin ilustración.
- 105.** Sin ilustración.
- 106.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en el libro *Variaciones. Con curiosas ilustraciones del autor* (1922).
- 107.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en el libro *Variaciones. Con curiosas ilustraciones del autor* (1922).
- 108.** Sin ilustración.
- 109.** Sin ilustración.
- 110.** Sin ilustración.
- 111.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 112.** Ilustrado con un dibujo suyo. Incluido en el libro *Variaciones. Con curiosas ilustraciones del autor* (1922).
- 113.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 114.** Ilustrado con un dibujo suyo.

- 115.** Sin ilustración.
- 116.** Sin ilustración.
- 117.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 118.** Sin ilustración.
- 119.** Se refiere a la del Banco de España.
- 120.** Ministerio de la Gobernación.
- 121.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 122.** Ilustrado con un dibujo suyo.
- 123.** Ilustrado con un dibujo suyo, con la inscripción: "BUENAS / AMAS / DE / CRIA / MONTA / ÑESAS".
- 124.** Sin ilustración.
- 125.** Dedicados a esta ciudad escribiría en *La Tribuna*, en este año, cuatro artículos "Variaciones. Segovia" (19 de agosto de 1919, núm. 2.832, pg. 6); "Variaciones. Ocaso segoviano" (20 de agosto de 1919, núm. 2.833, pg. 2); "Variaciones. El Refugio" (21 de agosto de 1919, núm. 2.834) y "Variaciones. El acueducto" (23 de agosto de 1919, núm. 2.836, págs. 2-3) En 1922, Ramón publicaría la novela titulada *El secreto del acueducto*.
- 126.** De Lisboa. Último artículo de una serie de diecinueve que dedica a Portugal, entre el 4 y el 30 de septiembre de 1919.
- 127.** Sin ilustración.
- 128.** Sin ilustración.
- 129.** Sin ilustración.
- 130.** Con este nombre se refiere al vapor *Valbanera*, transatlántico español, que se hundió el 9 de septiembre de 1919.
- 131.** Convento de Nuestra Señora de la Concepción o de las Mercedarias Descalzas de Don Juan de Alarcón, nombre por el que se le conoce popularmente, fundado, en 1609, por el sacerdote Juan Pacheco de Alarcón.
- 132.** a la que no defiende del tiesto el sombrero...
- 133.** Sin ilustración.
- 134.** Sin ilustración.
- 135.** Actual Calle Guillermo Rolland. En el número 7 hay colocada una lápida con la siguiente inscripción: "EN ESTA CASA NACIÓ EN 1888 / EL ESGRITOR [sic] / RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA / EL AYUNTAMIENTO DE MADRID / LE DEDICA ESTA CONMEMORACIÓN / EN 1949". La errata de "Esgritor" por "Escritor" no deja de tener su humor, porque hay que recordar –como lo hace él mismo en su *Automoribundia*– que en la tertulia de Pombo "gritaba" con bastante frecuencia.
- 136.** Sin ilustración.
- 137.** En realidad el inventor de este reloj fue Georges Frederic Roskopf, un relojero suizo

Índice de topónimos y temático¹

Acontecimientos históricos, actos cotidianos y sociales, enfermedades

- África: 401
 -Guerra de: 401, 550, 605, 635
- Almansa, Batalla de: 274
- Alopatía: 330
- Anarquismo: 613
- Antigüedad: 194
- Autos de fe: 128
 -Reos: 580
- Banquetes: 150
- Commune de París, La: 477
- Conferencias: 482, 491, 572
- Dos de Mayo de 1808: 78, 85, 87, 157
- Ejecuciones: 127
 -Garrote vil: 128
- Enfermedades: 83,
 -Cólera: 77,
 -Constipado: 206-207
 -Peste: 108
 -Pulmonía: 166, 186, 215
 -Tifus: 83, 182, 192
 -Viruela: 290, 346, 669,
- Entierros: 91, 102, 212
 -Pobres: 343
 -de Daoiz y Velarde: 102
 -por el Paseo del Prado: 91, 102,
- Epidemias: 77
- Esnobismo: 490
- Espiritismo: 330
- Estandartes: 156
 -de Lepanto: 274,
 -de San Quintín: 274
- Filipinas, guerra de: 605
- Guadalete, batalla de: 277
- Guerra Carlista: 550
 -Primera: 550
- Guerra de la Independencia: 247
- Gran Guerra: 84
- Higiene: 108
- Homeopatía: 329-331
- Krausismo: 329
- Pregones: 613, 616-618, 620, 623
 -"Los gritos de Madrid": 617-619
 -*"¡Agua fresca, fresquita!...*
 ¡Fresquita el agua!": 619
 -*"amolaooor": 618*

- “¡El Azeitero!”: 617
 - “¡Un cuchinillo vivo vendoo!: 617
 - “¡Leche!”: 618
 - “¡Hay palomina!”: 617
 - “¡Ay se-e-bo!”: 617
 - “¡Aí té!”: 617
 - “¡...gui rabanú...”: 618
 - “¡Musulina y Curtes de Chalecus!: 618
 - el “rosariero”: 618
 - el “santi boniti barati”: 618
 - “¡sarteneroo!: 618
 - “la sebera... ¿hay algo de sebo que vender?...”: 618
 - “trapo y yerro viejo...”: 618
 - “La Quaxaeraaa”: 618
 - “Quien me compra esta Carga de Carbón/ Y, O, yo, yoo, yooo, yiii!”: 618
 - ¡El afilador!: 625
 - ¡El altramucero!: 621
 - ¡Avellanas nuevas como la leche!: 621
 - ¡Barajas nuevas! ¡Barajas de Vitoria!: 650
 - ¡Barquillos de canela!: 599
 - ¡Cadenas y sujetadores para los llaveros!: 191
 - ¡El canario de verano!: 624
 - ¡Cuadernos de apuntes, buenos y baratos!: 423
 - ¡La Fuencarralera!: 621
 - “¡Medias y calcetas!”: 617
 - ¡El melonero! ¡Melones a cala!: 621
 - ¡Moras, moritas, moras!: 621
 - “¡Pellejas para las camas!”: 617
 - ¡El piñonero!: 621
 - ¡La rica judía como la seda!: 621
 - ¡Señorito, cerillas, que está el estanco cerrado!: 613
 - ¡Vaya el perejil!: 621
 - Prostitución: 640
 - Protestantismo: 330
 - Pulmonía: 166, 215, 276, 571
 - Renacimiento: 249
 - Siestas: 75, 155-157
 - Tertulias: 120, 189
 - Vapor “Cabo Machichaco”: 664
 - Veraneo: 163, 164, 183
- Alimentos, bebidas**
- Aceite: 149,
 - de Ricino: 557
 - Acerolas: 144
 - Agua:
 - de Bicarbonato: 347, 663
 - de Cebada: 381, 394,
 - Gorda: 100, 153
 - de Hierro: 677
 - Aguardientes: 81, 613, 615
 - de Caña: 584
 - de Palma: 584
 - Ajenjo: 208
 - Ajos: 96
 - Albondiguillas: 652
 - Almendras: 195, 411, 595

- Amargas: 411
- Anises: 544
- Arroces: 212
- Arroz con cangrejo y jamón: 212
- Atún: 595
 - Cecina de atún: 595
- Avellanas: 82, 201
- Azucarillos: 289
- Barquillos: 95, 381, 599
 - de canela: 381, 393, 599
- Berlangots: 414, 458
- Besamel: 89
- Besugo: 544, 595
- Bizcocho: 209-210
- Bocadillos: 105
- Bombones: 142
 - de Matías López: 195
- Cabezas de cordero: 464, 536
- Cacahuetes: 601, 602
- Café: 89, 195, 291, 319, 390, 406, 467, 471, 483-485, 487-489, 492-493, 501-502, 606
 - Café con leche: 195, 489
- Calabazas: 618
- Callos: 101, 667,
- Caracoles: 101
- Caramelos: 414, 415
 - de Limón: 415
 - de Menta: 415
 - de Naranja: 415
 - de Rosas: 414,
- Carne: 304, 356, 499, 507, 576, 595, 606-607
- Castañas: 86, 201
- Cebollas: 623,
- Cerveza: 75, 433-434, 474-475, 594, 619
- Cocido: 591
- Cochifrito: 418
- Col: 549
- Conchas:
 - de Helado: 393
 - de Oblea: 393
- Coñac: 492
- Conejo con tomate: 577,
- Consomé: 384
- Champagne: 105, 290, 384, 456, 549,
- Corderos: 464, 536, 182
 - Asado: 499,
 - a la "Bourgeoise": 499
 - a la Inglesa: 499
- Cremas: 493,
- Croquetas: 652
- Champagne: 105
- Chicharrones: 615
- Chirimoyas: 487,
- Chocolate: 209, 320, 332, 390, 411-412, [464], 493
 - con Bizcochos: 209
 - a la Española: 411
- Chorizo: 87, 271, 595, 644
- Choucroute: 594
- Chufas: 394, 481
- Churros: 210, 431, 577
- Embuchado: 283, 644

- Escarola: 418, 618
 Espárragos: 386, 623
 Ganillejas: 615
 Gaseosa: 437
 Guirlache: 448
 Guisos: 464, 200
 Haba: 416
 Helados: 195, 466
 Hidromiel: 391
 Hielo: 392, 431-433, 459, 585
 Higos chumbos: 202
 Horchata: 381, 392-396, 481
 Huevos: 355, [496-497]
 Jalea: 544
 Jamones: 212, 311, 497, 639
 Jarabes: 390
 Judías: 165, 618
 Jugos:
 -de Carne: 467
 -de Hígado de bacalao: 467
 -de Verduras: 467
 Leche: 133, 195, 484, 489, 495, 618, 622, 633, 661-662, 665
 -de Amas de cría: 665
 -Condensada: 394
 -de Oveja: 618
 Lechoncitos: 418, 539
 Lenguas de ternera: 464
 Limas: 417
 Limón: 392, 474, 597,
 -Chico de limón: 381
 Limón y cerveza: 474
 Limones: 417
 Madroños: 94, 166, 403
 Mantecados: 432
 Mantecadas de Astorga: 548
 Mantequilla: 193, 393
 -de Soria: 193, 393
 Manzanas: 487,
 Mazapán: 125, [133], 389, 544
 Melones: 140
 Miel: 354, 496, 618
 Mojama: 594-596
 Mojicones: 412
 Morcillas: 452-594
 Naranjas: 417, 549,
 Natillas: 495
 Nueces: 82, 201, 399
 Olivas: 540
 Paella a la madrileña: 212
 Pan: 71, 192, 206, 284, 375-376, 567, [579], 581, 615
 Panochas: 651
 Pastillas de café con leche: 195
 Patatas: 354, 443, 513, 618
 Pato: 544
 Peces: 386,
 Pepino: 381
 Pescado: 145, 149
 Pimentón: 667
 Pimienta: 418
 Pimiento: 465

Plátanos: 139
 Polvorones: 548
 Queso: 289, [450]
 -de Roquefort: 289
 Rancho de cuartel: 392
 Refrescos: 195, 291, 390, 392, 417, 567, 584
 Regaliz: 142, 595
 Repollo: 618
 Repostería: 411
 Riñones: 499,
 Ron: 492, 497
 Rosquillas: 431
 Sal: 165, 418, 595,
 Salchicha: 581
 Salsas: 418
 Sandías: 397
 Sardinias: 145, 205, 541,
 Sidra: 388, 105,
 -“Sidra-champagne”: 105
 -Sidra natural: 105
 Sopa: 332, [474], 652,
 -Vieja: 652
 “Souper froid”: 209
 Sorbete: 393
 Té: 121-122, 195, 584, 618, [650]
 Tila: 166
 Tokay: 384
 Tomates: 567, 618
 Torraos: 82, 399
 Tortilla: 283,
 Trigo: 192, 206, [302]

Vermú: 164, 384, 463
 Vino: 109, 112, 122, 156
 -de Portugal: 627
 -de Valdepeñas: 283, 556, 637

Animales

Abejas: 135, 353, [487], 496
 Alacranes: 595
 Alcotanes: 254
 Angulas: 559
 Alondras: 98
 Antílopes: 344
 Ardillas: 147
 Ballenas: 100, 149, 175, 595
 Besugos: 544, 595
 Boquerones: 583
 Bueyes: 94, 104, 204, [237], 242, 286, 505,
 507, 514, [623], 627,
 Burras de leche: 97
 Burros: 96, 97, 429-431, [458], 626
 Caballerías: 405,
 Caballos: 59, 62, 86, 94, 99, 100, 102, 105,
 108, 112, 303, 341-345, 405, [440], 473, 503,
 516-517, 577, 579-581
 Cabestros: [487]
 Cabras: 348,
 Camello: 430, [514], [579]
 Canarios: 86, 98, 140, [530], 624
 Cangrejos: 212, [307], 595
 Cerdos: 283, 426, 429, 452, 506

- crías: 418
- Cisnes: [158]
- Cocodrilos: 153
- Codorniz: [432], 498
- Conejos: 155, 193, 196, 426, 554, 622
- Cotorras: 62, 140, 572,
- Cucarachas: 120, 244
- Chicharras: 98, 139, 151
- Delfines: [159], [178]
- Dragón: [251], [283]
- Elefantes: 88, 116, [242], [138-139], 400
- Faisanes: 426
- Focas: 100, 183, 615
- Galgos: [155], 182-183
- Gallinas: 101, 184, 666
- Gallo: [277], [452], 456, [552]
- Garrapatas: [65], 595
- Gatos: 144, 200, 289, 311, 456, 639
- “Geómetras”: 168-169, 594
- Girinos: 169
- Golondrinas: 90, 97, 169, [191], [615]
- Gorriones: 331
- Grillos: 107, 120, 377, 618, 624
- Hipopótamos: 100, [242]
- Hormigas: [612]
- Jabalí: 595
- Jaquitas: 669
- Jirafas: 430
- Langosta [crustáceo]: 540
- Langosta [insecto]: 595
- Lechoncitos: 418, 539
- Leones: 69-71, 576,
- Liebres: [155], 196, 506
- Loros: 376, 456
- Mariposas: 163, [446], [573], 612
- Microbios: 211, 331, 432, 446
- Mirlos: 456
- Monos: 139, [189], 554, 579, [670]
- Moscas: 134, [290], 291-292, 338, 382, [494], 612
- Mosquitos: 211
- Mulas: 62, 94, 97, 203-206, 503, 506, 509, 513
- Murciélagos: [252], 312
- Orangután: 430
- Orugas: [443]
- Osos: 94, 159, 403, 536
- Osas: 159
- Ovejas: 96, 618
- Pájaros: 128, 134, 138-140, 166, 169-170, 194, 270, 297, 318, 331, 338, 352, 428, [436], 505, [570], [617], [634-635], 636, [659]
- Palomas: 133-135, [232]
- Pardales: 98
- Patos: 145, [617]
- Pavos: 547
- Peces: 145, 386, [403], 557
- Perdices: 622, 426, 450,
- Perros: 165, 182-183, 210, [351], 474, 507, 574, 604, 615
- mastines: 291
- Potras: 94
- Pulgas: 107, 431, [562], 612

Pulpos: [614]
 Ranas: 117, 169, 179, [307], 615
 Ratas: 145-146, 449-450, 539,
 Ratón: 162, 554
 Ruiseñores: 98
 Saltamontes: 98, [322], 556, 565
 Sapos: 146, 302, [303], [449], [516], [624],
 627, [658]
 Serpientes: 139, 147, 155, [340], [463], 559,
 [573], [139]
 Tábanos: 474,
 Tenias: [637]
 Terneras: 668-669
 Tiburón: 583
 Tigres: 289, [450]
 Toros: [71], 75, 104, 111, 128-129, [207], 339,
 439, [470], 510, [562], 574, 576-581, [589]
 -de Miura: 507, [562], [601]
 Vacas: 112, [280], [393], 428-429, 477, [595],
 622, 662
 Víboras: [191], 580
 Yeguas: 102

Árboles, plantas, flores

Abedules: 90
 Abetos: 90, 165
 Acacias: 139-140, 144, 192-193, 201
 Acerolo: 144
 Adelfa: 166
 Almendro: 92

Almeces: 138-139, 151
 Árbol de las pelucas: 151
 Árbol del Paraíso: 98
 Arrayanes: 107
 Castaños de Indias: 90
 Cedros: 88, 165
 -del Líbano: 88
La Celia: 150
 Chopos: 140, 168, 170, 204
 Cipreses: 58, 134, 138
 Cocotero: 147
La Cristina: 150
 Chumbera: 213
 Encinas: 601
 Espiga: 600
 Evónimo: 475
 Fresno de Castilla: 90, 139
 Geranios: 75
 Girasoles: 334
 Hierbaluisa: 646
 Hortensias: 551, 561
 Jara: 86,
 Juncia: 507, 614
 Laurel: 90, 102
 Madroño: 94, 166
 Magnolias: 508
La María Antonieta: 150
 Nogal del Cáucaso: 91, 139
 Olivos: 601
 Olmos: 90, 165
 Palmeras: 79, 86

Pasionaria: 163

Pensamientos: 162-163

Pinos: 68, 163, 197

Pinsapo: 165

La Princesa: 150

Pulmonaria: 165-166

Romero: 196-197

Rosas: 162, 168

La Rusalka: 150

Sicomoros: 211

Sófora péndula: 165

Tilo: 166

Tomillo: 195-197

Trébol: 125

Wellingtonia: 165

Madrid¹

Abroñigal, Arroyo del: 182

Aceras: 61, 122, 191, 216, 243, 267, 377, 423, 509, 543, 55°, 601, 642, 668

Afuera, las: 60, 63, 96, 162, 170, 199-204, 267, 270, 293, 355

-Hoteles de las: 96

Aglomeración: 59, 435, 513, 518, 619

Agua: 63, 68, 77, 87, 89, 94-95, 100, 117, 121, 126, 130, [139], [149], 153, 158-160, 167-173, 175-183, 195, 204, 231, 242, 251, 290-291, 293, 295-298, 301-303, 305, 350, 390, 394-395, 403, 420, 422-423, 428, 432-433, 435, 441, 457, 503, 510, [518], 535, [545], 552, 555, [557], 563, 575, 594, 596-597, 614-616, 618-619, 624, 626-627, 663, 677

-Agua de cebada: 381, 394

-Agua gorda: 100, 153, 619

-“Agua para los Hospitales”: 170

-Agua de Madrid: 60, 160, 290

Aire de: 57, 74, 534, 625

Almacenes de la Villa: 285

Alumbrado: 326, 468, 564, 569, 610

-de Aceite: 610

-de Gas: 103

Andurriales: 398, 443

Anuncios: 65, 79, 122, 123, 142, 175, 246, 395, 405, 458, 472, 644, 664

-Antiguos de Champagne: 456

-Vinícolas: 470

Aravaca: 517

Arrabales: 111, 561

Asfalto: 68, 86, 107, 194, 205, 514, 602, 667

Atocha, Olivar de: 159,

Avenidas: 78, 156, 193, 392

Ayuntamiento: 73-74, 105, 125-126, 129, 201, [213], 263, 286, 349

-Recepciones: 105

-Veleta: 263

-Viveros: 286

Azoteas: 545,

Balcones y ventanas: 67, 69, 73-75, 126-127, 142, 163, 185-186, 189, 190, 194, 213-214, 236, 240, 252, 259, 267, 269, 271-272, 275, 279, 335, 374, 455, 471, 473, 496, 498, 539, 565, 630, 650

Bancos: 85, 99, 101, 103, 108-110, 141, 155, 165, 231, 239-240, 286, 305-306, 432, 566, 598, 622

-Baños [públicos]: 179-182, 420-423, [563]
 -los Árabes: 420
 -los de Arango: 420
 -los de Caballero de Gracia: 420
 -los de la Calle de los Jardines: 420
 -los de la Calle de Mediodía Grande: 420
 -los de la Casa de Fígaro: 420
 -los de Capellanes: 420
 -los de Cordero: 420
 -los de la Estrella: 420
 -los de Europa: 420
 -los de Flora: 420
 -los de Guardias de Corps: 420
 -los de Hortaleza: 420
 -los de Jesús y María: 420
 -los Medicinales de la Calle de Olózaga: 420
 -los de Monier: 420
 -los de Oriente: 420
 -los de Recoletos: 420
 -los de Regiaimar: 420
 -los de San Felipe Neri:
 -los de San Isidro: 420
 -los de Santa Bárbara: 420
 -los de Zárata: 420
Barrancos: 69, 290, 350
Barriada: 185, 264
Barrios: 168, 199, 290, 377, 386, 427, 435, 459, 541, 565, 569, 592
 -bajos: 118, 120, 213, 291, 427, 504, 668
 -de la Judería: 182
 -de la Morería: 182, 194, 371, 647

-de Platerías: 500-501
 -Nuevos: 518, 539
Bazar de La Unión: 420
Bibliotecas: 73, 79, 130, 132, 214, 248, 258, 266, 398, 471
Bulevares: [151], 163, 266, 378
Callejones: 400, 553, 624
Callejuelas: 278
Calles: 61, 64, 66, 72, 74, 78, 80, 88, 93, 100, [108], 111, 170, 189, 191, 201, 209-211, 213, 243, [248], 270, 320, 336, 394, 403, 405, 419, 423, 460, 471, 505, 510, 514-516, 533-534, 539, 541-543, 549, 553, 560, 591-592, 594, 601, 610, 619-621, 624, [627], 639, 647-650, 667
 -Castizas: 647
Canalillo, el: 167-170, 258, 292
Carabanchel: 263, 272, 350
 -Carretera de: 272
 -Mosaicos romanos: 272
 -Veletas: 263
Doña Carlota, Barrio de: 517
Carteles: 90, 166, 378, 401, 405, 466, 512, 644-645, 664
 -Luminosos: 664
Casas: 58-59, 61, 64, 66-67, 69, 71-72, 76, 78, 94, 122-123, 127, 135, 147, 151, [152], 167, 184, 190-191, 196-197, 199-201, 204-205, 210, 213, 245, 249, 254, 256, [257], 258, 264, 279, 287, 290, [326], 335, 347, 349, 378, 381, 444, 458, 468, 475, 494, 510, 518, 539, 542, 547, 560-561, 580, 596, 598, 600-601, 603, 615-616, 619, 633, 651, 653, 661, 665, 668, 670, 672, 674
 -Antiguas: 190, 377

- de dormir de "la cuerda": 325
- Misteriosas [mancebías]: 407, 514
- Nuevas: 190, 250
- Particulares: 249
- de Vecindad: 110, 255, 323, 475
- Colas: 185, 405, 634
- Cordero, Casa de: 133
- La Corte: 127, 445, 464, 502, 618, 649
- Cuestas: 57, 59, 287, 320, 388, 542, 572
- Cúpulas: 63, 547, 601
- Chimeneas: 59, 84, 216, 250, 264-265, 333, 433-435, 532, 601-602, 670
- Delicias, Las: 112, 288, 304, 557, 566
- Descampados: 66-67, 84, 203, 283, 388, 671
 - del Norte de Madrid: 575
- Desmontes: 203, 536, 579
- Elevadora [de aguas] de Santa Engracia: 351
- Empedrado: 88, 170, 508, 550
- La Equitativa: 242-244
 - Cabezas de elefante: 242
 - Casino de Madrid: 242
 - Círculo de Bellas Artes: 242
 - Reloj: 243
 - Sociedad de seguros: 244
- Escaparates: 124, 151, 274, 277, 318, 370, 373, 378, 382, 387, 389-390, 397, 404, 406, 412-413, 417-418, 424-426, 451, 465, 479, 496-497, 501, 510, 647, 668, 669, 675
- Esquinas: 88, 187, 189, 417, 468-469, 514, 597, 605, 650, 657
- Estaciones: 245, 252, 288, 325, 333, 403, 472
 - Cocheras de máquinas: 333
 - Terraplenes de carbón: 333
- Estío: 108, 192, 300, 353, 393, 647, 667
- Excavaciones: 266, 272
- Fachadas: 58, 79, 81, 129, 133, 186, 190, 210, 216, 230, 233, 235, 240, 246, 252-253, 273-275, 279-280, 310, 335, 340, 385, 546, 623, 644
- Feria de Libros: 82, 399, 434-435
- Fuentes de pila: 622
- Garitas: 187-189, 233, 276
 - de Madera: 187
 - de Piedra: 187, 276
- Guardilla: 80, 253-254, 332, 400, 446, 451, 532, 570, 632-633, 662
- Hipódromo, Altos del: 59, 167
- Hortaleza, Camino viejo de: 75
- Hoteles/Hotelitos [vivienda]: 265-266
 - Balcón: 265-266
 - Biblioteca: 266
 - Cenador: 266
 - Torreón: 266
 - Verja: 266
- Huelgas: 170, 186
- Huertas: 111, 140, 179, 241, 298, 536, 618
- Iglesias: 58, 60-61, 74, 145, 245, 281, 313, 535, 548, 649
- Jardines: 78, 81, 85, 104, 137, 142, 156, 161-163, 170, 193, 207, 240-241, 265, 285-286, 290, 297, 321, 331, 348, 556, 565, 571-572, 582, 586, 619, 649
- Jardincillos: 574
- Leganés: 280, 618
- Lujanes, Torre de los: 126

Madrileñismo: 126, 131, 192

“Magerit”: 210,

Manzanares, río: 57, 68, 111, 164, 167, 171-183

-Bañistas: 179

-Baños: 179-182,

-Casetas de arpillera: 179

-Chicos: 182

-Isletas: 178

-Plantaciones de estacas: 615

-Ribera: 183

-Tanques: 615

-Ventorrillos: 615

Ministerios: 640

Miseria: 76-77, 189, 214, 325, 445, 488, 596, 632, 640, 664

Moncloa, [Finca de la]: 151, 212, 288

Muestras: 66, 266, 458, 461, 469-470, 619, 634, 660, 664

-de Taberna: 470

Muchedumbre: 59, 214-215, 406, 512, 542, 575, 596

Multitudes: 135, 284

Municipio: 340

Niebla: 204, 208-211

Observatorio Astronómico: 247-249, 551

“Pan y toros”: 579

Panorama/Perspectiva [de la ciudad]: 57-60, 109, 146, 170, 178, 208, 210, 240, 278, 336, 434, 475, 513, 536, 547, 601

El Pardo: 176-177, 276, 284, 305, 517

Paredes: 99, 146, 168, 188-189, 210, 230, 236, 240, 244, 271, 275, 325, 353, 447-448,

467-468, 555, 563, 591, 641, 644-646, 660, 663

Parlamento: 330

Parroquia: 60, 260-261, 468, 570, 590

Pasquines: 458, 467-468

-“La política es una farsa”: 468

Pisos bajos: 274, 374, 651

Plaza de Toros: 123, 476, 563, 575, 590

Plazoletas: 99, 125, 152, 211, 270, 284-285, 293, 429, 478, 503, 564, 640

Población: 71, 147, 167, 241, 258, 270, 346, 349, 435, 463, 508, 590, 619, 645

Porterías: 57, 67, 313, 602, 631-633, 641

Poyetes: 302, 622

Pozo de San Isidro: 420

Puentes: 169, 176, 178, 288, 292, 294-295, 303-305

Reales Sitios: 297

Recoletos, Arroyo de: 251

Reclamos: 461

Rincones: 80, 152, 189, 234, 240, 276, 395, 432, 469, 471, 496-497, 501, 572, 574, 598, 664, 670

Rosales, [Barrio de]: 563, 566, 567

-Cenas: 563, 566-567

-Mesitas de los refrescos: 567

Rótulos: 113, 377, 427, 458, 463, 660

Salamanca, Barrio de: 108

Segovia, Puerta de: 176

Siluetas [de la ciudad]: 63, 84, 248

Sociedades Obreras: 343

Solares: 66, 94, 201, 203, 242, 346, 381, 400, 585, 668

Tapias: 58, 158, 179, 337, 345, 374, 455, 582, 639

Tejados: 58, 63-64, 75, 84, 133, 198, 216, 230, 245, 249-250, 255-256, 260, 263, 287, 380, 601-602, 621, 658, 668

Telegrafía sin hilos: 230, 460, 555

Telégrafo de señales: 255

"Teniendo toros esta nación, no necesita Constitución": 579

Terrazas: 75, 119, 431-432, 470, 474-476, 494, 594, 649, 657-658

Tierras de labor: 201

"El Titanic": 69

Torres: 60-61, 117, 129, 209, 255, 294, 514, 541, 625, 676

-de Iglesias: 61

-de Hilos: 628

Urinarios: 183-185, 188, 564, 670

Vallas: 405, 585, 589-590, 603-604, 644

Vecindad: 91, 110, 191-192, 255, 274, 323, 329, 427, 475, 479, 491, 493, 556, 565-566, 603, 633

Veletas: 259-263, 429, 547

Verano: 85, 102, 106, 11º, 124, 136-137, 150, 156, 165, 170, 172, 176, 183, 194-195, 201, 213, 272, 290, 296, 354, 378-380, 384, 393-397, 399, 414, 417, 433, 439, 441, 447, 475, 481, 495, 505-506, 563, 567, 571, 584, 596-597, 610, 619, 622-626, 647-648

-Madrileño: 108, 136-137, 417, 563, 565, 569, 585, 599, 653, 667

Vertederos: 203, 439

Viajes [de agua]: 251

Vicálvaro: 349

-Camino de: 349

-Pueblo: 349

Vista Alegre: 297

"¡Viva la Pepa y el pan a dos cuartos!": 579

Cafés

Bolsa, Café de la: 473

Cafés: 199, 214, 265, 289, 291, 319-320, 335, 381, 395, 406-407, 433, 436, 459, 466, 470-471, 472-474, 477, 478, 480, 482, 483, 484, 485, 489-494, 497-499, 510, 518, 533, 608, 612, 640, 664, 668

-Adornos y terciopelos: 395

-Aparador: 484

-Bodegas: 433

-Boletas: 484

-camareras: 481

-camareros / mozos de Café: 484, 582

-Carteles / Letreros: 66, 466, 499

-"FIAMBRES": 467

-"Gambas": 466

-"HAY HELADO": 459

-"PERCEBES": 466

-"Sorbetes": 466

-Columnas: 466

-Cristales (ventanales): 459, 473,

-Divanes: 471, 490

-Espejos: 214, 395, 472, 490, 498-499, 533

-Lámparas: 395, 499

-Luces de gas: 490

-Menús: 498-499

- Mesas de mármol: 478, 490, 640
- Mujeres: 485
- con Música: [472], 483
- Periódicos: 489-490
- Plato del día: 498
- Sillas: 491
- Techos: 265, 664
- Tertulias: 471-472,
- Terrazas: 119, 474-475, 494, 594
- Vendedor de cuadros: 482
- Ventiladores: 474
- Visillos: 407
- Cafés de Andén: 471**
- Cafés Cantantes: 409, 485, 486, 588, 637**
 - Artistas, las: 486, 487, 488
 - El Burrero de Sevilla: 485
 - camareras: 487
 - cantaos: 588
 - espejos: 486, 588
 - El Imparcial: 486
 - Luz de gas: 486
- Candelas, Café-Cervecería de: 480, 481**
 - camareras: 480, 481
 - espejos: 480
- Campos Elíseos, Café de los: 345**
- Círculo de Pasivos, [Café]: 478, 479**
- Columnas, Café de las: 482**
- Concepción, Café de la: 470, 472**
- Delicias, Café-restaurant: 289**
- Fornos, Café de: 481, 482**
- Fornos-Palace, Café: 482**
- Francés, Café: 476, 478**
 - Gas: 477
 - Sala de Billar: 477-478
 - Sala del Estrado: 477
 - Sala de Respeto: 478
- Levante, Café de: 480**
- Londres, Café de: 482**
- Montaña, Café de la: 345, 473-474,**
- Palace, Café del: 473,**
- París, Café: 478**
- Pilar, Café del: 475**
- Platerías, Café de: 501-502**
 - Peña literaria [tertulia]: 501
- Pombo, Café de: 254, 494, 496**
 - Espejos: 496
- Postal, Café: 497-498**
 - Balcones: 498
 - Luz eléctrica: 498
 - parejas: 497-498
- Puerto Rico, Café de: 482**
- Royal, Café: 475-476**
 - terrace: 476
- San Isidro, Café de: 73, 534**
- San Mateo, Café de: 470, 472**
- San Millán, Café de: 372, 508**
- Sotanillo, Café del: 494-497**
 - Escaparate: 496
 - Espejo: 496-497
 - Natillas: 495
 - Parejas: 497
- El Suizo, Café: 470, 482, 490-493**

- Camareros: 493
- Columnas: 491
- Divanes: 491
- Espejos: 491
- Ponches de ron: 492
- Salón Blanco: 493
- Señoras: 493

Tívoli, Café y Fonda del: 81

Calles, Paseos, Plazas, Barrios

- Alberto Aguilera, Calle de: 163
- Alcalá, Calle de: 234, 243, 267-268, 334, 411, 415, 460, 515, 517, 598
 - Conventos [desaparecidos]: 267
- Alcázar, Plaza del: 132
- Alegría, Plaza de la: 132
- Almendro, Calle del: 372
- Almendro, Travesía del: 372
- Amaniel, Calle de: 420
- Ancha de San Bernardo, Calle. Véase San Bernardo, Calle de.
- Ángel, Plaza del: 124, 271,
- Ángeles, Cerro de los: 245, 280, 439, 575
- Antón Martín, Plaza de: 328
- Arenal, Calle del: 124, 319, 480, 654
- Arlabán, Calle de: 493
- Armas, Plaza de: 515
- Armería, Arco de la: 515
- Armería, Plaza de la: 307, 649
- Arrabal, Plaza del: 127

- Atocha, Calle de: 112, 251, 400, 479
 - Edificio de Clases Pasivas: 479
- Atocha, Paseo de: 112, 314
- Atocha, Plaza de: 657
- Atocha, Puerta de: 112, 349, 567
- Atocha, Ronda de: 515
- Ayuntamiento, Plazoleta del: 125
- Bailen, Calle de: 510
- Barco, Calle del:
- Barquillo, Calle del: 461
- Barrios:
 - “California”: 290
 - “China”: 290
 - “Pacífico”: 290
- Barrios aristocráticos: 386
- Barrios bajos: 118, 120, 213, 291, 427, 504, 668
- Barrios elegantes: 199
- Barrios pobres: 427
- Beneficencia, Calle de la: 236
- Bilbao, Glorieta de: 475, 478, 575
- Bombilla, La: 283, 388
- Bulevares: 266, 378
- Caballero de Gracia, Calle del: 370, 420, 460
- Cabecera del Rastro: 57, 441
- Callao, Plaza del: 553
- Campos Elíseos: 241, 345, 502, 586
- Canal, Paseo del: 111, 286
- Carmen, Calle del: 553
- Carmen, Plaza del: 553
- Carretas, Calle de: 123, 238, 377, 382, 542, 641

- Guantería: 382
- Cascorro, Plaza de: 439
- Castellana, Paseo de la: 68, 108, 111-112, 156, 231, 265, 402
- Cava Alta, Calle de la: 371-372
- Cava Baja, Calle de la: 372
- Cebada, Plaza de la: 507, 509, 549
 - Mercado: 549
- Cisne, Paseo del: 257
- Ciudad Lineal, Barrio de la: 204, [345], 555, 564,
 - Columpio eléctrico: 555
 - Tranvía de: 204,
- Ciudad Rodrigo, Calle de: 128, 500
- Claudio Coello, Calle de: 420
- Cojos, Calle de los: 71
- Colegiata, Calle de la: 72
- Constitución, Plaza de la: 128
- Corredera Baja de San Pablo, Calle de la: 460
- Corregidor, Pradera del: 305
- Cortes, Plaza de las: 385, 508
- Cuarenta Fanegas, Las: 204-206
- Cuatro Caminos, Barrio de: 204, 325, 556, 565
 - Recreos: 565
 - La Estación del Metro: 565
 - El Faro de Londres: 565
 - Metropolitano: 556
 - "El Pajar": 325
- Cuatro Fuentes, Plaza o Plazoleta: 100
- Cuatro Vientos, [Aeródromo]: [291]
- Cuchilleros, Calle de: 419
- Chamberí, Barrio de: 330, 420, 553, 561, 591-592
- Delicias, Paseo de las: 107, 111-112, 304, [557]
- Delicias de Isabel II, [Paseo de las]: 111
- Descalzas, Plaza de las: 509, [621]
- Desengaño, Calle del: 66, 461
- Divino Pastor, Calle del: 475
- Dos de Mayo, Plaza: 234
- Duque de Alba, Calle: 274
- Emperatriz, Calle de la: 274
- Escalinata, Calle de la: 210
- Espoz y Mina, Calle de: 477
- Farmacia, Calle de la: 142
- Ferraz, Calle de: 287, 288
- Flor Alta, Calle de la: 278-[279]
- Florida, Paseo de la: 286
- Fortuny, Calle de: 258
- Fúcar, Travesía de: 328
- Fuencarral, Calle de: 213, 237, 403, 410-411, 460
- Gorguera, Calle de la: 420
- Goya, Calle de: 245
- Grafal, Calle de: 372
- Gran Vía, Calle de la: 66-67, 279, 347, 670
- Greda, Calle de la: 234, 251
- Guadalajara, Puerta de: 127
- Habana, Calle de la: 329
- Hortaleza, Calle de: 75, 460
- Hospital, Callejón del: 323
- Huertas, Calle de las: 57,
- Humilladero, Calle del: 71

- Humilladero, Plaza del: 121, 475
- Independencia, Plaza de la: 132
- Iris, Pasaje del: 477
- Isabel II, Plaza de: 210, 285, 420
- Jacometrezo, Calle de: 66, 328
- Jardines, Calle de los: 420
- Lagasca, Calle de: 69
- Latina, La: 71
- Latoneros, Calle de los: 372
- Lavapiés, [Barrio de]: 327
- Lealtad, Plaza de la: 132
- León, Calle de: 57
- Luchana, Paseo de: 372
- Luna, Calle de la: 251
- Madrazo, Calle de: 251
- Magallanes, Camino de: 336
- Chozas: 340
- Magdalena, Calle de la: 181
- Mancebía, calle de la. *Véase* Toledo, calle de.
- Manzanares, Ribera del: 183, 286
- Maravillas, Barrio de: 566
- Matheu, Pasaje: 476
- Mayor, Calle: 126, 420, 500, 515, 542
- Mayor, Plaza: 117-118, 126-130, 132, 136, 500, 530, 543-544, 590, 64, 675
- Arco de Toledo: 127
- Autos de Fe: 128
- Escaparates de las tiendas: 675
- Incendios: 127
- [Portal de Paño]: 128
- Soportales: 136
- Tiendas: 675
- Tenderos: 136
- Mediodía Grande, Calle del: 420
- Mesonero Romanos, Calle de: 67, 461, 553
- Moncloa, Finca de La: 151, 212, 288
- Montera, Calle de la: 65, 251, 404, 465, 485
- Moratín, Calle de: 80
- Morería, Barrio de la: [194], 371, [647]
- Murillo, Plaza de: 143
- Nicolás Salmerón, Plaza de: 508, 657
- Norte de Madrid, Barrios del: 168
- Olózaga, Calle de: 420
- Oriente, Plaza de: 293, 475, 570
- Reyes de piedra: 137, 293, 570
- Tenderetes: 570
- Paja, Plaza de la: 132
- Panamá [Paraná], vía: 447
- Paz, Calle de la: 400
- Perdices, Cuesta de las: 571, 579
- Pirámides, Glorieta de las: 293
- Platería Martínez, Plazoleta de la: 99
- Platerías, Calle de: 500-501
- Pontones, Paseo de los: 430
- Postas, Calle de: 232, 461
- Prado, Calle del: 264
- Prado, Paseo del: 68, 76-89, 91-97, 99-116, 165, 170, 185, 230-232, 238-240, 305, 309-310, 345, 391-392, 398, 414, 435-436, 473-474, 501-503, 506, 515, 550-551, 555, 571, 578, 619,
- Aguadora: 392
- Aguaduchos: 391

- Alambrista: 578
- Árboles: 306
- Asfaltado: 68
- Bancos: 103, 109
- Cinematograph al aire libre: 106-107
- Coche tirado por una cabrita: 96, 105
- Faroles: 86, 89
- Feria de libros: 82, 115, 399, 435
- Fuentes: 99-100, 290, 501
- Invierno: 82, 85-87, 110, 474
- de Noche: 85,
- Puestos [de libros]: 82, 114
- Telescopio del: 103
- Veladores: 391
- Ventorrillos: 109,
- Prado, Salón del. Véase Prado, Paseo de.
- Preciados, Calle de: 668-669
- Prim, Plaza de: 352
- Príncipe, Calle del: 460
- Progreso, Plaza del: 121, 371
- Prosperidad, Barrio de la: 144, [591]
- Puebla, Calle de la: 120, 380, 670
- Puerta Cerrada, plaza de: 510
- Puerta de Hierro: 195, 283
- Puerta del Sol: 64, 119, 122-123, 129-135, 232, 253-254, 256, 286, 320, 354, 356, 394, 405, 452, 461, 476, 480, 515, 517-518
 - [Central de Telégrafos]: 232
 - Hotel de Rusia: 123
 - Metropolitano, Estación del: 256
 - Reloj(es) de la: 253
- Quevedo, Glorieta de: 553
- Rastro, El: 57, 401, 437-453, 455-457, 504
 - Las Américas: 439, 447
 - Derribos: 447
 - Puestos: 439-440, 451, 453, 504
- Real, Plaza: 128
- Recoletos, Paseo de: 108, 112, 251, 296, 420
- Red de San Luis: 66
- Rejas, Calle de las: 674-675
- República Federal, Plaza de la: 128
- Ribera de Curtidores, Calle de la: 447
- Rondas: 193, 378
- Salmerón, Plaza de: 475
- Salud, Calle de la: 386
- San Bernardo, Calle de: 121, 279, 424, 460
 - Sastrería / escaparate/ maniquí: 424
- San Felipe, Gradas de: 132
- San Felipe Neri, Calle de: 423
- San Felipe Neri, Pasaje: 477
- San Isidro, Calle de: 121
- San Isidro, Pradera de: 535-536
- San Jerónimo, Carrera de: 328, 420
- San Marcos, Calle de: 328
- San Roque, Callejón de: 400
- San Vicente, Cuesta de: 403, 579
- San Vicente, Glorieta: 285-286
 - Puerta: 515
- Santa Ana, Plaza: 124, 475,
- Santa Clara, Calle de: 420
- Santa Cruz, Plaza de: 530
- Santa Engracia, Calle de: 69-71

Santa Isabel, Calle de: 235, 323
 Santo Domingo, Plaza de: 197
 Serrano, Calle de: 120
 Sevilla, Calle de: 242
 Silva, Calle de: 553
 Sordo, Calle del: 328
 Tetuán, Barrio de: 167, 204
 Tintoreros, Calle de: 372
 Toledo, Calle de: 71-72, 127, 461
 Trajineros, Paseo de: 398, 505-507
 Tudescos, Calle de: 553
 Valencia, Calle de: 420
 Valencia, Camino de: 112
 Vallecas: 263, 601
 -Veletas: 263
 Vallehermoso, Camino de: 336
 Vega, Cuesta de la: 212, 652,
 Velázquez, Calle de: 420, 671
 Ventas, Las: 204
 -Carretera de las: 204
 Ventosa, Calle de la: 71-72
 Verdad, Calle de la: 338
 Victoria, Calle de la: 477
 Villa de Madrid, Pasaje: 477
 Virgen del Puerto, Paseo: 286
 Vistillas, Las: 383, 397, 555, 564-565
 -Puestos de melones: 383, 397, 555-556
 -Recreo de las Vistillas: 555, 564
 Yererías, Camino de las: 112
 -Casa de vacas: 112
 -Despachos de vino: 112

-Figones: 112
 -Juegos de bolos: 112
 -Parador Guillermo: 112
 -Yererías: 112

Cementerios:

Este, Cementerio del: 348-350
 Fuencarral, Cementerio de: 102
 General de Norte, Cementerio: 348
 La Patriarcal, Cementerio de la: 336, 348
 Puerta de Atocha, cementerios de la: 349
 Puerta de Fuencarral, cementerio de la: 337
 Sacramental de San Luis y San Ginés: 349
 San Ginés, Cementerio de: 337, 349
 San José, Cementerio de: 336
 San Lorenzo, Cementerio de: 338
 San Luis, Cementerio de: 336
 San Martín, Cementerio, de: 336-337, 346-348, 352-353
 -Cancerbero / portero: 337, 353
 -Cipreses: 336
 -Colmena: 353
 -Nichos: 352-353
 San Nicolás, Cementerio de: 102, 112, 337
 San Sebastián, Cementerio de: 112, 337
 Santa María, Cementerio de: 337

Cines:

Cinematógrafos: 353, 567

Cinematograph al aire libre: 106-107

Órganos anunciantes: 472

Continentes, Regiones, Países, Ciudades, Pueblos

África: 152, 198, 213

Alcalá de Henares: 195

-Almendras: 195

Alemania: 72, 116, 327

Alicante: 79

Almadén: 312

Amberes: 274, 328

América: 143, 152, 248, 566, 615

-Colonias: 143

-La Cruz del Sur: 566

Andalucía: 87, 197

Aranjuez: 145, 297

-Jardín de la Isla: 297

-Palacios: 145

Asia: 141, 147, 514

Astorga: 548

Astudillo: 60

Asturias: 148, 343

Avignon: 477

Ávila: 148-149, 402

-Capilla de San Isidro: 148

Babel: 352

Barcelona: 315

Basilea: 129

Bayona: 416

Bélgica: 274, 591

Berlín: 327

Berna: 129

Bilbao: 62,

Boadilla: 297

-Palacio: 297

Bolonia: 384

Borgoña: 328

Boston: 628

Bruselas: 129

Burdeos: 337, 447

-Cementerio de Chartreuse: 337

Burgos: 534

Carpetovetónica: 94

Castilla: 76, 90, 133, 139, 148, 255, 302, 325, 420, 587

Cáucaso: 90-91

-Nogal del: 91, 139, 536

Cavite: 161

Citerea: 160

Cluny: 307

Colmenar de Oreja: 627

-Hornos de alfarería: 627

-Tinajones: 627

Compostela: 175

Constantinopla: 310, 601

Córdoba: 175

Cuba: 143

-Colonias: 143, 646

-Habaneras: 646

-Guajiras: 646

- Cuéllar: 402
- China: 90, 139, [415]
- Ecuador: 253, 557
- La Cruz del Sur: 557
- Éfeso: 598
- Egipto: 90, 153-154, 310, 595
- Esfinges: 154, [273]
 - Momias: 595
 - Nilo: 153
- El Escorial: 98, 195, 665
- Bombones de Matías López: 195
 - Pastillas de café con leche: 195
- Esgueva, Río: 172
- Esmirna: 445
- España: 76, 88, 102, 111, 116, 123, 128, 130, 132-133, 138, 180, 184, 202, 213, 244, 248, 253-254-255, 259, 267, 274, 276-277, 280-281, 283, 302, 346, 407, 417, 420, 425, 428, 473, 477, 493, 500, 515, 579, 586, 613, 627, 629, 646, 661
- Europa: 175
- Ríos de: 175, 248, 308, 420
- Extremadura: 87, 418
- Filadelfia: 628
- Filipinas: 143, 310-311, 605, 646
- Colonias: 143
 - Joló, Isla de: 311
 - Mindanao, Isla de: 311
- Flandes: 328
- Florenia: 60, 192, 551
- Campanile: 551
 - Palacio Pitti: 308
 - Los Uffizzi: 308
- Francia: 202
- 14 de Julio: 478
 - Hosterías: 463
 - La Marsellesa:
 - Monedas: 202, 213, 253, 328, 463, 476-477, 514, 604, 626
 - Sellos: 202
- Fuenterrabía: 598
- Barquillero de: 598
- Ganges, Río: 182, 290, 616
- Glasgow: 253
- [Génova]
- Palacios genoveses: 279
- Getafe: 60, 280-281, 381, 504
- Fábrica de hélices: 504
- Gibraltar: 419, 643
- Gijón: 182, 415
- Ginebra: 184
- Lago: 68
- Gólgota: 351
- [Granada]:
- Generalife: 575
 - Mirador de Lindajara: 470
- La Granja: 145
- Almacenes de Cristales: 233
 - Palacios: 145
- Gravelinas: 274
- Grecia: 310,
- Guadarrama, Río: 177
- Guadarrama, Sierra del: 57, 77, 103, 177, 180, 207, 214, 215

- Cabezas de Hierro Mayor: 176
- La Maliciosa: 176,
- La Pedriza: 180
- Ventisquero de las Guarramillas: 176
- Ventisquero del Ratón: 176
- Guernica: 163**
 - Árbol de: 163
- Gurugú, [montes]: 565**
- India: 152, 242, 311, 663**
 - Ganges, Río: 182, 290, 616
- Inglaterra: 133, 213**
- Irlanda: 329**
- Italia: 281, 328, 666**
 - Trenes: 666
- Japón: 412, 458, 644**
- Jarama, Río: 176-177**
- Jerez:**
 - vino: 384
- Jerusalén: 141**
- Judea: 291**
- Kesington: 307**
- Leipzig: 82**
- León: 534, 556, 565**
- Lisboa: 176, 179, 288, 667**
 - Restauradores, Plaza de los: 179
- Loja: 417**
 - Limonos: 417
 - Naranjas: 417
- Londres: 68, 179, 184, 211, 243, 247, 346, 382, 463, 482, 515,**
 - “APRENDA USTED MISMO A PONERSE MEDIAS SUELAS”: 382
- Joyerías: 463
- Támesis, Río: 179
- Lozoya, Río de: 176**
- Lucerna: 463**
- Málaga: 441**
 - Botijos de agua de: 99, 441
 - [Círculo de Bellas Artes]: 99
- La Mancha: 71, 107**
- Manises: 396**
- Mantua: 99**
- Marruecos: 441, 645-646**
- La Meca: 433**
- Méjico: 156**
- Melilla: 441, 565**
- Mestrovic: 144**
- Mónaco, Principado de: 383, 397**
- Mondariz: 555, 563**
- Mont Blanc: 579**
- Montecarlo: 650**
- Moriles: 485**
- Morón de la Frontera: 485**
- Murcia: 417**
 - Limas: 417
 - Limonos: 417
- Nápoles: 57, 213, 274, 304**
 - Balcones: 213
 - Posipilo: 304
- Las Navas: 195, 312**
- Niágara: 566**
- Niza: 211, 650**
- Norteamérica: 512, 576**

- North Conway: 628
- Nueva York: 243, 408
- Oceanía: 141, 147, 152
- Orense: 624
- Pacífico, Océano: 100
- Países Bajos: 86, 328
- Palencia: 129
- Panamá: 148, 447, 555, 564
- París: 62, 116, 132, 162, 184, 187, 192, 246, 274, 346, 382, 401, 403, 464-465, 477, 508, 546, 577, 586, 626, 656
- Agua de: 626
 - Anuncios eléctricos religiosos: 246
 - Basílica del Sagrado Corazón: 246
 - Cementerio Père Lachaise: 337, 341
 - Cotorras francesas: 62
 - Eiffel, Torre: 116
 - Exposición de: 401, 577
 - Jardín de Plantas: 116
 - Jardín de las Tullerías: 181, 273,
 - El Louvre: 181, 308
 - Mercados: 62
 - Montmartre: 57
 - Odeón:
 - Terraza del:
 - Ópera: 162
 - Baile de la: 162, 546
 - Parque de Boulogne: 68
 - Revistas: 465
 - Saint Germain, Faubourg: 181
- Peloponeso: 147
- Petrogrado: 512
- Pirineos: 657
- Pisa: 129, 141
- Cementerio: 141
- Portugal: 88, 242, 288, 627
- Pozuelo: 381, 666
- Puerto de Pajares: 565
- Puerto Rico: 491
- Regajo del Pez: 176
- Rhin, río: 95
- Rocío, Procesión del: 514
- Roma: 145, 541, 575
- Campo de Marte: 99
 - Coliseo: 575
 - San Pedro de Roma, Basílica de: 145
 - El Vaticano: [248]
- Salamanca: 247
- Provincia de: 622
- Salvatierra de los Barros: 626
- Samburiel, Río: 176
- San Ildefonso, Real Sitio de: 158
- San Sebastián: 62, 272, 304, 407, 516, 671
- Santander: 403, 516
- Santoña: 447
- Segovia: 73, 164, 302, 464, 534, 665-666
- Sepúlveda: 402
- Sevilla: 235-236, 299, 479, 551
- Café Cantante El Burrero de Sevilla: 485
 - Giralda: [242], [448]
 - Giralda [pintada]: 633
 - Guadalquivir, Río: 174
- Soria: 193

-Mantequilla de: 193, 393
 Suiza: 138, 231, 463
 -Presidente de la Confederación: 653
 Tablada: 666
 Tajo, Río: 176, 178-179, 231
 Tánger: 310, 645-646
 Tarascón: 477
 Tetuán: 167, 441, [565]
 Toledo: 71, 73, 267-268, 295, 534
 Tudela: 352
 -Ayuntamiento: 352
 Valdepeñas: 60, 556, 565, 637
 Valladolid: 164, 515
 Vallecas: 263, 601
 Valverde Alto: 381
 Valverde Bajo: 381
 Volga, Río: 68, 77, 86, 514
 Xhantus, río: 171
 Zamarramala: 60
 Zaragoza: 249, 267, 544
 Zúrich: 129

Establecimientos, puestos callejeros, industrias

Aeródromos: 250
 Agencias de amas de cría: 664
 Aguaduchos: 81, 390-391
 -Faroles: 391
 -Mesas: 391
 -Sillas de pleita: 391

-Sofá de tres espaldas: 391
 Almacenes: 64, 285, 438, 573, 610, 665
 -de Harina: 573
 Alpargaterías: 461
 Américas, Las: 439, 447
 Bares: 381, 395
 -"Bar Baridad": 461
 -"Bar Sol": 123
 Barquilleras: 95
 Barracas: 154, 182, 383, 397-398, 401, 436, 535-536, 554, 559, 563
 Bazares: 187, 304, 420, 440, 560, 637
 -Bazar X: 478
 -Bazar de la Unión: 420
 Bisuterías: 128, [390]
 Botica: 134, 329, 544,
 Botillería de Canosa: 495
 Botín, Restaurante: 418-419
 -Azulejos: 419
 -Besugueras: 419
 -Bombillas nitra: 419
 -Cazuelas: 418-419
 -Gas: 419
 -Menús: 419
 -Saleros: 419
 Burrerías: 664
 Cabrería: 668
 Cafés: 119, 199, 214, 335, 381, 395, 406-407, 409, 433, 459, 466, 470-474, 476-478, 480, 482-485, 489-499, 501-502, 508, 510, 518, 533, 594, 637, 640
 Bodega: 433

- Camisería: 655
- Carpinterías: 66, 236, 354, 548
- Carnicerías: 127-128, 415, 432, 452, 576
- Cuchillos: 215, 432
- Casas de Baño: 420, 422-423
- Sala de espera: 420
 - Tertulias: 420
- Casa de Empeño: 376
- Casa de Ladio: 384
- Casa de Prast: 406
- Casas de Socorro: 235, 326-327, 343, 392, 584
- Casetas: 124, 179, 188, 351, 381, 383, 390-391
- de Libros: 114
 - de los Melones: 383
- Casinos: 239, 242, 273, 344, 471, 650
- Casquerías: 415-416, 464
- Bofes: 416,
 - Corazón: 416
 - Ganchos: 415
 - Hígado: 416,
 - Laringe: 416
 - Menudillos: 416
 - Pulmones: 416
 - Sesadas: 416
 - Tripas: 416,
- Cervecerías: 230, 240, 462, 471, 594
- Candelas: 480
 - de Correos: 240
 - Lillo: 462
- Cocheras: 215, 440, 515-516
- de Tranvías: 215, 333
 - de Trens: 333, 515
- Confiterías: [329], 414
- Corseterías: 371, 406
- Maniqués: 371, 406
- Cristalería de Saint-Gobain: 253
- Chocolatería: 411
- Churrerías: 128, 536
- Depósitos: 63, 126, 250, 296, 396, 433, 615, 619, 627
- Droguerías: 291
- Dulcerías: 600
- Estancos: 613, 642-643
- Fábricas: 146, 249, 378, 427-428, 433, 435, 462, 561, 582
- del Águila: 433
 - de Básculas: 93
 - de Baúles: 462
 - Casa Mateu (fototipias): 78
 - de Cerveza: 433, 619
 - de Curtidos: 447
 - Chimeneas: 59, 333, 427, 433-435, 447
 - "La Fama en tortas": 378
 - de Gas: 538
 - de Gaseosas: 436
 - de Hélices: 504
 - de Hielo: 433
 - de Luchana: 435
- Farmacias: 653
- Fotografías [tiendas o estudios]: 409
- Callejeras: 413
 - Escaparates de: 397, 412-413

- Freidurías: 536
- Funerarias: 341
- Galerías de fotógrafos: 379
- Garajes: 250
- Guanterías: 382
- Herrerías: 80,
- Horchatería: 393-396, 481
-Luz de gas: 395
- Hoteles: 92, 123, 315, [325], 326
-de Inglaterra: 133
- Hueverías: 355
- Industrias: 427, 469, 602
- Joyerías: 124, 386, 406,
- Jugueterías: 128, 405,
- Lavaderos: 290, 615
- Lecherías: 608, 661, 664
- Lencerías: 72
- Librerías: 113, 266
-de Nuevo: 83,
-Librería del Oro (rótulo): 377
-de Viejo: 115, 375, 435
- Loterías: 590
- Matadero: 237, 304, 345, 428
- Mercados: 62, 139, 427
-de Burros: 429
- Merenderos: 159, 283, 434
-de la Bombilla: 283
- Panaderías: 375-376, 643
-de las Descalzas: 376
-de la Espiga: 376
-del Mico: 376
- Paradores: 419, 664
-Antiguos: 664
- Peluquerías: 607,
- Pescaderías: 540
-Cartel: "SE HAN AGOTADO LAS SARDINAS"
- Perfumerías: 192, 480
- Platerías: 500-501, 542,
-Platería Martínez: 93, 99
- Pollerías: 664,
- Prenderías: 408
- Puestos:
-de Coches: 580
-de Horchateros: 417,
-de Libros: 82, 83
-de Libros viejos: 114
-de Periódicos: 657
-de Postales: 603
- Puestos de comida y bebida: 378, 389, 536, 554, 561, 567
-de Avellanas, torraos y nueces: 82
-Churrerías: 536
-de Horchata: 381, 417
-de Refrescos: 390-393
-de Sidra: 389
-de Té: 121-122
-de Tortas: 378
- Quioscos:
-de Berlangots: 414-415
-de Libros: 288
- Quiromancia callejera: 636
- Relojerías:

- de Canseco: 124, 273
- Restaurantes: 150, 258, 289, 472, 639**
 - La Casa Persa del Retiro: 150
 - Lhardy: 384-386
 - El Tivoli: 150
 - Salón de Oriente: 150
- Sala de limpiabotas: 471, 588**
- Sastrerías: 371, 424**
- Sederías: 128**
- Sidrería: 388**
- Sombrererías: 659**
 - Conformador: 659
- Tabacalera: 462**
- Tabernas: 101, 121, 194, 283-284, 340, 376, 430, 458, 470**
 - “La antigua taberna de los cazadores”: 284
 - Cortinillas encarnadas: 470
 - “La Glorieta”: 284
 - [Muestras pintadas]: 470
 - La “Parilla elegante”: 284
 - del Tío Mereje: 379
- Talleres: 78, 250**
 - de Baúles: 462
 - de Pirotécnicos: 511
 - de Planchado: 470
- Tejares: 182, [351], 355**
 - de Sixto: 182
- Tenderetes: 264, 554, 561, 570**
- Tiendas: 62, 64, 72, 93, 243, 245, 266, 274, 329, 334, 370-371, 374, 382, 386-387, 389, 397, 406, 408-409**
 - de Alquilar disfraces: 408
 - de Alquilar trajes de máscaras: 408
 - de Antigüedades:
 - de Baños: 180, 386
 - de Caza: 426
 - de Coronas: 162
 - de Electricidad: 465
 - Escaparates: 124, 151, 274, 370, 373, 378, 382, 387, 389, 390, 397, 404, 406, 412-413, 424-426, 451, 465, 479, 496, 501, 510, 668-669, 675
 - de Fotografía: 397, 412, 413
 - de Juguetes: 329
 - de Ladrillos: 408
 - de Mazapán: 389
 - de Plancha: 697
 - de Plateros: 501
 - de Saldos: 464
 - de Telas: 471
 - de Ultramarinos: 639
 - de Venta provisional: 464
 - de Vino: 283
 - Rótulos: 458, 463
 - “Bar Barbaridad”: 461
 - “El Capricho”: 464,
 - “El Carnaval de Venecia”: 464
 - “La Dalia Azul”: 464
 - “Los Dos Hermanos”: 464,
 - “Lenguas e ingenios”: 464
 - “Los Dos Pepes”: 464
 - “El Toledano”: 464
 - “Lo que nadie quiere”: 461

- “Lo que usted tira”: 464
- “El Rey de la lana”: 461, 464,
- “El Rey del papel”: 464,
- “Sanatorio de tímidos y ruborosos”: 464
- “Se compra todo”: 464
- “La Segoviana”: 464
- “El Segoviano”: 464
- “Todo a 0,65”: 124

-de Objetos de arte y moda: 386

Tupis: 354, 471, 553, 561

Zapaterías: 403-404

-“Zapatos muy fuertes para colegiales”: 403

-Otros reclamos: 404

Estaciones

Estaciones de Ferrocarril: 245, 252, 288, 326, 333, 403, 472

-Delicias, Estación de: 288-289, 507

-Mediodía, Estación del: 79, 88, 92, 121, 239, 474, 507

-Norte, Estación del: 239, 285, 507

Fiestas, Circo y diversiones, Celebraciones religiosas

Ánimas, Día de las: 126

Antruejo: 408

Año Nuevo: 72, 529, 533, 650

Ascensión, Día de la: 154,

Baile de máscaras: 209, 323, 537, 546, 572

Bailes: 409, 530, 536, 541, 561

Capea de pueblo: 256, 578

Cara de Dios: 616

Carnaval: 78, 80, 151, 197-198, 286, 307, 318, 376, 407-409, 413, 438, 498, 505, 529, 537-540, 546

-Carrozas: 80, 102, 212, 505, 538-539

-Comparsas: 408

-*Diversiónistas*: 408

-Entierro de la sardina: 410, 578,

-Mascaras de: 80, 198, 538, 408-409, 537-538-539

-Mascaras callejeras: 409

Carros de las vistas: 634-635

-[cosmorama, panoramas]: 567, 634, 646

Casita de los pájaros adivinadores: 635

Circo: 96, 98, 134-136, [413], 467, 486, [505], 556, [559], 562, 565, 573, 575-577, [673]

-Barristas: 98

-Circo Alegría: 554, 561

-Ambulante: 634

-Circo Hipódromo: 568

-de Invierno: 567

-de Lona: 635

-Circo Príncipe Alfonso: 586

-de Verano: 567

Conciertos: 81, [483], 585, 586-587

-Madrileños: 586-587

Corpus Christi: 341, 406, 529, 541-543

-Aparadores y armarios: 500

-Procesión del: 500

- Día de Difuntos: 336, 438,
 Día de Reyes: 405,
 Día y Fiesta de San Isidro: 292, 529, 533, 535
 Día de Todos los Santos: 346
 Feria de Septiembre: 398-399
 Funciones de teatro: 272
 Juegos Florales: 396
 Kermeses: 475, 584-585
 -Templetes: 585
 Miércoles de Ceniza: 548
 Navidad: 125, 271, 399, 529-530, 544
 -Castilletes: 271
 Nochebuena: 405, 537, 545-546-548, 652
 Noel: 275, 530
 Partidas de billar: 407
 Procesiones: [458]
 Recreos al aire libre: 574
 Sábado de Gloria: 97
 Semana Santa: 412
 -Jueves y Viernes Santos: 413
 San Juan, Noche de: 158
 Toros: 75, 129, 413, [475], 574, 577-579, 590
 -Capeas: [256], 578
 -Corridas nocturnas: 575
 -Corridas de tarde: 577
 -de Novilleros: 577
 -Películas de: 574-575
 -Plazas de: [123], [128], 476, 563, 574
 -Toreo: 601, 574,
 "Tuti-li-mundi" [Tutilimundi]: 635
- Verbenas: 81, 305, 550-551, 553, 578, 583, 625
 -de Barrio: 560
 -Barracas: 554, 559, 563
 -Barracas de muñecos de cera: 383,
 -Barracas de soldados y moros de cera: 401
 -del Carmen: 551, 560-561
 -"Animales Vivos": 554
 -Barracas: 554,
 -Carrouseles: 560
 -Columpios de barca: 560
 -Montaña rusa: 561
 -Rifas: 554
 -Caseta de feria: [388]
 -Cohetes: 658
 -Mazos de verbena: 510
 -la Mujer araña: 558
 -la Mujer de las serpientes: 559
 -Pim-Pam-Pum: 554, 558
 -Retratos grotescos: 560, 562
 -en Aeroplano: 562
 -en Automóvil: 562
 -de Aviador: 562
 -de Charlot: 562
 -de Chula: 562
 -de Torero: 562
 -de San Antonio: 568,
 -Caballitos: 568
 -Montaña rusa: 568
 -de San Juan: 391, 550, 553
 -Barracas del "monstruo doble terátópago": 552

-Columpios: 552

-"Fantomas": 552

-de San Pedro y San Pablo: 81, 391

-de Santiago: 570

Iglesias, monasterios, conventos, ermitas

Almudena, Iglesia de la: 245,

Atocha, Basílica de: 398, 551

-Torre: 60, 551

Baronesas, Convento de las: 267, 269

Buen Suceso, Iglesia del: 132, 262

-Veleta: 262

Calatrava, Convento de: 267

Carmen, Convento del: 267

Catedral: 72-74, 77, 184, 533-535

Comendadoras de Santiago, Iglesia y Monasterio de las: 262, 268

-Veleta: 262

Concepción, Iglesia de la: 245

Chamberí, Iglesia de: 330

Hospital de San Pedro, Iglesia del: 261

-Veleta: 261

Jerónimos, Iglesia de los: 305

Mercedarias Descalzas, Convento de: 267-268

Monasterio de Nuestra Señora del Paso: 304

Natividad y San José, Convento de. *Véase* Baronesas, Convento de las:

San Andrés, Iglesia de: 72, 262

-Veleta: 262

[San Antón], Iglesia y convento de: 75

San Antonio de la Florida, Ermita de: 60, 74, 286, 304, 318, 534

San Antonio de los Portugueses, Iglesia de: 159

San Basilio, Iglesia del convento de: 262

-Veleta: 262

San Blas, Ermita de: 247

San Cayetano, Torre de: 262

-Veleta: 262

San Fermín de los Navarros, Iglesia de: 251

San Francisco el Grande, Iglesia: 60, 566

-Bóveda: 60

San Hermenegildo, Convento de: 267

San Isidro, Ermita de: 262

-Veleta: 262

San Isidro, Iglesia de: 533

San Lorenzo, Iglesia de: 262

-Veleta: 262

San Miguel, Iglesia de: 261

-Veleta: 261

San Plácido, Convento de: 267

-Reloj: 267

San Sebastián, Iglesia de: 124

Santa Cruz, Torre de: 530

Santa María, Iglesia de: 261

-Veleta: 261

Santo Tomás, Colegio y Convento de: 262, 268-269

-Veleta: 262

Trinitarios Calzados, Convento de: 268

Vallecas, Convento de: 267

Victoria, Iglesia del Convento: 262

-Veleta: 262

Virgen del Puerto, Ermita de la: 262

-Veleta: 262

Juegos, deportes, cultura popular

Ciclismo: 155

-“El ciclismo mondaine”: 155

El chito: 582-583

-Tejos: 582

Fútbol (“football”): 430

Gallina ciega: 580

Los Huesos de albaricoque: 458

Juego(s): 82, 165, 584,

-de Comiditas: 165

-de los Paquetes: 82

-de Prendas: 584

Lotería: 135, 373, 406, 655

Natación: 264

-Concursos: 264

Pliegos de coplas: 605

Pliegos de historias:

-“Abelardo y Eloísa”: 605

-“Los amantes de Teruel”: 605

-“Historia de Jesucristo”: 605

-“Pablo y Virginia”: 605

Recreos infantiles: 116

Ruleta: [86], 123, 393, 598, 655

Fuentes y Monumentos

Alfonso XII, Monumento a: 231

Álvaro de Bazán, Estatua: 125

Apolo, Fuente de: 84

Aviación Militar, Monumento a la: 287

Berro, Fuente del: 290, 619

Caballo, Fuente del: 296

Cabecera del Rastro, Fuente de la: 441

Caños del Peral, Fuente de los: 423

Castellana, Fuente: 619

Cervantes, Estatua de: 385

Cibeles, Fuente de la: 89, 231

Cisne, Fuente del: 256

Comedia, Estatua de la: 285

Conchas, Fuente de las: 297

Cuatro Caños, Fuente de los: 290

Cuatro Estaciones, Fuente de las: 85, 88, 473

Chisperos, Monumento a los: 285-286

Delfín, Fuente del: 290

Egipcia, Fuente: 153-154

-“La Embarazada”: 153

-“La Preñada”: 153

-“La Tripona”: 153

Felipe IV, Monumento ecuestre a: 570

Héroes del Dos de Mayo, Monumento a los: 87, 108, 157

Isabel II, Estatua de: 285

Lavapiés, Fuente: 296

Narciso, Fuente del: 296

Neptuno, Fuente de: 170

Obelisco, Fuente del: 296
 Provincia, Fuente de la: 296
 Recoletos, Fuente de: 296
 Sagrado Corazón, Monumento al: 245
 Santa Ana, Fuente de: 296
 Sierpe, Caño de la: 71-72
 Toledo, Puerta de: 530
 Tritones, Fuente de los: 297-298
 Velázquez, Monumento a: 165
 Villa, Fuente de la: 296

Museos

Antropológico, Museo: [314], [551]
 Artillería, Museo de: 247
 Arqueológico, Museo: 310, 312, 314
 [Cervantes, Casa Natal de]: 258
 Ciencias, Museo de: 305
 [Ciudad, Museo de la]: 67
 Filipinas, Museo de: 310-311
 [Figuras de Cera, Museo]: 313
 [Historia Natural, Museo]: 504
 [Mazapán, Museo del]: 389
 Prado, Museo del: 79, 81, 88, 108, 305-306,
 308-310, 315, 435
 -Admiración, La: 306
 -Arquitectura, La: 306
 -Constancia, La: 306
 -Cuadros: 305-306, 309-310, 435
 -Escuelas Francesas: 309
 -Euritmia, La: 306

-Fama, La: 306
 -Fertilidad, La: 306
 -Fortaleza, La: 306
 -Los Grecos: 309
 -Inmortalidad, La: 306
 -Magnificencia, La: 306
 -Paz, La: 306
 -Robo, intento de: 315
 -Salas de pintura y escultura: 309
 -Simetría, La: 306
 -Victoria, La: 306
 [Provincial, Museo]: 470

Reproducciones Artísticas, Museo de: 80

Velasco [Anatómico – Antropológico], Museo:
 314, 551

Objetos y cosas:

Abanicos: [165], 481, 572, 575, 600
 Abrelatas: 577
 Abrigos: 76, 372, 423, 490,
 -de Alpaca: 648
 Acordeón: [214], [400]. [566]
 Agarradores de puertas [llamadores]: 190,
 461, 661
 Aguja de moño: 294, 260
 Alcarrazas: 585, 626
 Aldabón: 190, 405
 Aleluyas, [pliegos de]: 605
 Alfileres: 136, 281, 291, [308], 377, 611-613
 -de Corbata:

- negros: 377, 591, 612, 639
- Papel de: 611-612
- Alfileteros de marfil: 249,
- Alfombras: 395, 445-446
- Alforjas: 400
- Alicates: 450
- Almadreñas: 72
- Almanaques: 83-84, 231, 455, 545, 641
- Alpargata: 157, 312, 600,
- Amadeos: 443
 - Duros: 443
- Americanas: 65, 647
- Andamios: 186-187, 596
- Ánforas: 626
- Anillo de oro: 318
- Antifaces: 318, [352], 406, 408, 537, 572,
 - Corto: 408
 - de Percal: 318
- Anzuelo: 200, [416], 426,
- Aparadores: 387, 390, 417, 447, 457, 472, 484
- Aparatos: 115-116, 133-136, [156], [214], [307], 401, 428, 446, 450, 472, 510, 515, [555], 561, 564, 625, 628-631, 634, 652-653, 658, 662
 - Hidráulico: 115
 - Limpia-sombreros: 653
- Arado: 201, 205-206
- Arañas: 233, 272, 451, 554
 - [de Cristal de la Granja]: 233
- Arcas: 500
 - de Plata: 500,
- Arcos voltaicos: 574, 576
- Argollas: 190
- Armas: 114, 147, 191, [195], 214, 276, 307, 455, [489], 624
- Arqueta de piedra: 267
- Armarios: 206, 240, [277], 312-313, [340], [353], 408, 500, 603, 651
 - de luna: 408, 603
- Arracadas: 294, 646
- Azadas: 165
- Bacines: 386
- Bajorrelieves: 79, 455
- Balanzas: 501, 595
- Balas: [207], 610
- Bancos: 85, 99, 101, 103, 107, 109-110, 141, 155, 165, 231, 239, 240, 286, 305-306, 432, 566, 588, 598, 622
 - circulares: 622
 - de piedra: 306
- Bandejas: 274, 456, 501, 600,
 - para el té: [650]
- Bandejas de oro: 274
- Banderillas: 577, 590
- Banderitas: 643,
- Bandos: 540
- Bañeras: 182
- Baño: 168, [185], 315, 319, 386-387, 420, [573]
- Barajas: 650-651
- Barandilla: 340, 353, 545, 670
- Barcas: 158-161
 - de columpios: 560

-de las motocicletas: 517-518

Barco: [105], 158, 203, [204], [209], 214, 230, 347, [495], [502], [513], 573, 633-635

Barómetros: 117-118

Barquilleras: 95

Barreños: 182, 536

Bastón/nes: 64-65, 74, 80, 90, 112-115, 118, 125, 216, 278, 310, 372, 432, 474, 534, 641-642, 652, 656, 659

-Puño del: 652

Bastoncito: 474, 562

Bastonerías: 72, 272

Bata: 232, 396, [600]

Baúles: 61, 347, 395, 462, 506, 539, 563, 651-652

-de Barco: 347

-de Mimbre: 576

Berbiquí: 581

Biberones: 662

Billetes:

-de Cinco duros: 443

-de Viaje: 62, 252, 396, 439

Birrete: 425, 442

Block: 550

Blusas: [98], 157, 207, 391, 481, 514, 561

-Azul: 157

Bobinas: 92, 395, 582,

-de Papel de periódico: 92

-de Esteras: 395

Boina: 662

Bolas: 77, 253-256, 265, 299, 302, 661

-de Billar: 407

-de Cristal: 340, 437

-de Cobre: 253

-de Espejos: 340

-de Metal: 293

-del Reloj: 254

-del Sorteo de Lotería: 655

-de Oro: 254

Boliches: 660

-de Cama: 660

Bombas: 208, 284, 385, 401, 574

-de Mano: 635

Bombillas: 86, 124, 246, 255, 385, [417], 553, 574-575, 594

-de Colores: 575

-Eléctricas: 385, 594

-Nitra: 419, 561

Bonetes: 75, 442, 373,

Botas: 76, 78, 117,252, 259, 347, 403, 441, 455, 475, 494, 575, 588-589, 647

-de Vino: 575

Botellas: 271, 388, 390, 392, 433, 450, 454, 479, 484, 487

-de Anís del Mono: 390

-de Cerveza: 433

-de Champaña: 437, 549

-con una Crucifixión en su interior: 453

-de Frambuesa: 487

-de Gaseosa: 437

-de Petróleo: 663

-de Ron: 497

-de Sidra: 388,

-de Zarparrilla: 487

Botijos: 81, 154, 180, 194, 552, 626, 671

Botiquín: 329, 355,

Botones: 187, 319, 403, 452, 501, 648,

-de Camisa: 648

-de Gabanes: 452

-de Plata afiligranada: 501

Boya: [419]

Braguero para la hernia: 648

Brasero: 87, 196, 408

Brazo ortopédico: [115]

Bucrúneos: 237-238

Bufandas: 87, 206, 216, 440, [490]

Butacas: 58, 252, 445, 530-531, 564, [581], [672]

Buzones: 230-231, 238-239

Caballete: 641

Cabezas: 154

-de Peinadora: 154

Cables eléctricos: 540, 654

Cacharras: 633,

Cadenas: 191, 238, 234, 339, 481, 501

-de Papeles: 560

Cajas: [117], 266, 449, 598, [634]

-de Botica: 544

-de Caudales: 252

-de Cerillas: 613, 643

-de Conteras: 642

-de Féretros: 83, 91, 281, 342-343, 345, 347, 352

-de Jabón: 318

-de Jalea: 544

-de Mazapán: 125, [133], 544

-de Pastillas de Clorato: 453

-de Pistolas: 385

Cajones: 71, 129, 148, 284, 462, 549

-de Embalaje: 462, 651

-de las Lavanderas: 171, 614-615

-de la Tabacalera: 462

-de Vendedoras: 129

Calderos: 325, 396

Calefactores de petróleo: 663

Cajetillas: 643

Camas: 156, 328, 617, 660

-de Hospital: 332

Camisas: 311, 597, 607, 614, 634, 648, 663

-de Fuerza: [65], 659

Campanas: 77, 143, 255, 281, 535, 541, 590

Campanillas: 96-97, 442, [486], 541, 635

Candados: 450

Candelabros: [275], 340

Cántaras: 626

-de Vino: 627

Cántaros: 312, 625, 627

Cañones: 77, 98, 248, 281, 383, 397

Capas: 87, 343,

-Terciadas: 198

-de Toreo: 576

Capachos: 165, 205

Capirotos: 454

Capuchones: 408

Caramillo: 204

-de Afilador: 204

Caricaturas: 180-181

- Carretes: 334,
- Cartas: 180, 230-231, 239-240, 478, [489], 649
 -[de Juego]: 236, 329, 400, 651
- Carteras: 99, 207, 656
- Cayada: 642-643
- Cazuelas: 418-419, 547
- Cascabeles: 96, 134
- Casetas: 124, 179, 188, 351, 381, 383, 390-391, 397
- Castañuelas: 494
- Casullas: 347, 378
- Catalejo: 214, 474
- Cemento: 248, 345, 350
- Cerillas: 325, 611, 613, 643
- Cestas: 72, 194, 530, 594
- Cigarrillos: 164, 401, 609
 -Emboquillados: 75
 -Inglés: 636
- Cigarro: 127, 132, 157, 316, 371, 499, 648, 662
- Cintas: 106, 134, 162, 301, 620
 -de Terciopelo: 639
- Cinturones:
 -de Castidad: 592
 -de Cuero: 433
- Clac: 456
- Clavos: 200, 281, 426, 455, 372,510, 599
- Colcha: 648, 393
- Columpios: 536, 552, 554, 560, 570
 -de Barca: 554, 560
- Collares: 493,
 -de Perlas: 493, 572
- Cometa: 135, 624, [671], 504
- Cómoda: 624,
- Confesionarios: [632], 281, 498
- Consolas: 320, 445
- Conteras: 451, 641-642
- Copas: 390, 457
- Corbata: 125, 233, [431], 465, 562, 642
- Cornucopia: 74, 534
- Coronas de porcelana: 452
- Corpiños: 487-488
- Corsés: 101, 370, 454, 484, 580-581, 600,
- Cortinas: [74], 200, 246,312, [535], 539, 554, 561
- Cristos y crucifijos: 621, 452
- Cruces: 59,340, 263, 400, 438
 -Distintivo: 277, 344, 385
- Cuadernitos de apuntes: 376, 423
- Cuaderno de apuntes: 603, [617]
- Cuadernos de bitácora: 375
- Cuadros: 79, 150, 234, 281, 305-306, 308-310, 389, 410-411, 435, 441, 455, 482, 501, [540], 583, 640-641, [664]
 -de Piedras duras: [72], 550
 -de Negritos: 646
- Cubiertos: 447
 -de Plata: 500,
- Cubiletos: 642, [412], 477
- Cubos: 663, 302, 426
- Cucuruchos: 414, 459, 487
- Cucharas de boj: 72
- Cucharón: 392, 396, 474

- de Pico: 392
- Cuchillos: [63], 284, 354, 494, 497
- Cuellos [de plástico]: 470, 607
 - de Pajarita: 607
 - Vuelto: 607
- Cuerdas: 81, 92, 98, 135, 146, 255, 325, 446, 307, [486], 554, 560, 635, 651
- Chalecos: 101, 142, 183, 314, [416], 634, 647-648
 - Blanco: 101, 183, 647-648
 - con Botones de filigrana de plata: 501
- Chales: 111, 164
 - de Lana: 164
- Chanquetas: 624,
- Chaquetilla: 339, 448
- Chiflo: 625
- Chirimía: 204, 658
- Chistera: 271, 273, 399
- Chocolateras: 411
 - de Cobre: 411
 - de Hierro: 411
 - de Hojalata: 411
 - de Plata: 411
- Chubesquis: 445-446,
- Dados: 477,
- Décimos: 406, 600, 611, 655
 - de Lotería: 406
- Despertador: 531, [609], 633
- Dibujos: 69, 162, 617
- Dije: 233, 652
- Discos:
 - de cristal [anuncios]: 462
 - de Música: 488,
 - [de Broncista]: 660
- Disfraz: 408-409
- Divanes: 289, 471, 479, 486, 490-491, 493
- Dulzainas: 388, 658,
- Encajes: 233, 319, 352, 412, 633
- Enseñas: [61], 469, [489]
 - de Lechería: 664
 - Luminosas: 469
- Escalera de mano: 187
- Escapularios: 466
- Esclavas: 396
- Esclavina: 425, 460
- Escobas: 166, [380], 405, [446], [577]
- Escopetas: 196, 426, 476
 - Reales: 426
- Escoplos: [63]
- Escribanías: [243], [501]
- Esculturas: 279, 295, 297, 306, 308, 334
 - Leones de yeso: 632
 - Perros de yeso: 618
 - Niños de yeso: 632
- Espadas: 234, 307
- Espejos: [80], [285], 289, [301], [340], 386, 402, 408-409, [412], 464-466, 486, 491, 496-500, [543-544], 558, [607]
 - Platerescos: 544
- Espingardas: 214
- Esponjas: 180, [417]
- Esquelas: 66, 288, 352-353, 386
- Estampas: 139, 436, 498, 529, [585], 634
- Estandarte: 458, 541, 653

Estanterías: 83, 399

-de Espejos: 465

-de Libros: 399

Estatuas: 88, 108, 125-126, 129, 138, 144, 154, 165, [188], 245, 284-287, 324, 330, 338, 385, 453, 570

Esteras: 75, 394-395, 445-446

-Finas: 394

-de Paja: 395

-de Pita: 75

-de Pleita: 395

Estrechos, pliegos y juegos de los: 529, 531, 629

Exvotos: 281

Faldas: 86, 137, 164, 488, 590, 638, 656

Falúa: 158

Falleba: 200, 634

Faroles: 64, 84, 86, 89, 91, 104, 136-137, 208, 215, 232, 243, 238, 339, 390-391, 438, 461, 469, 530, 514, 555-556, 564, 569, [577], 594, 610

-Japoneses: 391

-a la Veneciana: 585

Féretros: 83, 91, 281, 342-343, 345, 347, 352

-Caja de cinc: 352

Figuras de cera: 313, 409

Flautas: 569, 624, [627], 657

Flores artificiales: 335, 472

Focos: 84, 86, 124, 193, 209, 243, 252, 319, 374, 406, 562, 574-575, 578, 585

Fonógrafo: 488, 628, 401

Forillos: 284, 321

Fotografías: 65, 156, 297, 336, 396-397, 412-413, 449, 562, 575

-de Actualidad: 449

-Callejeras: 413

-Retrato de Boda: 562

-Retrato para los Periódicos: 562

-Retrato de Primera Comunión: 562

-Retrato con Toga: 562

Frascos: 142, 291, 329, 661

Fruteros: 104, 295, 623.

Gabanes: 87, 206, 211, 216, 319, 452, 474

-Ingleses: 211

-de Pieles: 384

Gaitas: 388

Galguita de yeso: 451

Galones: 484, 281, 339

Gallardetes: 560, 575

Garrafas: 381, 393, 661-662

Gatos y llaves eléctricas: 654

Gemelos: 214, 322, 551, 634

-gafas: 322-323

-de Teatro: 247

Globos: 96, 212,

-de Aeronautas: 236

-de papel: 551

Gnomon: 99

Gorras: 157, 324, 371, 377, 495, 547, 650, 655

-de Automóviles: 319

-de Visera: 650

Gorrilla: 516, 594

Gorrita: 662

Gorros: 332, 384

-de Cocinero: 384

Grabados: 60, 61, 113, 158-159, 266, 297, 440, 490, 606, 616, 621

-Álbum de: 266

-Antiguos de la ciudad: 621

-en Madera: 61

-de Vendedores de cosas: 621

Gramófonos: 202, 232-233, 488

Granadas: 383, 397, [398]

Grifos de fuentes: 624, 296

Grúa: 115-116, [245]

Guantes: 313, 322-323, 382, 486, 639

-Patrón de cartón para guantes: 382

Guayaberas: 87

Guías: 248, 277,

Guirnaldas: 339, 574, 619,

Guitarras: [186], 322, 486-487, 505

Gumías: 428, 455

Hábitos: 281, 408

Incensarios: 87, 215, [496]

Jaulas: 117, [134], 159, 318, 381, 393, 456, [583]

-Para grillos: 618

Jaquitas: 386,

Jarrones: 310

Jeringuilla: 215,

Jerseys: 164

Juguetes: [150], 334, [570], [650]

Jofainas: 60, 297, 386,

Joyas: 128, 341, 451, 501, 542

Ladrillos: 199, 304, 447, {507}, 546

Láminas: 235, 416

-de anatomía: 416

-de enfermedades de la piel: 235, [236]

Lámparas: 381, 385-386, 395, 417, 499, 531, 567, 630, 663

-de Carburo: 326,

-Eléctrica: 380

-de Petróleo: 571

-Soldadora: 667

Lamparillas: 335, 392

-de Alcohol: 642

Lápiz/ces: 146, 188,

-Inscripciones: 146, 188, [231]

Lápidas: [166], 233, 339-341, 350

-para Tumbas: 442

Latas: 145, 465

Látigo: 274, 440, 504, 580

Laúd: 657

Lavabo: 289, 444

Lazos: 99, 590, 633

-a lazo: 196, 665

-para el Cuello: 633

Lecheras: 661

Lecho: 75,

Lentes [gafa]: 162, 247, 448, 476, 490

Levitas: 60, 76, 319, 370, 399, 604, 629,

Librea: 93, 271, 278, 343, 384

Libros: 58, 65, 79, 82-83, 90, 112-115, 130, 169, 242, 247-248, 259-260, 266, 284, 344, 375, 394, 398-400, 425, 433, 435-436, 440, 562, 566, 641

-Bailly-Bailliere [anuario]: 248

-*El doctor inverosímil*: 142

-*De las grandezas de Madrid*: 268

-*El libro amarillo*: 288

-*María, la hija de un jornalero*: 83

-para Niños: 641

-Raros: 266

-de Texto: 339, 425

-Viejos: 114, 398, 435

-de Vistas de ciudades: 242

-Zaragozano [calendario]: 248

Ligas: 87, 376

Linterna mágica: [102], [106], 132-133, 555

Llamadores: 190, 461, 661,

Llaves: [235-236], [261], 309, [464], 609, 633

-de Cerradura: 452

Loza: 622,

Lupa: 266

Macetas: 74, 75, 140, 143, 161, 168, 472, 496, 509, 591

Madeiras: 334, 412, 608

Maleta: 92

Mangas de riego: 443

Maniqués: 72, 311, 313, 370-371, 450

-de Cartón: 313

-de Corseterías: 371,406

-de Mimbre: 450

-de Niño: 371

-Ortopédicos: 370

-de Trajes de niño: 72

Mantas zamoranas: 72

Manteletas: 162, 388, 612

Mantillas: [209], 412-413, 542, 561,

Mantones: 409, 537, 575, 601, 646, 665

-de Crespón: 575

-Gallego: 94

-de Manila: 409, 646

Mapas: 375, 583

Máquinas: 79, 92, 122, 286, 333, 427, 433, [503], 515, 540, 556, [562], 625, 627, 651, 659, 676

-Aventadora: 353

-de Calcular Hereich: 257

-de Cortar [fiambres]: 497

-de Escribir: 456, 499

-de Moler café: 488

-Singer: 79

Maquinillas: 401,

-de Afeitarse: 652

-de Hacer cigarros: 401

Maroma: 321

Marquesinas: 202-203

Martillos: [190], 340, 351, 561, 642

Máscaras: 80, 198, [209], [272], 323, 408-409, 486, 537-539, 546, 572

-Japonesas: 439

-de Luto: 408

Mascarillas: 382

Matasellos: 240, 468

Mecedoras: 408, 479, 583

Medallones: 291, 646

Medias: 74, 313, 376, 396, [446], 534, 559, 590, 602, 617, 622

Medias suelas: 642,382,

Mesas: 83, 191, [341], 385, 387, 391, 412, 419, [419], 434, 456, 472, 477, 483, 485, 490, [543], 574, 619, 631, 640

-Camilla: 411

-de Mármol: 289, 479, 489,

- de Plancha: 607
- Mesillas: 190
- Mesitas de gabinete: 479,
- Microscopio: 331
- Miniaturas: [57-58], 81, [145], [162], 259, 322
- Molinos [molinillos] de viento: 105, 549
- [Monedas]:
 - Amadeos: 443
 - Calderilla: 122, [160], [286], 443, 481, 494, 648
 - Céntimos: 494
 - de Cobre:
 - Duros: 443, 494
 - Pesetas: 162, 241, 273, 304, 321, 346, 376, 380, 384, 407, 419-420, 439, 476, 628, 641, 650
 - Reales: 148, 181, 285, 308, 337, 416, 488, 591
- Monóculo: [247], 456, [585]
- Muebles: 103, 158, 236, 240, 259, 432, 441, 451, 455, 457, 500, 591, 668
- Muela de molino: [188]
- Muñecas de cera: 154, 563
- Muñecos / figuras de cera: 313, 383, 397, [401], 409
- Muñecos recortables y “vestibles”: 563
- Molinillos de viento: 105
- Navajas: 284, 581, 595
 - Cabriteras: 383, 397
 - de Gillette: 316
- Neumáticos: 514
- Obeliscos: [87], 95, 99, 101, 104, 108, 293
- Oboe: 658,
- Ocarina: 657-658
- Onduladores: 470
- Organillos: 131, 283, 569,
- Ozonizadores: 670
- Pajaritas [corbata]: 607
- Palanqueta: 450
- Palas: 165, 302
- Pandereta: [379], 544,
- Pantalones: 60, 79, 87, 106, 155, 409, 475, 622, 648
 - Acordonados: 622
 - Bombachos: 155
 - Cortos: 622
- Pantógrafo: 641,
- Pañuelos: 108, 319, 333, 445, 536, 590, 614, 644
 - de Encaje: 352
 - de Seda: 318,
 - de Soldado: 445
- Papel: [106], 125, 167, [186], [200], [202], [236], 237, 239, 242-243, [250], [247], 255, 263, [330], 378, 406, 412, 414, 423, 427, [435], 445, 463, [464], 467, 487, 489-490, 499, 504, 506, 529, 551, 560, [567], 578, [600], 611, 612, 619, 639, 644-645 [659], 666
 - de Alfileres: 611-612
 - de Barba: 412
 - Couché: 449, 661
 - Fino de Japón: 412
 - de Periódico: 92, 489
- Papeletas de rifa: 641
- Paraguas: 87, 117-118, [129], 232, 405, [461], 510, 600, 639
- Partituras: 587,

- Plancha [pieza plana]: 267, 463,
 Planchas: [600], 607, [472], 495, 539
 Platos: 104, 111, 387, 400, 458, [494], 495
 -del Día: 498-500
 -de Plata: 500, 567
 Plumilla de dibujar: 63
 Peine: 409, [499]
 Peinetas: 193, [303], 535, 413
 -de Oro: 396
 -de Torrecilla: 413
 Pellizas: 371-372, 440
 Pendientes: [144], [190], [252], 396, {561},
 590, 608, [644]
 -de Azabache: 644
 -de Filigrana: 396
 -Segovianos de oro: 190
 Pendón de procesión: [102], 260, 458
 Pensamientos (flores): 162-63,
 Periódicos: 92, 142, 192, 239, 324, 330, 407,
 420, 476, 482, 488-490, 503, 562, 592, 602,
 628
 -Franceses: 656
 -de la Noche:
 -*La Tribuna*: 192
 Perlas: 252, 451, 493
 Pernitos: 453
 Peroles: 199-200
 Pesas: [330], 448
 -antiguas: 448
 Petaca: 157, 648
 Petate: 445
 Pianos: 192,333, 483
 -de Cola: 483
 Pica: 577,
 Piedras: 61, 72, 115-116, 216, 230, 251, [279],
 306, 342, 377, 444, 468, 506, 513, 550, 598-
 599, 605
 -Finas / preciosas: 291
 -Duras: 550
 -Litográficas: 442
 Pieles [vestimenta]: 88, 216, 384
 Piezas de fábrica: 63
 Pilas eléctricas: [63]
 Pincel: 470
 Pipas inglesas: 211
 Piraguas: 311
 Pisapapeles de cristal: 447, 641
 Pistolas: 130, 385, 610
 -Colt: 252
 Pitillo: 653
 Piqueta: 149, 205, 447
 Pizarra: 373, 495,
 -techos/tejados de: 59, 129, 145
 Plumas: 136-137, [249], 250
 -de Dibujo: [136-137], 348
 -Estilográfica: 239, 467
 Portamonedas: 656
 Postales: 79, [125], 163, 277, [336], 603, 638,
 [641]
 -Cromolitográfica: 550
 Prendas: 382, 408, 614, 647-648
 Preservativo: [647]
 Puertas: 62, 64, 70, [133], [139], 142, 163,
 189-190, 194, 199-200, 208, 215, 230, 233-
 234, 236, 238, 241, 252, 254, 271, 274, 277-

278, 289-290, 293, 304, 309- 310, 313, 319, [323-324], 374, 377, 383, 385, 397, 405, 407, [412], [429], 450, 455, 460, 464, 470-471, 473, 496, 501, 534, 547, [548], 585, 590, 600, 610-611, [618], 620, 633, 639, 643, 646, 659-661, 668, 674

-de Cristal: 190

Pucheros: 418, [623]

Punteras: 485, 488, 642

Puñales: 72, 214

Puros: 483, 491,

Quevedos: 322

Quinqués: 634

-de Porcelana: 663

Radiador: 186, 515

Ratoneras: 449-450, 618, 635

Redes de alambre: 200

Redondeles: 660

Regatón: 642

Rejón: [205], 514, [590]

Relojes: [71], 77, [99], 105, 117-118, [123], 124, [132], [134], 157, [162], 209, 232, 236, 240, 243-244, 253-256, 265, 267, 269, 273, 280, 284, 319-320, 333, 386, 437, 439, 449, 453, 476, 501, 531, 552-553, 557, 578, [608], [618], 648, 652, 660, 675-677

-de Bolsillo: 128

-Cadenas de:

-de Chimenea: 386

-de Gobernación: 254, 437

-de Sol: 265, 281

Remos: 215, 463,

Retratos: 81, 275, 397, 410,

-de la Academia: 410

-al óleo: 444

-del Saloncillo del Ateneo: 410

-del Saloncillo del Teatro Español: 410

-de verbena: 560, 562

Revistas: 420, 449, 543, 583

-[Ilustraciones]: 544

-Alegoría del Invierno: 543

-Alegoría de la Navidad: 544

-Alegorías del Tiempo: 543

Rieles: 654, 434

Rifles: 71, 252, 554, 561

-Colt: 252

Rodela de yeso: 646,

Rompecabezas: 634

Ropa: 186, 231, 313, 325, 386, 567, 591, 614-615

-Blanca: 101, 234, 370, 614

-Paños menores: 614

Ros: 342, 400, 535

Rosarios: 618

Ruedas: 50-508, 514, 531, 570, 357

-de Carro: 94, 198, 345, 441, 602, 606

Ruletas: 86, 123, 393, 598, 650, 655

Sábana: 76, 119, 439, 486, 616

Sacos: 94

-de Arena: 116, 542

-de Patatas: 513,

-de Piedras: 513

-de Tierra: 513

Salamandra: 446

Salvavidas: 206, [314], 350, [647]

Sarcófagos: [103], 340

Sartén: [571], 623

- Sello de caucho: 468
- Señales luminosas: 470
- Serones: 431, 622,
- Serretas: 440
- Sierra: [63], 250, 504,
- Sifones: 92, [296]
- Sillas: 79, 89, 106-107, 321, 391, 395, 432, 434, 471, 553, 561, 572
- de Iglesia: 573
 - de Enea: 632
- Sillón: 184, 232, 432, 457, 493, 534
- Eléctrico sistema Berlé: 428
 - de Mimbre: 408, 583-584
- Sirena: 203-204, 209,
- Siringa: 658
- Sismógrafos: 347,
- Sobrepelliz: 75, 647
- Sofás: 256, 391, 445
- Soldados de plomo: 276
- Sombreros: 88, 123, 232, 283, 442, 455, 536, 652-653
- para Caballos: 62
 - Calañés: 87, 92
 - de Copa: 60, 76, 106, 111, 138, 272, 384, 399, 439, 453, 460, 491, 516, 585
 - de Crespón: 344
 - de Curas [tejas]: 373
 - Hongo: 142
 - de Jipijapa: 102
 - de Militar: 443
 - para Mulas: 62
 - “Nones”: 477
 - de Paja: 652,
 - de Papel de periódicos: 489
 - parlantes: 198
 - de Tres picos: 442
- Sombrillas: 101, 193, 542, [600]
- Sonajero: 97
- Sortijas: 82, 233, 476, 481, 488, 500, 642, 658, 660
- Sotana: 291, 648,
- Tablas de lavar: 614
- Taburete: 285, 432, 641
- Tacones: 642, 481, 486
- Tambores: 344, 472, 634
- Tapas: [550]
- de Estera: 451
- Tapetes: 403,
- Tapices: 275, 445,
- Tapones: 437,453, 454, 634
- de Cristal: 454
- Tarjetas postales: 163, 277, 603, 638
- Tarjetero: 403, 633
- Taxímetro: 676
- Tazas de café: 492
- Tazas de té: 584
- Tazones: 89, 386,
- de Desayuno: 622
- Tea: 663
- Tejas: 263, 390, 500, 668, 670,
- Teléfono: [136], 248, 327, 516, 628-631
- Telescopios: 103, 106, 214, 247-249, [266]
- de Herschel: 247
- Telones [toldos]: 136

- Tenacilla: 470
- Tiara: [413]
- Tibores: 126, 439,
- Tiestos: 75, 670,
- Tijeras: 162, 186, 414, 482, 598
- Tinajas: [153], 199, 559, 619, 625, 627
- Tirador: 143,
- Tirantes: 187, 476, 588, 648,
- Tiza: 230, 373, 498-499, [545]
- Tocas: 318, 333
- Togas: 424-425, 562
- Toldos: 542, 552, 570, 560, 600
- Toquilla: 454
- Tornillo: 654
- Torniquete: 389, [659]
- Trajes: [72], 118, 207, 291, 313, 318, 307, [370-371], 375, 408-409, 438, 441, 480, 538, 553, 563, 590
- Capuchones: 408
 - de Cristianar: 412, 647
 - Dominó: 408, 538
 - de Encajes: 412
 - de Novio: 425
 - de Ralladillo: 87
 - de Pierrot: 438, 537-538
- Trapos viejos: 622
- Trebejos: 514
- Uniformes: 342, 425, 603,
- Vaciados de escayola: 646
- Vajillas: 385, 387, 447, 500
- de Plata: 500,
- Vasos: 81, 290-291, 394, 417, 434, 456, 478, 484, 500, 597, 619
- Fúnebres: 334
 - de la Granja: 233
 - de Noche: 386
- Vejigas: 627
- Velas: 215, 649,
- Veletas: 60, 259-260, 263, 547
- Velo: 120, 268, 485, 639
- Vendas: [237], 272, 347, 580
- Ventanas: 69, 74-75, 194, 236, 240, 252, 259, 267, 269, 271-272, 274-275, 279, [335], 374, 448, 455, 471, 473, 496, 498, 539, 565, 630, 650
- Ventiladores: [280], 379-380, 474, 571, 653
- Ventosas: 242, 456-457
- Veráscopos: 242
- Viñeta: 549-550, 619,
- Violín(es): 214, 432, 483, [499], 570, 585, 657
- Violón: 432
- Vistas [de cosmorama]: 567, 634, 646
- Guerra de África: 635
 - Naufragio: 635
 - Mujeres bañándose: 635
- Vistas estampadas: 550
- en Cristal convexo: 550
- Visillos: 185, 498, 633, 653
- de Encaje: 633
- Vitrinas: 65, [132], 310, 312, 314, 401, 442, 542, 652
- Volante: 514, 563
- Volquetes: 66, 203,
- Xilofones: [198]

Zapatos: 396, 403-404, [436], 453, [495], 624, 633, 656

Zorros: 378, 455

Zurrón: 426, 644

Palacios, Instituciones oficiales y privadas, asilos

Academia de la Historia, Real: 128

Academia de Jurisprudencia, Real: 251

Academia de La Lengua, Real: 80, 410, 652

-Retratos: 410

Academia de Nobles Artes: 128

Alcaldía de barrio: 463

Alcañices, Palacio de: 251

Altamira, Palacio de los condes de: 278

Artistic Cycle Club: 155

Asilos: 323, 665

-*El Pajar" de Cuatro Caminos: 325-326*

Ateneo: 308, 482

-Cacharrería del: 482

-Saloncillo del: 410

-Retratos: 410

Banco de España: 250-251, [479]

-Bola: 253

-Cariátides: 252

-Reloj: 253

Banco Hipotecario: 265,

-Jardín con estatuas: 265

Banco de San Carlos: 251

Banco de San Fernando: 251

Banco de Isabel II: 251

Buenavista, Palacio de: 233, 274

Casa-Riera, Palacio de: 269, 572

Casa de Correos y Telégrafos: 229-231, 238, 256

Casa del Pueblo: 589, 676

Casas de Socorro: [235], 326-327, 343, 392, 584

Casino Militar: 273

Cinco Gremios Mayores: 251

Círculo de Bellas Artes: 99, 244, 266,

Colegio de Santo Tomás: 262, 268,

Compañía de Jesús: 72

Condesa de Montijo, Palacio de la: 271

Congregación de los Cómicos: 328

Congregaciones Religiosas: 400,

Congreso de los Diputados: 187, 491

Congreso Eucarístico: 60, 648,

Consejo de Castilla: 247, 394

Consulados: 463

-Americanos: 463

Correos, Palacio de: 229-231, 238, 256

Cruz de la Orden de Beneficencia: 414

Cruz Roja: 392-393

Cuartel de Artillería: 101

La Delegación: 584, 609

Depósito judicial: 323-324

Dirección de Seguridad: 673

Duque de Alba, Palacio del: 273

Duque de Lerma, Palacio del: 111

Duque de Liria, Palacio del: 273

- Escuelas Pías de San Antón [Escolapios]: 74-75, 371
- Gran Peña: 493
- Colgaduras: 493
- Cinco Gremios Mayores: 251
- Guardias Nobles, Cuartel de: 273
- Hospicio de San Fernando: 235-237
- Portada: 235, 266
- Hospicios: 328, [331], 235-237
- Hospitales: 72, 170, 261, 323-324, [326], 327-333, [350], 428
- Hospital de San Carlos: 323
- Hospital General de Madrid: 323
- Bedeles: 333
 - Camas: 332
 - Enfermos: 331-332
 - del estómago: 332
 - Fuentes: 331
 - Guardillas: 332
 - Hermanos de San Felipe Neri: 332
 - Jardín: 331
 - Monjas: 333
 - Mozos de hospital: 333
 - Porteros: 333
 - Terraza: 332
- Hospital Homeopático: 329-330
- Hospital de La Latina: 72, 328
- Hospital de Nuestra Señora de Montserrat: 328
- Hospital de Nuestra Señora de la Novena de los Cómicos: 328
- Hospital Pontificio y Real de San Pedro de los Italianos: 328
- Hospital de San Andrés de los Flamencos: 328
- Hospital de San Luis de los Franceses: 328
- Hospital de San Patricio de los Irlandeses: 329
- Inquisición, La: 128, 428, 584,
- Inclusa, La: 417
- Instituto de Reformas Sociales: 676
- Instituto de San Isidro: 73
- Legaciones: 463
- Liria, Palacio de: 272-273
- Fiestas benéficas: 274
 - "Garden-Party": 274
 - Jardín: 274
- Ministerio de la Gobernación: 123, 187, 240, 248, 287, 349, 542, 628
- Bola: 254
 - Reloj de: 253-254, 437
- Ministerio de Instrucción y Fomento: 551
- Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: 234
- Ministerio de Marina: 115-116, 500
- Ministerio de Ultramar: 233
- Monarquía: 278
- Monistrol, Palacio del marqués de: 251
- Monte de Piedad: [253], [348]
- Observatorio Astronómico: 247-249, [551]
- Oñate, Palacio de: 79
- Palacio del Buen Retiro: [571]

Palacio del Marqués de Casa-Riera: 269, [572]

Palacio Real: [74], 137, [251], 273, 275, 278, 293, 407, [535], 556, 564,

-Armería Real: 307

-Balcones: 275

-Caballerizas Reales: 307, [188]

-portero: 277

-Centinelas: 276

-Estatuas: 293

-Fachadas: 275

-Garitas: 275-276

-Soldado de guardia: 276

Panadería, Casa de la: 127-129

Pan y Huevo, Ronda de: 71

Panteón de Hombres Ilustres: 551

Policlínicas: 326-328, [409]

La Policía: 65, 372, 651, 659,

Presidencia del Consejo de Ministros: 233, 446,

Real y Supremo Consejo de Castilla: 247, 394

Residencia de Estudiantes: 256-259

San Lorenzo, Albergue de: 71

Seminario Conciliar: 565

Seminario de Nobles:

Sociedad de Conciertos: 586

Sociedad [General] de Autores: 353

Sociedad Hahnemanniana Matritense: 329

Sociedad de Naciones: 581,

Tribunal de Cuentas: 237,

Tribunal Supremo: 333

Universidad: 460

-Central: 460

-de Salamanca: 247

Parques, jardines, lugares de ocio

Apolo, Jardines de: 241

Barracas de feria: 154, 383, [397], 401, 535, 536, 554, 559, 563

-“Estellas”: 154

La Bombilla: 283, 388

El Botánico: 82, 90-91, 98, 100, 137-138, 140-143, 149-151, 156, 164-166, 398

-[Banquete]: 100

-Invernaderos: 143, 166

-Galería de Cristales: 100

-Jardineros: 143, 166

-“Las momias del Pacífico”: 100

-Pabellón de Cátedras de Botánica: 149

-Trabajadores: 165,

Buen Retiro, Jardines del: 81, 240-241, 571-573, 586

Campo del Moro, Jardines del: 271, 297

Campos Elíseos: 95, 345, 586,

-Teatro: 586

Carreras de caballos: 59

Casa de Campo: 179, 290, 297, 303-304,

-Bosque de la: 304

-Jardines de la: 290

-Papeleta de la: 337

-Tapias: 179

Colonias escolares: 183

Dos de Mayo, jardines del: 85,
 Hipódromo: 167, 402, 502,
 Jardines: 78, 81, 85, 104, 137, 142, 156, 161-163, 170, 193, 207, 241, 265, 285-286, 297, 321, 331, 348, 556, 565, 571-573, 582, 586, 619, 649
 Madrid, parque de. *Véase* El Retiro.
 Obelisco, jardinillos del: 87
 Palacio [Real], jardines del: 297
 Pilar, Jardín de: 163
 Príncipe, Jardines del: 297
 Recreo del Paraíso: 556, 565
 -Circo: 556
 -Tiro al blanco: 556
 Recreo La Playa: 565
 El Retiro [Parque o Jardines]: 150,
 -Casa del Contrabandista: 150
 -Casa de Fieras: 147
 -Caseta de multas: 156,
 -Casa del Pescador: 144-145
 -Casa Persa: 149-150,
 -“Châtelets du Cycle”: 155
 -La China, Fuente de: 159
 -Embarcadero: 158-160
 -Estanque: 153, 157-161
 -*Los encantos de Circe*: 158-159
 -Juegos de agua:
 -Exposición de industrias: 149
 -La Faisanera: 150
 -Las tres Gracias (escultura): 144
 -Mañanas ciclistas: 155
 -Montaña Artificial: 144

-Noria: 153
 -Paseo de Nicaragua: 148
 -Paseo de Panamá: 148
 -Paseo de Venezuela: 148
 -Río Grande, Canal: 159
 -Ruinas románicas: 147-149
 -La Sala de los Chascos: 150
 -San Antonio de los Portugueses, [ermita]: 159
 -Teatro: 573
 “Salón de Oriente”: 81, 150

Prensa, marcas y letreros

Letreros/rótulos: 106, 458, 463, 466, 555, 599
 -“AQUÍ SE RUEGA POR LOS QUE HAN IDO A LAS CRUZADAS”: 466
 -“BRONCISTA”: 660
 -“Cristales y minutereros”: 453
 -ESPECIALIDAD EN ADORNAR COMEDORES PARA BODAS Y BAUTIZOS: 161
 -ESPECIALIDAD EN CORBEILLES: 161
 -ESPECIALIDAD EN PENSAMIENTO: 162
 -“Fábrica de gaseosas del Espíritu Santo”: 436
 -“La Flor de la Canela”: 599
 -El Mejor Vino de Valdepeñas: 556
 -“On parle français”: 599
 -“Pobre ciego del Cáucaso”: 90
 -“Pobre ciego con la gota serena”: 90
 -“Prohibido los ciclistas”: 156

-SE RUEGA QUE RENUEVEN LA CONSUMICIÓN CUANDO VARIEN EL CUADRO: 487

-“Vea su verdadero retrato”: 465

-“¡Viva el Ejército y la Marina!”: 599

-“¡Viva la industria española!”: 599

-“Votar a los republicanos”: 444

-[Zapatería] Marden: 404

-LA NIEVE ME TEME / CURO LOS CALLOS / ME RIO DE LA CALEFACCION CENTRAL / QUIERO IR AL TEATRO / ¡QUE BIEN TANGUEO! / EN LA ARISTOCRACIA TENGO MILES DE AMIGOS / NECESITO UN LINDO PIE / ME LLEVO TODAS LAS MIRADAS: 404

Marcas: 211, 484

-Anís del Mono: 390, 554, 561,

-Bombillas Nitra: 419,

- Grúa Cañonero o “Super-dragurt”: 116

-Gillette: 316,

-Kodak: 413

-“Linimento de cal”: 663

-La Península [puros]:

-Pernaud: 637

-“Ripolín” [pintura]: 343, 394

-Roskopf [relojes]: 675-677

-Esfera: “Roskopf Patent”: 676

-“Sen-Sen”, pastillas de: 637

-Valdepeñas, Tinto de: 637

Prensa:

-Blanco y Negro: 472,

-*La Correspondencia de España*: 92, 572

-“Avisos útiles”: 572

-*Diario de la Marina*: 160,

-Fuego en el vapor ruso “Topoff”: 160-161

-“*La Ilustración*”: 348

-*Memorial literario y curioso de la Corte de Madrid*: 395

-*La Moda [elegante]*: 538

-*El Monitor*: 175

-*Las Novedades*: 251

-*Veloz Sport*: 155

Puentes

Alcántara, Puente de: 530

Casa de Campo, Puente de la: 297

Princesa, Puente de la: 237, 304, 428

Reina Victoria, Puente de la: 304

San Isidro, Puente de: 305

Segovia, Puente de: 175-176, 182, 298, 515, 530

Segoviana, Puente. Véase Segovia, Puente de.

Toledo, Puente de: 182

Verde, Puente: 304-305

Viveros, Puente de: 176

Santos, Vírgenes,

Almudena, Virgen de la: 556, 564

La Inmaculada: 245-246

Pilar, Virgen del: 249

Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles: 245

San Francisco Javier: 72

San Isidro: 73, 206, 262, 292, 294, 420, 500, 529, 533, 535, [648]

San Luis Gonzaga: 274

San Pablo: 72

San Pedro: 72

Santa María de la Cabeza: 73, 294, 535

Santiago: [581]

Teatros

Teatro: 121, [129], 186, 202, [230], 247, 272, [303], 320, 322, [404], [492], 493, [496], [547], 573, 593, 605, [634], 644

Apolo, Teatro: 121

Campos Elíseos, Teatro de los: 586

Capellanes, Teatro: 629

Comedia, Teatro de la: 586

Español, Teatro: 124, 410

-Saloncillo: 410

-Retratos: 410

Felipe, Teatro: 629

Lara, Teatro: 472

Novedades, Teatro: 74, 535

Polichinelas, [Teatro de]: 80-81, 97, 321

Príncipe Alfonso, Teatro: 586

Real, Teatro: 285, 475, 570, 586

-Bailes de máscaras: 572

-“La Redondilla”: 317-318

Reina Victoria, Teatro: 539

Romea, Teatro: 652

Variedades, Teatro: 181,

Zarzuela, Teatro de la: 586

Tipos, vendedores ambulantes, oficios, cargos y otras categorías sociales

Abaniqueras: 575

Abogacía: 425

Abogad[it]os: 475,

Abogado: 442

Abonados: 134, [238], 318, 321, 628-629, 631

Accionistas: 252-253

Aceitunero: 622

Actores: 126, 547, [497]

-Trágicos: 581,

Administradores: 497

Adolescentes: 391

Adúltera: 231, 491

Adultos: 145, 281, 311, 622, 647

Aeronautas de globos: 263

Afilador: 204, 624-625, 658

Agricultor: 205, 207

Aguadoras: 392, 575, 619

Aguadores: 619, 647, 664

Alabarderos, Cuerpo de: [198], 338, 344, [352]

Albañiles: 343, 596,

Alborotadores: 609

Alcaldes: [96], [117], 125, 463, 467, 641

-Teniente de Alcalde de barrio: 463

- Alcarraceros: 626
- Aldeanas: 101
- “Alfileteras”: 613,
- Almotacén: 501
- Alquiladores: 409
- Amantes: 301, 389, 455, 593, 597
- Amarradores: 507,
- Amas de cría: 461, 501, 664-665
- Amazona: 568
- Ancianos: 91, 479
- Anticuarios: [608]
- Archivero: 131,
- Areneros: 542
- Aristocracia: 202, 229, 273, 280, [282], 344, [404]
- Arquitectos: 115-116, 131, 148, [237], 238, [242], 243, 250, 264, 309, 328, 349, 429, 494, 564
- Artesanas: 382
- Artisanos: 501, 661,
- Artistas: 98, 127, 162, 180, 210, 213, 215, 285, 304, 384, 389, 391, 465, 486-487, 501, 553, 566, 568, 573, 582, 585, 587, 604, 617, 640, 641, 660
- Asfaltadores: 602, [608]
- Asilados: 393
- Astrónomos: 551, 247, 249,
- Autores: 82-83, 138, 286, 421, 547, 587,
- Autoridad(es): 85, 184-185, 215, 284-285, 468, 512, 609, 644
- Aviadores: 203, 280, 287, 288, 438, [474], 504-505, [536], 562
- Bailadoras: 486
- Bailarines: 439, 585
- Bailarinas: 118, 317-318, 439, 588
- Ballenatos: 175
- Banderillero: 339
- Bañero: 585
- Bañistas: 144, 179, 182, 397-398, 540, 614
- Barqueros: 303, [517-518]
- Barquilleros: 95, 598-599
- Bataneros: 625
- Beatas: 573, 591
- Bebedores de horchata: 394
- Biciclistas: 155, 239
- Bohemios: [198], 385, 640
- Bolchevique: 510, 512
- Bomberos: [170], 186, 327, 336, 347, 619
- Borrachos: 109, 627, 456, 470, [476], 487, [495], 548, 577, 584, 597, 615
- Botánicos: 100, 138, 142,
- Boticario: 618
- Botijeros: 625
- Bracero: 499
- Brigadieres: 484
- Broncistas: 660-661
- Buhoneros: 620, 624, 646
- Burguesas: 608
- Burgueses: 384, 477
- Pequeños burgueses: 477
- Caballerizo: 181, 278
- Caballeros: 60, 103-104, 112, 252, 260, 271, 282, 307, 316, 370, 394, 404, 438, 455, 461, 472, 474, 501, 531, 556, 561, 565, 570-571, 583, 588, 592, 607, 656, 666

- de cuello vuelto: 607
- de Pajarita: 607
- de Tirilla: 607
- Caballistas: 488
- Cacahueteros: [122], 622
- Cacheteros: 428
- Calabaceadoras: 313
- Calaveras: 198
- Callejeros: 611, 621
- Camareras: 390, 395, 480-481, 487
- Camareros: 466, 484, 493
- Cambalachero: 622
- Cambianta: 500
- Caminantes: 205, 621, 639
- Camiseros: 468
- Cancionistas: 401
- Canónigos: 73-74, 534
- Cantantes: 487,
 - callejeros: 604
- Cantareros: 625, 627
- Cañamoneros: 164
- Capataces: 654
- Capitalistas: 183, [576]
- Cargadores de pianos: 333
- Carniceros: 415, 429
- Carpinteros: 72
- Carreros: 509, 236
- Carreteros: 507
- Carrocistas: 286
- Casadas: 268, 497
- Caseros: 631,
- Casquero: 416
- Castañeras: 514, 529
- Castizos: 58, 106, 195, 427
- Cazadores: 71, 284, 377, [450]
- Celadores: 236, 252
- Centinelas: 187, 276-277
- Cerilleros: 613
- Cerrajeros: 324
- Cesantes: 240
- Ciclistas: 80, 155-156, [264],
- Ciegos: 90, 97, 138, 271, 322, 431-432, 457, 483, 604-606, 642-643, 655, 676
 - Copleiros: 606
- Cigarreras: [607]
- Ciudadanos: 68, 74, 183-184, 212, [288], 296, 396-397, 589-590, 603, 643, 647
- Clases pasivas: [479]
- Clientela: 499, 518, 616, 662
- Clientes: 392, 396, 450, 471, 481, 493, 516, 588, 611,
- Clero: 344
- Clérigos irlandeses: 329
- Clowns: 134, [562]
- Cobradores de tranvías: 75
- Cocineras: 200, [354], 416, 596, 598, 607, 617
- Cocineros: [414], 384-385,
- Cocheros: 62, 80-81, 85 92-93, 100, 102, 191, 202, 343, 345, 391, 405, 407, 440, 460, 493, 503, 506, 516, 575, 579-580, 651, 672
- Coleccionistas: 322, 613
- Colegiales: 151, 282, 343, 403
- Colegialas: 320, 537, [630]

- Comendador: [95], 342, 425
- Comendadora: 262, 268
- Comerciantes: 451, 508, 570, 610
- al Por Mayor: 508
 - del Rastro: 451
- Cómicos: 57, 74, 328, 493, 535,
- Comitiva: 102, 212, 320, 343, 345,
- Compañeras: 607, 614
- Compañeros: 102, 276, 328, 405, 496, 652
- Componedores de vías: 654, 663
- Compradores: 430-431, 451, 504, 656
- Concejales: 74, 237, 305, 337, 535, 560
- Concertistas de circo: 96
- Conciudadanos: 467
- Conductores: 433, 511, 542, 653-654
- de Camiones: 433
 - de Tranvías: 542
- Conferenciantes: 322, [483]
- Consumeros: 304
- Consumidores: 92, 432, 434, 595
- Convalecientes: 68, 147, 306, 324
- Copistas: 310
- Coristas: 119, 408, 636
- Croupier*: [105]
- Criadas: 131, 202, 396, [446], 533, 540, 591, 615, 624, 632
- Criados: 180, 271, 344, 385, 516, 544, 547
- Criminales: 554, 560
- Cristaleros: 499,
- Críticos: 82, 235, 547, 652
- Cronistas: 131, 241, 243, 407, 571, 587
- de Madrid: 131, 266
- de Salones: 571
- de Sociedad: 307, 344, 571
- Cuadrilla: 576
- Cultivador cortesano: 201
- Cupleteras: 401,
- Cupletistas: 413, 494,
- Curanderas: 141
- Curas: 74, 272, 373, 474, 648-649
- Escolapios: 74
 - de Pueblo: 648-649
- Curiosos: [414]
- Currutacos y petimetres: 132
- Cursis: 110, 537, [592], [676]
- Chalanes (Chalanería): 461
- Chamarileros: 483, 445, 450, 451-452
- Chatos: 536,
- Chauffeurs: 514, 578, 319
- Chicas: 591,
- Chicos: 89, 147, 164, 182, 191-192, 198, 201, 239, 294, 296, 306, 312, 316, 325, 356, 378-379, 394, 397, 430, 434, 458, 504, 510, [517], 538, 572, 584, 599, 600, [616], [626], 639, 647, 661-662
- Dibujos en tapias: 639
 - de Dulcerías: 600
 - Juegos de toros:
- Chinas: 592-593
- Chinos: 124, 453
- Chisperos: 285-286
- Chiquillería: 404, 583
- Chulas: [562-563], 608

- Chulos: [157], 371-372, 392, [557], 559, [566], 585, 650
- Churrera: 618
- Daguero: 660
- Damas: 101, [118], 122, 180-181, [211], 256, 282, 301, 412, 531, 586, 629, 282, 314, 384, 455, 464, 472-473, 570, 572, [629], 630
- Dandys: 101
- Decano: 425
- Dentistas: [170]
- Desamparados: 189
- Descamisados: 188
- Descarteladoras: 644
- Descarteladores: 643-645
- Desconocidas: 214, 630
- Desconocidos: 257, 259, [310], 423, [643]
- Descuartizadores: 416
- Diplomáticos: 123, 293, [310]
- Diputados: [344], 467, 491
- Directores: 207, 308, 370, 588, 605,
- Doctores: 77, 236-237, 248, 259, 308-310, 353, 373, 427, 464, 586, [643]
- Domésticas: 662
- Duelistas: 517,
- Dueñas: 386, 390-391, 414, 623-624,
- Dueños: 61, 63, 69, 82, 190, 202-203, 206, 213, 264-265, 325, [337], 376, 387-388, 400, 414-416, 419, 423, 430, 432, 436, 453, 466, 472, 477-478, 483, 487, 489, [494], 501, 515, 610, 619
- de Hotelitos: 202-203, 265
- Duques: 273-274, 297, 358
- Duquesas: 104, 233
- Economistas: 493
- Electorero: 216
- Electricistas: 564
- Elegantas: 81
- Elegantes: 81, 112, 121, 272, [456]. 461, 474, 592
- Embajadores: 175, 267, 301, 341, 418
- Emigrantes: [333], 663
- Empleados: 201, 231, 240, 387, 561, 629, 640
- del Ayuntamiento: 201
- de Correos: 231
- de Telégrafos: 629
- Empujadores: 512-513
- Encargados: 497
- Enfermos: 77, 83, 87, 113, 120, 127, 170, 208, 215, [324], 328-333, 422, 569, [631], 662-663
- Enterradores: 336
- Erudito: 425,
- Esclavos: 408
- Escritores: 82, 130, 132, 184, 250, 285, 330, 348, 385, 411, 436, 501, 540, 559, 614
- Políticos: 330
- Escultor: 73, 138, 148, 245, 285, 294, 295, 322, [389], 501
- Espadero: 660
- Espectadores: 58-59, 74, 155, 410, 496, 498, 534, 553, 566, 586, 637
- Especuladores: 337,
- Espigadoras: 644
- Esposas: 427, 434, 474, 540, 547, 551, 586, 593, 597, 608, 615
- Esposos: 443, 483, 593, 598,
- Estereros: 290, 581

Estudiantes: 141, 165, 258, 327, 382, 425, 539

-de Medicina: 327

Estudiantina: 197-198,

Excavadores [arqueólogos]: 269

Extranjeras: 656

Extranjeros: 72, 123, 127, 175, 286, 307, 351, 506, 585, [550], 581, 657,

Extremeños: 626, 636

Fabricantes de hielo: 433

Familias: 99, 106, 125, [114], 150, 163, 205-206, 237, 272, 320, 329, 341, 348, 408, 434, 451, 472, 474, 512, 561, 565, 596, 602, 623, 631, 639, 675,

Farmacéuticos: 142, [578], 141

Faroleros: [157], [255], 594,

Fieles: 215, 246

Filántropo: 161-162

Filipinas: 536, 593,

Flamencas: 371, 476, 481, 578

Flamencos: 485

Flaneador [paseante]: 277

Floristas: 479, 493

Foncarraleros: 618

Fontaneros: 667

Forasteros: [541], [554], [561], 588, 649

Fotógrafos: 63, 149, 210, 379, 397, 409, 412-413, [634]

Frailes: 75, 117, 203, 281-282, 408

Francesas: 62, 477, 656-657

Franceses: 247-248, 401, 477-478

Fruteros: 487

Fumadores: 613

Gaiteros: 388

Gallegas: 618

Ganaderos: 500

Generaciones: 128, 153, 346, 407, 425, 479

Genízaros: 108

Gente: 62, 113, 156, 159, 191, 200, 211, 216, 238-239, 252, 253, 289, 300, 303, 319, 324, 340, 372, 393, 405, 423, 429, 432, 451, 455, 476, 477, 480, 490, 504, 511, 536, 554, [557], 566, 570, 538, 543. 575, 578, 586-587, 590, 605, 614, 618, 658, 663, 670,

Gentes: 74, 76, 77, 87, 108, 118, 119, 123, 130, 148, 165, 184, 199, 205, 207, 214, 253, 267, 274, 288, 289, 307, 312-314, 330, 339, 373, 386, 389, 395, 400, 405-407, 412, 419, 439, 443, 450-451, 459, 476, 482, 488, 494, 505, 509-510, 512, 536, 538, 543, 546, 554, 564, 565, 567, 569, 582-583, 590, 596, 598, 601, 605, 606, 619, 634-635, 638, 642, 643-644, 651, 652, 658, 667

-de Barrio: 419, 569

Gimnastas: 135, [514], [607]

-del Trapecio: 135, [670]

Gitanas: 536

Gitanos: 94, [249], 575

Gobernadores: 253, 376, 467, 515

Gobernantes: 650

Golfos: 179, 182, 188, 319, 325, 576, 663

Gordos: 419, 433,

Grupos: 91, 123, 257, 320, 407, 413, 477, 518, 582

-de Amigos: 320

-de Familia: 320

-de Trabajadores: 582

Guardas: 167

- Guardagujas: 432
- Guardesas: 346,
- Guardias: 119, 258, 324, 596
- Civil: 168, 183, 234, 283, 343, [460], 474, 487, 511, 515, 536, 542
- Militares: 620
- Municipales: 200
- Hampa: 189
- Hermanas de la Caridad: [631]
- Herradores: 654
- Herrero: 660,
- Hidalgos: 104, 258, 260, 609, 657
- “Hierbabeneros”: 194
- Hilanderas: [630]
- Hijos: 107, 128, 142, 162, [175], 236, 254, 265, [307], 337, 401, [419], 450, 454, 464, [473], 478, 530, 551, 563, 611, 613, [614], 615, [647], 656
- Hojalatero: 464,
- Hombres de etiqueta: 607
- Homeópatas: 329-330
- Horchateros: 417, 585
- Horteras: [371], 405
- Hospicianos: 393
- Huelguistas: 343, 402, 471
- Huéspedes: 71, [281], 299, 325-326, 390, [408]
- Hueveros: 355
- Imagineros: 245
- Indígenas: 127, 147, 152, 234, 311, 635
- Industriales: 621
- Ingenieros: 176, 304, 434, 515, 654
- Inquilinos: 214, 550, 610
- Inventor: 625, 653
- Invitados: 583, 386, 499
- Isidras: 590
- Isidros: 590
- Jardineros: 162, 143, 166
- Jesuitas: 400
- Jornaleras: 629,
- Jovencitas: 118-119, 155, 533, 651
- Aristocráticas: 155
- Jovencitos: 281, 382, 397, 672-673
- Jóvenes: 119, [247], 257, 281, 327, 382, 385, 479, 501, 568
- Joyeros: 451
- Jugadores: [112], 244, 407, 582, 598, 650
- Jubilados: 406, 474, 590
- Jurado: 442
- de pintura: 482
- Labrador: 205, 634, [648],
- Labriego: 196, 644, 648,
- Lacayos: 72, 384, 423, 508
- Ladrona: [616],
- Ladrones: 64, 97, 117, 157, 254, 293, 315-316, 337, 451, 501, 514, 566, 604, 610, [611]
- Lapidarios: 454
- Lavanderas: 171, 179, 290, 614-616
- Arrendadoras o Propietarias: 615
- “Golondrinas”: 615
- Lecheros: 633, 661-662
- Angarilla /percha de garrafas: 662
- Lechuginos: 101
- Libreros: 82, 83, 266, 425
- de Viejo: 399

- Limpiabotas: 462, 471, 475, 494, 588-589
- Maceros: 102, 185, 540,
- Madres [Mamás]: 401, 418, 431, [585], 612
- Madrileñistas: 423
- Madrileños: 78, 175, 569, 571, 647
- Magistrados: [647], 651
- Majas: 119, 389, 396
- Manchegas: 618
- Mangueros: 170
- Mantilleras: 413
- Maridos: 272, 591, 598,
- Marinero: 160, 371, 375, 495, [539], 643
- Marqués: 272, 385, [432], 517
- Masonería: 647
- Masones: 329
- Matarifes: 416
- Maquinistas: 654
- Mayordomos: 589
- Médicos: 207, 326-327, 329-330, 394, 493, 503, 557, 595, 669
- Alópatas: 330
 - Antiguos: 557
 - Homeópatas: 330
 - de Policlínica: 326
 - Provincianos: 83
 - de Pueblo: 503
- Meloneros: 621, 623, 383, 397
- Mendigos: 133, 204, 235, 284, [608]
- Militares: 102, 339, 535,
- Húsares de Pavía: 336
- Minadores: 514
- Ministros: 268, 628, 651,
- Miserables: 189, 194, 253, 349
- Modistas: 597, 479
- Modistillas: 161
- Mojameros: 594-595
- Monagos: 541
- Monjas: 267, 282, 333, [334], 377, 408, 670,
- Moradores: 66, 185, 200, 347, 563, 610-611
- Moros: 71, 77, 195, 295, 328, 401, 447, 557, 646
- Mozas: 81, 391, 607
- de Aguaduchos: 391
- Mozos: [307], 324, 333, 446, 508, 516, 582, 616, 631
- de Café: 582
 - de Cochera: 516
 - de Cuerda: 446, 631
 - de las Salas: 324
- Muchachas: 164, 210, 479, 517, 619, 623, 636
- de la Noche: 517
- Muchachos: 259, 618, 636, 673
- Muchedumbre: 59, 214-215, 406, 512, 542, 575, 596,
- Mujer: 75, 94, 161, 181, 192, 214, 236, [244], [252], 256, 263, 294, 306, 318, 337, 352, 378, 387, 391, 406, 409, 422, 443, 453, 458, 460, [465], 470, 472, 486, 492, 498, 551-552, 558, 559, 573, 577, 580, 592, 596-597, 600, 629, 637-639, [644], 646, 665-666, 676
- Mujeres: 85-86, 94, 112, 120, 122, 134, [139], 141, 153, 155, 184, 189-190, 192-193, 208, 213, 216, 231, 233, 241, 252-253, 292, [309], 319, 341, 371, 392, 395-396, 409, 412-413, 423, 438, 457, 460, 464, 475-477, 480, 483-

487, 492, 498, 509, 542, 553, 559, 563, 581,
595, 598, 607, 613, 630-631, 635, 637-638

Mulateros: 267

Municipales: 285, 603

Músicos: 160, 236, [439], 483

-de Bautizo: 160

-de "Chotis": 236

-[de Jazz-Band]: 606

-de Ocarina: 657-658

-de "Pasodobles": 236

Naturalistas: 612

Negros: [575]

Niñas: 613, [673], 100, 105, 162, 174, 191,
272, 290, 318, 320, [371], 377, 457, [463],
552, 556, 565, 598, 600, 655, 672

Niños: 59, 70, 72, 75, 78, 82, 88-89, 95-97,
103, 105, 112, 116, 122, 135, [136], 143, 147,
[148], 149, [150], 158, 161-165, 169, 182-183,
186, 191-192, 195, 196, 207, [208], 212, 229,
234, 236, 247, 265, 274, 281, 289-290, 296,
302, 307, 310, 321, 329, [334], 335, 343, 347,
[371], [372], 385, 387, 391, 393-394, [396],
405, 406, 431, 437, 446, 448, [453], 459,
[460], [464], 475, 484, 486, 495, 498-499, 511,
547, 549-550, 552, 560, 563, [566], 570, 578,
[583], 595, 598-599, 609, 624-625 [626], 669

Novelistas: 587

Novilleros: 146, 277, 577

Novios: 76, 81, 85, 192, 488, 533, 603, 623

Obispos: 282, [314], 642,

Obreros: 116, 122, 434, 556, 596

Ociosos: 394

Oficiales de Correos: 256

Operador [de cinematógrafo]: 564

Operarias: 382

Operarios: 134, 255, 379, 427, 504, 653

Ópticos: 448, [453]

Oradores: 191, 400, 658

Orfeones: 431, 576

Padres: 91, 202, 272, 233, 254, 258, 265-266,
[306], 330, 338, 380, 394, 401, 416, 430, 443,
454, 474, 547, 600, 611, 675,

Palafreneros: 81

Paletos: 60, 123, 128, 277, 307, 403, 506,
535, 583, 639, 641, 666

Paleta: 378, 535

Panaderos: 376, 557, 601,

Parejas: 85, 122, 134, 146, 167, 208, 286,
313, 472, 497-498, 516, 530, 579, 585, 606,

-de Enamorados: 286

Parroquia: 260, 487, 570,

Parroquianos: 285, 376, 383, 391-392, 397,
433, 466, 595

Paseantes: 236, 403, 653

Patinadoras: [607]

Patronas: 294, 390, 423

Patrón: 328

Patronos: 268, 535, 568

Partiquinos: 408

Paseante: 236, [288], [403]

-en Corte: 653

Pastores: 608, 666

Payasos: 463, 576

Peatones: 79, 302, 305, 655

Pedigüños: 391

Pelanduscas: 578

Peluqueros: [151], 285, 458

- Pensionistas: 580, 591,
 Periodistas: 493, 629
 Perito químico: [661]
 Peritos calígrafos: 188
 Personas mayores: 190
 Pertigueros: 74, 35,
 “Pescador” de peroles: 199-200
 Pianistas: 483
 Picadores: 94, 577
 Picapedreros: 238, 412, 656,
 Pícaros: 261, 301, 418-419
 Pilluelos: 517
 Pintor de siluetas: 208
 Pintores: 66, 208, 234, 306, 309, 314, 323,
 342-343, 379, 574, 640-641
 -de Alegorías: 544
 -Paisajistas: 640
 -de Techos de Café: 265
 Planchadoras: 423, 470, 495, 607-608, 650
 -a Brazo: 470
 -Cestos de las: 423, 650,
 -Planchado mecánico: 470
 Plateros: 99, 128, 130, 500-501, 542,
 Población: 71, 147, 167, 241, 258, 270, 346,
 349, 435, 463, 508, 590, 619, 645
 Pobres: 104, 194, 244, 258, 268, 290, 328-
 329, [343], 344, 349, 412, 424, [427], 432,
 474, 476, 536, 596, 618, 657
 -de los Caminos: 642
 -de Cementerio: 344
 -de Limosna: 412, 432
 Poetas: 102, 173, 175, 202, 213, 235, 350,
 587, 659,
 Políticos: 77, 102, 117, 234, 285, [309], 317,
 337, 384, 491, 542, 605, 629
 Pollo: 531, 643 584, 594, 596, 610, 633, 662,
 Portereros: 190, 253, 277-278, 333, 344, 600,
 602, 631-632, 647-648,
 -de Casino: 344
 -de Centro oficial: 344
 Posadera: 386
 Postillón: 190
 Pregoneras: 619
 Pregoneros: 621, 623-624
 Presbíteros: 590
 Presos: [425]
 Prestidigitadores: 552, 619, 650, 658
 Príncipes / Princesas: [633], 272,
 -“Príncipes de Asturias”: [343]
 Profesores: 207, 232, 236, 293, 312, 400, 425
 Proletariado: 583
 Propietarios: 270, 615
 Prostitutas [prostitución]: 638-640
 -“Treintarrealeras”: 283
 Provincianos: 123, 480, 569
 Público: 70, 106, 128-129, 131, 150, 153, 161,
 186, 191, 205, 234, 238, 263, 270, 274, 303-
 305, 309, 319-320, 374, 378, 382-383, 394-
 395, 398, 404, 414, 429, 471, 475-477, 504,
 505, 512, 515, 539, 552, 556-557, 559, 562,
 565, 568, 571, 573-577, 580, 586-588, 606,
 607, 634, 637, 640-641, 652, 666, 669
 Ranchero [de cuartel]: 392
 Rateros: 87, 372

- Recaderas: 210
 Refresqueros ambulantes: 393
 Regidores: 184, 299
 Relojero: 240, 453
 Remeros: 160, [169]
 Repartidor: 661
 -de Leche: 661
 Reposteros: 412
 Repujadores: 501
 Restauradores: 309, 371
 Retirados: 479
 Revisteras: 636-637,
 Revisteros: 579
 Ricos: 185, 257, 439, 442, 500, 592, 599, [612]
 Ropavejeros: 450
 Sacamuelas: 97, 162, 442, 505, 617
 Sacristanes: 324
 Saineteros: 286,
 Salvajes: [163], 311
 Sargentos: 484-485
 Sastres: 403, 612
 Sembrador: 201, 605
 Seminaristas: 142, 556, 565, 663
 Senador: 497
 Señoras: 66, 68, 93, [105], 180, 197, 216,
 [323], 268, 281, 319, 386-387, 395, 405, 411,
 445, 453, 483, 493, 497, 501, [511], 531, [544],
 572, 575, [578], 583, 591, 608, 610, 670
 Señores: 60, 80, 95, 102-104, 122, 165, [180],
 213-214, 232, 256, 260, 271, 277, 344, 353,
 370, 416, 420, 423, [425], 432, 466-467, 479,
 488-490, 516, 544, 564, 575, [578], 584, 604,
 609, 615, 629, 662, 670
 Señoritas: [79], 101, 119, 183, 201-202, 265,
 334, 339, 392, 475, 529-530, 538, 554, 556,
 [558], 560-561, 565, 580, 590, 592-593, 602,
 604, [630], 637, 639, [676], 651
 -Fácil: 639
 Señoritos: 122, 153, 416, 480, 556, 580, 588-
 589, 592, 613
 Señoronas: 282, 392
 Señorones: 282
 Serenos: 65, 130-131, 190, 569, 608-611, 674
 -de Capitales: 608
 -de Madrid: 609
 -de Provincias: 608
 Sesteadores: 156-157
 Sindicalistas: 444,
 Snobs: 419
 Sociedad madrileña, buena / alta: 68, 241,
 423
 Soldados: 129, 187-189, 276, 373, 400-401,
 420, 441, 535, [585]
 -de Guardia: 188, 276
 Sordomudos: 317, 628
 Sorche: 639
 Suicidas: 62, [77], 146, 161, 168, 177, [441],
 [478], [554], [555], [560], 596, [654]
 Taquígrafos: 499
 Telefonistas: 135, 628-630
 Telegrafistas: 255
 Telégrafos [empleados]: 629
 Tenderos: 62, 136,
 Terrazistas: 494
 Tinajeros: 625, 627
 "Tónicos": 101

Toreros: 339, 493, [504], 576, 578

Trabajadoras: 382, 539

Trabajadores: 80, 165, 324, 509, 539, 582

[Tragafuegos]: 663-664

Trajinantes: 622

Trajineros: 156,

Transeúntes: 57, 60, 88, 115, 126, 176, 186, 205, 246, [253], 286-287, 302, 382, 384, 397, 403, 417, 426, 432, 426, 431-432, 564, 584, 604, 613, 636, 642, 652, 654-655, 656, 670, [671], 676

Traperas: 431

-*La Borracha*: 431

Traperos: 431, 645

Tropas: 198

Trotacalles: 676

Trovadores: 623

Turista: [164], 277, 473

Turroneros: 339

Usurero: 253

Vagabundos: 143, 189, 325, 666

-Literarios: 82

Vagos: 395, 583

Vecindad(es): 69, 91, 110, 191-192, 255, 274, 323, 329, 427, 475, 479, 491, 493, 556, 565-566, 603, 633

Vecindario: 403

Vecinas: 91

Vecinos: 186, 205, 254, 458, 547, 600, 609, 611

Vendedores/as: 88, 129, 195, 295, 430, 445, 451, 575, 588, 569, 611-613, 617-618, 621-623, 656

-de Andén: 407

-de Alfileres: 611-613

-de Almanagues: 650

-de Barajas: 650

-de "Berlengots": 458

-de Cacahuetes: 601

-Callejeros: 617, 621

-de Carbón: 618

-de Cerillas: 611, 613

-de Conejos: 622

-de Cosillas: 620

-de Cuadernitos: 424

-de Cuadros: 482, 640

-de Décimos: 600, 611

-de "Estrechos": 529

-de Grillos: 624

-de Mojama: 595

-del Monte: 500

-de Perdices: 622, 62

-de Periódicos: 476, 489,

-de Pipas de caramelo: 458

-de Postales: 277

-de Rosas: 618-619

-de Tinta: 602

-de Toquillas: 454

-de Zaleas: 618

Veraneantes: 61, 179

Viajeros: 62, [85], [115], [164], 175, 305, 310, 325, 402-403, 472, 497, 500, 511, [578]

-Extranjeros: 500

-de Tercera: 326

Viejas: 88, 94, 99, 107, 110, 143, 154, 191, 290, 333, 372, [408], 533, 580, 591-592, 608

Viejos: 77, 82, 162, [166], 231, [263], 266, 272, 281, 315, [316], 317, 343, 347, 353, 385, 391, 394, 474, [476], 479, 484, 517, [551], 558, 580, 609, 638, 662

-Estropeados: 394

Violinistas: 483

Visitante: 310

Viudas: 142, 300, [344], 387, 479, 497, 91-592, 615

Viudos: 497, 584,

Xilofonistas: [96], 390, 478

Zapadores: 92, 514,

Zapateros: 403, 486, [578], [654], 670, 676

-de Portal: 486

Vehículos

Aeroplanos: [264], [340], [379], 504-505, 517, 562, 587, 670

Américas: 89

Armón de Artillería: 606

Automóviles: 68, 86, 92, 191, 197, 199, 256, 282, 286, 319, 355, 402-403, 451, 502, 514, [517], 562, 564, 578, 606, 204

-de Hotel: 92

Barcos: [100], [105], 158, 160, 203, [204], [209], [214], [230], [265], 347, [495], [502], [513], 573, [633], 634, 635

Bastardas: 89

Berlinas: 62, 78, 89, 384, 502

Bicicletas: 502, [625]

Birlochos: 89

Bombés: 89

Brecgs: 89

Brosquens: 89

Brughams: 440

Buques: [69], 116, 160, [545]

Cabriolés: 89

Calesas: 89, 503

Camiones: 508, 513-516, 538

Carreta: 204, 286, [342], 514

-de Bueyes: 204, 286, 507, 514

Carretelas: 81, 89

Carricoche: 625, 634

Carritos: 140, 170, 203, 353, 393, 444, 634

-Anunciadores: 458

-de Mudanza: 444

-de Refrescos: 393

Carromatos: 606,

Carros: 61, 94, 99, 204-205, 267, 305, 342, 405, 430, 441, 444, 505-507, 509, 513, 539, 571, 589, 618

-de "Agua para los hospitales": 170

-del Asfalto: 667

-de la Basura: 97, 431

-de Bueyes: 204, 505, 576, 602, 627

-con Cal: 94

-de Carbón: 538

-de la Carne: 356, 606,

-de los Cerdos muertos: 452

-de Escombros: 89

-de Gaseosas: 436

-de Mulas: 204

- Regimentales: 92
- Romanos: 509
- con Sifones: 92
- de las Vistas: 401, 634-635
- Carrozas: 102, 181, 212, 271, 277, 281, 343-344, 538-539, 627**
 - a la d'Aumont: 341
 - de Carnaval: 80, 102, 505
 - del Corpus: 341
 - Ducal: 344
 - de Estufa: 344
 - Fúnebres: 212, [351]
 - Gótica: 341
- Carruajes: 277, 568**
- Coches: 68, 81, 88, 93, 97-98, 100, [103], 108, 122, 151, 175, 178, 180, 191, 199, 212, 241, 256, 272, 277, 287, 305, 319, [342], 343, 346, 352-353, 391, 405, 440, 444, 473, 493, 502, 511, 516, 558-559, 575, 578, 580, 606, 610, 672**
 - de Caballos: 342, 405, 516-517, 580
 - de Cabritas: 96, 105
 - de Camino: 89
 - de Ciudad: 89
 - de Correos: 231, 239
 - de Estación: 92
 - Estufa: 256
 - de Ferrocarril: 91, 343, 563
 - Fúnebres: 80-81, [334], [342], 343-344, 351
 - de Niños "Recreo de la infancia": 97
 - "de París": 344, 508
 - de Punto: 61
 - de reparto de Periódicos: 92, 503
- del Rey: 303
- Simones: 62, 102, 516-517, 407, 550, 579
 - de Dos caballos: 516-517
- Cupés: 89**
- Chartaumberts: 89**
- Diligencias: 267, [624], 649**
- Faetones: 89**
- Funicular: [277]**
- Furgones: 61, 89**
- Galeras: 89**
- Góndolas: 89, [539]**
- Landós: 89, 342, 440, 503, [516]**
 - de los Duelos: 517
- Locomotora (locomóvil) "Castilla": 515, 567**
- Máquinas apisonadoras: 92, 293, 659**
- Metro / Metropolitano: 356-357**
 - Estación del: 256, 354
- Milords: 440**
- Motocicletas: 502, 517-518, 582, [625], 662**
 - Barcas [transportín]: 517-518
 - Klaxon: 517
- Motos: 517-518**
- Ómnibus: 182**
- Piróscafo: [204]**
- "Pitters": 272**
- Rippers: 277**
- Tartanas: 89, 96, 196**
- Tílburis: 89, 199, 444, 503**
- Tranvías: 64, 75, 123, 129-130, 151, 185, 195-197, 202, 204, 208, 215, 216, [234], 245, 250, 256, 277, 285, 293, 320, 336, 346-347, 356, 388, 399, 436, 488, 405-406, 432, 471, 489,**

506, 511-513, 517, 536, 542, 554-555, 564,
578, 588, 590, 596, 606, 630, 639, 653-654,
670-673

-Carteles esmaltados: 512

-Cobradores: 75

-Conductores: 542

-de Leganés: 280

-de Mulas: 513

-Placa esmaltada: 513

-del Puente de la Princesa: 428

Trasatlántico: [69], [122], [204], [230], [243],
[332]

Trenes: 65, 87, 111, 121, 163-164, 197, 286,
288-289, 304, 333, 399, 403, 434, [439], [456],
[470], 472, 474, 497, [511], 530, 535,
545, 567, 624, 651, 665-666, [676]

-Carreta: 342

-Mixto: 342

Sillas de posta: 89

Yoismo²: 57, 64-65, 99, 118, 131, 136-137,
164-165, 179, 216, 250, 274, 277, 288-289,
290, 310, 318, 321, 322, 332, 335, 348, 354,
371, 375, 382, 387, 400, 410-411, 420, 435,
437, 441, 473, 494, 495, 497, 498, 512-513,
545, 550, 534, 563, 566, 575, 612, 625, 652,
658, 667, 668-669, 670, 671, 672, 673, 674-
677

Índice onomástico y de personajes

A

- Abelardo y Eloísa: 341, 605
- Adán: 418
- Adaro Magro, Eduardo: 251
- Alarcón, Pedro Antonio de: 385
- Albuquerque, duque de: 500
- Alfonso VI. Rey de León. Galicia. Castilla: 420, 422
- Alfonso XII. Rey de España: 231
- Monumento ecuestre: 231
- Alfonso XIII. Rey de España: 388
- Alfonso y Casanovas, Luis: 350
- Álvarez, Manuel: 297
- Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando.
Gran Duque de Alba: 274, 500
- Los Amantes de Teruel: 605
- Amberriño, Carlos: 328
- Anselmi, Giuseppe: 292
- Antillón, Isidoro: 247
- Antonelli, Juan Bautista: 176
- Aragón-Córdoba-Cardona y Fernández de Córdoba, Pascual: 267

Argüelles Álvarez, Agustín José: 233
 Asenjo Barbieri, Francisco: 285
 Arbós, Fernando: 349
 Augusto: 99
 Aulnoy, Marie-Catherine le Jumelle de Barneville, baronesa d': 180
 -*Viaje por España*: 180
 Avellaneda, Isabel de: 268
 Azcárate y Menéndez, Gumersindo: 493
 Azorín, José Martínez Ruiz: 66, 77, 282

B

Bagaría, Luis: 273, 309
 Barba Azul: 309
 Barbey d'Aurevilly, Jules: 149
 Bartolo: 569
 Bazán y Guzmán, Álvaro de. I marqués de Santa Cruz: 125-126
 Beauvoir, Roger de: 132
 -*La Porte du Soleil*: 132
 Beby: 568
 Becerra, Gaspar: 73
 -*La Soledad*: 73
 Bell, Alexandre Graham: 628
 Bellegarde, duque de: 181
 Benavente, Jacinto: 321
 Bergamín, José: 254,
 Bergamín, Rafael: 242, 254
 Berlé, Sistema: 428

Bermúdez. Diego Bermúdez Cala. Diego "El Teazas" (¿?): 485
 Bernhardt, Sarah: 244
 Beruete y Moret, Aureliano de: 308
 Berruguete, Alonso: 297
 Bessemer, Henry: 248
 -Acero: 242
 Beethoven, Ludwig van: 587
 -*Novena Sinfonía*: 587
 Beyle, Henri. Véase Stendhal:
 Bois, Jules [¿Henri Antoine Jules-Bois?]: 132
 Bolonia, Juan de: 129
 Borbón y Borbón, Isabel, La Chata. Infanta de España: 285
 Borbón y Braganza, Sebastián Gabriel de. Infante de España y Portugal: 233
 Borodin, Aleksandr: 514
 El Botones: 576
 Botticelli, Sandro: 118
 -*Alegoría de la Primavera*: 118
 Bretón, Tomás: 285, 353
 Bretón de los Herreros, Manuel: 174, 629
 Brummell, George Bryan:
 Burell, Julio: 482
 -"Jesucristo en Fornos": 482
 Burgos, Carmen de. *Colombine*: 113-115

C

Cadalso, José: 174

-*A las ninfas del Manzanares...*: 174
 Calderón de la Barca, Pedro: 102
 Calomarde, Francisco Tadeo: 274
 Calleja, Rafael: 131
 Campoamor, Ramón de: 288
 Campo y Zabaleta, Conrado del: 353
 Canalejas, José: 447
 Canseco, Antonio: 124, 273
 -Reloj de: 124, 273
 Cantero y de la Cueva, don Bernardo: 394
 Capitán Centellas. Véase Gabaldón, Luis
 Caravia, Pedro: 501
 Carducho, Vicente: 310
 Carlos II. Rey de España: 267
 Carlos III. Rey de España: 72, 177, 247, 251, 308, 394
 -Orden de: 394
 Carlos IV. Rey de España: 279
 Carlos V. Rey de España: 72, [274], 307, 385
 Carlos IX. Rey de Francia: 181
 Carlos de Habsburgo. Archiduque Carlos: 274
 Caruso, Enrico: 292
 Carrancá: 501
 Casero, Antonio: 285
 Castrovido Sanz, Roberto: 493
 Castro y Serrano, José: 385
 Católicos, Reyes: 132
 Cavanilles, Antonio José de: 165
 Cavia, Mariano de: 482
 Centellas: 126
 Cervantes, Miguel de: 58, 171, 258, 385

-La Casa de Cervantes: 258
 -*La Gitanilla*: 171
 Cibeles: 89, 231, 556, 571
 El Cid Campeador: 276, 606
 Circe: 158,
 Cléo de Merode: 573
 Clemente X. Emilio Bonaventura Altieri: 267
 Colmena: 501
 Colón, Cristóbal:
 Concha "la Carbonera". Concepción Rodríguez García: 485
 Coroliano, Fausto: 491
 Crispulo: 163
 Cristo: 282, 454, 457, 482, 575
 Cruz, Ramón de la: 285
 Cuesta, Fernández: 251
 Cueva, Beltrán de la: 304
 Charlot: 562, 565, 574, 576-578
 La Chelito, Consuelo Portela: 371
 Chueca, Federico: 285

D

Dafne: 143
 Daoiz, Luis: 102, 473,
 Deveria, Eugène: 546
 Dickens, Charles: 67, 559,
 Dolores "La Parrala". Dolores Parrales Moreno: 485

Domínguez Borrell, Antonia María Micaela. I duquesa de la Torre: 233

Donatello: 389

Don Juan: 126, 537,

Doré, Gustave: 396, 613, 627,

Doublé: 477

Ducazal, José María: 352,

Dulce: 410-411, 460

Dulcinea: 639

Dumas, Alejandro: 159, 175

Durero: 440

Dyck, Anton van: 310

E

Edison, Thomas Alva: 401

Elías Vallejo, Francisco: 285,

Eloísa y Abelardo: 341, 605, [606]

Enrique IV. Rey de Castilla: 304

Enrique IV. Rey de Francia: 181

Érard, Sébastien: 483

Espalter, Joaquín: 99

-[Retrato de Pablo Martínez y su familia]: 99

Espartero [torero]: 439

Esteso, Luis: 467, 556, 565, 566

Esteso, Luisita: 565

Eugenia de Montijo. Emperatriz de Francia: 271-272, 275,

Eva: 418

F

Fanconi, Pedro: 493

Fantin-Latour, Henry: 574

Felipe II. Rey de España: 71-72, 127, 176, 302

Felipe III. Rey de España: 111, 127, 590,

Felipe IV. Rey de España: 128, 158, 268, 297, 328, 570-571

-Estatua ecuestre de: 570

Felipe V. Rey de España [Duque de Anjou]: 235, 274

Fernández y González, Manuel: 385

Fernández de Moratín, Leandro: 58, 500, 629

Fernández de los Ríos, Ángel: 130, 133, 251

Fernando VII. Rey de España: 154, 175, 293, 297, 304, 308,

Fíguro. Mariano José de Larra: 99, 102, 112-115, 240, 420, 482

-Bastón de: 112-113

Figuerola Ballester, Laureano: 493

Fitz-James Stuart, Jacobo. III duque de Liria: 273

Fitz-James Stuart y Falcó, Hernando. XI conde de Montijo: 274

Fitz-James Stuart y Falcó, Jacobo. XVII duque de Alba de Tormes:

Fitz-James Stuart y Falcó Portocarrero y Osorio, Sol: 274

Fitz-James Stuart, James. I duque de Berwick: 274

Flamier: 515

Flammarion, Nicolás Camille: 266

Flores, Antonio: 618
 Flórez Urdapilleta, Antonio: 258
 Floridablanca, conde de: 247
 La Fornarina. Consuelo Vello Cano: 171
 Forner, Juan Pablo: 173
 -Esta es la villa, Coridón, famosa: 173
 Forteza, Francisco. Obispo electo de Zaragoza: 267
 "Fosforito". Francisco LLeMa Ullet. Fosforito o Fosforito el Viejo (¿?): 485
 Franconetti y Aguilar, Silverio: 485
 Fraud, Jiménez: 259
 Frediani, [Willy]: 568

G

Gabaldón, Luis: 406
 Gaetano, Camilo: 328
 Galán, Antonio: 501
 Galindo, Beatriz. La Latina: 328
 García del Castillo, J.: 501
 Gasset y Artime, Eduardo: 67
 Gavarni, Paul: 546
 Gaztambide, Joaquín: 586, 347,352-353
 La Geraldine: 573
 La Gioconda: [241]
 Godoy, Manuel:
 Góngora y Argote, Luis de: 171, 300,
 -A la puente segoviana...: 171
 González, fray Diego Tadeo: 173-174

-Llanto de Delio y Profecía de Manzanares: 173
 Gonzalo García, Eloy. Héroe de Cascorro: 441
 Gorki, Máximo: 325
 Goya y Lucientes, Francisco de: 60, 125, 275, 310, 389
 -La maja [desnuda o vestida]: [119], [389]
 -La Tirana: [389]
 Grases y Riera, José: 242
 El Greco. Doménikos Theotokópoulos: 315-316,
 -Retrato de un "desconocido": 315-317
 Gulliver: [287]
 Guerra Junqueiro, Abílio Manuel: 622
 Gutiérrez, Francisco: 297
 Gutiérrez Solana, José: 133, 314,

H

Hahnemann, Samuel: 330
 Halley, Edmund: 575
 -Cometa: 575
 [¿Hereich?]: 257
 Hermano Melitón: 396
 Heros de las Bárcenas, Martín de los: 233
 Herrera, Juan de: 298
 Herrero, Polonia. *La Cibeles*: 565
 Herschel, William: 247
 -Telescopio: 247
 Hidalgo de Caviedes, Hipólito: 501

Hinojosa Cobacho, José María. José María el Tempranillo: 92

Hipócrates de Cos: 329

Homero: 396

Huertas y González del Campillo, Francisco: 113

Hugo, Víctor: 175

I

Doña Inés: 126, 341, [446]

Isabel II. Reina de España: 111, 210, 285 251, 353, 420, 577

Isabel de Valois. Reina de España: 73

Isidro, San: 73, 121, 62, 206, 262, 292, 294, 305, 420, 500, 529, 533, 534, 535, [648]

Iván de Vargas: 535

J

Don Juan: 126, 537

Jenasky, B. S.: 510

-*“El alegre bolcheviki”*: 510

Jesucristo: [482], 605

Jesús, Ana María de. Priora: 267

Jiménez, Juan Ramón: 257

Job: [142]

Jordán, Lucas [Luca Giordano]: 73, 269, 310,

-*Arcángel San Rafael que guía a Tobías*: 269

Juan II. Rey de Castilla: 176

Juan Breva “el Canario”. Antonio Ortega Escalona: 485

Juanito: 320, 562

Julia: 99

Julio-Antonio: 281-282, 345, 350

-*Faro espiritual*: 281

K

Kardec, Allan: 330

L

Lagartijo. Rafael Molia Sánchez: 493

Lage de Volude, marquise de: 180

Lamadrid, Teodora: 547

Lancre, Pierre: 181

-*Cuadro de la inconstancia y la inestabilidad de todas las cosas*: 181

Lanza, Silverio. Seudónimo de Juan Bautista Amorós: 375, 586

Larios, marqués de: 251

Larra, Mariano José de. *Véase Fígaro*.

Larra y Cerezo, Ángel de: 113

Lázaro: 329

León Pinelo, Antonio de: 157

Leteo: 158
 López González, Ricardo: 447
 López Rubio, José: 501
 Loubet, Émile: 125,
 Lucano, Marco Anneo: 171
 Luis XIII. Rey de Francia: 181
 Luis XVI. Rey de Francia: 180
 Luque, Francisco Javier: 258
 Llapisera. Rafael Dutrús Zamora: 574, 576-578

M

Madrazo, Federico de: 233, 411
 Madrazo, José de: 233
 Madrazo, Pedro de: 233
 Maese Hazan [Gonzalo Fernández]:
 Marañón, Gregorio: 331-332
 Marco: 259
 -[logotipo] de la Residencia: 259
 Margarita de Austria. Reina de España: 128
 María Isabel de Braganza. Reina de España: 308
 Doña Mariquita: 411-412
 -retrato por Madrazo: 411
 “La Marizápalos”: 128
 Martínez, Narciso: 73
 Martínez, Pablo: 99
 Martínez, Paulina: 99
 Martínez Serrano, Nicolás: 268

Mascareñas, Leonor: 72
 Matías López: 195,
 Matossi, Francisco: 493
 Mazzantini, Luis: 633
 Mefistófeles: 254
 Meissonier, Jean-Louis-Ernest: 162
 Mélida y Alinari, Enrique: 313
 Mena: 505
 Mena, Juan Pascual de: 73
 Mena, Pedro de: 505
 -*San Francisco*: 505
 Menéndez Pidal, Ramón: 258
 Mengs, Rafael: 73
 Mercurio: 607
 Merino, Antonio: 492
 Mesía del Barco y Garro, José María. duque de Tamames: 274
 Mesías: 302
 Minuto. Enrique Vargas González: 581
 Miseria, José de la: 267
 El Mochuelo. Antonio Pozo Millán o Antonio Pozo Rodríguez: 488
 Monterrey, VI conde de: 104
 Mora: 73
 Moret y Prendergast, Segismundo: 493

N

Napoleón Bonaparte: 175, [459]
 Napoleón Bonaparte, José: 304

Napoleón III: 273
 Nerón: [578]
 Nieto, Anselmo Miguel: 480
 Noé: 61, 71, 544, 574
 -Arca de: 71, [574]

O

Olózoga, Salustiano: 491
 Orgaz, [los]: 501
 Ors, Eugenio d': 257
 Ortega y Rubio, [Juan]: 213
 Ortego, Francisco: 189
 -Caricaturas: 180
 Osiris: 154,
 Ossorio Bernard, Manuel: 130

P

Pablo y Virginia: 605
 Paistry, señor de: 181
 Palacio, Manuel del: 133, 385,
 Palomino: 501
 Pantoja de la Cruz, Juan: 310
 El Papa: [188]
 Paris, Juicio de: 480
 Paz de Silveira, Jorge de. Barón de San
 Quintín de Monte Agrazo: 267

Pedregal y Cañedo, Manuel: 493
 Peral y Caballero, Isaac: 350
 Pérez Galdós, Benito: 350
 Pérez de Vargas, [Mercedes]: 573
 Periquito: 320
 Pierrot: 538
 Pilarcita: 320
 Pino, Rosario: 391
 Piquer Duart, José: 285
 Poe, Edgard Allan: 184, 627
 -*El barril de amontillado*: 627
 -*El pozo y el péndulo*: 184
 Ponson du Terrail, Pierre Alexis, vizconde de:
 313
 Prado, Loreto: 565

Q

Quevedo, Francisco de: 58, 102, 111, 172-
 173, 376, 579
 -*A la huerta del Duque de Lerma...*: 111
 -*Describe el río Manzanares cuando
 concurren...*:
 -*Descubre Manzanares secretos...*: 172
 -*Después que me vi en Madrid...*: 173
 Don Quijote y Sancho(s): 540, 578, 579, 609,
 615, 626
 Quiroga, José María: 501

R

Ramírez, Fr. Diego: 268
 Ramón y Cajal, Santiago: 493
 -*Cháchara de café*: 493
 Ramsés I: 294
 "Ratas": 636
 Raymond: 162
 Rello, Guillermo: 501
 Renoir, Pierre-Auguste: 574
 Reyes, Alfonso: 212
 Ribera, Pedro de: 235
 Rizi [Ricci] de Guevara, Francisco: 73
 Robbia, Luca della: 389
 Rodríguez, Ventura: 273, 278, 297
 Rodríguez Chaves, Ángel: 174
 Rojas Clemente, Simón de: 138
 Romanones, conde de. Álvaro de Figueroa y Torres: 258,
 Romea, Julián: 547,
 Romeo y Julieta: 539
 Romero Calvet, Rafael: 231
 Ron, Juan: 294
 -*San Fernando*:
 -*San Isidro*: 294
 -*Santa María de la Cabeza*: 294
 Roskopf, Georges Fréderick: 677
 Rosón: 130
 Rossini [empresario]: 241
 Rousseau, Jean-Jacques: 68, 138

Rubio y Colell, Carlos: 493

Rusiñol, Santiago: 297

Ruskin, John: 517

S

Saavedra Ramírez, Ángel de, duque de Rivas: 175, 403
 Sacristán, Antonio: 501
 Saint Simon. Louis de Rouvroy, duque de: 500
 Sainz de la Lastra Rivas, Severiano: 251
 Sainz de Robles, Federico: 501
 Salamanca, José María, I marqués de Salamanca: 385
 Salas, Francisco Gregorio de: 260
 Salcedo y Aguirre, Francisco Antonio, marqués de Vadillo: 292
 Salmerón, Nicolás: 493
 Sagasta, Práxedes Mateo: 234, 403
 San Antonio: 305, [460], 568
 San Fernando, duques de: 297
 San Isidro: 73, 206, 262, 292, [294], 500, 529, 533, 535
 -Beatificación: 500
 -Restos de: 500, 529, 533, 535
 San José de Calasanz: 75
 San Juan: 81, 158, 391, 550
 San Juan Bautista: 551
 San Juan Nepomuceno: 551
 San Lucas, condesa duquesa de: 104

San Miguel, Arcángel: 261
 San Pablo: 72, 81, 391
 San Pedro: 72, 81, 145, 176, 391
 Santa Teresa de Jesús: 267
 Santo Domingo: [262]
 Santo Tomás: 262, 421
 Santos: 500
 -La Casa del Platero: 500
 Satanás:
 Selles, Eugenio:
 La Serneta. Mercedes Fernández Varga: 485
 Sesostris I: 99
 Sesto, duque de. José Osorio y Silva, XVII
 marqués de Alcañices:
 Shakespeare, William:
 Silva y Álvarez de Toledo, Teresa de: 274
 Silveira, Beatriz de, baronesa de Silveira: 267
 Sirenas: 319
 Sorá: 501
 Staël, Madame de: [240]
 Stendhal: 285
 Stor, Ángel [¿?]: 260
 Suarez de Ribera, Francisco: 268
 Suñol: 501

T

Don Tancredo: 577
 Téllez, Fray Gabriel. Véase Tirso de Molina:
 Tintoretto, Domenico: 508,

Tirso de Molina: 174, 301, 475
 -A las niñas de Alcorcón: 174
 Tolstói, León: 589
 La Torda: 485
 Tormo: 400

U

Ulises: 396
 Unamuno y Jugo, Miguel de: 467
 Urioste Velada, José: 349
 Urraca I. Reina de León: 277

V

Valle-Inclán, Ramón María del: 480
 Vázquez Díaz, Daniel: 69,
 -dibujos de Madrid: 69
 Vega, Garcilaso de la: 102
 Vega y Carpio, Félix Lope de: 58, 171-172,
 299-300, 376
 -Madrid, que humilde Manzanares baña: 172
 Vega, Ricardo de la: 285, 579
 Vega, Ventura de la: 174, 181
 -En el recinto famoso: 174
 Velarde Yusti, José: 350
 Velarde, Pedro: 102, 473
 Velázquez, Diego: 165, 297, 310, [389], 476

-*Los borrachos*: [476]

-*Las lanzas o La rendición de Breda*: 389

Venus de Milo: 472

Vico, Antonio: 493

Villanueva, Juan de: 247, 271, 308

Villiers de L'Isle-Adam, Auguste: 184

Vindel Álvarez, Pedro: 266

-Catálogo: 266

-Libros raros: 266

Vives, Amadeo: 353

W

Wagner, Richard: 586-587

-*Tannhäuser*: 586

Wilde, Oscar: 211, 559

Z

Zabaleta, Juan de: 175

Zapata de Cárdenas, Iñigo: 268

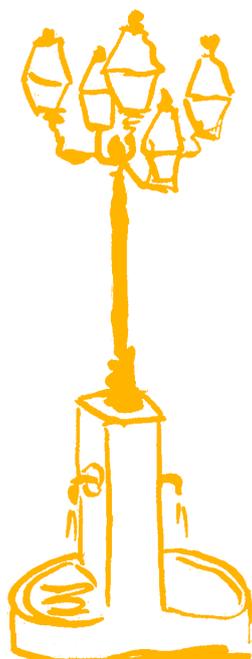
Zuloaga, Ignacio: 331

Notas al final

1. En el conjunto de los cuatro capítulos, la voz **Madrid** aparece citada 1.274 veces, razón por la cual no parece funcional reseñar las páginas en las que este término aparece.
2. Bajo el concepto **Yoismo**, término que ya utilice e incluí en mi edición de *Gómez de la Serna. Retratos, semblanzas y caricaturas variadas en La Tribuna, 1912-1922* (Madrid, Ediciones Ulises, 2021), se recogen aquí una serie de artículos comprendidos entre las páginas 667 y 677 inclusive. No obstante, esta referencia se puede encontrar a lo largo de los cuatro capítulos que componen este libro, *Madrid en Ramón. La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas...*, como el lector advertirá en los números de páginas que preceden a este epígrafe concreto; el de *Yoismo*, vinculado, sin duda, a la dimensión autobiográfica que tienen los escritos de Ramón Gómez de la Serna sea cual sea la forma o género que adopten. El lector encontrará, así lo espero, con su lectura, indudablemente nuevas referencias.

“Yo que ando por todos los recovecos de Madrid”

“La Puerta del Sol resume por todo, por su abigarramiento y por su greguería, el carácter de España. Varios escritores la han llamado el foro o el fórum matritense, gran frase y tópico que yo no tengo más remedio que repetir, aunque no quería”.



Ramón en Madrid.

La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas.



Tanto las imágenes de la cubierta como de las guardas y del colofón proceden de distintas Greguerías ilustradas por Ramón, cuyos dibujos originales se conservan en el Museo ABC de Dibujo e Ilustración.

Modo de citación

Cualquier fragmento, parte o totalidad de este libro se citará de la siguiente manera:

Gómez de la Serna, Ramón. Madrid en Ramón. La nota vaga y perdida de sus calles y de sus horas. La Tribuna (5 de enero de 1916-12 de enero de 1922). Edición, transcripción, introducción, notas e índices de Eduardo Alaminos López. Madrid, Ayuntamiento de Madrid / Museo de Arte Contemporáneo: Página Web del Museo, 2024, pg.

EDUARDO ALAMINOS LÓPEZ

(Madrid, 1950). Licenciado en Filosofía y Letras, en la especialidad de Historia del Arte, y Máster en Museología por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido Conservador Jefe de Colecciones del Museo Municipal de Madrid (actual Museo de Historia) donde publicó la Actas del Patronato del Museo Municipal, (1927-1947) (1997) y primer Director del Museo de Arte Contemporáneo en Conde Duque entre 2001 y 2014, donde desarrolló una amplia labor en la redacción de los catálogos de sus colecciones y en el ámbito expositivo con exposiciones, entre otras, dedicadas a las vanguardias artísticas. Responsable del montaje e instalación del Despacho de Ramón Gómez de la Serna en 2014. Con este motivo, publicó el libro Los Despachos de Ramón Gómez de la Serna. Un Museo portátil "monstruoso" (Ayuntamiento de Madrid, 2014). Ha comisariado, entre otras, la exposición Ramón: "Con la pluma del escritor están hechos estos dibujos..." (Museo de Arte Contemporáneo, 2015) y La Suite Senefelder & Co. de Eduardo Arroyo visita el despacho de Ramón Gómez de la Serna (Museo de Arte Contemporáneo, 2016).

Otras publicaciones sobre la figura y la obra de Ramón en: Ramón Gómez de la Serna. Greguerías ilustradas. Colección ABC [texto de introducción y biografía] (Fundación Colección ABC, 2017); Un manuscrito autógrafo de Ramón Gómez de la Serna sobre Jacinto Benavente en la Biblioteca Histórica Municipal. (Ayuntamiento de Madrid, 2018). Numerosos artículos sobre distintos aspectos de la obra de Ramón Gómez de la Serna en la Revista digital librosnocturnidadyalevosia, y especialmente sobre el tema Madrid/Ramón: "Madrid al fondo. Breve antología ramoniana" (3 de diciembre y 10 de diciembre de 2019); "Ramón Gómez de la Serna. Sus inicios como dibujante. El Postal. Revista defensora de los derechos estudiantiles (1901-1902)", 23 de Junio de 2020; "Ramón Gómez de la Serna y la imagen del Rastro en cuatro dibujos", 16 de noviembre de 2020; "26 apostillas pombianas", 22 de marzo de 2022; "4 artículos sobre Ramón Gómez de la Serna en La Tribuna", 14, marzo de 2023.

Ramón y Pombo. Libros y tertulia (1915-1957) (Ediciones Ulises, 2020); Ramón Gómez de la Serna. Retratos, Semblanzas y Caricaturas de escritores. La Tribuna, 1912-1922. Edición de Eduardo Alaminos López. Ediciones Ulises, Colección Madrid, 2021); Ramón Gómez de la Serna. Retratos, Semblanzas y Caricaturas variadas. La Tribuna, 1912-1922. Edición de Eduardo Alaminos López. (Ediciones Ulises, Colección Madrid, 2021); "Ramón Gómez de la Serna. París y Éditions de la Sirène sobre el muro de la actualidad". En Blaise Cendrars. Jéroboam y la Sirène. Pequeñas memorias de un editor. Libros de Trapisonda, 2021; "Ramón y la anunciografía". Calle del Aire. Revista de literatura, nº 4, 2022; "Ramón y la radio. Presentimiento de lo nuevo". Revista de Occidente, nº 501, febrero, 2023; "Ramón as Art-Collector and Visual Artist: Slum of Oddities". En Ramón Gómez de la Serna. New Perspectives. Tamesis, Woodbrigde, Colección Tamesis. Monografías, 2023. Garibaldi y la mala vida de Madrid a fines del XIX, a ojos de Bernaldo de Quirós, Gómez de la Serna y Gutiérrez Solana". FronteraD. Revista Digital, 15 de febrero de 2024. "Retratos de una tertulia: Pombo". Educational Evidence. International Magazine, 30 de abril de 2024. "La tertulia de Pombo: el aire de otro tiempo". Educational Evidence. International Magazine, 25 de junio de 2024.